

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

VI
BIOGRAFÍAS

CPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH

Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-06-7 (T. VI)

ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

La afición biográfica de Juan Bosch <i>Marcio Veloz Maggiolo</i>	VII
MUJERES EN LA VIDA DE HOSTOS Mujeres en la vida de Hostos	3
HOSTOS EL SEMBRADOR Prólogo para una edición puertorriqueña de <i>Hostos el sembrador</i>	49
La Semilla	53
Segunda parte: El surco y la siembra	134
Tercera parte: La triste cosecha	235
BOLÍVAR Y LA GUERRA SOCIAL Al lector	295
PRIMERA PARTE: LOS ANTECEDENTES	297
I Las guerras americanas	299
II El siglo de oro americano	309
III Venezuela en la primera mitad del siglo XVIII	319
IV Una carta expresiva	329
V Fin del siglo XVIII en España y Venezuela	339
VI La rotura de los vínculos	349
SEGUNDA PARTE: LA GUERRA SOCIAL	361
VII La guerra social en marcha	363

VIII	Miranda y Bolívar	375
IX	José Tomás Boves	385
X	El Año Terrible de Venezuela	395
XI	El final de la guerra social	405
	TERCERA PARTE: EFECTOS DE LA GUERRA SOCIAL EN LA ACCIÓN LIBERTADORA DE BOLÍVAR	415
XII	El tránsito de la guerra social a la Independencia	417
XIII	La influencia de Haití en la obra de Bolívar ..	427
XIV	El fusilamiento de Piar	439
XV	“Por salvar a Caracas...”	451
XVI	La corza herida	463
	CONCLUSIONES	473
XVII	Resumen	475

JUAN VICENTE GÓMEZ, CAMINO HACIA EL PODER

	Juan Vicente Gómez: retrato de un aspirante a tirano	481
--	---	-----

	Índice onomástico	509
--	-------------------------	-----

LA AFICIÓN BIOGRÁFICA DE JUAN BOSCH

Marcio VELOZ MAGGIOLO

Hostos: el educador y el amante

Hostos, el sembrador, es sin duda una de las obras mejor escritas de Juan Bosch. A pesar de ser un intento feliz de darnos la secuencia de una vida dedicada a la política, al estudio, a las acciones libertarias, al periodismo y a la filosofía, se trata igualmente de un relato vivo, en el cual lo más importante, aparte de lo antes mencionado, es la visión del personaje con sus angustias, sufrimientos y obsesiones. En la medida en que la obra crece, se hacen cada vez mayores los afanes de un hombre atrapado por las ideas de libertad y de amor por sus congéneres.

A diferencia de sus otras producciones biográficas, ésta, cuya primera edición cubana data de 1939, se caracteriza por el manejo documental que permitió al autor seguir con precisión parte de la vida de Eugenio María de Hostos y Bonilla, uno de los pensadores más brillantes y de los maestros más destacables de un período de la vida antillana en el cual la idea de una antilla unida fue también punto clave del pensador hijo de padre puertorriqueño y madre dominicana.

Tres figuras relevantes son fundamentales en el pensamiento antillano del siglo XIX; las tres de algún modo atadas a la lucha por la independencia y la liberación antillana: los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María Hostos y el cubano José Martí.

Para Juan Bosch, Eugenio María Hostos fue un quinto padre de la patria, por su inmensa labor educativa de casi diez años en la República Dominicana, la que lo unía de un modo u otro a los ideales de Duarte, Sánchez, Mella y Luperón con el que Hostos tuvo relaciones de afecto profundas; recordemos que debido a sus relaciones con el Partido Azul, bajo el dominio del general Gregorio Luperón, héroe de la Restauración de la República Dominicana, fue Betances por largos años diplomático dominicano en París, mientras que en Santo Domingo Hostos fue el iniciador de las labores educativas nacionales que crearon la primera modalidad de ideología sólida, contenida en *La moral social*. Como si esas luces fueran apagándose lentamente y con la definitiva caída de la idea separatista de los Estados Unidos y Puerto Rico, que se iniciara en 1898, y con la influencia de Estados Unidos en Cuba durante ese mismo año, se apagarían lentamente las luminarias que se iniciaran en 1867, con el grito de Lares en Puerto Rico, y en 1868 con el inicio de la llamada “Guerra de los Diez Años” en Cuba, donde emergen nuevas figuras como Máximo Gómez, que alcanzarán paralelamente a las antiguas figuras libertarias. Con Hostos, quien muriera en 1903 en Santo Domingo y con la previa y trágica muerte de José Martí en Dos Ríos, llegaríamos a una liberación antillana por un lado maniatada por el imperialismo creciente y, en el caso de Puerto Rico, por la monarquía que viera con la pérdida de Cuba y Puerto Rico, el mayor de los desastres morales y militares del imperio que hacía ya tiempo llevaba dentro del germen de la República.

En el texto que ahora se reproduce, el mismo que Bosch revisara para la colección *Biografías Americanas* de la Editorial Trópico, versión de 1939, publicada en La Habana. El autor señala que en esta edición local, facsimilar, no ha hecho una

sola modificación del texto¹. La biografía de Hostos escrita por Bosch se puede considerar la más completa y el mejor de sus trabajos biográficos, en algunos de los cuales, bajo el criterio de escribir para los seguidores de sus ideas políticas, el autor se alejó de la rigurosidad de las citas y preferirá hacer sencillas narraciones en las cuales no es tan importante la visión erudita, como la basada en fuentes estrictamente documentales. No es el caso de este libro.

Gracias a sus avatares políticos Bosch viaja a Puerto Rico donde es escogido por Adolfo de Hostos para dirigir la edición de las obras de Hostos durante el centenario del nacimiento del prócer puertorriqueño. Fue en 1938 cuando Bosch pudo leer los originales de la gran correspondencia de Hostos, mientras vivía en San Juan de Puerto Rico. Impresionado por la personalidad del gran maestro, el entonces joven escritor señala haber entrado en aquella documentación cada vez más abriendo su conocimiento a un modo de pensar que para él no era tan conocido. Sólo la vida del pensador Hostos, su dedicación a las luchas libertarias, sus amores casi siempre truncos, su afán de una sociedad antillana más justa, sus liderazgos, le permiten al dominicano apreciar y profundizar en un mundo donde las ideas isabelinas de la época y las fórmulas de una hispanidad impuesta, se convirtieron en una lucha ideológica que creció de más en más, dando al pensador suficiente argumentación para entender que la opresión de Cuba y Puerto Rico eran valladares casi insalvables si no se hacía del sacrificio y de la veneración a las libertades fundamentales un importante modelo de trabajo político.

La vida de Hostos, poco conocida hasta el momento en el que Bosch publica su libro, emerge diáfana en estas páginas en las cuales el autor se revela como un biógrafo de gran

¹ Cfr. BOSCH, Juan, *Hostos, el sembrador*, facsimilar de la Editorial Trópico, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 2006.

sentido cuando maneja la temporalidad o las temporalidades que enmarcan la vida del pensador. El libro es la mejor obra escrita de las biografías que intentara Bosch. Tiene asomos de novela que atrapa al lector, y desde luego, le permite que ejercitar modelos narrativos muy alejados, y más profesionales que los que utiliza en su novela titulada *La Mañosa*, como si acertara ahora a encontrar el verdadero lenguaje de la novelación en una obra que no es, precisamente, novela.

Las primeras aproximaciones de Bosch a la vida de Hostos están contenidas en una conferencia en la que extrae, partiendo ya de la documentación que la familia Hostos le proporciona para su arduo trabajo, algunos datos importantes que permiten establecer el temperamento y la entrega del maestro a su lucha por la libertad de Puerto Rico. Se trata de *Mujeres en la vida de Hostos* (Puerto Rico, 1938), conferencia dictada en San Juan de Puerto Rico, por invitación de la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, precisamente “con motivo de la celebración del Centenario de Eugenio María de Hostos.

Aprovecha Bosch para escudriñar aspectos casi desconocidos de la vida del maestro, haciendo un recuento que incluye las mujeres que marcaron su infancia, incluyendo a su madre doña Hilaria, pero también a algunas de las personalidades que pasaran como una exhalación por la vida del escritor y filósofo. Como bien apunta el notable pensador nacionalista don José Ferrer Canales, el ensayo “pleno de sugerencia, de Bosch, nos ayuda desde perspectivas múltiples, a comprender las conferencias que dicta Hostos ante la Academia de Bellas Artes de Santiago de Chile, en 1872, sobre *La educación científica de la mujer* y la polémica que siguió con Luis Rodríguez Velasco, y nos estimula a recordar la galería de “figuras femeninas que evoca y exalta el egregio pensador: Juan de Arco, Santa Teresa, Isabel la Católica, George Elliot,

George Sand, María Bibiana Benítez, Salomé Ureña de Henríquez, Gertrudis Gómez de Avellaneda”.

Ferrer Canales llama a Bosch *Maestro de América*.

En su presentación de la conferencia citada, Concha Meléndez, una de las más destacadas intelectuales puertorriqueñas señalaba en *Puerto Rico Ilustrado*, 1938, que los retratos son como aguafuertes, tal vez como los que se anuncian ya en la novela de Hostos *La peregrinación de Bayoán*.

Con esta conferencia sobre las mujeres en la vida de Hostos se inicia un poco la biografía del gran pensador puertorriqueño, puesto que Juan Bosch inicia, pergeña, las características del pensador, sus timideces, sus sacrificios y nos introduce en los momentos duros de la renuncia a amores entrañables. Amigas tempraneras, imágenes nacidas al conjuro de amistades adolescentes de su hermana Engracia. Para Bosch, en la novela *La peregrinación de Bayoán* pudieran estar reflejados esos amores tímidos, tal vez representados en la despedida de Marién y Bayoán.

Marién es tal vez el signo del amor idealizado. Llegado a España de nuevo en 1863, enviado por su padre, un comerciante de buena posición, su novela no tiene la acogida que desea. Es el momento en el que inicia los periplos vitales, y empieza a concebir como meta las formas republicanas. En 1863 se ha iniciado la lucha de los dominicanos contra la presencia española en la isla, lucha que culminará en 1865. Bosch nos pone secuencialmente en el camino de las mujeres que influyeron en Hostos de un modo o de otro, aquella a la que llamó Candorina, Carmen Lastarria, Inda, y sus dos últimas amantes.

Mujeres en la vida de Hostos es el ejercicio primordial para pasar luego a la definición y redacción de *Hostos, el sembrador*, 1939. La obra abunda en escenas que utilizan la narrativa. Tiene el toque romántico de la novela que rompe con la

temporalidad. No comienza como las biografías que parten de la infancia y mantienen un ritmo cronológico, sino que se desarrolla dentro del quehacer de un personaje que contempla el mar como punto novelesco de partida, y retoma parte de su vida atada a los recuerdos. Hostos da a su personaje Bayoán una edad superior a la que él mismo tiene cuando comienza su novela. “El viajero tiene poco más de treinta años”. Se trata de un Hostos que se considera ya adulto y que recuerda su pasado con nostalgia, que vuelve hacia las escenas de la adolescencia, y revela una insólita madurez. Partiendo de un presente que a veces es invención poética, metáfora, vuela su pensamiento hacia el Madrid en el que tocaba Teresita Carreño. Es el momento en el que ya en su corazón ha crecido el amor por Cuba y el deseo de ver a Puerto Rico libre. Bosch al rescatar la técnica de la novela, apunta hacia los cánones de la novela histórica, para revelarnos, su pertenencia a una sociedad española en la que participará dentro de las actividades antimonárquicas, y tiene amigos de importancia política. Hostos es, al fin y al cabo, también militante partidario de una liberación de Cuba, de centrar fuerzas para lograr el cambio en Cuba, lo que tendría, de seguro influencia notable en la liberación de Puerto Rico. Bosch describe casi poéticamente el sueño de Hostos.

Nueva York es en aquellos momentos la esperanza. Allí está Ramón Emeterio Betances cuyo fracaso durante el Grito de Lares, cuando fue declarado presidente de Puerto Rico y padre de la patria, terminó siendo una ilusión. Es el Betances que quiere ver, con el deseo de unir esfuerzos en aquel Nueva York de brumas. Era el verano de 1868. Con el fracaso del Grito de Lares, la herida estaba aún viva en el maestro Betances y en Basora, radicados entonces en Nueva York. Este 1868 sería la culminación de un esfuerzo común para su lanzamiento a diversas playas de América y el escritor

Bosch prefiere iniciar buena parte de la biografía de Hostos precisamente por el momento álgido de su decisión de abandonar la España en la que luchó desde adentro para imponer los principios hispanos de la primera República.

En *Hostos, el sembrador* afloran claramente las reticencias del Dr. Ramón Emeterio Betances frente al naciente liderazgo de Hostos. Desde dentro de la España en la que había publicado *La peregrinación de Bayoán*, ya Hostos había iniciado los contactos contra el régimen de Isabel II, la amistad con los más destacables líderes de su época, las actividades centradas en Barcelona y París con la finalidad de darle a Puerto Rico la independencia.

Siguiendo la cronología de Bosch sobre Hostos, que es la misma que detalla Enrique Ríos en su trabajo “El Grito de rebeldía de Hostos. ‘Bayoán’. Perfiles del ‘peregrino de la libertad’ ante el 98”², puede afirmarse que el joven Hostos está ya en 1847, en el Liceo de San Juan de Puerto Rico, y se encuentra en Bilbao donde termina la segunda enseñanza, viviendo allí hasta 1856, pasando luego a Madrid a terminar su programa de Derecho en la Universidad Central en 1857, cuando es apenas un muchacho.

Ríos considera que el fracaso de la novela de Hostos se debe precisamente a la existencia de una sociedad colonialista que no puede aceptar la visión crítica que la novela alcanza, y que el triunfo final que tiene la segunda edición en 1873 en Chile tiene mucho que ver con el espacio de liberalidad que allí se vivía, país en el que según señala Bosch, tuvo la mejor de las acogidas, y donde siempre se le presentara la oportunidad de volver a ejercer cargos pedagógicos y lugares en la mejor prensa escrita. Pero además hay que tener en cuenta

² *Historia y Comunicación Social*, N° 3, Departamento de Historia de la Comunicación Social, Universidad Complutense de Madrid, España, 1998, pp.163-176.

que ya hacia 1873, las ideas libertarias antillanas han crecido dadas las condiciones creadas por la Guerra de los Diez Años en Cuba, la desaparición del régimen de Isabel II en España, el desastre de las tropas españolas en Santo Domingo de 1863 a 1865, y un crecimiento importante del liberalismo americano, lo que hace que en un país como Chile, donde Hostos fue un maestro apreciado en el periodismo y en la cátedra, el tema de la obra alcance su verdadero significado.

Ya desde sus años adolescentes y en España, que fue la forja inicial de sus conocimientos, el joven Hostos tuvo la oportunidad de escribir en la prensa liberal. Aliado a las ideas de Emilio Castelar, notable orador, y rector de la Universidad, participa, lo mismo que Pérez Galdós, en esos tiempos ya en Madrid, de la protesta estudiantil que se desarrolla el 8 de abril de 1865 durante la llamada Noche de San Daniel, debido a la petición de cancelación de Castelar dadas sus críticas al régimen de Isabel II. La rebelión estudiantil dejó heridos y muertos, pero fundamentalmente desencadenaría en Hostos un nivel de acciones que lo llevaría a formar parte de las filas que luego culminarían en la primera República.

Isabel II, a quien se consideró mayor de edad para dotarla al reino, antes de cumplir los quince años, había consolidado su poder tras el crecimiento de la burguesía española en Cuba y Puerto Rico, el único modelo fehaciente de que España podía ser echada de sus colonias, era el de la creciente rebelión en Santo Domingo, desde 1863, con visos ya de términos bajo el mando de los llamados restauradores, los que lograrían sus objetivos en agosto de 1865, o sea —sin que en realidad hubiera contacto— casi cuatro meses después del levantamiento de San Daniel.

Como bien señala Bosch, la acción política de Hostos se produjo tanto en España, y en ciudades como Madrid y Barcelona, pero también en París, y Nueva York, antes de buscar

un ámbito latinoamericano en el cual la República Dominicana sería entrañable espacio parecido, quizás, al Puerto Rico de su infancia. Era el Santo Domingo, en parte canario, del barrio de San Carlos, el Santo Domingo que parecía extender las raíces tempranas de su más lejana y joven biografía. Copia en el presente de un pasado añorado sin haberlo vivido.

A partir de su preparación política hispánica, y siguiendo postulados nada ligados a las posiciones eclesiásticas de entonces, la vida juvenil en España comenzó a mostrarse envuelta en la madurez intelectual y ya en aquellos momentos su prestigio le hizo crecer políticamente. Casi entra en el comité central revolucionario republicano, pero su amigo Sagasta prefiere a un viejo compañero y o no a un gacetillero, como señala Bosch. Consiguió fundar, con el apoyo de Sagasta, una revista con el nombre de *Soberanía Nacional*, pero destinada a Las Antillas. Hacia 1866 se consideraba que Prim, llegando desde Valencia, entraría en España y que la misma ardería. Hostos esperaba ya en esa época calenturienta de su quehacer político, un cambio en España que diera como resultado el cambio antillano. Se produjo el levantamiento contra la monarquía, y los amigos de Hostos, entre los que se encontraban los liberales como Castelar, Sagasta, Salmerón, y Sanz del Río, “todos los que fueron sus maestros en ciencia y en política” fracasaron. Comenzó la persecución. Hubo de esconderse, irse a Barcelona, en 1868 hacer realidad un nuevo periódico: *El Progreso*, mientras se debatía, dice Bosch, “entre asechanzas de mil especies, y que apenas dejaba comer”³. Con la muerte de Narváez, la mano dura del régimen monárquico desaparecía, y se abrían caminos nuevos... Se enamora de Teresa, la hermana de su coeditor y compañero de prensa Matías Ramos;

³ BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. VI, Santo Domingo, 2009, p.99. En lo adelante, todas las citas a las que se hace referencia sólo a través del número de la página, corresponden a esta edición.

había ido a vivir con ellos dadas las precariedades. Es el momento en el cual, en ese año de 1868, decide marcharse a París, su peregrinación, tal vez similar de la de Bayoán, su personaje novelesco, no terminará jamás. Hostos es la muestra de un antillanísimo que se mueve de país en país, creando, abriendo espacios nuevos; le vieron el istmo de Panamá, buscando asilo intelectual y político en el Perú, donde su amigo el notable orador y político Emilio Castelar, el ex rector por el que luchó en un momento de su vida, le había puesto en dudas sus posibilidades de éxito. Su pluma fue su espada, y anduvo con ella a rastras escribiendo en todos los países que visitara en su largo y angustioso trayecto por la creación de un Puerto Rico libre, de una antilla unida. Hostos creyó en una democracia al estilo norteamericano, pensó que la gran nación podía, al fin y al cabo, ayudar en la salida hacia un antillanismo libre. En algunos momentos vio a los Estados Unidos de América como un posible protector de la unidad antillana. ¿Perdía alguna vez de vista la concepción de Monroe y la frase lapidaria que dictaminaba los inicios de una consolidación de un imperialismo que consideraba como salida lógica la de una América para los americanos? ¿Creyó posible, a diferencia de Martí, que los Estados Unidos de América propugnaran en su enfrentamiento contra España por un Puerto Rico libre? Ciertamente en los finales de su visión llena de ilusiones, Hostos se daría cuenta de que el imperialismo norteamericano no pensaba en otra cosa que anexarse a las Antillas, en tragárselas como se traga el pez mayor el cardumen completo de los peces chicos e indefensos que navegan en sus costados. Esta decepción terrible, producida en el momento en el que aspira a que luego de la lucha contra España y del derrumbe de las pertenencias españolas de ultramar durante la guerra de 1898, hace de Hostos un hombre vencido por la falta de confianza en aquella unidad

que Betances consideró real cuando se produjo el Grito de Lares, y cuando en Cuba la Guerra de los Diez Años anunciaba fulgores nuevos a partir precisamente del año 1868 en el que Hostos emigra a París y comienza el periplo americano que lo convierte en el sembrador.

Vale utilizar algunos párrafos conocidos por Bosch de la obra *Eugenio María de Hostos, biografía y bibliografía* (Santo Domingo, Imprenta Olga, 1905), atribuida por Vetilio Alfau Durán a Carlos de Hostos, hijo de Eugenio María de Hostos. Sin dudas el texto podría ser la base del estudio de Bosch, pues aunque se trata de una recuperación de orden necrológico, donde es posible localizar importantes opiniones sobre el maestro, Alfau, según nos apunta su hijo Salvador Alfau del Valle, conocía el manuscrito, y consideraba como autor a Carlos de Hostos.

Es indudable que el texto debió ser escrito casi inmediatamente después de la muerte del maestro, ocurrida en 1903.

Haciendo un resumen de la salida de Hostos de Europa en 1868, y refiriéndose a los hechos políticos anteriores a esa salida, y usando un párrafo del llamado de rebelión de Hostos sobre la situación de las colonias que aún quedaban bajo la férula española, el autor dice lo siguiente: “Establecida la República, los republicanos se olvidaron, al redactar la constitución, de sus compromisos con el señor Hostos, cuyo cumplimiento habían aplazado para entonces, durante el Gobierno provisional, y dejando de ser, para continuar siendo españoles, postergaron a Cuba y a Puerto Rico. Desesperado, indignado con ese proceder, el señor Hostos comprendió que lo que Cuba y su patria necesitaban habían de obtenerlo por sí mismas, y se fue al Ateneo Viejo de Madrid a demostrar la injusticia del gobierno colonial en las Antillas, haciendo palpar el error de España, y su conveniencia en subsanarlo, en el célebre discurso del 20 de diciembre de 1868”.

En ese discurso, el párrafo transcrito por Carlos de Hostos, nos permite tener la crítica central del sembrador a la traición de algunos de sus compañeros:

“Debo llamar solemnemente vuestro patriotismo y vuestra atención hacia un modo de federación española que salvaría para España dos miembros importantes de su nacionalidad actual.

‘Sres.: Las colonias españolas están hoy en un momento crítico. Víctimas de un despotismo tradicional, una y mil veces engañadas, ¡engañadas!, Señores, lo repito, no pueden, no deben seguir sometidas a la unidad absurda que les ha impedido ser lo que debieran ser, que le prohíbe vivir.

‘España no ha cumplido en América los fines que debió cumplir, y una tras otra las colonias del Continente se emanciparon de su yugo. La Historia no culpará a las colonias”.

Entonces desde aquel momento, pasó a la integración total de la lucha por la causa de Cuba. En 1871 dejó Nueva York para viajar a la América del Sur. 1868 fue un duro año de desengaños. Como señala el texto de Carlos de Hostos, fue defensor de los chinos “engagés” en Perú, protegió a los explotados, se opuso con su pluma a las concesiones que le ofrecían dinero para la causa cubana, a cambio de un solo artículo aprobando el ferrocarril de La Oroya. Pasó a Chile (1872-73) formando parte de importantes centros culturales, impartiendo docencia, escribiendo como siempre, torrencialmente. En Brasil, y en Nueva York de Nuevo, para dirigir *La América Ilustrada*, y por fin a Santo Domingo para, en 1875, en Puerto Plata, dirigir *Las Tres Antillas*, lugar en donde asumió las ayudas para muchos de los cubanos que participaron en la llamada Guerra de los Diez Años, encabezada por Céspedes, y de muchos puertorriqueños contrarios a la nueva política colonial española...

Luego fue a Venezuela en 1876 urgido por las presiones que España ejercía en los gobiernos dominicanos. Allí se inicia en los estudios pedagógicos, siguiendo los lineamientos de Pestalozzi. Incrementa en Caracas el magisterio. En 1879, inicia en Santo Domingo una de sus más gloriosas aventuras: la creación de la educación superior dominicana, la fundación de la Escuela Normal, la aplicación práctica del pensamiento comtiano a la educación positivista.

El profesor Juan Bosch logra en este libro establecer el periplo de Hostos, sus quehaceres más entrañables, sus amores, dolores y angustias, completados, claro está con sus conferencia *Mujeres en la vida de Hostos*, ya señalada al principio de este trabajo. La correspondencia personal del maestro le permite al autor ir más a fondo que lo que cualquier biógrafo pudiera hacerlo, puesto que ha estado manejando cartas y contactos que no eran públicos, y que nos permiten entrar en los rasgos biográficos de un Hostos personal e íntimo, por lo que el aporte del libro se puede considerar tal lo han considerado Manuel Maldonado Denis y otros tantos autores, como esencial y hasta novelesco, al punto de que algunos de los que han trabajado la obra del maestro ven en la biografía del personaje no sólo la angustia de una vida dedicada a la justicia, a la alta moral, al conocimiento sociológico, a la literatura, a la liberación, sino también una manera de vivir donde se integran valores que el propio autor de la obra considera como fundamentales para él mismo desde el momento en el que conoce a Hostos, al que con certeza llama “el sembrador”.

Desde 1868 en adelante, luego de su salida hacia París y Nueva York, la vida de Hostos se afinsa en los mayores sacrificios con tal de la unión que predicaba con su acción inicial Betances, en sus ideales tan cercanos a los del líder cubano Carlos Manuel de Céspedes; podría afirmarse que son los diez

años de la lucha cubana contra el régimen español los que mantienen viva la esperanza de unas Antillas unidas, como fueron estimulantes las luchas dominicanas encabezadas por Luperón para, desde 1865, dar fuego, pasión y modelo posible de una guerra que produjo esperanzas permanentes y abrió las posibilidades de quebrar con el gobierno isabelino.

Como se ve en el texto boschiano y los datos aportados por su hijo Carlos, los compromisos republicanos españoles para con las Antillas, terminaron siendo postergados, lo que produjo en Hostos desasosiego y dolor. Su lucha contra la monarquía en la que se incluyera su peregrinaje por toda España, creando conciencia de que era necesaria una autonomía antillana, le convirtió en un aliado radical de los grupos más destacables contra la dictadura.

Hostos, el dominicano

Eugenio María de Hostos llegó a la República Dominicana en el año de 1875, atraído por la nucleación de grupos liberales en el Puerto Plata que acogía desde entonces la presencia revolucionaria antillana. La presión del gobierno español contra el periódico *Las Tres Antillas*, le hizo salir para retornar en 1879, cuando predominaba en nuestra política la influencia del Partido Azul, que encabezara Gregorio Luperón. El General Luperón, dio su aliento al maestro, cuya gran labor en Chile y varios puntos de América, así como su ideología antillanista, eran igualmente un reclamo luperoniano. Este Hostos, hijo de madre dominicana, y de abuelo dominicano, se asentó entre nosotros, como retoño de una familia sancarleña que hubo de emigrar a Puerto Rico durante la invasión haitiana del año 1822.

La sangre dominicana era consustancial a la mentalidad del patricio puertorriqueño. Veía en los dominicanos a distantes compatriotas con los que vino a tener directa y fundamental

relación ya tardíamente, alcanzando en su estada dominicana el alma y el deseo de la cultura que cultivó en ellos creando los espacios que no pudo crear en su Puerto Rico natal, de donde salió en la adolescencia para fungir como un ciudadano de España que criticó con ahínco la política hispana de explotación en las últimas posesiones, así como la presencia de la esclavitud, como una aberración que consideraba incivilizada y altamente vergonzosa.

Hostos, ya algo cansado, llegó nuevamente a la República Dominicana, la que quiso más que a su propia patria, en 1879, creando durante 9 años el espacio cultural formativo más importante del siglo XIX. Maestro de grandes virtudes, incluso los sacerdotes opuestos al laicismo se afincaron y aceptaron sus ideas, como fueron los casos de monseñor Fernando Arturo de Meriño y el presbítero Francisco Xavier Billini. Ya a partir de febrero de 1880 fundaba dos escuelas Normales: la de Santo Domingo y la de Santiago; no convencido de que sus ideas pudieran pasar a niveles superiores en cuanto a pensamiento y acción, “el sembrador” creó el Instituto Profesional, donde él mismo ejercía como maestro y director. En 1884, el saber de Hostos había formado a un selecto número de dominicanos que serían la semilla de una nueva visión ideológica dominicana; la iglesia perdía entonces importantes pensadores e importantes modos de creencia, alumnos que cruzaron hacia el pensamiento positivista. Sin ser anticlerical, Hostos enseñaba las formas de un pensamiento racional que tenía raíces en Comte y en Krause, puesto que venía de un sector hispano en el que participó por largo tiempo, junto a los intelectuales de aupaban la primera República que se oponían al mundo clerical que representaban Isabel II y sus seguidores. Predicaba una moral social diferente, usaba del método “pestalozziano” ejercido por vez primera en Caracas durante su estada en Venezuela.

Félix Evaristo Mejía, Francisco José Peynado, Lucas Gibbes, Agustín Fernández, José María Alejandro Pichardo y Arturo Grullón, fueron los primeros en compartir la gloria de haber sido graduados bajo la dirección del maestro cuatro años más tarde.

Sus contradicciones con el dictador Ulises Heureaux le hicieron volver a salir del país. Pero finalmente retornó para morir un día de ciclón del año 1903, habiendo superado en tiempo a ilustres paladines como Betances, Martí y el propio Luperón.

Idas y vueltas del amor

En su conferencia *Mujeres en la vida de Hostos* Bosch remite a un catálogo que se mueve entre el sueño y el sacrificio, y no quedaría completo este aspecto del prólogo al libro si no nos refiriéramos, aunque fuese de modo muy ligero, al listado que el autor aporta, en el cual se revelan asomos filiales, amores platónicos, y el amor de Inda, con la que cubrió de olvido a muchas de las que creyó haber amado y a las que evocaba con amor romántico, haciéndolas desfilar en el recuerdo novelesco como parte quizás de la Marién de su temprano texto sobre Bayoán.

La escritora y crítica Concha Meléndez hace un resumen excelente de los “amores” de Hostos, entre los cuales se destaca el de su madre, e igualmente el de varias de sus pasiones inconclusas, pasando por Condorina, con la que estuvo a punto de matrimoniarse, y por los amores tráfugas, hasta llegar a Belinda, la Inda de sus amores amplios, mujer que vio en Hostos no sólo al maestro, sino al marido ejemplar, y sacrificado. La persecución de Condorina marca la culminación del desánimo, “Manolita es la pasión”, apunta Bosch, cuando se refiere a este amor inconcluso. Carmen Lastarria, Chile, 1873, pudo haber sido la que cupiera definitivamente en su vida. La fuga por los compromisos políticos hizo trizas de este amor, como lo atestigua Bosch a relatar el drama casi romántico.

En sus catorce años de edad aparece Inda. Entonces el amor se va convirtiendo en lección, en pedagogía transparente para esta Belinda Otilia de Ayala, flor de familia acomodada en alguna ocasión. Cuando Inda y Eugenio María decidieron casarse, el maestro le regaló a su casi alumna la biografía de Cristóbal Colón escrita por Washington Irving, y la dedicatoria que colocaba en las páginas iniciales hablaba ya de la madurez de la novia y de la confianza del enamorado en la que iba ser la mujer de su vida: “Como Colón, vamos a embarcarnos para un mundo desconocido. Ya se va el equipaje, ya se rompen las ataduras materiales que nos ligan al lugar en que hoy estamos y al estado en que hasta ahora hemos vivido. De aquí en adelante, los dos solos ante la conciencia; y la responsabilidad del deber buscado y aceptado, en el fondo secreto de la conciencia [...]. Yo estaré siempre contigo, Inda mía. Apóyate bien en mi brazo y en mi seno, y llegaremos” (pp.37-38).

Bolívar y la guerra social

Una de las características de la obra ensayística de Juan Bosch ha sido, como se ha visto en la primera parte de este trabajo, su afición a lo biográfico. Escribió sólo dos textos sobre el tema bíblico, abandonándolo luego. Pero su afición a lo biográfico fue durante toda su obra ensayística un modelo de búsqueda personal ligado a su propia biografía. Bosch amó al héroe cultural y se incendió de pasión con los héroes militares y la historia libertaria. Ello se revela no en obras como las ya consignadas sino en otras que conformaron un importante bloque de literatura ideológica y hasta bélica en buena parte de las antillas, donde Juan Bosch escribió *Mujeres en la vida de Hostos*, *Hostos, el sembrador*, *El Napoleón de las guerrillas*, *Bolívar y la guerra social*, entre tantos otros textos. Como director de la edición de las obras de Eugenio María de Hostos, viaja a La

Habana enviado por el Comité que organizaba la edición, y hace amistad estrecha con destacados actuantes que se organizaban para derrocar al dictador Rafael L. Trujillo Molina, entonces virtual dueño de un poder absoluto. La salida de Bosch del país con su esposa e hijos, siendo funcionario del Gobierno, le permitió reordenar su pensamiento y obtener en Puerto Rico el reconocimiento como escritor maduro. Ya en Cuba, se acentúa su interés por el campo biográfico y en 1939 publica su biografía *Hostos, el sembrador*, una obra que contiene puntos claves para entender luego el temperamento y el modo de actuar del Bosch político e intelectual.

En 1955 Bosch publica en Chile, *Cuba, la isla fascinante*, un homenaje decimos, a la tierra que lo acogió y que reconoció sus virtudes literarias y sociales, época en la que su concepción sobre la historia social de América se habrá de plasmar en dos obras de un mismo tema, la imagen para niños contenida en *Simón Bolívar, biografía para escolares* (Caracas, 1960), y luego, sobre el mismo tema ya maduro, y tiempo después del golpe de Estado militar que derrocó su gobierno, el tema de la guerrilla y las luchas sociales se presenta como fundamental en su trayectoria de ensayista. En su nuevo exilio, Bosch acumula experiencias de países socialistas como la Yugoslavia de Tito, y otras formas de gobierno influyen su visión del sistema democrático tradicional cuando adopta en sus nuevas obras ideas como las de la dictadura con respaldo popular y las del pentagonismo como “sustituto del imperalismo”. En 1976, con *El Napoleón de las guerrillas*, Bosch se acerca a la vida bélica, al estudio a fondo de la sociedad cubana en la que Máximo Gómez, actúa contra el ejército español que ocupa la isla.

Con sus escritos *La guerra de la Restauración* y *Clases sociales en la República Dominicana* (ambos de 1982), el autor consolidaba su vocación sociológica y desde el cambio radical que le

produce el golpe de Estado de 1963, Bosch inicia con certidumbre el análisis de la importancia social de la historia cotidiana, con textos y apuntes que ya en 1966, traducen la visión social que desarrollaría con textos profundos explicados al ritmo de una prosa a veces narrativa como la que utiliza en *Bolívar y la guerra social*, obra que ve la luz en la editorial de Jorge Álvarez de Argentina en 1966.

Bolívar y la guerra social tiene como punto de partida la situación venezolana a comienzos del siglo XIX, cuando las altas clases criollas intentan deshacerse del coloniaje para emprender por su cuenta, de manera independiente, sus negocios. Estas clases nacen de una persistente división entre los mantuanos, criollos ricos y el campesino y pequeño comerciante que considera injusto el régimen colonial. Por lo tanto los valores de los integrantes de la clase alta no son los mismos. Según Bosch, la pobreza era un elemento compartido por casi todos los habitantes de Venezuela. Preludio de las guerras sociales del siglo XIX fueron los levantamientos de mediados del siglo anterior, prohijados por una burguesía formada al amparo de las medidas borbónicas, cuyas acciones de liberalización fueron un acicate para las búsquedas de nuevos valores y en general para cambios importantes en la mentalidad venezolana.

Sobre la sociedad venezolana del momento el autor dice lo siguiente: “Las medidas de tipo liberal que adoptaron los Borbones en España afectaron a América. Algunas fueron de carácter directo para una provincia americana; otras modificaron las relaciones comerciales de la metrópoli con las colonias, y por tanto tuvieron consecuencias inmediatas en el alza o la baja de precio en productos americanos; otras fueron impositivas y provocaron rebeliones en varias partes del Continente, lo que contribuyó a crear el espíritu de nacionalidad en nuestros países” (p.310).

Para Bosch el preludio de las luchas sociales se manifiesta con la oposición a situaciones como la creación de la Compañía Guipuzcoana que por un lado estimulaba la producción al abrir las posibilidades de exportación bajo el sistema regalista que encarnaron los Borbones, y por el otro ofertaba a la clase media y a los aristócratas llamados “mantuanos” una vía de enriquecimiento, y de alcanzar con este tipo de comercio monopólico con España posiciones sociales que llevaron a la concesión de cargos y prebendas a las familias ligadas a las gobernaciones, no sólo en Venezuela sino en todas las colonias. Con la llegada de las primeras naves en 1730 y 1732, se vieron afectados algunos comerciantes locales de la clase media, como el llamado “Andresote”, un mulato que tenía intereses en las exportaciones no a España, sino a Curazao y que por tanto se opuso a las medidas de la realeza.

Desde 1740 en adelante la oposición abierta o encubierta contra la monarquía crece. El listado de eventos que marcan de una u otra manera el preludio de las luchas sociales, es resumido por Bosch del siguiente modo: “La oposición a la compañía fue viva desde el primer momento. Las naves de la empresa comenzaron a llegar a Venezuela en 1730, y en 1732 se produjo la primera sublevación, la del zambo Andresote, en el Yaracuy. El zambo Andresote pretendía defender el derecho de los venezolanos a comerciar libremente con las Antillas holandesas. La compañía tenía fuerza militar propia, dedicada a asegurar sus privilegios pero pagada por el Real Tesoro, y con esas fuerzas la compañía se enfrentó al zambo Andresote. Los criollos protegieron a Andresote, y entre esos criollos abundaron los grandes terratenientes de Yaracuy y hasta de Caracas, que no estaban a gusto con la aparición de un poder nuevo que llegaba a competir con ellos en la posición dominante que tenían en la vida económica de la provincia” (p.321).

“En 1736 hubo una sublevación de funcionarios de la compañía contra el vecindario de Carora”, señala Bosch, “y las autoridades de la Santa Hermandad; en 1741 hubo en San Felipe motines que tuvieron como resultado la rebaja de categoría de la ciudad, cuyos habitantes se rebelaron debido a que un funcionario de la compañía había sido designado teniente y justicia mayor de San Felipe; en 1745 se descubrió un complot en que figuraban nobles de Caracas, muchos canarios y algunos clérigos que se habían confabulado para evitar que el cabildo de la capital siguiera en manos de funcionarios de la compañía. Por último, en 1749 estalló la sublevación de Juan Francisco León, la más importante de cuantas había conocido el país hasta entonces” (p.322). Juan Francisco León era juez de comisos y tanto él como la sociedad criolla, se opusieron a la sustitución del canario León por el vizcaíno Martín Echavarría. Los vizcaínos habían sido prebendados y a mediados del siglo XVIII preferidos por la realeza y la Compañía Guipuzcoana. La división étnica afloraba con la oposición, canaria en su mayoría, al cambio del canario León por Echavarría. El modelo permite entender que ciertas diferencias de este tipo marcaban la actuación de la población en aquellos momentos. La rebelión de León levantó voluntarios y en su camino desde el pequeño pueblo de Panaquire hacia Caracas, se le fueron uniendo gentes descontentas y que encontraban en aquel suceso una vía para expresar su disgusto. En Caracas hubo apoyo a la poblada, porque principalmente la bandera de lucha de León, era su oposición a la Compañía, y a los vizcaínos que rechazaban como “raza” privilegiada.

Juan Francisco León afirmaba su posición de cumplir con el común que su levantamiento representaba, y lo mismo con el rey. En aquel momento tenía el apoyo del cabildo de Caracas. A pesar de ser apresado y condenado, sus influencias habían alcanzado a muchos pequeños comerciantes. En 1750

fue puesto en libertad, y volvió a solicitar en un documento, que Bosch resalta como un resumen de la situación social venezolana, las necesidades que habría que solventar para un mejor manejo de la situación política y social. Sorprende al autor el hecho de que el líder de este movimiento fuera un canario; al parecer las posiciones de León tenían un respaldo de los tantos canarios transportados a Venezuela donde eran considerados gente inferiores por aquellas personas que llegaban desde la península. Ello explicaría por qué, desde el primer momento de las guerras sociales, las poblaciones canarias alcanzaran una preponderancia tal en las mismas. El siglo XVIII, desde sus comienzos, vio el acrecentamiento de la llegada desde las islas Canarias de importantes contingentes humanos, no sólo hacia Venezuela, sino también hacia Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico,

Según señala Bosch, en 1812, bajo la jefatura del canario Domingo Monteverde, se inicia lo que fue la “guerra social” (1812-1814).

Sin dudas, los cambios producidos por Juan Francisco abrieron a la mentalidad de criollos de clase baja a favor de una conciencia y de una idea unitaria, que permaneció y creció hasta concretarse en 1812 con una búsqueda armada de las libertades que la realeza confiscaba.

Todavía el joven Simón Bolívar buscaba en 1811, en Inglaterra, la ayuda para establecer cambios fundamentales en la estructura del régimen colonial español. Había nacido el 24 de julio de 1783, y siendo hijo de familia mantuana vive poco a poco dentro de los parámetros de una ideología aristocrática, pero ya criolla, que consideraba el sistema y la presencia hispánica negativos si no se lograba una conformación nueva de la estructura social de las colonias. El monopolio inaugurado por los Borbones se había tornado insufrible para el desarrollo de los valores e intereses locales. La invasión

napoleónica a España debilitaba la imagen del poder hispano, y con el apoyo de Inglaterra a España, y la lucha iniciada contra José Bonaparte, el panorama de un apoyo inglés parecía perfilarse. En la mente de Bolívar fluía la idea de un acoso que ayudara a la transformación deseada.

Al retorno de Inglaterra, el joven Simón Bolívar era todavía un representante de los criollos que encarnaron la oligarquía cuando Vicente Emparan fue echado del poder, y se conformó la junta de 1810 que declaró a Venezuela libre. Venezuela entraba en una nueva etapa, y si los mantuanos tomaron el poder con la ayuda de las pobladas locales de Caracas y otros lugares, pronto las medidas de los integrantes de la clase dominante criolla revelaron que era imposible el acuerdo entre mantuanos y el pueblo mismo. Esta división profunda quedó como parte de una futura escisión en lo que serían los valores de clase. De 1811 a 1812 las diferencias de clase fueron cada vez mayores, y según señala Bosch con acierto, las clases más pobres percibieron que la lucha contra los aristócratas y realistas encubiertos sería más importante que la que pudiera haberse intentado contra España.

Lo cierto es que la sociedad se dividía entre criollos ricos y poderosos y criollos pobres y abandonados por la nueva junta que desde el poder oligárquico detentaba el poder desde 1810.

La dicotomía que según Bosch se presentaba ahora era la de que las medidas anteriores procedentes de la monarquía parecían ser mejores que las inauguradas por la Junta mantuana. Por lo tanto el problema era o volver a la monarquía o luchar a muerte contra la nueva amenaza. Los criollos pobres, los esclavos, los canarios y personas de segunda y tercera clase pronto se dieron cuenta de que era más positivo luchar contra los mantuanos que contra la España que rechazaron antes. La nueva visión del proceso traía nuevas consecuencias interiores, puesto que la lucha contra los mantuanos

retornaría la mirada de los más pobres hacia España y las clases que desde la misma explotaban colonialmente el territorio.

Como señala Bosch, en dos años de gobierno de “mantuanismo” no hubo verdaderos cambios, a no ser las formas republicanas de orden simplemente atadas al papeleo, pero no una acción capaz de transformar el país. Dos años, de 1810 a 1812, fueron suficientes para entender que el cambio del regalismo a la República no estaba dando resultado.

Los años de Bolívar en Europa, donde se encontraría con Simón Rodríguez, su amigo y maestro, habían logrado en el aristócrata un verdadero cambio de mentalidad, aunque Bolívar era de los que creía que la vida del mantuano era todavía una opción encarnada en la República.

Bosch analiza la entrada definitiva de Bolívar en la guerra social iniciada en parte por Monteverde, las relaciones conflictivas de Miranda y Bolívar, las importantes proclamas de la guerra a muerte, y el enfrentamiento de Bolívar con Boves, y los que esgrimían el argumento de que la lucha a muerte contra los criollos mantuanos era fundamental, aunque se vislumbrara en el fondo del panorama una posible nueva entrega a España.

La guerra social traería como consecuencia la posterior transformación bolivariana. En la obra, el largo proceso de los periplos caribeños de Bolívar, sus contactos con los revolucionarios haitianos y jamaquinos, la importancia de la revolución haitiana en la mentalidad de Bolívar, son jalones importantes.

Bosch analiza con detalles el año trágico de 1814. Fue el año de las guerras más duras, en las que el asturiano Boves, hasta cierto punto anárquico, y Bolívar republicano con el mantuanismo a cuestas, deben enfrentarse en la etapa más sangrienta de las guerras que desangraron a Venezuela. José Tomás Boves, en 1814 poseía más respaldo de los criollos pobres que Bolívar, y cuando el Libertador entra por Los

Llanos para enfrentarlo parece confirmar la idea de que los mantuanos y sus ideas republicanas y nacionalistas, no poseen sino un país legalmente organizado, pero popularmente en el suelo.

En su carta desde Jamaica de 1815, Bolívar reclama que la lucha en Venezuela no tuvo las mismas expectativas de la de los esclavos de Santo Domingo. En la de Santo Domingo se luchó por la libertad de seres encadenados, en la de Venezuela se estaba luchando. Bolívar fustiga el retorno al poder en España de Fernando VII, figura que estimuló con su regreso la lucha realista que vino a conformar, con la de los criollos y las posiciones mantuanas, el escenario de una de las más crueles guerras del territorio.

La muerte de Boves hace cambiar el panorama y consolida el tránsito hacia la independencia. Bolívar, considera Bosch, con la experiencia de la guerra social intenta extender, y lo hace, una lucha que se consolida y se hace fuerte. En 1816, llegado desde Haití, el Libertador dio inicio al concepto de guerra libertaria, liberando un sector de los esclavos a su entrada en julio por Carúpano. Al volver a Haití, es ya otra mentalidad. Con la ayuda de Petión, quien antes había hecho lo mismo, Bolívar volvió a Venezuela reclamado por las guerrillas independentistas que le ofrecieron el mando.

“En ese momento,” escribe Bosch, “agotada del todo la guerra social, iba a comenzar la verdadera guerra de independencia, hecha por los mismos soldados que con Boves habían destruido la república. Esos antiguos llaneros realistas, bajo el mando de jefes republicanos, iban a llegar hasta Potosí derrotando ejércitos realistas” (p.425).

En el capítulo XIII de su ensayo, Bosch analiza la influencia de la revolución haitiana en la obra de Simón Bolívar, más radical aún, porque “había sido guerra social y guerra de independencia”.

Juan Vicente Gómez, camino hacia el poder

La historia de Venezuela ha sido uno de los temas recurrentes de Juan Bosch. Dos estudios biográficos sobre Bolívar, contenidos en estas *Obras completas*, lo confirman. Las dictaduras fueron igualmente temática recurrente de Bosch, y lo que escribió sobre Trujillo y su modelo dictatorial es muestra de que el tema ha sido, por razones obvias, de los preferidos por Bosch. Habiendo salido al exilio en 1938, cuando estaba vigente la dictadura de Juan Vicente Gómez, el autor pudo ver en ella un poco la repetición lo que en paralelo se produjo en Santo Domingo con la de Trujillo. Los últimos cinco años de Gómez, 1930-1935, se traslapan con los cinco primeros de Trujillo. Juan Vicente encarnó, según Bosch, el poder que buscaba la riqueza. Podría decirse que Trujillo, de modo inverso buscó en la riqueza el poder, y lo concibió como un modelo de orden egolátrico, basado en la compra de conciencias, en el crimen, y en la acumulación de riqueza para él y su familia. Por tales razones leer este ensayo de Bosch sobre el dictador Juan Vicente Gómez obliga a los dominicanos a pensar en Trujillo. Gómez traicionó a su compadre el general Cipriano Castro, Trujillo a su compadre el general Horacio Vásquez. El primero pudo haber sido un modelo que al parecer Trujillo copió en algunos de sus actos, aunque poco se ha dicho de las mezclas que revelan estos tipos de dictaduras, hibridaciones de hechos de tiranos del pasado con dictadores modernos, como los de la dictadura de Páez en Venezuela con la de Gómez y Cipriano Castro y la de Ulises Heureaux (Lilís), con Trujillo en Santo Domingo, donde el tema comparativo de Trujillo y Lilís ha sido llevado a cabo como elemento literario por Bernardo Vega, en su obra *Domini Canes*.

Como un punto también coincidente está el de los exilios. Los de intelectuales venezolanos que huyendo de la dictadura de Juan Vicente, vivieron e hicieron vida intelectual

dominicana, desde que hacia la década de los veinte la dictadura de Gómez se hizo más violenta, y la de los dominicanos que a partir de la década del 30, luego de la muerte de Gómez y por la presión de Trujillo contra sus enemigos políticos, pasaron a vivir en Venezuela tras los primeros asomos democráticos en aquel país.

Desde luego que estas ideas de prologuista no son las que desarrolla Bosch en su estudio sobre el ascenso al poder de Juan Vicente Gómez, quien se formó en el campo militar bajo las enseñanzas de Cipriano Castro. Trujillo no tuvo experiencias bélicas relacionadas con la vida libertaria dominicana, más bien su campo de batalla estuvo marcado por la represión que como guardia nacional y militar, bajo las instrucciones de la tropas de ocupación norteamericanas, lo llevaron a ser un líder represivo que alcanzara luego, y bajo las condiciones que lo hicieran hombre de confianza de Horacio Vásquez, la escalinata hacia el poder.

El estudio de Bosch sobre el ascenso al poder de Juan Vicente Gómez en Venezuela es un ensayo político, en el que trata de demostrar que el tirano era más comerciante que político. A diferencia de su compadre Cipriano Castro, que era más que nada un militar de actividad rústica que buscaba el enriquecimiento como elemento que le ayudara a mantenerse en el poder. Modelo muy común entre muchos dictadores latinoamericanos. Juan Vicente Gómez no fue sino un negociante, latifundista, ausente del nacionalismo que constituyó en América Latina la base de las ideas libertarias en relación con el dominio colonial. Penetrando el poder lentamente debido a los achaques de Cipriano Castro, desempeñó funciones presidenciales hasta quedarse definitivamente con el poder. Ya en 1906 Gómez estaba rodeado de los que serían su cuadro de acción militar. Pero su compadre Cipriano Castro, notando el crecimiento de su fama, en 1906 buscó mediante

el movimiento de La Aclamación consolidar el poder que se le iba de las manos. Los militares gomecistas crecieron frente a la decadencia física del general Castro. Según Bosch, Juan Vicente no conspiraba en principios contra Castro, sino que se consolidaba para una posible sucesión. Ya antes de acceder al poder, Gómez era uno de los hombres más ricos de Venezuela.

Pese a haberse manejado siempre cercano al poder, y de haber aparecido en la escena política desde 1903, no fue sino hasta 1910, cuando el Congreso Nacional le otorgó el grado de Presidente Constitucional de la República. Sin dudas supo esperar y los modelos y formas de esa espera son los que Bosch estudia destacando la guerra hipócrita entre Cipriano Castro y su pupilo Juan Vicente.

Bosch analiza la situación determinando que Gómez fue muy indeciso en su afán por tomar el poder, pues el propio Cipriano Castro, durante un viaje a Europa en 1908, estaba al corriente de las intenciones de su pupilo.

En la parte del ensayo referente a la toma del poder, y el camino de Gómez para llegar al mismo, Bosch señala el carácter astuto de Juan Vicente, el deseo de no ofender al compadre, y su constante afecto. Venció de ese modo la desconfianza de Castro, pero su fama de hombre formal y posible futuro Presidente había crecido. Al través de la esposa de Castro, doña Zoila, Gómez fue tejiendo la escalinata de su ascenso: “Pacientemente, sin alharacas, Gómez fue convirtiéndose poco a poco en el caudillo de los Andes; y en las vísperas de tomar el poder que sostendría en sus manos durante veintisiete años, el hombre de ‘La Mulera’ era ya el único gran caudillo regional que había en Venezuela” (p.495). De los Andes eran ambos, y de Los Andes lo trajo a la capital y a las instancias del poder el propio Cipriano Castro. Citando al historiador Ramón Párraga, Bosch apunta en texto de éste lo siguiente: “[...] hombre astuto y peligroso” (*Ibid.*). “Muy

discretamente” cita Bosch de Párraga, “venía Gómez celebrando conferencias en altas horas de la noche con sus amigos y oficiales retirados del Ejército en distintos sitios sospechosos de Caracas” (p.496).

A la vuelta a Caracas, en 1907, del general Castro, sus fallas de salud reaparecieron. Gómez, con gran parte de una opinión pública a su favor, esperaba. En ese año se recrudeció la salud del Presidente. El 24 de noviembre de 1907 Cipriano Castro dejaba el poder provisional en manos de Gómez y viajaba a Burdeos para una nueva revisión de sus dolencias. Gómez, conjurado con los generales más importantes, entre ellos Delgado Chalbaud, dio garantías desde el poder a los desterrados del gobierno de Guzmán Blanco, los respaldos crecieron, se organizaron provocadas manifestaciones anticastristas, los motines fueron sofocados. El nombramiento de facto quedó establecido y Juan Vicente Gómez llegó al poder pleno en 1908, el que disfrutó hasta 1935.

MUJERES EN LA VIDA DE HOSTOS

MUJERES EN LA VIDA DE HOSTOS*

Señoras y señores:

Todo hombre recibe influencia de mujer, como toda mujer la recibe de hombre. No puede ser de otra manera, porque sólo la suma de los sexos completa en su ley y en su fin natural al ser humano.

Visto de prisa, Eugenio María de Hostos parece inmune a esa influencia. Su carácter, que le llevó a aceptar como deber lo que en otros no pasaba de ser sueño, le hace figurar en la historia más como un mito que como lo que fue: una realidad de profundo contenido humano. De primera intención se rechaza la idea de que algo pudiera influir en su vida. Parecería que de sí mismo manaba el principio dinámico. Y no es así. Cierto que su naturaleza excepcional distrae al espectador y desfigura su condición de hombre; cierto que su peculiar manera de reaccionar frente a problemas determinados y generales podría explicar parte de sus hechos. Pero no todos. Y ni siquiera tal vez el fondo de uno solo. Porque la verdad es que no hay una actitud, una acción, un movimiento de esa vida austera y admirable que no

* Conferencia dictada por Juan Bosch, San Juan, Puerto Rico, 7 de noviembre de 1938, bajo los auspicios de la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, con motivo de la celebración del Centenario de Eugenio María de Hostos.

responda, desde la cuna hasta la tumba, al influjo que la mujer ejerció en ella.

Producto de su razón fue el ideal del hombre perfecto, en el cual trabajó, sobre sí mismo, minuto tras minuto, sin un solo desmayo. Ahora bien, si el perfecto es aquel que con más propiedad encarna las disposiciones de la naturaleza, lógico es que sea él quien mejor responda a esa ley inflexible que ordena al hombre completar su realidad física y espiritual uniéndose a la mitad que le corresponde.

En el camino de la perfección es donde percibe Hostos el propósito divino del acicate sexual. “Todo mecánico” de la naturaleza, llamaba a la mujer. A tan justa definición no puede haber llegado sino mediante un proceso reflexivo intenso. Así logró abreviar su concepto de la mujer con dos palabras que expresan medularmente el hondo sentido creador y eterno del imperativo sexual en la porción femenina del ser humano.

Y si hubo ese proceso mental, es claro que se debió al reconocimiento que hizo el propio Hostos de la influencia que en él ejercía la mujer. Lógico es, también, que esa influencia no podía ser de otra manera que benéfica, porque ella debía estar condicionada a la naturaleza íntima del influenciado. Al reconocerse producto de esas influencias, Hostos, que siempre debió gratitud a cuanto consciente o inconscientemente le hacía bien, pagó el bien defendiendo los derechos sociales de la mujer y proclamando su importancia como mitad de la sociedad.

“Madre, amante, esposa, toda mujer es una influencia” —escribió en Santiago de Chile en 1873—; y ocho años más tarde, en Santo Domingo: “el movimiento social... directa o indirectamente es siempre determinado por acción o reacción de la mujer, por impulso visible o invisible de mujer, por influencia buena o mala de mujer...”

Él percibió siempre las que le atañían, que fueron de dos tipos: las que forzaron la manifestación de su carácter y quizá contribuyeron a formarlo, recibidas durante la infancia; y las que determinaron los rumbos de su vida, cuando penetró en esa especie de recinto luminoso y florecido que forman los días del amor.

De cada acto suyo es origen una mujer; y casi siempre lo que determina esos actos es el miedo a los deberes que impone el amor.

—¿Miedo a los deberes? —preguntarán ustedes asombrados.

—Sí, miedo a los deberes. Y ahora verán cómo y por qué. Hombre del suyo como lo era él, Hostos no podía comprender que pudiera abandonarse un deber mayor por uno menor. Así como él fue durante sesenta y cuatro años la mejor encarnación de sus ideales, la fue también de aquel viejo proverbio de que “lo mejor es enemigo de lo bueno”. Hostos sufría el miedo de no ser fiel a su ideal; y entre el servicio de su Continente, de las Antillas, de Puerto Rico y el de un mandato natural que sólo a él había de beneficiar, escogía sin titubeos aquél.

Espoleado por el imperativo sexual, anduvo de tierra en tierra, nuevo judío errante de la dignidad. El resorte entrañable de su vida lo mueve la mujer. En repetidas ocasiones lo reconoció así. Cuando se rinde al fantasma implacable, tras haberlo eludido una, dos, tres, cuatro veces, Hostos gana la paz sexual, se siente completo ya en carne y en espíritu, y puede entonces entregarse a la obra sustancial de su vida: la de educador. Belinda Otilia de Ayala recibe en Hostos un propagandista y le devuelve a América un apóstol de la enseñanza y un creador de cultura autóctona.

Pero Belinda es sólo la paz. Al comprobar en un examen rápido que otras mujeres simbolizaron la lucha, y cómo y por qué la simbolizaron, vamos a conocer un Hostos realmente

humano, cien veces más grande, por lo mismo, que ese Hostos casi mitológico a quien se ha temido conocer.

Y con razón. Porque la verdad es que un hombre de tal temple avergüenza con sus actos a la generalidad de sus hermanos.

Las mujeres de la infancia

De las mujeres que componen la familia de Hostos, tres, sobre todo, contribuyen a formar aquel carácter extraordinario: la madre, a quien él recuerda como mujer hermosa, rubia, “de aspecto a la par bondadoso e imponente”; su hermana Engracia, “la primera protectora”, tan parecida al hermano que “le hacían el agravio de compararla conmigo, que era feo, mientras ella era bella” —dice Hostos; y su tía-madrina Caridad, de cuyo físico no hay prendas, pero de quien él deja constancia de que fue amorosa y buena con el ahijado por los días en que, convaleciente de una gravedad, el niño fue a su casa, en las cercanías de Mayagüez, a recibir aires sanos.

Rapaz sumamente violento, Hostos fue una naturaleza briosa desde sus primeros años. Se gozaba en clavar alfileres en los brazos de la lavandera o en pellizcar a una acogida de sus padres. ¿Muestras de vehemencia? Quizá. Lo era mucho: la primera vez que oyó música estuvo dos días acostado en el piso y girando como un trompo, sufriendo porque no recordaba el aire. Cuando doña Hilaria se sentaba a coser, el hijo se echaba a sus pies a acariciarla y si ella se molestaba con tantos mimos, él se la ganaba besando con verdadera unción de idólatra el ruedo del vestido materno.

Tal vez esa vehemencia de Hostos, aparte de lo que pueda haber de naturaleza excepcional, explique el consentimiento en que las mujeres de la casa tenían al niño tan fieramente hambriento de cariño. Ese consentimiento, agravado por dos dolencias que lo tuvieron al borde de la muerte,

había de resentirse por culpa de su tía-madrina Caridad, y del resentimiento surgiría aquella voluntad poderosa, de la que él se quejó tantas veces.

Estando moribundo rechazaba las medicinas a menos que le pagaran por tomarlas. Generalmente todos los muchachos hacen eso; pero en Hostos era raro, porque él jamás fue interesado. Treinta años más tarde, con esa amable melancolía en que se nos envuelven los recuerdos de la infancia, evoca él aquellos días. “Cuando la convalecencia le consintió dar algunos pasos —escribe en tercera persona— más se ocupaba de tener segura la bolsa en que había ido acumulando su riqueza, que de afirmar sus pasos”.

De ese ambiente en que tienen tanta autoridad sus caprichos va a pasar a otro donde tropezará con la primera imposición. Ocurre así: el enfermo fue enviado a reponerse donde su abuela, con quien vivía Caridad. Caridad no sabía qué hacer para complacerle: él era la luz de sus ojos, y se había vuelto exigente con el quebranto: si no se le daba de inmediato lo que exigía, lo rechazaba altanero. Ella le rogaba, le prometía, lo acariciaba. Una tarde, sin duda gratísima para aquella tía-madrina consentidora, descubrió ella que a Eugenio María le gustaba el arroz blanco, y desde entonces, a las dos de la tarde, hora precisa, le traía al niño su ya favorito plato. Pero cierta vez tardó algunos minutos y cuando se presentó ante el chiquillo él le gritó que no quería. Rogó la madrina, exigió la abuela, argumentaron ambas. Nada. “¡No quiero!” —chilló él—; “¡Pues yo quiero!” —respondió Caridad—; y a la brava le metió la cuchara en la boca. Pero ocurrió que el arroz estaba muy caliente. Al sentirse quemado, el niño se puso frenético, arrebató el plato de las manos de su tía y lo lanzó por el balcón. Creyendo calmarlo, la abuela aprovechó la presencia de un amigo que pasaba frente a la casa, le pidió en alta voz, con el fin de asustar al muchacho, que fuera donde Hostos y le dijera que

mandara en busca de Eugenio, porque ellas no podían domarlo. Cuando Eugenio María oyó aquello se puso fuera de sí y con la misma firmeza que iba a demostrar durante toda su vida, dijo que él se iba esa misma tarde a Mayagüez. De nada valieron las explicaciones de la abuela. Nadie pudo doblar la voluntad que tan recia apuntaba.

De igual manera, es la primera separación de la madre, por quien sentía veneración, casi idolatría, lo que le da la idea del deber y cómo hay que cumplirlo por encima de todo. Sucedió que Hostos, tan sufridor como fue, era duro para las lágrimas. “La sensibilidad, como la voluntad, son creación de mi razón” —asegura alguna vez—. Su razón de niño debió convencerle de que cuando se sufría un gran dolor, había que llorar. Así, ese día de la separación, cuando la madre estaba al partir, Hostos, que quería llorar y no tenía lágrimas, se dio de golpes contra las puertas a fin de que el dolor físico le hiciera mostrar el que sentía.

Pero quizá la más importante revelación de su naciente personalidad fue la provocada por la belleza de su hermana Engracia: nada menos que el descubrimiento de su carácter, cuando apenas él tenía nueve años.

Engracia era dos años mayor que Eugenio, pero su presencia no denunciaba tan corta edad. La niña aparecía muy bella. El juez de Primera Instancia de Mayagüez —“el hijo de don Anastasio el avaro, cuyas víctimas fuimos en Bilbao Pepe, Ortega, Bedford y yo, años más tarde”, dice Hostos como si quisiera perseguir al juez hasta en sus ascendientes— iba a menudo a la casa de Hostos donde encontraba esa acogida cordial que necesariamente debía entonces un notario a un juez. Un domingo por la mañana éste fue a almorzar donde sus amigos y no encontró más gente allí que a Engracia y a su hermanito Eugenio. El juez pensó que se le hacía fácil molestar a la niña y la persiguió para abrazarla mientras ella corría asustada.

Entonces surgió en Hostos el hombre que había de ser. Nadie, fuera de él, podía defender a su hermana: se abalanzó sobre el juez y tan fiero debió portarse aquel niño, que el impetuoso magistrado abandonó la casa, olvidando, incluso, que estaba invitado a almorzar.

¿Un amor en Puerto Rico?

Tres años después de ese incidente, Hostos salió hacia Bilbao. Iba a estudiar. Estuvo antes en San Juan. Se sabe poco de su vida de entonces, por lo menos en lo que respecta al tema que nos ha reunido esta noche. Hay un dato interesante, de la época de Mayagüez, que conviene no dejar pasar por alto: las burlas de las niñas, que tanto mal hacen en la infancia, no inquietaban a Hostos. Ni cuenta ponía en que las Quijano esperaban los domingos, cuando el muchacho pasaba por delante de su casa camino de misa, para gritarle “cabezón” y “barrigón”. “Parece que efectivamente —recuerda donosamente el burlado— su merced tenía más cabeza que la que conviene a cualquier hombre y más barriga de la que conviene a cualquier niño”.

Debido a la muerte de su hermano Pepe, vuelve a Bilbao cuando tiene entre quince y dieciséis años. Su hermana Engracia le relaciona con sus amigas. Sospecho que entre esas amigas de Engracia está escondido el primer amor de Hostos. No son más que conjeturas, a las que alguien podría oponer la edad de Eugenio. La verdad es que quince o dieciséis años es la corriente en el trópico para despertar al amor. Hablando de aquellos días él dice, simplemente: “Los oasis no son suficientemente grandes en los desiertos”; pero muchos años después, estando en Nueva York, escribe: “María Lozada, niños ambos, sintió por mí un afecto apasionado, que yo no supe apreciar ni corresponder”.

El otro viaje, provocado por otra muerte, lo hace cuando tiene veinte años. Es sin duda entonces cuando estuvo

haciendo “demostraciones vacilantes” a Lola Ruiz y Cipriana Mangual, de Mayagüez las dos.

Y si no en el primero, ni en el segundo, el probable amor puertorriqueño de Hostos se cumple en su tercer viaje, el de 1862. En esa ocasión permaneció casi un año en Puerto Rico, “el año de meditación más dolorosa que conozco en mí” —según confiesa.

¿Que por qué sospecho yo lo que no está dicho ni entre líneas? Pues sencillamente porque el amor no se inventa ni se conoce por analogía. El que no haya vivido esa fiebre fascinante del primer amor, esa especie de delirio en que nos sume el descubrimiento de tanta pasión y de tanta vehemencia sexual en nosotros mismos, no podrá describirlo jamás. En *La peregrinación de Bayoán* hay dos escenas de amor en los trópicos que son vivo retrato de la realidad. Una de ellas es la despedida de Marién y Bayoán, que va camino de España; la otra, separación momentánea en San Juan, donde se encuentran los jóvenes, en la que Marién se asoma al balcón vestida de blanco, coincide con una breve cita que Hostos hace en su diario de “una figura angelical” a quien él contemplaba con éxtasis en San Juan¹.

¿Pero qué interés pudo haber tenido Hostos en silenciar tal amor? Ninguno. Es que por ser bravío, por ser fiebre de los sentidos, ese primer deslumbramiento del hombre se olvida pronto. Parecería que ninguna importancia puede tener en la vida una pasión que tan fácilmente olvidamos; pero la tiene. Si la que sospechamos fue, ella explica el desconcierto

¹ Después de pronunciada esta conferencia, el autor ha dado con un fragmento de manuscrito de Hostos en el cual se confirma en parte esta sospecha. Ciertamente, Hostos tuvo en su primera juventud un amor que sacrificó a la felicidad de un amigo. No hay en este fragmento de manuscrito ninguna indicación del lugar o país que fue escenario de esa pasión. Por tratarse de un fragmento, se dificulta describirlo biográficamente.

en que cayó Hostos de retorno en España; la apatía, la falta de fe en su carrera de Leyes, que se negó a seguir estudiando. Gran favor le hizo a América quienquiera que tuviera la culpa de que Hostos no quisiera hacerse abogado. Falto de un título, necesitaba instrucción amplia en otros sentidos. Además, así pudo dedicar su tiempo a estudiar las materias de su predilección. Pero esto lo hizo solamente después de la muerte de doña Hilaria, suceso que marcó definitivamente el rumbo que había de seguir Hostos.

Doña Hilaria, o la lucha

Doña Hilaria Bonilla de Hostos muere el día 28 de mayo de 1862. Cuando transcurran dieciséis años y el hijo haya vivido muchos de dolor, dirá con amargura que aquel hecho impiadoso “le despertó del sueño de la vida”. “Aquello —afirma— había sido un verdadero sueño. Si hay hombre que sepa positivamente lo que es la realidad, y sobre todo, el abismo verdadero que hay entre la realidad de la vida y lo que imagina la adolescencia fuerte como la vida, ése soy yo. Yo lo supe en el momento en que perdí a la santa mujer a quien veneré como virtud viviente tanto como amé con ardiente amor de hijo. Hasta aquel día me había desarrollado libremente, siguiendo sin guía, o sin oír al guía, la dirección que la inexperiencia, agravada por el desinterés natural de mi vida, me hacía seguir”.

Herido en lo hondo por un dolor cuya fuerza él no podía sospechar, Hostos se reconcentra en sí mismo y ve la vida tal cual es. Ya no demora en este mundo ese regazo en qué acogerse; carece ya de sombra amable el camino. Como una mano invisible, el golpe le sacude el alma. Toda la vehemencia que ponía en amar a la madre iba a encauzarse ahora en otra dirección.

De vuelta en Puerto Rico, hecho hombre por el sufrimiento, mira en su torno y comprende entonces la sombría realidad: aquella tierra suya es colonia. Empezó el amargo descubrimiento,

el conocimiento lento, pero de seguro avance: cada vicio, cada monstruosidad, cada error tenía su origen en la condición colonial del país.

Días tras día, aquel espíritu fue aprendiendo la lección del mundo que le rodeaba, y como él no podía ver lo monstruoso sin aprestarse a luchar contra ello, a medida que descubría se iba irguiendo su conciencia. Por eso dice que fue el año más sufrido que tuvo. No dice que fue el que lo salvó para la posteridad: en él comenzó a subir su cuesta de la amargura.

Marién

Cuando llega a España en 1863, Hostos lleva ya consigo, aunque no lo sospeche, esa figura triste de mujer que encarnaba a las islas amadas, esa Marién ingenua a quien mata la falta de su sol antillano.

Cubana como será una de sus amadas y como lo será la compañera bien querida, Marién presidirá muchos actos de la vida de Hostos y será un símbolo de su última etapa española. Muchas veces hablará de ella como si hubiera realmente existido. Dice de su mujer, Belinda Ayala de Hostos: “La conocí como conoció Bayoán a Marién”. Era tanto su amor por Marién, que si como previera que de todas sus obras era la que cuenta su historia la que menos había de llamar la atención, la defendía con recelo paternal y aseguraba que sólo ella le satisfacía.

La frialdad con que el público español recibe su creación le arranca frecuentes frases de desdén. Quizá le consuele algo que una mujer de alcurnia le aplauda sin reservas y le escriba estimulándole. La vida, mientras tanto, se le anuda. Lucha por la república, y va a Barcelona, torna a Madrid, emigra a París. Se prepara la revolución de septiembre. En estos trajes, mujeres sin importancia asoman un segundo y desaparecen de nuevo. De una de ellas llegará a escribir Hostos: “...sin

embargo, la amo, como se aman los recuerdos, como se ama la vida que se ha vivido, como se ama la obra que se ha hecho. Es, en la historia de mi sentimiento, la única realidad con que tropiezo... la acojo en la imaginación con entusiasmo, la acerco a mi corazón con reverencia, la contemplo en mi alma como un ideal". Habla de una Matilde, y quizá sea a ella a quien evoque muy delicada y amargamente cuando dice: "...recordando *Sueños de amor...*" que "...fue mi distracción en Madrid, en el dulce recuerdo, en el triste placentero sentimiento".

Recelosa, Marién se ha recogido al fondo de su alma. No se la ve, no se la siente. Pero resurge triunfal, al fin. Es en la noche del 20 de diciembre de 1868. Hostos pronuncia su fogoso discurso en defensa de Cuba. Inicia la batalla grande que terminará con su muerte. En la penumbra discreta que envuelve los pasillos del Ateneo viejo de Madrid, mientras habla Hostos, se pasea la figura amable de Marién. Sonríe, vencedora. A poco, la creatura ya casi carnal traspone la frontera con Eugenio María cuando éste comprende que se hace necesario romper del todo con España. En Nueva York se prepara una expedición para su isla. Hasta Nueva York le seguirá Marién, la pobre muerta de amor.

La rival afortunada de Marién

A fines de octubre de 1869, próximo ya a cumplir los treinta y un años, Hostos llega a Nueva York. Los emigrados cubanos y puertorriqueños lo reciben con tibieza. Procede de España, y todavía no ha podido llegar hasta Nueva York el eco de su campaña en favor de la libertad de las Antillas, realizada bravíamente en la Metrópoli. A Betances, a Basora, a Mestre, a Piñeiro, les explica sus planes. A cambio de desconfianzas, de torturas desgarrantes, Hostos va imponiéndose entre los emigrados; pero imponiéndose en cuanto a la honradez de

sus principios, no en cuanto a la conveniencia de que se adopten sus planes para realizar aquellos.

En su obstinada lucha de renovador, Hostos estaba llamado a fracasar como jefe de hombres, porque tanto como a sí propio les exigía a los demás. De ahí que solamente sepa y pueda conducir niños. Cuanto más se le pide más honrado y más satisfecho se halla el niño; el hombre es todo lo contrario.

Entorpecido en sus proyectos, abrumado por las intrigas que le desesperaban porque él no era capaz de concebirlas, Hostos se encontró un día soñando como cualquier chiquillo. Un sábado, el primero del año 1870, para ser precisos, el creador de Marién cometió una infidelidad imperdonable: suplantó bruscamente el recuerdo de la muerta adorada por el de una americana que, para hacer más odiosa la suplantación, era millonaria. Precisamente por serlo, por tener millones como sólo allí se tienen es por lo que Hostos la prefiere.

Pero oigamos a Hostos. Que nos cuente él mismo esta aventura insólita.

Paseaba calles y avenidas. “Ocasión propicia —dice—, la aproveché y me puse a imaginar. Imaginé que había jugado para ganar cien o doscientos o trescientos o quinientos mil pesos, que gané: los gané para hacer la revolución de Puerto Rico. Un acto de abnegación, me valió la simpatía de una joven, allí presente: la joven tenía un padre: lo contaminó de admiración por mí, y siendo americanamente millonario el padre, y siendo yo el necesario futuro esposo de la joven, ¡se salvó Puerto Rico!” Suelta ya la frenética imaginación que tanta cadena había sufrido, Hostos prepara la revolución ideal, en que tanto como los guerreros expertos entran los médicos, los maestros, los técnicos de todo oficio y arte. “Esos chicos de Puerto Rico que pierden aquí el tiempo —dice—, sostenidos por mí, se educaban en el trabajo y en la lectura obligatoria y dirigida, para ir a cumplir con su deber”. Él se retira al interior

a preparar con su compañera el gran momento de la revolución. Es algo inaudito lo que se avecina. Hostos ejercita a los obreros de las fábricas del suegro; su hermana Rosita se casa con el Ministro de Hacienda de Hostos, que es hermano de su amada “y ya había yo consagrado social y teológicamente mi cariño” —dice—, dejando entender que hasta a casarse según los ritos religiosos estaba dispuesto.

Marién yace en el olvido. Hostos pasea e imagina: “...ya estaban prevenidos en mi favor Sumner, Grant, todos los grandes políticos de América —prosigue—, ya estaban mis agentes en Colombia;... ya Betances y los otros caudillos, obedeciendo mi plan montaban sus vapores respectivos... Pero entonces llegué yo a la puerta de mi casa, y las dos revoluciones que concibo, se quedaron en donde me quedo todo yo: en las tinieblas del deseo.”

También allí, en aquella puerta que lo devolvía a la realidad, se quedaba la millonaria americana. Si Hostos hubiera vuelto los ojos, habría visto que tras la millonaria, triste, llorosa, la sombra de Marién se despedía para siempre.

Candorina, o el descubrimiento de América

El año de 1870 es quizá el más decisivo en la vida de Hostos: comienza en él a formarse el hombre de América que había estado preludiado en España desde la aparición de su novela. Unas palabras suyas aseguran que llegó a Nueva York con el único propósito de tomar parte en una expedición que salía a fines del 69 hacia Puerto Rico. Betances y Basora estaban en la ciudad de los clubes revolucionarios: desde allí conspiraban los cubanos, los puertorriqueños, los dominicanos que combatían a Báez. Hostos se mantenía colaborando en periódicos de habla española, aunque necesitara con frecuencia recurrir a los haberes del padre, que no desatendía a aquel hijo de sus culpas, querido y admirado a la vez.

De la fiebre revolucionaria sacaba siempre oportunidades para otras cosas. A veces caminaba cuerdas enteras detrás de una mujer atractiva; otras se abismaba contemplando cómo bellas cubanas daban a la revolución su gallardía y su oro. Activo como pocos, orador preciso, escritor vehemente, pronto tuvo la mayor popularidad a que podía aspirar un emigrado; dolor de Hostos, que no buscaba eso: la popularidad le echó encima a los grandes de la emigración y tuvo que mantener una lucha sorda con la miseria económica que le circuía y con la miseria moral que le combatía. Ni Memé, acariciadora y enamorada, que le besaba casi en presencia de extraños, pudo distraer el tormento de aquella alma.

Hostos empieza a sentirse solo. ¿No tendría necesidad de una compañera? Él había llegado ya a ese término de la vida en que se hace necesario el amor. Cuatro años más tarde lo diría: “Me había faltado una fuerza de impulsión. Esa fuerza era la que importaba adquirir, ella la que debía estimularme... Había tenido y tenía entonces las sollicitaciones más impulsivas para constituir una familia”. Lo sentía, pues. Estaba maduro para el amor, pero temía, “porque —dice— todo sentimiento de familia, y toda tendencia deliberada hacia él chocaban con la idea del deber aceptado y obedecido exclusivamente hasta entonces”. Ese deber de que habla es la revolución para las Antillas; pero aunque él no reconocía más ley que la de su razón, lo engañó la naturaleza, que le clamaba por compañera, haciéndole caer en el amor mental. Porque eso, y nada más que eso, fue lo que determinó sus relaciones con Carolina o Cara, cubana, quizá de no más de quince años, de familia asentada en Cartagena de Colombia. Más de tres meses dura la lucha sorda de Hostos, que duda entre si declararse o no. A pesar de que él lo creía, se ve en sus apuntes de entonces que aquel amor no era el grande, ése que toca muy de tarde en tarde en la vida, y en el que no pueden intervenir

cálculos ni deseos, porque él paraliza todas aquellas facultades que no sean las más sutiles de la animalidad. Hostos medía y pesaba mucho sus relaciones con Cara. Le creó un apodo, Candorina, curioso por dos motivos: tiene mucho de mental, porque a la mujer realmente amada no se la nombra con apodos que exalten una virtud evidente o supuesta, sino con uno que emerge de lo hondo de nuestro ser y que por lo general nada dice, porque es tan sólo un sonido dulce, sin pretensiones definidoras; y porque ese final en *ina* le será siempre grato a Hostos, que lo aplicará a otra mujer, que se sentirá complacido de que su compañera lo tenga, aunque con alguna diferencia, de que lo lleve una hija, y cuando escriba para otra hija alguna de sus deliciosas piezas de teatro infantil, le prolongará el nombre para terminarlo en el *ina* sonoro y dulce.

Durante un cuarto de año su diario está lleno de alusiones a Cara. “Ella me atraía, yo le inspiraba confianza —dice—. La noche de la taza de café fue deliciosa”. Y la tal delicia no pasa de ser lo que él llama el candor con que ella aparece en la puerta, dudando entre si entrar o no, y las indirectas de la hermana y del cuñado de Cara, que hablan de la “buena pareja que harían”, lo que los lleva a medirse como un par de muchachos.

A la distancia de los años, y conocido el final de esas relaciones, alguien diría que Cara coqueteaba con Hostos. Él debió ser un tipo de hombre muy atractivo para las mujeres, porque tenía una condición esencial para ganar su admiración: la armonía, la sobriedad, el dominio propio que comunica el íntimo conocimiento. Hombre sumamente dulce, amable, alegre, con una alegría bien medida; gran conversador —no lo que ahora se llama *causseur*, que es un mantenedor de atención a base de falsedades—, viajado, instruido y dotado del don especial de hacerse entender hasta cuando trataba temas complicados, Hostos debió ser un gran compañero de veladas. Físicamente tenía también imponencia, y cierta

gravedad, cierta especie de noble tristeza en los ojos, grises de reflejos claros, tristeza que se deshacía al oírle hablar con una voz viril y decidora de grandes bellezas. Era más bien bajo que alto. Una maestra normal dominicana de la primera época me aseguraba, hace pocos días, que ella no había conocido hombre más majestuoso que Hostos, a pesar de su estatura, ni más cortés y afectuoso. Aparte de lo que pudiera imponer el conocimiento de sus cualidades y la cercanía de una persona de tal renombre, él tenía atracciones físicas. ¿Qué mucho, pues, que aquella cubanita de ojos negros, sugestionable, de casi ninguna cultura, como lo deja entrever el propio enamorado, coqueteara con Hostos?

El ideal físico que perseguía Hostos era el de la mujer rubia, posiblemente de líneas que expresaran majestad, como las de la madre, Candorina tenía el pelo y los ojos negros. Esforzándose en quererla —y dígame si no era mental tal amor— él pensaba que con un poco de energía podía figurársela rubia.

En la lucha del amor, paralela a la política, pasan tres meses. La familia de Cara se va a Cartagena; y es entonces, al ver que le van a llevar la amada, cuando Hostos halla la solución de sus problemas. Puesto que él no puede vivir en aquel aire escaso y envenenado de anexiones en que se mueve la parte más poderosa de la emigración, debe hacer algo; pero algo que concuerde con la necesidad de su amor. Lo dice claramente, porque Hostos jamás trata de engañar: “Me falta el estímulo”. Sus palabras precisas, cuando logra armonizar el sueño ideal con el imperio natural, son éstas: “Me había faltado una fuerza de impulsión. Esa fuerza era la que importaba adquirir, ella la que debía estimularme”. Ya están dichas hace un momento, pero se repiten para que se vea cómo gobierna la honda trama sexual muchos actos de nuestra vida. Candorina es ese estímulo; Hostos lo confiesa. Debe ir tras ella, y como ella está en Cartagena y también en Cartagena se puede servir

a Cuba, él irá allá a servir a Cuba, luchando porque se reconozcan sus derechos, porque se le auxilie; y además a trabajar por dos causas: para sostener su hogar, y para hacerse del dinero que hará efectiva su acción en favor de la isla en guerra.

Así decidido, no quiere que Candorina se le escape sin que sepa cómo la ama. “Éste es un mármol del que se pueden sacar buenas estatuas” —asegura. Siete años más tarde se dirigirá al padre de Belinda de Ayala con palabras exactamente iguales. Vale la pena apuntarlo porque es común que Hostos use una misma expresión para manifestar estados iguales, no importa que estos se cumplan en tiempos distintos, lo cual acusa que no cambia de ideas.

Listo a cumplir su propósito, empezó a imaginar cómo había de hacer la estatua que reclamaba aquel mármol. La educaría, le llevaría libros. Incluso dio los primeros pasos en tal sentido. Pero cuando se iniciaba él en los secretos de esa cincelación, la familia se llevó a Cara. Hostos quedó como ciego. El día antes gemía: “Se me va mañana; ya empecé a llorarla hoy.” ¡Hay que ver qué páginas tan confusas son las de su diario en esos días! Se aprecia el esfuerzo por naturalizar aquel amor mental. Él mismo confiesa: “¡qué amor tan sin amor!”. Pero como aquella razón poderosa es capaz de crear hasta la sensibilidad, no ha de extrañar gran cosa que creara una falsificación del amor tan aceptable que llegara a influir en su vida de manera determinante. Ya en agosto dice que la falta de cartas en que lo tiene Cara y la lucha política le anonadaban. “Y siempre solo, sin nadie a quien oír, a quien hablar, a quien querer, a quien creer, porque hasta ella me abandona, hasta ella me priva de sus cartas” —se queja.

Un dinero que recibe de su padre lo resuelve, y el 19 de agosto dice: “Si las cartas de la familia Bda. [*probable apócope del apellido de Carolina*] son las que espero, me reuniré a ella”.

“¿Qué cartas son esas que espera? Las que le deben escribir la hermana y el cuñado de Candorina, al parecer empeñados en casar a la niña con Hostos. Para olvidar que esas cartas no llegan, Eugenio María se sumerge en las noticias de la guerra franco-prusiana, de la consternación francesa por la derrota. Pero no se anestesia así como así aquel hombre que se lanzaba a toda fuerza sobre lo que consideraba necesario hacer, y el 4 de octubre sale de Nueva York. Embarca en el *Arizona*, una lástima de barco, que hace la ruta por condescendencia del mar. Va camino de Cartagena de Indias a cumplir su palabra; y desde antes de salir empieza la duda: “Deseo y temo, temo más que deseo” —asegura.

Pero aquí está América, la rival de Candorina. Cuando vislumbra las costas de Cuba, cuando se siente en las cercanías del Continente, Hostos empieza a reaccionar. Candorina va ocupando un plano secundario, sin que él lo procure. Aquel amor mental acabará teniendo el puesto que le corresponde. ¿No está aquí América?

Si hasta ocurre que, recién desembarcado, cuando alguien lo quiere llevar a la casa de la mujer perseguida, Hostos prefiere recorrer la ciudad. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es que al contacto con aquel mundo milagroso, al sentir esa imponderable emanación telúrica que parece desprenderse del sitio donde se habla nuestro idioma, donde se ha luchado por lo que uno, donde ha estado en derrota, en triunfos, en luchas un héroe como Bolívar, ha despertado en Hostos al hijo múltiple del Continente que dormitaba en él? Quizá. Es el caso que en la noche, cuando visita a Candorina —a quien no ve al principio porque ella, coqueta, siente vergüenza de verlo—, asegura que no puede cumplir su palabra porque no hay trabajo en Cartagena y sin trabajo no hay posibilidad de fundar un hogar. La hermana de Candorina, buena casamentera por lo visto, apunta una idea: que se vaya Hostos a Panamá, trabaje allí

y de allí vuelva a Cartagena o mande por Cara. Hostos conviene en que sí, mas como él va a comprometerse, quiere un compromiso de parte de Candorina. Dice, además, que quizá tampoco haya trabajo en Panamá.

—Se llega usted al Perú, donde hay porvenir para usted —resuelve la futura hermana política.

De acuerdo; pero mientras espera el barco, algo hay que hacer. Se entera Hostos de que el problema del Estado Bolívar es la desproporción entre habitantes negros y blancos: muchos más de los primeros. Se teme que algún día surja una lucha de razas. Entonces concibe él la colonización del litoral por cubanos, dominicanos y puertorriqueños revolucionarios que les resuelvan el problema a los cartageneros resolviéndoselo a la emigración que anda dispersa. Como en Cartagena consigue todo lo que el sitio puede dar, se embarca hacia el Perú con el propósito de conquistar allí los capitales necesarios al buen éxito de la empresa. De esa manera torna a armonizar sus dos deberes: el íntimo del hombre y el externo del patriota. Buscará trabajo para casarse y capitales que favorezcan a las Antillas.

Recién llegado a Lima Hostos se ve forzado a quedarse con el aspecto externo de su peregrinación: una carta de la hermana de Carolina le dice: “C. no piensa en lo que usted habla en su carta, y es mi deber decírselo a usted. Ella lo estima como a uno de sus mejores amigos, pero más nada”.

Hostos asegura que la carta es superior a su amor propio y la cierra sin acabar de leerla. Pero segundos más tarde se consuela con estas palabras: “Aquí ha debido haber un interés de familia puesto en juego en mi contra”. En su favor, diríamos nosotros. Él parece olvidar fácilmente, y asegura que a veces la casualidad gobierna nuestra vida, refiriéndose a que aquel matrimonio frustrado que le ha puesto en nuevas vías, reconociendo así, tácitamente, que su vida está más acoplada al ritmo del Continente que lo estuvo antes.

De pie ya en el Perú, donde va a servir a sus islas, Hostos no es capaz de sospechar que otro amor va a revolucionar sus destinos para encaminarlo, una vez más, por los derroteros convenientes al porvenir de América. Ese amor hará época en los anales de las letras continentales.

Manolita, o la pasión

Cuando se acercaba al Callao, Hostos iba desprovisto de todo: no tenía un centavo, un traje decente, un amigo en quien confiar; sin embargo, a pesar de todo ese escenario íntimo de miseria, el hombre florecía de amor y de fe en el cholo, en el quechua, en la tierra, en el futuro de América: en todo confiaba. Ya en el barco se mostró asombrado por la belleza de las cholos y en el trayecto del Callao a Lima, como tuviera oportunidad de ver un grupo de damas, empezó a deleitarse con las gracias y la vivacidad de la mujer peruana. Un día, recién llegado, iba por una calle de Lima paseando sin preocupación; llevaba en la mano una flor que le habían regalado minutos antes. Como pasara una chola atractiva, se la quedó mirando. Buena americana, la chola es bella, con una belleza ardiente que aúna el ojo morisco, ojo de regazo, a la línea aérea del lirio. Mientras la contemplaba, de un grupo de señoritas que pasaba salió una voz:

—¡Qué flor tan bella!

Gentil, “atiemposo”, como decimos en mi tierra, Hostos puso la flor en las manos de la que había hablado.

Era un augurio, si todavía pensamos como los romanos. Maduro para el amor, deteniéndose cuando pasaba una mujer de “talle conyugal”, como tan castamente definía Martí cierto atractivo de la hembra, Hostos paseaba su corazón igual que flor y sólo esperaba la voz que exclamara:

—¡Qué bello!

Y no tardó en oírlo de labios de Manolita, a quien llamaremos con el dulce apodo con que él la nombraba: Nolina, o Manolina, como también se oyó decir del amado.

¿Cómo se conocieron? ¿Qué los acercó? ¿Qué lo llevó hacia ella? ¿Sería rubia, como él deseaba a la amada? ¿Morena, con ese fascinante morenismo de su tierra? ¿Qué vio ella en el extranjero? El mismo Hostos se lo pregunta, desconfiado, y dice que “ellas se enamoran en él de lo desconocido, de lo imprevisto”. Pero quizá no fuera ésa la causa. Hostos había alcanzado en Lima un renombre que estaba a la altura de su labor. Lo que hizo allí por Cuba en mítines, artículos y conferencias; por el Perú en el establecimiento de sociedades de enseñanza y en la redacción de *La Patria*; por el negro, el indio y el chino en sus estudios de tipos sociales, bastaba a conquistar la admiración, que es el camino del amor, de cualquiera mujer no común, como sin duda fue Nolina.

Se conocieron en los primeros meses del 71, casi en el duelo del recuerdo de Candorina. Ya en marzo, el día 30, Hostos, que las pocas veces que habla de Manuela lo hace con acongojante discreción, dice que había convenido con ella verse donde su hermana. Después de aquel día apenas la menciona. Está airado por ese amor. Pero en noviembre, desde Chorriillos, estalla al fin, con una vehemencia casi fiera: “La amo, la amo, la amo y no oso evitarlo”. Jamás sufrirá tanto, porque al tiempo que la mujer, América le solicita, y él sabe que está al borde de preferir la compañera. “He pasado mi vida en contener mis pasiones por medio de la razón —se queja—, y he aquí como lo que debía hacerme fuerte, feliz, me hace el más débil de los hombres y en consecuencia el más infeliz”. ¿No es cierto que entristece ver cómo el hombre cuya razón gobernaba su vida hasta en el más pequeño ondular de sus sentimientos se encuentra un día con esa razón avasallada por una pasión que

él no puede contener? Debió ser amarga y desesperante la noche de noviembre en que Eugenio María de Hostos llegó a tan triste confesión. ¡Treinta y dos años de sacrificios, domando a los sentimientos, se esfumaban de golpe!

Vienen los días de la lucha. Ésta es la encrucijada, la gran encrucijada. Los caminos de la vida se reparten a los pies de Hostos. ¿Cómo va él a darle paz a su corazón? Nolina, le dice. Éste sí es el nombre hondo, el que fluye como el venero de agua en la loma; el que lo dice todo sin decir nada. ¡Qué distante de aquel Candorina falso!

¡Nolina! Debe haber sido estrecha la relación de ambos enamorados, porque el padre (el apellido se insinuaba con una *C* y una *l*), el “señor Cl.”, como le llama Hostos, le aconseja que calme “el espíritu apasionado de su hija”. Y Hostos le escribe. Ella no contesta. Hostos siente miedo, un miedo pavoroso. Su obra va a zozobrar. Queda un camino: alejarse. De no hacerlo, él y sus sueños de patriota serán mosca inerte en la red de araña de aquel amor.

Desde Santiago de Chile le escribe una carta patética. Al tiempo, atormentado por el recuerdo, se refugia en el trabajo. Da el *Hamlet*. ¿Y por qué el *Hamlet*, precisamente? ¡Ah! Porque él, como el príncipe de Dinamarca, se ha sentido la víctima de su razón, de la razón que le muestra el deber y le impide darse a su pasión; y, además, porque ella está en Ofelia. “Algunas palabras de Ofelia, y sobre todo su locura, me dan miedo: pienso en ella, tan delicada, y temo que la pasión que tan involuntariamente he provocado esté produciendo dolores tan hondos como los de la triste semidemente”. Luego, Hostos sabe que es querido, frenéticamente querido, y eso debe aumentar su tortura. De las palabras que Goethe dice de *Hamlet* —aquel símil del florero y la encina— Hostos piensa que sería mejor aplicarlas a Ofelia “y siento que yo podría aplicarlo a Manolina” —se lamenta.

Pero todavía hay algo más grave, algo insólito en la vida de Hostos. Al cabo de mucho estudiarlo se convence el más terco enemigo de su gloria de que aquel hombre jamás tuvo móviles personales que no estuvieran perfectamente armonizados con el servicio más activo de la humanidad, con el de su Continente en particular, con el de sus Antillas en la intimidad de su mundo americano. Sin embargo —¡oh milagro del amor!— he aquí que él, el servidor entero, confiesa, con una amargura desgarradora: “Pienso publicar *Bayoán* y éste es un pretexto para acercarme a ella con el pensamiento; trato de crearme aquí una reputación y es el aplauso de ella el que busco. Seriamente temo ponerme tan mal de espíritu como Hamlet, si no realizo ya este triste ideal”.

¿Quién había de sospecharlo? Hace justamente un año, a fines de marzo del 71, empezaba a dudar si se acercaba o no a Nolina. Hoy no puedes más: “es el aplauso de ella el que busco”. En esta exaltación de lo sexual, que exige su lugar, que lo hostiga, Hostos es la víctima. Por eso teme acabar como Hamlet; por eso comprende tan justamente la creación del poeta y por eso es Nolina la razón del Hamlet. Se puede asegurar, autorizado por el propio Hostos, que sin Nolina no habría la formidable pieza crítica que con tanto respeto se lee en el mundo; que sin ese *Hamlet*, predecesor inevitable de los estudios de carácter crítico, no se hubieran escrito ni la *Memoria de la Exposición de 1872* ni el estudio de pintura y de escultura que la sigue y que son el verdadero origen de la producción metodizada de Hostos, por cuyo camino llega a la Escuela años más tarde.

Pero hablábamos de una carta. Es patética, porque en ella se esfuerza Hostos en disimular su desesperación. Está fechada en Santiago de Chile el martes 2 de abril de 1872: “He estado pensando en ti todos estos días” —empieza; y termina: “no he

querido romper relaciones que me hacen esperar la ventura”. Es la primera vez que él escribe tuteando. Se ve que la lleva consigo, en la sangre, y que la ve en sus ojos, y la oye en su voz. Donde hable, la oirá; donde escriba, la describirá: “En *Hamlet* hay una influencia pasajera: es Ofelia” —dice—. “Al escribir esta noble, simple, pura y deslumbradora criatura, he pensado en Nolina”. Y al final: “es el suyo el retrato de Ofelia que ha despertado tantos admiradores: son mis propios remordimientos los que yo he vertido en él, mis propias quejas las que allí he expresado”.

¿Y cómo es ella? ¿Qué carne encierra tan amada esencia? No sabemos. Cerrando los ojos para volverlos a mejores días, cada uno de nosotros buscará en el pasado el retrato de mujer que con más propiedad exprese tanta dulzura y que mejor despierte en nuestras almas las más gratas emociones. Unos pensarán que Nolina era rubia, fina, de risa blanca y brillante; otros la imaginarán bronceada, de ojo negro y triste. Como quiera que haya sido, su espíritu debió ser grande, que si no, no habría sido tan amada de un hombre excepcional. La mujer a quien quiso Hostos así no podía ser mujer corriente: hay pruebas: aquí tenemos párrafos de la última carta, en la que aquella Nolina que parecería dulce y frágil si atendemos a la sensación de espiga que el nombre cariñoso procura, se nos muestra con una serenidad de remanso en la gravedad de las palabras: “Trate de olvidarme para que alcance un gran renombre” —le dice. ¿Despecho quizá? No, porque antes le suplica que no haga el viaje a la Argentina ya que jamás se perdonaría un accidente que pudiera Hostos sufrir.

No es despecho, sino grandeza lo que parece emerger del fondo amargo de tales razones. Grandeza como la que necesariamente debía tener la mujer de quien Hostos quiso aplausos.

Todavía asido a su amor, Hostos contesta: “Yo no quiero olvidar que he encontrado en mi camino, bien áspero por cierto, una criatura generosa, tan bella de alma como de cuerpo, de sentimientos como de ideas, que tuvo la benevolencia de creer en mí”.²

Y ciertamente, la recordará muchas veces, con discreción, con oscuridades, con vagas alusiones. Recordará siempre que “jamás ha habido relaciones más puras, más dignas, más inmaculadas que las que han hecho tan triste para la dulce Manolita, tan venturoso para mí, el año pasado en el Perú”.

Quizás sea ella la defendida en la defensa que de los derechos de la mujer a ser científicamente educada hace en Santiago de Chile; y con toda seguridad es ella la recordada en todas esas exaltaciones que hace de la mujer peruana, de su belleza y de su inteligencia, cada vez que, con no importa qué motivo, escribe sobre el Perú, la tierra de aquella Nolina inolvidable.

Carmen Lastarria, o la fuga

Rastreando sus sentimientos, uno llega a convencerse de que Hostos amó con igual pasión a todas las tierras de América; pero no cabe duda de que prefiere a Santo Domingo porque es la que más se le parece a Puerto Rico y de que es en Chile donde mejor se halla. El carácter comedido, discreto y firme del chileno; su proverbial gentileza; el espíritu emprendedor y ordenado del pueblo, la fuerza institucional del país,

² Hostos escribió a Nolina tuteándola: ella contestó tratándole de *Ud.* Al responder a esa última voz de la amada, Eugenio María elude el ridículo de volver a tutearla y el dolor de llamarla de *Ud.*, y se dirige a ella como a una tercera persona. La cita del párrafo siguiente, que es de la carta mencionada, ilustra mejor que nada la forzada y extraña posición de Hostos.

complacen de tal manera a Hostos, que sólo en Chile llega a enternecerse como buen hijo del trópico, cosa que jamás le ocurrió en su zona nativa.

Por otra parte, Hostos debió sentirse holgado en aquella privilegiada porción del Continente, porque fue allí donde encontró verdaderos y numerosos amigos, los que sentían como él y padecían como él por sus ideas de libertad, de progreso, de bien. La abundancia de hombres de primera calidad, en todos los sentidos y en todas las dimensiones, favoreció la natural expansión del espíritu y de la mente del puertorriqueño, que alcanzó allí su pleno desarrollo.

A no ser porque una mujer decide, con su amor, un viraje dolorosísimo para él, Hostos hubiera permanecido más tiempo en Chile y no sería arriesgado decir que Carmen Lastarria malogró para Chile grandes servicios, porque Hostos habría hecho una obra más fecunda allí, donde todo le era propicio, que en Santo Domingo, donde él, como el campesino que se enfrenta a la naturaleza bravía, tumba, tala, quema y cerca, para que tras la primera cosecha vuelva por sus fueros el monte impetuoso y señoree a poco sobre la tierra consagrada por el solitario esfuerzo.

En junio del 73, el día primero, dice que la tarde anterior tocó hasta las lágrimas el dolor que había puesto en el alma de Carmen. Es la primera vez que la menciona. “El sentimiento de la familia haciéndose más y más potente” —dice, rindiéndose al mandato natural; pero a seguidas agrega: “... trato de realizarlo y me espanto tan pronto la realización del sentimiento comienza”.

Carmen Lastarria, fina, con cierta altivez de mujer de alcurnia, vástago de un hogar apreciadísimo en todo Chile entonces y hoy, amó a Hostos con ese amor que se entrega sin reservas a todos los sacrificios que favorezcan el objeto del amor. Jamás se confesaron ella y Eugenio María que se querían: les bastaba

mirarse a los ojos, o, hacia enero del 73, en los inicios del llamado y triste idilio, estarse ambos en silencio, cuando Carmen veraneaba en la quinta de la familia y Hostos iba a verla. Recordando cómo ambos se sentaban en una de las hamacas que se mecían bajo los árboles frondosos, y cómo ambos temblaban de sólo pensar en decirse lo que era indecible, Hostos, ya en Buenos Aires, sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. “Desde el fondo de mi abatimiento miro ahora más allá de los Andes y quisiera con toda mi alma estar allí” —confiesa.

Es triste este amor chileno de Hostos. Al principio lo dejaba fluir, lo dejaba humedecer los ardidos senos de su alma. Había llegado a Chile deshecho por una pasión; y la presencia de Carmen parecía dulcificar la rudeza del recuerdo y despertar en el amado el niño que duerme en todo hombre.

Pero ocurrió que un día alguien le preguntó a Hostos si era cierto que se casaba con la Lastarria, y él temió: “Tengo deberes que cumplir y carezco de posición para contraer matrimonio” —contestó—; y a seguidas, temeroso de temer demasiado, agregó: “Sin embargo, eso no sería imposible: uno puede casarse siempre que al hacerlo sea capaz de cumplir con su deber: yo, por ejemplo, me casaría y dejaría a mi mujer por correr a cumplir con mi deber”.

Esa misma noche quiso saber si podía hermanar los dos deberes. Carmen, que de seguro amó a Hostos con un gran miedo de que él, tan renombrado, no correspondiese a su cariño, contestó, cuando él le preguntó si se casaría con un hombre pobre y si sería capaz de comprender que un hombre se debía a ciertos deberes, que la pobreza no era un obstáculo y que comprendía la razón que le asistía a quien cumplía con su deber abandonando otros.

—¿Y se lo recordaría usted misma? —inquirió Hostos.

—Sí.

—Entonces míreme a mí.

“Brillaron sus ojos —cuenta él—. Yo seguí mirándola”.

La niña del sur pasa por el diario de Hostos asistida de no sé qué contagiosa tristeza. Duele pensar que, cuando ya está seguro, cuando ya sólo tiene que extender las manos para arrancar racimos de azahares, este Hostos tan fieramente pegado a su deber se desgarré el corazón y decida irse. Lucha, sufre; inventa pretextos. ¡Si el padre de Carmen le dijera algo, le insinuara algo...! Busca en sus palabras el valor oculto, como si jugara una esgrima torturante. Le bastaría ver a Lastarria inclinado a que se quede, y se quedaría, con Carmen y para Chile.

Dice que se va, y vuelve a decirlo. En una ocasión propiamente, ella, que se bebe las lágrimas, le asegura, en presencia de todos, que él va a convertirse, de momento, en una estatua de hielo. Esa frase lanza a Hostos a la fuga. Le disgusta que sean injustos con él. ¿Es que no comprende Carmen cómo está su corazón?

Antes, ella le había dicho: “Usted no se irá”, y Hostos vio de pronto todo lo grave que había en su amor, luchando con sus deberes. Es raro que cuando Carmen Lastarria le demuestra más abiertamente que lo quiere, él reacciona contra ella. ¿No habría en el fondo de esa pugna un miedo a quererla demasiado? ¿No ocultarían esas reacciones una verdadera gran pasión, entorpecida por el discreto ambiente del sur?

Los días que preceden a la salida son conmovedores. Una por una Hostos va despidiéndose de las familias de su aprecio. Cuando dice adiós a los Lastarria procura que Carmen no lo vea irse, y después, en la calle, siente que se le agolpan las lágrimas en los ojos y para no dejarlas caer se cuida de no tropezar con las piedras del arroyo. En su casa, al otro día, encuentra unas violetas. Hostos comprendió. Besó las violetas, “ardientemente” —dice. Era la prenda postrera del carácter dulce y firme de la amada. La segunda edición de *Bayoán*

se estaba imprimiendo entonces; tomó la primera página y escribió: “A Carmela, Hostos. Ni un suspiro, ni una queja, ni una lágrima”, palabras de Bayoán al salir de Cuba. Y he aquí cómo un libro que quiso reeditar por una mujer, por Nolina la peruana, le servía ahora para anestesiar la tristeza sin nombre que lo envolvía, por Carmen, por Chile, por su sueño de hogar sacrificado al sueño de patria. Por su fuga, en fin.

Los fantasmas del pasado

La vida se está haciendo triste para Hostos. Un pseudo amor en Colombia, la pasión en el Perú, la ternura en Chile: todo lo ha ido abandonando, y a medida que siente el indecible dolor de esos abandonos, va poniendo en el cumplimiento de su sueño de patriota las energías que resta a su felicidad. Pero no logra engañarse. De nada vale que se lance en Buenos Aires a una frenética campaña en favor de Cuba, a otra en beneficio del ferrocarril trasandino proyectado por Juan Clark; de nada que le mimen escritores y políticos, Guido Spano, Bartolomé Mitre, Sarmiento, entre ellos. Los fantasmas del pasado están socavando su fuerza y sólo en la fuga inacabable hallará consuelo el mártir de su deber.

Para que no se vaya, los amigos hacen que le ofrezcan una cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Buenos Aires; él agradece la oferta y a la carta en que se la hacen contesta con otra en la que explica, brevemente, que ninguna razón puede sustraerlo al cumplimiento de su deber.

Entre días se rinde. Sueña con Carmela y llora; lee a Leopardi y no puede callar: “¡Ah Nolina!” —se queja. Querría volver a Chile; pero él sabe que el pasado no se rehace. Y un día, perseguido por los fantasmas de su perdida felicidad, parte. Va exaltado. En el Brasil escribe algunas de sus más bellas páginas; allí, frente a Santos, confiesa: “No sé si por falta de Eva, símbolo del fin afectivo de la vida humana... la felicidad

es un concepto vacío para mí”. Anda triste, y la recia naturaleza le remueve el oscuro y callado fondo de dolor.

El 26 de julio del 74, ya en Nueva York, empieza a recordar: “Hace justamente un año —escribe— que jugué la felicidad de una noble criatura y la mía al azar de un deber imaginario”.

No ha podido cumplir ese deber y le duele el fracaso. La miseria le va cercando. Muere su hermana Lola y sufre por el padre. Malos días aquellos. En septiembre le escribe un amigo chileno: “... [su] vida de incesante sacrificio, lo ha obligado a renunciar a la dulce paz grata a su alma y a las puras delicias del hogar para las cuales parece haber nacido su naturaleza eminentemente buena y afectiva”. Hostos se conmueve leyendo la carta. Sigue triste, no tiene trabajo, a veces carece de con qué comer.

El otoño entra y llueve. “Pienso en el invierno y viéndome sin trabajo y sin recursos, pienso con estremecimiento en los días por venir” —dice. Otra vez Carmela, y ya su tristeza es tan grande que él mismo la teme. “Nada más natural —afirma— que una tristeza... cuando mezclo el recuerdo de Cara al de Colombia, el recuerdo de Nolina al del Perú, la memoria melancólica de Carmela a la de Chile ... : que tal canción que oí aquí cuando creía amar a Cara; que el resonar de la canción criolla que a Nolina y a mí nos gustaba; que la Stella en que se fijan mis más queridos recuerdos de Carmela; que la marcha de los *jibaros* que evoca la pasión arraigada de mi patria;... me haga sentir angustias”.

“He perdido —se queja— todas las mujeres que hubieran podido amarme, dirigirme, sostenerme, hacerme feliz, hacerme desgraciado, hacerme conocer una parte del movimiento de la existencia”.

Esa tristeza tiene sin duda una raíz sexual, aunque esté agravada por la falta de trabajo y de medios de subsistencia.

Nótese cómo se complace en recordar a las mujeres que le han amado; y todavía se pensará más en tal raíz cuando se sepa que, con trabajo bastante bien remunerado poco después, lo abandona para tomar parte en la fracasada expedición del *Charles Miller* y que, entre otras de las razones que lo llevan a Cuba, además de la ineludible e inargumentable de su deber, está la de que quizá encuentre en Cuba una compañera con quien formar su hogar.

Hostigado, fracasado como revolucionario activo, siempre dispuesto a salir hacia el campo en guerra tan pronto se lo pidan o se organice algo, queda desorientado en Nueva York hasta que recibe cartas de Puerto Plata, desde donde le llaman los cubanos y puertorriqueños y los dominicanos que les auxilian.

Cerca de un año después vuelve a salir. No hay ni el más leve indicio de que su corazón se interesara en Puerto Plata.³ La historia de sus amores se corta de pronto para no reaparecer hasta el año 77, en Caracas, donde había de anclar su corazón. Había llegado en noviembre del 76 a Puerto Cabello. Ya estaba en sazón para el amor. Iba a cumplir treinta y ocho años; le dolía en lo hondo del alma haber sacrificado sus sentimientos varias veces. Se sentía solo, abrumado. Quería otro clima y con mucha reticencia le explicaba en carta a un amigo que vivía en Caracas que era un clima espiritual más propicio el que deseaba. Pasó entonces a la capital de Venezuela donde había de encontrar a...

³ Una carta de un amigo, cuya firma no aparece, escrita desde Santo Domingo y que acusa recibo del primer número de *Los Antillanos*, el periódico que creó Hostos en Puerto Plata, se refiere a la resistencia del puertorriqueño al amor. "Ame Ud. a una cubana o borinqueña; ella y sus hijos le harán más poderoso para seguir combatiendo" —dice el amigo—. En la carta se alude a una Filita y a una Mima; pero no se dice claramente si Hostos tuvo algo que ver con alguna de ellas.

Inda, remanso y estímulo

“Como Bayoán a Marién, así conocí yo a Inda; de pronto, de repente, sin saber siquiera que existía, sin prever el influjo de su existencia en mi existencia” —dice Hostos cuando ya ha transcurrido cerca de un año de su unión, mientras la compañera está ausente.

En aquellos días en que la necesidad de Inda va conformando su destino y dirigiéndolo hacia la etapa cimera de su vida, Hostos, entonces en Puerto Cabello, se da a evocar las horas tormentosas de sus amores; a relatar los ardides, los desconsuelos, los júbilos, toda esa suma de emociones diversas que forman en conjunto el amor. Recuerda al pastor cuya presencia en casa de la amada supo utilizar sus fines, primera vez que lograba manejar un hombre a su antojo; la protección amable de Lola Rodríguez de Tió para los enamorados, las oposiciones de la madre de Inda. Padece de felicidad. Evoca los días mejores de su reciente unión: se siente agradecido de Inda porque lo quiere, y llega a perder a tal punto su centro de gravedad, que aquel impenitente positivista piensa un día, evocando a la madre muerta, que Inda es un regalo de doña Hilaria. Hablando de la nunca olvidada, dice: “La profetisa no ha muerto: la profetisa vive con la doble vida de su propio ser en donde hoy viva, y con el ser de mi Inda bienamada, que yo no sé por qué desusada inspiración de mi espíritu enemigo de todo lo que me parece sobrenatural, se me presenta con frecuencia como donativo de mi madre. Y hasta las fechas del nacimiento de una y de la muerte de la otra, me induce a esa dulcísima superstición: Inda nació en el mismo año en que murió mamá”.

Conmueve ver que tal hombre, verdadera encarnación de sus ideas, se tornaba un inseguro buscador de explicaciones extrahumanas cuando el amor le hacía paladear las esencias divinas que sólo él regala.

Pero ¿quién fue Inda? ¿Quién la mujer que realizó el milagro? ¿Era siquiera mujer?

Cuando Hostos la conoció no tendría más de catorce años; él acababa de cumplir treinta y ocho. Sin duda tuvo desde muy niña juicio y apariencia de mayor edad, porque la noche en que la conoció, llevado por su padre, que quería presentar al famoso propagandista a su familia, Hostos la confundió con la esposa del doctor. Desde que la vio comprendió que allí había de rendir aquella intimidad rebelde a la ley ineludible. Las páginas de su diario van marcando día tras día los flujos y reflujos de aquella pasión. Inda es muy niña; todavía no tiene carácter definido, y él, que irremediamente ha de casarse con ella, que ya no quiere ni puede rehuir más el fantasma, empieza a ir conformando aquella alma a su gusto y manera. A veces padece por algunas niñadas lógicas en sus años; por lo que él llama “indiscreciones” o porque ella no atiende a sus recomendaciones para que estudie el piano; a veces padece por la distancia de tiempo que los separa, pero se consolará pensando que “la edad, sobre todo cuando la vida ha sido pura, importa poco en el matrimonio”. Recordará a todas las grandes parejas de la historia que estuvieron en su caso. Desde Jesús hasta Richter, pasando por Sócrates, por Colón, por Abelardo, por Homero, por Gutenberg, ninguno de los viejos amados por jóvenes se escapa a su deseo de encontrar antecedentes en la historia. Consolado a medias con tales razonamientos, confía en que “tal vez no me equivoque cuando hasta el triunfo de mis ideas y de mi nombre espero de este amor”, según afirma, intuyendo, o comprendiendo, mejor, el poderoso influjo que ha de tener en su vida la paz sexual que hallará en su unión.

Para hacer de Inda su verdadera mitad, le da lecciones, le presta libros anotados. Poco a poco, aquel botón de gran espíritu se va abriendo bajo la mirada amorosa del cultivador.

La niña empieza a enamorarse pasionalmente de los sueños de Hostos. Hija única de emigrados —puesto que su hermano había muerto—⁴, comprendía la tortura del buscador de patria y la alentaba. El hecho de fijarse en un hombre que le llevaba tantos años denunciaba ya en ella un espíritu de selección, con tendencia a la gravedad. No es extraño pues que, recién casados, un día en que él le preguntara con qué se quedaría ella si él se iba a la revolución de Puerto Rico, ella le contestara que con su conciencia. Quien respondía allí era el propio Hostos, es decir, su hechura, la proyección de su espíritu.

Los amores no dejaron de tener su amargura. La madre de Inda no concebía que su hija se uniera a un hombre pobre y, aunque muy sutilmente, muy reticentemente dicho, Hostos deja entrever que hasta el padre, el doctor Filipino de Ayala, no veía con gusto aquella unión.

Pero no vamos a hacer aquí la historia detallada de este amor. Ya va para largo esto, aparte de que esa historia está escrita por el propio Hostos en las más de cien páginas que escribió sobre Inda.

Un día —ella fue terca, como que sabía, tenía la intuición de que iba a ser feliz— se unieron. Esto ocurría en julio del 77.

Hostos fue al matrimonio con la plena conciencia de que iba a gozar la paz definitiva de su vida, la que le permitiría realizar una obra digna de sus fuerzas. No tenía dinero ni cómo ganarlo; pero el dinero, como todo lo adyacente, sería un resultado de su paz.

⁴ Del segundo matrimonio, doña María Guadalupe Quintana hubo dos hijos: Filipino, que murió joven, y Belinda Otilia, la Inda de Hostos. Doña María Guadalupe había enviudado de Sir James Darrymple, caballero inglés que estuvo en La Habana hacia 1854 comisionado, con otros, por el Gobierno inglés para estudiar los detalles de un tratado comercial anglo-español. La hija única de ese primer matrimonio, mencionada alguna vez por Hostos en su diario, casó en Caracas con un catedrático de la Universidad, el Dr. Velásquez Level. Ya estaba casada cuando Eugenio María conoció a Inda.

Hombre de suma razón, sabía que el amor es la manera de satisfacer la más recóndita de las necesidades naturales, y que por ello el amor debe conservar su fuero de religión ideal, con derecho y exigencia de sacrificio cotidiano. Mantenerlo implica una consagración tan rendida, que aquel que no se le consagre del todo lo dejará morir al primer descuido. ¿Y puede permitir tragedia igual un hombre que sabe a conciencia que la paz sexual es la base de su obra?

Otro aspecto del amor en los seres de conocimiento profundo es el de su proyección en el tiempo. La animalidad se sacia demasiado pronto; al espíritu toca vencer esa propensión de nuestra bestia, porque es rebajarse ante sí propio descender de la categoría casi divina en que el amor nos coloca. El amor verdadero consiste en un olvido absoluto de la ley de la especie, logrado mediante la gozosa enajenación de las almas en la comunión eterna y elevada. Esa comunión exige que se la alimente minuto tras minuto, como si se tratara de un rito de días tribales, cuando el hombre temía y adoraba a un dios terrible que repartía bendiciones y desgracias.

Así, como a un dios exigente, porque no hay bendición mayor que el júbilo de quienes sirven fielmente al amor, ni desgracia comparable a la de verlo morir poco a poco, a medida que el mandato natural pierde fuerzas para mantener su prestigio.

Hostos lo sabía. Por eso él fue un devoto de esa divinidad y enseñó a Inda a serlo. La amó toda su vida como el primer día; le enseñó, la formó, la atendió siempre con igual celo⁵.

⁵ Hostos fue al matrimonio seguro de que iba a la felicidad consciente. Dos días antes de realizarlo, obsequió a Inda la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, de Washington Irving. He aquí la dedicatoria con que acompañó el obsequio: "Como Colón, vamos a embarcarnos para un mundo desconocido. Ya se va el equipaje, ya se rompen las ataduras materiales que nos ligan al lugar en que hoy estamos y al estado en que hasta ahora hemos vivido. De aquí en adelante, los

Con las noticias primeras del fracaso de Cuba, recibidas en Puerto Cabello, Hostos y su compañera decidieron la separación: ella iría a Puerto Rico mientras él buscaba su nuevo rumbo. Se va Inda, Hostos quedó enloquecido por aquella ausencia. Piensa en Curazao, en Santo Domingo, incluso en volver a Puerto Rico. La falta de cartas le causa dolores físicos. Teme a todo. “Desde que tengo a Inda —afirma— me parece que hasta el rumor del aire puede convertirse en daño de ella”. Además, está endeudado y sospecha que la reacción clerical le hará un mal. Pide dinero a su papá, y el dinero tarda. Cree que una llamada “Beata” y los que están detrás de ella lo llevarán a los tribunales. Pero de todos estos dolores, el mayor es la falta de Inda.

Cartas de Luperón, que contestaba a unas enviadas por intermedio de Inda, le dicen que no es cierto lo de Cuba. Decide salir y embarca hacia Saint Thomas. Está casi un día en el puerto de Mayagüez; su padre le envía dinero, pero no permite que nadie vaya a verlo. En Saint Thomas Vicente García le da detalles del pacto del Zanjón, comprende que no puede y no debe volver a Puerto Rico, vive las horas más tristes que pueden concebirse, y —actitud conmovedora— escribe los cuentos a su hijo, que todavía tardará un año en nacer, en los cuales exalta las virtudes de la esposa ausente. A poco decide pasar a Santo Domingo. Allá se le reunirá Inda, y, ya en paz, iniciará su gran obra.

dos solos ante la conciencia; y la responsabilidad del deber buscado y aceptado, en el fondo secreto de la conciencia.

‘Como Colón, lo desconocido por delante, la oscuridad en medio, la tristeza del pasado allá atrás. Si llegamos adonde queremos, un nuevo mundo de aventura: si no sabemos llegar, un mundo nuevo de infortunios.

‘Colón supo llegar a Guanahani: amparémonos en su noble vida y aprendamos en ella a llegar al término del viaje.

‘Yo estaré siempre contigo, Inda mía. Apóyate bien en mi brazo y en mi seno, y llegaremos. Eugenio María”.

Hablando de doña Belinda, una persona de mi país, que la conoció cuando todavía no pasaba ella de los diecisiete años, decía que “era linda como una lámina”, jovial y amable, con esa jovialidad que nace de la salud física y moral; pero que no tenía cultura mayor, a pesar de que estaba muy bien educada.

Años después, Inda escribía un libro de impresiones que fue muy elogiado por quienes conocieron los originales,⁶ escribió la letra de un himno a Puerto Rico que compuso Hostos; escribió cartas, que sus hijos conservan, llenas de juiciosas observaciones y que denuncian una cultura sólida y, sobre todo, un juicio directo y sereno; formó asociaciones de instrucción en Santo Domingo; ideó la supresión del juguete de carácter bélico, sugestión que acogió, por mediación de la delegación dominicana, la Liga de las Naciones.

¿Qué significa tal superación? Significa que aquella compañera quiso ser siempre digna del suyo, y fue elevándose, completándose, desenvolviendo su personalidad hasta lograr ser, como lo fue, una mujer que no desdijo de la intuición que acercó a su vida a uno de los más grandes hombres de la raza. Esta superación, amparada y mantenida por el propio Hostos, hubiera bastado a justificar la paz que logró el Maestro, la que le permitió reunir toda su energía en un solo haz, si no lo hiciera más interesante a nuestros ojos el hecho de que a la vez que se superaba, Inda iba encontrando más deberes en la multiplicación de su familia. No dejó de ser esposa y madre para ser compañera de inquietudes. Debió ser de gran júbilo el día en que Inda le dijo a Hostos que había ahorrado lo bastante del escaso sueldo que recibía en Santo Domingo, y que con esos ahorros se podía comprar una casa. El sueldo llegaba ya

⁶ Lamentablemente esos originales se perdieron cuando ya estaban listos para ser publicados.

desmedrado, porque Hostos le enviaba a su padre mensualmente cantidades que en ocasiones eran de hasta el cincuenta por ciento de sus entradas. Luego, Inda había realizado el milagro de los panes y los peces. No en vano se le mostró él siempre tan agradecido.

—Pero, ¿fue feliz? —preguntará alguien—. ¿No tuvo borrascas su vida de hogar?

—No lo creo. Ni ella ni él ignoraban que el amor es como red de araña, que jamás se recose. Pero algo debió él sufrir cuando los padres de Inda fueron a vivir a Santo Domingo. La madre era mujer de carácter fuerte. “El suegrón”, la llamaba Hostos entre sus amigos. Había sido la enemiga de su felicidad en Caracas, ¿por qué no también allí? Desde luego, conocida la delicadeza de Hostos, nadie busque pruebas de desavenencias con la suegra; pero aquel que se familiarice con el carácter del Maestro hallará motivos para pensar que sí las hubo: Hostos fue implacable cuando se era injusto con él: no dejó pasar por alto una injusticia; algún medio de castigarla encontraba. Entre papeles de al parecer ninguna importancia, hay un recibo escrito de puño de Hostos que reza: “He recibido del señor Eugenio María de Hostos la suma de ciento ocho pesos oro en pago de un préstamo de ciento que le hice”. La firma es de doña María Guadalupe de Ayala. He ahí la forma que tuvo Hostos de armonizar su delicadeza con su sentido de la justicia: ese recibo, que denuncia cómo la suegra le cobraba ventajas al marido de su hija, acusa a una persona interesada. Hostos conservó el documento. ¡Bella manera de castigar, remitiendo su venganza a la posteridad!

Pero no tardaron mucho en separarse. Lilís⁷ iba agarrotando a la República Dominicana y si bien no es cierto, como

⁷ Lilís, sobrenombre de Ulises Heureaux, el tirano dominicano, muerto a balazos el 26 de julio de 1899, tras trece años de dictadura.

algunos aseguran, que molestará a Hostos, éste comprendió que no podría vivir en el ambiente que se preparaba. Pero quizá no era ése todo su interés: ya hemos visto cómo Hostos acostumbraba a conciliar su necesidad íntima con la de la dignidad de nuestros pueblos. ¿No sería también aquélla una coyuntura admirable para librarse de posibles inconveniencias hogareñas? Apenas lo preguntamos. Nada puede confirmar esta sospecha. Si además de a Lilís aquel viaje era una manera de esquivar a doña María Guadalupe, el propósito perseguido fue alcanzado, porque en Chile tuvo Hostos la satisfacción de vivir en un pueblo digno y la de ver su hogar en espontáneo y armónico desarrollo.

En efecto, Inda logró su completa gravedad moral e intelectual en aquella tierra donde la armonía parece ley suprema. Ocurría que ella era un espíritu que exigía grandeza en su torno. Le gustaba la vida en grande. Desde luego, no podemos olvidar que era vástago de familias de rango material y moral. Sus padres habían sido confinados a Fernando Po, por patriotas, y empobrecidos; pero a ella la criaron como a hija de casa de lustre. En Chile alcanzó su pleno desarrollo, y dio a Hostos los días más felices de su vida, recibiendo en su casa, como de igual a igual, a las más eminentes cabezas de Santiago, que encontraban placer en departir con tan amable anfitriona. Educaba a sus hijos, y ya el mayor había alcanzado el grado de subteniente en la Escuela Militar, inclinado sin dudas hacia la profesión por herencia paterna —porque no debemos olvidar que la aspiración de Hostos era ser oficial de artillería—, cuando el curso natural de los acontecimientos americanos se desvió de improviso: Estados Unidos había declarado la guerra a España.

Hostos, que además de hombre de razón poderosa era sujeto de una intuición admirable, adivinó que el Nuevo Mundo estaba al borde de padecer uno de los sucesos más trascendentales

de su historia. Percibiendo y diciendo, llegó a su casa con aspecto de iluminado, como si de golpe lo hubiera poseído un espíritu hechizador. Le dijo a Inda que debían partir de inmediato, porque su deber era intervenir para encauzar los destinos de Puerto Rico hacia su curso lógico. Pero en aquel instante la reacción de Inda, que era madre y había logrado ya establecer su hogar en bases sólidas, que necesariamente defendería ese hogar contra todo peligro, fue la reacción de la madre. Abrazada a los pies de aquel admirable esclavo de sus sueños, Inda clamó y lloró por sus hijos y por su hogar. Hostos, humano por casi divino, comprendió, pero ya no pudo volver a ser el Hostos de antes. Encanecía por horas; se iba agotando en el dolor de no cumplir su deber con la patria. Pasada la primera impresión, que la hizo actuar por reflejo, Inda se dio al padecimiento de ver al compañero desmedrándose, como una luz cuyo pabulo se acaba por segundos. Y ahí procedió ella como debía proceder la compañera del hombre insigne.

—Hazlo, Hostos. Dios no habrá de abandonarnos —dijo.

Hostos salió con su hijo mayor hacia Washington. En Caracas tomó dinero prestado “para trabajar por la libertad de Puerto Rico”, según reza el pagaré sin plazo que firmó entonces. Inda, mientras tanto, con el dolor que debemos suponerle, se dio a dismantelar aquel hogar donde tantos sueños venturosos había tenido y donde se habían consumido las energías de casi diez años.

Lo que Hostos hizo aquí merece estudio aparte. Cuando retornaba de Washington, adonde fuera como miembro de la Comisión de Puerto Rico, halló que los niños de Juana Díaz le recibieron cantando su himno a Puerto Rico. Inda le había escrito la letra y había preparado aquella recepción que debió conmover al luchador.

En año y medio, el maestro infatigable no descansó un minuto. Había estado sesenta años tratando de que su destino le

deparara un pueblo sobre el cual trabajar. Creyó que era Puerto Rico y se dio a su deber con toda la fe y toda la energía que hallaba en su vehemente amor a esta tierra. Pero nadie es profeta en su tierra. Así, cuando el presidente de la República Dominicana le cablegrafió: "País, discípulos espéranlo", volvió los ojos hacia días pasados, gozó la delicia del recuerdo y, como quien retorna a la patria no vista, tomó por última vez el camino de la tierra que amaba por parecerse a la propia.

Sin duda alguna, Hostos debió conmoverse con la recepción de los dominicanos. Le aclamaban como a un salvador, y en los pueblos del interior le recibían con arcos de triunfo y bandas de música. Debió conmoverse, pero debió también sufrir mucho, porque fue así como debió tratarlo su Puerto Rico.

En la lucha de sus tres últimos años, Inda fue camarada. Organizó asociaciones de enseñanza, que ella dirigía; esmeró su amoroso trato con el hombre que necesitaba todos sus minutos para luchar por la instrucción de un país que hoy lo venera como el padre de la patria mental; hizo de su hogar un centro activo de trabajo por la enseñanza. Pero el destino había secreteado ya su palabra, que era bien amarga para mi tierra.

En lo mejor de la lucha, plenamente capacitado para realizar su programa desde el poder, Hostos vio el derrumbe de sus sueños en la revolución del año tres. Ya estaba cansado y quería a aquel pueblo con amor paternal. Pensó en mandar su familia a Cuba, y quedarse él allí, porque sentía que no podía arrancar a su corazón otra despedida. Vio caer en aquellos días trágicos a discípulos suyos de la Normal. Como una obsesión lúgubre, esas muertes le perseguían día y noche. Tuvo que refugiarse en un barco de guerra norteamericano. Es inconcebible cómo pudo sobrevivir a tanto sufrimiento un hombre a quien el sufrimiento moral le desmedraba como a nadie.

Las dos últimas amantes

En tales días, Inda estuvo a la altura de su deber. Fue la compañera, la cariñosa compañera que él necesitaba. Pero Inda no sospechaba que en la vida de aquel hombre iban a intervenir dos hembras ineludibles. La una, descarnada e insaciable, empezó a rondar su casa por los primeros días de agosto de 1903. En menos de una semana aseguró la presa. El día once, bramador y majestuoso, el mar mostraba aquella faz bravía que siempre había impresionado a Hostos. El médico lo dijo, y Hostos quiso verlo. Levantó la cabeza unos segundos, después la dejó caer de golpe, se le amorató el rostro. “Ha estallado ese gran corazón” —aseguró el médico de cabecera, don Francisco Henríquez y Carvajal.

Justamente a las once y treinta y cinco minutos de aquella noche tormentosa, la hembra descarnada había logrado su conquista. Había perdido Inda la batalla de su amor. El hombre que le fuera fiel hasta en lo más recóndito de su ser, el hombre por quien había luchado y soñado, por quien había logrado el pleno goce de su vida, había caído en las manos de una insaciable que no podía comprenderlo.

Pero no había acabado todo allí. Una vida como la de Hostos no se seca en un minuto: florece por los años de los años, inacabablemente. De la voracidad de esa amante iba a vengar a doña Inda otra, delicada, que aún a la sonrisa de Nolina la discreta dulzura de Carmela y el celo amoroso de Belinda. Llena de luz en sus ojos, de celestial armonía en el olímpico gesto; dulce y amable, pero enérgica en sus propósitos, la última amante no tardaría en descender hasta el tálamo a que llevó la otra al ser de excepción que se llamó Eugenio María de Hostos.

De esta amante admirable no podía tener celos la Inda desconsolada. Era tan bella, era tan brillante su mirada, tan dulce su presencia que Inda se fue consolando en la idea de

que una mujer superior a ella, por lo eterna, había de ser la compañera ya definitiva del hombre a quien amó y admiró con amor y admiración de gran espíritu.

Esa amante, esa última, que sonrío esta noche al conjuro del nombre de Hostos, que no le exige sino que le da; que se entregó entera a él con generosa actitud, fue ganada por la razón extraordinaria del Maestro, por su infatigable dignidad, por la grandeza sin medidas de su alma.

Estoy nombrando, señoras y señores, a la Inmortalidad.

San Juan de Puerto Rico,
noviembre de 1938.

HOSTOS EL SEMBRADOR

PRÓLOGO PARA UNA EDICIÓN PUERTORRIQUEÑA
DE *HOSTOS EL SEMBRADOR*

El hecho más importante de mi vida hasta poco antes de cumplir 29 años fue mi encuentro con Eugenio María de Hostos, que tenía entonces casi 35 años de muerto. El encuentro se debía al azar; pues, buscando trabajo lo hallé como supervisor del traslado a maquinilla de todos los originales de aquel maestro de excepción, que escribió desde un texto de *Geografía* para escolares del primer grado de la escuela primaria hasta un *Tratado de Derecho Constitucional* o uno de *Moral Social*, —un estudio penetrante acerca de la sicología de los personajes de Shakespeare en *Hamlet*— o el análisis del carácter de Colón; todo eso mientras luchaba desde New York hasta Chile por la libertad de Cuba y de Puerto Rico, o creaba en Santo Domingo la Escuela Normal y, en su pequeña y bella tierra, La Liga de los Patriotas.

Eugenio María de Hostos, que llevaba 35 años sepultado en la tierra dominicana, apareció vivo ante mí a través de su obra, de sus cartas, de papeles que iban revelándome día tras día su intimidad; de manera que tuve la fortuna de vivir en la entraña misma de uno de los grandes de América, de ver cómo funcionaba su alma, de conocer —en sus matices más personales— el origen y el desarrollo de sus sentimientos. Hasta ese momento, yo había vivido con una carga agobiante de deseos de ser útil a mi pueblo y a cualquier pueblo, sobre todo si era latinoamericano; pero, para ser útil a un pueblo,

hay que tener condiciones especiales. ¿Y cómo podía saber yo cuáles condiciones eran ésas, y cómo se las formaba uno mismo si no las había traído al mundo, y cómo las usaba si las había traído?

La respuesta a todas esas preguntas, que a menudo me ahogaban en un mar de angustias, me la dio Eugenio María de Hostos, 35 años después de haber muerto. Si mi vida llegara a ser tan importante que justificara algún día escribir sobre ella, habría que empezar diciendo: “Nació en La Vega, República Dominicana, el 30 de junio de 1909; y volvió a nacer en San Juan de Puerto Rico a principios de 1938, cuando la lectura de los originales de Eugenio María de Hostos le permitió conocer qué fuerzas mueven, y cómo la mueven, el alma de un hombre consagrado al servicio de los demás”.

El centenario del nacimiento de ese gigante, que siendo —como era— puertorriqueño, figura por derecho propio entre cinco forjadores de la Patria dominicana, iba a celebrarse en 1939, y uno de los puntos del programa conmemorativo era la edición de sus obras completas, para lo cual se abrió un concurso que fue ganado por la Cultural, S.A., de La Habana. El escogido para dirigir la edición fui yo; y, por eso se explica que *Hostos, el sembrador* fuera publicado el mismo año de la celebración del centenario por la Editorial Trópico, de la capital de Cuba.

He ahí brevemente dicha la historia de este libro, y ahora pasaré a explicar la naturaleza de la obra.

En el programa de la Comisión Pro Centenario de Hostos había un premio para la mejor biografía del maestro que fuera enviada al concurso abierto por la Comisión. Pero mi biografía no fue escrita para ese certamen, ni podía serlo si yo era un hostosiano legítimo; pues, en lo que se refería al conocimiento de la vida de Hostos, yo había sido un privilegiado, no sólo porque me había tocado la fortuna inmerecida de supervisar

el traslado a maquinilla de todos sus originales —y por esa razón tenía que conocer su obra mejor que nadie—, sino, además, porque había estado recibiendo por esa tarea un salario. Había estado viviendo de la obra de Hostos como un buitre de las entrañas de un cadáver; y aprovecharme de esa situación para enviar al certamen una biografía de Hostos me daba sobre todos los posibles biógrafos una ventaja que no podía usar sin convertirme automáticamente en un ser abyecto, indigno de llamarme hostosiano.

Sin embargo, yo tenía que ayudar a difundir la obra de Hostos. Tenía que hacer con ella, en otros jóvenes, lo que ella había hecho en mí; y me pareció que la mejor manera de cumplir ese deber era proporcionando a los que quisieran ir al concurso abierto por la Comisión Pro Centenario del gran puertorriqueño esa imagen íntima de Eugenio María de Hostos que me había tocado recibir, como un don extraordinario, a través de sus papeles.

La obra visible de Hostos, la parte de su vida que se manifestó en actuaciones públicas, esa parte de todo gran hombre que sobresale de las aguas del mar de su vida como sobresale una parte de los hielos del iceberg, podía ser el material para una biografía de las llamadas objetivas; y ése sería, sin duda, el tipo de trabajo que premiaría un jurado escogido por la Comisión del Centenario. Pero yo quería darles a los posibles biógrafos de Eugenio María de Hostos la parte de su vida que no se veía, la que navegaba bajo la superficie de las aguas, la parte en que se hallaban los sentimientos y las ideas que hicieron de él lo que fue, no lo que él hizo.

Ahora, al cabo de 38 años, he vuelto a leer *Hostos, el Sembrador*; y, aunque al releerla sabía que Hostos fue un idealista como lo fui yo cuando salí de sus manos vivas después de 35 años de su muerte, he autorizado esta edición puertorriqueña, a la que no le he cambiado una sola palabra de las

que aparecieron en la edición cubana, porque no me avergüenzo de haber sido idealista. Me hubiera avergonzado traicionar a Hostos después de haberlo conocido. Y no lo traicioné. No soy el idealista que él formó; pero sé que, si él viviera, los dos estaríamos en las mismas filas, naturalmente, él como jefe y yo como soldado.

Juan Bosch

Santo Domingo,
24 de mayo de 1976

LA SEMILLA

Los dominicanos, que quizás tengamos muchos defectos, pero no somos ingratos..., escribirán la historia, ellos mejor que nadie, de la vida de aquel hombre ilustre, cuyo recuerdo no olvidaremos nunca.

Máximo GÓMEZ

1

De codos en la barandilla, el viajero se deleita con los constantes cambios de luz. El sol se ha hundido ya, y apenas se ven sus rojizos resplandores a través de las nubes de oscuros tonos. El mar está plácido. Brillan fugazmente las aguas, en un cabrilleo constante; y, a lo lejos, se confunde la casi negra línea del horizonte con la noche que se inicia.

El viajero tiene poco más de treinta años y es grave como un anciano. Una barba negrísima le cubre el rostro, en el cual se destacan los ojos azules, un tanto grises, la frente alta y rosada, y la nariz aérea. Contempla el mar embelesado, y recuerda. La primera vez que lo vio, en una playa de su isla, le produjo una impresión grandiosa y aterradora. A ese recuerdo se le superpone el de una señora de cabellos blancos, de voz quebradiza y amable, muy suave, muy sobria de gestos. Con los ojos recogidos en sí mismo, el viajero sonríe ligeramente y se sorprende de oír su voz.

—¡Ah, Mabina! ¡La pobre!

Evoca la casa aquella, cercana a la población, con su galería alta siempre soleada. Le parece estar viviendo otra vez los días de la niñez y, de pronto, siente distintas —como si en realidad sonaran a su vera— las pisadas de Caridad. ¿Será realmente ella? ¿Cómo puede ser? ¿No es esto el mar, el Atlántico? ¿Y qué sino un barco de inmigrantes lo que lo cruza? ¡Mayagüez! Sí. Si tendiera ahora mismo una línea recta hacia el sur, hacia ese remoto horizonte, podría pasar por allí, quizá sobre la propia casa de Mabina. Pero las pisadas... ¡Sí, sí! ¡Son exactamente las de Caridad! Están sonando en la escalera, eso es: en la escalera de la casa. Él está allá arriba, asomado a la ventana, silencioso, obstinado en mirar el resplandor del sol sobre los árboles cercanos. La oye distintamente. Dentro de un momento dirá:

—¡Ahijado! ¡Tu arroz blanco! ¡Ven, que ya son las dos!

Sumergido en su recuerdo sigue oyendo el tac tac de los zapatos; y, como advierte que realmente suenan, se atemoriza y siente un frío que le hiela la sangre y una emoción inexpressable. Teme que, al conjuro de su imaginación aparezca a su lado la tía Caridad. Él siente lo que piensa: lo siente tan a lo vivo como si sus pensamientos fueran obra real. En ocasiones se ha asustado de ese poder. Ahora... ¡Sí! Ya hay sombras. Una difusa claridad se cierne todavía sobre el mar, pero las figuras apenas muestran otra cosa que sus contornos. ¡Ahí viene! ¡Ahí viene! ¡Ah, Caridad, tía y madrina gentil, tan mimosa, tan buena! La mujer que se acerca mira fijamente al viajero, y él observa entonces unos tonos claros en sus ojos. Los de Caridad eran negros, brillantes. Además, ésta es más alta y más gruesa. Pero las pisadas, esas pisadas... Ya está casi a su lado la figura. Advierte que ella espera el saludo. Entonces, dominando su turbación, se descubre y se inclina ligeramente, con ademán viril y cortés.

—*Good evening, lady* —musita.

La pasajera, una inmigrante quizá inglesa, acaso francesa, tal vez alemana, sonríe y responde entre dientes al saludo.  l la ve irse, queda amablemente envuelto por un aire de gracia y de ternura. Mueve la cabeza, como en dudas.

—Pero si anda igualito que Caridad —murmura, y se apoya de espaldas al mar, de donde una brisa fresca viene en giros lentos y le revuelve el cabello. Casi maquinalmente da el pecho de nuevo al océano. Empieza a subir desde el fondo del vapor el canto melancólico de una gaita escocesa. Lentamente, el viajero va abandonando sus recuerdos y dedicando toda su atención a la música. Sigue mentalmente las notas que el instrumento declara con precisión, y a poco ya no se da cuenta de dónde está ni quién es. Todo él es un cauce recorrido por la música. Vibra con ella y a tanto llega su abandono, que se sorprende de sentirse a sí mismo cuando la gaita calla repentinamente.

—Siempre igual —piensa con un fondo de amargura.

S , siempre igual. La música le posee de tal manera, le absorbe a tal extremo, que lo disgusta, porque él ha pasado lo que lleva de vida en una lucha consigo mismo que le agobia y aniquila: quiere ser nada más un hombre de razón, y repudia sentirse hombre de sentimiento irrazonado. Eso le ocurría en Madrid, cuando Barbieri organizaba conciertos en el Hipódromo y cuando tocaba Teresita Carreño. Se ignoraba, se olvidaba; llegaba a no vivir, a ser sonido, vuelo, nota... Y no debía ser. Aceptaba la sensibilidad como un producto de la razón; pero eso de que la razón llegara a no existir, arrastrada por el sentimiento...

La oscuridad es ya completa; sin embargo persiste el cabrilleo de las aguas y cada estrella que tiembla all  arriba se alarga aquí abajo en guijones interminables. Aumenta la brisa y ya están encendidas las luces brillantes del vapor. La hélice golpea sordamente la masa negruzca del océano. El viajero, siempre lógico y metódico, con la costumbre impuesta a sí mismo de ir

recorriendo gradualmente cada pensamiento, cada emoción, cada estado de su espíritu, y observarlo detenidamente en detalle, se abandona un poco y se entrega sin mayor lucha a la contemplación del mar. Piensa en lo que representa esa inmensidad abierta a las rutas comerciales, en lo que significa para su país y para todos los países americanos la conquista del mar; pero lo va pensando muy oscuramente, como si tales ideas reptaran por el fondo vago de su conciencia. Lo que más hace es contemplar, saciarse de ver, vaciar todo su espíritu en movable planicie ilimitada. Siente que su propia sangre toca los confines del horizonte y que su corazón late allá, emocionado. Nota entonces que alguien se acerca. Es un hombre. Lo sabe, no le presta atención. El hombre camina hacia él. El viajero se va recogiendo, receloso de que alguien sea testigo de su estado contemplativo. Le disgusta que los demás turben su emoción con su presencia. El otro llega a tres pasos; entonces, medio vuelto hacia él, apoya también un codo en la baranda, la barbilla en esa mano, y parece mirar a lo lejos. El viajero le observa con disimulo. Al rato, el recién llegado dice:

—Mar tenebroso.

El viajero piensa de inmediato en Colón.

—Ahora mar iluminado —responde como si se lo dijera a sí mismo.

El otro le mira con un poco de sorpresa.

—¿Español? —pregunta.

Él se detiene apenas diez segundos. En ese escaso tiempo ha pensado que quien le ha preguntado se acercó con ese sólo fin: sabía quién era él y vino en pos de su trato; no se atrevió a decirlo resueltamente por timidez.

—No —contesta—: puertorriqueño.

Entonces, el otro se muestra gozoso, comunicativo, alegre.

—¿Puertorriqueño? ¡No me diga! ¡Pero si casi somos paisanos! Yo soy cubano.

—¿Cubano? ¿Y va a Nueva York?

—Sí. Quiero estar cerca de Cuba.

—¿Cerca? ¿Y por qué no en Cuba?

—Eso deseo. Sólo ruego a Dios que me depara la manera de ir.

—¿Pero es que Ud. no puede ir a su país?

El desconocido da un paso más. Parece haberse sentido súbitamente triste. El viajero lo nota aun en la semioscuridad que flota entre ambos a pesar de las luces de adentro.

—Ningún cubano que se estime puede ir a Cuba si no es en armas, señor —sentencia.

El viajero siente un golpe de alegría que le enrojece la cara.

—Lo comprendo, señor, y esa sola declaración basta para ganar toda mi simpatía. Tampoco yo tengo patria, pero confío en ayudar a fabricarla bien pronto.

El otro se acerca más y, vuelta la mirada al mar, murmura:

—Algo se decía de eso en París. Creo que se está preparando una expedición para Puerto Rico. Lo deseo con vehemencia, porque tal hecho precipitaría los acontecimientos en mi patria.

El viajero siente la necesidad de explicarle a aquel hombre que a eso va él a Nueva York, a tomar parte en la expedición; pero teme, de pronto, ser indiscreto. Muchos dolores, muchos fracasos, mucha decepciones le ha costado ser ingenuo, confiar en los demás. Querría hablarle también de la unidad de las Antillas; demostrarle que lo que acaba de decir es cierto. Que Cuba necesita de Puerto Rico; y Puerto Rico, de Cuba; y ambas, de Santo Domingo; y Santo Domingo, de sus hermanas; que todas sus islas juntas pueden y deben formar...

—Feliz casualidad —oye decir al otro—. Me alegro mucho de tener con quien departir aquí. Me aburro sin cambiar palabras en todo el día.

—Dichoso Ud. Yo nunca puedo aburrirme —explica él.

—Todavía nos quedan cuatro días de viaje.

—Sí, cuatro días. ¿Lo hace usted bien?

—Habiendo buen mar, sí. ¿Y usted?

—Mareo a menudo —confiesa con un poco de tristeza el viajero.

El otro parece intrigado con la negrísima barba de su interlocutor. Calla un buen rato; y, entre ambos resuena sordo e isócrono el golpear de la hélice. A poco, tornan a hablar; y se cambian ligeras frases frías, como si se estudiaran. El otro debe irse. Da su nombre, su dirección en París y su dirección probable en Nueva York. El viajero se inclina con cortesía. Su voz es viril, un tanto grave, rica en matices.

—Eugenio María de Hostos, para servir a usted —dice.

Ve alejarse a su nuevo relacionado, esboza un gesto entre intrigado y amable; luego se yergue, muestra sobre el fondo del mar su estatura mediana y su porte señorial, y se va a pasos medidos.

2

¡Nueva York! ¡América! He aquí la patria del derecho, he aquí la obra de la libertad y el producto vigoroso de un mal europeo. Hace menos de cien años que dispuso este país manejarse por sí solo, y ya asombra al mundo y atrae con su riqueza y su ventura a todos los hombres que padecen opresión o miseria en el viejo continente.

Eugenio María mira con ojos ávidos la ciudad que aparece entre las brumas. Ya son grises los días de otoño y una niebla ligera vela los contornos. Cargando el trabajoso vapor de una sola banda, los inmigrantes se precipitan a ver la tierra de promisión. Vienen muchos, de todos los rincones de Europa: suizos rubicundos, noruegos de cara infantil, alemanes de carnes prepotentes, franceses amables y ágiles. Judíos polacos y judíos

holandeses platican con animación en un grupo. Pasan y repasan mujeres salidas de los campos del centro, ancianas de mirada vivaz. Aquel de tez cetrina y grueso bigote debe ser turco; la joven armoniosa de mirada encendida es, con seguridad, italiana. ¡Cuánta emoción en los ojos! Saltan los comentarios; y, en los tonos de las voces se adivinan frases optimistas. He aquí la tierra de promisión, aquella que hizo reposar toda su fuerza en la libertad del hombre para pensar, para expresar, para vivir, para trabajar. ¿Cuándo será así la parte sur del Continente?

Mientras el abigarrado grupo de inmigrantes busca en la distancia lugares conocidos por referencias, y señala alegremente los barcos de todas las banderas y de todos los tipos que llenan la bahía, Eugenio piensa en su América, en sus Antillas, sobre todo; y va precisando en detalles su gran sueño. Pronto saldrá hacia Puerto Rico. Viene sólo a eso: a tomar parte en la expedición libertadora que se prepara para dentro de pocos días. Teme, por momentos, que se haya adelantado. El país entero se alzarán: tan pronto ellos toquen tierra isleña y enarbolen la bandera de la rebelión, los buenos jibaros de su patria, cansados de sufrir la tiranía española, correrán a unírseles. Cuando la noticia llegue a España, será tarde ya. La metrópoli dirige todas sus fuerzas hacia Cuba. Allí se combate hace un año; y todo el poder de la Península no ha podido con el ímpetu de la revolución, que gana terreno por días y que se ve caminar resueltamente hacia sus fines. Pronto serán Cuba y Puerto Rico libres, ¡libres, libres! Los hombres que hacen la guerra en la isla hermana y los que la harán en Puerto Rico, como los que hace unos años la hicieron en Santo Domingo, combaten, combatirán, y combatieron por un alto ideal de humanidad y de progreso. Ahora, reunidos unos y otros, dueños de sus destinos los tres pueblos, podrán dedicar sus energías a realizar

cumplidamente el destino que la Historia reserva a las islas: el de mediadoras del comercio universal, el de fundidores de la raza del porvenir, el de crisoles de una cultura más concorde con los fines del hombre. ¡La Confederación de las Antillas!: he ahí el gran sueño, he ahí el germen del porvenir.

Eugenio María mete su ojo profundo en la oscuridad del futuro y ve levantarse en las islas privilegiadas ciudades rientes y multicolores, limpias, colmadas de árboles y de flores, llenas de trajín, de niños que cruzan con libros bajo los brazos, de hombres afanosos y optimistas. Hay bruma aquí, y aumenta a medida que se acerca más a los muelles el vapor; pero él no ve sino el sol, el sol de sus islas, iluminando con brillantes reflejos los rostros felices de aquella humanidad bienaventurada. Serán la balanza de las dos Américas, y tomarán de la sajona el espíritu del derecho, el sentimiento y la práctica de la libertad, para hacer con ellos la columna vertebral que sostenga la vivacidad, el genio fogoso, activo, artístico de la raza ibérica; el laborioso pausado de la negra; el metódico, paciente y tenaz de la indígena.

Sueña, sueña, sueña. He ahí su mal: el sueño, y ese optimismo contumaz que le lleva a echarse en los brazos de todos para desconfiar después y sentirse disgustado consigo mismo y desdeñoso de los hombres si no responden, como sucede siempre, a su esperanza. Pero es bueno soñar. Hace años —desde que tuvo la conciencia de su razón—, que ve claramente en el porvenir del archipiélago. Sus islas no son sino fragmentos de una gran patria futura. Hay que hacerla, hay que unir los pedazos dispersos; y, como no es posible rellenar los canales, se atarán con el vínculo político de la federación. Ya están atadas por el económico, puesto que todas producen lo mismo; por el étnico, por el histórico.

Sueña, sueña... Allí está su casa, de dos plantas, airosa y señorial. Ve de nuevo las tranquilas calles de Mayagüez y

calcula cuánto hay que hacer para darle el aspecto que convenga al nuevo Estado. Ahora es una población colonial, plácida, holgazana como todas las de la isla. Allí está su casa. Él llega. Van todos con aire de triunfo. España ha sido echada; y los rostros jubilosos se derraman por calles, callejones, por caminos, por valles, por hondonadas. Los ojos brillantes de las mujeres colman las puertas. ¡Libre Puerto Rico! ¡Libre, libre! Su padre... ¡Ah, su padre! ¡Qué alegría aquella que le llena la casa, esa que le enrojece las mejillas! Erguido, amable y altivo a un Eugenio de Hostos, encanecido y con graves patillas blancas, abre los brazos a su hijo y lo estrecha en ellos, en silencio, sin decir palabra, sin hacer un movimiento. El hijo siente que aquel gran corazón de padre, de patriota, de amigo, de hombre completo, golpea emocionado sobre su pecho.

—¡Hijo mío! —dice.

Pero de pronto, una sirena bronca atruena; y los pasajeros, en tumulto, corren a hacer los últimos preparativos. Eugenio María vuelve de golpe a la realidad. Ve en su torno: ya está aquí, en Nueva York, en la esperanza de todas las razas. Se alzan, oscuros y un tanto descuidados, los vastos edificios; pasan carruajes diversos e innumerables por las cercanías de los muelles. Velas, altas chimeneas, jarcias, maderas amontonadas, estibas tras estibas, hombres que corren y dan voces: la ciudad recibe al inmigrante en los muelles y le muestra su riqueza y su diversidad. De cerca, nota en los rostros un tono nuevo, algo así como una expresión juvenil que distingue a los hijos de esta tierra de los hijos de Europa. Algunos negros cruzan por entre los blancos. Eugenio María recuerda que ya son libres los negros de la Unión, y piensa en los de Cuba, en los del Brasil, en los de Puerto Rico. Evoca, fugazmente, la risa franca y la mirada leal del negro Adolfo. A seguidas le parece ver la sombra de Abraham Lincoln, con su barba castaña y sus ojos generosos. Y mientras extrae su

dinero para contarlos antes de bajar —unos pocos francos que apenas le alcanzarán para una semana— se oye recitar en voz baja las palabras medulares de la oración de Gettysburg: “El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

Y desciende emocionado, lleno de unción, a la tierra donde se dijeron esas palabras inmortales.

Tras la instalación, Eugenio María se lanza en pos de aquellos que han de ponerlo en condiciones de ir a Puerto Rico. ¿Habrán salido ya? ¿Habrán él llegado tarde? Todo puede ser. Desde seis años atrás, cuanto esfuerzo hace por ser útil a su país resulta fallido. Los primeros informes le hieren vivamente: no es cierto que se esté preparando expedición alguna. ¡No es cierto! Entonces, ¿a qué esas trágicas mentiras? Su miseria en París, su orgullo abatido por la necesidad de esquivar al hostelero; al sastre, al cartero; todos sus sueños de una patria libre al alcance de la mano, se desmoronan de golpe y luego se yerguen en el fondo de su espíritu. ¿Cólera? ¿Desdén? Ira; eso es: ira es lo que dan estos hombres.

—¿Y Betances? —pregunta a su cicerone.

Betances es la esperanza puertorriqueña. Fracasó en Lares, es cierto; pero su prestigio aumentó con la desgraciada tentativa. ¡Hombre digno, si los hay! Hostos recuerda la carta de Betances que recibió a raíz del artículo en que él comentó la muerte de Ruiz Belvis. ¡Verdadera desgracia para Puerto Rico esa partida sin retorno de Segundo! Murió en Chile, lejos del sol de sus islas, lejos de afecto de los suyos. Eugenio María piensa en aquel patriota enamorado de su obra, que recorría todas las distancias en pos de los medios necesarios a su fin. Apenas nota el apresurado pasar de la gente. La calle se llena de ruidos, de voces, de reclamos. Comercios, comercios... Toda Nueva York parece agitada. En ocasiones se detiene frente a un edificio, pregunta, observa, compara. Vendedores de periódicos gritan las noticias más importantes. Hostos se siente renovado al contacto de esa

masa que trajina. “He aquí el primer producto de la libertad —se dice—: el impulso hacia la producción, la alegría de la propia iniciativa”. Su acompañante indica:

—Allí, al doblar, se reúnen varios cubanos.

Se le encienden los ojos al puertorriqueño. Va al fin a estar en contacto con hombres de verdad, con hombres que trabajan por la patria, que viven enamorados de su ideal. Pero los cuatro o cinco cubanos que encuentra no tienen visos de ser realmente patriotas. Sí; un poco entusiastas, irreflexivos: hablan de la revolución, de Céspedes, de Agramonte. Será porque son obreros de mediano entender, pueblo, en fin. Y ya es gran triunfo que tales hombres den calor a la idea de la libertad. Además, padecen el destierro. No cabe duda: no son lo que él esperó, pero merecen respeto. Lo que él esperó... He ahí su daño: esperar lo que jamás ha de llegar. En ocasiones, anhela tan vivamente hallar virtudes excepcionales en los hombres, que cree con la fuerza de su sinceridad que todos gozan el privilegio de tenerlas; la realidad lo desengaña, y sufre como nadie esos desengaños.

—¿Cree que veremos a Betances? —vuelve a inquirir, deseoso de estar frente al adalid, de sentir con su presencia esa tonificación que dan los verdaderamente grandes.

Su acompañante contesta alguna vaguedad: atiende al tráfico, al vaivén de carruajes, de bestias, de personas. Es preciso vigilar bien estas calles de Nueva York. Todo se hace aquí con velocidad, como si se temiera no llegar a tiempo.

—¡Vive muy lejos Betances? —pregunta, contagiado ya de rapidez y aguijoneado por el deseo de estar cerca del jefe nato de la revolución puertorriqueña. El contacto con Betances será para él un verdadero acontecimiento; está seguro. Aquél reconocerá de inmediato en el joven y ya divulgado escritor al hombre que puede ofrecer un pensamiento fecundo a la revolución, y éste hallará en el doctor la fuerza

de unión necesaria. Ambos se completarán: ambos harán a Puerto Rico libre. Ambos, una vez unidos por la grandeza del ideal, galvanizarán a los hombres y precipitarán los acontecimientos. Nunca mejor que ahora: Cuba está en armas; España se debate en fracasos.

—No mucho —explica su acompañante—. A menos que usted prefiera ir en *trolley*.

¿En *trolley*? Él no puede desperdiciar un céntimo. Apenas tiene con qué vivir malamente, en un *boarding-house* pésimo, durante algunos días. Debe pensar qué hará para sostenerse. Su padre le enviará algo, pero él no desea atenerse a su padre para vivir. Mucho ha hecho ya el noble anciano a quien parece perseguir con saña el infortunio.

—Me gustaría andar —elude—, si no es demasiado larga la distancia y si usted no está cansado.

—No; pero podemos tomar un *trolley* —insiste el otro.

Discute algo y no cesa. No puede sufrir que alguien pague sus gastos. Recuerda los días de París, cuando iba a pie desde el Boulevard Saint-Germain hasta Passy, a veces bajo la lluvia y sin tener con qué cubrirse, en busca de Castelar. ¡Pérfido Castelar aquél! Eran los verano de 1868, cuando preparaban febrilmente la revolución de septiembre. Pero vale más no recordar: fue muy doloroso el desengaño...

Betances no está: ha salido a ver un enfermo cubano. Tampoco está su mujer, Simplicia, que anda de compras. Hostos piensa que Betances seguirá siendo aquí lo que era en Puerto Rico: el médico de los pobres. Fue escudado en ese título como preparó el golpe de Lares, como difundió el ideal liberador. Se iba en silencio por los vecindarios de su pueblo natal y compraba la manumisión de los negros... Verdaderamente, es hombre de corazón este Betances.

Hostos deja una tarjeta "Estoy en Bleecker St. N° 292. Le ruego avisarme cuándo puedo venir a verlo".

Oscurece de prisa en este otoño americano. Hay nubes grises bajo el cielo y el viento se hace sentir por momentos. Eugenio María está cansado y le parece que, en ocasiones, la tierra se oscila. Es la impresión del barco. ¿Le durará todavía el mareo?

En su primera noche apenas puede dormir. Amotinados en su cerebro, rostros y paisajes de turbios tonos le atormentan. Hace un poco de frío. Recuerda a pedazos palabras de sus amigos de París la voz de Matías Ramos, las calles de Madrid, la travesía del océano la llegada a Nueva York. Allá, en el fondo de su conciencia, se repite incesantemente: “¡Mentira, mentira! ¡No había tal expedición!”. Pasa la mirada serena de su padre, pasan las líneas nobles de doña Hilaria. Desde la calle se eleva un ruido confuso. Eugenio María está cansado y como atontado por tantas impresiones. Al fin, en un trance lento y angustioso, va abandonándose a sí mismo y penetrando poco a poco en la inconsciencia del sueño.

3

La primera entrevista con Betances y con Basora ha dejado a Eugenio María realmente confundido. Esperaba que aquellos hombres, conocedores de su actuación en España, le recibieran con brazos abiertos y se sintieran alegres del nuevo compañero; él tiene mucho que ofrecerles para lograr sus propósitos: él puede desarrollar el pensamiento de la revolución, ser la columna vertebral ideológica necesaria en un movimiento de tal naturaleza; él se considera el mejor auxiliar posible para Betances, porque ambos se completan. ¿Qué persiguen ellos si no es la libertad de Puerto Rico? ¿Qué persigue Eugenio María, si no lo mismo? ¿Por qué no reconocerse mutuamente?

Betances le pareció un nombre receloso, que estudia meticulosamente cada frase y cada gesto de su interlocutor; un hombre decidido a no comprometerse a la ligera. Basora es

frío, quizá demasiado comedido. Algunos de los jóvenes puertorriqueños le han recibido, en cambio, calurosamente, y le hablan con entusiasmo y conocimiento de su labor en España, de *La peregrinación de Bayoán*, de sus artículos políticos de su *Exposición al Poder Ejecutivo* español durante el gobierno de Serrano. Aprecian su obra de escritor y de revolucionario.

De la primera entrevista Eugenio María ha salido meditando hondamente en cada palabra que ha dicho y que le han dicho. Comprende que sean suspicaces; pero no se explica cómo tratan de hacerle creer que es un idealista simplemente porque se arriesgó a venir desde París a las noticias no confirmadas de una expedición. Él no podía hacer otra cosa: le habían asegurado, en carta que no podía ser de irreflexivo entusiasmo, que la expedición salía, y un hombre consagrado a su ideal no rehuye la oportunidad de realizarlo. De todas maneras, no hay que desanimarse, Betances le ha citado para esta noche última de octubre; la reunión será en casa de Basora.

En los círculos de cubanos y puertorriqueños se habla con calor de la revolución cubana. Hace ya un año y tres semanas que se pelea allí. ¿Durará tanto la lucha en Puerto Rico? No; no será tan larga. España combatirá en Cuba hasta el último hombre, porque Cuba es una fuente inagotable de riquezas y porque los más ardientes defensores de la tiranía son los beneficiados por esa riqueza: negreros, hacendados, comerciantes. Más que los políticos de España, los españoles de la isla, que tienen intereses y arraigos de toda naturaleza en la propia tierra rebelde mantendrán la guerra hasta que ya no puedan más. Pero Puerto Rico...

Puesto a imaginar, Hostos sueña con una revolución rápida, que eche al español de la isla antes de que pueda reponerse de la sorpresa del ataque. Si Betances quisiera...

Porque es lo cierto que el sólo nombre del médico de pobres enciende a todo Puerto Rico. Lo necesario ahora es ganarse a Betances, hacerse de su confianza, convencerlo de la utilidad que reportará a la revolución la amistad estrecha de él —Eugenio María—, y Betances; y, entonces, manejarlo, dirigirlo sin que el otro lo sospeche y sin que los puertorriqueños sepan que quien maneja los hilos de la trama es Hostos. Está seguro, está convencido de que él será el pensamiento, el verdadero, aunque oculto director de la revolución. Y se siente con bríos para echarse encima todo el trabajo y toda la responsabilidad de esa posición. De momento, su primer paso estará en ganarse a Betances. Esta noche, mañana, cuando pueda, empezará a hacerlo...

Pero Betances y Basora no son hombres fáciles de ganar. Abroquelado en su desconfianza, el primero no da nada de sí; hermético siempre, el segundo apenas hace otra cosa que observar; hasta en su espontánea cortesía sabe ser frío. La entrevista no conduce a nada. No se hace otra cosa que enrostrarle a Hostos su ingenuidad. ¿A qué vino? ¿Por qué vino? ¿Cómo vino así, sin dinero, sin un fin práctico? ¿Cómo se le ocurrió confiar en una noticia tan descabellada?

Tras acaloradas discusiones, en las que se esfuerza por conseguir quebrar la reserva de sus aliados naturales, de los que tienen que ser sus compañeros, Hostos decide encerrarse en sí mismo y ordenar un plan de trabajo. Es verdad, ellos tienen razón: ¿por qué vino así, pobre, sin un fin práctico, inmigrante ignorado en la tercera de un vapor? ¿Dónde están sus títulos?

¿Pero es que ellos los ignoran? ¿No saben tan bien como él qué hizo en España? ¿No saben que abandonó un porvenir brillante por lanzarse a esta aventura? Recuerda ahora las palabras de Castelar: “En América tendrá usted que empezar por darse a conocer y al fin obtendrá lo que todos: nada, nada,

porque los fines logrados corresponden a los escenarios en que se alcanzan. Aquí, en Europa, tiene usted un nombre conocido, un porvenir como pocos. Quédese en España, Hostos”. Y las suyas: “Mi deber está allá, y donde esté mi deber está mi porvenir. Aquella tierra necesita de hombres”. Bien, ¿tendría que darle la razón a Castelar? ¿Iba ahora a hacer como en España, donde la soberbia, le impedía reclamar el puesto que merecía? No: ahora debía contemporizar, explicar, justificarse. Él quería ser útil, servir a su ideal; y para ello necesitaba de esos hombres, de Betances, de Basora, de todos. Se daría a conocer, descendería hasta explicar su conducta. Los vería otra vez, al otro día, tan pronto como pudiera.

Temprano estuvo a ver al doctor; pero había salido de la ciudad y no retornaría hasta la noche. Vuelto a su habitación, Hostos empieza a recordar uno por uno todos sus pasos en España: necesita no olvidar detalle; debe estar presto a desvirtuar toda desconfianza, a romper el hielo.

Hace frío ya; quizá empiecen en este mismo mes las primeras nevadas. Cansado, con una extraña sensación de insensibilidad epidérmica —tal vez debido al viaje, acaso obra de las distintas y fuertes impresiones recibidas en tan poco tiempo— Hostos se echa en la cama y empieza a recordar. Nítidamente ve pasar aquellos días no muy lejanos de su iniciación en la política española. Recuerda fechas, nombres, rostros, a veces hasta ambientes y tonos de voces.

Un vago sentimiento de nostalgia se va apoderando de todo él; es un sentimiento un tanto confuso, que le entristece. Pasan por su imaginación nombres de amigos, ojos de mujeres. Le parece que era otra vida aquella. Evocando, se siente, sin que se defina claramente, el temor del porvenir: hasta ahora aquello, lo conocido, lo fijo; de este instante en adelante, el abismo sin fondo, el misterio, la nada todavía. “Madrid, Madrid, Madrid” —se oye a sí mismo decir en un soplo—. Y junto con

Madrid, con la plaza del Carmen, el sol de Puerto Rico, la vida briosa de las islas.

Durante un momento se pierde en la duda. Después pasa revista a todo su pasado.

4

Doña Hilaria Bonilla de Hostos, la madre de Eugenio María, murió en Madrid en mayo de 1862. Él tenía entonces veintitrés años. Está muy viva en su memoria la escena final de aquella vida: doña Hilaria movió la cabeza, angustiada, como reclamando aire; llamó a dos de sus hijas con voz tenue; Eugenio corrió a sujetarla y se le quedó sin vida en las manos. ¡Qué golpe, qué horrible golpe! Se levantó, como pudo, y quiso irse. En los días siguientes no habló, ni pudo comer ni se atrevió a tomar un libro. Carlos, Pepe, ahora ella. La familia iba quedándose cada vez más corta, y aún así la separaba el mar.

Nada quedaba ya en su torno. No tenía en España un afecto en que apoyarse. Era tumultuoso de sentimiento, impetuoso, lleno de bríos; necesitaba de un cariño grande, de un freno, y, además, de un estímulo. Al principio, llegaba a la casa sin recordar la realidad; y, cuando pensaba: “Ahora voy a besar a mamá”, comprendía de pronto que ella no estaba y se sentía emocionado hasta el hueso. No podía resistir aquello: a cada momento, si estudiaba, si dormía, si despertaba, si escribía, esperaba verla, oírla, y tan pronto se encendía la esperanza recibía de golpe la misma impresión. Decidió irse a Puerto Rico.

Venía padeciendo hacía ya tiempo. A los veinte años ahogó —por no ser rival de un amigo—, su primer sueño de amor. Fue a partir de entonces cuando se dedicó a forjarse un ideal político que satisficiera sus angustias. Descubrió su verdadera vocación, que no era la de las leyes a que lo forzaba don Eugenio, y leyó incansablemente a todos los moralistas conocidos, a

todos los tratadistas políticos, a todos los filósofos. Doña Hilaria velaba por la salud de aquel hijo insaciable, que no cesaba de leer, de anotar, de buscar libros. ¡Qué época! Eugenio María recuerda ahora los raptos de placer intelectual, el más puro imaginable; las alegrías inefables en que se sumía, como en un profundo hoyo de goces, cuando la exposición de un principio o el desarrollo de una idea o la comprobación de una ley científica le descubría luces clarísimas hacia un recodo de la sabiduría. Sí, eso era: se iluminaba su conciencia y sentía que iba ganando fuerzas, una extraña fuerza interior que le daba el dominio de la vida. De acuerdo con todos aquellos tratadistas, con todos aquellos notables hombres, podía constituirse una sociedad mejor, en la cual el bienestar y la felicidad no fueran una meta imposible, sino una realidad permanente. Las ideas de todos aquellos libros parecían sumarse a su sangre, hacerla bullir alegremente y llenar de intensas luces todo su ser. Pero lo más notable estaba en su capacidad de soñar; su mayor júbilo se hallaba en la seguridad que le infundían los estudios, de que él podía hacer realidad tanta belleza teórica, de que él lo haría. Sí, estaba convencido de ello: todo gran propósito lo llevaba a imaginarlo aplicado en Puerto Rico. Día tras día, noche tras noche, fue levantando en su mente un Puerto Rico ideal, en el que la alegría, la salud, la abundancia, la felicidad eran patrimonio de todos los habitantes. Las leyes económicas, las leyes de progreso, los atisbos geniales en instrucción, los descubrimientos científicos en higiene, en ingeniería, en industria: no había un producto asombroso de la mente humana que no tuviera su aplicación inmediata en aquel Puerto Rico soñado.

Y entonces fue cuando ocurrió el gran daño, entonces fue cuando la realidad sacudió a Eugenio María en las entrañas y le mostró todo su repulsivo interior: doña Hilaria murió,

joven todavía, y su hijo, el que se había construido una patria de ensueño, sintió que la verdadera vida, la que concluye en la muerte, escapaba al poder de su imaginación. Fue como un violento descenso desde las nubes a la tierra: todo el poder de su mente, capaz de edificar una patria perfecta y de hacer la felicidad de todo un pueblo, no pudo evitar el mal que se cumplía a su lado. Entontecido por el golpe, tomó el camino de su isla.

La realidad puertorriqueña estaba muy distante del sueño de Hostos para que no chocaran fieramente. La tiranía política, ejercida por un capitán general omnipotente, caprichoso y preocupado de enriquecerse en poco tiempo, antes de que en Madrid dispusieran su caída; la altanera superioridad del peninsular sobre el criollo; la vileza de una pseudo aristocracia que se doblegaba a todo con tal de mantener sus privilegios económicos; la esclavitud imposibilitando para la vida civil a toda una raza y a una gran parte de la población; la economía desfalleciente por decretos e imposiciones absurdos, que se fabricaban antojadizamente en Madrid; el criollo atropellado, despreciado, hambreado; ésa era la realidad. Ni escuelas, ni libertad de opinión ni libertad religiosa; ni hospitales, ni prensa, ni industrias; he ahí trozos del panorama social. Después, en el hombre, el mal era más triste: cada puertorriqueño vivía temeroso de desatar sobre sí la cólera del Poder o de la Iglesia; nadie se atrevía a tener una iniciativa, no importaba de qué orden; y cuánto había que hacer debía ser dispuesto desde arriba.

En la vida familiar, en la de grupos, en la de población, faltaba esepreciado don de la iniciativa que da la libertad. Todos desde el joven y la joven, hasta el municipio y el país eran timoratos, tímidos, miedosos. Reclamar un derecho era algo tan insólito como un crimen; la satisfacción de deseos inocentes se castigaba como una felonía.

La producción descansaba sobre el trabajo esclavo; y como el esclavo no podía beneficiarse de lo que producía, no tenía interés en hacerlo y llamaba sobre sí la cólera del amo. Era un dolor ver aquellos seres incapaces de llevar sobre sus espaldas el peso de la sociedad. Llovían los impuestos, las prohibiciones, los decretos conminatorios.

Durante un año entero, a tono ya con la realidad, Hostos vio descender su airoso edificio, piedra tras piedra, ladrillo tras ladrillo. Incapaz de respirar la atmósfera de aquel medio empobrecido en cuerpo y alma, se encerró en su casa y fue sufriendo el dolor de ver que inútilmente había derrochado sueños, y acabó por pensar que había sido cobardía estarse imaginando un mundo perfecto cuando había allí uno lleno de lacras que curar.

Hablaba a menudo con su padre. Era raro que aquel hombre ya metido en años, sin mayor cultura, tuviera una visión tan clara de lo que debía ser una vida social justa. Hasta poco tiempo antes, don Eugenio había sido notario de Mayagüez y la gente del vecindario tuvo siempre gran confianza en su honradez; durante aquel año comprendió su hijo por qué. Efectivamente era un hombre honrado que no se hallaba conforme con el estado que le rodeaba y en silencio de su espíritu elaboraba ideas y programas de mejoramiento.

En tratos con su padre, Eugenio María fue olvidando su sueño para ir aplicándose a conocer a fondo la verdad de Puerto Rico. Consintió en que los hechos le desmontaran el edificio, pero no ignoraba que la base de aquellos sueños, sus amados libros, la tenía en la sangre y que allí seguía agazapada, lista a encender sus arterias en la primera oportunidad.

Al desconsuelo del primer choque sucedió la desesperación de la impotencia, casi la ira: nada podía él, el soñador, el que confió en aplicar aquellas brillantes ideas a Puerto Rico, el que se consideró llamado a hacer de su pueblo una

gran familia feliz. La impaciencia y la desesperación se hacían cada vez mayores, hasta que empezaron a irse transformando en voluntad de hacer. Poco a poco se fue levantando ésta en el lugar donde estaban los escombros del antiguo edificio. “Yo debo hacer; yo debo hacer” —se decía a menudo.

Don Eugenio quería que su hijo volviera a Madrid. Ya él estaba viejo, tenía hijas a quienes no deseaba dejar desamparadas: era necesario que el hijo terminara su carrera; después, ya en Puerto Rico, establecido, con clientela y reputación, con el talento que había traído al mundo, podría dedicarse a mejorar la vida del país. Pero Eugenio María no pensaba igual: imposible esperar tanto; imposible. “Yo debo hacer, yo debo hacer, debo hacer”, —repetía sin cesar. Decidió, tras mucho meditarlo, complacer al padre y complacer su anhelo: ya había empezado a sustituir el “yo debo hacer” por “debo encontrar el medio de hacer”. En España misma no le sería difícil: quizá él pudiera convencer a los políticos de la metrópoli de que la manera de retener a Puerto Rico era darle libertad de acción, airear aquel suelo infecto, limpiar aquellas almas turbias y miedosas. Sí; ese era un camino, el mejor, sin duda alguna.

¿Pero cómo convencer a los políticos españoles? ¿Cómo? ¿Hablándoles? ¿Y no sería preferible hablarle al pueblo? ¿También en España hacía falta una revolución, y quizá ayudando a provocarla se conseguiría con ella llevar al poder un espíritu renovador, que alcanzara en su obra a las Antillas. Tal vez...

Había acordado con el padre que volvería a España; pero pidió que le dejara un tiempo más: quería armonizar todos sus intereses: los de hijo, los de patriota, los de hombre de ideas humanitarias. Y al fin dio con el medio: escribiría, se haría de un nombre respetable en España. Sentía que podía hacerlo; sabía que no le sería difícil.

Resuelta ya la duda, preparó su viaje. Esperaba volver pronto, abrazar otra vez al hombre honrado y noble que era su padre. En el fondo, seguía siendo un soñador, aunque creyera todo lo contrario.

La travesía no dejó de ser animada; era la primavera de 1863, y en el trópico se presentaba movida de vientos y lluvias. Hostos recordaba el viaje anterior, hecho cuando tenía poco más de veinte años. Un episodio, sobre todo, que conservaba escrito, retornaba con frecuencia desde los oscuros pasajes del recuerdo: el de la muerte de un tratante catalán, a quien dejaron padecer en la soledad, sin que nadie, excepto él, Hostos, se atreviera a acercársele, temerosos todos de que la enfermedad fuera el cólera. Todavía, al cabo de casi cuatro años, le remordía pensar que lanzaron al mar a un hombre vivo. Ésa fue siempre su impresión, la de que no le habían dejado morir. Junto con el recuerdo tornaba a sentir aquella sensación angustiosa de piedad por el enfermo, que casi le hacía doler el corazón, y la de profunda ira que le hizo creer que enloquecía cuando presenció el egoísmo de los hombres de a bordo. Dos mujeres —de edad la una; joven y tímida, la otra—, se mostraban aquejadas por no poder atender al desvalido; pero el esposo de la primera y el padre de la segunda no toleraban que lo hicieran; se encolerizaban y escupían palabras altivas y desdeñosas. ¿Qué sería de aquella joven? ¿Viviría? ¿Por dónde se encauzó su destino? Era antillana y su voz tenía ese dulce timbre y esa grata suavidad que parece privilegio de las mujeres de las islas. Hostos evocaba sus ojos, tan negros, tan brillantes, tan tiernos; y le parecía sentirse envuelto en una atmósfera tranquila y amable.

Distinta de aspecto era la joven cubana que iba en ese viaje. La llevaban sus padres, dos ancianos de noble presencia, y su hermano, un joven poco mayor que Hostos, de rostro grave y mirada fija. Ella rubia, alta, de carnes rosadas

y casi transparentes. Hablaba poco; y, cuando lo hacía, se podía decir que cantaba. Era discreta, quizá si un tanto severa. Eugenio María, cuando lo dejaba el mareo, entablaba conversaciones con los padres y con el hermano. Preguntaba el estado político de Cuba, sobre el social, sobre el económico. Al principio, con un poco de reserva, el padre le dio a entender que se abstenía de opinar; pero después fue abandonando su recelo y Hostos acabó reconociendo en él a un enemigo sordo del régimen colonial. Según sus conclusiones, aunque el señor nunca lo dijo con claridad, debía ser autonomista. El hijo, en cambio, frío en su trato, pero terminante en sus juicios, se pronunciaba, las pocas veces que admitía hablar de ello, por la independencia absoluta de Cuba. Parecía tener gran admiración por los constitucionalistas americanos a quienes sin duda había estudiado; y cuando Hostos los comentaba le oía con profunda atención.

La otra familia antillana que hacía corro con ellos a menudo, era dominicana y la componían el padre —un señor alto, de patillas negrísimas, de ojos vivaces, de palabras sueltas y voz vibrante—, la madre —de aspecto triste—, y tres hijos. Iban a Europa en viaje de salud. El hijo mayor no tendría más edad que Hostos. Era delgado, musculoso, expresivo, de piel quemada y cabellos negros. Todos hablaban con evidente desprecio de Santana y de los españoles. Su país había sido república hasta poco antes, cuando el dictador Santana, por su omnímoda voluntad, entregó la patria a Isabel II. El padre y el hijo se enardecían hablando de aquella traición y aseguraban que el pueblo no podría sufrir ya más la tiranía del régimen. Santana mismo estaba disgustado, según los rumores, porque él creyó de buena fe que los españoles irían a Santo Domingo a gobernar, pero se había convencido de que no les interesaba gobernar, sino explotar. En distintos lugares del país el pueblo se había mostrado

hostil a los españoles, y ellos mismos hacían tal viaje por no ser testigos de los sufrimientos de todos los suyos.

Poco a poco, oyendo hablar a las dos familias, Hostos se fue convenciendo de la similitud de caracteres entre cubanos, dominicanos y puertorriqueños. Una noche, en que acodado en la baranda, tarde ya, veía la luna menguante rebrillar sobre el agua, se le ocurrió pensar que tal vez fuera posible constituir con los tres pueblos una federación, que quizá los tres podían satisfacer igual destino histórico. Un repentino júbilo, como de quien descubre una ley científica, le embargó de golpe. Sujeto a la baranda, sintió que abría desmesuradamente los ojos y que todos los músculos se le hacían tensos. Aquella emoción que encendió su sangre y casi le hacía perder la cabeza fue tan grande que no pudo abandonar el lugar donde la había sentido; y estuvo allí, recibiendo la brisa holgada del mar, hasta que el cielo empezó a perder lentamente el tono oscuro de la noche.

Su primer despertar, tras aquella impresión, fue gozoso, lúcido. Apenas era una nebulosa en su mente la idea de las tres islas unidas en un mismo propósito; pero sentía que darle cuerpo a esa nebulosa perfilarla, solidificarla, hacer de ella una idea completa, era como darles a sus pueblos una base ideológica digna de verdaderos constructores; y que realizar ese sueño era un trabajo que convenía a su espíritu. La pequeñez de Puerto Rico, la poca cosa que significaba lograr la independencia de Puerto Rico podía ser un obstáculo para un alma capaz de concebir sólo en grande; pero el obstáculo dejaba de serlo tan pronto el ideal se ensanchaba y ganaba las tierras de las islas hermanas. Sometidas a España las tres, con idénticos orígenes históricos, con iguales orígenes biológicos y étnicos, con igual capacidad de producción, situadas en el cruce de los mares, con un mismo destino por delante, ellas podían encaminarse unidas hacia él.

A partir de aquel día, y mientras se acercaba a España, Hostos empezó a ir viendo todos los aspectos de su concepción. Hablaba con los viajeros en procura de datos; preguntaba a unos y a otros sobre detalles de producción, sobre tal acontecimiento histórico; al cabo de una semana, cuando finalizaba el viaje, era ya una obsesión la que tenía: necesitaba ilustrarse en cuanto pudiera serle útil para moldear su sueño. Y no veía el momento de llegar a Madrid y de entregarse a la obra por hacer.

5

Eugenio María llevaba ya casi tres semanas en Madrid, entregado a sus recientes ideas, ajeno a todo otro propósito, cuando recibió la visita de Rada. Rada había encontrado en los artículos que ocasionalmente escribía Hostos, en su trunca novela *La resurrección de un cautivo* —hecha para favorecer a un amigo—, y en su *Red de Araña*, obras de primera juventud olvidadas ya por su autor, cualidades de observación, de pensamiento y de escritor que le inclinaban a considerar al joven puertorriqueño como una esperanza para las letras españolas. Aquella noche, tras la charla sobre el viaje, sobre la salud, sobre los acontecimientos de Puerto Rico y de España, Rada preguntó qué nueva cosa traía Hostos y qué planes alimentaba.

—Traigo un libro —respondió Eugenio.

—¿Libro? ¡Hombre! ¡Pues a verlo!

Eugenio María se quedó lelo. Jamás había mentido: repudiaba la mentira y le producía asco el mentiroso. ¿Por qué había él dicho lo que no era cierto? ¿De qué libro hablaba? ¿De aquél que tenía en la mente sobre el problema de las Antillas? Sí; sin duda. Aseguró que lo traía ya, porque no tenía más que sentarse a traducirlo en letras: todo él, hasta con los más mínimos detalles, estaba allí, tras su frente. Hubiera podido recitarlo en ese mismo instante. Iba a decirlo, a explicar la materia de su obra; pero, cortante como un sablazo, le llegó la seguridad

de que un libro así no podía escribirse en España ni habría español que pudiera leerlo sin pedir la cabeza del autor.

—A ver —insistía sonriente Rada—; a ver esa producción. Estoy seguro ya de que me va a gustar.

Hostos había dicho que lo tenía, y él no podía mentir.

—¿Quiere esperarme un momento, en lo que lo busco? —preguntó.

Y mientras Rada leía alguna revista, Eugenio, en su habitación, empezaba a trabajar. Fue algo como una arrancada inconsciente: cuando iba hacia su escritorio, sin saber claramente qué haría, imaginó exponer sus conceptos sobre el caso antillano en un libro que fuera asequible al orgullo español. Al empezar a escribir anotó una fecha, y ya fue un diario lo que salió de su pluma. No le era difícil puesto que él mismo se describía allí. Al diario siguió otro, y otro y otro. Aquello bien podía ser una novela, un tipo desconocido de novela, bajo cuya aparente ingenuidad se escondiera el pensamiento político más atrevido y la campaña más audaz contra el régimen colonial español.

A la media hora de haber salido, Eugenio volvía con las manos llenas de manuscritos, y entre las exclamaciones de entusiasmo del amigo los fue leyendo.

—Admirable, admirable... Pero ¿y el resto? No me dijo que era un libro.

—Sí, un libro entero, a pesar de que no tengo escrito más que esto, y aun esto mismo acabo de escribirlo ahora.

Rada no quiso aceptar tal explicación.

—Le digo la verdad —aseguró el puertorriqueño—, así como se la digo también al afirmar que es un libro entero, porque acabo de concebirlo totalmente, al extremo que sólo me falta sentarme a dejarlo correr sobre el papel.

—Amigo mío —dijo Rada—, yo puedo admitir eso. Usted tiene que comprometerse conmigo, formalmente, a leerme

todos los días a esta misma hora, en mi casa, lo que vaya escribiendo. ¿Estamos?

—Se lo prometo; pero a condición de que sólo usted sepa que yo estoy en estos pasos.

A medida que la novela avanzaba aumentaba el optimismo de Hostos. Iba dejando en aquellos diarios de Bayoán la esencia de su pensamiento político, y el joven protagonista se perfilaba cada vez más como el austero acusador de España y el defensor de las islas. La obra parecía, a simple vista, un relato escueto de los amores de Bayoán y Marién. El entusiasmo de Rada se hacía con cada lectura más encendido; y Hostos creyó haber encontrado en aquel libro que tan poco esfuerzo le costaba el instrumento ideal para conseguir un renombre que haría de él un verdadero poder en la metrópoli. Ese poder le serviría, para terciar en la política española en favor de sus Antillas. Las islas podían ser felices y libres con España todavía; España podía formar con ellas una confederación de pueblos en que todos entraran con iguales derechos. Pero un día...

¿Fue desengaño? Quizá no tanto: fue un dolor comprobar que andaba descaminado. Rada violó el compromiso de que nadie más supiera que Hostos escribía una novela. Cierta noche, Hostos halló en casa de Rada a un desconocido. Y aquel señor desconocido, que iba elogiando calurosamente algunos párrafos, se irguió en todo su tamaño cuando Eugenio leyó uno en que se refería con justicia a España.

—¡Esas cosas no deben escribirse en español y para españoles! ¡Es un insulto! —tronó el patriota.

Hostos comprendió entonces que su optimismo era exagerado: si, aquel señor, culto, de letras, se indignaba así, ¿qué no harían los hombres de gobierno y los soberbios negreros? Estuvo a punto de abandonar la tarea. Rada, empeñado en que *La peregrinación de Bayoán* no quedara trunca, buscó editor; y Hostos

se vio forzado a seguir trabajando. Un día su amigo llevó dos compañeros más, que elogiaron con entusiasmo las páginas de amor. Rada habló de prologar el libro; pero Hostos se opuso. Los demás prometieron iniciar una campaña de prensa antes de que saliera la novela; pero se opuso también: él quería ganar con aquella obra un renombre, un verdadero renombre en España y en su país; mas era condición necesaria que tal renombre fuera el producto espontáneo de su trabajo, de la admiración del pueblo; de lo contrario, iba a pensar él mismo que era una superchería, y su conciencia no podía permitir eso.

Mientras trabajaba, empezaron a entrabarse sus pensamientos mordidos por la realidad cínica y dolorosa: España mantenía, sin otra explicación que la de una soberbia pueril y peligrosa, la situación falsa a que se había llegado con la ocupación de las Chinchas, y todo era revuelo en la América. En Santo Domingo, se habían dado algunos pasos de rebelión y el espíritu nacional parecía levantarse, pese a los partes del flamante Marqués de las Carreras, de aquel Santana que había hecho la República en el 44 y que después la entregó bonitamente a Isabel II, cuando ésta ni se la pedía. En México, intervenían Inglaterra, Francia y España, y se hablaba de la implantación de un imperio sostenido por Napoleón III en la tierra de los aztecas; hacia el Sur, Brasil, Uruguay y la Argentina se concitaban contra el Paraguay, por mucho que decían que era una cruzada libertadora la que emprendían.

Entristecido por tales acontecimientos, Hostos sentía desfallecer su confianza en la obra que realizaba: si aquellos pueblos, libres, capaces de darse sus destinos, sucumbían a los intereses de la política europea y a sus propias pasiones, ¿cómo había él de lograr que el suyo naciera a la vida de la libertad? Estados Unidos no podía hacer valer su Doctrina de Monroe. Desangrado en la Guerra de Secesión —que parecía interminable—, sólo para sí mismo tenía fuerzas y sólo a

tan graves problemas podía dar solución el gran político y el hombre venerable que se llamaba Abraham Lincoln.

España, en tanto, se debatía entre errores. Enviaba barcos al Perú: levantaba y echaba por el suelo ministerios inexplicables, que la reina creaba y mataba por antojo. El pueblo runruneaba la necesidad de cambio; estallaban motines en las aldeas remotas; se iba declarando una división entre demócratas, progresistas y unionistas, que podía ser —al cabo de algunos tropiezos— la definitiva alineación de las masas en frentes vertebrados, pero que, en sus inicios, no hacía otra cosa que precipitar los errores y cegar a los gobernantes.

Abandonado a esa especie de fatiga que le venía de contemplar el mal, Hostos dejó de escribir. Por días le llegaban olas impetuosas de acción; y se iba a la calle, al Ateneo, a la Universidad, a comentar la política o discutir sobre ideas y hechos. Leía también, en ocasiones, con exceso. Oscilaba entre vaivenes de entusiasmo y abrumadores lapsos de desencanto, y en el fondo de tal vida estaba perenne una suerte de reproche por su tiempo perdido, de inconformidad por su vida sin dirección. Además, en la imprenta se dormían los originales; pasaban los meses sin que aparecieran las pruebas. Al principio, iba al taller y preguntaba, acaso se enardecía un poco; pero después se cansó y hubo semanas enteras en que llegó a olvidar que tenía parte de un libro en manos del tipógrafo. El verano, en Madrid, le abrumaba; los amigos se iban a la costa, algunos a las montañas; desertaban todos, y el que por acaso quedaba se pasaba las horas muertas en un café esperando que alguien llevara un poco de novedad a vida tan monótona. Al café iba también Hostos, y todos los días salía de él disgustado de sí mismo, asegurándose que no volvería otra vez. Pero volvía, y eso le llenaba de una impaciencia que le hacía hervir toda la sangre. ¿Era que no tenía él voluntad? ¿No iba a saber conducir su existencia? A veces no iba a la

cama sino ya de madrugada, y aun así se le dificultaba dormir; se levantaba, tomaba algún libro, lo dejaba. En la casa le llamaban la atención:

—Señorito Eugenio, que se está usted poniendo pálido; a ver si come un poquitín más.

Eso le molestaba: no quería sentirse protegido por nadie; él se bastaba. ¿A qué meterse si estaba pálido o rosado? ¿O es que lo que había en el fondo de tal mimo era una reconvención por haber tenido luz encendida hasta por la mañana? La manía, que se le iba acentuando, de buscar intención oculta en cuanto se le decía, le amargaba muchos ratos y le hacía doler el cerebro. No era raro ese dolor; en ocasiones, cuando se metía muy hondo en un pensamiento, sentía que le estallaba el cráneo.

Por septiembre, llegaron noticias confirmando el alzamiento de los dominicanos. Las primeras insinuaciones de que algo ocurría en la flamante colonia se recibieron en Madrid por cable, en agosto; pero el Gobierno le quitó importancia a lo que parecía un hecho irremediable. Hostos mismo se sorprendió de no detenerse mucho en ello, ni entusiasmarse como parecía lógico. Recordó a la familia dominicana, evocó al joven vivaz, y se detuvo en la idea de que su novela podía no ser tan mala ni tan inútil como iba creyendo. Pensó ir a la imprenta, pero lo dejó para más tarde; y luego, entretenido en el café, discutiendo sobre el positivismo y Spencer, olvidó ir; se hizo el propósito de hacerlo al otro día, y otro día pasó sin que lo cumpliera. Al cabo de una semana se disgustó consigo mismo hasta desprejarse. ¿Por qué no hacer lo que se proponía; por qué aquella holganza en el café?

En la imprenta le prometieron enviarle las primeras pruebas en pocos días, y esos días pasaron, y pasaron otros tras ellos, hasta que entraron los grises y cortos del otoño y empezó la Corte a poblarse otra vez de rostros amigos y de intrigas y trajines.

Uno de esos días, el que menos esperaba Hostos que debía ser, le trajo la novedad del cajista.

—A ver si me consigue usted originales, que allí están las máquinas esperando —dijo.

Tenía Hostos por delante el relato, escrito a los veintiún años, de la muerte que tuvo el tratante catalán a quien una enfermedad que llenó de pavor a todos llevó a los fondos del mar. Lo repasaba, aburrido, sin objeto, cuando respondió que no tenía originales.

—Ustedes se han tardado tanto, que yo creí innecesario escribir más —aseguró.

—¿Y esos? ¿No son esos originales? —preguntó el cajista—. No; estos son impresiones de un viaje...

—Pues es lo mismo: ¿no es de viaje lo que ha estado componiendo?

—Pero de otro viaje, no de éste.

—Pues no le entiendo, señor: lo mismo da una cosa que otra; en alguna parte irá eso bien: todo es viajar, que es como decir andar de la Ceca a la Meca.

Miró Eugenio a su interlocutor, un tanto perplejo. ¡Pero sí era verdad! Con tomar esos apuntes y arreglarlos un poco, con preparar con algunas cuartillas el suceso para acomodarlo a su novela, podía pasar

—Tiene usted razón amigo; llévese esas cuartillas.

Ya las arreglaría él después, cuando le trajeran las pruebas. Ahora iba a trabajar, a dar fin de prisa a aquel libro, que se le presentaba de golpe, más como un compromiso que como un camino hacia el renombre con que había soñado.

Escribiendo, poco a poco, con la embriaguez del trabajo, fue renaciendo en él la confianza en su obra, y la esperanza de que con ella se abrirían las puertas del poder que lo iba a poner en condiciones de servir a Puerto Rico. Olvidó el café, olvidó los amigos... El espíritu volvía a templársele paso a paso,

y tornaron las horas de entusiasmo en que casi cegaba, y sentía el veloz discurrir de la sangre por debajo de la piel, el tropel de los sucesos que surgían de regiones oscuras y pasaban por lo hondo de todo su ser, llenándolo de una frenética alegría.

6

Iba de prisa a su fin aquel movido año 63, cuando pusieron en manos de Eugenio el primer ejemplar de *La peregrinación de Bayoán*. Se había pasado la mañana en la imprenta, viendo con ojos amorosos cómo daban forma de libro a los pliegos sueltos. Un inefable sentimiento, mezcla no clara de alegría y de impaciencia, de esperanza y de tranquilidad, iba ganando las más soterradas raíces de su alma. Cuando lo tuvo, miró a todos lados, como quien teme que lo despojen de un objeto mucho tiempo deseado; recogió varios ejemplares, todavía con esa especie de virginidad que envuelve como un aura al libro recién nacido, y tomó el rumbo de sus amigos. Al entregarlos, con dedicatorias sobrias, sonreía y no decía palabra ni las oía de nadie. Todo lo que hizo por darle ambiente fue poner un anuncio en un periódico. Durante tres días atendió a todas sus amistades, las que le merecían la señal de aprecio de recibir un libro suyo en obsequio; después, confiado, seguro de su obra, esperó crítica.

Imaginando con aquella fantasía robusta y arrolladora que era su mal, le pareció ver ya los periódicos de España inundados por la crítica justiciera, y su nombre sacado a la admiración de todo pueblo y su pensamiento sobre las Antillas discutido y defendido bravíamente por todo español. No esperaba elogios: esperaba justicia; y no para él, sino para lo que la novela ponía de relieve. Ese renombre le daría el poder ansiado. Ya estaba a pique de tenerlo; unos días más, acaso sólo dos, tres, y su prestigio bastaría para ganarle la fuerza que hacía falta a un campeón de la autonomía de sus islas.

Seguro de no engañarse, ni iba al café ni leía ni escribía. Se mantenía en un estado de emocionada espera, como virgen en víspera de boda. Mandaba en busca de los periódicos de la mañana, de la tarde; los recorría con ojos ansiosos, tornaba a verlos, buscaba en los lugares más apartados. Así pasaron los tres días, y uno más, y otro y otro. Una semana interminable se liquidó en el almanaque; se agotaron dos, tres. Eugenio esperaba todavía. A la fe iba sustituyendo un sentimiento de amargura que, en ocasiones, llegaba a la cólera. Recibió una carta de mujer que halagó su esperanza y confirmó su creencia de que el libro era bueno; recibió otra de la misma y le agradó ver cómo una mujer, y española, comprendía y defendía como suyo el mensaje político contenido en la novela. Pero los ansiados artículos no aparecían. Ni Rada, tan admirado con los originales, tan espontáneo en la oferta; ni Millares, ni ninguno de los amigos con quienes se codeaba y a quienes nunca dejaba ver su dolor, decían palabra.

Pasó el año y se consumieron varios meses del 64 sin que el pueblo se enterara de que había aparecido un libro llamado *La peregrinación de Bayoán*. Un día, Hostos recibió un sobre y un paquete, y la recomendación de que contestara a la carta por medio del ayudante del general.

—¿General? —preguntó al hostelero que le hacía la recomendación—. ¿Qué general?

—Ros de Olano, que le manda ese paquete; ahí está el ayudante esperando.

El general se deshacía en alabanzas del libro de Hostos y lo invitaba a visitarle. Debían hablar mucho, según el militar y escritor venezolano-español.

Al pronto no lo pensó Hostos; pero después le pareció que la invitación era uno de esos oscuros resortes que mueve el destino cuando dispone determinados acontecimientos: Ros

de Olano era íntimo de O'Donnell, y entre O'Donnell y Narváez se repartían, desde muchos años hacía, el poder político de España. A mano estaba la coyuntura favorable; la fuerza que no pudo darle la novela por cobardía de los que debieron haberle hecho justicia, se la daba ahora merced a un hombre; todo estaba en saber ser oportuno, en manejar con habilidad el momento. Allí podía estar la fuente de su poderío, del que perseguía para ser útil a las Antillas.

Escribió aceptando la invitación; pero después empezó la duda y apareció la intransigente dignidad. Cierto que él necesitaba de una posición, de un nombre, viniera por el camino del poder o por el del respeto público. Cierto que sin conseguirlo, nada podría hacer por sus ideales; pero... Ros de Olano, O'Donnell... ¿No había sido O'Donnell el verdugo de Cuba, el sentenciador de Plácido, el que traficaba en esclavos? No podía, por mucho que quisiera esforzarse, no podía. Sin embargo... Puerto Rico le necesitaba, y acaso no hallaría otra oportunidad de ganar el puesto que hiciera fecunda su actividad. Le atormentaba esa duda; le hacía sufrir dolores en el cráneo, dolores realmente físicos. Se debatió, descendió a los más oscuros fondos de la razón, recorrió todos los pasadizos de sí mismo.

Fue a ver a Ros de Olano, pero no le habló más que de letras. Poco a poco iba olvidando su libro. Recordarlo era descarnar su desdén por los hombres y sentirse otra vez invadido por un dejo de sorda cólera que le consumía. Lo importante era hallar salida para la situación económica, que se le iba estrechando día tras día. Matías Ramos, su paisano y su amigo, cazador de negocios editoriales, le propuso vender la edición de la novela con destino a las islas; era flaca la proposición, pero era también una inesperada posibilidad de hacerse algún dinero. Su padre apenas podía seguirle enviando la mesada de antes. Hostos sentía como nadie ese sacrificio. Aceptó y olvidó del todo a la desdichada novela. Acaso

alguna carta de Giner de los Ríos o de otra autoridad crítica le hacían recordar muy de tarde en tarde que él había dado a las letras españolas un libro ignorado por la cobardía de los hombres. Lo que no pudo Hostos echar de su espíritu fue el desdén por esos escritorzuelos atemorizados y por esos amigos incapaces de defender la verdad. Allí se aposentó el desprecio y echó profundas raíces. Nunca más buscaría el aplauso de los escritores ni jamás se detendría a contemplar su minúscula presencia; nunca más volvería a cuidar su lenguaje ni a preocuparse por realizar obra bella: escribiría para dejar constancia de sus ideas, para propagarlas. Él no podía descender a literato. Ahogaría sus facultades, como un parricida.

Un día alguien le habló de un artículo sobre la novela; fue a leerlo pero sin entusiasmo, sin prisa. Buscó la firma: no estaba. El artículo llegaba a decir que "*La peregrinación de Bayoán* señalaba la aparición de la conciencia en el siglo XIX". Hostos sintió asco y repulsa por la cobardía de decir todo aquello sin firma: miedo, mayor miedo: eso era lo que demostraba aquel anónimo irresponsable; miedo desleído entre una sarta de elogios sin demostración. ¿Por qué no decirlo a cara descubierta? ¿Porque atacaba la política española en América? Dolor, confundido con lástima y desprecio: eso era lo que sentía Hostos.

Por allá, por sus islas, ganándole el nombre que para nada iba a servirle si no se enraizaba en España, andaba su novela; y hasta allá fue a perseguirla el infortunio. Matías Ramos le llevó la noticia de que habían prohibido su venta en las Antillas. Hostos se encogió de hombros: le daba igual. Pero a Ramos, no: Ramos se veía envuelto en una forzosa devolución de dinero, puesto que el negocio había fracasado, y él no tenía lo que debía devolver. Fue el último trago amargo que le ganaba el libro con tanta esperanza escrito: firmó unos pagarés por no perjudicar al amigo, y decidió olvidar definitivamente

la triste aventura literaria. He ahí en qué se trocaba el airoso edificio levantado sobre el ladrillo de la novela; se desplomaba sobre su autor y entre el estrépito de la caída como un polvo denso que se alzaba de los escombros. Iba la amargura emergiendo y ganando el pecho del arquitecto.

Poco a poco fue entrando en un estado apático, mezcla de escepticismo y de incapacidad. Tornaban las horas de crisis moral, de angustias. Se sucedían las semanas de atonía. Le avergonzaba pensar que su vida estaba vacía de sentido. En ocasiones, como un ramalazo inesperado, le llegaban sacudidas de energías y se despreciaba a sí mismo. Era una cruda sensación de vergüenza de su infecundidad lo que le ganaba entonces. ¡Incapaz! Eso era él, un incapaz, un soñador holgazán, que sólo podía y sabía soñar y que se rendía a la primera lucha. Le dolía decírselo y se martirizaba repitiéndose, en la noche de insomnio, con una voz acre y sorda:

—¡Incapaz, incapaz, soñador impotente, impotente, impotente!

7

El año 65 encontró a Eugenio María debatiéndose entre penurias económicas y disimuladas luchas de conciencia.

Lentamente, sin que apenas se notara, se iba creando en España un clima propicio a nuevas esperanzas. La juventud se agrupaba en torno a los hombres de la Universidad y del Ateneo.

De tarde en tarde, Hostos escribía algún artículo para *El Museo Universal*, para *La América*, para *El Cascabel*. El brote de vida que notaba en torno suyo le iba ganando poco a poco. Hablaba de política, hacía coro a Sanz del Río, a Salmerón; alguna vez hablaba con Castelar, pero por el gárrulo orador sentía una suerte de incertidumbre, algo así como desconfianza; y, en la soledad de su conciencia, repudiaba su oratoria, que

le parecía de mala ley. Todavía no estaba seguro de sí mismo, y observaba. Sin duda que nuevas corrientes circulaban por lo profundo de España; pero él se debía a sus islas, a su escondido sueño antillano, y no se lanzaría a la loca por caminos desconocidos.

Aun en aquella atmósfera cálida, se sentía caer a veces. No podía evitarlo. El desconocimiento de su destino le llevaba a la ignorancia de la propia capacidad, y se sentía por momentos tímido, pequeña cosa pretenciosa. Se le presentaba el sueño de la Confederación Antillana y volvía a verse sobre el mar, entusiasmado, casi enloquecido por la alegría.

Le dio por recorrer los suburbios de Madrid; veía pasar al obrero, a la moza garrida, al anciano trapero.

“Todos estos seres —pensaba— son útiles, cada uno en su escala; hacen, luchan: el único inútil soy yo”.

Pensaba en lo que se había sacrificado su padre por hacerlo un hombre excepcional, y las esperanzas que alimentaba el buen anciano; veía a los hombres del pueblo, altivos e impenetrables, y se creía inferior. Sólo que, sin explicarse por qué, le parecía que tales comparaciones, y la admiración que tenía, por los seres de lucha le iban haciendo bien, como si le comunicaran sus fuerzas.

¿Fuerzas? Sí, aquel pueblo español las tenía... y ya empezaba a resquebrajar con ellas las cerradas capas que lo cubrían. En apartados lugares andaluces estallaban las ansias contenidas; en capitales de provincias se agrupaban los jóvenes tozudos y echaban periódicos liberales a las calles. Vacilante, el Trono se sostenía en el Altar o en las Armas; a veces ponía un pie en cada pilar y se cubría los ojos y los oídos para no ver ni oír el batir del oleaje y el clamor que ascendía.

Hostos observaba. Por donde desembocara la revolución, iba él a estar para atajarla y decirle:

—¡Ahora, a las Antillas!

Se veía crecer la agitación. En Madrid, sobre todo, los estudiantes quemaban el aire con sus palabras. Castelar publicó algún artículo de tono subido, y le ordenaron al Rector de la Universidad que lo separara de su cátedra; pero el Rector dijo que no lo hacía, y el Gobierno respondió destituyéndole. Los estudiantes se agitaron, como picados en la entraña, pero todavía no era ese el pretexto esperado. Quisieron despedir a su Rector y pidieron permiso para hacerlo con una fiesta musical. Se estaba iniciando el mes de abril del 65. Hostos veía el ir y venir de los mozos como cosa juvenil, sin mayor trascendencia. A la postre, pasaría la ebullición y todo quedaba igual. ¿No habían tolerado el abuso del despido de Castelar sólo porque dijo lo que le pareció bien? ¿No habían sufrido pacientemente el mayor de despojar de su cargo al Rector, por actuar según su conciencia?

El Gobierno permitió la función. En eso iba a parar todo hervidero: en una bullanga escolar. Pero tras haberse dado el permiso, y cuando la muchachada celebraba su acto, asistida por público novelero que olía la cercana tragedia, entró la Policía y suspendió el concierto. El público —miles y miles de bocas altaneras— gritó horrores e insultó.

En el Ateneo se pasó Hostos, con otros muchos compañeros, casi toda la noche comentando la torpeza. La gente llenaba las calle, rezongando. Eugenio vio acercarse la tormenta: ya estaba allí, ya notaban los resplandores de los relámpagos. Pasó un día, pasaron dos; y en los barrios de Madrid se iba engrosando la palabra áspera. El 10, sin saberse cómo, las calles centrales se vieron repletas de obreros, de estudiantes, de mujeres bravías. Poco a poco fueron subiendo de tono las voces, endureciéndose los grupos, perfilándose el motín. Asustado, el Gobierno echó tropas a la calle. El pueblo las recibió a gritos; y en ocasiones respondió a su presencia con piedra y con golpes. Eso

andaba buscando el poder, eso: en un alud frenético, sables, fusiles y caballos se lanzaron sobre la muchedumbre. Entre gritos y pavor, disparos e interjecciones; entre la sangre que cubría los adoquines, y la huida a la loca y el sañudo perseguimiento, terminó la noche de San Daniel. El pueblo enfureció. Aquello era un crimen, un verdadero crimen. Los que se refugiaron en el ateneo contaron escenas horribles. Allí estaba Hostos: él había visto; él también había visto a los soldados meter las bestias en las puertas de las casa en fiera persecución. Se sintió en llamas. Iba y venía por entre los grupos que comentaban, y se sentía con las entrañas revueltas. Hablaba a voces, levantando los puños. Se le acercaron algunos jóvenes y algunos viejos. Su voz era un torrente de llamas.

—¡Barbarie; eso es: barbarie! El deber de un gobierno es dirigir y defender al pueblo, y estos criminales lo asesinan. Digo que toda España está reclamando la revolución, toda España. ¡Pues vamos a hacerla! ¡Somos hombres, y no bestias a quienes se les maneja a antojo del amo! ¡Somos hombres con todo nuestro derecho a desear y a tratar de alcanzar la felicidad y el bienestar! Digo que...

Otra vez le dolía el cráneo; pero ahora de ira, no de torturarse. ¡Acción! La hora de acción había llegado. Los grupos se iban sumando al suyo. De cutis rosado y fino, de rostro terminado en una breve barba negra; de pelo castaño, que le caía sobre la frente; de ojos casi azules brillantes; de voz cálida y emocionada, los oyentes le veían agitarse y hablar, hablar, sumando razones, mientras las manos subrayaban las palabras.

Afuera se espesaba el triste silencio de Madrid. Parejas de soldados y de guardias hacían sonar sus fusiles, sus botas o las herraduras de las bestias. A medida que avanzaba el tiempo, el ateneo se iba vació. Hostos no quería irse; no podía dormir y no sabía en qué emplear las horas que restaban para el amanecer. Se fue, al fin cavilando. Haría algo, era preciso hacer

algo; aquella indignación que lo calcinaba no podía quedarse en palabras ni era digno de hombres aceptar tranquilamente, con sólo algunas razones en contra, hechos tan vergonzosos. Había que trabajar, organizar, agitar en pie aquel pueblo sufrido. Otra vez la sangre le bullía en las venas, y sentía su cabeza tan alta que le parecía llevarla sobre los techos de la ciudad. Todo el pecho se le ampliaba. Ése era el momento, el ansiado momento de actuar. Otra vez, como en los días del viaje, dos años antes, veía claro y ancho el camino a seguir. El poder que no había conquistado con su libro podía ganarlo ahora, con sólo lanzarse a la lucha.

De puertas adentro estaba Madrid, insomne, como él, y a ratos pasaban grupos de tres o cuatro que comentaban los sucesos con ademanes agrios.

Llegó a su casa, encendió una vela y se sentó frente a las cuartillas. Así, enardecido como estaba, empezó a escribir. La letra le salía larga, enérgica. Mientras dejaba correr la pluma olvidó a España, a sus islas, a sus amigos; sólo estaban fijos en su mente los cuerpos que había visto pisoteados por los caballos, las cabezas abiertas a sablazos, y en los oídos resonaba aquel clamor desesperado del pueblo indefenso. Tornaba a ver en vuelo las faldas, las piernas, los torsos los ojos aterrados. Un torbellino confuso le bailaba alrededor y zumbaban los gritos dentro de sí. Escribía, escribía, raudo, violento. Ni siquiera leyó lo hecho. Al terminar recogió las cuartillas y asomó a la ventana. Una lívida claridad empezaba a destacar los ángulos recios de las casas; el ruido de algún carro subía hasta él, y la brisa fresca venía en giros sacudiendo las hojas de los árboles abajo. Con los ojos fijos en el cielo remoto, Hostos empezó a cavilar. Si le publicaban lo que acababa de escribir, él podía pasar en horas del casi anonimato en que estaba a figura destacada en el progresismo español. Se sentía capaz de la

más viril empresa, como si de golpe hubiera muerto el Hostos inactivo y tímido de días antes y hubiera renacido el optimista de otras veces. Sí, allí estaba el pueblo resuelto pero ignorante, esperando quién lo guiara, y él tenía la idea justa y concepto claro de lo que hacía falta para organizarlo. Ya había cumplido veintiséis años. En sus dieciocho era el jefe nato de jóvenes que se le acercaban, casi un tirano por la fuerza de su razón y por su poder moral; a los veintiséis bien podía ser el jefe de una revolución. Lo sentía; se hallaba capaz y resuelto.

Al ras de los tejados venía clareando el cielo y se multiplicaban los ruidos abajo. Hostos sentía el leve cansancio del trasnoche. Pero no debía dormir. Se lanzó a la calle y se fue a los talleres de La Iberia. Todavía era temprano; esperaría en el café. Tres veces más volvió. Al fin pudo hablar con Moya.

—Bien, un poco arriesgado; pero lo publico. Eso de anoche merece sanción —aseguró Moya.

La protesta hizo el efecto esperado; de la mañana a la noche, su autor pasó al conocimiento de todo Madrid. Abierta la brecha, todo el que pudo escribir llevó su repudiación a los periódicos. Eugenio se vio solicitado de pronto por los políticos progresistas; era una fuerza, un poder naciente, resueltamente puesto del lado de la justicia. Sagasta le hizo llamar y le pidió trabajo para *La Soberanía Nacional*. Artículo tras artículo, siguió labrándose el nombre ansiado. Pero ni en *La Soberanía* ni en *La Nación* ni en *El Progreso* retribuían su labor, y Eugenio necesitaba hacer frente a sus problemas económicos. Días de incertidumbre, de lucha con el hambre, de cóleras sordas, fueron aquellos en que tuvo que aplicarse a lo que perseguía con un heroísmo oscuro. España bamboleaba. Tras la matanza de San Daniel, el pueblo volvió los ojos a Prim; y el vencedor de Castillejos probó sublevar el ejército entrando por Francia.

Fracasó, y fracasó otra vez en Valencia. El Gobierno respondió persiguiendo a todos los sospechosos de desafección. Empezaron entonces a organizarse los Comités Revolucionarios; alguien propuso a Hostos para el Central. Ya estaba a punto de ser un factor determinante en aquella lucha sorda como lo había sido en la abierta. La sola cercanía del reconocimiento que significaba su entrada en el sagrario de la revolución, le emocionaba hasta hacerle daño. Esperaba tranquilo, porque él se había ganado esa muestra de confianza y de respeto. Ningún joven español podía mostrar servicios superiores a los suyos.

Otra vez soñaba. De la mañana a la noche, mientras trabajaba, o mientras discurría por las calles de Madrid, imaginaba todo el bien que ganarían sus islas cuando él, con el ardor que sabía poner en sus propósitos, con la cautela que ya había aprendido a usar, fuera ganando en el seno del Comité Central adeptos para su sueño de Asamblea y Gobiernos coloniales en las Antillas. Él solo iba a ganar la batalla que cubanos y puertorriqueños anhelaban; él solo. Todavía era tiempo de evitar en Cuba y Puerto Rico los horrores de la guerra que asolaba a Santo Domingo; todavía... Los hombres de la revolución era gente nueva, a quienes no asustaban las palabras; verdaderos hombres, que desearían para otros pueblos lo que deseaban para España. La revolución no reconoce fronteras; la libertad no tiene nacionalidades.

En lo mejor de su sueño despertó bruscamente: Sagasta no quiso que él fuera al Comité Central; prefirió a un gacetillero de *La Soberanía nacional*, un simple desconocido, a quien podía utilizar a su antojo. Hostos reaccionó violentamente; pero por vez primera meditó si le convenía ser crudo: Sagasta era una fuerza incontrastable; disgustarlo era restar un posible aliado poderoso a las Antillas. Bien podía asegurarse que nunca lo sería; pero la política gira sin cesar y un día acaso le conviniere a Sagasta...

Lo que no pudo fue seguir trabajando en *La Soberanía*. *La Nación* le encargó fundar, dirigir y redactar una revista del mismo nombre para las Antillas. El trabajo era duro; y, con lo que le daban, apenas podía desenvolverse entre estrecheces. Escribiendo olvidaba sus apremios económicos. Desde allí podía ir ilustrando al pueblo español y al propio pueblo de las islas; ir propagando sus ideas, extendiéndolas, poniéndolas al amparo y al calor de las masas.

La revolución, mientras tanto, socavaba la conciencia española. Prim se había hecho la carne de aquel anhelo de libertad y de justicia. Los progresistas trabajaban sin descanso: era necesario ganar el ejército, sumarlo al pueblo, hacerle el brazo del acariciado sueño. En el secreto de las logias, de las reuniones del Comité los hombres iban preparando el golpe. Hostos empezó a prever el fracaso de la revolución si no se hacía mediante la alianza de los progresistas y los de la Unión Liberal; ahí entre esos últimos, estaba el verdadero poder, el de la clase media, pesada como un lastre, que jamás se movía hacia ningún lado, pero que, en último extremo, si no se la sabía comprometer, se quedaba —inerte pero determinante— al lado de los que gobernaban.

Predicando la alianza, se movía de un lado a otro, mientras los demás se aprestaban a la conjuración. En junio del 66 estuvo todo a punto. El pueblo, armado ya, esperó la consigna. Iba a entrar Prim, iba a arder toda España. ¡Ah, cuando Prim llegara! Y llegó: surgió un día como salido de la tierra, sublevó alguna tropa y empezó a moverla, en son de amenaza, por las llanuras de la Mancha. O'Donnell envió fuerzas en su persecución; Prim las eludía, en manchas y contramarchas sin objetivos claros, y al fin se internó con sus hombres en Portugal. No hubo una escaramuza, no estalló un tiro, y el Gobierno creyó haber destruido la amenaza; pero Prim no era la revolución: en toda España hervía ella, y la conciencia española se

agitaba sordamente, reclamando libertad. El general Pierrad logró entrar en Madrid; y las turbas, acordadas con las tropas, iniciaron la revuelta. Temblaba la Villa y Corte sacudida por los cañones y los fusiles. Esto no era ya como el día de San Daniel, en que el pueblo se dejó ametrallar y asesinar en las calles. Ahora el pueblo devolvía bala por bala y golpe por golpe; con él estaba parte del Ejército. O'Donnell y Serrano vieron caer el cielo sobre sus cabezas.

Sólo Hostos sabía que aquella sangre no fecundaría la flor de la victoria. Pierrad, el buen Pierrad, su amigo y compañero, combatía como fiera. Castelar, Sagasta, Salmerón, Sanz del Río: todos los que fueron sus maestros en ciencias y en política le oían reclamar la verdad de su argumento: ahí estaba todo claro: con la alianza, esos generalotes que ahora defendían a Madrid estarían con ellos haciendo la revolución, y muchos arrojados hubieran salvado sus vidas.

Herido Pierrad, evitaba la sublevación de algunos cuarteles, el Gobierno dominó la situación. De inmediato empezó la persecución. Los jefes revolucionarios lograron huir y cruzar la frontera francesa; pero los militares comprometidos quedaron como prenda y O'Donnell terminó su vida pública firmando sentencias de muerte.

Los meses que siguieron al fracaso fueron de angustia y de penuria. Impedidos de decir la verdad, los periódicos languidecían. Hostos no se dejaba ver. Cayó O'Donnell y volvió Narváez a gobernar. No se podía vivir en Madrid. Metido en su cuarto, Eugenio estudiaba a la fuerza; pero seguía cercándole la penuria y su impotencia le llenaba de disgusto. Un viaje a Barcelona, para eludir la vigilancia, le haría bien.

Volvió pronto. Tras el abatimiento, se recuperaba el espíritu revolucionario. Durán, librero madrileño, le dio trabajo; y traduciendo a Saint-Victor y a Proudhon pasó gran parte del año.

Afuera seguían los emigrados trabajando. Desde América llegaban noticias alentadoras, y Europa entera se agitaba en un incesante oleaje renovador.

En agosto del 67, se dijo en Madrid que había empezado la revolución por el Norte. Narváez despachó tropas a toda prisa. En Aragón se movían columnas de facciosos, y por Aragón podía empezar otra guerra como aquella carlista, interminable y sangrienta, donde tanto luchó el mismo jefe del Gobierno.

Pero el movimiento abortó, y otra vez tornó a Madrid la dura paz de la derrota. En noviembre murió O'Donnell. La noticia corrió como el aire por los centros revolucionarios. Quizá ahora... O'Donnell había empezado negociaciones con Prim y con los emigrados; en esa unión de liberales y progresistas estaba el porvenir de la revolución. Hostos no quiso hablar; durante tres años había estado predicando la alianza, y los primates de la política no habían querido oírle. ¡Pero si estaba claro como el agua...! ¿A qué esperar y vacilar tanto, si no era porque en el fondo de todos aquellos políticos acechaba la ambición y nadie quería compartir con otro las futuras ventajas?

Tras la muerte de O'Donnell llegó la nueva de la alianza. Ya no cabía dudar. Puesta en pie, la revolución caminaba a paso firme. Se la veía aparecer por los remotos horizontes.

8

Verdaderamente, era un tozudo aquel Matías Ramos. Tenía espíritu para los negocios, y siempre hallaba manera de salir con sus proyectos. En Barcelona se puso al habla con los liberales y los convenció de la necesidad en que estaban de tener un periódico. Lo dirigiría y lo redactaría Hostos, sí, aquel Hostos de la carta de *La Iberia* y de los artículos de *La Soberanía Nacional*. Resueltos los liberales catalanes a confiar la propaganda revolucionaria en Hostos, era necesario ganarse al propio

presunto director y redactor. Matías lo conocía bien; era casi su hermano, su amigo entrañable. No resultaba difícil convencer a Eugenio: bastaba con presentarle el lado idealista de un negocio; bastaba con decirle: “Esto beneficiará al pueblo, o a las Antillas”.

Además, Hostos no estaba en condiciones de resistir mucho. Las estrecheces de dinero le iban arrojando, lentamente, hacia un despeñadero. Veía acercarse la crisis, la misma crisis que en el 64 estuvo al destruir su mecanismo psicológico. En ese final del 67, le iba salvando un raro fenómeno que apenas podía intentar descubrir. Siempre había sido él un ser de razón, un privilegiado del pensamiento. No podía explicar por qué, pero es el caso que los sistemas filosóficos y las lecturas científicas hallaban un encaje natural y armonioso dentro de sí; luego empezaban a sufrir una lenta transformación, como si todos se ajustaran en un acuerdo perfecto y unos se completaran y apoyaran en los otros. Poco a poco, aquella especie de esqueleto ideológico que sentía, aquella suerte de máquina bien aceitada que se iba formando, pasaba a cobrar aspecto nuevo; y los pensamientos, los sistemas, los conocimientos iban determinando una transformación curiosa en su vida. Era que tras la ordenación venía la aplicación. Advertía Hostos que cada fenómeno exterior o interior tenía una explicación precisa en su sistema de pensamiento; pero advertía también que ello no le restaba fuerza de sentimiento ni capacidad creadora. El pensamiento pasaba a ser parte suya, de su sangre; perdía en intuición, pero ganaba en meditación. Dos clases de emociones se equilibran dentro de su ser: la emoción que le venía del razonamiento y la que venía de la pura contemplación. Lentamente, aquellas dos emociones empezaban a confundirse en una sola. Así, a la impresión sucedía —con tanta rapidez que apenas podían separarse—, los razonamientos que la justificaban.

Observándose, razonando su estado, encontró Ramos a Hostos cuando le propuso, a fines de aquel año 67, trabajar en el periódico que había proyectado. Aceptó de inmediato. Estar sumergido en una labor, cargar responsabilidades de esa índole, le haría bien. Se hallaba al borde de otra crisis, que se presentaría sin sentirla llegar; además, necesitaba ganar dinero.

Ya en Barcelona, empezó a entusiasmarse y a crear en su mente recursos más vastos que los calculados por Matías. A su juicio, el periódico podría ser el órgano visible de la revolución; él daría la pauta, el pensamiento, y uniría a través de sus columnas a todos los espíritus generosos de España. ¿Simple voz de un partido incipiente? No; tribuna de la idea liberal. Él, Eugenio María de Hostos, no podía concebir en pequeño.

El periódico saldría en los primeros días de enero del 68. Hostos empezó a poner en obra su proyecto: escribió a los más destacados hombres del progresismo, a los más avisados españoles, para irlos comprometiendo en su empresa. Desde los primeros números, que salieron hacia febrero, tropezó con inconvenientes políticos y administrativos: cuando no el Fiscal de Letras, el dueño de la imprenta o algunos corresponsales... Hostos luchaba a brazo partido. No era fácil hacerlo cejar. No podía, tampoco, porque estaba poniendo las piedras básicas para su edificio. Servía los intereses de los jefes revolucionarios a cambio de que ellos sirvieran a los de las Antillas. No había lugar para el cansancio. Ciertamente que *El Progreso* se debatía entre asechanzas de mil especies, y que apenas dejaba comer. Pero acaso después... Era el principio; todos los principios son duros.

Con los días cavaba más hondo en el pueblo el ansia de libertad. La unión de progresistas y liberales fortalecía por horas aquel sordo y grave oleaje de las masas. Viendo crecer la amenaza, el Gobierno apretaba sus nudos. El Fiscal de Letras se hacía cada vez más exigente; en ocasiones malograba una

edición por un adjetivo inocuo o por un párrafo al que atribuía ocultas intenciones.

Hostos no se rendía. ¿Enmendar, corregir, rehacer? Bien. Lo importante era llegar al final. Se presentía ya; casi se veía brillar en el anublado horizonte. Allí estaba la revolución, allá, acaso a un día de distancia, tal vez a menos. Estallaría, nadie lo dudaba, y entonces...

También el Gobierno veía, y no se dejaba sorprender. En abril se enteró España de que había muerto Narváez. Fue como si hubieran limpiado el camino: primero O'Donnell, después Narváez. Con éste se iba el recurso desesperado del Trono. La conspiración se tejía ya a ojos vista, en la calle y en los cafés, en las casas aristocráticas y hasta en las sacristías de muchas iglesias. Desde la Universidad hasta los remotos poblachos, en toda España se conspiraba, ¡Mano fuerte! Sólo la mano dura y pronta podía salvar las instituciones, amenazadas por esa partida de estudiantes, de masones, de ateos y de militares que lo esperaban todo de Prim. Nada de periódicos chillones, enemigos del orden público. Silenciar a la revolución era aplastarla.

El Capitán General de Cataluña se sintió feliz el día que firmó un decreto ordenando el cierre de aquel periodicucho llamado *El Progreso* que dirigía un tal Hostos, empedernido protestante que no se cansaba de hablar de libertades para las Antillas. Era abril, abril del año 1868; comenzaban a brotar tiernas hojuelas de las yemas que cubrían los árboles; volaban en grupos los gorriones, atronando con gozosos piares; se abría en amplio arco de leve color azul el cielo catalán; se sentía vibrar toda la tierra al conjuro de un poder jubiloso.

Uno al frente del otro, mudos, graves, Hostos y Matías Ramos se miraban a los ojos. No hablaron; pero ambos podían oír la angustiada pregunta: ¿Y ahora? ¿De qué vamos a comer?

¡A comer! Volvían los duros trances que hacía cinco o seis años se venían sucediendo sin visos de acabar. Matías no

tanto, porque Matías no era tan escrupuloso: no le resultaba amargo mentirle a un acreedor o proponer cualquier negocio poco seguro. Pero ¿y él, con aquella susceptibilidad que se le irritaba con la miseria? ¿Y él, con su timidez, su pavor de andar mal vestido, de verse en un aprieto por carecer de dos miserables pesetas? No tenía salida. De ser más justo, menos egoísta, Matías estaba en el deber de ayudarle a salir del mal paso. Durante cinco años, Hostos le había servido en todos los trances. A tal extremo llegó su espíritu de sacrificio por el amigo, que el otro se comprometía en negocios descabellados sin consultarle a él y necesitándolo para realizarlos, sólo porque sabía que Eugenio no le dejaba quedar mal. Sí, era lo cierto. Siempre había dado cuanto le era posible; a Matías le tocaba sacrificarse ahora.

Hostos resultaba intransigente cuando creía tener la razón. No admitía explicaciones. Era irritable y difícil de ablandar. Ramos lo sabía bien. Días antes, justamente, le sirvió de padrino para un duelo que no llegó a realizarse. El otro, un tal Maspons, buscó mil pretextos para no batirse; apenas le faltó otra cosa que suplicar. Hostos se llenaba de cólera con las evasivas, y exigía que se le diera toda clase de satisfacciones, incluso la de poder pegarle a su contrincante cuando diera con él.

¡Diablo de Eugenio tan puntilloso! Con aquella inteligencia descomunal que había traído al mundo, con su elocuencia, con su pluma, podía abrirse los caminos que quisiera; pero con todo chocaba su sensibilidad, y era más fácil ofenderlo que complacerlo. No se lo explicaba bien Ramos. Sin duda alguna, a nadie había él tratado que tuviera las virtudes de su amigo, pero aun los hombres más austeros lo eran sólo para sí y no exigían que sus amigos o simplemente sus congéneres fueran dechados de virtud. Eugenio no: alrededor suyo tenían todos que ser casi perfectos, desde los sentimientos hasta los modales.

Ramos hacía milagros por atenderlo. Yendo a su casa, Eugenio se acostumbró a la presencia de Teresa, la hermana menor del amigo. Era pálida y de ojos brillantes; y, en su dulce voz y en sus tonos, en la amable dejadez de su prosodia, renacían los mejores recuerdos de Puerto Rico.

Viéndola moverse, oyéndola estudiar el piano, sintió Hostos que amenazaba renacer la angustia de sus veinte años. ¡Pobre Bedford, lejano ya en el silencio de la muerte, amigo de la niñez, por quien sacrificó su juvenil sueño de amor!

Teresa se complacía en la atmósfera de tímida adoración de que la rodeaba la presencia de Eugenio. Hostos temía que se inclinara a cierta ligera coquetería a que la veía propensa. Empeñado en ayudarla, le dictaba lecciones, le exigía estudios y atención. Se cansaba ella; y Eugenio tornaba a meditar en su porvenir y se repudiaba amagos de vagos sentimientos que se mecían entre la amistad emocionada y el inicio del amor. No iba allí por ella, sino por Matías. ¿Por Matías? ¿Y si fuera...?

¡No! ¡No podía ni debía ser! Su puesto no era aquél, ni estaban los tiempos para soñar. Desesperado, escribió a un paisano amigo. A vuelta de correo recibió dinero. Cierto que le dolió la despedida: ¿por Matías, por Teresa?

En el tren, camino de Francia, se hacía la pregunta. Pero el sueño no le dejaba responder.

9

En París, y sin un sueldo, la vida era dura. Que un paisano le ayudara le resultaba humillante. Buscaría trabajo. Algún editor lo emplearía para traducir; quizá pudiera vender un libro, no importaba sobre qué.

Abatido por la penuria, Hostos volvía a sentirse tímido. En trances así su susceptibilidad era excesiva; un gesto desdeñoso, una mirada vaga bastaban herirlo. Llegaba a la puerta de un

comercio de libros y no se atrevía a entrar. Los amigos, los puertorriqueños establecidos en París, ¿por qué no le ayudaban? Castelar hablaba de un empleo en cierto periódico peruano; le habían pedido un redactor y enviaría a Hostos.

Cuando abandonaba a España, a tiempo para evitar un atropello, pensaba en seguir viaje hacia América. Aprovecharía su paso por París para comprometer a Sagasta, a Castelar, a Ruiz Zorrilla, a los jefes de la revolución, en fin, con el destino de las Antillas. La revolución estaba ya a las puertas de España. En junio llenó el gobierno las cárceles de presuntos conspiradores y confinó en las Canarias a un grupo de generales. Iba entre ellos Ros de Olano, su amigo y admirador. Hostos salió a tiempo.

Ya en París vio la inminencia del suceso, y empezó a meditar si era oportuno abandonar su obra cuando tan cerca estaba de verla terminada. Pero tenía forzosamente que salir. No se puede vivir del aire, y menos en París. Por lo demás, los políticos españoles estaban inclinados a pensar en las Antillas. Algunos simulaban escucharle con interés. Castelar se hacía el conecedor, pero en Castelar no se podía confiar. Tras la oferta del empleo en Perú venían las recomendaciones de que no dejara a Europa.

—Es tonto, Hostos; usted tiene en España el porvenir más brillante a que puede aspirar un hombre joven. En América los medios son escasos; y el escenario, pequeño para sus posibilidades.

—Pero allá está mi deber —respondía tranquilo—. No tengo yo la culpa de haber nacido americano. Además, allá hacen falta hombres que trabajen por el porvenir.

Sí; era lo cierto: faltaban hombres, y él podía hacer mucho. Pueblos niños, que todavía se podrían modelar y formar en atmósferas superiores. Era preferible sufrir sus puerilidades a las torpezas de los viejos de Europa, incurables ya. Debía irse. Su deber estaba en América, y hasta podía ocurrir que en el

Nuevo Mundo hallara él la manera de vivir sin depender de los otros. Demasiado duro le era estar siempre esperando que de los demás le viniera el trabajo.

El verano parisiense se hacía pesado. Se amontonaban las nubes hinchidas sobre la ciudad; y Hostos las veía con recelo. Llover equivalía a quedarse encerrado, a no ir a la Biblioteca Nacional a entretenerse con la *Scienza Nuova* de Vico, o con el *Misterio de Jesús*, de Pascal. Vico le gustaba mucho. Iba a empezar pronto algún libro que escribiría con el mismo punto de vista que el fecundo pensador; pronto, cuando Limardo u otro puertorriqueño amigo le consiguiera con qué ganar lo bastante para comprar plumas, papel y tinta.

Mientras tanto, la lluvia empezaba a caer sorda e incansable sobre la ciudad. París cobraba un aire triste, como de enfermo, y la murria le iba ganando las entrañas a Hostos. Pegado al cristal de la ventana, veía engrosar el agua del arroyo y pasar en rápidas carreras a los escasos transeúntes. Él no podía salir; no tenía con que cubrirse ni con qué pagar el ómnibus para ir a Passy. Muchas veces hacía el viaje a pie —¡a pie del Boulevard Saint-Germain a Passy!—; y, cuando llegaba, no estaban allí ni Castelar ni los otros emigrados. Se descorazonaba y sentía una amargura indescriptible. ¡Qué hombres, Dios, qué hombres aquellos! ¡Y él soñando!

Ruiz Zorrilla parecía estar apenado por no estar en condiciones de ayudarlo. Le aconsejaba que fuera a Londres, a ver a Prim.

—Le daré una carta. Algo hará Prim por usted; él sabe qué papel ha desempeñado usted en la revolución.

¿Ir a Londres? ¿Pero cómo ir? Además, era duro, más de lo soportable, presentarse a Prim en busca de ayuda. No, ¡no! Al cabo, sufrir hambre no era un heroísmo: ya estaba casi acostumbrado.

Ruiz Zorrilla le llamó un día.

—Hostos, no se vaya; la revolución es inminente. Le ofrezco la gobernación de Barcelona si ingresa usted en nuestro partido.

Eugenio le miró honda y serenamente. No dijo palabra. ¿Para qué hablar? Ruiz, y todos los demás, sabían bien que a él no le interesaba la revolución española sino como un paso hacia la libertad de las Antillas. Aquello, sus islas, era lo que le interesaba. Había hablado con todos; ninguno lo ignoraba. ¿Por qué, entonces, tales proposiciones? Pero ¿podría él esperar? ¿Podría irse? Al subir a su cuarto, temblaba de miedo. El portero le miraba con ojos interrogantes. ¿Cuándo iba a pagar? Se sentía arder de vergüenza. ¡Ni cartas! ¡Ni las cartas podía recibir, porque no tenía con qué pagar el franqueo! Era horrible, horrible. Había escrito a Puerto Rico pidiendo dinero para irse, y la respuesta tardaría mucho. Con la lluvia, con las fracasadas diligencias, hoy aquí, mañana allí, se le crecía la tristeza. Recordaba a Matías, a Teresa, a la escasa gente entre quienes había vivido fugaces instantes de vida familiar; y la nostalgia, cargada de amargura, le calaba hasta el hueso. Nunca momentos tan angustiosos. Acaso cesara la lluvia, y entonces paseaba por el Jardín de las Plantas, por los bulevares, cansado y triste, casi como un sonámbulo, perdido dentro de sí mismo.

De tarde en tarde, llegaba alguna noticia de Puerto Rico y hasta una carta de Betances. En Puerto Rico trabajaban; y, quizá antes de lo esperado, habría sorpresas soñadas. Las noticias le sacaban de su murria, le lanzaban en delirios de sueño. Pero no tenía alas para volar, sino muñones. ¡Tan lejos de la patria y quizá haciendo falta allá! A lo mejor estallaba la revolución que anunciaba Betances, mientras él se debatía en la miseria.

También en España corrían decires. Los emigrados empezaron a agitarse con la noticia de que Prim se encaminaba

hacia la Península. Un día se rumoró, muy por lo bajo, que el Conde de Reus estaba ya en Cádiz. Los emigrados de más peso empezaron a dejar París, camino de la frontera. Hostos no podía irse, no tenía un centavo para moverse. De golpe, llegó la noticia: la Escuadra se había sublevado en Cádiz.

Pierrad; el general Pierrad de la revolución de junio en el 66 y de las escaramuzas de Aragón en el 67, fue quien le dio la noticia. Temblaba de júbilo el buen viejo, pero le apesadumbraba no estar en España ya.

—Los militares confinados vuelven de Canarias. ¡Ánimo, querido Hostos! ¡Ahora sí va de veras!

—¿Qué hará usted? —preguntó Hostos.

El viejo militar respondió sin titubeos:

—Ir a España, a Cataluña; tratar de sublevar la región.

Hostos, que había recibido la noticia con aquella frialdad que oponía a los grandes momentos, sintió una llamarada cocerle el pecho.

—General, yo puedo hacerlo; yo tengo amigos influyentes en Cataluña. Debo ir, pero no tengo cómo.

—Vamos a ver a Olózaga. Él, Ríos y Castelar están en la Seine; los demás se han ido todos. Venga ahora mismo.

Olózaga aprobó el plan con verdadero entusiasmo. ¡Claro que aquel Hostos incansable podía sublevar a Cataluña! Le daría una carta para Baldrich. Dinero no; dinero no podía ni sabía de donde sacarlo.

—General, váyase usted —recomendó Hostos—; yo me las arreglaré de alguna manera. Espéreme usted en Junqueras o en Figueras.

Hostigado por la esperanza de entrar en acción y por la necesidad de partir, buscó con resolución fiera lo que le hacía falta. Un emigrado que debía irse a España cayó enfermo; Hostos obtuvo con él los trescientos francos que destinaba el emigrado a los gastos de viaje. Sin perder minuto salió hacia la frontera.

A medida que se acercaba iban creciendo en importancia las noticias. Napoleón III también se enteraba del derrumbe y corría a favorecer al Trono español: pululaban los gendarmes en las vecindades de la frontera. Nadie podía pasar. Infinidad de españoles se mordían los puños de cólera en las prefecturas francesas...

En Perpignan arrestaron a dos campesinos catalanes que iban en su tren. Hostos protestó bravíamente contra aquella injusticia. No había razón ni derecho para arrestar a los dos *payeses* infelices. El gendarme sospechó que Hostos andaba en pasos revolucionarios. Tuvo que defenderse con serenidad y astucia para que no lo detuvieran también. Debía seguir a toda prisa, antes que fuera demasiado tarde. Pierrad le estaría esperando. Pero no podía abandonar a los pobres campesinos. No los conocía, no sabía quiénes eran ni le importaba su destino; mas él no podía sufrir una injusticia. Se fue a ver al Prefecto y logró que los dejaran libres. Pero entonces tuvo que enfrentarse con la grosería humana: los *payeses* sospecharon que aquel señor barbado, que hablaba francés y se entendía con el Prefecto, era espía; no cabía duda que era espía: estaba hablando con el Prefecto para aconsejarle que los encerrara.

—Algún día me sueltan —le dijo uno de los campesinos— y le juro a usted que le meteré un balazo en la cabeza.

—Animal —respondió con toda severidad—, estoy tratando de que no los encierren. Necesito de ustedes. Váyanse ahora mismo, sin perder tiempo; y busquen al general Pierrad, que debe estar en Junqueras o en Figueras. Le dirán que yo voy detrás y que deseo verlo.

De Perpignan a la frontera era difícil llegar. Un mundo de gendarmes vigilaba los pasos. El general Latorre fue preso antes de ganar la línea. Hostos esquivaba los sitios poblados; y, al cabo de dos días, pudo verse en tierra española. Una

explosión de alegría, que le ganó todo el ser y quemaba su sangre, le llenó de ánimo y de fuerza. ¡Ahora estaba ya a pique de alcanzar el triunfo tan trabajado! ¡Ahora!

Pero la alegría le duró poco. En Junqueras le enteraron de lo de Alcolea. Al frente de las tropas del Sur, Serrano había ganado la batalla única de la revuelta. La Reina cruzaba la frontera y se internaba en Francia. Toda España festejaba a gritos la fácil victoria.

En Gerona estaba Pierrad; se fue a verle, y con el veterano combatiente recibió las ovaciones que estallaban a su paso.

Mientras aplaudía el pueblo, Hostos, sereno, triste, hurgaba dentro de su corazón, y a los labios le subía lentamente la amarga pregunta: “¿Y ahora? ¿Qué haré ahora?”

10

Barcelona... La vieja y grave ciudad que le vio luchar meses antes le recibía en septiembre con frío recelo. Los amigos de otros días le saludaban de prisa; alguno se detenía a tratarle el tema del momento, acaso otro se le acercaba creyéndole en vísperas de una gran posición, a recomendarle que no lo olvidara. Hostos veía con gran amargura teñida de sorna el continuo agitar de los buscadores. Se llegó a casa de Matías. El amigo, enfermo, alimentaba esperanzas; Teresa, con su amable abandono, le sonreía desde el fondo de los ojos brillantes.

Hostos no era el mismo: los trabajos y las penurias de París, quizá el temor de que la revolución no iba a ser tal, sino un traspaso del poder; acaso la duda que se abría a su frente, la ignorancia del porvenir, le iban comiendo por dentro la fe de otros días. Se sentía cansado. Al final de la jornada, había que emprender otra: reclamar, pedir, hacerse valer; y él no servía para eso.

Fue a la Junta Revolucionaria. Estaba reunida y se negaron a recibirlo. Adujeron que por disciplina, por falta

de oportunidad. Pero Hostos no se dejaba engañar: era la disputa por las ventajas del poder, que se iniciaba; y todo el que se acercaba tenía rostro de enemigo.

Salió hacia Madrid. Allí supo lo de Lares: la revolución puertorriqueña, iniciada el 23 de septiembre, había muerto aplastada. El Gobierno Provisional español, presidido por el general Serrano, ordenaba medidas severas y creaba nuevos impuestos a la pobre isla explotada. Hostos creyó enloquecer.

¿Así cumplían sus promesas? ¿Así respondían a los compromisos que todos los jefes revolucionarios españoles habían hecho, de respetar la personalidad de las islas y hacer cuanto fuera posible por concederles Gobierno y Asamblea coloniales? ¿Y así se trataba a su patria, exigiéndole mayores sacrificios, precisamente cuando, acababa de ser asolada por un huracán devastador?

¿Si? ¿Era ese el resultado de la revolución, de su trabajo, de su fe, de su cooperación? ¡Pues iban a ver aquellos gobernantes que se las habían con hombres! Las islas no estaban indefensas; las islas tenían hijos para abogar por ellas.

Cargado de cólera, publicó en *La Soberanía Nacional* unos artículos que eran acusaciones vibrantes. El Ejecutivo español traicionaba en las Antillas el ideal de la revolución; cuando todos esperaban que la libertad ventilara aquellas tierras y barrera con las miasmas de que eran foco los palacios de los capitanes generales, llegaban órdenes de prisiones, de fusilamientos, de expulsiones; llegaban decretos exigiendo más dinero.

Los amigos de Hostos le miraban con curiosidad. ¿No se cansaría de protestar aquel demonio de puertorriqueño? ¿Por qué echarse encima al Gobierno, precisamente cuando podía él lograr lo que quisiera para sí? Por lo menos a una gobernación se había hecho acreedor. No podían tardar en dársela, puesto que otros menos conocidos y menos mercedores la tenían.

Pero Hostos no quería gobernación ni quería nada. Hablando con cada uno de los directores de la revolución, se convenció de que Puerto Rico y Cuba no podían esperar ventaja alguna. Aceptó las proposiciones de Moret y de Azcárate para fundar un periódico, *La Voz del Siglo*, y se dio a trabajar.

Sueltas las amarras que le impedían moverse en el juego político, el pueblo empezó a agruparse y comenzó a oírse la voz “república” en España; pero, a la vez, surgían los defensores del gobierno absoluto, y muchos sacerdotes de voz bronca se daban a predicar la necesidad y la conveniencia de que Don Carlos gobernara. Entre unos y otros, los desorientados y los que clamaban por una monarquía, hacían legión. Atento a la confusión, Hostos se preguntaba qué rara especie de pueblo era aquel, que no sabía qué hacer con la libertad.

Mientras tanto, allá estaban las Antillas, abandonadas a la voracidad de los negreros y de los militares. Algunos puertorriqueños llegaron a Madrid para reclamar mejores tratos a los colonos y la libertad de los esclavos. Nadie les hacía caso. En la Villa y Corte se hablaba de convocatoria a Constituyente; y entre los que iban a reclamar favores y los que se alistaban a ganarlos, todo era barullo y desorden. En octubre, se corrió la noticia de que había estallado una revolución en Cuba. Al principio, no se le dio importancia: debía ser un motín como el de Puerto Rico, como otros anteriores. Hostos y Azcárate empezaron a discutir sobre los fines del movimiento. Azcárate reclamaba de Serrano atención para Cuba, y empezaba por donde Hostos iba acabando: creyendo que la isla podía ser parte de España si se la trataba como a la metrópoli misma. Eugenio María no esperaba ya. Había perdido la fe, y con verdadera amargura, veía que ni Cuba ni Puerto Rico podían confiar en los gobiernos españoles.

Pasaban los días sin que de Ultramar fueran otras noticias que vagas alusiones a los alzados. Hostos iba al Ministerio de

las Colonias, preguntaba, investigaba. Algo le decía que aquel movimiento no se moriría en su cuna, como el puertorriqueño; y, a veces, en medio del trabajo se detenía a cavilar sobre la suerte de su ambición antillana, de su soñada federación.

A marcha precipitada, el Gobierno quería salir de la interinidad. España entera pedía normalidad, rey, lo que fuera; pero una situación estable. Se decretaron elecciones. En la confusión de su inexperiencia, el país se alistaba a elegir diputados a la Constituyente.

Hecha la convocatoria, de Puerto Rico pidieron a Eugenio María presentar su candidatura en la seguridad de ganar un puesto en la Asamblea Constituyente. Respondió diciendo que no lo aceptaría, y que la isla debía abstenerse de concurrir a aquel congreso. Nada haría su pueblo allí; nada. La voz que se levantara reclamando atención o libertad para las Antillas sería ahogada por un tumulto de escandalizados defensores de la “integridad nacional”. Sí, le vendría muy bien a cualquier ambicioso un acta de diputado; podían adquirirse muchas ventajas con ella, y no habría números para contar a los que aspirarían a obtenerla. Pero él era él, algo así como un ser irreal, arrancado a un mundo distinto, donde el interés no cuenta.

Lo pensaba mientras rechazaba la oportunidad que le ofrecían. Iban de mal en peor las cosas. El periódico no sólo había que hacerlo sin obtener ningún beneficio; sino que en ocasiones, había que poner dinero encima del trabajo. ¡Y duro el invierno en Madrid! Afuera, el frío dueño y señor de la ciudad; y adentro, la falta de fe, la sorda cólera de ver tantas esperanzas arrastradas.

Eran ya milagros los que hacía Hostos para vivir. Ni en París, donde la falta de recursos llegó a abatirlo, sufrió tantas necesidades. Y hasta bochornos, vergüenzas capaces de matar a un hombre. ¿Se endurecía su conciencia o se iba relajando

su moral? ¿Qué le sostenía? ¿La esperanza de hacerse de algún dinero pronto, mediante trabajo o porque se lo enviaran de Puerto Rico? No sabía; lo cierto era que nunca había creído que pudiera sobrevivir a sonrojos como los que soportaba. Lo demandó el sastre; el dueño de la habitación le perseguía sañudamente. Estaba arrinconado en la vida: en frente, los acreedores; a la espalda, las ventajas de una posición política. Podía pedir, aspirar a un cargo cualquiera: nadie ignoraba cuánto había hecho por esa revolución que gozaba del poder, nadie tenía fuerza moral para negarle lo que solicitara.

Ese diciembre de 1868 se presentaba hosco. Mordía el frío, y el sol ahogaba en una atmósfera gris. Eugenio debía hablar en el Ateneo, a ruegos de don José Moreno Nieto, el buen viejo que tanto afán ponía en cultivar a la juventud. Debía hablar sobre la forma de gobierno que mejor realiza el ideal del derecho. Se hallaba cansado, sin fe, abrumado por la situación que atravesaba; y apenas encontraba en el fondo de su conciencia otro estímulo para actuar que el de la palabra dada. Hablaría. En su estado, dos cosas podía haber: entregarse del todo a la revolución, o romper con ella. No eran momentos de medios tonos aquéllos.

Puesto a meditar, recorrió Hostos su vida en una mirada lenta y amarga. Pronto iba a cumplir treinta años. Casi desde su primer viaje a España, en 1851, empezó a sentir alrededor suyo un vago ambiente de dolor. Era muy niño entonces; pero recordaba no haber sido, desde que dejó su isla, otra cosa que una voluntad, al principio indecisa, perfilándose poco a poco, puesta al servicio de una aspiración de dicha para los demás. Días confusos aquéllos. Los saltaba en su examen, y se detenía en sus veinte años, ya en Madrid. Veía claramente aquel hogar tumultuoso en que empezó a amar. Su elegida era una flor delicada en medio de un paisaje duro de piedras. Ella, su madre, su hermana, ¡qué doloroso

recuerdo! De autoritario, enérgico, estudioso, jefe nato de sus camaradas, Hostos pasó a indolente, frío, abstraído. Observaba el armonioso desarrollo que iba cumpliendo el alma soberana de aquella niña, y no comprendía cómo no la envenenaba el ambiente. Aquel amor sordo y violento que desordenó su espíritu y forzó su estructura psicológica, era un recuerdo atormentador. Despierto ya a la conciencia de tal pasión, muchas otras veces se sintió a punto de caer en ella de nuevo. Vino el segundo gran acontecimiento, la muerte de doña Hilaria; su viaje, la concreción de su propósito. Al evocar su actitud de seis años antes, sentía vergüenza. Había sido un soñador. Verdad que sus sueños eran puros y encaminados hacia grandes fines; pero... soñar... ¿Es que no veía al cabo del tiempo que soñar era casi un crimen? Soñando estaba él mientras en Puerto Rico, sufrían todos, mientras su padre languidecía esperando que él se hiciera hombre de provecho, mientras en la propia España todo un pueblo clamaba por una acción. ¡Soñar! Éste era el resultado: hambre de carne y de espíritu; afuera el frío, afuera un país perdido en sí mismo; afuera el ir y venir apresurado de los acontecimientos; y adentro él, él, como un náufrago solitario en la inmensidad del océano. Su novela... ¿Qué había sido de su novela? ¿Hizo siquiera feliz a una sola persona, produjo una emoción, le sirvió para lo que la quería? Y después, la revolución, sus campañas, sus exilios, el hambre en París, la miseria en Madrid.

Meditaba. Oscurecía ya, y en su cuartucho desordenado iba la noche adueñándose de las cosas. Una cama descubierta, la mesilla con libros y papeles, el piso mugriento: he aquí su fin. Podría pedir: nadie se atrevería a negarle nada. Iba a hablar pronto en el Ateneo. En España empezaba a discutirse la posibilidad de establecer una república. Pero España... ¡Ah, de poder ir a Cuba! Hacía ya dos meses que combatían en

Cuba. Allí debía estar él, no en Madrid, consumido por la incertidumbre inútil, entregado a la miseria.

Decían que era soberbio; todos sus amigos lo afirmaban, y hasta su padre le echaba en cara tal defecto. ¿Lo era en realidad? No haber querido aceptar la representación de su isla en las Cortes, ¿era un acto de soberbia? ¿Y si pedía algo al Gobierno Provisional? ¿Seguirían acusándole de orgulloso?

La verdad es que se sentía sin ánimo, casi vencido. Era imperioso salir de aquel estado, hacer algo, buscar un medio de vida. La pluma no le daba ni para comprar tinta. ¡Ah, América; ir a América, abrirse camino por allá! Pero ¿cómo? ¿Pidiéndole a su padre dinero? No podía, no podía. Ya había hecho demasiado por él el buen viejo. En España tenía que hallar la manera de vivir.

Los días que siguieron, hasta la noche del 20, cuando debía hablar en el Ateneo, fueron oscuros y de indescriptible tormento. Los veía pasar, los veía renacer en la lumbre de un sol amortecido. Es duro el invierno en la miseria. En su isla nunca había nieve: ¡si parecían hechas para la felicidad aquellas tierras!

El día 20, sábado, subió los escalones del Ateneo. Había anochecido temprano. Como entregado a una somnolencia de fondo amargo, Hostos veía los rostros curiosos que esperaban su voz. Estaba en el gran momento. De ahí en adelante, todo era turbio en el porvenir. ¿Comería esa misma noche, al otro día, al siguiente? ¡Qué dolor el de la incertidumbre!

Alzó la cabeza. Su traje maltrecho, oscuro, se salvaba en la discreta penumbra del viejo edificio. Tenía la barba más cerrada y los ojos tristes.

Oyó su propia voz resonando con un timbre opaco. Ni un rumor fuera de ella. Las ideas le calentaban la cabeza y acudían a su lengua como un torrente tumultuoso.

—Señores: yo no necesito decirles lo que soy. Yo soy americano: yo tengo la honra de ser puertorriqueño, y tengo que ser federalista. Colono, producto del despotismo colonial...

Ganaban en firmeza los tonos de su voz. Veía las frentes inmóviles y notaba los resplandores rojos de algunas miradas.

Después, al recogerse en su cama, se le confundían las palabras de los que quisieron rebatirle; y pasaban por el fondo de su mente, los rostros agresivos de algunos, y el bondadoso de don José. ¿Le había dicho, al abrazarle, que lo habían perdido? Sí, algo de eso oyó. Pero también recordaba haber contestado que no, que lo habían ganado.

Ganado por la lucha sin cuartel, para la libertad, para el porvenir de sus islas.

Barría afuera el viento cortante. Lentamente, contento de sí mismo, se fue durmiendo.

11

Once de enero de 1869. A Eugenio le hace muy penosa impresión la fecha. Nació justamente treinta años antes, en los alrededores de Mayagüez, y aquel día que escogió el destino para sumarlo a la vida era tenebroso, cargado de augurios impresionantes. Lluvia y vientos sobre la costa doblaban los troncos de los arbustos y desramaban los árboles frondosos. Cuando la lumbre sorda de un sol cegado por las nubes clareó en lívidos reflejos el sitio de Río Cañas, ya estaba en el mundo Eugenio María de Hostos. Había nacido en plena noche, pasada la media. Era el quinto hijo de un matrimonio juvenil, perseguido por el infortunio. Sus padres tuvieron que refugiarse en aquella estancia rala, donde algunos troncos de café abastecían penosamente a la familia.

Muchas veces, en su niñez, oyó Eugenio decir a sus padres que él había nacido “para algo”. Una especie de presagio hacía

de ese quinto hijo el amuleto del matrimonio. Desagradable, en verdad, que después viniera aquel doloroso suceso que puso a su padre en el camino de la fortuna. ¿Por qué ocurriría así? Mayagüez entera ardió. Mezclado con los relatos de la tragedia, Eugenio parecía sentir el ardor de las llamas que consumían la población. No lo recordaba en verdad; era, sin duda, su imaginación... La imaginación le hizo daño siempre. La sentía en todo su ser, creando mundos antojadizos; y, en ocasiones, era certera y rápida para comprender las ignoradas razones de muchas cosas. Con esa imaginación podía rehacer su niñez, y poner en aquellos espacios olvidados lo que ella podía completar: el incendio, por ejemplo. No lo recordaba, ni le era posible; y, sin embargo, podía describirlo, y casi veía materialmente las llamas voraces alargándose y lamiendo en un ansia malsana las tablas restallantes de las casas. Ardió Mayagüez entero, y de ahí la mejoría de sus padres. Don Eugenio escribía solicitudes para nuevas construcciones, y como tenía buena letra y era querido, no le alcanzaban las manos para hacerlas. Le pagaban bien, es decir, lo mejor que podían. Penosamente, la población fue renaciendo, y el matrimonio Hostos-Bonilla se trasladó a ella. Después, encaminada ya, la suerte halló la puerta de la casa: el notario de Mayagüez necesitaba un escribiente y llamó a don Eugenio; a poco tiempo quiso retirarse y le ofreció la escribanía a su asistente. Consiguió éste quién le prestara el dinero necesario para la compra, se quedó con la notaría y empezó la fortuna a fluir suavemente. Levantó el matrimonio casa —la mejor de Mayagüez—, de dos plantas, espaciosa, soleada.

Eugenio María evocaba aquella casa de su infancia, tan llena del recuerdo de sus hermanos; de su madre, del negro Adolfo; de don Agustín, el vasco que le regalaba almendras confitadas; de su tío Adolfo, siempre elegante, atildado, gentil. ¡Aquella casa! Al cabo de treinta años de vida azarosa, de

tormentos íntimos, volvía los ojos al hogar lejano y sentía que la paz de aquel sitio le iba ganando poco a poco y que una tristeza irrefrenable ascendía desde su sangre hasta sus ojos. Madrid en enero era frío, gris; y Mayagüez estaría a tal hora iluminado por un sol frenético, jovial y ágil. En la playa cantaría el mar azul y transparente; batiría la brisa las pencas vidriadas de los cocoteros.

Estar allí sería una delicia. Todo era suave y grato en la tierra lejana, todo menos la esclavitud política. Pero, lo demás... ¡Con qué gracia felina miraban las mujeres! Sí, hasta el habla... Sí, el habla: se adormecía la prosodia en los labios amorosos de las hembras; y la voz nacía dulce, con acentos de inusitada ternura.

¿La voz? ¿Y ésas que le llamaban? ¿No era puertorriqueño ese decir? ¡Ah! ¡Ya! Oppenheimer y Alonso, que venían en su busca. Entraron en el destartalado cuartucho. Eran alegres y graves a un tiempo, como gentes que cumplen su deber.

—Hombre, Eugenio, si le estamos buscando desde esta mañana.

Él no respondió. Les miraba con ojos de honda tristeza. ¿Cuánto tiempo hacía que buscaba y no hallaba?

—Tenemos que ver a Serrano, ¿no lo recuerda?

Sí, lo recordaba: le habían confiado una comisión del Municipio de Ponce; pero, en verdad, no tenía fe ni esperaba nada de sus gestiones. Sabía ya que en España no se podía confiar. Iría por deber, y procuraría que ese fuese su último paso, el postrer estertor de un sueño, de una esperanza. Había que empezar de nuevo allá, en América. Eso: lo que dijo en su discurso del Ateneo, lo que ofreció allí: combatir con los suyos, aunque tuviera que ser con las armas.

Durante algunos días se olvidó de sí mismo; siempre le ocurría igual: el trabajo adormecía su sensibilidad. Discutió, escribió, aconsejó. El 19 debía verse con Serrano; es

decir, debía ir él solo; pero quiso que le acompañaran Oppenheimer y Alonso. El Presidente del Gobierno Provisional les recibió amablemente. Eugenio María presentó la exposición que había escrito, le habló del estado de opresión y de miseria del país.

—Sí, lo sé —le respondió Serrano—; pero todo ese mal va a aliviarse ahora. Con la aplicación de la próxima ley electoral, Puerto Rico ganará mucho.

A seguidas se puso a explicar el mecanismo de la ley; pero Hostos le interrumpió:

—El censo, tal como aparecerá en la ley, es prohibitivo —dijo—. No pasarán de escasos miles los que puedan pagar veinticinco pesos; y el número de diputados que se le fija a la isla es muy corto. Con la carestía del censo, miles de electores quedan impedidos de llevar su voluntad a las urnas; con el escaso número de diputados, muchos hombres notables perderán la oportunidad de representar a su país.

Se impresionó el Presidente con las declaraciones; quiso discutir las. Prometió al fin estudiar ese aspecto ignorado del problema. Pero Hostos no se conformó: pidió amnistía para los presos por los motines recientes, y suspensión de los decretos de expulsión. Contrario a lo que esperaba, admitió Serrano la bondad de la petición y ofreció atenderla.

Cuando salía del despacho presidencial, sorprendido por la facilidad con que se le concedía lo pedido, pensaba Hostos que la política colonial estaba guiada por la más crasa ignorancia. Ceder tan espontáneamente implicaba desconocimiento de la realidad. De haberla conocido antes, no hubiera hecho falta pedir enmiendas, porque se hubieran atendido con anticipación. Sus compañeros estaban sastifechos, casi orgullosos; pero él veía bien que tanta docilidad del Gobierno no conllevaba, en el fondo, sino descuido, incompetencias, ignorancia.

He ahí el mal. Vendrían y se irían todos los gobiernos españoles, sin que jamás se conociera cómo tratar a las islas. No cabía duda: aquello era otro mundo, y sólo a sus hijos tocaba gobernarlo.

Cuando, dos días después, fue Oppenheimer a pedirle que consiguiera otra entrevista con Serrano, respondió fríamente:

—Ni serrano ni ningún político español hará nada en favor de las Antillas. Somos nosotros, sus hijos, los llamados por amor y por deber a resolver sus problemas.

Oppenheimer no respondió palabra.

—Iré —terminó Hostos— para acabar estas gestiones; pero ésta será la última vez que hable con un extranjero sobre asuntos de mi patria.

Y fue. Visitaron a Serrano el 22 de aquel enero frío, soñoliento. Hablaron del censo electoral, de los sucesos de Lares, y el jefe del gobierno les comunicó la nueva de la amnistía para los condenados por la fracasada intentona.

—Sólo hemos excluido a los extranjeros —dijo sonriendo. Hostos se sintió materialmente herido.

—Puerto Rico no puede mirar con buenos ojos una amnistía que sacrifica a parte de sus defensores —arguyó.

A Serrano le dolió el tono; pero se esforzó en disimular.

—A los extranjeros que intervienen en nuestra política se les debe fusilar —afirmó.

Alonso, uno de los compañeros de Hostos, protestó vivamente. Habló de la tiranía a que estaba sometida la isla, de las inmoralidades en que se revolcaba el gobierno de allí. Dijo frases de encendido tono; pero sabía decirlas, utilizaba unas palabras comedidas... Hostos no podía. De hablar, hubiera ofendido. Cuando le tocó opinar sobre la Ley Electoral, vació todo su desdén, y al tiempo que, con la áspera actitud, hería con los ojos, con los ademanes altivos.

—Los políticos españoles, no contentos con atacarnos en nuestros derechos, en nuestras libertades, en nuestra actividad moral e intelectual, nos agujonean en nuestra dignidad —afirmó.

Todavía se esforzaba Serrano en no romper. Él había estado en las Antillas; él sabía cuánta razón asistía a sus interlocutores, cuánta explotación se expresaba por la boca de aquellos hombres. Además, allí estaba ese Hostos, que podía reclamarle, en la misma discusión, su derecho a hablar alto entre los poderosos de la revolución: él ayudó a hacerla; él escribió aquella carta inolvidable sobre la noche de San Daniel; él escribió los elevados y responsables artículos que prepararon el camino para la unión de liberales y de progresistas. Un hombre así sería un mal enemigo.

—Yo deseo sinceramente que vengan diputados liberales —dijo—; pero aquí se teme a la exaltación de los antillanos y se estima que tal vez sus ideas políticas estén más allá de las que abriga el Gobierno. Hay el precedente de las diputaciones americanas...

Apenas le dejó Hostos terminar. Exactamente igual argumento le había interrumpido en el Ateneo, un mes atrás.

—Es tiempo ya, señor Presidente, de llamar a las cosas por su nombre. Las diputaciones americanas nunca fueron responsables del mal que forjó y precipitó un sistema colonial inicuo. La diputación americana del año 10 fue modelo de cultura y de conciliación; los poderes coloniales fueron modelo de explotación y de oscurantismo. Búsquese en ellos la causa del estallido. Y le prevengo que ahora estamos cruzando una época parecida. El actual estado de las relaciones hispano-antillanas es tan crítico, que sólo la federación, bajo monarquía o república —que eso es secundario—, puede impedir la desmembración de España. El que viven las islas es un régimen de silencio, en el cual se amparan todos los horrores

morales de la tiranía. Nosotros, los antillanos, no somos exaltados; pero sabemos que nuestro problema ha llegado ya a los límites: ser o no ser.

Serrano se levantó de golpe. Estaba rojo y le fulgían los ojos. No podía contener su ímpetu.

—¡Nadie puede quejarse en nombre de la dignidad de las Antillas! ¡Eso es herir mi propia dignidad!

Serenamente, Hostos trató de hacerle ver que para nada contaba, en lo que había dicho, la persona del señor Presidente. Pero Serrano estaba fuera de sí. Habló duramente de los republicanos, de la propaganda subversiva que se hacía en las islas, de...

Hostos se puso en pie. Tranquilamente, sin descortesía, indicó su deseo de marcharse. Estaba sereno y amargado a un tiempo. Serrano, descompuesto todavía, trató de contenerse y no dejar ir a los puertorriqueños con una mala impresión. Pero no había ya remedio. De los que salían, uno, por lo menos —el barbado de ojos ligeramente azules, de frente espaciosa y nariz aérea enérgica—, se despedía para siempre del sueño de una España aliada y hermana mayor de las Antillas.

12

En febrero se abrieron las Cortes Constituyentes. ¡Ameno espectáculo! Observándolo se le pasaban a Hostos las horas más enojosas. Tenía a su vista la esencia del momento español. Un señor que gritaba, otro que no se movía, otro que cabeceaba un sueño, iban componiendo, insensiblemente, la síntesis de un pensamiento que englobaba a toda España. Sentía Hostos que, por días, se le iba formando una costumbre de juzgar que no desperdiciaba detalle. Un gesto, a lo mejor, le denunciaba toda la historia de una vida. Él sabía que no había detalle independiente; y por él empezaba una lenta obra de

reconstrucción o de edificación, cada vez más maciza, más ceñida, que le conducía lenta, pero seguramente a la verdad.

Allí gesticulantes o sobrios, estaban sus amigos, sus compañeros de ideales, de trabajo, de lucha. ¡Cómo hablaba ese demonio de Castelar! Moret, en cambio, era discreto. ¡Ah, iba a exponer algo Benot! Hostos sentía estimación por Benot, espíritu ecuánime, sincero, poco expresivo, pero leal a toda prueba. Él podía estar con ellos allá abajo, discutiendo sobre los problemas del país. Nada le hubiera costado; con una aprobación le habría bastado... Pero no valía la pena pensar en eso. Castelar, Moret... ¿Y aquél? ¿Aquél? ¡Ah, hombre!: Pi y Margall. Hostos tenía que verle. Hablaría con todos sus amigos de la flamante Constituyente. Quizá todavía pudiera conseguirse algo para las Antillas. No podía lanzarse de golpe a un mundo desconocido. En ocasiones, la idea de que tal vez su ideal político no fuera capaz de darles la felicidad a sus islas le enloquecía y no le dejaba dormir. ¿La revolución? Sí, la revolución había ganado terreno en espíritu; pero, todavía, en momentos de duda, se aferraba a su viejo sueño de libertad sin sangre.

¡Sangre! Todo era rojo sobre la tierra. ¿Por qué tenían los hombres que suprimirse para ser dichosos? La dicha sería una consecuencia del justo actuar; eso era lo que le faltaba al mundo: justicia. Debía valer la pena codificar una moral encaminada hacia la obtención de la justicia entre los hombres y entre los pueblos. El deber sería la ley inflexible, y la suprema se encerraría en esta máxima: "Hay que cumplir el deber de todos los deberes". Sí, y él tenía uno más importante que todos: liberar a su país.

Pi y Margall le oyó cierta tarde. Era amable, atento. Hostos percibía en el suave brillo de sus ojos la bondad que le fluía generosamente, sin estruendos. Y además, era honrado. Se lo dijo claramente:

—No puede ser, Hostos. España no está preparada para evoluciones de esa naturaleza.

En cambio, Castelar le ofrecía ayuda, y hasta tomaba notas para discursos. En cierta ocasión, Eugenio llegó a prepararle uno. Nunca, desde luego, dijo nada en público.

La idea de que libertar a Puerto Rico era un deber que no podía eludir fue tomando fuerza en su espíritu, surgiéndole cada vez con más frecuencia, hasta que él temió que fuera una obsesión. Paseando, lo pensaba; oyendo a sus amigos, lo pensaba; en el café, en las Cortes, mientras escribía, lo pensaba.

De tarde en tarde, enviaba algún artículo a *Las Antillas*, la revista que sus compatriotas Corchado y Coll tenían en Barcelona, o a alguno de los periódicos de Madrid. Escribía sobre política europea, sobre el teatro de Shakespeare, sobre economía, sobre arte. Lo hacía, en realidad, porque no podía dejar que las ideas se le pudrieran adentro.

La primavera había empezado a renovar todo el ambiente. El cielo madrileño se limpiaba y fulgía con un sol brillante; la brisa descendía de las montañas más amable. Hostos sentía que le hacía bien la primavera. Era raro, porque nada justificaba esas agradables sensaciones. La vida seguía siendo dura con él. Su padre le enviaba algún dinero, muy poco; pero esos reales escasos no podían dulcificar su áspero vivir. Además, sufría por su hermana, casada con un militar, a la que visitaba de tarde en tarde. Ella no lo decía, no lo manifestaba; pero Eugenio tenía sospechas de que no era feliz.

En España no cambiaban las cosas. Aparte de un ligero adormecimiento llevado por la oratoria de las Cortes, especie de fantasma de libertad, nada alentaba a aquel pueblo sufrido. De tarde en tarde se alzaba en armas un cura carlista, y eran frecuentes los desórdenes, aunque sin mayor importancia.

Hostos se cansaba de vida tan desesperante. Seguía tala-drándole todo el ser la idea de que su deber era liberar a

Puerto Rico; y le disgustaba, en las horas de soledad, oírse a sí mismo reprochar el escaso entusiasmo que despertaba ese deber en su interior. ¿Iba a caer otra vez en sus profundos hoyos de inutilidad? ¿Retornaría a vivir aquellos angustiosos días de descontento consigo mismo, en que parecía haber ensordecido su conciencia mientras su inteligencia se mantenía despierta y llamaba a las cosas por su nombre? ¿Por qué, si comprendía que tenía un deber por delante, lo acallaba? ¿Por qué? ¿Se puede vivir así? ¿Era ahí donde acababa él, un ser privilegiado por la naturaleza y por el destino? ¿Náufrago? Sí, era un náufrago de la vida.

La lucha se iniciaba sorda. Sentía cómo se iba irguiendo con inusitado vigor la adormecida conciencia. Tenía un deber y lo rehuía: era un cobarde, un hombre como todos, acaso un inconsciente, tal vez un inmoral. ¿Inmoral? ¿Inmoral él, a quien tanto había hecho padecer la injusticia? ¡No! ¡No! ¡Oh, qué horror! ¿Y si lo era? ¿Por qué no se lanzaba a cumplir ese deber?

Loco de dolor, concluyó un día por exclamar: “¡No puedo más! ¡Liberaré a Puerto Rico!”

Tras decirlo, una especie de ignorada tranquilidad aquietó su torturada conciencia. De inmediato, se sentó a escribir. Necesitaba comprometerse, para acabar de sentirse en paz; debía comunicarle a alguien que le mereciera respeto y admiración a un tiempo, su reciente decisión. ¿A quién? ¿Qué amigo podía darle fuerzas, alentarle y representar para él a la vez el depositario de una promesa sagrada? ¡Ah! Su padre; sólo su padre era su amigo. “He resuelto hacerlo, y quiero que se haga a la idea de verme arrostrar todas las eventualidades que tal paso significa. Debo ir a Nueva York para, desde allí o desde Cuba, intentar con las armas en la mano la independencia de la patria”. La carta, larga y firme, pedía la bendición paterna al nuevo propósito. Cuando la depositó en Correos se sintió aliviado. Empezó a pasear. Al retornar a su

habitación, oscurecido ya todo Madrid, le parecía a Hostos que estaba alegre.

Tardó la respuesta; llegó a fines de mayo, en los días ya cálidos. Bien, al padre le sabía bien lo que había decidido; sólo que temía por su hijo y sabía cuántos tormentos iba a costarle su nuevo empeño. Aferrado a una admirable dignidad, con valor que llenaba de respeto al hijo, don Eugenio de Hostos iba dejando en alguna palabra tierna su amor de padre, cercano al dolor de ver al hijo entrañable perdido para siempre, pero ganado por la alegría de su propia conciencia. El hijo respondió tranquilizándole; le exponía su falsa e intolerable posición en España, la probabilidad de un triunfo que los acercara para siempre, la tortura que padecía por la injusticia con que se trataba a Puerto Rico. Pretendía calmarlo; y le resultaba de una agria ternura ser él, el amparado siempre, quien consolara esa vez al recio anciano.

Entre los disgustos por los sufrimientos de su hermana, el mal pasar del Madrid veraniego, el escribir de tarde en tarde, el leer, pasaron junio y julio. En agosto recibió una carta de Nueva York. Le afirmaban en ella que hacia noviembre, sin duda alguna, saldría una expedición para su isla. Recibió la noticia fríamente. Se dijo sin entusiasmo: "Iré en ella", y empezó a buscar la manera de hacerlo. Ya no podría dejar pasar las oportunidades de satisfacer su ansia de lucha, ni podría tornar a las dudas lacerantes de meses anteriores. Además, don Eugenio preguntaba, desde Mayagüez, qué planeaba, y no sabía qué hacer con su rubor si le presentaba otros proyectos que los acordados.

Agosto, y en noviembre debía estar en Nueva York. Pero ¿Cómo salir de allí? Lola, su hermana, quería irse también a Puerto Rico. Era duro el caso de Lola. Ella se negaba a que el hermano interviniera en su vida privada. "Es mi deber soportarlo todo" —afirmaba—. Y él la admiraba. Quizá le

conviniere ir con Lola; pero no: a Puerto Rico no era posible acercarse si no con las armas en la mano. No había remedio. Salir, sí; salir, pero ¿cómo?

A fines de agosto recibió una corta remesa. No lo pensó más: En París había puertorriqueños que tendrían interés en ayudarle, puesto que él iba a enrolarse en la expedición libertadora; alguno le proporcionaría trabajo con qué obtener el pasaje. No quería más: lo que costara el viaje de París al Havre, y del Havre a Nueva York.

En una semana, liquidó sus asuntos en Madrid. Mientras el ferrocarril iba jadeando en rauda marcha, y los campos pardos parecían quemarse al sol de hierro, Hostos, adormecido dentro de sí mismo, se dejaba arrastrar hacia su destino.

No sentía dolor. En aquella tierra quedaba su juventud. ¿Qué tenía por delante? ¿La muerte, la oscuridad, el triunfo de sus sueños? Tal vez nada. Doblar de pronto la hoja de un libro como la vida es arriesgado a veces; quizá sea ésa la última.

Lo que de cierto sabía era que dejaba a España para siempre.

13

Un año antes, justamente por esos días, estaba allí, en aquel París absorbente e inolvidable. Pasaba hambre, sufría humillaciones por falta de dinero. Y volvía. Salió hacia una revolución: tornaba al mismo sitio para salir hacia otra. Raro; pero el destino se goza en extrañas coincidencias.

¿Y si la revolución de Puerto Rico acababa como la española? De súbito, Hostos se llenó de un vago miedo que lo hacía indeciso. Podría ser; todo era posible. Pero entonces... Porque para tan triste fin, era criminal desatar sobre su tierra la tragedia de una revolución.

Sin embargo, ¿es acaso la vida otra cosa que dolor, lucha? Triste, mas cierto: ni el hombre ni los pueblos pueden evadir

la lucha. Será menos sangrienta, más dura... La lucha es ley de existencia. ¡Ah! Entonces, actuar, hacer, es señal de vida. ¿La duda otra vez? ¡Siempre el problema de tener que vencer su pereza! ¿Qué había ido a hacer en París, si no buscar el medio de llegar a Nueva York? ¿No había resuelto en Madrid irse a la revolución? Bien, bien; pero ¿cómo, sin dinero? En la miseria, era igual que un paralítico; y con todo, echó a andar. Anduvo sin poder hacerlo, sabiendo la trascendencia del paso que daba. ¿Inconsciente también?

Tal vez la soledad le sugería esos pensamientos torturadores; sí, la soledad. En Madrid no la sentía tanto, porque toda la ciudad le era familiar, y los transeúntes hablaban su idioma y cada cosa le decía su callada palabra. Una compañía, difusa, ilocalizable, es cierto; pero compañía al fin. París era distinto; París tenía un don de embrujamiento, y sumía al extranjero en cierta penumbra de sensaciones, donde se confundían la alegría y el dolor y donde la idea, instigada por el ambiente, presentaba formas insospechadas y matices indescriptibles. La llamaban el cerebro del mundo, pero era también su corazón.

Había que huir de esa soledad. Los jóvenes puertorriqueños no le visitaban, y de los conocidos, sólo Blanco, el buen Blanco, estuvo a verle. Empezó a salir. Fue a relacionarse con los cubanos; y, por las mañanas, paseaba por el Jardín de las Plantas, el escenario de sus angustias del 68. Después vigilaba el cielo, como doce meses antes. Allí se anunciaba una nube parda; acaso lloviera, quizá fuera miedo. No, no llovería. Se iba a vagar por el París agitado del centro, por los bulevares, por Montmartre; caminaba lentamente, al son del pausado golpear del agua, por las orillas del Sena. El espectáculo del amor le hacía sufrir. ¿Por qué el obrero, el estudiante, el bohemio podían pasearse del brazo de una bella mujer; y él, acosado por sus sueños de patria, divagaba siempre solo? Le dolía su

austeridad. Cierto que no sabía vivir: se erizaba contra toda distracción amable, y le parecían crímenes, vicios ligeros, que no pasaban de gratas satisfacciones. Los otros eran felices, porque satisfacían sus necesidades; la suya era trabajar, ser útil, forjar una patria. ¿Qué mal pagaba que no podía ser feliz realizando sus sueños?

Y después, la verdad, que puede salirle a quien menos la espera. Por ejemplo, el caso suyo: Acosta fue a verle, y le habló de su deber familiar. Estaba en la obligación de hacer algo por su padre y por su hermana soltera, sobre todo cuando estaba a punto de embarcarse en una ventura que podía significar la muerte.

Acosta tenía razón. Por su gusto se alejó de los suyos, y olvidó que tenía deberes filiales. Recordaba a Lola, acaso atormentada a esa hora en Madrid, sufriendo a un marido que la maltrataba moralmente. ¡Oh, incertidumbre horrible! ¡Salir, salir de ella! ¡Lanzarse a la revolución, a lo peor, a lo más doloroso! Sólo eso podía apaciguar su alma. Y lo haría; claro que lo haría. ¿Dinero? *Le Gaulois* y *Le Figaro* habían abierto concursos: el primero, sobre una impresión del momento francés; el otro, sobre un tema filosófico. ¡A trabajar! Uno solo de los dos premios bastaría para solucionar gran parte de sus problemas. ¡Y el bien que le hacía trabajar! No era sólo la esperanza del beneficio, sino la satisfacción de ir vaciando sus ideas, de saber que hacía algo, de que no padecería el lento y angustioso desfile de las horas.

Poseído de timidez, como en ocasiones anteriores, esperó a que nadie le viera para echar en el buzón del *Gaulois su Plebiscite Inaperçu*, y se fue a pasear las calles bajo el resplandor generoso de una luna limpia.

Esperó. Nervioso, apenas podía trabajar en el artículo para *Le Figaro*. Salía a ver a los puertorriqueños, y temía la llegada del domingo, cuando debían conocerse los resultados del

concurso *Gaulois*. Nada. Lo aplanó el fracaso. ¿Y después? ¿Qué hacer después? Desespero y angustia: eso le aguardaba. Hurgar en su pasado, tratar de ver hacia el porvenir. Miseria, miseria. Matingo, el antiguo dependiente de su padre, que había llegado a París con su hija, tenía dinero mientras él se debatía en la miseria. ¿Y para qué deseaba Matingo dinero? ¿Para divertirse, descansar, holgar? Él, en cambio, lo necesitaba para trabajar en provecho de los demás, y no lo tenía. ¡Qué tupida trama de injusticia la del mundo!

Llovía en París. La lluvia le reblandecía el alma y le cavaba en el pecho hasta dejar al descubierto su oculta armazón de niño triste. Allá, en Puerto Rico, ¡qué amable era ver el agua descender rauda desde los cielos, mientras doña Hilaria cosía a su lado! Acaso estaba condenado a vivir toda su vida de esos pequeños recuerdos amables, mientras el presente y el porvenir discurrían en una eterna penumbra dolorosa. Acaso; porque, ¿quién le aseguraba que, saliendo de París, ya en Nueva York, no tendría que recomenzar? Pero no; sería demasiado. Además, aquel era otro mundo. Puesto ya en camino, todas las vacilaciones, todas las dudas acabarían. Era la inseguridad lo que le hacía sufrir, la sospecha de que nada que hiciera sería fecundo.

¿Pediría trabajo, escribiría para el nuevo concurso del *Gaulois*? Lo último, mejor. Tendría que copiar lo hecho, porque su letra era poco clara, como su espíritu. Trabajar y divagar. Tal vez ir a alguna conferencia. Le atraían esas reuniones típicas de París, en las que alguien no muy distinto del público hablaba de cosas a veces instructivas, casi siempre ingeniosas, amables. Escribió *La fête* para el concurso; y, después, fue a ver a Acosta.

—Necesito irme —dijo—. Búsqieme trabajo con qué atender al viaje.

Acosta le eludió: no tenía trabajo, pero no debía irse sin verle.

—Este viaje, amigo mío, es trascendental para mí y para Puerto Rico. Esfuércese en ayudarme. Usted, Blanco, Audinot, pueden conseguirme con la sociedad que ustedes frecuentan, de jóvenes latinos, algún dinero por una conferencia. Ayúdenme.

—Matingo es la solución —indicó Acosta.

—No —atajó Hostos—. Eso, sólo en último caso.

Y, resuelto, sin saber por qué, seguro de que no tardaría en hallar puerta que le dejara salir de su situación, invitó a Acosta y a Blanco a comer con él. Quizá el concurso... Ignoraba de dónde le venía el optimismo que le embargaba. Se iría; sin duda alguna: se iría.

Animado, chispeante, estuvo durante toda la comida exponiéndoles a sus amigos el programa político que se venía trazando desde los veintitrés años. Era realmente extraordinario que se sintiese tan alegre tan confiado. Acosta y Blanco llegaron momentos después de haber puesto al correo el trabajo del concurso. ¿Vendría por allí la fortuna?

Pero no vino. *La fête* fracasó, como el *Plebiscite Inaperçu*, como tantos otros esfuerzos. Estaba asombrándose de la persistencia del destino en maltratarle, cuando le llegó una nueva increíble, casi fantástica: *El Correo de Ultramar* compraba su *Peregrinación de Bayoán*. Cierto que pedían plazo para el pago; pero, ¡al fin, al fin! ¡Al fin!

Hostos se ahogaba de gratitud. ¿A qué? A todo: a los amigos de remotos días que alguna vez le ayudaron; a las circunstancias; a la misma miseria, que le había probado su entereza. ¡Alegría! Se iría ya, se iría sin falta. No importaba que pidieran plazos: él podía negociar.

Al fin, le llegó el dinero: trescientos francos; acaso reuniera ciento cincuenta en la conferencia a los jóvenes latinos, y serían cuatrocientos cincuenta. Gastaría cerca de doscientos en pagar deudas, en arreglar su viejo sobretodo, en el viaje al

Havre; y llegaría a Nueva York sin dinero, pero ya estaría en América. Acosta, Audinot, Blanco, todos le ofrecieron algo más. No quiso aceptar. Le enternecían esas demostraciones de afecto, eso sí, y las agradecía. Se sentía otro; tornaba el optimismo, pero ya no desenfrenado y ciego, como en otros días, sino mesurado, comedido.

Arreglos, prisas, despedidas. Estuvo en cada rincón parisiense que le recordaba horas felices u horas tristes; de los árboles y de las plazuelas, de las calles y de las bibliotecas, de todo se fue despidiendo con una tierna melancolía teñida de dolor. Audinot fue a verle; y, cuando salió, Hostos encontró cincuenta francos. Se detuvo un instante, con los ojos perdidos en remotas distancias, casi humedecidos de gratitud; y, creía ver, entre las brumas del atardecer, la silueta confusa del amigo, tan delicado, tan gentil. Después fue Blanco y le llevó ciento cincuenta francos; le dijo, además, que iría con él al Harvre, lo cual casi enterneció a Eugenio; y le habló con encomios de la tercera de a bordo, que no era tan mala como se la habían supuesto.

Las dos últimas tardes libres las dedicó a frecuentar lugares públicos: una asamblea en Belleville, con discusiones que a poco terminan con sangre, y el Jardín. Pasando la mano enamorada por un tronco rugoso, recordaba la noche que su portero, en ese París, le pidió que dejara dormir con él a una joven. Era una mujer, y le zumbó la sangre en los oídos y en los ojos. Iban a estar toda la noche juntos; pero él se inclinó, cuando le mostró la cama, y se despidió con un saludo gentil. El árbol, en cambio, un castaño de Indias, recibía sus caricias; y todos aquellos troncos, al parecer insensibles, tenían vida en su corazón y le decían adiós con doloroso acento.

Se iba. Hasta ese instante, las dudas, las vacilaciones, la tortura. Había sido flor abierta en el aire brillante de las Antillas. Durante veinte años vibró a la brisa, y perfumó;

después empezó el sol agostador a marchitar lentamente los pétalos, y la flor se fue desprendiendo por sí sola, un poco hoy, otro más tarde. La juvenil semilla recibía del infatigable tronco desconocido, del viento y de la luz, las fuerzas que iban formando su vida interior. A veces tal fuerza era mayor, o tal vez menor. Así, día tras día, día tras día.

Ahora ya estaba madura. No tornarían esos tiempos de confusión. Había llegado la hora de la siembra; y, por sí misma, segura, alegre, la semilla iba a sembrarse en el surco americano.

SEGUNDA PARTE
EL SURCO Y LA SIEMBRA

1

Va finando el año. Dentro de poco, el 1870 traerá su carga de ignorados acontecimientos. Al calor de los días, madurándose con su paso incesante, la vida de los hombres y de los pueblos se forja en oscuras entrañas. ¿Le tocará al nuevo año ver el fin de España en América? ¿Traerá acaso la temida anexión de Cuba a la Unión Americana?

Hostos medita. Bravo es el frío afuera, y esta habitación al patio apenas abriga. Cuba, Puerto Rico... Es triste que la emigración se haya ido rindiendo a las intrigas, a las pequeñeces provocadas por unos y por otros, mientras en el campo de batalla los combatientes luchan con sordo heroísmo por no dejar a medias la gran obra. Sí, también allá es difícil el empeño, quizá más que aquí. Un verdadero político, manejador de hombres, evitaría el mal porque sabría utilizarlos a todos sin ceder a las menudas imposiciones. Pero no lo hay en la emigración. He ahí, por ejemplo, el caso suyo y el de Basora: les han sacrificado por complacer intereses puramente personales. A él le han puesto un director en el periódico; y, si es cierto que Enrique Piñeiro trata de llevarse bien con su redactor, no lo es menos que ha querido, en diversas ocasiones, evitar su campaña independentista e inclinarle a que escriba artículos anexionistas. ¡Qué torpeza! ¿Artículos anexionistas él, tan enamorado, tan convencido del porvenir que espera a

las Antillas libres y federadas? Para adelantarse a esas pretensiones, va a tener que iniciar una hábil labor de propaganda antianexionista. No basta mantener la idea de la independencia contra viento y marea; hay que combatir lo otro también. ¡Ah! Y esforzarse por unir a los puertorriqueños. Están distanciados, y parecen desalentados por el vacío que se hace en su torno. ¿Le tocará a él ser el eje alrededor del cual han de hacerse un todo compacto los enemigos de España en Puerto Rico y los que divagan por los centros de emigrados?

En los días de la llegada, sus compatriotas le recibieron con tanta frialdad que alcanzaron a herirle. Betances y Basora confesaron después que habían desconfiado. Los cubanos, en cambio, le trajeron con afecto, con calor; y uno de ellos llegó a proponerle la fundación de un periódico.

Hace menos de dos meses de eso; y, sin embargo, parecen lejanos aquellos días, tan lejanos que se hace trabajoso evocarlos. Los cubanos andaban entonces en diligencias para formar un club; y, entre los directores consagrados de la revolución en Puerto Rico —Betances y Basora— y los puertorriqueños jóvenes, se notaba una división que acentuaba la falta de acción. Alrededor de Hostos, quisieron agruparse los jóvenes. Él se sentía con fuerzas para dirigirlos, con destreza para mantenerlos unidos, con capacidad para llevarlos a la acción; pero Betances y Basora, necesarios en todo movimiento que se dirigiera a la isla, se mostraron más fríos, más reservados cuanto más alentaban los mozos a Eugenio. Un día, atormentado de tanto buscar el camino que condujera a la realidad de sus sueños, Hostos propuso a Betances marchar todos a Puerto Rico. Su plan era simple, pero audaz. Si Betances era una fuerza, si tenía arraigo real y no aparente, el Gobierno colonial no se atrevería a prenderle, por miedo a provocar una rebelión; y, libre, podría preparar el movimiento. Si lo hacían preso, el pueblo se alzaría contra la tiranía. Cualquier camino

llevaba al fin perseguido. Lo dijo ingenuamente. Betances lo miró con fijeza, mientras se acariciaba la barba.

—¿Por qué no va usted? —preguntó de pronto.

Hostos no entendió, de momento.

—¿Yo? Pues porque no tengo tanto prestigio allí como para revolucionar el país si me hacen preso.

Betances, de voz viril y ademanes serenos, pareció meditar.

—Sí —dijo al rato—; sí: alguien debe ir a conspirar allí. Creo que su puesto está allá.

—No —explicó Eugenio—; yo no puedo ser un conspirador. Me faltan las condiciones y me sobra un deber.

—¿Deber?

—Eso. Yo tengo el de atacar a España en voz alta. Lo hice en la propia Península; y, en Puerto Rico no podría callarme.

Basora intervino:

—Piénselo, Hostos.

—No puedo hacerlo —respondió.

Con expresión de desconfianza le miraron sus interlocutores. ¿Pensarían que le asustaba la idea de ir a Puerto Rico?

—He resuelto salir hacia Cuba en la expedición del *Upton* —explicó.

Betances le interrumpió:

—¡Imposible! Un hombre más no haría cosa de provecho en Cuba; en cambio usted sería de incalculable utilidad en Puerto Rico.

No respondió palabra. Aquellos hombres, verdaderos clavos del dolor de su patria, sufridos, martirizados, le exigían ahora un sacrificio que sólo a su conciencia le tocaba aceptar. Una tristeza que destilaba cansancio y escepticismo iba ganando su corazón. Tenía la gris mirada perdida y apacible el rostro. Sabía que no sacaría provecho de su presencia en la isla: él no era conspirador, no podía trabajar en la sombra, ni manejar ocultamente los hombres. Que le dieran a resolver

un grave problema social, económico, jurídico, político; y sabría cómo salir airoso. Pero, de ahí a realizar en detalle y en pequeño el hecho limitado de la conjuración, había larga distancia. Podía fundar un gran partido, conducir a un pueblo, infundir vértebra ideológica a un movimiento confuso; pero nunca sabría mandar recados para citas nocturnas, ni hablar al oído la promesa halagüeña ni conquistar los hombres uno a uno.

—Creo que no daría pie con bola —dudó—; pero denme tiempo para estudiar el caso.

Sí que lo estudió. Le quitaba el sueño aquella exigencia. Mientras tanto, la emigración cubana hacía esfuerzos por organizarse en un club político, y algunos le propusieron fundar un periódico. Acogió con calor la idea. Pero rápidamente, alentado por los propios hombres en armas, el anexionismo ganaba terreno entre los emigrados. Se decía que los combatientes pedían, por boca del propio Céspedes, la anexión; y que la representación diplomática de la revolución en Nueva York estaba encargada de lograr esos propósitos. Hostos vio claramente que si Cuba caía en manos norteamericanas, Santo Domingo —cuyo Gobierno había pedido también la anexión—, y Puerto Rico, pasarían a ser partes de los Estados Unidos. Queriéndoles ganar la batalla a los acontecimientos, trató de formar un club de emigrados puertorriqueños. Con los dominicanos que había en el exilio y con los cubanos que aspiraran a la independencia absoluta, iba a librar la lucha. Las Antillas debían y tenían que ser libres, absolutamente libres, para estar en capacidad de federarse y cumplir el papel que en el intercambio mundial del comercio, de las ideas, de la civilización, en fin, estaban llamadas a cumplir. Ya tenía la proposición del periódico, que será el órgano de expresión de sus ideas; y, desde él, iría difundiendo su programa antillano, todo aquel gran mundo de sentimientos y de pensamientos

que reservaba a las Antillas la Historia y que bullía en su cabeza. Dentro de poco, estaría el ante los ojos ávidos de todos los parciales de su sueño aquella hoja escrita donde iría vaciando el caudal de sus ideas, que se aclaraban cada vez más.

Pero un día los cubanos que le habían propuesto fundar el periódico se dejaron ganar por el anexionismo; y Hostos vio su sueño en tierra.

No importaba: se iría a Cuba. Allí convencería a los primates de la revolución de que Cuba sí podía ser independiente. Estaba seguro de lograrlo. Nadie como él veía con tanta propiedad el brillante porvenir a que estaban llamadas las islas.

Entre tanto, trabajaba en su propósito de unir en un club a los puertorriqueños. Betances y Basora se negaron a formarlos.

—No bregue, Hostos. Irse, eso es lo que usted debe hacer: ir a la isla.

No quería aceptarlo. Fracasaría. Dos, tres años antes se creía capaz de hacerlo todo, de alcanzar buen éxito en cualquier empresa. Ahora no; ahora tenía el conocimiento de las propias fuerzas.

En esos días fueron a pedirle que formara parte de la redacción de *La Revolución*, el periódico de la representación cubana. Ponce de León, el redactor hasta entonces, se retiraba. Hostos pensó que acaso pudiera hacer allí una disimulada campaña contra los anexionistas; sería un golpe maestro utilizar el órgano de sus contrincantes para difundir su doctrina. Aceptó. Trabajaba con exceso, es cierto; pero le agradaba tal intensidad en la empresa, y sólo la idea de que cobraba doce pesos semanales le amargaba el entusiasmo de la lucha. Esos doce pesos, ¿no les harían falta a los combatientes? ¿No sería indigno restar a los héroes del campo de batalla tal suma?

En días, cambió el aspecto del periódico. Se hizo más ameno, más variado, más presentable; y la propaganda se tornó sólida y ágil. Tomaba ya vuelo cuando la representación

cubana notó la hábil campaña independentista y decidió atajarla nombrando director a Piñeiro. Adujeron que había que unificar a la emigración, dividida por rencillas y por pasiones menudas. A Hostos no le pareció mal; Piñeiro era querido, diplomático, fino; podía muy bien alcanzar lo propuesto; pero él tenía que definir su posición: seguiría haciendo campaña independentista.

Piñeiro aceptó. No podía ser de otra manera: Hostos había dado impulso al periódico; le necesitaban.

Eugenio, sin embargo, no se hallaba contento. Mientras escribía le asaltaba la idea de que su obra era infecunda, que lo digno y lo viril era luchar en Cuba. Le alcanzaban los disgustillos de los emigrados; y algunos sentían celo de la preponderancia que iba él ganando. ¡Ah, los hombres, tan incomprensibles, tan estrechos! De tarde, disgustado, se acercaba a los muelles y dejaba vagar la gris mirada por la confusa lejanía del mar. Tras él estaba Cuba, ¡Cuba! Allí los grandes, los héroes, los hombres que se enfrentaban a la muerte por hacer una patria. Aquellos serían distintos, porque no puede vivir lleno de pequeñeces el hombre que ha de morir de momento, acaso un minuto después.

—Mejor estaría allá —se decía en voz baja, mientras los ojos se esforzaban en ganar más distancia por entre la bruma de invierno que iba confundiendo poco a poco mar y cielo.

Hoy no ha ido a pasear. Piñeiro ha tratado esta tarde, muy superficialmente, el problema de la propaganda antianexionista. Torpeza, triste torpeza. De insistir, abandonará el periódico y se irá a cuba.

Con los puertorriqueños apenas hay que contar; y los cubanos... ¿No han sacrificado a Basora, poniendo en su lugar a un desconocido sin arraigo? Habrá que tratar de dar a la revolución puertorriqueña un impulso violento.

Mal día. Brama el viento en el patio; y, en esta habitación de Blecker Street, no hay con qué templar el frío. No puede buscar una mejor: gana poco, y en Nueva York son caras las viviendas. Afuera deben las calles mostrar sus lomos blancos, y la gente andará con prisa, preparando la despedida del año. ¿Ha sido malo, bueno? ¿Quién podría decirlo? Él ha sufrido hambre y angustias en este 1869; pero ahora está en América, trabajando por su ideal. ¿Hace frío? ¿Es turbio y de mala faz el día?

Hostos se levanta, toma pluma y papel y se sienta frente a su "diario". Desde las habitaciones vecinas le llegan voces alegres. Recuerda vagamente las palabras de Basora, dichas ayer: "Nunca entiendo lo que usted escribe, Hostos".

Y se pone a escribir, disgustado.

2

¡Primavera otra vez! Y es penoso que todavía no se haya hecho nada. Ya se está tornando demasiado dura la lucha con los hombres de la Junta. En líneas generales, he aquí los acontecimientos más memorables de estos meses vertiginosos: la carta, a principios de enero, a los dirigentes de la Junta, tratando de aclarar su posición en el periódico; la lucha en la fundación del club de los cubanos; el viaje de Betances, que salió para Haití en febrero; la iniciación de la propaganda directa sobre los puertorriqueños; el manifiesto, a sus paisanos; el mitin del 23 de febrero, en que tuvo que combatir a Zenea; la conferencia sobre Plácido... Pero de esa noche guarda un amargo recuerdo.

En el orden íntimo, acaso Memé, la vecina. ¿Memé? Cuando estuvo quebrantado, allá por enero, un haitiano emigrado le puso en aviso; le dijo claramente que Memé cantaba porque estaba enamorada. Después, un día, llegó a besarle en la mejilla. Tuvo que mudarse; y le convino: más espaciosa, más

cómoda, mejor amueblada, su vida de Nineth Street le agradaba. No podía decir lo mismo de la comida; pero allá se iba una cosa por la otra.

Visto que los cubanos iban directamente hacia la política anexionista, a él no le quedaban sino dos caminos: realizar la revolución en Puerto Rico, y dar la batalla por el predominio de su ideal de libertad absoluta. El viaje de Betances había dejado a sus compatriotas sin líder. Pero ocurría también que él no se consideraba con suficiente prestigio en la isla para dirigir un movimiento. De ahí sus artículos sobre la política puertorriqueña en España; los dos manifiestos, el de febrero y el de marzo. En el de febrero tuvo que hacer valer sus títulos, y hablarles con claridad a quienes le desconocían ¿Estuvo bien hacer su historia tan crudamente? Por ejemplo, cuando comentó, en un suelto del periódico que apareció sin firmar, los incidentes del mitin en que hablaron Zenea, Ruz, Piñeiro y él, una amiga halló muy justos los términos; pero al enterarse, por boca del mismo Eugenio, que él había escrito el suelto, dijo que era señal de vanidad elogiarse a sí mismo. Evidentemente, le desagradó. Mas, sin embargo, le disgustó a Hostos esa actitud. ¿Por qué había uno de callarse lo que le parecía verdad? ¿Por qué es malo juzgarse?

El último manifiesto a su país fue el del 10 de marzo, y era el producto de muchos días de tortura y de sorda lucha contra los veteranos de la emigración. Pero no dio el resultado esperado. En verdad, los puertorriqueños no querían ser libres. A causa de su pasividad, el noble sueño de la Federación Antillana se iba a fondo, mientras los cubanos anexionistas trataban de acabar de hundir del todo la ideal embarcación.

Los cubanos, desde luego, luchaban. Él veía con verdadera complacencia a aquellas distinguidas damas del exilio, siempre afanosas, siempre empeñadas en dar su ayuda a la revolución. La mujer de Zenea le pidió que hablara en la serie de

conferencias que organizaban las damas. Eligió el lunes 21 de marzo para hablar de Plácido. Fue un día de crisis, y recordarlo le hace daño. Ya desde España, quizás desde antes, desde aquella hosca mañana de su niñez en que la maestra le castigó injustamente, empezaba a manifestarse el profundo desequilibrio en que caía cada vez que vacilaba entre su deseo y su acción. Estar en el periódico cuando debía haberlo dejado; verse en Nueva York cuando quería y debía hallarse en Puerto Rico o en Cuba; tener que combatir a los anexionistas con medias palabras, cuando deseaba hacerlo a toda luz: no era una sola la causa de su desorientación. Estalló aquella noche de la conferencia. Fue un mal rato. Empezó a hablar de Plácido, el poeta pardo fusilado en Matanzas veintiséis años antes; y, cuando todos esperaban que sus palabras iban a ceñirse a la obra poética del mártir, le oyeron presentar al joven cantor como encarnación viva de la Cuba de su tiempo.

Poco a poco, el timbre de la voz subía y las palabras cobraban un tono de amarga ira, que disgustaba al propio orador. Allí estaba Piñeiro, poeta, político, y el rival que le había opuesto la Junta. Hostos veía a la multitud inquieta, y se disgustaba más consigo mismo. Al fin abandonó sus apuntes, y empezó abiertamente a tratar el problema político y social de Cuba, sin importarle Plácido sino en cuanto era expresión de aquel estado.

Al terminar, los aplausos atronaban, y él los rechazó. Fueron a saludarle amigos y amigas, emocionados por el sincero acento de sus palabras; pero Hostos estaba profundamente amargado, y se negó a aceptar los saludos. Las amistades se mostraron sorprendidas: ¿a qué tal actitud? Y él se hundía cada vez más en su extraño disgusto. No podía salir de él, y hasta el pensamiento le hería.

Al otro día escribió una carta que enviaba a su nombre y que publicaría el periódico; la firmaba Irón, y trataba de

explicar aquel insólito estado de espíritu de Hostos. Piñeiro protestó de la manera de ver al poeta que tuvo el orador. Pero Piñeiro también era poeta.

Por esos días, se sintió al borde de un quebranto nervioso. Había perdido el deseo de luchar; no tenía estímulo para el estudio ni para el trabajo; y, en ocasiones, como una de las últimas noches de marzo, en que habló en el Club del porvenir de las Antillas y su revolución, explotaba su nerviosismo y no podía decir lo que pensaba, sino lo que sentía.

Ahora, con la llegada de la primavera, se halla mejor. Una especie de resurrección canta en lo profundo de sus venas, y el optimismo vuelve a ganar las entrañas. Pero ¿quién arregla lo mal hecho? Si tuviera trabajo, nunca se sentiría mejor. Aquel malestar que se presentaba informe y entre sombras, como nube de temporales, hizo el daño que tenía que hacer, y le causó disgustos innecesarios, y le llevó a torpezas de las que más tarde iba a tener que arrepentirse: suspicacias, escepticismo, falta de fe en los hombres y sobra de malicia sobre las actitudes de algunos.

A principios de abril dejó el periódico. Piñeiro le fue llevando poco a poco a un callejón sin salida; desde sus columnas defendía Hostos gallardamente el principio de la libertad absoluta, y combatía en el Club toda actividad anexionista. Los disgustos minúsculos con Piñeiro se sucedían, y el segundo día de abril no fue Hostos a la redacción. El cuatro escribió su carta de renuncia. Piñeiro le contestó con alguna reticencia, con cierta malicia hiriente; y publicó la respuesta a seguidas de su carta. Eugenio comprendió con dolor que había errado el golpe. ¿Por qué hizo precisamente lo que sus contrincantes deseaban? ¿Había algún beneficio para la revolución, para sus ideas, en el inútil sacrificio que implicaba la renuncia? ¿Comprendió alguien lo que podría significar en el porvenir de la lucha ese apartamiento? Nadie. Acaso algunos mozos, sin fuerzas en la opinión.

El golpe ocasionado por su inseguro estado le hizo daño. Quiso abreviar los pasos del destino; irse a Cuba, luchar, hacerse hombre de armas; embarcar hacia Puerto Rico. Era otra vez la duda, la terrible duda que le atormentó en España.

Morales Lemus trató de aplacarlo: ordenó que se formara una Junta, seguramente con el propósito de darle en ella lugar preferente a Hostos. Después vino lo de Quesada, la agitación en que cayeron todos con la llegada del coronel Manuel Quesada, enviado por el Gobierno de Cuba libre. Se decía que iba a atacar a la Junta, que iba a acusar a los dirigentes de la emigración. El día 11 de abril, convocó Quesada a los exiliados en el Irving Hall. Habló el Coronel con energía y con mesura. No estaban allí los grandes de la Junta. El público pidió que hablara Hostos; y lo hizo, también con cuidado, con freno. Pero después invitó Quesada a todos los presentes que contribuyeran a la causa de la guerra; y las mujeres dieron sus anillos; los hombres, sus relojes y sus alfileres; y el propio Quesada se quedó sin alhajas. Todo eso parecía arreglado. Se había corrido de antemano la voz de que Quesada llevaría algunos amigos que sorprenderían al público con su desprendimiento. Receloso, Eugenio veía cumplirse lo generalmente admitido. Pero ocurrió que la gente del pueblo olvidó la prudencia aconsejada. Hostos vio las manos encallecidas y toscas echar cuanto tenían, y vio los ojos iluminarse por la alegría del deber cumplido. No supo cómo lo hizo: todo su haber, toda su riqueza, consistía en un peso con diez centavos. No tenía trabajo y se defendía de la miseria. Pero no pudo detenerse: tiró sobre la mesa su dinero y se levantó a hablar. Lo hizo emocionado, sin celos, sin medios tonos. La asamblea entera se conmovió. Atronaban los aplausos, y los honrados hombres del pueblo se lanzaban a abrazarle.

Sí, amable recuerdo, aunque casi no es recuerdo; tan cercano estaba todavía el hecho. Pero también es amargo, si se prolonga más allá de esos parabienes sinceros. Por ejemplo,

esa misma noche, al salir de Irving Hall, se fue hacia un centro de emigrados; y allí le acusaron haber hecho un daño horrible a la revolución.

—¿Daño?

—Claro —afirmaron—. Por culpa suya, por haber usted hablado, Quesada ha reunido miles de pesos. ¿Cree usted que ese dinero es para la revolución?

Él miraba con ingenuidad. Los otros estallaron en risas que le torturaban.

Después, pocos días más tarde, el *Diario Cubano* quiso ponerle en ridículo, lo que le obligó a escribir una carta que todavía no se ha publicado, en la cual resumía su discurso de Irving Hall. La Junta acusa a Quesada; y Zenea, el poeta, el dulce Zenea, llevó la voz en la acusación. Tuvo él que intervenir también, porque eran ya muy agrias las palabras que se cruzaban los contendientes...

¿Porqué esas rencillas? Quesada ha probado ser un enviado del gobierno de Cuba libre. ¿Es realmente una revolución la que se hace con tales métodos? ¿Sería así la de Puerto Rico?

Es duro luchar con los hombres. La primavera llega y canta en las venas, renueva, anima. Pero ¿podrá acaso la primavera arrastrar con el pasado y llevarse toda la amargura que va cayendo lentamente en el corazón?

Por desdicha, es así como se forman los hombres. El tiempo no significaría nada si no fuera, al fin, una suma de experiencia. Ahora corre abril, y no se halla trabajo. Pero el optimismo va renaciendo en el corazón de Eugenio María.

3

Lo cierto es que este pobre Arizona no tiene derecho a quejarse del mar, por mucho que se encrespe y remueva. El Caribe es, sin duda alguna, condescendiente y amable con el maltrecho cascarón que lo cruza.

En los primeros días, hasta acercarse a la costa colombiana, la travesía fue bastante amable; y Hostos volvió a disfrutar, al cabo de muchos años, de la luz del trópico, de la violenta diafanidad de su zona. Vio a Cuba. A lo lejos, casi tan azul como el mar, la isla de líneas alargadas y planos fáciles se coloreaba al sol. Allí estaban los hombres muriéndose por sus ideas, por las mismas que él iba a defender en el Continente.

Después vino el invernazo del Caribe, y el agua límpida empezó a tornarse bermeja, mientras los rudos vientos iban sacudiendo toda la masa. Triste viaje para Eugenio, tan propenso al mareo. Pero octubre siempre fue mes impropio en estas latitudes. Él recordaba los días turbios y agitados de los ciclones, allá en Mayagüez, y los penosos quiebro de las palmas y las raíces arrancadas de cuajo por la furia del viento.

Va ahora de Colón a Cartagena. El capitán del barco no se halla muy seguro de llegar. Sin embargo, él, Hostos, se resigna. No sabe por qué; pero la razón más poderosa, por ser íntima, de este viaje, se le está presentando con menos atracción que hasta horas antes. ¿Será que no está realmente enamorado? En ocasiones, cuando conoció a Carolina, cuatro o cinco meses antes, en Nueva York, se puso a compararla con Teresa, la hermana de Matías Ramos, que medio encendió sus días barceloneses con un resplandor fugitivo y agradable. Entonces, le pareció Carolina menos culta, menos fina de espíritu que Teresa. Hasta recuerda que se esforzaba por imaginársela rubia, a pesar de su evidente imposibilidad de serlo.

El mar incansable conmueve el Arizona. No importa que el capitán le trate con deferencia y le invite a su camarote: ni allí ni en parte alguna puede él estar. Confundidos por un bravo marroteo que oscurece sus ideas, los recuerdos van apareciendo entre sombras, mientras el barco hace penosamente la ruta.

Curioso: este viaje, por los mismos días en que se iniciaba su amor por Carolina, estaba destinado a Venezuela. A Morales Lemus le escribió pidiéndole la representación allí, y asegurándole que no le costaría un centavo a la emigración ni al Gobierno de Cuba libre esa representación; pero Morales Lemus andaba ya enfermo, y todo se enredó sin que Eugenio hiciera esfuerzo en ningún sentido. Antes estuvo a pique de irse a Cuba. La expedición de mayo partió sin él y aun tuvo el dolor de despedir a muchos de los jóvenes a quienes había ganado para la obra de realizar un día la soñada confederación. Fracásó, como varias, como aquella en que perdió la vida el noble Goicuria, y en que se malograron los Agüero. ¡Triste destino! Él, en cambio, no parecía ser amado por la muerte.

Aquellos días interminables de Nueva York —empleados en observar al pueblo americano, que se abría como una flor de esperanzas; en respirar el aire casi agreste del Parque Central; en anhelar y soñar la revolución de Puerto Rico, y en agitarse por vaivenes de la guerra de Cuba; en desear trabajo y no lograrlo; en ir tras los grupos religiosos que se formaban en las esquinas—, acabaron por llevarlo de la mano al amor. ¿Amor? ¿Puede afirmarse que sea ciertamente amor?

Él mismo lo duda. Por ejemplo, recuerda el disgusto que le produjo la repulsión que sentía Carolina hacia los negros; el mal efecto que recibió cuando ella tembló y estuvo a punto de gritar, asustada por un relámpago. Sí; cierto que no eran buenos recuerdos esos. Sin embargo, ahora va a Cartagena en pos de la misma nerviosa niña, a cumplir su palabra de matrimonio.

La conoció en casa de una amiga cubana. La niña, a quien la hermana llamaba indistintamente Cara o Caro, y a quien Eugenio ha bautizado con un apodo musical e insinuante —Candorina— tenía rostro regular, ojos negrísimos y, so-

bre todo, una sonrisa deslumbrante. Hostos quedó como hechizado. Vio de inmediato un alma sencilla, de cuatro o cinco reacciones precisas, y no perdió oportunidad de verla otra vez. En los primeros días la trató como a una hija. Recuerda con cierta emoción la noche en que ella salió a llevarle una taza de café; la charla de su hermana y del marido, que hablaban de la buena pareja que harían los dos; su desconcierto cuando Eugenio le pidió que se midieran, y luego aquella torpeza que llevaba siempre a presentar a todos el peor de sus lados.

—¡Pobrecita! —lamentó—: no permita el destino que usted se case conmigo; yo sería un pésimo marido, porque soy demasiado violento, exigente en exceso, más de lo que parezco.

La hermana y el cuñado se congratian del amor que veían nacer en Hostos; en cambio, ella, la interesada, parecía dudar. En cierta ocasión llegó a decirle que él era muy simpático. Debatiéndose entre si debía o no expresar su estado, se le iban pasando los días y tenía que sufrir las indirectas de los cuñados de Cara, que lo excitaban resueltamente a declararse. Pero no se atrevía. ¿Y Puerto Rico? ¿Y sus deberes? Pensaba a menudo en Venezuela, en Cuba, en una solución, en un salto que lo sacara de aquella especie de soñolencia en que se agitaba sin fuerzas.

Y la gente... ¡Hay que ver cómo es la gente! Cierta amigo le dijo, allí por las fiestas del 4 de julio, que todos sus relacionados esperaban el matrimonio. Se rumoraba que Cara estaba enamorada de Eugenio y que había ya compromiso.

Tejiéndose con esos decires y con la vaguedad de lo que podía ser amor, llegaban las noticias de Puerto Rico y apuntaban, entre el desaliento por los fracasos diplomáticos de la revolución, los deseos cada vez más precisos de ir a Venezuela. Se decía Hostos que, aprovechando el mensaje que el Congreso colombiano había enviado a todos los países de América, y el

entusiasmo que ponía de parte de Cuba a los pueblos del Continente, podía hacerse por la causa revolucionaria más en el Sur que en el Norte. Ideó dar una lectura para reunir fondos. Acaso conseguiría con ella seiscientos pesos, y seiscientos pesos bien le aseguraban dos meses en Caracas.

Mientras tanto, las cartas del padre llegaban cada vez más dolientes. Perseguido por los españoles, abandonado por los mismos puertorriqueños, el anciano, que empezaba a recuperar penosamente la fortuna, malgastada en quebrantos inesperados y pérdida en parte por negocios mal llevados, se desesperaba y cargaba con su dolor, sin decir propiamente que al hijo debía sus desgracias. Hostos sabía que él solo era culpable. Ciertamente que culpas como éstas más bien son timbres de honor.

¿Y el amor? ¿Por qué no era Carolina rubia? Rubia, de dorado cabello y ojos azules... La madre de Hostos era así; la madre, aquella doña Hilaria serena y majestuosa. Carolina misma se quejaba de tener pelo negro. Pero, ¿importaba al fin? Poco a poco se hacían más continuos los pensamientos; y en ocasiones había tardes enteras, días completos dedicados a pensar en ella. ¡Aquella noche del dedo enfermo! Habían estado hablando de los proyectos que tenía Hostos: irse a Venezuela, luchar allí por la revolución, acaso armar una expedición para llevarla a Puerto Rico; y, si nada resultaba según lo ideado, irse a Colombia a trabajar para vivir y reunir fondos que pudieran servir un día a su isla. Clara, la hermana, se entusiasmó.

—¡Qué gran día el de la llegada de Hostos, cuando lo veamos en Cartagena!

Ellos estaban en Nueva York por poco tiempo. En julio se iban hacia Colombia. Hostos intervino:

—¿A qué voy a ir a Cartagena? ¿A que muera Carolina de tristeza?

—O de alegría —dudó ella.

Hostos sintió que se le encendían los ojos. Cara le miraba con brillante fijeza.

Después se quejó él de que le dolía un dedo que tenía enfermo, y dos veces ella le arregló el vendaje. Al levantar el rostro, Eugenio le vio el rojo subido del rubor.

Sin embargo, todavía luchaba. Carolina era nerviosa, asustadiza, ignorante, sobre todo ignorante. Había que cultivarla. Se dio a buscar libros para hacer desarrollar aquel espíritu ignorado de sí mismo; para educarla mejor, empezó a escribirle lo que él llamaba *cartas abiertas*. Se las daba en presencia de todos, y, sin atreverse a hablar todavía, sentía que se iba dejando ganar por el sueño de hacerla su compañera, de vivir con ella una vida feliz, aunque no fuera realidad la encarnación de su ideal.

Confundidos, los recursos de los últimos días que pasó con ella en Nueva York se entrelazan y muestran fugaces partes, como torsos de seres que huyen: la noche del parque, en que planeaban, sin confesarse el amor, la vida en común; las otras en su casa, al aire de la calle, en el balcón, viendo el cielo luminoso del verano neoyorquino. Hostos evoca aquella, cercana ya a la partida, en que le hizo la pregunta decisiva de su vida:

—Yo no he querido atarme a ningún afecto, porque me debo a la revolución de Puerto Rico; pero, si me uniera a usted ¿sería usted la primera en recordarme mi deber, cuando la hora sonara?

Y evoca también la respuesta:

—No sé. Mi hermano fue a cumplir con el suyo, y yo lo aplaudí; pero lo siento.

Bien; pero eso es pasado. ¿Pasado? ¿Es acaso pasado lo que determina un hecho presente? Ahora está él aquí, camino de Cartagena, en busca de Candorina; y, sin embargo, profundamente, sin atreverse a formular el pensamiento con toda

claridad, querría no hallarla. ¿Quién no vacila entre la dicha imaginada y la desdicha temida? Recuerda, por ejemplo, aquellas palabras, el día de su partida:

—Yo quisiera que usted fuera un poco menos a su manera, un poco más estúpido.

No puede olvidarlas, porque quizá sean la clave de todo el carácter de Cara.

Tras su viaje, prendido del retrato de la amada, escrutándose el fondo del alma, analizando, como no lo había hecho en su presencia, las alternativas de su amor, y formulando planes para la revolución, dejó pasar los primeros días. Después comprendió que, necesariamente, debía atar a alguien a su destino: estaba maduro para el amor. Escribió a su padre, pidiéndole autorización y dinero para casarse. No cabía ya otra resolución: iría a Cartagena, si la familia de Cara lo autorizaba; allí trabajaría en beneficio de Cuba, propagando el ideal libertador y su sueño de las Antillas confederadas; acaso podría hacer dinero para dar realidad algún día a sus planes.

Basora, escéptico siempre, dudaba:

—Usted no sirve para hacer dinero, Hostos.

Hostos se estudiaba. ¿Estaba realmente enamorado? ¿Era aquello la materialización de sus sueños?

Pero llegó la carta de su padre, con la bendición y el dinero; y Eugenio decidió en firme.

El 4 de octubre, casi un año después de haber llegado, dejaba a Nueva York. Se hallaba allí como un extraño, sin que un solo corazón recibiera al suyo.

A bordo del Arizona está desde el día 4 cruzando penosamente este mar Caribe inquieto, que ahora se encrespa y ruge bajo un cielo entoldado.

El capitán dice que mañana tal vez arriben a Cartagena. En Cartagena espera Candorina; y, con ella, el porvenir,

confuso como el cielo y acaso turbio como el mar, pero ya repartido, para ser resuelto por dos.

Con evidente torpeza, inutilizado por el mareo, Eugenio trata de buscar en lo hondo del corazón un destello de alegría. Pero está irremediabilmente triste e indeciso.

4

¡Pero si Cartagena, la mentada Cartagena de Indias de los españoles es tan parecida a San Juan de Puerto Rico! ¡Qué extraño mensaje de la patria le trae el ambiente! Los viejos paredones de las murallas, los castillos chatos y duros muestran al luminoso y vibrante aire del trópico sus torsos enmohecidos. En la bahía resplandece el sol, y a sus costados la vigorosa naturaleza americana estalla en tonos oscuros de verdes, en apretados mazos de árboles. Esto no es Colón, donde no se siente el oprobioso pasado; y, por tanto, no se aprecia el don de la libertad. Esto es Cartagena, desde cuyos castillos berroqueños lanzó España a Bolívar, y donde la nación que todavía somete a Puerto Rico y desangra a Cuba hizo esfuerzos titánicos por ahogar al pueblo que la combatía.

Es raro que en esta alegría explosiva que siente al pisar tierra no intervenga para nada el recuerdo de Candorina. Lo que hace es ver y sentir. Negros que no son esclavos van y vienen, confundidos con blancos y mestizos. La gente ríe o grita; no importa, hay en todos los ojos un amable acento de confianza. ¡Son libres, libres! El ventrudo pulpero toma el aire de la tarde sentado a la puerta de su comercio, con la silla atravesada en la puerta, recostado mientras fuma; los chiquillos retozan en el arroyo; vendedores de dulces vocean a pleno pulmón sus mercancías.

Todo le parece admirable a Eugenio. Un joven se le acerca.

—¿Recién llegado? ¿Cubano?

Hostos responde que casi lo es, y que acaba de llegar.

—Aquí hay varias familias cubanas —explica el joven.

Hablando con esa familiaridad benévola que Hostos no siente en su entorno hace años, el otro se entera de que Eugenio busca una familia de cubanos que tendrá dos meses de llegada. El joven le promete llevarlo.

—Ahora no —explica él—; ahora necesito hospedaje.

Y el joven lo lleva a uno.

¿Dónde, en qué rincón del mundo que no fuera el de esta América nuestra se trata así al desconocido, al forastero? ¿Y no indica ya esta facilidad de sociabilidad, este don de cortesía, la nueva dirección de una cultura superior, que puede guardar el engendro de un mundo más feliz?

Ciertamente, Eugenio se impresiona bien, y no se inquieta por ir a ver a Candorina, sino que se entrega, con recóndita placidez, a ver la vida espontánea y alígera que fluye en derredor suyo, ya por la boca cordial del hostelero, ya en la calle medio abandonada que se domina desde la ventana enrejada de ese viejo caserón de gruesas paredes en que se aloja.

Pero después, con un ligero paseo, comprueba lo que ha temido desde que llegó: la ciudad es pequeña y no hay posibilidad de encontrar trabajo.

Debe ir donde Carolina. Sabe ya cuál es la casa; pero tuerce el rumbo, y busca voluntariamente perderse, no llegar. ¿Qué va a decir? ¿Puede acaso aventurarse a fundar un hogar sin saber con que lo mantendrá? Duros momentos estos. Se confunde, duda. Al fin piensa que va a sacrificar todos sus sueños con Cara por no arrastrarla a su destino; es decir, va a ser abnegado una vez más, y en esa perspectiva halla fuerzas.

Cuando sube los escalones siente que se ahoga. El cuñado de Candorina lo recibe en sus brazos, como a un hermano; y la hermana lo trata con efusivo afecto. Pero, tras las primeras

palabras, parecen todos extraños: nadie habla allí. Hostos busca con los ojos. Y ¿Cara? ¿Qué es de Cara? No quiere preguntarlo. Sin embargo, los demás, que deben saber a qué obedece su turbación, no se explican. Al fin inquiere él. La hermana sale a enterarse, y vuelve a poco muy reída.

—Es una chiquilla. Dice que no sale porque le da vergüenza.

Se deja ver, al cabo, con su negro pelo suelto, con sus ojos turbados y brillantes, con el blanco traje que tanto agradaba a Eugenio. Él es feliz un instante mientras se abandona a estrechar con sus manos la tibia y suave de Candorina. Pero después la amarga hora de la responsabilidad.

—No puedo quedarme aquí, porque no hay trabajo.

Habla él, sobriamente, del dolor que supone alejarse tras haber llegado allí, de toda su ilusión quebrantada de golpe, y la hermana de Cara, que le desea en la familia, aconseja:

—Mire, Hostos: se va usted a Panamá, donde hay trabajo; se asegura una posición y vuelve, tan pronto como la tenga, a buscar a Cara. En un año, me parece, puede usted arreglar sus asuntos.

Hostos halla largo el plazo. ¿Por qué un año? Quizá bastaran seis meses, cuatro, dos; acaso uno. Siente que va metiéndose en un ansioso abismo de entusiasmo; es lo de toda su vida: aquella imaginación audaz, desbocada, que no tropieza ni se cura. Pero, de pronto, teme; teme por ella, por las exigencias de la vida. Poco a poco vuelve a ser hombre de razón.

—Podiera ser que no hallara trabajo en Panamá —aventura.

Y la hermana, decidida casamentera, responde de inmediato:

—Se va usted al Perú. Después de todo, no está tan lejos, y allí seguro que hay trabajo.

En esta disposición irreflexiva de su destino, Candorina es la que parece menos animada. Hostos calla y piensa. Sí; se va.

Pero ¿tiene él derecho a exigir? ¿Quién asegura que en esta niña no imponga la vida sus leyes? El Perú: un año, lo desconocido. Hay siempre una ley de cambio en toda existencia. ¿Cómo será Candorina dentro de un año, tal vez más tarde, cuando él pueda volver? En la noche no puede dormir.

¿Deber, sentimiento? ¡Ah, dura vida! Mientras tanto, tiene que estar en Cartagena; y el dinero puede agotarse antes de que pase el barco que le conduzca hacia el Istmo.

Tras la atormentada noche, la mañana deliciosa del trópico. Despierta la ciudad, movida por la leve luz del amanecer y por el aire amable que sacude los árboles. Ávidamente, Hostos torna a vivir sus días de Puerto Rico. Sí: todos estos tipos, el negro, el campesino, el cargador de agua, la placera: todos son como los de su isla. Verdad que aquellos no son hombres libres...

Preguntando, entusiasmándose, buscando, da Hostos con un mercero que explica llanamente el estado social y económico del lugar. Entre quejas y esperanzas, el hombre le habla del problema racial en el Estado Bolívar: hay más negros que blancos; y, de momento puede reventar una guerra de razas.

¿Guerra de razas? ¿Guerra de razas en un país libre de América, tierra llamada a fundirlas todas para hacer con la que resulte el elemento humano de una cultura nueva, más capaz, más generosa, más humana que las conocidas? ¿Y por qué no traer inmigrantes? Cualquier remedio, cualquier esfuerzo que tienda a evitar tan humillante cuita a América será siempre pequeño.

La ciudad no es ahora la misma. El negro y el blanco que cruzan las adormecidas calles pueden ser mañana enemigos mortales. Un tétrico destino mece allá arriba nubes invisibles de horror, de destrucción, de dolor.

Hostos medita. Hay que buscar un medio para que el mal no aflore.

Por ahí, regados en campos y ciudades de las Antillas, de México, de la Unión Americana, centenares de cubanos, de puertorriqueños y de dominicanos arrastran las desventuras de su esclavitud. Unos son víctimas del despotismo español; otros, del nacional. Pero todos son hombres dignos, que prefieren el destierro a la falta de libertad. ¿Por qué no juntarlos aquí, en esta deliciosa tierra colombiana, y ponerlos a trabajar por Colombia y por las Antillas? La idea, de pronto, parece un sueño; sin embargo, todo lo que ha realizado ha empezado siendo sueño.

Deslumbrado, Hostos se abisma pensando que una obra tan vasta, tan clara, tan útil, no pasará de la imaginación. ¡Mala cosa esta fantasía incansable, que no se desalienta, que golpea sin cesar las paredes del cráneo! ¿Fantasía? Pero ¿sería acaso delito probar? Además, ¿no ha concebido ese sueño? ¿Por qué entonces dejarlo desamparado, perdido?

Durante estas dos semanas que debe estar aquí, trabajará en hacer realidad lo soñado. Si no se es capaz de desear lo excepcional, lo grandioso, y de ponerse a buscarlo, no se es hombre completo.

Atenaceado por la forzosa holganza, por la necesidad de servir a Cuba, por la de ser útil a Colombia, se pone a trabajar. Primero, el apoyo oficial. El Presidente del Estado se lo da, y hace aprobar la ley que Hostos redacta, la cual favorece la inmigración. Después, los estatutos de una Sociedad de Emigración Cubana, con la cual desea convertir en negocio explotable por otros; aquello que él hace en beneficio de la patria americana. Con los estatutos va a ver comerciantes, profesionales, hacendados. Todos le ofrecen su concurso económico, siempre que los cubanos impulsen el negocio. Ahora, a mover el ánimo de los cubanos, de los puertorriqueños y de los dominicanos emigrados. Escribe a los periódicos de Nueva York, a los representantes de la emigración, a sus amigos.

Al tiempo de alejarse piensa que deja allí un sueño sembrado, capaz de florecer un día. Él volverá; ha de volver a buscar a Candorina. Y, en el Perú, la fabulosa tierra del sur, buscará capitales que le ayuden a levantar la grandiosa empresa. Volverá pronto.

A la salida de la bahía, los recios castillos parecen proclamar ceñudamente:

—Por aquí estuvo España.

5

Desde que embarcó en Panamá, Eugenio piensa en cómo habrá de arreglárselas para hacer el trayecto del Callao a Lima. Viaja en segunda, y se pasa las horas en cubierta, revuelto con los animales que los cholos del litoral llevan al mercado limeño. Se entretiene observando los vivaces ojos de las hembras y las expresiones múltiples de estos seres de una raza naciente. Con mantas de colores encendidos, con músicas cadenciosas y tristes, con dulce habla de prosodia fácil, los cholos de a bordo van conquistando la simpatía del antillano. Es un amable pasar oírles la charla, verlos en la danza, dejarlos que expresen su concepto fatalista del mundo; pero también es un agrio sufrir ponerse a pensar en que pronto llegará al Callao sin tener ni siquiera el dinero para pagar a los maleteros. Gastó lo poco que le quedaba en la travesía de Colón a Panamá.

El viaje a través del Istmo se hace en ferrocarril; y, generalmente, los emigrados de las Antillas gozan de franquicia. Hostos llevaba una recomendación para el administrador de la vía; el hombre, al cambiarle el escaso oro con que contaba, pretendió quedarse con casi tanto como en realidad valía el pasaje. Como protestara, Hostos tuvo que pagar el suyo. Después, en Panamá, con la vida cara frecuente en los lugares del mundo que son *rendez-vous* de todos los buscavidas de la tierra, y con la forzosa espera del vapor, consumió sus reservas. A

la hora de irse no querían venderle el billete, porque no podía ir si no en cubierta; y ahí, según el empleado de la compañía, “no viajaban los caballeros, sino los cholos”. Con la cabeza ardiendo de cavilaciones, frente al Pacífico majestuoso, y en medio de una multitud abigarrada y aventurera, vio pasar los días y las noches mientras su mente forjaba el porvenir del Istmo y repasaba la historia de aquel sitio donde la naturaleza quiso establecer el camino obligado del comercio universal. Cavilar y esperar. Estaba ya cansado de no hacer otra cosa. Atrás, en Cartagena, quedaban Candorina y su sueño de colonias antillanas; por delante, el Perú, el trabajo, el porvenir. ¿Qué le guardaba la vida? Viajar, y viajar como propagandista de una gran idea, precisa medios. Un hombre sin dineros tiene muchas puertas vedadas. En esa travesía, por ejemplo, tomaría pasaje un ex presidente del Perú. Hostos no podría tratarlo, no lograría acercársele; y la amistad de un hombre que podría ser útil al porvenir de las Antillas se hacía imposible con la forzosa división que ponía entre ambos la pobreza de Eugenio.

Ahora, mientras se acerca al Callao, padece de antemano esa impresión de vergüenza que tiene al sentirse mal vestido, mal alojado, visto desde arriba por los que no tienen otra creencia al respeto y a la estimación que la de poder gastar a tiempo unas monedas. Mientras tanto, oye a los cholos y ve a la mujer de la nueva raza bailar al son de la quena, coreada por las voces de sus compañeros.

En Panamá, cuando embarcaba, entró en su bote un joven venezolano que vivía en su hotel, y que va al Perú en pos de fortuna. Eugenio María recuerda cómo se impresionó cuando tuvo la sospecha de que su dinero no le alcanzaba para pagar el bote de ambos y el acarreo del equipaje. Cuando el botero dijo lo que cobraba, creyó descender de golpe a las profundidades del Pacífico: era justamente lo que llevaba encima.

Tendió la mano a tiempo, antes de que su joven compañero notara que sus ojos cobraban un aire de tristeza que casi tocaba la desolación; y subió después, altivamente, la escalera del barco, mientras se endurecía, todo por dentro, listo otra vez a enfrentarse con la miseria, con la vergüenza, con la timidez y su arisca sensibilidad.

Ahora la tiene ya descarnada. El pasaje se arrima a la borda. El callao, la vieja ciudad batalladora, bombardeada por España hace pocos años; la que recibió el cadáver de Prado, gallardo heredero de los héroes de la Independencia, muestra su aspecto receloso de cuartel colonial. Los fuertes la hacen hostil y ceñuda. Lentamente, mientras el barco se acerca, va surgiendo del tono sobrio de la costa el colorido grave de la ciudad, a un tiempo austera y laboriosa. En los muelles, se agitan pañuelos y manos. Hostos se siente triste y solo. ¿Qué va a ser de él ahora? Todavía hay que desembarcar, buscar unos cuantos soles para los maleteros, tomar el ferrocarril de Lima. Acaso el caballero de Piura, para quien viene recomendado... Sólo pensarlo le da grima. ¿Por qué esa tortura, Dios? Hubiera sido otro, hubiera nacido más conforme; y ahora sería abogado en Mayagüez, atendería la notaría de su padre, tendría una vida plácida, sin estos abismos de desesperación, sin este sentimiento de vergüenza y de inutilidad.

Con los ojos sombríos, ve acercarse el barco al muelle, distingue ya los rostros allá abajo, oye la voces y la amable música de las palabras. Hasta ahora, bien: ¿y dentro de un momento?

Paso a paso, amargado de tener que hacerlo, se va a primera. Con palabras ahogadas le habla al joven venezolano.

—Traigo unas cartas para personas del Callao. Le agradeceré que vaya a llevarme por lo menos una, y le diga al destinatario que debo llegar a verlo y salir hacia Lima; que le ruego enviarme con usted en préstamo la cantidad necesaria para cumplir mis propósitos.

Es la primera vez en su vida que solicita el auxilio de un desconocido, y tiene que hacerlo pidiendo otro favor para alcanzarlo. Está rojo lleno de vergüenza y su voz suena sorda. El joven venezolano vuelve el rostro lleno de incredulidad. ¿De manera que aquel hombre tan altivo no tiene un centavo? ¿Y por qué no lo dijo antes?

—Pero si no hace falta, señor. Yo tengo lo que usted pueda necesitar.

Hostos le ve bajar a su camarote. Temeroso de sí mismo, se va: no podría esperar allí. El joven venezolano toca a su puerta. Son tiernas las palabras con que pide perdón por la torpeza de no haberlo notado antes y por la escasa ayuda. Hostos no puede alzar los ojos. Se siente abrumado, despreciable, inútil. ¡Qué sensación de bochorno le quema la piel del rostro! Cuando nota en sus manos que el otro le pone algo, cree ahogarse. Ni las gracias logra dar.

Antes de ir a tierra, conviene verse en Lima con un caballero que va a bordo. El nuevo amigo le promete, espontáneamente, toda suerte de ayuda para la revolución cubana; le asegura que le presentará a cuantos puedan servir a su causa, que le hará lo necesario para que su tarea no resulte pesada. Es un gallardo caballero el que le habla, y parece entusiasmado a la sola idea de hacer algo por Cuba. Hostos desboca su imaginación; pero debe abandonar el sueño: el pasaje empieza ya a descender por la pina escalerilla. Abajo relucen ojos espejeantes. A Eugenio le parecen admirables las mujeres del Perú.

Lo que no le agrada de la tierra es su aire español. El Callao, salvo en los repartos que van ampliándola, recuerda vivamente los barrios de mar de algunas ciudades peninsulares. ¡Si hasta la capa se usa aquí! Las viejas cerradas de negro que cruzan con andar veloz, camino de la iglesia, son trasunto de las beatas españolas: es el mismo manto oscuro, es el mismo

porte entre avergonzado y misterioso, son los mismos ojos ávidos y brillantes, acaso un tanto malignos.

Debe tomar el tren. Agolpadas en la estación, muchachas reidoras y amables, de miradas encendidas, despiden a los viajeros poderosos que han venido en su barco. Observando, Hostos cree hallar una notable diferencia entre los sexos, y decide que la mujer peruana vale más que su hombre. Es raro, no recuerda a Candorina, que espera su vuelta en Cartagena.

Camino a Lima, la semejanza con España se acentúa. Esta llanura de la costa es la Mancha; sí, la Mancha. Los tonos pardos, ocres, y el aire ardiente que vibra sobre la tierra quemada; las chozas de tonos tristes; la escasa vegetación oscura: todo sabe a paisaje manchego. Teme que, de momento, aparezcan en la línea del horizonte don Quijote y Sancho. Rociante y el Rucio cabrían aquí; y por aquí cabalgarían pausadamente don Alonso y su escudero, sin que ellos mismos notaran que cruzan una España trasplantada.

La primera impresión de Lima es de confusión. En ocasiones, la ciudad parece muy rica y muy culta; en ocasiones, misérrima e ignorante. Las fábricas de rancias líneas, con sus balcones cerrados, siguen evocando a España; y la evocan también las mujeres, con su andar altanero y su prestancia. Docenas de iglesias acaparan la atención del recién llegado. En los portales de las casas de Dios, los chinos leprosos invocan la misericordia.

A Eugenio le aterra la ignorancia del pueblo. Un día y otro, de mañana, de tarde, de noche, claman las campanas de los innumerables templos y cruzan las calles procesiones de santos diversos. Toda la ciudad parece vivir mascullando rezos. Nadie podría contar los curas, de cuantas órdenes se conocen, que van y vienen sin descanso. Hasta en su pensión —un mal hotel de pobres— hay franciscanos; y hasta su habitación entran, para no dejarle trabajar ni dormir ni meditar,

los ruidos de los cohetes que queman en las iglesias y el interminable campaneó que llama a las fiestas religiosas.

En los primeros días visita los periódicos, indaga quiénes pueden ayudarle en su tarea de buscar auxiliares a la revolución. Pero los que le prometen no le cumplen; y, de espera en espera, vagando por las calles de la ciudad, a la zaga de una familia aborígen que cruza altiva y callada, o de visita por las afueras, donde los jardines coloran el adusto paisaje, va consumiendo su dolor y su impotencia. No importa que hombres de prestancia se inclinen a oírle y hasta le digan francamente que se encantan con su amistad: tan pronto como, al despedirse, da el nombre del hotelucho donde se hospeda, las caras enseñan esa vaguedad del que no se explica cómo puede hablar en nombre de la revolución antillana un señor que viste con modestia y que se hospeda en un rincón desconocido.

¡Ah, la miseria, la miseria! Le eluden, diciéndole que la dictadura de Balta no tolera libertades, que el pueblo tiene sus propios problemas. Algunos le dan citas y no acuden. En cambio, un español sin deberes para con él, le busca trabajo en el Callao o le presenta a Enrique Meiggs. Meiggs es el empresario más socorrido por los negocios gubernamentales. El dictador Balta se ha empeñado en cruzar de ferrocarriles todo el Perú, en levantar edificios, en echar puertos. Meiggs le propone editar un periódico. De todas maneras, hasta el trabajo perjudicará a su propósito. Aquí, en esta Lima fastuosa, donde el huano lanza ríos de oro, trabajar es casi un pecado. No lo es engañar al pueblo con el coro metálico e infatigable de las campanas, con el continuo sermonear en las iglesias, con la servidumbre de chinos y de indios.

Algún periódico publica sus primeros artículos sobre Cuba. Poco a poco, los escritores limeños se le van acercando. Pero el ambiente es huidizo, asfixiante; y Eugenio padece hasta no

poder más. Vaga por las calles, día y noche, sin receso. Busca cansarse, agotarse, tundirse. Fuera del padre Vijil, a quien ha visto algunas veces; del coronel Espinosa, que apenas puede ya consigo mismo, nadie más se le muestra sincero y dispuesto a ayudar a Cuba. La indiferencia le hace más daño que la oposición.

Al empezar el mes último del año, se siente como justamente se sentía para esa fecha doce meses antes. Sólo que aquello era Nueva York, y esto es Lima. Allí había un pueblo nuevo creciendo en libertad; éste es un pueblo agotándose en la opresión y en el fanatismo. Y en estas noches de invierno, era nieve lo que descendía de los cielos del norte; no esta garúa aleve, que cala sin que se sienta, y que humedece a un tiempo la calle de seco polvo y el espíritu cansado del forastero.

Los días se suceden con lenta desesperación. Ahogan, angustian. De golpe, una carta. Es de Cartagena. La abre, emocionado. La firma Clara: ¿por qué? Empieza a leer: “Carolina no piensa en lo que usted dice en su carta, y es mi deber que usted lo sepa. Ella le estima como a uno de sus mejores amigos, pero más nada...”

No puede seguir leyendo. ¡Qué dolor! Ahora, precisamente ahora en esta triste parada, le llega tal carta. Le parece que están cavando en su espíritu. ¿Interés de familia? Acaso. Pero, ¿por qué le trató con tan visible amor en Cartagena? Lentamente torna a meter el pliego en el sobre, sin acabar de leer. La carta está escrita con fecha anterior a su salida de Nueva York. Dos semanas más que se hubiera quedado allí y no estaría ahora aquí, en Lima. ¿Casualidad? Sí; casualidad. También ella interviene a veces en la vida de los hombres. De no ser así, no se vería forzado a seguir su destino de propagador de ideas; y tal vez no estaría sembrando en este continente de su habla, surco inmenso, la semilla de la libertad.

6

Al cabo de los meses, puesto a evocar, Hostos se halla tan confundido como cuando vino. Trabaja. Al principio, recién llegado, tuvo que sufrir cosas que jamás sospechó. Por ejemplo, aquella especie de regalo que quiso hacerle el director de *El Herald*, que provocó en él una reacción verdaderamente inolvidable, tal como si hubieran querido humillarle. Él había pedido que se le pagaran sus artículos sobre Cuba y algunos otros que había publicado; el Director le contestó metiendo en un sobre unos cuantos billetes de banco. Al abrir la carta, esperando pruebas de imprenta, Hostos se sorprendió bruscamente. No tenía con qué cubrir sus más perentorias necesidades, es cierto; pero eso no autorizaba a nadie a tratarle como a un mendigo. Devolvió el dinero con una carta digna. Había conseguido trabajo por esos días, algunas traducciones que le ayudaban. No estaba seguro de sí mismo, y el ambiente persistía en su peculiar elasticidad; pero él no era hombre de rendirse, y predicaba insistentemente la necesidad de que el Perú, como todos los pueblos de América, reclamara la libertad de Cuba, porque el destino del Continente necesitaba a las Antillas libres.

Fue por entonces cuando tuvo la dura noticia de la muerte de su hermana Engracia. Recordándola, revivió los mejores días de su infancia, sus sueños venturosos; y sentía el corazón doblado al peso de un dolor realmente acongojante. Otra vez volvía a ver la casona familiar de Mayagüez, con su atmósfera luminosa y su pausado ambiente. Las escenas de tales días surgían nítidas de su memoria. Evocaba su primera ida a la escuela, para la cual le embelleció la propia Engracia, enseñándole a peinarse; la prima noche en que ella lanzó por el balcón al perrillo, y la angustia del remordimiento que tuvo cuando oyó al animal aullar de dolor; la mañana de domingo en que, con sólo nueve años de edad, se vio forzado a defenderla

de la persecución de un juez de Primera Instancia que pretendía abrazarla, aprovechándose de que sólo los dos niños estaban en la casa. El matrimonio de Engracia con aquel militar español, el de su otra hermana Eladia; lo infeliz que fue la desdichada y las amarguras de verla sufrir en Madrid, todo desfilaba en teoría de amargura bajo aquella clara noche limeña. Perdido en medio de una tristeza sin límites, sin poder hacer nada por Cuba o Puerto Rico, enardecido por el vuelto interminable de las campanas y por el espectáculo de un pueblo entregado al fanatismo y a la ignorancia, sacaba fuerzas del fondo de sus ansias de ser útil, y pensaba que acaso estudiando matemáticas pudiera hallar otra vez su fuerza y su paz. ¡Candorina!... Candorina le había traído aquí, a esta América suya; y le dejaba abandonado en un mar de confusos horizontes.

Todos esos recuerdos amargos de sus primeros días del Perú se mezclan con la lucha política, con el continuo rechazar la asfixiante influencia de la dictadura. Balta llenaba el país de obras públicas, es cierto; pero también de ambiciones y de corrupciones. Se preparaba la lucha. Pardo, su buen amigo Manuel Pardo, se perfilaba como el candidato civil del pueblo para suceder a Balta en el poder. Pardo era el porvenir, la juventud ilustrada, la ayuda a Cuba, la realización de los sueños de Hostos. Él apoyaría a Pardo. Mientras tanto, trabajaría por Cuba, con el padre Vijil, en mítines, en artículos, en reuniones; y por el Perú, defendiendo sus intereses, combatiendo sus errores, propiciando su educación. Fundó una sociedad para ayudar a la enseñanza pública, y estudiaba los tipos sociales limeños en artículos que le ganaron pronto la simpatía de toda Lima. Defendía a los chinos esclavos, a los indios explotados, a los cholos engañados. Aquella sociedad exclusiva y dominadora fue cediendo poco a poco a los enconados embates del joven escritor antillano. Así estaba cuando conoció a Manolita.

Él supo, al empezar a tratarla, que no sería amistad la suya. De golpe volvió aquella época atormentada de Nueva York, la de la duda entre su necesidad y su deber. Tímido, sensible, huraño, la vida toda se le hacía revuelta cuando esa hambre de afecto, esa vehemencia sorda de amor le sacudía las entrañas. Se abandonaba insensiblemente a dejarse querer y a querer; y luego venía la conciencia de su imposibilidad material para ser feliz. Imposible serlo, imposible. Era pobre y con un compromiso sagrado que cumplir: hacer la revolución anti-llana. Sin embargo, Manolita estaba allí, y él se sentía irremediablemente forzado a quererla.

Esa lucha del amor y del deber le trajo al estado actual. Es lo mismo siempre: lo de Madrid, en su primera juventud; lo de Nueva York con Candorina. El disgusto de sí mismo empieza a impedirle vivir plenamente. ¡Ah, si hubiera nacido con otra alma! Ahora sería rico, todo lo rico que quisiera. Cuando empezó a escribir sus artículos sobre el ferrocarril de Chimbote a Huaraz, que causaron en Lima una impresión extraordinaria, trataron de acallarlos. Claro: Andaban en el negocio muchos millones de soles. Es un hecho reciente, que todavía está en boca de todos: un ferrocarril que iba a costarle al Estado treintiocho millones, costaba tan sólo, según él había demostrado, diecisiete millones. Bien: pues Meiggs, el contratista, el mismo que le propuso a su llegada fundar un periódico, le ofreció doscientos mil pesos fuertes para que apoyara su propuesta. Fue también un mal momento aquel. Eugenio se le quedó mirando fijamente.

—Para la revolución de Cuba —explicó el sobornador.

Sí; para la revolución de Cuba... Pero la ayudaría a costa de un daño al Perú. Dijo simplemente:

—¡Miserable!

Y rompió la pluma que tenía en la mano.

Con ese dinero hubiera podido llevar la lucha a Puerto Rico, cumplir su deber primero; y después entregarse a vivir como era justo que viviera. ¡Si Manolita sospechara qué lucha es la suya!

Y ahora trabaja; pero, desde esos artículos sobre el ferrocarril, su estancia en el periódico se hace más difícil. Quizá proceda de él mismo el malestar; esta irritación en que le sume sentirse inutilizado por su propia vehemente naturaleza, le agria y le oscurece la vida.

Ha tenido ya varios disgustos con Cavaino, el director del periódico. Mientras tanto, cada día más convencido de que ahora está enamorado como no lo sospechó, se disgusta consigo mismo y cae en crisis agobiantes. Lo mejor será renunciar del todo a esta lucha, y tornar a buscar en los caminos de América un sedante a su tortura. Es la fuga, la idea de la fuga, otra vez. Fuga de sí mismo para encontrar la manera de hacer realidad su sueño de revolución antillana. Además, el Perú, con la dictadura preparándose a no ceder terreno, no es tierra propicia a sus ideas.

Escribe una carta al periódico renunciando al puesto. El periódico se está entregando a Balta, como todos. Exige que la publiquen; y, como no lo hacen, la publica él. Cavaino contesta con calumnias e insultos. Hostos responde serenamente, aunque lleno de asco por verse envuelto en tales groserías. Torna Cavaino a responder, cada vez con más cinismo; ahora trata de convencer al público de algo que Hostos no puede tolerar: dice que, por un sueldo, es capaz de escribir lo contrario de lo que piensa. A tal bajeza, ¿cómo contestar? ¿Con los padrinos? Forzosamente con los padrinos, aunque sea desdorado para un hombre de pensamiento descender al terreno de la violencia.

Pero los padrinos no resuelven nada: dicen que no hay derecho a llegar a tal extremo; y publican su decisión. Verdaderamente, es horrible lo que Hostos siente. Acaso el público

considere que ha sido un arreglo convenido entre los dos escritores, y ahora él, con su irremediable timidez, creará ver en todos los ojos la ofensa de la duda, la sarcástica expresión que se usa con los compondores y cobardes. Además, está Manolita, a quien no puede dar explicaciones. Se rinde, reconociendo que la quiere como no creyó querer; pero, después del escándalo, ¿cómo seguir en el Perú? ¿Cómo garantizarse lo necesario para mantener dignamente ese amor? De quedarse se entregará a su fiera necesidad de afectos. Ahora la siente más que nunca.

No: lo mejor es atender al consejo del padre de Manolita. Le escribirá una carta en que pueda calmar su propia conciencia, en que le diga claramente cómo la ama y cómo le duele dejarla. Pero se va. Es imposible no hacerlo.

Desde Chorrillos, con el Pacífico inmenso e inmóvil al frente, le escribe. Lo que deja en el papel es sangre. Colombia, el Perú... Es ya mucho dolor el que le va costando esta América para cuyo porvenir vive.

Entre los Andes y el mar, emparedado, destroza su corazón. Hacia el sur está Chile; pero Chile es el futuro, y el hombre vive más de su pasado que de su mañana. ¡Si pudiera comprenderle Manolita!

Y decide irse, aunque sepa que cada fuga le va haciendo distinto.

7

Hasta Santiago de Chile llegan las cartas de su padre pidiéndole que retorne a España para terminar sus estudios. Sin duda, el buen anciano sufre pensando en su destino y en el de las hijas, a quienes sólo el varón podrá amparar. Pero él no puede volver. Aquí, en Chile, con esa desconfianza vaga que recibe al recién llegado, ha empezado a trabajar. Primero fueron los artículos sobre el Perú, que envió desde Curicó; sus

esfuerzos en favor de Cuba, su confianza en que los notables hombres que tiene Chile le ayudarían en su obra; y ahora su estudio sobre el *Hamlet*. Además, le ofrecen algo por una segunda edición de *Bayoán*, y confía en que podrá vivir en Chile siendo útil.

El *Hamlet*, que no tardará en ser considerado como la más notable interpretación de la gran tragedia shakesperiana, no le resulta trabajoso, porque desde su juventud ha estudiado con profunda atención toda la obra del dramaturgo inglés. En España, publicó un ensayo sobre el carácter de los personajes que intervinieron en *Romeo y Julieta*. Ahora sigue el mismo procedimiento: hundirse en la psicología de todos los seres que se mueven en torno al Príncipe de Dinamarca; explicarlos, uno por uno. Presenta a Hamlet como un caso de exceso de razón, forma especial de debilidad, que finge la locura para hacerse fuerte. Desmenuzar psicológicamente el drama, y tornar a armarlo, para precipitar a todas aquellas almas, con sus pasiones y sus virtudes, en el vórtice de la acción: he ahí su método. El trabajo va despertando una admiración cada vez mayor.

Se acerca el otoño del sur. Es abril; y el aire tierno y esa tristeza inasible del ambiente otoñal le hacen mella. El recuerdo de Manolita le persigue a todas horas. Le ha escrito y no contesta. ¿Por qué, si la quiere tanto, salió del Perú? Es que él es como Hamlet —sí, como Hamlet—; y, por eso, puede describir tan bien el estado de espíritu del príncipe. Ella también se parece a Ofelia; y, en esa Ofelia que admiran sus lectores, él no hace otra cosa que pintar a Manolita.

De nada le vale haber huido. Por primera vez reconoce el imperio del amor, y se le entrega sin reservas. ¡Si ella le escribiera! ¿Por qué no lo hace? Él no puede sustraerse a la necesidad de enviarle otra carta. Toda su vida gira ahora en derredor de ese recuerdo. Desearía hacerse de una reputación, lograr

una gloria deslumbrante, sólo para atraerse la admiración y el aplauso de aquella novia torpemente abandonada.

Pero quizá ella comprenda y decida también no romper. Él espera, confía. Al fin, llega carta de Manolita. Ni una esperanza en sus palabras: sólo dolor, digno dolor es lo que parece agitarse en su fondo. "Olvídeme", le dice. Él no podrá complacerla. Le escribe a su vez y se lo hace saber.

Ha entrado del todo el otoño del sur y, con él, la nostalgia absoluta de días venturosos y el descontento cada vez más hondo de sí mismo ¿Quién, qué fuerza le lleva siempre hacia direcciones contrarias de las que debería tener? ¿Por qué es así? ¿Es que no merece la felicidad, o es que está orgánicamente imposibilitado para alcanzarla?

No puede sufrir más. Lo mejor será sumergirse de nuevo en la lucha. Allí está la revolución, el obstáculo permanente para entregarse; su deber y su meta.

Desesperado, sale de Santiago hacia Valparaíso. De nada vale, porque nadie puede huir de sí mismo, y es en sí mismo donde está el incurable mal. Antes de irse publica *Cuba y Puerto Rico, En la tumba de Ruiz Belvis*, su ensayo sobre *Hamlet*. La juventud de Santiago se entusiasma con el joven escritor. Los hermanos Matta le ayudan a levantar el espíritu público para lograr auxilios a la revolución Cubana. Y sus admiradores no saben explicarse por qué un mimado de la gloria anda siempre con los ojos llenos de vaguedades, como si persiguiera algo que los hombres no podían darle.

Se acerca el 10 de septiembre, aniversario de la patria chilena. Benjamín Vicuña Mackenna, Intendente de Santiago, decide celebrar la fecha con una exposición nacional, que muestre al mundo cuánto ha cambiado Chile desde los días coloniales. En apenas un mes, se prepara el gran concurso. Es un éxito delirante... Chile entero está en las arcadas del Mercado Nuevo; y desde la escoba y el grano de maíz hasta la

máquina sembradora y la estatua armoniosa, toda la obra de un pueblo laborioso se presenta a reclamar el lugar que merece la patria entre los países civilizados.

Hostos escribe sus notables crónicas en la Exposición para la prensa de Valparaíso. En ellas, estudia con una amplitud y profundidad excepcionales la presencia del arte chileno en el concurso. La prosa es rica, severa, brillante y grave a un tiempo. Ha alcanzado su mayor altura como escritor. El grávido ambiente de Chile le ha dado el tono. Pero todavía le espera un triunfo mayor. El Ayuntamiento de Santiago dispone un premio en efectivo y una medalla para la memoria que mejor resuma las enseñanzas de la Exposición. Enamorado del tema, Hostos se pone a trabajar. Viendo en conjunto y en detalle el concurso, empieza por comparar las ventajas de este Chile sobre el Chile colonial; y desde el número de clases de granos utilizados entonces, y el de ahora; desde la diferencia en las maderas que se exponen, con las encontradas por el Conquistador; desde las distintas condiciones climatéricas, modificadas por el trabajo; del carácter nacional, modificado por las libertades económicas y políticas, va exponiendo con una increíble seguridad la transformación del país, hasta adelantarse a su porvenir y profetizar para Chile un normal desenvolvimiento.

Es un trabajo sin paralelos en el idioma; un estudio tan certero y tan completo, que la patria sureña queda allí, como un cuerpo en una sala de disección, sin que pueda esconder ningún secreto a la mirada perspicaz del hábil sociólogo.

La memoria se lleva el premio. Después, cuando se publique, hacia abril del 73, despertará vivo entusiasmo; y acabará consagrando al autor como un eminente pensador y un gran corazón americano.

Mientras tanto, no descuida a Cuba. Los días se suceden sin tregua. Trabajar, escribir, propagar el derecho de la revolución. Pasa el invierno chileno; se inicia la primavera. Pronto será el

cuarto aniversario de la Demajagua. El sur remoto es tierra de América, como lo es Cuba. Por aquí pasaron, como quien iba hacia las Antillas, los Granaderos de los Andes encabezados por San Martín. Chile debe estar al lado de Cuba irredenta.

Escribiendo, invitando, hablando, logra Hostos despertar el entusiasmo. El 10 de octubre, en el Club de la Reforma, se da cita todo Santiago. Bullen allí los ojos de las mujeres y las miradas severas de los hombres. Hablan Prado, el ex presidente peruano; Santiago Estrada, el argentino; y ha de hablar Vicuña Mackenna, la primera autoridad de la provincia. Pero la gente pide oír a Hostos. Él es la revolución de las Antillas hecha carne, padeciendo un *vía crucis* que el pueblo adivina, aunque no conoce. Rompiendo por entre los aplausos, su voz grave y de tonos viriles va exponiendo el pensamiento que trae desde sus días de España: las Antillas deben ser libres, porque sólo en la libertad podrán cumplir los fines que el comercio universal de ideas y de productos exige de esa porción insular del mundo americano. Como chispas, así vuelan de su voz las razones contundentes.

Pero esta lucha por la libertad de Cuba, que es sólo parte de la gran batalla a librar por la superación de todo el Continente, tiene muchos aspectos; y hay que atenderlos todos. Debe seguir escribiendo. Aquella conferencia sobre Plácido, que tan desagradables recuerdos le hace evocar, puede ser ahora conveniente a la causa de Cuba. Mientras vivió, Plácido fue el símbolo de la patria; su vida es la vida de Cuba y de las Antillas.

Puesto a trabajar, no descansa; y Chile va conociendo a Cuba, bordada en tonos duros bajo la figura del poeta mulato. El notable ensayo acaba consagrando su poderío intelectual. Ya nadie osa discutirle su preeminencia como escritor y como sociólogo; y, cuando habla en nombre de la revolución, le oyen con reverencia las figuras más conspicuas del país. Algunos hablan de quedarse con él, obligar al Gobierno a que

le atiende, mientras trabaja por Cuba y por el progreso intelectual de Chile. En la tierra fina del sur, fecunda en grandes hombres, Eugenio se halla a gusto. Nada estorba el natural fluir de su vida. Nada, aunque a veces se sienta desolado y crea que le hace falta un afecto.

Con el verano, se hace difícil la vida de Santiago. Piensa entonces en viajar, en conocer a Chile; y sale en enero del 73. Recorre infinidad de pueblos, y su ojo veloz toma del panorama las esencias de la tierra y de sus hombres. Este que ve es el Chile de su Memoria de la Exposición, la patria serena y altiva, que construye al amparo de los Andes un presente de trabajo y de fe.

Pero es en este viaje, al detenerse en la finca de los Lastarria, donde comprende que no podrá sufrir mucho tiempo en soledad y que la espontánea fluencia de su naturaleza va a entorpecerse otra vez, como en Nueva York, como en el Perú.

Carmela es joven y tierna. Tiene una hermana gemela, como ella, rubia, armoniosa, discreta. Sentados en las hamacas que cuelgan de los árboles, sin decir palabras, Hostos la contempla y siente que se ahoga. Los confusos amagos de amor tornan a revolver su entraña. Se va, porque debe seguir viajando; pero se va adolorido.

Otra vez a Santiago, con el otoño que tanto mal le hace. Se discute en los centros culturales de la Capital sobre si debe o no educarse la mujer. La Academia de Bellas Letras decide abrir debates sobre el tema. Con la vehemencia que pone en todo lo útil a la humanidad, Eugenio empieza a trabajar. Para él, la mujer tiene tanto derecho a educarse como el hombre; y tan necesario es al progreso el cultivo de la mitad femenina del ser humano, que sin él no es posible que se cumpla el destino del género sobre la tierra. Con amor y con constancia, prepara su tesis. Es una síntesis brillante de cuantas razones sobre la educación se han aducido en el mundo; y es, además,

una obra maestra de propaganda, viva de expresión, sólida, brillante. Él lo sabe. Cuando da su primera lectura, se gana la simpatía de hombres y mujeres, aquella simpatía que le cosecha su don gentil de tratar a la hembra, don fundado en el profundo respeto de quien sabe qué significa la mujer. Lo que había iniciado en sus crónicas sobre la Exposición de septiembre lo termina ahora. Un amigo responde tratando de negar sus argumentos; pero él vuelve a la carga, y Santiago se pone al lado del gallardo paladín.

Aquí, en esta defensa de la mujer, están Candorina, Manolita, Carmela. Él quiere que cada mujer sea lo que él soñó para las dos amadas y lo que querría que fuera Carmela: el sostén, la razón de la vida de todo hombre. Ganar a la mujer para que trabaje en el destino de América como madre, como hermana, como novia, como esposa, como compañera: ¡qué bella ilusión!

Pero también está Cuba. Seguir trabajando por Cuba es y debe ser ahora un deber mayor que todos; porque se halla cansado de su soledad, y teme dejarse arrastrar por ese cansancio. ¡Qué torturante remordimiento tendría después, si por calmar su necesidad de amor dejara abandonada la revolución! ¿Cómo responder a su conciencia, si un día llegara la noticia de que Cuba era libre, y él no tuviera parte en esa loca alegría de quien ha contribuido a una causa grande?

Carmela... Pero si es cierto; cierto: se ha enamorado otra vez. Este trabajo sobre Céspedes, el padre de la patria cubana; el otro sobre la República de España; los propios estudios; sus notas: en todo lo que hace le asalta el rostro puro, grave de Carmela.

Ahora, recientemente, le ha ocurrido otra vez lo de Lima. El viejo general Godoy le ha escrito una carta. Al abrirla, Hostos ve con sorpresa dos billetes de banco. El anciano general le pide que acepte esa ayuda, y pone su casa a su disposición. Es tierna hasta cierto punto la carta del veterano combatiente;

pero ¿por qué? Con qué derecho lo hieren? ¿Pide él acaso algo? ¿No ha demostrado muchas veces que él no persigue otra riqueza que la libertad de hecho y de conciencia de sus pueblos? Acaso se disguste el buen amigo; pero debe devolverle ese dinero y decirle lo que siente.

Es doloroso: los hombres, hasta haciendo bien causan daño. ¿No es la vida otra cosa que eso: dolor, martirio? Ahora, por ejemplo, él debería abandonarse a la probable felicidad de ser amado y de amar; sin embargo, no puede. Reconoce, eso sí, que, de quedarse en Chile, nada logrará evitar que se rinda un día. Es una fuerza ciega, frenética, la que tira de él hacia sí mismo. Ya ha luchado, ha cumplido con deberes que nadie le ha impuesto, sino con su conciencia de Americano. ¿No podrá cumplir consigo? ¿Alguien tendría derecho a echarle en cara que ha faltado a su destino?

Aquí está otra vez la crisis; y lo grave es que no se siente con fuerzas bastantes para luchar. Le hablaría al padre de Carmela como le habla a Eduardo de la Barra, el cuñado de la amada; incluso le hablaría a la propia adolescente...

¡Quién pudiera nacer de nuevo en un cuerpo viejo!

Consciente, advierte que incluso físicamente necesita compañía: se cansa, le duele el cerebelo, se excita y teme que le sorprenda la locura. Empieza a desestimarse, y a huir de todos. Se le confunden los sentimientos y los pensamientos. El instinto llama sorda e infatigablemente en lo profundo de su ser. No hay remedio: solo Carmela puede dar solución al mal. Carmela... ¿Y Cuba? ¿Y la revolución antillana? ¿Y Puerto Rico, que espera de sus mejores hijos el sacrificio que la salve?

Carmela no lo deja entender; pero él sabe que, si le declarara su amor, aceptaría. La gente empieza a hablar, como en Nueva York, cuando se iniciaba el idilio con Candorina. Al fin, se deja tentar; ya es demasiado amarga la vida tan reprimida.

A solas con Carmela, la cerca, la acosa a preguntas.

—Antes me era indiferente —dice ella—; pero ya no.
Hostos insiste. Quiere saber si Carmela sería la mujer que busca.

—¿Amaría usted a un hombre pobre? —pregunta.

—La pobreza no es un obstáculo —responde la adorable adolescente.

Como en Nueva York, el miedo a que su vida íntima pueda entorpecer la de americano, le lleva a inquirir si ella podría comprender que ciertos hombres se deben a obligaciones ineludibles.

—Sí —afirma ella.

—¿Y se las recordaría usted misma?

—Sí —torna a responder.

—Entonces míreme a mí.

A Carmen le brillan los ojos. Hostos sabe ya que si declara su pasión, la hallará correspondida. Como en el caso de Candorina, como en el de Manolita, la seguridad le torna desconfiado. Pero escribe a su padre diciéndole que tal vez se case, porque, aunque dude, desea que sea cierto lo que su ser le reclama.

En días de tanta inseguridad interior, Hostos se deja llevar por cualquier signo. En Santiago ha habido un temblor de tierra, y el amor lo lleva a la casa de Carmen. No debió hacerlo. Comprende, tras la emoción de estar con ella, de no oírla, pero sentirla declarar su amor, que la pasión es fuerte y amenaza arrastrarle del todo. Entonces decide irse hacia Buenos Aires. Lo decide y no quiere hacerlo, sin embargo. Habla con el padre de Carmen, esperando de él una palabra, una frase sola que le indique si debe o no contar con el afecto de todos; y lo espera, porque esta familia Lastarria, tan admirable, tan digna, le ha demostrado siempre estimación casi fraternal.

El padre no dice que sí ni que no, y Hostos no sabe a qué atenerse. Pero como el padre le diga que, de irse, pase a recoger

unas cartas de presentación para amigos de Buenos Aires, él va y asegura que no tardará en partir. Carmela le mira fijamente.

—Usted no se irá —afirma.

De golpe, él ve su vida entorpecida, inmovilizada en Chile; y el miedo no le deja gustar la alegría de aquella especie de confirmación del amor que presiente. Pero no cesa: le dice a Eduardo de la Barra, en presencia de Carmen, un día después:

—Partiré el lunes.

Sin decir palabra, frígida, Carmela se levanta. De pronto Eugenio comprende cuánto dolor ha causado con tres palabras; se aterroriza de ser así, tan cruel; se le endurece todo el cuerpo mientras siente que materialmente le duele el corazón y que las lágrimas suben quemantes hasta sus ojos.

¿Por qué es así, siempre su peor enemigo, siempre el instrumento de su propio martirio?

Cuando vuelven al salón, Carmela, apartada, medio esconde el rostro. Hablan las hermanas, y alguna dice que Hostos nunca miente. Carmen levanta la cabeza:

—Miente a su manera —asegura.

Él comprende todo el valor de la acusación que late en esas palabras.

—¿Quiere decirme en qué he mentado yo, señorita? —pregunta.

Pero ella no responde; sólo los arrogantes ojos tiemblan y hablan.

A poco se comenta el frío. Hostos, disgustado consigo mismo por haber hecho sufrir a la amada, empieza a situar ese disgusto fuera de sí. Entonces, disimulando, dice:

—Para habituarme al frío dejé siempre la ventana abierta. Rápida, hiriente, la voz de Carmela se oye:

—Usted va a convertirse en una estatua de hielo.

Él fija allí su confuso estado: ella es injusta. ¿Por qué lo es? ¿No comprende que es él quien sufre más?

Y decide francamente irse, aunque le duela hasta el hueso.

8

Ha pasado un mes desde aquella noche amarga, y debe ahora irse.

A mediados de este frío agosto de 1873, escribió al padre de Carmela explicándole por qué había resuelto partir; y, durante algunos días, esperó que alguna solución venida de parte de Lastarria encaminara fijamente su vida. De la Barra le rogó que se encargara de disuadir a Carmen. Era duro el encargo. La crisis se prolongaba mientras Lastarria no respondía; al tardar el padre en contestar, decidió claramente alejarse.

Una resolución hace siempre bien, aunque sea la que menos quiere el corazón. Agotado de sufrir, se fue a Curicó, donde los Holley-Vidaurre, amigos generosos, le hicieron amables unos días. Ahora vuelve a cumplir su propósito. Comprende hasta dónde va a sentir esta despedida; sabe que deja tras sí la felicidad, y sabe que el deber que va a cumplir es problemático. Pero su sino es ese: darse hoy, mañana, después, sin que nadie note que tiene un corazón sangrante y que todo él reclama un amor, un afecto, un hogar.

La noche de la despedida es dura. Carmen está sentada en la sala. No habla. Sólo sus ojos fulguran, mientras el rostro todo enseña la extraña confusión de su dolor. Hay un momento en que Eugenio los ve llenos de lágrimas, y tiene que morderse para no llorar él también. Después ella entra en las habitaciones interiores, y De la Barra le llama, sin duda para que pueda hablar con ella; pero Eugenio ha decidido irse sin despedirse de Carmen. No podría, simplemente no podría.

Serena y hermosa, vuelve ella a pasar. Hostos se siente flaquear. ¡Hablarle, oh, hablarle! ¡Decirle algo! Desearía un pretexto cualquiera para hacerlo; mas ella vuelve a perderse, esta

vez en pos del té, y él no puede ya sufrir más. Una a una se despide de las personas de la casa.

Ya en la calle, su dolor y el descontento de sí propio son tan grandes que se conduele de sí mismo, por desdichado, por inútil para la felicidad; y tiene que contenerse para que al tropezar con las piedras del arroyo no le caigan las lágrimas que tiemblan en los ojos.

En su casa no sabe cómo estar. Allí encuentra la primera página de la segunda edición de *Bayoán*, que se queda empezada. Con las palabras de su héroe a Marién, cuando se marcha de Cuba, se despide él. Las escribe al margen: “Ni un suspiro, ni una queja, ni una lágrima”; y arriba: “A Carmela, Hostos”. Cuando llegaba a Chile quería que la gloria de esta edición iluminara a Manolita, ya lejana en el recuerdo; y he aquí que ahora sirve para anestesiar esta insondable tristeza de su partida.

Ya va a irse, definitivamente se va. Antes quiere hacerle en tierra chilena el último servicio al Continente, y se pone a escribir a la Academia de Bellas Letras para conseguir que formen la comisión que ha de buscar fondos con qué crear una universidad intercontinental.

Va a hacer las visitas de despedida que debe: Prado, el viejo general Godoy, los Matta, Robinet. Más tristeza; tanta, que se ahoga. Los niños de sus amigos, tiernos como retoños de jardín; los amigos amables, los buenos compañeros de ideales... Dura es la hora de partir en todas partes, pero es más dura que nunca. De España, de Francia, de Nueva York, de Cartagena, del Perú: parecen sumarse y agolparse al corazón, hasta dejarlo deshecho y amargado.

Al volver encuentra un retrato de De la Barra. Junto con él, modoso, gentil, todo discreto como ella, el mensaje dulce de Carmela, la prenda de su amor nunca dicho: un ramo de violetas. En la soledad de aquel cuarto donde no puede verlo nadie, lenta y ardiente, besa las flores. Al salir, camino de la

estación, lleva la pequeña esperanza de ver todavía la casa una vez más; y el carruaje se mete por otra calle, como si quisiera evitarle esa dolorosa alegría.

Unos cuantos amigos le esperan en la estación. Las palabras apagadas se pierden entre sonrisas dolientes. El raudo tren jadea, como si el dolor de un hombre le fuera demasiada carga.

Los primeros días en Valparaíso son sombríos. Nadie se acuerda de venir a despedirlo, como si cuanto trabajó aquí y en todo Chile nada valiera; pero después llegan cartas de anuncios, vienen a montones, y con ellas las duras de Puerto Rico. Son del padre y de antiguos compañeros. "Usted está perdiendo su tiempo y sus esfuerzos", dicen en síntesis. "El país no quiere ser libre, sino todo lo contrario".

Entonces, su sacrificios, este mismo reciente, que le ha destrozado la vida; sus sueños, sus noches de insomnio y de tortura, ¿no valen nada? ¿Ha sido vivir en las nubes lo que ha hecho durante tantos años? ¿Se pierde toda esa energía disipada en sufrir?

Vuelto hacia el retrato de Carmen, lo besa y se conmueve. Allí están todavía las violetas. No mereció ella tal dureza; no la merecen aquellos por quienes las hace.

A bordo del *Ibis*, sale hacia Montevideo. Lentamente, el barco va buscando los flancos de los cerros chilenos, que enseñan en el horizonte sus líneas gentiles y aéreas. Mirándolos, Eugenio trata de penetrarlos, de ganar el lejano rincón de Santiago, donde ella estará pensando, como él, en cuántos abismos profundos guarda la voluntad de un hombre.

Como si le arrancaran de raíz el alma, siente que le desprenden de su medio natural las férreas hélices que conmueven, ya en la noche, el agua mansa del Pacífico. Las luces de Valparaíso tiemblan en el horizonte.

Durante casi una semana, tras los primeros mareos, contempla las costas chilenas; después se abisma en las bellezas caóticas

que orillan los canales patagónicos. Entre amenazas y asombros, el barco va enseñando al viajero uno de los más extraordinarios espectáculos que puedan darse en la tierra. Eugenio hace apuntes. Escribirá sobre tal maravilla tan pronto como pueda.

Finando septiembre, el *Ibis* toma las embocaduras del Plata. En la noche se ven ya las luces de Montevideo. Tan pronto se hace el día, Hostos recorre la ciudad. Cuando la tarde se inicia vuelve a dejarla, ahora camino de Buenos Aires. El 29 llega. Desde lejos se recorta la ciudad ya populosa; y, tras el inconveniente de una varadura de su vapor, pisa tierra argentina. En el muelle, le espera Santiago Estrada, con una invitación de su padre para que se aloje en la quinta familiar. Pero antes, debe ir a la Opera, y ser presentado a Sarmiento —que preside la pujante Federación—, al general Mitre, a Rawson, Wilde: a todo, en fin, lo que sobresale en Buenos Aires. Oye *Aída*; y, cuando sale, festejado por las familias distinguidas, recibido con calor por los políticos y por los escritores, a pesar de las escasas horas que tiene en la capital, sale pensando en Chile, tan simplemente acogedor. Y cree que la tierra de Carmen es más hospitalaria, porque recibe sin ruido, y sin ruido se mete en el corazón.

Las despedidas de los periódicos chilenos que le llegan le conmueven; son cordiales, cariñosas. Aquí, en Buenos Aires, después de la brillante recepción, empieza otra vez a sentirse solo. Los periódicos le ofrecen trabajo; pero los que han de ayudarle en su propaganda por la libertad de Cuba se le muestran fríos. Sarmiento, el propio Sarmiento, tan gran luchador, tan grande idealista, le dice con su áspera franqueza:

—Sí, Hostos, es verdad; pero la Argentina tiene un voluminoso comercio de tasajo con La Habana. Yo debo cuidar el interés argentino.

Empieza a escribir. Escribe cartas para los periódicos chilenos y artículos sobre el problema cubano y sobre problemas del país para periódicos argentinos. *El Correo Español*, que

publica la colonia española de Buenos Aires, le pide discutir sus razones; y no responde, porque la petición no es tan digna como debiera. Pero después, y para inclinar a Sarmiento a la vez que complacer a J.M. Estrada, que le ha pedido un artículo, escribe su carta al Presidente del Perú, su viejo amigo Manuel Pardo, con la cual contesta una de Pardo y discute la idea del gobernante peruano sobre un Congreso de naciones americanas que ayuden a resolver la situación de Cuba. El periódico español habla sobre la carta; la elogia, e invita a discutirla. Hostos cae en el lazo. Cuando razona, los peninsulares insultan. Él calla. En esa forma no podrá nunca mantener una discusión de altura. Se calla por dignidad; pero empieza a sentir que al rededor suyo se hace una atmósfera pesada, asfixiante, como si lo creyeran menos capaz de lo que les pareció al principio, y como si pensarán que teme.

Le hace daño ese ambiente. Poco a poco empieza a disgustarse consigo mismo. Es lo de siempre; el medio tiene su eco dentro de él, y después él debe fijar la causa de su tortura en un punto exterior, para sentirse listo a la acción, luchador otra vez.

Se disgusta; y, del disgusto, le saca una invitación que Santiago Estrada le consigue para que visite el interior de la patria de San Martín. Recorriéndola, de frontera de progreso en frontera militar, de vía férrea en proyecto hasta límite móvil de los ríos, va pensando en el porvenir de este pueblo de pampas, llamado a tan grandes destinos en América. Escribe sus impresiones de viaje, lo mismo la que le suscita la contemplación de las iglesias o la Universidad de Córdoba, como las que obtiene en las remotas colonias que van poblando inmigrantes de todas las razas. En la pampa sin fin echa a rodar su corazón de americano. Pero hasta allá van a buscarle las noticias de la isla mártir: los españoles han hecho una carnicería con cubanos que apresaron a bordo del *Virginus*.

Al principio no las cree: tan duras son; después siente que le hierva todo el ser, y se encamina a Buenos Aires. De llegada, en estos primeros días del caluroso diciembre de 1873, se lanza a la lucha, sin demorarse siquiera a quitarse el polvo de la pampa.

9

La España que fusila en Cuba a los expedicionarios del *Virginus* es la republicana, la encabezada por sus antiguos amigos, por sus compañeros de la revolución de septiembre. Esta España es diez veces más culpable que la otra. Lo dice así en francés y en español, en todos los tonos posibles de la indignación. Le arde la sangre ante la crueldad del voluntario y del militar español. Todos los periódicos libres de Buenos Aires acogen sus clamores.

El de la colonia española se encrespa, llama traidores a los patriotas caídos e insulta a Hostos. Eugenio se revuelve. Un cura apóstata le apellida cobarde, “digno de abofetearle hasta hacerle salir la lengua por mentiroso”.

Hostos no puede resistir tal ultraje, y desafía al grosero ex tonsurado. Pero sus amigos interceden, escandalizados. Él no puede descender a abatirse con un miserable. Quien se debe a una causa tan grande está impedido de tener amor propio personal. Además, el apóstata anda buscando, hace tiempo, una oportunidad de congraciarse con los amos de su tierra, y sabe que nada le ganará la indulgencia de sus compatriotas como una bravuconada. Hostos insiste en que desea castigar al desvergonzado. Los Estrada —Santiago y José María— le suplican que olvide el insulto. Accede; pero, en seguida, empieza a socavarle el alma el disgusto de haber sido demasiado generoso con sus amigos. Se torna sombrío, amargado. Ni siquiera el trabajo de preparar la manifestación con que Buenos Aires había de consagrar sus simpatías por Cuba logra calmarle.

El mitin monstruoso se forma en un teatro. Miles de cabezas ondulan buscando con los ojos la bandera de Cuba que preside el acto. Guido Spano, con su barba abundante, con su talla crecida, con su voz metálica y serena, habla de Cuba; y lee las palabras de los diputados españoles que pidieron al Gobierno peninsular la vida de los expedicionarios. Hostos hace hervir el teatro con el acento digno y altivo de un antillano herido en la entraña. Mitre y Vedia lee un artículo del periódico español, en el cual se amenaza al pueblo de Buenos Aires que asista al acto. Enardecido, el pueblo se levanta y truena. Pide salir del teatro y desafiar a los arrogantes “metemiedo”, pasear por las calles su cólera y la bandera de Cuba. Ruge y clama la multitud. Hostos la encabeza y se echa al arroyo.

Las autoridades ven salir la manifestación monstruosa, que por momentos acrece y acrece, grita en vocerío ensordecedor, y pide justicia y libertad para la isla mártir. Desde el “Variedades” hasta la Plaza de la Victoria —donde se disuelve—, el gentío ululante va paseando la bandera de la estrella solitaria; y, cuando Hostos decide retirarse a su hotel, un grupo acuerda llevarle allí la bandera, en recuerdo de la tarde triunfal y como reconocimiento de su actuación en el mitin. A las voces de la calle, se deja ver en la ventana. Amigos y desconocidos le aclaman y le muestran la bandera. Alguien se asoma cerca. Es el Ministro de España, que se siente insultado por aquel acto, y reclama del Gobierno argentino que actúe contra tales ataques a lo que él llama la “dignidad” de su patria. Tras el acto, otra vez la tristeza. Ciertamente que se ha conmovido Buenos Aires y que el pueblo entero ha cantado sus simpatías por Cuba; pero es cierto también que, en las alturas de Palacio, la gente sigue pensando que “la Argentina tiene con La Habana un comercio de tasajo muy fuerte”.

Es penoso ver que todo esfuerzo se pierde en este constante batallar por una causa tan justa, tan digna, tan conveniente

a América. A los treinta y cinco años, el día que los cumple, se siente ya sin fe; y sólo de la conciencia de su deber puede sacar fuerzas para no rendirse.

¿Qué hacer ahora? ¿Escribir? Sí, escribir; artículos sobre los barrios de obreros en Buenos Aires; artículos sobre la necesidad de tender el ferrocarril trasandino, para que el comercio universal pueda cumplir sus fines en el sur; artículos sobre la función electoral; artículos, artículos... Pero ¿y su corazón? ¿Halla él acaso sosiego? ¿Seguirá resistiendo?

No; no puede. La soledad es venenosa como serpiente mala. Pasará toda su vida en eso: prédica, lucha, indignación, y no quedará de tanta brega ni una brizna menuda llevada por el viento. Se pierde todo, se perderá todo trabajo. Lo único conveniente a sus ideas sería ir a Cuba: allí pelearía, allí podría servir directamente a su sueño.

Pero, ¿serviría él acaso para hombre de acción? ¡Quién sabe! ¡Ah, su padre! ¡Y qué daño tan grande le hizo disuadiéndole de su vocación primera! Quería ser artillero, oficial de artillería. Ahora necesita ser elemento de guerra, y aquello que primero deseó le haría indispensable entre los bravos de Cuba libre.

La soledad es duro estado. Aquí, en la Quinta Guido, esperando que resuelvan sus asuntos económicos para irse, le acosa como nunca el recuerdo de Carmela; torna a sentirse igual que en los días del verano, justamente un año antes, cuando empezaba a amarla; y su tristeza crece tanto que se le llenan de lágrimas los ojos. Daría sangre por estar con ella ahora. Hacia el oeste, alzan su mole inmovible los Andes adustos. No se ven, no podrían verse jamás; pero Eugenio vuelve hacia ellos los ojos, como si ellos le pudieran dar un mensaje de la bien amada y mal perdida.

Triste, cada vez más. No le remedian consejos ni amigos ni sueños. Irse es lo que quiere; irse; hundirse en el campo

revolucionario. ¿Morir? Tal vez, morir. ¿No lo dijo Hamlet? “¿Morir? Dormir y nada más”.

La destructora crisis culmina por fin: se va. Los amigos, temerosos de la suerte que pueda correr, se apresuran a impedir el viaje. Hacen que se le nombre profesor de Filosofía de la Universidad; pero él se niega. Escribe una carta al Rector: “He venido a América Latina —dice—, con el fin de trabajar por una idea. Todo lo que de ella me separa, me separa del objeto de mi vida”.

Convencidos de que nada lo detiene, los amigos desean dejarle un grato recuerdo: Bartolomé Mitre le da un banquete en el cual se reúnen cordiales rostros. A la hora de los brindis, Carrasco Albano, el chileno, hombre de notables prendas, dice que Hostos es la única persona verdaderamente digna de aprecio que él ha conocido. Lo mismo que, cuando en la conferencia sobre Plácido en Nueva York, vio su trabajo premiado por los aplausos, así ahora siente que el sincero reconocimiento le hiera en vez de halagarle. Es una revulsión interior lo que siente, mezcla de cólera y de dolor. Al responder, las palabras que dedica a Carrasco Albano son duras; y el propio Hostos siente, al rato, haber sido tan inexplicablemente injusto.

El 22 de febrero, todavía bajo la canícula del sur, empieza el barco a desprenderse lentamente de los muelles bonaerenses. Es domingo, y los obreros pasan por el estuario mostrando sus trajes cuidados de los días de fiesta. Viéndoles, Eugenio se pregunta a dónde y a qué va él. La sensación de inutilidad de todo su esfuerzo es agobiadora, y no mata su fe porque ya no le queda.

Pero en el Brasil, en Santos, le exalta la naturaleza. Es Puerto Rico: sí Puerto Rico. Como en Mayagüez, las palmas se sacuden con lento sonido de cristal; los plátanos de graves movimientos son iguales que los de la isla; la naturaleza se

encrespa y crece aquí como allá. Desde Santos, desde Sao Paulo y desde Río, escribe sus cartas a *La Tribuna*, en las que estudia la recia naturaleza brasileña y los problemas de la esclavitud y de la monarquía. Otra vez, en este trópico que le recuerda el suyo, torna el sentimiento de la soledad a mellar su espíritu. ¿Es la falta de una compañera? Tal vez. En caravana pasan los recuerdos.

Un día le dicen que desde Nueva York va a partir una expedición hacia Cuba. Nervioso, temiendo que la ocasión se le escape, escribe: “Espérenme”, casi ruega. Y a fines de marzo, embarca para la agitada ciudad del Norte.

Mientras el *South America* va costeando el imperio enorme de los Braganza, Hostos va estudiando la geografía física del país. Piensa que es grande y hermoso porvenir el que le aguarda al Brasil; pero piensa también que los países de habla española hallarán siempre en el Imperio un obstáculo.

La verdad es que no sale contento de esta porción de América. La pervivencia de la esclavitud, la de la monarquía, aquella inexplicable exigencia de pasaporte español que le hicieron para recorrer el norte del país; la ninguna atención que tuvieron con él los escritores brasileños, a pesar de que había enviado desde Chile sus libros a algunos; pero sobre todo, su desconfianza, su falta de fe, su cansancio, le hicieron daño.

Del Brasil ha salido peor. Ahora va viendo la señora costa; y trata de ganarle, con la razón, la batalla al sentimiento amargado. Marea, como siempre; y, al mal moral, se añade el físico.

En Saint Thomas, se reúne con los puertorriqueños que tratan inútilmente de libertar a su isla. Habla con ellos, se anima. Pero a poco ha de seguir. Abril, con ese amable renacer de toda fuerza natural que parece surgir del corazón mismo de los árboles y de los seres; abril —ligero, brillante, fino, móvil— va más allá de mediado cuando, como cuatro y medio años antes, entra en Nueva York.

Entonces era otoño, otoño el triste; y, sin embargo Eugenio llegaba cargado de fe, brioso, con ímpetus y deseos de lucha. Ahora es primavera, primavera la vivaz; y llega agobiado, casi rendido, deseoso de acabar con su vida de torturas.

De 1869 a 1874, el cambio es grande. Sólo la conciencia del deber late en el fondo, vigilante, como si el tiempo no tuviera fuerzas para mellarla.

10

¿Se repetirán aquí los días de miseria que sufrió en Madrid? Ahora escribe para periódicos argentinos y chilenos; hace algún trabajo para el Comisionado de Chile, encargado de la propaganda de la Exposición que se prepara allá; publica algo en periódicos de Nueva York... Sin embargo, nadie se acuerda de que él es un ser, y, como todos los seres, una criatura con necesidades. Hasta el tabaco que fuma todos los días es obsequio de Molina, el joven y leal puertorriqueño; la habitación en que se hospeda, la debe desde varias semanas atrás.

Leer, pasear, escribir y sufrir: he ahí su vida. Debería estar en Cuba, combatiendo o muerto; en Puerto Rico sublevando la isla; y esta aquí, solo, abatido, sin horizontes posibles.

A Betances le escribió, cuando se enteró en Saint Thomas de que Betances y Quesada tenían lista una expedición que llevarían a Puerto Rico, pidiéndole que le dijera dónde debía incorporarse al movimiento; y Betances contesta diciendo que es falso todo, que los puertorriqueños no desean ser libres. Le ha vuelto a escribir, rogándole que haga algo por su isla; él es el indicado, porque en él tiene su pueblo una gran fe. “La independencia de Puerto Rico será imposible un día después de la de Cuba —afirma—. Sería una vergüenza si nos la hicieran extranjeros”. Le duele su soledad; y le duele que Betances, que Basora, que todos sus compatriotas piensen, como en el 69, que él es su rival. “Todos los elementos de la revolución, y el

país —dice—, están quietos; y nosotros, distantes y separados, los que deberíamos estar más unidos y hielo e indiferencia y ni un átomo de entusiasmo, y la patria vilipendiada y nosotros, ¡nosotros impasibles y nuestros cuerpos viviendo!

Desde que llegó otra vez a Nueva York, se siente extranjero, como si fuera ser de otro planeta. Al principio, tuvo la tristeza de ver a los viejos amigos recibirle con frialdad; después el dolor de comprobar que la anunciada expedición era falsa, como la que le trajo en el 69. ¡Igual, todo igual! Como entonces, la emigración se desgarró a suspicacias. Está aquí Aguilera, el Vicepresidente cubano, ahora arruinado, enfermo; y parte el corazón saber que este hombre, de conciencia tan brillante, esté sufriendo, hora tras hora, las consecuencias de mil intriguillas indignas de hombres.

Ya no puede más: es la verdad. Pobre, solo, rehuido, con la angustia de no tener noticias del padre, se entrega a la tortura de recordar, y piensa qué feliz hubiera sido al lado de Manolita, al lado de Carmela, en cualquier sitio donde hubiera decidido sembrar su vida y reforzarla en un afecto hondo y necesario.

Por momentos le llegan ráfagas de su antiguo optimismo: es cuanto recibe cartas en que le hablan de que se pueda llevar la lucha a Puerto Rico. Sólo la idea de la cercana acción le saca de su entrega a la tristeza. Entonces se precipita, hace planes, escribe, invita. Hasta casi se alegra. ¡Va a actuar; pronto actuará!

Pero ahí está la caída. Basora llega a decirle que no vale la pena seguir luchando: los cubanos van derecho a la anexión.

“Yo soy, anexionista —afirma—; pero no quiero que nos fueren a ella”.

Hostos se indigna. ¿Otra vez la anexión? ¿Pero es posible? Entonces es cierto; es cierto que cuanto ha luchado, cuanto esfuerzo ha realizado por esta revolución amasada con la sangre, ha sido vano del todo. ¿Vale la pena vivir para esto?

¡Qué agobio, Dios! El desencanto muerde todo su ser. Hace treinta y cinco años y medio que vino al mundo; hace más de diez que sufre sin cesar por sus más caros ideales. Con una inteligencia no común, con una cultura suficiente para ganar un renombre dondequiera, ha preferido venir al Continente a pasar hambre y a soportar injurias, suspicacias, ofensas de todo género, para poder vivir en paz con su conciencia, que le exige hacer libres a sus islas. ¡Libres...! ¿Y por qué? Porque la humanidad necesita de esos peñones para desarrollar normalmente su marcha hacia el progreso, hacia el bienestar, hacia la dicha de todos. Él no quiere patria para sí, sino para todos los hombres de la tierra; pero porque habla en nombre del sentimiento del género humano, exige esa patria, la reclama y trata de hacerla. Todas las torturas han sido pocas; todas las renunciaciones han sido escasas: ahora tiene que reconocer cuán infecunda vida ha sido la suya. Es para matar en un hombre hasta el deseo de vivir.

Está cansado, calado por el pesimismo. Ya no luchará más. Se irá a Europa, a estudiar, a formular un sistema de pensamiento que pueda ser útil a los pueblos; se retirará al interior de Alemania, a especular con la ciencia, a ser suyo, en fin.

Les escribe a Manuel Antonio y Guillermo Matta haciéndoles saber sus planes; pero, ya al final de la carta, siente que, desbravado, todavía puede hacer algo por sus países. Es una lenta alza de sus sueños; bien lenta, por cierto.

Habla con Aldama para que le facilite dinero con qué hacer la revolución de Puerto Rico; vuelve a hacerlo. Nada. ¡Dolorosa respuesta! ¡Nada!

De Cuba llegan noticias de disensiones, de disgustos. La emigración, por su parte, se disgrega cada vez más. Es entonces cuando se acuerdan de él; y le piden que reviva *La Revolución*, aquel periódico de sus primeros meses en Nueva York. ¡Sí, parece que nada cambia! Como años antes, dice que sí;

sólo que ahora nadie quiere ayudarle, porque, igual que él, los demás han ido perdiendo también la fe.

En tal estado, ¿importa acaso un sufrimiento más? Por algo se dice que los males llegan juntos; es mejor: ya está uno acostumbrado a padecer. Carta de su padre le avisa que su hermana Lola ha muerto. Es otro que cae en la familia. También Lola fue desdichada, como Engracia, como todos ellos. De aquella casta sufrida y señera, sólo restan su padre —el añejo tronco sin dobleces—, su hermana Rosita y él. La muerte poda con implacable diligencia.

La soledad no le quita todo el ánimo, y sigue penando por su Puerto Rico y por Cuba; pero ya no sabe cómo está resistiendo, y sólo el recuerdo de Chile, donde pudo ser feliz, halla albergue en su corazón.

En agosto 29, justamente el día que cumple un año de haber dejado a Santiago de Chile, escribe en su diario: “En cuanto a alimentos, habrá que acostumbrarse: ayer, en todo el día no he comido más que un pedazo de *beefsteack* por la mañana y un poco de pescado por la noche”.

Ha rogado cien veces a Aguilera que saque la expedición, que le diga cómo tiene que ayudarle para irse con él a los campos de Cuba; ha tratado de salir hacia Venezuela, hacia Santo Domingo; ha probado todos los caminos para morir como hombre o para ser útil a sus sueños. Pero la miseria entraba hasta morir; y esta miseria suya es casi denigrante. Ha tenido que aceptar un rincón en la habitación de Villaruel, y pasa hambre. “Vivo de limosna”, escribe el 7 de septiembre.

Para que no le aplaste el tiempo, escribe, escribe; y, junto con los recuerdos de su niñez, empieza el relato de su viaje al sur o estudia, en *Tres Presidentes y tres Repúblicas*, el estado del Perú, de Chile y la Argentina.

A Manuel Pardo —el amigo bueno que sigue presidiendo el Perú—, y al general Prado —que tal vez no tarde en

presidirlo—, les escribe cartas aconsejándoles que preserven para la tierra del inca la democracia, y pidiéndoles que le busquen dinero para irse a pelear a Puerto Rico.

Es desesperante esta inactividad en que sume la falta de medios para actuar. Las cartas de amigos de Chile, las de su padre, los recuerdos que parecen multiplicarse al conjuro de esta lluvia con que se inicia el otoño; todo lo que puede doler se va sumando a este mal de no hacer algo; y, junto con la imagen de Manolita, de Carmela, de Candorina, se confunde la nostalgia de Puerto Rico.

Espera que llegue el día de partir, señalado por Aguilera para dentro de poco; y decide no seguir utilizando la habitación del amigo chileno, porque ha encontrado un discípulo de francés que le paga cinco pesos semanales por dos clases. Come una vez al día; y, cuando ya se va acostumbrando a este horroroso pasar, el discípulo se ve impedido de seguir recibiendo dos clases. Pero él no desespera, porque el invierno que se anuncia no lo hallará en Nueva York. Aguilera le ha asegurado que salen dentro de algunos días, en este mismo noviembre de 1874 que se presenta tan sombrío.

11

Molina, el joven puertorriqueño que le es tan devoto, ha entrado ahogándose de alegría:

—¡Albricias, paisano! ¡Ya hay trabajo! —grita.

Eugenio, contento de que su amigo halle qué hacer, le felicita; pero Molina explica entonces:

—Es de usted de quien se trata.

Eugenio le oye contar cómo, habiendo estado en casa de Appleton para dejar un ejemplar del *Hamlet* de su amigo, le dijeron que necesitaban a un hombre de letras. Ha venido corriendo, y le obliga a levantarse de inmediato. En la casa le explican que desean un diccionario, y Hostos piensa en la

expedición: puede salir de momento; a pesar de todas las dilaciones que le han retenido nueve meses aquí, nadie esté seguro de que no saldrá. Imposible: tiene ese compromiso con Aguilera y consigo mismo. Un diccionario lleva tiempo, demasiado tiempo.

Pero Hostos está ahora de suerte: la casa le dará trabajo; de traducción de textos para las escuelas de la América española. Le pagan bien, veinticinco pesos a la semana, y no vende su tiempo.

Es realmente para estar alegre. Se dedica entusiasmado a su nueva ocupación; podrá abandonarla tan pronto tenga que enrolarse en la expedición, y así armoniza su necesidad de vivir como hombre de carne con la de vivir como hombre de ideas.

¡Pero si nunca vienen solas las buenas! Justamente cuatro días después, Mestre viene a pedirle que ocupe en *La América Ilustrada* el puesto que deja Piñeiro, que se va al sur. Le dará doce pesos y medio. ¡Una fortuna; una verdadera fortuna! Tras los meses de miseria, estos en que la abundancia agobia.

Ya era tiempo: desde noviembre hasta los días iniciales de febrero, cuando ha empezado a trabajar, sufrió privaciones que sólo se parecían a las de aquel Madrid hostil de 1868. El mal pasar autoriza a que nos humillen: por ejemplo, ahí está el amigo que le envió, precisamente por noviembre, un billete de veinte pesos con el ruego de que aceptara ese obsequio de un "hermano". Averiguó quién era, y le devolvió el billete. Pero no tardó en verse herido también por un hombre tan querido y tan admirado como Aguilera; se empeñó en que tomara cien pesos, dizque para comprar armas y ropas con que ir a Cuba. Le faltó poco para romper con Aguilera. Él iría a Cuba; pero sin aceptar un centavo de los cubanos. Llegó diciembre, y la ropa que llevaba encima estaba en estado tan deplorable que tuvo que encerrarse y no dejarse ver de nadie. Cuando

recibió a poco el dinero de sus colaboraciones en Buenos Aires, como esperaba salir de momento hacia Cuba, empleó el escaso dinero que le quedó, tras haber pagado sus deudas, en hacerse de ropa para los campos de guerra. Hizo arreglar sus zapatos, los mismos con que recorrió la Araucanía en Chile. Con el dinero le llegaron cartas de Estrada, rogándole que aceptara la cátedra universitaria rechazada allá; pero ¿cómo había de aceptarla? ¿No se había negado a servirla porque había resuelto ir a Cuba en son de pelea? Pues entonces pensaba igual, y sólo esperaba la hora de partir. Era frío en esos días el invierno neoyorquino, y la falta de abrigo le exponía a helarse mientras daba su paseo de la tarde. Se alimentaba tan escasamente que apenas podía sostenerse: por la mañana, agua de tamarindo con pan; por la tarde, una costillita de cerdo. Mientras, todos los periódicos latinos de la ciudad le pedían colaboración, y ninguno se acordaba de que el autor debía vivir. Sí, iban a verle los que se beneficiaban con su trabajo; y le hacían chistes y le rogaban, pero no se tomaban interés en saber si comía o no aquella incansable máquina de artículos. De noche sentía en todo su ser el paso lento de las horas, y el insomnio le hacía doler el cráneo, al tiempo que la duda de sí mismo y el deseo de acabar de una vez le martirizaban hasta no poder sufrir más. Miles de obreros pasaban hambre en Nueva York, era cierto; pero también lo era que él hubiera conseguido trabajo, aun muscular, con sólo proponérselo. No lo hacía. ¿Por apatía? No: porque la expedición no tardaría en salir, porque a cada amanecer se corría la voz de que ya estaba lista a zarpar. Ningún trabajo que le impidiera cumplir su propósito podía ser para él: prefería el hambre, la amargura de la soledad; el lento envenenamiento de pensar en sí, en los otros, en los suyos y en los que le herían.

Y ahora ya tiene trabajo. Este Molina gentil, tan cordial, tan devoto, ha hecho el milagro.

¡Trabajo! ¡Trabajo! Comer, vestir, salir, y no atarse del todo; y poder irse a Cuba cuando Aguilera venga a decirle que ya han de embarcar. Realmente, la vida es sorpresiva y se rinde a quienes no se le entregan.

El anciano Aguilera es uno de esos seres privilegiados por el infortunio, cuya sola presencia mueve a hondo respeto. Alto, de blancas barbas pluviales, escaso de carnes, un poco caído de espaldas, de voz profunda y grave, de ojos tristes y generosos. Hostos le ha visto entrar a menudo en su habitación, sentarse pausadamente, y llevar la frente a las huesudas manos. Ahora apenas tiene silla en qué sentarse; hace unos años, cuando empezó la revolución, era millonario.

En ratos de expansión, Francisco Vicente Aguilera le ha ido contando a Hostos cómo se inició en el movimiento, cómo se fue tejiendo en la sombra la red de la conspiración. Entonces, antes de 1868, él, Aguilera, se veía de toda Cuba, resplandeciendo en Oriente; y la gente sabía que, cuando estallara la revolución, ese hombre austero sería el jefe. Pero Céspedes se adelantó. Bien. Aguilera corrió a ocupar su puesto; y puso todo su prestigio, toda su fortuna, toda su fuerza moral al servicio de aquel que le había ganado como hombre y como patriota una jefatura que parecía indiscutible. Aguilera reconoció en Céspedes, de inmediato, al Padre de la Patria. Empezaron a poco los reveses, los vaivenes de las armas, y él los corrió todos. Designado Vicepresidente de la República que nacía, cumplió como el primero sus deberes con la revolución. Recordaba a menudo aquel acto heroico del incendio de Bayamo, y lo hacía con emocionado placer, él, que perdió allí gran parte de su fortuna. Llegaron después los días de la intriga. No se acababa la guerra; los años se sucedían con fatigante insistencia, y los españoles se empeñaban en no ceder a los cubanos lo que en justicia era de Cuba. Hasta que él salió de los campos en guerra, comisionado para recoger en la emigración

armas y municiones, escasas ya. Salió como Vicepresidente, y las emigraciones le trataron como aventurero. Todo se volvió entorpecer sus propósitos, negarle lo que pedía, echarle zancadillas. El noble anciano luchaba sin desmayo con aquel enemigo inasible que le atacaba por todas partes y que jamás daba la cara. Desde Cuba libre llegaban noticias de cómo se enconaban entre sí los hombres del Gobierno; y Aguilera sentía que cada palabra dicha envenenaba el porvenir de la revolución y corría, como ácido, su sangre. Hasta que circuló la voz cuchicheada, increíble y bárbara: Céspedes, el Padre de la Patria y Presidente de la República, vagaba por los bosques, depuesto ya; y la final, la que hacía llorar a hombres enteros: Céspedes había sido macheteado por los españoles.

Como quien camina con una lanza metida en sitio noble, Aguilera, mal herido por las noticias de Cuba, buscaba dónde echar tanto dolor. Recorría los centros de emigrados, pidiéndoles ayuda, rogándoles que se aprestaran a socorrer a Cuba. Lograba llegar cerca de la hora ansiada, lograba alistar-lo todo; y, en el último instante, llegaba el enemigo implacable, que entraba sin saberse por dónde, que dejaba caer en los oídos de los emigrados las palabras del mal, y se iba cautelosamente, sin dar el rostro.

Era la intriga sorda del que parece amigo, la más dañina. Debatiéndose en aquellos secretos y húmedos pasadizos que él no conociera en su vida, Aguilera, como ciego, no atinaba a realizar lo que ansiaba. Con la muerte de Céspedes, él pasaba automáticamente a Jefe del Gobierno; pero aquí, en Nueva York, sólo fue lo que antes: un emigrado batido en la oscuridad por los otros emigrados.

Hostos estima a este anciano noble y entero. Meses y meses ha pasado hambre para no fallarle el día que hubiera de venir a buscarle: Le prometió ir con él a Cuba; y, durante ese

tiempo interminable, Aguilera ha entrado en su cuarto a decirle, una vez, dos veces, tres veces, incontables veces:

“Será dentro de veinte días; será dentro de quince días”.

Y él esperando... Vio pasar los plazos, vio cumplirse otros, vio sufrir a Aguilera; estuvo en su casa, estuvo en todas partes con él, testigo de su *vía crucis*. Ahora ya puede esperar. Sabe que un día llegará; y le dirá, con su voz profunda y doliente:

—Listo todo, amigo.

Él se irá tranquilamente. Es allí, en Cuba, donde puede servir. Dejará su trabajo, dejará sus sueños, y se entregará, alegremente, a buscar la muerte en Cuba.

Ahora nota que los emigrados parecen revivir. Hay animación a su alrededor, como si todo cobrara ilusión al tiempo que él puede confiarse con serenidad a esperar. Raro, pero le buscan, le invitan, le quieren halagar todos. Hablan de crear un Club; y Aldama, que tan poco caso le ha hecho en otras ocasiones, le invita ahora y quiere tenerle a su lado, atemorizado por la idea de que la Sociedad que se ve nacer le haga sombra.

Es cierto: se animan los cubanos. Desde el 69 hasta ahora, sólo eso ha hecho Hostos: predicarles actividad, unión, conciencia de que en el pueblo reside el poder; al cabo del tiempo parecen comprender que nada buscaba para sí el predicador. Preparan un mitin. Hostos halla, ese 13 de febrero, la sala colmada de rostros vivaces o graves; hay también simpatizadores yanquis, periodistas, jóvenes estudiantes. Bulle la animación. Al entrar, muchos se acercan para decirle que su nombre anda en todas las listas como futuro secretario. Él se irrita: ¿por qué no para presidente? No es vanidad, sino propio conocimiento: allí no hay quien pueda mostrar más títulos que él. Camina entre cabezas que le cercan. Govantes, que preside la reunión, baja de la plataforma para saludarle; y le obliga a subir con él. Habla Govantes; dice exactamente lo que él en

su artículo sobre el 10 de octubre, escrito el año pasado: “Es allá, en Cuba libre, donde debemos celebrar esta fecha; no aquí, en la inactiva emigración”. Las voces nombrándole y pidiéndole que hable resuenan ya por la sala. Aguilera le toma del brazo.

—De usted lo espero todo —susurra.

Cuando se levanta, un vocerío recibe su figura. Es más bien bajo que alto, pero se imponen sus ojos de azul gris, enérgicos, graves, y todo su ser armonioso y correcto. Tiene que dejar ver que está incómodo por la bulla, para que hagan silencio. Entonces empieza a hablar. Todo lo que le han hecho sufrir a él y a Aguilera le sale ahora a los labios sin dirigirse a nadie, sin herir directamente. No pierde oportunidad. La emigración divorciada, comida de intrigas, no podrá llevar a Cuba libre nada mejor que lo que la Colonia deje. Colonos esclavizados, envidiosos y calumniadores, eso son todavía. Hay una Delegación, pero su poder no parte del pueblo emigrado, ni el pueblo emigrado hace valer su soberana autoridad sobre ella; sino que se deja dividir por la intriga y abandona a los buenos que sólo desean una oportunidad digna para irse a morir por Cuba libre.

La gente, frenética de entusiasmo, aplaude. Pío Rosado dice:

—Es la primera vez en mi vida que veo aplaudir a un hombre que fustiga.

Sí, en efecto, la emigración se rompe las manos aplaudiendo. Hostos sigue impertérrito. Comprende que esté pronunciando “el discurso más temerario” de su vida; y, aun hablando, le duele tener que decir verdades tan duras. Al acabar, entre el loco entusiasmo con que se le echan todos encima a felicitarle, se siente deprimido y disgustado. Esa noche no puede dormir.

Pasa un día, pasa otro, pasa otro. En los círculos cubanos no se habla sino de aquella candente pieza. A la semana aparece

un artículo en *El Correo* de Nueva York. Le ataca con saña. “Insultó a todos y a cada uno de los cubanos —dice—, y cuanto más se le aplaudía más los insultaba”. Molina se escandaliza, porque le parece que es demasiada calumnia la que se retuerce en el artículo de *El Correo*. Él siente dolor, un dolor mezclado con escepticismo. Quiso hacer bien, como siempre; y no le entienden: eso es todo. Los hombres defienden intereses, y él defiende ideas: he aquí por qué jamás se entenderían.

Al paso de los días, vuelve a leer el artículo; y entonces se resiente. Le arde la infamia. Escribe una carta dura, sin piedad, y la publica. Pero, como no está conforme, sospechando que es de Armas el artículo de *El Correo*, le escribe otra privada, más impiadosa todavía. Fue a buscarlo, para decirle de viva voz todo lo que le parecía de un hombre que la noche del discurso fue el primero en felicitarlo con calor; y que, después, se escudaba en el anónimo para herirle, pero no le halló. Al despachar la carta, Mestre la ve; y, de pronto, con lo suspicaz que lo han vuelto las intrigas, teme que Mestre sospeche que esta carta va a endulzar los términos de la pública. El pavor que tiene al mal pensar le hace mostrarle la carta. Mestre cree que es tonto enviarla. Ha sido una puerilidad; ¡pero hasta dónde le han llevado estos hombres, a él, que hubiera considerado años antes una ofensa a su conciencia dudar de otros!

Con cada cubano que entra en la redacción a felicitarle por la carta a Armas, entra para él un nuevo sufrimiento. Esta popularidad que le gana la polémica es una prenda valiosa de que en el fondo de sus compañeros revolucionarios está vivo el espíritu de la Colonia. Y él, por satisfacer su despecho y su ira, ha descendido hasta su nivel.

Es tarde ya. Al fechar esta última carta que escribe a su padre y a su hermana —28 de abril de 1875— piensa que cuando vea el sol ponerse una vez más, irá por el amplio camino del

mar en derechura a Cuba, muerte o alegría del sueño cumplido. Ha pasado estos dos días disponiéndolo todo. Envío los regalos prometidos a su ahijado chileno; y, con una emoción bien agria, ha ido escribiendo cartas para todos los que le dieron un instante de felicidad. La noche palpita afuera. Ha cumplido con los demás; ahora va a cumplir consigo mismo. Ordenando su memoria, se pone a escribir su testamento literario: cuanto escribió anota, y explica de paso dónde pueden hallarse muchos de sus papeles. Es posible que su producción pueda ser útil alguna vez. La divide en manuscrita e impresa. Al terminar agrega tres párrafos: “He escrito como he vivido —dice—, poniendo la conciencia en la interioridad no en la exterioridad. Así he sido juzgado y así seré juzgado”.

Piensa en su padre, enfermo y solo. Es duro darle este golpe. Cuando Aguilera llegó unos cinco días antes, y tomó asiento a su vera, con su mirada triste y su aire venerable, él acababa de recibir la carta en que su padre le decía qué enfermo se hallaba. Por esos días la Agencia de Cuba y Aguilera mantenían en la sombra su postrera batalla: Aguilera exigía que le devolvieran el vapor que había puesto a la orden de la Agencia; Aldama se negaba a entregarlo. La tragedia del anciano general, que destilaba sangre en pos de un camino para ir a Cuba, le acercó más a Hostos. Ya resultaba muy fuerte la vida para Aguilera. Hasta que meter en un asilo a sus hijos tuvo, porque no podía mantenerlos. Viéndolo en su casa, sereno y sin amargura para sus enemigos, Hostos admiró su grandeza sin medidas. Dormía al pequeño en sus piernas mientras evocaba a los otros, entregados a la disciplina fría de un asilo. ¡Oh, era mucho hombre Francisco Vicente Aguilera! Le dio a Eugenio las cartas que se cruzaron él y Aldama.

—Me iré aunque sea solo —aseguraba.

Hostos trataba de convencerle. De todas maneras, no se iría solo, puesto que él le acompañaría; pero había que esforzarse

en llevar a Cuba aquello que había prometido: la expedición, los recursos de guerra. No era nada llegar allí y tener que exponerse a las preguntas maliciosas de los combatientes; él, Eugenio, le defendería, y le defendería la merecida popularidad del general. No era nada morir a manos de los españoles, puesto que a eso iban; pero... ¿Y volver, si tenían que volver?

Obstinado, cegado ya en su desventura, Aguilera decidió salir como fuera. A casa de Hostos llegó aquella noche, a tiempo que éste se retorció en la desesperación que le dio la carta de su padre. Aguilera, con voz pausada, habló:

—He venido a despedirme.

Eugenio comprendió que a tal hombre no le era posible hacer otra cosa. Había tratado de disuadirlo; pero hubiera sido injusto negarle la dicha de irse a morir en Cuba. Aún dijo algo, poca cosa, sin fuerza. Después le mostró la carta de su padre.

—En mi situación, ¿qué haría usted? —preguntó.

Aguilera se puso en pie. Le temblaba la voz al responder, mientras sus ojos horadaban la profunda noche del pasado.

—En 1851 —dijo—, cuando Joaquín Agüero me dijo que todo estaba listo, yo le respondí que mi madre estaba enferma. No he vacilado ante sacrificio alguno; pero por nada hubiera hecho el de mi madre. Y yo era cubano y estaba en Cuba.

Todavía rogó Eugenio:

—Esperemos a ver si llega otra carta de mi familia.

—Disponga sus encargos para Cuba —respondió Aguilera.

—Yo iré —terminó Hostos.

Y va. Saldrán dentro de unas horas hacia Boston, donde tomarán la embarcación. ¿Está alegre, dolido? Difícil decirlo. Cuba es una tentación demasiado grande. Ciertamente, será un golpe muy fuerte para el padre: acaso piense que es un hijo desalmado.

El jueves 29 salen de Nueva York. Antes de iniciar la partida, discute con Aguilera: no es posible mantener el viaje en secreto. Durará por lo menos quince días; en quince días hay de sobra para que se entere el español. Aguilera aclara:

—Yo no quiero exponerle a la muerte.

—Es tarde ya —responde Hostos—. He dicho que iría, e iré.

Disgustado aún antes de la salida, se deja llevar. En el *Old Colony* embarcan; y ya desde ahí empiezan los temores. Con ellos van cuatro amigos y los seis marineros que manejarán el bote que el *Charles Miller* dejará en las cercanías de Cuba. Se dice que a bordo hay espías. A la siete de la mañana del día 30, se pega a un muelle de Boston el *Old Colony*. Los que han de llevarle al velero que hará la travesía no están, y hay que ir a esperarles a un hotel. Las horas se meten despaciosas. Sin habitación, los expedicionarios se abruman en el salón de lecturas. Entre tanta gente como entra y sale, Hostos, suspicaz, cree ver a innumerables conocedores de su secreto. Está realmente disgustado, y siente sobre sí el agobiador suceder de las horas, más largas que nunca. A las cinco de la tarde, llegan a buscarles. Van en coche hasta una estación de ferrocarril, orillera del río, y Eugenio, erizado de sospechas, ve en todo transeúnte un curioso atrevido. Esperando a otros compañeros tardan todavía media hora. Al fin llegan, y en un remolcador toman todos la dirección del barco.

El *Charles Miller* es un viejo velero, condecorado por los años, incapaz de enfrentarse a un mar enérgico. Entre frases burlonas, los marineros comentan el aspecto de su embarcación. Con un amargo optimismo, Aguilera dice:

—Ahora si viajaremos como príncipes.

Y tendrá razón: ir a la muerte en plena mar, salvarse del torbellino de intrigas neoyorquino, verse camino de Cuba es siempre un viaje principesco. Pero Eugenio no lo cree, porque teme al ridículo, su gran pavor, y sabe que nada lo salvará de él.

Anochece ya cuando el velero se da entero a la brisa. Parece volar sobre el río; pero en el infatigable mar inicia la loca danza tan temida por Hostos. Uno a uno, los hombres van cayendo mareados. Eugenio marea siempre, aun en agua plácida; y ahora, sobre todo, se siente peor. Protesta con violencia. Pero ni su protesta ni su mareo detienen el *Charles Miller* y las horas. Éstas son mortales: la noche se liquida entre amagos de tormenta, y empieza otro día, que acaba entre brutales ráfagas y giros locos del agua. Tres días así. Los expedicionarios sienten rugir el mar dentro de sus cabezas. Al cuarto, de noche ya, un marinero atareado entra. Es de los seis cubanos que han de conducir a los expedicionarios hasta tierra cubana.

—Nos han traicionado. Este barco está haciendo agua.

Explica después que el velero no sirve, que el capitán les ha exigido que ayuden a la tripulación o que habrá que abandonar el navío. Mandado buscar, el capitán confirma la noticia y propone arribar al primer puerto.

A los seis días de salido de Boston, el *Charles Miller*, como un viejo agotado por el esfuerzo, entra en Newport, Rhode Island. Hostos toma el primer tren para Nueva York. Va vencido por el miedo al ridículo; y, al llegar, se entera de que, sin consideración para los frustrados expedicionarios, la emigración comentaba, desde su salida, el probable fracaso del viaje. Hablaban sin tino, como irresponsables, aun sabiendo que esas charlas podían tirarles encima a los cañoneros españoles.

El regreso se acoge “como un triunfo para el Agente”. Hostos se muerde la entraña de dolor y de ira. Pero el día primero de mayo, escribe en su diario: “He cambiado de opinión; y creo que todavía aceptaré la nueva tentativa que está preparando el pobre general”. El día 12 confirma: “Han venido a preguntarme si estoy dispuesto a emprender otra vez la aventura. He dicho que sí”.

¿Locura? Sin duda: pero ¿qué otra cosa puede hacer aquel que ha perdido la fe en los hombres? El vértigo de la acción adormece la dolorida conciencia, y a veces sólo una locura puede darnos la paz que nos niega la cordura.

12

Emancipada de España en 1821, la parte oriental de la isla de Santo Domingo cayó en poder de Haití y estuvo bajo su dominación hasta 1844. Cuando algunos hombres excepcionales decidieron echar de allí a los haitianos y fundar la República Dominicana, hallaron que muchos dominicanos creían al país incapaz de gobernarse. Sin embargo, se hizo la guerra, y la República tuvo vida. Pedro Santana, que la forjó a machete, fue la figura más firme que salió de los campamentos; Buenaventura Báez, la más conocida entre los nuevos políticos. Los que habían hecho el espíritu nacional, los más puros, los más altos, tuvieron que emigrar o fueron liquidados en patíbulos. Entre Santana y Báez quedó la joven República, como una virgen disputada por dos gañanes. Cuando una revolución echaba a Santana del poder, llevaba a Báez; cuando lanzaba a Báez al exilio, retornaba triunfante Santana. En 1861, Pedro Santana sintió que envejecía; pensó en que sólo su brazo había detenido a los haitianos más allá de la frontera que marcaron sus tropas en los días de la guerra; acaso también pensó en que a su muerte, Báez quedaría dueño del campo; y los santanistas, a merced del poderoso enemigo. Lo que maquinó aquella ruda cabeza de soldado nadie podría saberlo; el caso es que su decisión fue insólita: entregar la República a Isabel II. Hizo que sus amigos firmaran una petición, y él mismo vio ascender la bandera de España allí donde minutos antes temblaba de dolor la que su machete había llevado en triunfos durante once años de combates. Los caudillos aceptaron el cambio: era el viejo espíritu de los que en los días de la

fundación creyeron imposible que la República viviera. De ese pesimismo estaban contagiados santanistas y baecistas; pero el pueblo tenía un concepto distinto. El pueblo recurrió a las armas, y la sangrienta guerra dio al país hombres nuevos; y con ellos, nuevas orientaciones.

Derrotada España tras algunos años de lucha, se volvió a las andadas: Báez fue llamado del exilio y ganó otra vez la Presidencia. Había muerto Santana, en las postrimerías de la guerra restauradora; y Báez notó, con verdadero asombro, que sus enemigos eran hombres distintos, con raigambre en el país, aunque sin la gran fuerza que necesitaban para ir al poder. No era ya Santana, sino los que sobresalieron en la contienda contra España, muchos de ellos totalmente ignorados cuando empezó. Para defenderse, Báez recogió la vieja bandera anexionista, a cuya asta se agruparon muchos de sus antiguos amigos y muchos de los santanistas; pero esa vez la anexión no buscaba una metrópoli en Europa: Báez propuso a los Estados Unidos de América, y empezó negociaciones con Grant. Los que creían en la capacidad del país para gobernarse —es decir, todos los nuevos hombres de la guerra restauradora, y muchos de los antiguos políticos de la lucha contra Haití— se aglutinaron y se fueron a combatir el nuevo proyecto. Esa fue la llamada “Guerra de los Seis Años”. Desde Nueva York puso Hostos su pluma al servicio de los revolucionarios de los seis años; varios artículos suyos condenaron el propósito de Báez y sus amigos, y aconsejaron a los políticos norteamericanos no aceptar las proposiciones del Gobierno dominicano. Báez cayó al fin; y, en el período anárquico que siguió a su caída, empezó el país a pedir insistentemente nuevos métodos, entrada en los cauces de la civilización, escuelas, gobiernos de orden: todo aquello, en fin, que había estado abandonado durante los veinticinco años de vida nacional. A partir del 68, muchos cubanos y puertorriqueños forzados a salir de

sus islas por la presión española se establecieron en la República Dominicana, y ayudaban con sus evidentes preparaciones superiores a la formación de ese espíritu público. Los gobiernos anárquicos acusaron a esas emigraciones de enemigas del orden establecido; las perseguían, las molestaban. Luperón, adalid de la guerra contra España, era el defensor de las nuevas ideas y el amigo de los emigrados. Luperón vivía en Puerto Plata, donde era tal el número de cubanos que un barrio entero de la ciudad acabó llamándose Cuba Libre; donde estaba Betances; donde se formaba, en fin, el núcleo de aquel movimiento popular que pedía progreso, escuela, trabajo. Acosadas, las emigraciones pensaron defenderse. Alguien aconsejó llamar a Hostos para que las ayudara. Recién salido de la aventura del *Charles Miller*, Eugenio María recibió las solicitudes de los asilados en Puerto Plata.

Finaba mayo de 1875 cuando entrevió, con las luces del amanecer, los perfiles rudos del Morro de Monte Cristy. Al cabo de tantos años, la luz antillana volvía a encender sus ojos.

Ahora está en Puerto Plata. Todavía le distancia de Betances el recelo del compatriota; y, en las escasas juntas que celebran una que otra noche, acaba Hostos por creer que Betances le rehúye. Puerto Plata es un hervidero de nobles aspiraciones. Con Luperón habla de todo lo que puede hacerse en el país; con los emigrados acuerda publicar un periódico que defienda los intereses de cubanos y puertorriqueños. Se fundan las *Ligas de la Paz*, núcleos del movimiento dominicano, que poco a poco va tomando formas definidas. Hostos las utiliza como tribuna del pueblo, para dar conferencias, lecturas; para ayudar a cuantos necesitan una ayuda moral o material; y para difundir su ideario de federación antillana.

De Nueva York, ha traído el trabajo de Appleton, con lo cual nada necesita de los dominicanos o de los emigrados.

Trabajando en el local de la Liga, se le presenta cierto día un joven puertorriqueño que desea hacer valer sus razones para no cumplir el servicio militar. Hostos le pide que llene un formulario. El joven responde que no sabe escribir.

—Debe aprender —asegura Hostos. Él mismo se prepara a enseñarle, y pensando cómo lograr que adquiriera con toda rapidez el arte, inventa su sistema de escritura geométrica, que años después habría de utilizar en la Normal de Santo Domingo.

Fundado el periódico, el Gobierno dominicano lo cierra; responde con otro, que queda cerrado también a poco; funda un tercero. El movimiento nacional pasa a formularse políticamente; y pide en el poder a un hombre puro, alejado de las luchas políticas. Luperón, aclamado por todos, se niega a aceptar la Presidencia. La reacción se hace más dura y persigue a los emigrados. Hostos debe irse; es el más resonante y el menos transigente de todos. El Club Cubano de Puerto Plata acuerda enviarle cien pesos para que atienda a su viaje, y le escribe una comunicación en la cual condena la violencia del Gobierno: "...examinando las razones que acaso hayan podido servir a éste de fundamento para imponerle la prohibición de publicar ningún periódico y su separación del país", el Club Cubano responde aplaudiendo su digna actitud y "el empleo de su inteligencia en favor de la libertad de Cuba y Puerto Rico".

Pero Hostos rechaza la oferta: ese dinero puede emplearse en algo útil: irá a la Capital, a tratar personalmente con los hombres del poder. Él no quiere dejar el país, aunque lo fueren. Desde Santo Domingo es más factible hacer la revolución en Puerto Rico. Se lo dijo a Aguilera, en carta que le escribiera recién llegado a Puerto Plata; le daba el plan, y considera más importante para Cuba sublevar a Puerto Rico que llegar a las costas cubanas con una expedición.

Algo consigue en la Capital, puesto que no sale tan de prisa como quería el Gobierno. Debe quedarse, luchando por un pueblo tan ansioso de civilizarse. Ha escrito, antes de que ocurriera el incidente con el Gobierno, un plan para crear Escuelas Normales que sean semilleros de los maestros que necesita el país. Ve irse el año entre las agitaciones políticas, un discurso aquí, una junta allí, una intriga allá. A poco de entrado el 1876 funda *La Educadora*, para “popularizar las ideas del Derecho individual y público”. El general Luperón le cede, para instalarla, un local de su propiedad. Se admiran y se estiman el dominicano y el puertorriqueño: al renovar la directiva de la *Liga de la Paz*, Luperón va de presidente y Hostos de vocal.

Pero nada puede hacer desde tal cargo: antes de un mes, en este claro abril de 1876, al caer de la tarde, el *Tybee* empieza a cruzar lentamente el Atlántico. Atrás queda Puerto Plata, la ciudad pequeña y coqueta, que parece vivir dentro del mar. Se ennegrece la mole grave del Isabel de Torres, y los colores alegres de las casas van confundiéndose, en la noche naciente, con los tonos metálicos del océano.

Hostos va en el *Tybee*, camino de Nueva York. Su sino es recorrer todo el surco americano. Y sembrar sin descanso.

13

De su viaje rápido —cerca de siete meses en Nueva York—, Eugenio no deja más rastros que sus artículos exponiendo los principios de la Liga de los Independientes. El 28 de noviembre de 1876 llega a Venezuela.

Ha querido hacer este viaje desde 1870, como si algo lo empujara. Y de llegada desea salir. Venezuela está abatida por la extraña dictadura de Guzmán Blanco, mezcla de gran señor y de caudillo vehemente, en cuya psicología revuelta se amadrinan las sombras y la luz. Caracas le gusta: “Uno de los

climas mejores que en el mundo físico conozco” —dice—; pero no puede sufrir la asfixiante atmósfera moral que esparce la dictadura.

Moviendo a los cubanos con sus encendidas palabras, escribe, discurre, y revuelve el ambiente. Es el paladín de la causa. Guzmán Blanco habla bien de él y quiere conocerle; pero Eugenio encuentra un rincón de trabajo amable —el colegio de su amigo Soteldo— y se da a la tarea de la enseñanza.

Entre los emigrados cubanos que mantienen en Caracas el entusiasmo de la causa, está el doctor Carlos Filipo de Ayala, de los deportados a Fernando Po, que logró huir de la infernal colonia africana. Es un hombre de modesta apariencia, buen patriota, que proviene de una familia nombrada. Como todo emigrado, se acerca a Eugenio y le invita a visitarle. Es noche de fiesta, porque los cubanos y puertorriqueños que viven en Caracas han querido festejar al luchador que llega. El doctor Ayala —patillas negras enmarcando una nariz correcta y unos ojos tenaces; largo cabello brillante, con algunas canas, y ropa descuidada— le oye con placer.

—No conozco la ciudad —advierte Hostos—; de manera que, si quiere darme el gusto de conocer a su familia, tendrá usted que buscarme en el hotel.

El doctor lo hace así. Es noche de domingo cuando llegan. La casa está bien puesta y nadie se ve en ella. Entra un cubano; ha combatido y habla de la guerra. Hostos le oye embebido, perdido en los incidentes de la narración. De golpe le llega la voz sonora y musical de una mujer. Le hace un efecto increíble aquella voz; y, cuando se incorpora queda deslumbrado. Debe ser la esposa del doctor la dueña de esos ojos de brillantes luces ante quien Eugenio se inclina admirado. Después, al levantar la cabeza, comprende que no puede ser la esposa: ésa está detrás, un poco en penumbras.

La madre de Belinda de Ayala es la señora María Guadalupe Quintana, también de ilustre familia habanera. En 1854, estuvo en La Habana Sir James Darrymple, miembro de una comisión que envió el Gobierno inglés a estudiar los detalles de un tratado comercial angloespañol. Sir James, prendado de la bella joven cubana, casó con María Guadalupe; y, tras un matrimonio de numerosos hijos, la dejó viuda. Casada después con el doctor Ayala, lo vio partir un día hacia el destierro; y, cuando él logró eludir la vigilancia y buscar asilo en tierra libre, ella salió de Cuba y fue a reunírsele. Dos hijos le dio el doctor: Filipo, muerto; y esta Belinda Otilia que impresiona a Eugenio de tal manera que el recuerdo de su voz y de sus ojos no le deja dormir esa noche de domingo.

Belinda Otilia es casi una niña; todavía no ha cumplido los quince años. Eugenio María ha traspuesto ya los treinta y ocho. Algunas canas trazan ligeros caminos blancos en su cabeza de oscuro color castaño; la barba enseña también algún hilo gris; sus ojos han cobrado un tinte acerado, aunque en el fondo tengan su pureza infantil. Grave, es a menudo jovial; y todo su continente trasuda virilidad. Habla con tono resonante, bajo, y sus manos expresivas acentúan ciertas frases. No es alto, pero se ve bien. Viste de negro, con cierto descuido.

Belinda tiene todo el encanto de las flores que empiezan a cobrar líneas. Los ojos negros, bajo las cejas brillantes y bajo el pelo numeroso y oscurísimo, relampaguean en el rostro de piel marcada, fina, sana. Es alta, imperial. De la cabeza a los pies se ve estatuaría.

En su segunda visita, Hostos oye a la madre hablar del problema religioso. Le habrán dicho, de seguro, que el visitante es bastante libre en esas zonas del sentimiento. Pronuncia mal el nombre del propagandista, y Eugenio le da una tarjeta. La lee la señora; y Belinda, al recibirla se la guarda en

el seno. Hostos se emociona y apenas puede hablar. No importa que ella toque el piano, que ella le queme con la mirada: es después, con la llegada del padre, cuando logra serenarse un poco y puede empezar a dejar fluir su palabra sobre Cuba, sobre Chile... Adormecida por esa voz viril está Belinda cuando Eugenio se dispone a marcharse.

—¿Tan pronto? —protesta ella—. ¡Si no son más que las diez!

Ya. ¿Es, esto que se inicia, el amor? ¿Por qué buscar sin descanso pretextos para verla? Sí, los busca; y, poco a poco, se va entregando a esa inefable dulzura de no luchar contra la pasión naciente; poco a poco, hasta que despierta un día con la sensación hiriente de que ahora abandonará su deber de antillano.

Cuando aparecen en su vida esos síntomas de desagrado consigo mismo, todo se le va tornando incomprensible, y hasta el aire que respira le asfixia. Se disgusta con Soteldo, el director del colegio. Hostos ha recomendado a un viejo cubano para algún puesto, y el trato de Soteldo obliga al anciano a retirarse; recomienda a otro, que no tarda en verse forzado a irse también: es despótico el director, y no considera debidamente las canas ganadas en las fatigas de la emigración. Hostos se acalora y renuncia.

Al dejar su puesto, sin tener de qué vivir en aquella ciudad agradable, pero agriada por la tiranía, torna —como en España, como en Colombia, como en el Perú, como en Chile—, a pensar en la fuga. Se irá. Sí; debe irse. Ahora sabe que está más enamorado que nunca; y, por lo mismo debe huir. Encadenarse, aunque sea con las dulces cadenas de los brazos de Belinda, es rendirse, es restar fuerzas a su lucha por las islas.

Va a casa de Belinda, a despedirse, listo a destrozar otra vez su corazón. Pero Belinda le envuelve con su brillante mirada pura, y Hostos siente que se está desmoronando su voluntad. Son mil gestos pequeños los que van haciéndole temer esta

pérdida dolorosa. Sabe que se va; y, por lo mismo, no le duele quedarse unos minutos más, para verla sonreír; otros, para oírla cantar; otros, para hacerla hablar.

Al despedirse, pasadas las diez de fresca noche caraqueña, dice simplemente:

—Mañana debía partir; ya no parto.

Poco a poco, el amor se va definiendo, con sus naturales alternancias de alegrías y desconsuelo, hasta que florece un día, y ya no es posible esconderlo ni a sí ni a los otros. Los padres de Inda se oponen con implacable saña a que su hija sea de un hombre sin fortuna, aunque ese hombre se llame Eugenio María de Hostos. Pero Inda no cede. Eugenio se ve envuelto en una vorágine de calumnias, acusado por puertorriqueños y por cubanos de querer abandonar la lucha, acusado por el doctor Ayala y su esposa de que hará infeliz a su hija. Se persigue con vigilancias irrespetuosas a los novios, con espionaje sobre sus cartas, con prohibiciones de salidas para Inda. Los padres disponen enviarla a un convento; y para cartearse tienen que valerse del amable madrinaje de Lola Tió, la poetisa puertorriqueña; y hasta en ese reducto cariñoso les persigue la maldad.

—Dice la gente que usted es mi querido, Eugenio —le hace saber Lola un día.

Desesperado, Eugenio escribe a su padre para que le envíe los documentos que prueben su soltería, la bendición y algún dinero. Mientras tanto, pretendiendo evitar a toda costa que Belinda vaya a Curazao para enclaustrarse, como ha decidido el doctor, Hostos se prepara a ponerla en manos de una familia de respeto, en lo que llegan los papeles pedidos y puede celebrar su matrimonio. “Belinda —escribe a su padre— es mármol excelente; y... si de él no saco una mujer notable ante el mundo, una esposa completa ante el hogar, desde ahora me atribuiré la mayor parte de la

culpa... Piense que yo tengo más miedo a la felicidad que a la desgracia...”.

—Con su fanatismo político, usted hará desgraciada a mi hija —le había dicho el doctor Ayala.

¿Fanatismo político?... ¿Lo era acaso querer con la raíz del alma ver a Cuba libre, a Puerto Rico libre, a las Antillas confederadas, cumpliendo su destino de nivel de ambos continentes americanos? No lo era: la propia Belinda estaba dispuesta a que nunca abandonara ese deber.

Aun en medio de su tortura por los que obstaculizan sus amores, tiene Hostos fuerzas para defender su ideal: de Nueva York llegan los periódicos con la noticia de la muerte de Aguilera. A él le tunde la ingrata nueva, y, enloquecido de dolor, empieza a escribir el *Retrato de Francisco V. Aguilera*, donde echa a raudales toda su amargura y toda su fe en la patria que lucha. Evoca, enternecido, la figura austera, noble y grave del anciano magnífico que fue Aguilera; casi se le ve andar en esas páginas; y se le ve sentir, padecer en plena carne a Cuba peleadora, confundirse en procura del camino para servir a la amada isla.

Es su ofrenda a la memoria de un patriota sin máculas; pero es también su profesión de fe y de optimismo por el futuro de Cuba y de las Antillas.

Mientras tanto, nota que va ganando la batalla de su amor: llegan los papeles, el dinero; llega también un nombramiento de rector de colegio para la isla Margarita, lo cual le garantiza lo necesario para mantener su hogar, y llega por fin el día de recibir en sus brazos a la amada. Al principio se niega a casarse religiosamente; dice que se irá al extranjero, y que allá esperará a Inda; pero los padres objetan que eso puede dar lugar a calumnias. Eugenio dispone irse y enviar poder para el matrimonio; mas el nombramiento de rector exige pronta ocupación del cargo y no puede haber dilatorias. En última instancia se

arregla todo: Monseñor Ponte, arzobispo de Caracas, le pide el privilegio de bendecir sus bodas. Acepta. Lleva de madrina a Lola Tió; y el día 9 de julio de 1877, mientras la madre de Belinda amenaza el nuevo hogar con toda suerte de infortunios, Eugenio besa por primera vez los ojos de una mujer en los luminosos de su amada.

Tras algunos días en La Guaira, se van hacia Nueva Esparta, en la pequeña y luminosa isla de las perlas. Una vida nueva se inicia. La inagotable ternura que ha estado destilando su corazón por más de treinta y ocho años, halla ahora dulce vasija en el pecho de Belinda.

Con el amor verdadero, todo cobra un aspecto maravilloso; y aquello que vimos durante años lo volvemos a ver asombrados de notarle algo distinto: es uno mismo quien ha renacido, y, al pasar a nuestro través, la vida se hace fecunda en nuestra sangre y pone, en cuanto nos rodea, esencia, espíritu de nosotros mismos. El amor nos torna dueños del mundo.

Tal se sentía Eugenio, camino de Nueva Esparta.

14

Asunción es un grupo de viviendas, pequeñito rincón del mundo donde no puede haber sitio para la felicidad. El matrimonio escoge como vivienda una vieja construcción española; y los vecinos molestos por la libre conciencia de Eugenio, que combate la intromisión de la Iglesia católica en la vida civil y privada, perturban la paz del matrimonio haciendo sonar, en la alta noche, cadenas y maderos, o simulando voces de ultratumba para asustar ala joven esposa.

Belinda va pasando con tropiezos de niña mimada a mujer responsable. Ligeros disgustos, menudas resistencias a la disciplina que desea Eugenio, hacen sufrir al marido. Se separan por unos días, cuando ella va a pasarlos a una casa amiga, muy cerca; y Hostos le escribe sin descanso, mientras

hace los exámenes. Ella se ha ido para reponerse algo de vago quebrantos; y él halla pedazos del diario de su esposa, y se enternece.

A pesar de los moradores de Asunción, la vida apacible, casi agreste, les hace bien a los dos. Ven cruzar los meses, en cadena monótona, hasta que pasan a Puerto Cabello, donde Hostos dirigirá un colegio.

Aquí se hace ya difícil vivir. Apenas les alcanza el dinero para sostenerse; y la calumnia, el odio de los vecinos, que ven en el maestro un enemigo de la religión, les persiguen sin tregua. Una mujer, acreedora de Hostos, dirige la sorda campaña. Sufren, a pesar de su amor.

La revolución ha estado perdiendo fuerzas desde algún tiempo; y, obligado a vivir para Inda, Hostos, perdido en la soledad de Asunción, no ha tenido el contacto necesario con los centros de emigrados para seguir paso a paso las peripecias de la guerra. Nada le dice su conciencia, porque es justo que quien tanto les ha dado a los otros vuelva un poco los ojos hacia sí. Pero ahora, previendo que está al iniciarse un nuevo capítulo de la historia antillana, y sintiendo que desde su matrimonio anda en pos de otro camino para ser útil, decide enviar a Inda a Mayagüez.

Al iniciarse abril del 1878 se va la esposa. Lleva cartas para Luperón, el incansable adalid dominicano; y para Blanco, el puertorriqueño. Ambos deben estar en Saint Thomas.

Soñando con Inda, echándola de menos a todas horas, imaginando cómo habrá sido el viaje, y cómo el recibimiento de la joven esposa en la casa paterna, Hostos ve pasar los días. Temeroso de que sus acreedores le persigan, espera con angustia carta de su padre, y, sobre todo, de Inda, para saber si ha llegado bien y si está a gusto en su nuevo hogar. En eso se reciben las desconsoladoras noticias: Cuba ha sido pacificada. Eugenio cree ver en ello una benéfica casualidad, puesto que

ahora podrá entregarse, sin restar fuerzas a su ideal, al trabajo de sostener su hogar, que no tardará en acrecentarse.

Cartas de Luperón y de Blanco —la primera, llena de la natural gentileza que pone el restaurador dominicano en cuanto hace; la segunda, comunicándole que son falsas las noticias de Cuba—, le hacen sospechar que Inda ha llegado, puesto que la había instruido para no enviar las que le diera para los dos amigos sino después de hallarse en Mayagüez. Ella no escribe: ¿por qué? ¿No comprende que en este escenario donde se movió en los últimos días, todo, desde el vasto mar inquieto hasta los lejanos planos de la cordillera, desde el sol clarísimo hasta la noche prieta, todo la recuerda, todo hace evocarla?

¡Por fin llegan sus noticias! Está en Mayagüez, y cuenta la cálida recepción, en la que hasta el negro de la casa participa. Eugenio se emociona, aunque no tarde en volver a su estado anterior: teme; sospecha; tal vez le sustraigan correspondencia, acaso le lleven a los tribunales por la deuda. Piensa en Inda, en su porvenir... ¿Qué hará? ¿Irse a Curazao a fundar un colegio? ¿Irse a Santo Domingo, volver a Nueva York? ¡Inda, Inda, Inda! Es una mezcla diabólica de temores, de vagas esperanzas, de desalientos, de sospechas. Lee, y sufre; pasea, y sufre. Trata de analizar su confusión: la verdad es que le falta Inda, nada más que eso: le falta ella. Si evoca a la madre muerta, le parece que doña Hilaria es Inda encarnada; y hasta piensa en que bien podría ser: ¿no nació su amada el mismo año que murió la madre?

De tal estado se puede salir, se debe salir, de lo contrario acabará deshecho. Lo decide: irse. Se irá.

En el *Lotharingia* toma pasaje. De paso por La Guaira mira embelesado los balcones del hotel donde pasara su luna de miel un año antes, y siente que padece menos. El *Lotharingia* se arranca de las costas venezolanas. Hasta que son una línea imperceptible en el remoto horizonte, las está viendo. Después, el

mar; después, un punto azul que va creciendo, hacia el nordeste. ¿Puerto Rico? Sí: Puerto Rico. Ese terrón glorificado por el vivo verde tropical, abrigado por el bravío sol; eso que enseña unas eminencias de vagos tonos azules, es la isla amada, por la que tanto ha padecido. No tardará en llegar a ella. Se arrimará cautamente el *Lotharingia* al puerto de Mayagüez, y él volverá a tener entre sus brazos a Inda, a don Eugenio, a su hermana Rosita; vivirá los plácidos días de su infancia, otra vez cobijado bajo la grave casa paterna.

Y llega; pero no se atreve a desembarcar. A un amigo que se acerca, y que apenas le reconoce, le da una carta para Inda y para el padre, y se pone a esperar que la hermana y la esposa lleguen mientras don Eugenio recaba de las autoridades el permiso para bajar. La espera deshace sus nervios. Quien llega, al fin, es el amigo, a decirle que su padre, Inda y Rosita están desesperados, temerosos de que algo desagradable ocurra, y que le piden no exponerse, no desembarcar. No es cierto que Inda esté enferma: es el estado, simplemente, le hace saber el padre.

Horrible día. Al caer la tarde retorna el amigo para traerle un dinero de parte de don Eugenio. Siente el barco desprenderse, ve temblar las luces de la plácida ciudad; y poco a poco va alejándose de aquello que más quiere, de lo que ha venido a ver, aún a costa de todos los riesgos. Una mujer que va a bordo se queda mirándole.

—Ése es Hostos —dice a su compañero.

El otro observa. Al fin asegura:

—Se parece, pero no es él.

Ahora empieza Eugenio a temer: es posible que a su paso por San Juan quieran sacarle del vapor. Mientras está en la hermosa bahía, sospecha y espera lo peor; y todavía cuando empieza el *Lotharingia* a remover las límpidas aguas donde se reflejan los cocoteros, tiembla de aprensión al ver acercarse una lancha con bandera española y dos hombres de malas

caras. Hay revuelo en el vapor; pero salen, por fin. Las costas puertorriqueñas, bellas como hechas a propósito, se van desenvolviendo en una interminable exposición de maravillosos espectáculos, bebidos ávidamente por el proscrito que las ama hasta la raíz de su ser.

El día 7 de junio, llega a Saint Thomas. En las quebradas callejas de la ciudad anda en pos de noticias de sus amigos: Luperón está en Santo Domingo; Blanco en Puerto Rico. Desorientado, busca la manera de trabajar en comercio o de hacer algo que le permita reunirse pronto con Inda. Blanco le escribe diciéndole que no vaya a Puerto Rico, pero otros le aconsejan que lo haga. Se dispone a ver al Cónsul español, para pedirle garantías; pero duda... No sabe qué le conviene hacer.

Exiliados cubanos pasean por los silenciosos y finos callejones de Saint Thomas; y él oye con dolor las canciones en que se evoca a la patria perdida, y piensa en Inda, en todos sus años desventurados, en su vida trunca, ahora sin rumbo. Dentro de algunos meses le nacerá un hijo... Un hijo, ¡un hijo! ¡Y él que quería darle patria a ese hijo!

Mordido por la nostalgia, se pone de noche a escribir los *Cuentos a mi hijo*. Inda se mueve en ellos como un ser ideal; y el hijo florece en las virtudes que el padre le desea.

En Saint Thomas está Vicente García, el de la acción de las Tunas. Hostos ignora los últimos acontecimientos en que ha tomado parte el general, su rebelión en Las Villas, su manifiesto de Santa Rita, su maniobra para ir a la Presidencia; y va a verle. García y el jefe de su Estado Mayor dicen conocerle mucho de nombre. Hostos nota con suspicacia que un oficial de la Marina española entra y se trata con los emigrados de manera harto familiar; y que Vicente García, según sus palabras, ha recibido cuarenta mil pesos de los españoles. Le impresiona mal, y no desea verle otra vez; pero tornan a juntarse, allí donde no podrían estar sin verse. El general le visita; y, entre

palabras confusas, le habla mal de todos los grandes de la revolución, con cierta amarga reticencia que le duele a Hostos. Explica a su gusto el Pacto del Zanjón, y dice que quiere y puede volver a encender la guerra. Hostos se le ofrece, pero el general sospecha que Hostos quiere dinero. ¡Dinero, él que ha servido a Cuba diez años sin costarle un centavo! Es triste: los hombres son como son, incapaces de limpieza mental.

Y Belinda no escribe. Como en aquellas horas terribles de Puerto Cabello, en que sólo vivía para esperar la llegada del vapor que le llevara cartas, así ahora: sin cesar escribe a su esposa, a su padre; sueña con traerla o con ir donde ella. Desesperado, pide a don Eugenio que arregle su vuelta a Puerto Rico, puesto que, pacificada Cuba, nadie puede pedirle ya más sacrificios.

Se va al fin. En Mayagüez, en el hogar dispersado por la muerte, donde sólo Rosita y el padre han esperado por años el gran día de la vuelta, Hostos encierra en un abrazo a los únicos seres que alimentan con amor su corazón. La sombra de doña Hilaria Bonilla de Hostos debe sonreír desde algún amable sitio del viejo caserón donde ella amó y sufrió.

Los padres de Belinda están en Santo Domingo. Las noticias que llegan de la isla hermana son vagas y a veces siniestras. Hostos decide irse allá, porque ha prometido llevar a Belinda a sus padres y porque no puede vivir en Mayagüez. Hubiera ido a La Habana, para terminar su trunca carrera de abogado, complaciendo así a su padre mientras buscaba un medio decoroso de vida; pero es imposible soportar la callada injuria que le infiere el Gobierno español de la isla. Nota cerca de sí la desconfiada vigilancia, y, sobre todo, ve padecer al pueblo, hundido en la ignorancia, en la falta de humanidad de los que de él viven, en la miseria física y moral. Se va: no puede.

En la República Dominicana han cambiado ligeramente las cosas: alrededor de Luperón, los que creen en el vigor del

país para vivir, progresar, civilizarse, se han reunido bajo el nombre de “azules”; los restos del viejo anexionismo se llaman “rojos”. Tras lucha sin reposo, los “azules” han puesto el poder en manos de Luperón, negado a aceptarlo, y que lo tiene ahora provisionalmente, mientras se encamina el país por sendas de paz. En meses, se enderezan instituciones, se crea una atmósfera de entusiasmo, se organiza la lucha política, y se disponen elecciones.

Recibido como mensajero de amor, Hostos propone de inmediato la magna empresa, la gran obra que ha de transformar al país, “la única revolución que no se ha hecho”, allí donde, desde hace treinta y cinco años, no se han dejado de realizar las peores: propone crear, no “reformular” —por cuanto no existe—, la escuela dominicana. Habla con fe, con bríos. Ahora le parece entrever que la verdadera libertad de estos pueblos americanos está en superarse por la escuela, en ganarse a sí mismos, en vencer la propia ignorancia, que a tantos males les conducen.

El Gobierno provisional le oye; y Hostos inicia un viaje de estudios, mientras se prepara a ser padre. En agosto 26 del 79, en medio de la atolondrada brega por sacar de la nada todo lo necesario para ver hecho realidad su sueño, le nace el primogénito: se llamará como su padre y como su hermano: Eugenio Carlos. Entre Belinda y Hostos hay otra razón de amor.

Todo hay que improvisarlo: desde la ley para crear la Escuela Normal, hasta los útiles escolares; desde los muebles hasta los textos. Hostos imagina una nueva escuela, en la que se apliquen los principios de los grandes pedagogos, modificados por su propio criterio, con la cual pueda formarse el espíritu de este pueblo, huérfano de toda dirección moral. Hay que forjar mentes y almas, aprovechar la rica cantera que le ofrece el hombre de la calle, inteligente y bien dispuesto, para encaminar su vida hacia fines de verdad y de belleza.

Quiere una escuela que haga hombres para la humanidad, no que enseñe a vivir de lo aprendido.

Él sabe que lo que debe hacer, lo que sueña llevar a cabo es empresa difícil: tiene que utilizar toda tribuna, toda ocasión, todo resquicio para ganar adeptos a su causa. Como en una cerrada sociedad medieval, la Iglesia mantiene el gobierno del espíritu dominicano, y la escolástica se regodea como si jamás hubiera sido combatida en la tierra.

Al fin, tras la campaña para destruir las menudas intrigas, las opacas voces que auguran males en la sombra, se iniciaba la obra magna: el 14 de febrero de 1880 se abre el libro de inscripciones de la Escuela Normal de Santo Domingo. Cuatro días después, con la austera modestia de todas sus cosas, Hostos, entre unos pocos discípulos tímidos, empieza a trabajar. Será después día grande en la historia dominicana, acaso, para los mejores, el más grande. Con las primeras palabras del maestro de grave porte y amable voz, empiezan a forjarse la patria mental y la patria moral. En la planta alta de la misma casa, la joven madre espera que el esposo suba. Seguramente le contará con velado timbre las emociones de la inolvidable mañana.

Creado ya al germen de la futura sociedad, hay que hacerle ambiente propicio; y a eso va Hostos cuando escribe, con cualquier motivo; cuando habla, cuando propone nuevas instituciones. En el Instituto Profesional, que tomó con el nacimiento de la República el lugar que en la Colonia había tenido la Universidad, abre cátedras de Derecho Público, Constitucional e Internacional; forma la Asociación de Profesores; dicta textos y empieza a organizar la ciencia de la Sociología. No descansa. A la guerra que le declara el ultramontañismo, responde altivamente, volcando sobre las atolondradas cabezas tonsuradas todos sus conocimientos, en lenguaje fogoso y agresivo. Los beatos miran con cierto escrúpulo a ese

hombre extraño, que no va la iglesia, y que, sin embargo, predica y hace lo bueno.

Con lo que enseña de Moral Social, y —en general— de Moral, va creando un nuevo espíritu, un ignorado sentimiento del deber de ser hombres enteros, que gana para siempre las conciencias de sus alumnos y que se difunde poco a poco desde la Normal hasta el pueblo.

El padre Meriño, arzobispo, que ha sido elegido Presidente de la República, y empezó combatiendo las ideas de Hostos, acaba por sumarse a sus admiradores y partidarios; y preside él mismo el acto de la fundación de la Normal que instala en Santiago de los Caballeros, la ciudad más importante del interior del país.

Mientras tanto, no descuida el hogar: a Inda, que tenía escasa instrucción cuando entró a embellecer su vida, le va formando un espíritu glorioso y una mente activa; la va cultivando con esmero. No en vano se lo dijo a don Eugenio. Y le nace otra hija, Luisa Amelia, de mirada brillante y negra, como la madre. Hostos la bautiza, desde pequeña, “Todaojos”.

El país ha respondido a su empeño: de todos los rincones le van llegando discípulos y prendas de gratitud; las sociedades de provincias le hacen socio honorario o le envían diplomas de reconocimiento. Los discípulos más aventajados reúnen con amoroso cuidado sus lecciones diversas, con las cuales llegarán a publicarse algún día muchas de sus obras. Se halla a gusto. En las vacaciones viaja, para conocer mejor la patria de sus hijos. Escribe con asiduidad; y, cuantas veces lo hace, enseña o endereza.

La plácida vida de la vieja ciudad de los Colón, con sus calles pedregosas y enyerbadas, de casas bajas, gruesas paredes y ventanas enrejadas por barrotes de hierro; con sus templos imponentes y sus recias murallas cercándola, es buena para el descanso y para la recoleta vida que él exige. La gente es cordial; y

los vicios nacionales, el chisme y la calumnia, no pueden traspasar el umbral de su casa, templo de estudio y de meditación.

Metódico él —y buena administradora, Belinda— algo economiza la familia, a pesar de que en tiempos de crisis su sueldo se queda en el aire, a pesar de que al padre le envía cantidades que, en ocasiones, llegan a la mitad de lo que percibe.

De noche se recoge temprano. Para sus hijos —y no tardará en nacerle el tercero, a quien llama Rosa Inda, como su hermana y como su esposa— compone piezas musicales, inventa juegos, escribe algunas páginas. Es padre y maestro a un tiempo; y Belinda ve deslizarse amablemente su vida a la sombra del ser extraordinario que le ha dado el destino. Ella le ayuda. Así, cuando el doctor Ayala, reconciliado ya con el yerno a través de los nietos, regala a su hija un solar en San Carlos, fuera de la ciudad, en una altura que mantiene batida la brisa sana del mar y la generosa de la tierra, Belinda se las arregla para economizar lo bastante con que construir una casa. Hostos respetará esa casa como propiedad de Inda. Con los años, los mismos acontecimientos que acabarán su vida arrasarán ese hogar.

En el Instituto Profesional crea otra cátedra, la de Economía Política; y trabaja activamente porque la educación se trasmita a la mujer. Una poetisa y mujer de excepción, Salomé Ureña de Henríquez, hará realidad este sueño, hombro a hombro con él y ayudada por los discípulos de Hostos, los hermanos Henríquez y Carvajal: Francisco, de quien es esposa; y Federico.

El ideal político no se abandona: cada discípulo acaba siendo un fervoroso defensor del sueño de las Antillas confederadas; y, en cada corazón de esos, tiene Cuba un altar. En general, toda fiesta se aprovecha para ir creando el sentimiento de la solidaridad americana; y las fechas gloriosas de los países hermanos y las nacionales son comentadas por su pluma, en artículos que leen con avidez sus propios rivales.

La enemiga de los que ven en La Normal y en su fundador, un peligro para la sociedad, no cede terreno; pero llega por fin el gran día de probar la bondad de su método: el 28 de septiembre de 1884, tras cuatro años y medio, casi cinco, de tesonera labor, se realiza en un acto solemne la investidura de los primeros maestros normalistas. Son seis jóvenes* que van a difundir por la República el nuevo ideario de civilización, de moralidad, de confraternidad continental, de noble patriotismo. Los altos dignatarios de la nación se congregan en la Normal presididos por el que preside la República. Los rostros graves, enmarcados en patillas señeras o en barbas cerradas, dan al acto un tono inquisitorial. La noble fiesta transcurre pausadamente. Entonces Hostos se levanta. Es vibrante y metálica su voz, la voz del triunfador.

—“Han sido tantas, durante estos cuatro años de pruebas —empieza—, las perversidades intentadas contra el Director de la Escuela Normal, que acaso se justificaría la mal enfrenada indignación que ahora desbocara sobre ellas”.

Pero él no puede hacerlo.

—“Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despojando de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado” —afirma.

Poco a poco, su palabra altiva y noble va exponiendo el interior del gran espíritu de donde parten. Recordando un episodio del cual fue testigo en los Andes chilenos, relata el caso de la alpaca que logró salvar el abismo al cual parecía condenada; y se compara con aquella alpaca, que miraba tranquila

* Se trata de Lucas Tomás Gibbes, José María Alejandro Pichardo, Francisco J. Peinado, Félix Evaristo Mejía, Arturo Grullón y Agustín Fernández Pérez (N. del E.).

la inmensidad y no se amilanaba ante el peligro, acrecido por la gritería de la turba de enfermos que vociferaba abajo.

Ha triunfado, y su voz puede ser elocuente y justa sin ser dura. Sus más encarnizados rivales, encabezados por el padre Billini, benefactor dominicano, reconocen su triunfo. ¿Qué más? Tiene encaminada ya la mente del país. Puede reposar, puede pensar en sí, y puede llorar en la soledad la muerte de su hija Rosa Inda, que apenas llegó a vivir.

En la tierra donde esta sembrando ahora su sueños, siembra también su sangre. ¿Llegará el día venturoso de la cosecha? Sólo pensarlo es ya un dolor, porque toda esperanza implica duda, como toda vida lleva en sí la muerte.

15

En los recios días de la campaña restauradora, cuando los dominicanos andaban batiéndose como fieras por echar de su patria a las tropas de Isabel II, se inició en la vida de las armas un jovenzuelo a quien llamaban simplemente Lilís. Su nombre era Hilarión Level*. Bravo, astuto, logrero, Lilís fue forjándose una reputación de buen oficial; y siguió después, en los enconados pleitos de la “Guerra de los Seis Años”, la suerte de su jefe, Luperón. A medida que su nombre se difundía desde los campamentos hacia el interior del país, Lilís fue descubriendo cualidades de mediador, de organizador, de político sagaz, y, sobre todo, de buen conocedor del alma dominicana.

A los que ignoraban la fuerza de su carácter les parecía que el oficial de Luperón era simplemente un instrumento del General, y él los dejaba en la creencia. El caso es que, a su sombra, empezó a ganar peldaño por peldaño las posiciones políticas que habían de llevarle al gobierno del país. De los vivaques salió llamándose Ulises Heureaux; pero el pueblo

* Era hijo natural. Luego adoptó el apellido paterno Heureaux, y el nombre de Ulises (N. del E.).

siguió apodándolo Lilís. Lo mismo que su modelo, se hizo un nombre a su medida: el apellido de Gregorio Luperón era, en realidad, Duperrón, hasta que decidió cambiarlo por el que había de presentar a la historia.

Durante el gobierno de monseñor Meriño, Lilís —Secretario de la Guerra— se mostró a un tiempo conciliador y férreo. La ley dijo que se fusilaría a los rebeldes en armas, y Heureaux lo hizo; pero la Ley no impedía a un ministro hacer política, y Lilís la hizo. Hábil para ganarse amigos, acabó siendo el verdadero dueño del poder. Realizó una administración ejemplar, y se retiró, en apariencia. Al gobierno que le sucedió lo trabó de tal forma que lo echó en tierra; después dio el rostro y se aposentó en Palacio como en casa propia.

Con el visible inicio de una dictadura que encabezaba un hombre tan complicado y tan astuto como Lilís, el partido “azul” empezó a desmoronarse; sus principios, a perder fuerza; y el país, a dejar marchitar las esperanzas que había alimentado. Desde su rincón de la Normal, Hostos ha estado observando. Y calla.

Dos fuerzas nacen simultáneamente: la que él incuba, con amoroso empeño, en sus alumnos; la que desata Lilís, con implacable saña, desde el poder. Hostos parece no hacer caso: seguirá trabajando, como si no existiera en frente la terrible verdad. De estos mozos que le oyen con celo, ha de salir la verdadera libertad dominicana, base de la futura Confederación de las Antillas; y es en ellos donde se forja insensiblemente el porvenir. Hay que enseñar: esa es la medicina. De Chile le piden que vaya a ayudar la difusión de la enseñanza, lucha en la que está empeñado el Gobierno; pero él no quiere desamparar a sus amados discípulos quisqueyanos, que tiemblan ahora junto a un abismo siniestro.

Mientras tanto, otro hijo le nace, Bayoán Lautaro, que enlaza en su nombre los del primer indio de Borinquen que

dudó de la inmortalidad española y el del indomable cacique de Araucanía.

A fines de noviembre de 1885 llega a Santo Domingo un hombre que ha hecho resonar a filo de machete las conciencias de América: es Máximo Gómez. Hostos le da la bienvenida, y le oye contar episodios de la Guerra Grande, o hablar de los problemas de Cuba, en cuyo amor comulgan ambos. Lilís, sospechoso de que la gloria de Gómez sea un obstáculo para sus fines, le persigue y encarcela. Hostos escribe a Luperón para que interceda: “Nadie puede ayudar al general como usted —dice—, y lo que usted no esté en capacidad de hacer no hay quien pueda lograrlo”. Hostilizado por sus compatriotas, Gómez tiene que irse a Nueva York.

En febrero de 1886, Hostos presenta su segundo grupo de maestros normalistas. En su discurso de ese día el maestro afila ya las armas con que sus discípulos habrán de combatir la amenaza que se cierne en el horizonte de la patria. Todo él es un argumento contra la maldad y la torcida conciencia. El propósito de la educación —dice— es formar hombres de dignidad. Su palabra tiene un ligero tono de tristeza.

—“El hombre no es hombre si no es bueno” —afirma.

Él siente el negro porvenir, y corre a atajarlo.

—“Cultivar la razón para aplicarla al mal es el crimen más odioso que comete el hombre” —asegura—. “Elevarse en la escala de los seres para no tener conciencia de su altura es demostrar lo inmerecido de la elevación... El hombre no ha sido concebido para ser instrumento del mal, sino para ser obrero concienzudo del bien”.

Cuando sus palabras se apagan tras temblar en los corazones que ven, como él, la tragedia cercana, la voz del Ministro de Instrucción Pública* se adelanta al juicio de la posteridad:

* Domingo A. Rodríguez, según Bernardo Pichardo en su *Resumen de historia patria*, 6^{ta} ed., Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1974, p.252 (N. del E.).

—“Creíamos haber fundado una escuela más, y es que hemos echado los cimientos del edificio moral e intelectual más sólido que se ha levantado en la República”.

El padre Billini, su implacable enemigo de antaño, afirma:

—“La Escuela Normal es una verdadera fuente de moral y de progreso”.

Pero ni la Normal ni su creador pueden descaminar el doliente destino dominicano, que se va cumpliendo con fría implacabilidad. Lilís señorea ya en el país. Es el más fuerte, es el más astuto; y los hombres se le van rindiendo uno a uno. La isla moral en que se halla Hostos se reduce cada día. Él confía en el porvenir; la semilla que arroja nacerá, y un árbol frondoso surgirá de ella, un árbol a cuya sombra se acogerá en no distante porvenir esta sociedad sufrida y amada. Sigue escribiendo, sigue enseñando. Publica, en 1887, sus *Lecciones de Derecho Internacional*, que no tardan en ganarle aplausos continentales y europeos; y, en los primeros días del año, le nace su quinto hijo, cuarto vivo, Adolfo José. Como a los anteriores, le escribe una marcha que le canta todas las noches al dormirlo en las piernas.

El 17 de abril, presenta Salomé Ureña de Henríquez el primer grupo de maestras normalistas que sale de su taller de civilización, el Instituto de Señoritas. Siete años de apostolado han sido suficientes para que su siembra vaya ampliándose; ahora es la mujer la que se suma. Desde este pedazo de isla, podrá un día hablar a toda América por la boca agradecida de sus discípulos. En el discurso que pronuncia con motivo de la investidura de las seis primeras maestras normalistas*, persiste en querer atajar el mal que llega, y torna a insistir en que la verdad conducirá a los hombres al fin de bondad y de belleza perseguido. Que no se desaliente nadie, que nadie pierda la

* Se trata de Altagracia Henríquez, Luisa Ozema Pellerano, Catalina F. Pou, Leonor M. Feltz, Mercedes Laura Aguiar y Ana Josefa Puello (N. del E.).

fe. Relata cómo una vez, en el Pacífico del sur, se vio él perdido, y cómo un golpe de mar sacó al barco del peligro.

—“Con hojas podridas se hace una isla. ¿Quién la hace? La fuerza, perseverando. Con verdades se hace un pueblo. ¿Quién lo hace? La verdad apostolando. Ni mares, ni sirtes, ni ventisqueros, ni caos, ni torbellinos os arredren: más allá de la tempestad está la calma: con hojas se hacen tierras, con verdades se hacen mundos” —asegura.

Todavía tiene fe, la tendrá siempre. Construyendo sobre los sólidos cimientos de la ciencia, de la moral, un pueblo ha de surgir de esa masa atropellada que llena los montes, los barrancos y las pretenciosas ciudaditas de la República.

Las vacaciones de ese año las pasa viajando. Envía a su familia a Mayagüez, para que el abuelo conozca a los nietos. Mucho ha luchado con el padre por hacerle salir de Puerto Rico; pero el anciano encuentra siempre manera de quedarse en la tierra donde amara y sufriera tanto. Adolfo José, el último de sus hijos, enferma en Mayagüez, y él se atemoriza. No es sano el niño; lo mejor es tenerlo consigo.

Cuando la familia retorna halla a Hostos perplejo: el Gobierno de Chile, presidido por don José Manuel Balmaceda, le pide que vaya. Yéndose, se libraría del espectáculo doloroso de la tiranía que ve crecer a su alrededor; pero ¿y su obra? ¿Y sus discípulos? ¿No sería cobarde abandonarles, ahora que lo necesitan más que nunca? Él siente que son sus hijos: cuando uno de ellos se quitó la vida*, escribió algunas de las mejores páginas que ha dado; cuando otro estuvo enfermo, lo llevó a su viaje de vacaciones por el país, cuidándole como a carne suya. Sabe que uno sólo que pierda es un golpe irreparable para el porvenir de su sueño, y que su sueño importa tanto al país y a las Antillas como la propia vida.

* José Francisco Pichardo (1837-1873), discípulo de Hostos, aquejado de lepra, se suicidó (N. del E.).

No: no se irá. Seguirá trabajando como antes, hasta que le asfixie la atmósfera de la tiranía.

En 1888, el Congreso Jurídico Internacional que se reúne en Lisboa le hace miembro, reconociendo los méritos de sus *Lecciones de Derecho Constitucional*. Por otra parte, los hombres de fe le ruegan que no ceje, que no les abandone: él es una fuerza moral incontestable; y el propio dictador, con su voz meliflua y su tono de extraña cordialidad, pide que no le molesten.

—Esa es una luz —dice—. No me la dejen que se apague.

En cierta ocasión desea verle. Al entrar Hostos, grave, altivo, Lilís —sonriente y cuidadoso de las reglas de urbanidad— se cata de que no se ha descubierto ante su visitante, y trata de excusarse:

—Lo recibo como Napoleón a Tayllerand, señor Hostos, con el sombrero puesto.

—Ni usted es Napoleón ni yo soy Tayllerand —responde Hostos cortante.

Queriendo oponer instituciones al desorden que socava desde arriba, crea la Normal Nocturna para obreros, que atiende él mismo, restándole horas a su descanso. Ese mismo año publica parte de su Tratado de Moral, la *Moral social*.

Es su última trinchera. No ha perdido la fe; pero nota que en su torno todo se desgaja; que florecen el crimen, el cohecho, el soborno; que los más austeros se entregan a la tiranía; que las familias se dispersan en la deshonra; que los altivos caen en encrucijadas de sangre. Y, con el alma deshecha, acepta las proposiciones renovadas del Gobierno chileno.

La sociedad dominicana hace toda clase de esfuerzos para evitar su viaje, y le da pruebas vehementes de su estimación. Él emplea su ascendiente moral en dejar seguros a los discípulos: al enfermo le recomienda cuidados; al padre de alguno por cuya salud teme, le escribe rogándole que lo deje descansar. También a Belinda le hiere la despedida: deja a sus padres, ancianos ya.

Cuando embarcan en una goleta que va a Curazao, desde donde pasarán al Istmo a fin de hacer el viaje por el Pacífico, todo Santo Domingo se agolpa para decirles adiós. Es diciembre de 1888. Como en aquel viaje por el Caribe, camino de Cartagena, cruza otra vez el mar de sus islas.

Pero ahora no es el joven impetuoso y confuso de tales días. Ahora ya puede mirar con cierta nostalgia el pasado. En la ciudad que cubren los árboles cuyas copas mece la brisa invernal, ha dejado la más laboriosa de sus siembras. La vela de la *Leonor* es como un pañuelo gigantesco que dice adiós a sus discípulos queridos, a sus nueve años de trabajo, a la tierra osamenta de Rosa Inda, a la patria de sus hijos.

16

De todos los países que le han dado albergue, fue en Chile donde mejor se halló Hostos. El ambiente sereno, cordial, fino, gentil; el normal desenvolvimiento de las instituciones; el firme sentimiento americanista que alimentan sus hombres; la capacidad de trabajo, el orden íntimo y general, le hacen sentirse a gusto en la patria sureña, donde los afectos no caducan. Sólo el clima le desagrade.

A principios de febrero, el *Colombia* entra en Valparaíso. En quince años, mucho ha sido el adelanto de Chile. Él se complace en notarlo, y se llena de esperanzas.

Tras la cálida recepción, el forzoso evocar sus días de propagandista y de enamorado, de sus tristes días últimos de Chile, pasa a Chillán, el rectorado de cuyo liceo le confía el Gobierno de Balmaceda.

En Chillán, a trabajar de inmediato, a reformar, a implantar los métodos que cultivara y perfeccionara en Santo Domingo. Y lo mismo que allá, a interesar al pueblo en el destino de la escuela. Todo lo remueve, y en todo pone su amplio sentido de lo americano, su ideal de patria unida para

todo el Continente. La Academia Carrasco Albano, que lleva el nombre del que fue su gran amigo en Buenos Aires, le hace su presidente honorario. Pero dura poco en Chillán, porque el Gobierno lo lleva a Santiago, a hacerse cargo del rectorado del Liceo Miguel Luis Amunátegui y de la Cátedra de Derecho Constitucional en la Universidad. Sólo por el clima y por la salud de los suyos echa de menos las Antillas; y, cuando le llegan de allá pruebas de la confianza dominicana, se entristece. En Chile hay una situación bastante confusa: el Presidente y el Congreso no se avienen; y Hostos empieza a notar el enrarecimiento en la atmósfera. Pero no teme: Chile es país de orden y de instituciones.

El Congreso Pedagógico de 1890 le elige director. Escribe y trabaja por la reforma de la enseñanza y, en general, por cuanto pueda interesar a Chile. Nota que va dedicándose con especial preferencia a los temas de lo que es ya su profesión. Igual que antes, torna a ocupar su puesto indiscutido entre la intelectualidad chilena. El Ateneo de Santiago le nombra director; y va viviendo una vida normal, menos ajetreada que en Santo Domingo. En junio, el día 12, le nace su primer hijo chileno, a quien llamará Filipo Luis Duarte, reuniendo así en el primero y el último nombres al padre de Belinda y al padre de la patria dominicana.

No puede olvidar a sus islas. En las frecuentes cartas que le escribe a Federico Henríquez y Carvajal, el más solícito de sus corresponsales, le habla de su nostalgia por Santo Domingo, por el sol, por la brisa antillana, por su hogar de San Carlos. Evoca los días de fiesta en aquella casa, y las funciones que hacía representar a sus hijos con las deliciosas comedias que les escribía; padece con la suerte del país, cada vez más violentado por la tiranía. Ve que en Chile se están agriando los problemas, y al fin asiste, asombrado, al estallido revolucionario, que pone parte de la Armada y del Ejército

contra el Presidente, en apoyo del Congreso. Le parece increíble que eso ocurra en tierra tan serena, tan institucional, tan encaminada. Tanto le sorprende y le duele, que se iría a Santo Domingo; pero Santo Domingo empeora por día; y Chile, aún padeciendo las consecuencias de la revolución, es todavía muy pueblo de sus leyes.

No deja de escribir, especialmente para periódicos dominicanos y para chilenos, sobre educación o sobre temas cualesquiera de interés. En el Liceo va implantando su plan de reformas, creando sus nuevas materias, como la Geografía Evolutiva y el Manejo de Globos y Mapas, o lamentando, en actos públicos, la muerte del gran chileno y grande amigo que se llamó Manuel Antonio Matta, jefe del partido radical.

El 23 de febrero de 1892, nace su hija María Angelina. Le apena ver a sus hijos confiados, sin saber que lo que el mundo ha de reservarles a los hombres del futuro es muy amargo. No está a gusto. De tarde en tarde le cruzan por todo el ser decaimientos de fe y de vigor. Piensa que le hace falta el sol antillano; que los años acaso estén haciendo mella. En ocasiones no puede escribir a sus amigos, por no hacerlos sufrir.

Para los días del cuarto centenario del Descubrimiento de América se pone a escribir artículos innumerables, sobre Colón, sobre su hazaña, sobre la República Dominicana, su sociedad y sus hijos. Es la nostalgia que le cala hondo. De tarde en tarde recibe alguna carta de Betances, que está en París; de Luperón, de amigos que se han disgregado. Tal parece que sus sueños han de morir de soledad. En Santo Domingo persiguen con saña a los normalistas y a la Normal. No recibe respuesta a muchas cartas que escribe, y se desalienta, sin sospechar que los destinatarios andan rodando por las cárceles de la tiranía por ser fieles a las ideas que él les sembrara en la sangre.

Con ese tono de vino añejo que dan los años, su prosa es levemente triste y chispeante cuando escribe de algo que mueve a gracia; serena y grave cuando estudia algún problema. Soñó con ir al concurso del Centenario de Lima, pero sin que se supiera que era él: ¿acaso el recuerdo de Manolita? Quién sabe: los recuerdos viven en la carne del hombre.

La Universidad abre un concurso para los mejores programas de Geografía y Gramática Castellana; él se lleva los premios, como antaño se llevara el de la Exposición.

Su familia va desarrollándose. Belinda es madre amorosa, muy llena de celo por sus hijos; pero todos evocan con cierta ternura dolorosa la vida de las islas, y sueñan con irse, porque el clima no les cae bien. Sólo el amable carácter del chileno, que ha tornado a su nivel normal después de la cruenta revolución contra Balmaceda, los retiene en esta tierra de tan duros inviernos.

Los niños estudian. Hostos emplea las horas libres de trabajo en pasear por el Jardín Botánico, en leer. Es ameno, pero no puede decirse que sea hombre de muchos amigos. Con los años ha perdido ímpetu, pero no por eso ha ganado serenidad. Aunque benevolente y tolerante, es irascible. Todavía, como en sus días de España o en los anteriores en este Chile tan querido, le eriza cualquier movimiento que vaya contra su dignidad.

De todo el país le llegan a menudo pruebas de estimación, diplomas de miembro honorario de asociaciones culturales, afectuosos recuerdos en cartas de sus viejos amigos. Muchos han ido cayendo, segados por la Implacable. El golpe de la tierra que cae sobre cada ataúd amigo resuena en su corazón.

Nueva vez le eligen director del Congreso Científico; y en todo acto donde haga falta una voz autorizada, le solicitan.

Va así, viendo fluir la vida en su torno, hasta que un día, a principios de 1895, llega la gran noticia: Cuba se ha sublevado.

Tras una paciente labor de años, de meses, de días, de horas, de minutos, José Martí ha formado el Partido Revolucionario y ahora lo lanza a la lucha, esta vez definitiva. Se alza una llamarada gigantesca en la isla mártir. A su resplandor pasa, solemne y alto, “el cadáver sagrado de Martí” y se enrojecen los machetes de Gómez y Maceo.

Electrizado, como en los días del Decenio, Eugenio María de Hostos se yergue y tiembla de emoción.

¡Ha llegado la hora esperada de la gran cosecha!

TERCERA PARTE LA TRISTE COSECHA

1

Media julio de 1898. Veintidós años atrás hacía el mismo camino el hombre que ahora entrecierra los ojos, buscando, en la atmósfera gris que emerge del mar, un signo de la cercana tierra. En aquellos días angustiosos llegaba a Nueva York por tercera vez. ¿Habrá cambiado mucho la ciudad? ¿Será el mismo pueblo laborioso, respetuoso de la libertad ajena, de los principios que establecieron sus fundadores, el que ahora hormiguea en la urbe gigantesca? Sus acorazados bloquean los puertos cubanos y puertorriqueños; pero han de estar allí en son de hermanos liberadores. No puede ser de otra manera. Si esta nación poderosa burlara el espíritu de la democracia que ella misma estableció por vez primera, el rudo golpe acabaría por hundirla.

El viajero repasa sus conclusiones: en cuanto pise tierra, ponerse al habla con la Delegación cubana, para concertar los medios de llevar a cabo lo previsto en el Artículo inicial de los Estatutos del Partido Revolucionario; conseguir, mediante convenio, que el Gobierno americano ponga en manos del pueblo puertorriqueño los recursos militares que le hacen falta para derrocar el poder español; facilitar, por la cooperación de los habitantes de la isla, la acción militar libertadora de las fuerzas americanas; crear un organismo político que represente a Puerto Rico y que pueda asegurar los derechos del pueblo al respeto y reconocimiento de su soberanía.

No se llama a engaño el viajero: sabe que Puerto Rico no tiene la menor idea de lo que hará con su libertad y que la intervención americana deberá durar allí todo el tiempo necesario para enseñar a los isleños el uso de las instituciones que aseguren la libre vida del pueblo; pero como teme que la secular pasividad puertorriqueña autorice a pensar que sus compatriotas no desean ser libres, quiere atajar el mal haciendo que se reconozca, desde antes de empezar, la obra de las fuerzas armadas americanas, el derecho de su pueblo a disponer de su destino.

Lejos andan ya los días de impetuoso optimismo. A Luperón le escribió desde Santiago de Chile, hace tres años, diciéndole en dos palabras lo que pensaba: si la independencia de Cuba sobreviniera sin que Santo Domingo estuviera libre de la dictadura que todavía padece, Puerto Rico seguiría esclava y la soñada confederación se tornaría un sueño imposible.

Eso teme. Luperón no está ya en este mundo. El aguerrido caudillo que encarnaba tantos grandes ideales reposa para siempre en la tierra que libertó a machete y defendió celosamente de nacionales y extranjeros; Lilís amenaza eternizarse en el poder, y las noticias de Santo Domingo que le han llegado indican que la tiranía hunde cada vez más sus raíces en las propias entrañas del pueblo, corrompiéndole y gangrenando su conciencia. Cuba está segura del porvenir, porque miles de hombres en armas garantizan el respeto de las fuerzas americanas... Pero, ¿podrá Cuba sola realizar, siquiera en parte, el destino que la Historia guarda a las Antillas unidas?

Decididamente, el viajero no se siente entusiasmado. Recela, y dispone su plan de trabajo. En último caso, convencerá a los cubanos del peligro que significará para Cuba un Puerto Rico anexionado a la Unión Americana, y pedirá a Máximo Gómez que interceda, con su aplastante autoridad moral, para que, a la hora de los convenios, los cubanos

interpongan alguna cláusula que favorezca a Puerto Rico. El viejo libertador conoce, mejor que nadie, sus propósitos: muchas veces los debatieron en aquellos lejanos días de la emigración, cuando platicaban en las tardes de Santo Domingo y repasaban los problemas de Cuba, los puertorriqueños, los dominicanos; y se encendían de entusiasmo soñando la Confederación. El anciano guerrero sabe también qué derechos tiene él para pedir ayuda a los cubanos. Lleno de fe en el destino de la isla mártir, ha rendido por su libertad todo el esfuerzo que ha podido. No se hable ahora de aquellos años intensos del decenio. ¿Para qué? ¿Es que acaso algún patriota los ignora? Los nuevos, los de esta guerra que ya toca a su fin, han sido más duros, porque ha tenido que sufrirlos lejos del campo de batalla, allá donde le consumía el dolor de no estar en su puesto.

La verdad es que la guerra le sorprendió. Metido en Chile, a millares de leguas, se halló de pronto aislado. No le llamaron a cerrar filas, como hubiera sido justo; pero al primer estampido de fusil, respondió con su pluma vibrante. Y, lo mismo que en los años de mocedad, calentó el alma de Chile y la puso a hervir por Cuba.

Aquel acontecimiento fue, verdaderamente, de gran virtud renovadora. Él se había hecho a la vida ordenada, más o menos plácida, ocupada en escribir y en adoctrinar a Chile sobre lo que mayor bien pudiera traerle; en regentear su Liceo y perseguir un método de enseñanza cada vez más simple y más capaz. Los años hubieran pasado insensiblemente, y allá le hubiera ido a buscar un día la muerte. Echaba de menos a las Antillas, porque eran su ambiente natural y porque sus hijos enfermaban con frecuencia. Pero hasta esos hijos se encaminaban fácilmente; y el mayor, heredero de su frustrada vocación militar, había ingresado ya en la Escuela de Cadetes. Bien montado, su hogar parecía fijo para siempre. Amigos cordiales le rodeaban; tenía el respeto de todos. En las islas le

quedaban tan sólo Rosa y su padre, ya anciano; y él los atendía enviándoles con qué subsistir decorosamente. ¿A qué nuevas aventuras?

Pero con la nueva sacudida en Cuba, se remozó, se sintió lleno de energía, de fe; y otra vez empezó, como si no hubieran pasado más de veinte años desde sus días de lucha, como si no hubiera envejecido. Rápido en la percepción, comprendió que la revolución era ya definitiva: la del 68 la hicieron grandes hombres, grandes corazones, grandes propietarios; la del 95 era la obra del pueblo, de la masa, y nada había de lograr detenerla.

Lo primero que hizo fue concitar a los viejos amigos que le ayudaron en su campaña de la Guerra Grande, estuvieran o no en Chile; después, formar un pequeño club que diera personalidad a las gestiones que se hicieran. La Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York le nombró representante en Chile mientras llegaba el Agente; y Hostos se puso de inmediato a trabajar. Conseguir armas, organizar la propaganda, caldear el ambiente: he ahí su plan. Pero las armas no pudieron lograrse, porque la situación internacional —la amenaza de guerra con la Argentina, que le tenía amargado y que, sobre el dolor que le causó la pasada revolución, le iba haciendo desear cada día con más vehemencia el retorno a sus islas, a pesar del dictador dominicano— echaba al suelo los Ministerios con pasmosa facilidad, y los amigos se veían suplantados de la noche a la mañana por otros que no lo eran, o el país se quedaba sin más Gobierno que el Presidente y el Congreso. La propaganda sí pudo hacerse a toda vela: la prensa chilena se puso al servicio de Cuba.

Con aquella ingenuidad de que nunca había de avergonzarse, Hostos quiso que Cuba fuera la intermediaria entre Argentina y Chile; que dejaran su algarada por metros más o menos de tierra y dieran a la isla el esfuerzo que malgastaban

inútilmente. No se rieron de su propósito, porque todo Chile le respaldaba; pero no tardó en notar que sus palabras caían en un triste vacío. Se sacudió la especie de pena que le daba ver a los hombres tan reñidos con los pensamientos altos; y volvió a la carga, en la calle, en mítines, en artículos, en cartas a la Delegación. Escribía para periódicos chilenos, dominicanos, venezolanos, para el que editaban los cubanos en París. Con el escaso dinero que se recogió prepararon los miembros del Círculo una corta expedición; lo hicieron a espaldas de Hostos, cuyo disgusto fue grande, puesto que Cuba, a su juicio, no necesitaba hombres, sino armas y dinero. Disolvió el Círculo, que ya para nada servía; y siguió solo una campaña.

Era muy difícil conseguir que el Gobierno prestara alguna ayuda. ¡Ah, si no hubiera muerto el gran corazón americano que se llamó Manuel Antonio Matta! Quedaba su hermano Guillermo; pero Guillermo no podía sustituir, como político, al jefe del Partido Radical. Lo utilizó, desde luego; mas poca cosa pudo hacer. Por esos días trató el Gobierno de impedirle su labor: el Ministro español se quejó de que él, empleado público, asistiera, organizara, dispusiera actos contra España, país amigo de Chile. Hostos preparaba entonces una manifestación para recibir a Arístides Agüero, enviado como Agente de Cuba en Chile.

—Diga usted a su jefe que yo asistiré mañana a un acto que se prepara en honor del Agente de Cuba, y que pongo desde ahora el empleo a disposición del Gobierno, pero no como acto de voluntaria dejación, sino obedeciendo a la presión que se me hace —contestó al oficial del Ministerio que le pidió renunciar a su campaña.

Fue, y sirvió al Agente en cuanto pudo: le dirigió y encaminó; y siguió escribiendo, hablando, abogando por Cuba.

Siguieron la guerra en la lejana isla y la vida triste de Chile. A distancia del sitio donde en realidad latía su corazón,

temía por el porvenir de las Antillas. Se inquietaba por no estar cerca, para hacer por ellas lo necesario en el momento oportuno; creía ver más amenaza de parte de la Unión Americana, y presentía que los amagos anexionistas del Decenio no iban a tener su mejor defensa en los hombres del Congreso de la Unión, como entonces.

Su familia no andaba bien: enfermaban los hijos; y él mismo, cuando el decaído invierno sucedía a los meses de sol, se hallaba compungido, triste, amargado.

¿Por qué no irse? Su obsesión permanente era volver, acercarse a la llama, luchar. Estaba seguro de que esa guerra era la última que podía sostener España en América. Su sueño iba a quedar manco por andar tan a distancia. En Chile se disgustaba, porque la enseñanza —su medio para llegar a la verdadera libertad de estos pueblos— daba cambiazos sin cesar. Entre amarguras se pasaban los meses. En mayo del 97 le llegó la noticia dura, que le hizo el efecto de quien pierde un brazo: Salomé Ureña de Henríquez, la gran mujer que fue su Cirineo en Santo Domingo, había muerto. La noticia revivió en su corazón todo el pasado; los ruegos de la poetisa y maestra para que no abandonara la obra empezada; el ambiente de admiración que le rodeaba allá; el entusiasmo que sentía viendo a sus discípulos enderezarse en la vida...

Pero las malas nuevas no acababan ahí: antes de dos meses después llegó otra: en Mayagüez, se había rendido a la muerte don Eugenio de Hostos.

A partir de ese instante, su pensamiento se encaminó todo a un propósito: volver. Y no veía la hora de partir. Iría a Santo Domingo, a Venezuela, a cualquier lugar desde el cual pudiera vigilar a sus islas y tener en salud a su familia. Pero, mientras llegaba el momento de partir, trabajaba.

En septiembre 16, empezó a publicar sus *Cartas públicas acerca de Cuba*; y, desde entonces hasta el 17 de noviembre

estuvo, día tras día, probando a toda luz que Cuba tenía derecho a ser independiente y que sus hijos eran de los hombres más notables que tierra alguna daba; que su poder económico garantizaba su vida futura; que la opresión española no tenía ejemplo en la historia colonial de América; que sólo gracias a la indiferencia de los Gobiernos del Continente, se desangraba tan crudamente un pueblo hermano. Durante dos meses, Chile vio claramente la justicia de la guerra, la noble justicia que asistía a Cuba.

Bien sospechaban todos que lo de Cuba no tardaría en tener una solución. El año 1898 se inauguró en la isla con el Gobierno autonómico que “concedía” España, y con los desórdenes que siguieron a su instauración. Mac Kinley propuso, por medio del Papa, un armisticio que España rechazó. En febrero, el día 15, estalló el *Maine* en la bahía de La Habana. Cuando eso sucedía, ya había empezado Hostos a despedirse de sus amigos de Chile. Decidido el viaje, Inda, que veía su hogar floreciente, quiso evitar el derrumbe de tantas ilusiones domésticas: argumentó que sus hijos estaban encaminados; el primero avanzado en sus estudios militares, los demás en la escuela; argumentó que perderían el seguro de muebles por veinticinco mil pesos. Rogó, lloró, suplicó. Pero Hostos no se dejó ganar: las Antillas estaban abocadas a cruzar el más grave momento de su historia; él no podía desampararlas en tal momento, no importaba lo que costara ni lo que representara para la familia el sacrificio: tener patria era lo primero. Vencido al fin por tan arrogante persistencia, Belinda se rindió.

—Hazlo, Hostos; Dios no ha de faltarnos —dijo

A toda Prisa empezaron los preparativos. Como no tenía con qué enfrentarse a los gastos del viaje, debía conseguir apoyo del Gobierno. Chile respondió bien: le nombró Delegado para el estudio de los Institutos de Psicología Experimental en los Estados Unidos.

Mientras tanto, los acontecimientos se sucedían: el 28 de marzo, la Comisión Técnica Investigadora, como llamaron los yanquis a los encargados de averiguar qué había producido el desastre del *Maine*, entregó al Congreso un mensaje con el resultado de sus pesquisas: el crucero había sido volado con una mina submarina. El 11 de abril, el presidente Mac Kinley pide al Congreso autoridad para dar fin a la guerra. Ya nadie duda: los americanos intervienen sin reservas: los días de España en Cuba están contados. El 16 de abril sale Hostos de Santiago hacia Valparaíso, donde ha de tomar el vapor para el Istmo. El 19 dio el Congreso su *Joint Resolution*; el 22 se puso la escuadra americana a la vista de La Habana. El 27, a bordo del *Imperial*, salía Hostos de Valparaíso.

A fines de mayo llegó a La Guaira, procedente de Colón. Pensó dejar a su familia en Caracas, para seguir él a Nueva York; pero Caracas estaba bajo el azote de una epidemia de viruelas. La llevó entonces al Valle, en las cercanías de la capital venezolana. Los cubanos asociados que allí había le recibieron con todo calor. Prestados tuvo Hostos que tomar quinientos pesos para rendir el que creía su último servicio a Puerto Rico.

Y lo está rindiendo. Abrumado por la falta de Inda y de sus hijos, se acerca ahora a Nueva York. Ya se ve la estatua de la Libertad, que él no conoce. ¿Será efectivamente el símbolo del sentimiento de todo un pueblo? ¿Habrá cambiado el corazón americano desde el 76, cuando lo sintió latir la última vez?

El viajero teme, recela, medita. A su paso por Curazao volvió a soñar, como en el 77 y el 78, en un colegio. Quizá ése sea su destino.

Entre la bruma de este 16 de julio de 1898 se columbran las casas pintorescas de Sandy Hook. Un poco abstraído, el viajero las mira.

2

Desde los días finales de la guerra con los esclavistas, los industriales norteamericanos comenzaron a utilizar la política como medio para expandir sus empresas, para afincarlas o para crear otras. El florecimiento industrial empezó insensiblemente, satisfaciendo los anhelos de progreso y de civilización del pueblo; pero, sin que se pudiera señalar cuándo, se fue creando una aristocracia económica que concebía a toda la Nación como garantía de sus propósitos, y que luego miró en su torno, más allá del mar, y vio zonas de expansión para sus negocios en las tierras vecinas. Tal manera de pensar no era nueva, desde luego, en los dirigentes americanos, que siempre consideraron a los países del Continente como apéndices naturales del poderío político de la Unión; pero ese concepto pasó de político a económico cuando, con el aumento de la producción, la industria necesitó de mercados exteriores. Dentro del campo político, ciertos principios, básicos para el norteamericano, delimitaban la capacidad de hacer; y así se explica que, en distintas ocasiones, el Congreso rechazara solicitudes de anexión, porque contrariaban las reglas de conducta americana y violaban el espíritu mismo en que descansaba la Federación. Cuando los grandes capitalistas tuvieron a su merced el poder político no se detuvieron ante esas reglas; porque la falta de mercados amenazaba la vida de sus industrias, y, con ella —alegaban—, el orden económico y la fuerza del país.

En 1876, durante su último viaje, Hostos había empezado a notar el cambio que se iniciaba; y, ya en la guerra del 95, vivió temiendo que el poder de la aristocracia de la producción hubiera rebasado al político. José Martí, el hombre que había creado tras sobrehumanos esfuerzos el Partido Revolucionario Cubano, vio también el mal; pero Martí pudo pulsarlo en el corazón mismo del pueblo americano, porque estuvo allí en los días de la mayor intensidad expansionista, cuando el nuevo

sentido de la fuerza pugnaba por acogotar al viejo espíritu del derecho. El gran cubano pudo decir: "He vivido en el vientre del monstruo y conozco sus entrañas". Hostos no; Hostos había vivido los nobles días de la lucha por el derecho; y su fe en los principios no cedía al temor de que cayeran derruidos por los huracanes que el florecimiento industrial había desatado. No cedía; pero no dejaba de temer.

Por recelar está ahora aquí, en Nueva York. Mira con ojos suspicaces las transformaciones que la ciudad ha sufrido en veintidós años; los groseros edificios de veinte pisos que atolondran al forastero; los rápidos tranvías, los *subways*, las dimensiones colosales de cuanto le rodea. Sí, teme; y, sin embargo, espera lo mejor. Hace veintitrés años le dijo a Betances, desde aquí mismo: "La independencia de Puerto Rico no podrá ser un día después que la de Cuba". Y recuerda haber agregado: "Y que nos la hagan los extranjeros es una vergüenza". ¡Y ojalá fuera sólo vergüenza! Sospecha que algo peor que eso será; y, por tratar de evitarlo ha venido, viejo ya, sin trabajo, abandonando el que tenía, sin dinero, sin comodidades. Vive en un cuartucho estrecho, apenas amueblado. Se halla un poco desorientado, y trata de buscar trabajo para atender a su familia. Cuando salía de Venezuela, esperaba conseguir aquí una plaza de traductor que le permitiera vivir en uno de sus países y vigilar el porvenir de Puerto Rico y de sus hijos.

Pero el trabajo no aparece. Del grupo de veintidós años atrás sólo algunos amigos emigrados quedan. Todo ha cambiado, todo. Antonio Molina tiene hijos; Bonocio Tió, amigo de los atormentados días de sus amores con Inda, se le presenta más grueso y encanecido. Los cubanos y los puertorriqueños han perdido el entusiasmo, y creen que nada se conseguirá en bien de Puerto Rico. Hay un Directorio, llamado de Puerto Rico, que dirige el Dr. Henna, cuyas actuaciones

le han parecido bien a Hostos. Ese Directorio tiene el propósito de conseguir que Mac Kinley le reconozca autoridad para acompañar a las fuerzas que vayan a la isla, a fin de mediar entre puertorriqueños y americanos, y de conseguir que el Ejército de la Unión no entre en Puerto Rico como en tierra conquistada, sino como auxiliar del pueblo para librarlo de España.

De todas maneras, hay que coordinar un plan; y Hostos se pone a crearlo. Se dice que el 17 por la mañana tomaron las fuerzas americanas a Santiago de Cuba, y que de allí saldrá una expedición hacia San Juan. Por de pronto, si nada consigue y si no logra trabajo, ya tiene ese rincón donde guarecerse mientras vigila los acontecimientos: acaso puedan él y su familia vivir en Santiago. Son confusos los pensamientos; él está un poco agobiado, por los desencantos, por los años, por el temor de ver su sueño destrozado. Pero no se entregará sin luchar.

El plan que elabora incluye la entrega, por parte del Gobierno de la Unión, de diez mil rifles para que los puertorriqueños combatan a los españoles. Méndez Capote, el vicepresidente de Cuba, le desconsuela un tanto: nada se podrá hacer en favor de su isla; pero los que intervinieron cerca del Gobierno americano para que éste extendiera la guerra a Puerto Rico, lo cual no parecía estar en el plan originario de Roosevelt, le aseguran que fue condición expresa en las negociaciones que las tropas no se apoderarían de la isla.

Un periódico le entera de que, de Newport News —el mismo lugar donde él alcanzara tierra en 1875, cuando el fracaso de la expedición del *Charles Miller*—, está lista a zarpas una expedición que completará a la que de Santiago de Cuba ha salido para Puerto Rico al mando de Miles. Se precipitan los acontecimientos. Entonces decide ir con Henna y con Todd, secretario del Directorio, hacia Washington. No

alberga esperanza, pero debe dar la batalla. Para ir a la isla con las tropas expedicionarias, a mediar y a impedir que éstas procedan como conquistadoras, es tarde ya. Quizá haya alguna manera de evitar el mal todavía.

Pero no salen. El día lo emplea en dejarse ver de viejos amigos, de discípulos dominicanos que han encaminado su vida por aquí; en visitar periódicos. Ha conocido a Manuel Sanguily, que le recuerda a Ambrosio Montt; y concede una entrevista a un reportero de *The New York Commercial Advertiser*.

La entrevista se publica el día 21 de julio, uno de los más dolorosos que recuerda, porque desde temprano le telefonea Henna para decirle que la expedición destinada a Puerto Rico está saliendo; y los rumores afirman que el Gobierno americano tiene el propósito de anexarse la isla. Hondamente entristecido, escribe en su diario: “La Independencia, a la cual he sacrificado cuanto es posible sacrificar, se va desvaneciendo como un celaje: mi dolor ha sido vivo”. La entrevista publicada trae sus conceptos: “Si Puerto Rico eligiera ser anexado a los Estados Unidos —dijo—, y su elección se hiciera por medio de un plebiscito, entonces nosotros, abogados de la independencia, nos inclinaremos ante la voluntad de la mayoría, legalmente expresada”... Pero “si mi país se somete al yugo americano, le diré adiós para siempre. La libertad de Puerto Rico y de otros países de habla española ha sido el ideal de mi vida; y, si mis compatriotas cambiaran un yugo por otro, dedicaré mis energías a la misma causa republicana, pero me quedaré siendo el expatriado que he sido durante treinta años”.

Presintiendo que así ha de suceder, se entrega a su murria. Resuelven él, Henna y Todd, que vaya Todd a Washington, a conseguir una entrevista con el Presidente y con el Secretario de Estado.

Mientras esperan noticias de Todd llueven los periodistas pidiendo entrevistas. Un poco más cauto, Hostos dice sustancialmente lo mismo que en la primera; pero ahora trata de ganarse el sentimiento del pueblo americano en su favor. Ese pueblo será su mejor aliado, contra los políticos y contra los magnates de la banca. En él tiene fe Hostos; en él y en los principios que hicieron posible la creación de la gran patria del Norte.

Todd no da señales de vida. Hostos visita casas amigas, la de Molina, gentil como si los años no le hubieran pasado por encima, donde evoca a sus hijos y piensa con dolor en “la noticia semioficial de que el propósito del Gobierno americano es apoderarse *for ever* de la isla amada, que ya nunca volveré a ver, a menos que deberes, necesidades y reflexión me obliguen a olvidar que yo contaba con una patria libertada por mi esfuerzo, no con una tierra conquistada”. El día 22 de julio, dice en su diario: “Voy a escribir al pobre Betances, que va a ser mi lejano compañero de dolor y de tristeza”.

Ante el inminente fracaso de sus más caras ilusiones, el antiguo rival político surge en sus recuerdos; y se olvida de que una vez fueron hostiles el uno al otro, de que ambos se hicieron daño con sus recelos. Aquella lucha sorda era por ganar la prioridad en la gran obra. Ahora, derrumbada ésta, el dolor torna a hermanarlos; y le acerca al viejo luchador la conciencia de que sólo ellos dos sabrán medir la profundidad de sus desencantos.

Va a cumplir pronto sesenta años, y hace veintidós que no ve a Betances. La última vez estuvieron juntos en Santo Domingo. Luperón, el mutuo amigo, ha descendido a la tumba; acaso Betances no tarde en seguirlo; tal vez sea él. Hombres que han vivido para realizar un ideal, sobran en la tierra cuando el ideal se desvanece. En esta hora de dolor, buscando en su torno, Hostos sólo atina a pensar en el veterano

paladín. “Va a ser mi lejano compañero de dolor y de tristeza”, afirma.

Y no se equivoca. A ambos les espera igual doliente destino.

3

Roberto H. Todd ha telegrafiado el día 22 diciendo que sería recibido por Day, el Secretario de Estado. Hostos sale el 25 para Washington. El camino le sugiere comparaciones con los campos de sus pueblos del sur, y va por él recordando sus tierras, “con sus desiertos, con sus mares de hierba, de caña, de trigo, de maíz, y alguno que otro caserío, y alguna aldea, algún villorio, algún burgo oscuro”. Ahora que está al perder para siempre su isla, la compara con este escenario de civilización donde “la ciudad acecha al campo”, y la prefiere. En Washington, de llegada, sale en pos de Francisco Amy, su compatriota; y de Alejandro Woss y Gil, ex presidente dominicano; y se pierde en el laberinto de calles y de plazas que es la ciudad del Potomac. Ya perdido, pasea arriba y abajo, ve, estudia. Los cocuyos que encienden la noche nortea le hacen evocar con tristeza sus noches tropicales y su despedida de Inda y de los niños.

En Washington nada puede hacer. Ir con la expedición americana sólo podía aceptarlo si se le admitía como asesor del General en Jefe, previo entendido que los americanos reconocerían la independencia de la isla, para aconsejar a los puertorriqueños que ayudaran en la obra de libertad. Hubiera ido “como un patriota, no como agente o guía del Gobierno y del jefe americano”. En esa condición se han prestado otros a ir; él no puede. Él esperará que se reúna el Congreso, para ver qué logra hacer en bien de Puerto Rico.

Su dolor es ya mucho. Una vez más se ha equivocado. Esperando lo mejor, le ha salido al paso la realidad; y agobiado por

la tristeza se entrega a pensar en su situación: sin dinero, sin trabajo, sin patria: ¿de dónde saca fuerzas para resistir? Woss y Gil le ha dicho:

—No se puede dar situación más trágica que la de un patriota que todo lo ha sacrificado por su patria, y que, en el momento de contar con ella, viene un extraño y se la arrebatata.

Pero Woss y Gil sólo conoce ese aspecto de su tragedia; no sabe, ni sospecha, que está arrinconado por la vida, sin armas para luchar, abrumado de males. Appleton no le da trabajo: el encargado de las traducciones es ahora un español, y los españoles consideran un insulto el sólo nombre de Hostos.

Se pone a escribir a Inda. “Es necesario que tú, más previsora, como madre, prepares un nuevo plan de vida”, le dice. Piensa en sus hijos, y les describe los museos y los sitios de solaz de la capital. Anda triste; acaso demasiado.

Durante siete días vaga por las calles de Washington, viendo, estudiando; y le sorprende convencerse de que la política es aquí como en todas partes. Decididamente, ha cambiado mucho el corazón americano desde los días lejanos de 1876.

Pero de vuelta en Nueva York, como una llama que al apagarse recibe de pronto aceite y aire y se alza impetuosa otra vez, retorna su optimismo: los puertorriqueños se han agrupado y deciden actuar rápidamente para buscar una solución al problema de la patria. ¡Qué gran día! En contacto con hombres que reclaman la lucha, Hostos recobra toda su fe, todo su entusiasmo, todos sus bríos.

El 2 de agosto, la Sección de Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano celebra una asamblea en Chimney Corner Hall; y Hostos, respetado y atendido por todos, es quien decide los nuevos rumbos. Ha de hacerse todo lo siguiente: nombrar una Comisión de Puerto Rico residente en Estados Unidos, para que trabaje cerca del Congreso y de la Prensa en cuanto atañe a la isla; otra Delegación que trabaje

con el nuevo Gobierno de la isla para ayudar al país a salir del estado de penuria en que se hallan todas sus instituciones; enviar a Betances, “el patriarca del patriotismo de Puerto Rico” —según dice—, el dinero necesario para que vuelva al país; utilizar el vapor que había regalado Cisneros para una revolución en Puerto Rico, a fin de repatriar a los emigrados puertorriqueños... Pide que se disuelva la Junta Revolucionaria que actuó hasta entonces, y que se cree La Liga de Patriotas, cuyo propósito será unir a todo el pueblo de Puerto Rico en dos fines: uno político, garantizar a la isla la reserva del derecho de plebiscito; otro social: extender —o crear, mejor— la educación en Puerto Rico, y llevar allí las instituciones y costumbres americanas de libertad y democracia.

Entre las aclamaciones de todos, Hostos recibe autoridad para imponer el nuevo plan. Es un inicio, la tentativa de un camino para servir a su pueblo. Si se crea La Liga —de lo que no duda—, y se levantan escuelas en Puerto Rico, él podrá tener con que hacer frente a sus necesidades, porque conseguirá de casas que fabriquen útiles escolares la representación de sus productos. En Puerto Rico está todo por hacer en ese sentido.

Otra vez en ánimo de lucha, se acalora y escribe cartas alegres a sus hijos. Después se prepara a someterse a una operación. Ha sufrido desde hace muchos años malestar en el vientre; le dicen que se trata de un descenso del recto, que necesita intervención quirúrgica. Aunque se siente fuerte —Estrada Palma le ha dicho que es muy joven— le alegra saber que estará en completa salud. Le precisa, ahora que ha entrevisto la posibilidad de rendir servicios, él, que creía cerrados todos los caminos para llegar al corazón de Puerto Rico y a su libertad. Tendrá patria, tendrá trabajo y tendrá a su familia.

La operación, rápida, le deja contento. Se prepara a salir, mientras con cierta jovialidad convalece y ve pasar los días. Quisiera ir a Puerto Rico. La Liga de Patriotas, fundada ya, le

da poderes para que, como su Delegado, la funde en la isla; pero decide antes llegar a Venezuela a recoger su familia.

Al salir dice, en una entrevista para *The Evening Post*: “La Prensa americana habla mucho de los brazos abiertos con que los puertorriqueños han recibido al ejército del general Miles. Todas esas manifestaciones de gozo fueron incuestionablemente honradas y sinceras. Todavía más —y yo lo afirmo con absoluta convicción—, ellos se fundaron para todo eso en una seria equivocación. Los puertorriqueños se imaginaron que el propósito de los Estados Unidos era, primero, asestar a España un golpe militar: y segundo, aprovechar la oportunidad de poner fin para siempre al desgobernado de España en las Antillas, erigiendo en la isla un Gobierno libre e independiente”. Pero no aprieta más, porque ya se sabe universalmente que los americanos pretenden quedarse con Puerto Rico, y no es hora de dar la batalla. Más tarde —alegando frente al pueblo, al Congreso, y, en última instancia, ante la Corte Suprema—, expondrá el derecho de Puerto Rico a ser libre; y luchará hasta el fin por conseguirlo, a menos que sus compatriotas deseen otra cosa. Lo dice en el manifiesto que dirige a su país antes de abandonar Nueva York: “Los recursos que el derecho escrito nos da para salir del gobierno militar y entrar en el civil; para pedir al Congreso de los Estados Unidos que reconozca nuestra capacidad de ser un Estado de la Unión o que nos ponga en aptitud de servir gloriosamente al porvenir de América, sin necesidad de someternos servilmente a las consecuencias brutales de una guerra que nosotros no hemos hecho ni se hizo contra nosotros, son recursos tan poderosos cuanto en el urdimbre de la federación son poderosas la iniciativa de cada cual para su propio bien, y la de todos para el bien común... Ejerciendo nuestro derecho natural de hombres que no podemos ser tratados como cosas; ejerciendo nuestros derechos de ciudadanos accidentales de la Unión Americana, que

no pueden ser compelidos contra su voluntad a ser o no ser lo que no quieren ser o lo que aspiran a ser, iremos al plebiscito. En los Estados Unidos no hay autoridad, ni fuerza, ni poder, ni voluntad que sea capaz de imponer a un pueblo la vergüenza de una anexión llevada a cabo por la violencia de las armas, ni que urda contra la civilización más completa que hay actualmente entre los hombres, la ignominia de emplear la conquista para dominar las almas”.

Pero sus compatriotas no habían oído hablar en ese tono. Acostumbrados a cuatro siglos de sometimiento, tal vez les parece demasiado audaz. Él, que ha dicho siempre lo que ha sentido y como le ha parecido justo y digno, ignora que el miedo es mal consejero.

Se va a la lucha. Antes se despide de Estrada Palma, con dolor grande, porque sabe que esa es “la despedida de Cuba y Puerto Rico, que, si el poder del derecho no lo remedia, irán por caminos muy divergentes”.

A bordo del *Philadelphia* embarca, el día 8 de septiembre, entre los abrazos de sus viejos discípulos y amigos. Los compatriotas que van con él hallan muy natural que Puerto Rico esté en manos americanas. Torna él a temer que sea su pueblo quien le resulte el peor enemigo. Van muchos americanos, en pos de negocios que esperan encontrar en la nueva posesión. Hostos teme a su emoción, cuando vea las costas de la patria, casi olvidadas ya.

Y las ve. Con un antejo recorre toda la tierra que le muestra el mar. El dolor de no verla libre por su esfuerzo le amarga la dicha. Cuando hace puerto el vapor, y le dejan casi solo, y empieza otra vez a alejarse de la isla, camino de Curazao y de La Guaira, se halla a sí mismo triste, con esa tristeza agria que deja una alegría pasajera sobre un dolor incommovible.

De paso por Curazao vuelve a pensar en la posibilidad de quedarse, de vivir en paz con su familia, enseñando. Recorre

la pintoresca ciudad, con el discípulo dominicano que encontró en su viaje hacia Nueva York. Pero se va, arrastrado por su destino de luchador sin fortuna, de sembrador sin cosecha.

En El Valle recoge a la familia; y el día 27 de septiembre pisa con ella tierra puertorriqueña. Es de mañana, muy temprano todavía. El puerto de Ponce, amplio, azul, de vibrante atmósfera, recibe el barco en que torna el emigrado, tras casi veinte años de ausencia. Vuelve encanecido, cargado de dolores y de renombre.

Al cabo del tiempo, firme en sus propósitos, retorna a labrar la patria. Cuando la fruta maduraba, el sembrador vio el aciclonado viento del trópico arrancarla del tronco y lanzarla lejos. Pero el sembrador no se rinde, porque adivina el germen de otra fruta que pagará su esfuerzo.

4

En Juana Díaz, población cercana a Ponce, se establece, de llegada. Al principio, da viajes continuos entre Ponce y su residencia; y escribe, perora, brega por crear el capítulo puertorriqueño de La liga de Patriotas. Quiere hacer de la asociación una vasta red antillana, porque no abandona su ideal de confederación. El día 23 de octubre, quedan aprobados los Estatutos de La Liga, y a poco sale hacia San Juan, la capital, donde se ha de celebrar una asamblea de los Ayuntamientos de la isla y a la cual lleva él, con el Dr. Rafael Cestero, la representación del Ayuntamiento de Juana Díaz.

Desde Mayagüez, donde daría sangre por estar, aunque fuera para revivir sus únicos días dichosos en la patria, recibe cartas de su hermana Rosita, que le riñe por no ir allá, por no escribirle con frecuencia, por no enviar la familia. Pero él no puede atender a sus intimidaciones, porque el tiempo se hace corto para trabajar por el país.

Las asambleas públicas que La Liga propugna tienden a evitar que el Tratado de Paz, que se discute en París entre americanos y españoles, comprometa el porvenir de Puerto Rico. En la isla no hay línea de conducta. La Liga establece que se debe nombrar una Comisión que vaya a Washington a reclamar el derecho de Puerto Rico a disponer de sus destinos. Pero la asociación que crea Hostos tiene que combatir a enconados enemigos: los políticos, acostumbrados, desde la autonomía sagastina, a manejar el sentimiento público. Sin embargo en la primera Asamblea de Ayuntamientos, que se celebra en San Juan, alguien señala a un hombre de cabeza y barba canas, que está sentado entre el público.

—¿Sabéis quién es ese hombre que con el índice os indico? —pregunta—. ¿Le conocéis? Pues ese hombre es Eugenio María de Hostos.

Puesta en pie, la concurrencia aplaude al viejo luchador. Hostos empieza a hablar sobre los propósitos de La Liga. Toda la asamblea aclama, delirantemente, y grita:

—¡A Washington, a Washington!

Hostos y su compañero de delegación entregan una ponencia sobre instrucción pública.

Cuando vuelve a Juana Díaz, siempre propagando los principios de La Liga, de viva voz o en artículos, sigue animando la celebración de esas asambleas. Una comisión que envía Mac Kinley a estudiar los problemas de la isla recibe, firmado por Hostos y Cestero, un alegato, escrito en inglés y adoptado por el Ayuntamiento de Juana Díaz, en el cual se exponen los problemas del país y su manera de solucionarlos, dentro del derecho y dentro de la anormal situación en que se halla Puerto Rico. El alegato, enviado a todos los Ayuntamientos de la isla, sin recibir mayor atención, no es mencionado en su informe por la Comisión.

Fiel siempre a su idea, cumple uno de los principales preceptos de La Liga; y funda en Juana Díaz un instituto de enseñanza primaria y secundaria. Le ayudan sus hijos, para aliviarle el trabajo de enseñar. Es una familia hecha un haz, en la que el veterano luchador halla fuerzas y apoyo.

Las asambleas de los Ayuntamientos de la región sur acaban eligiendo una comisión que vaya a Washington, según lo pedido por La liga. Ponce, Juana Díaz, Adjuntas y Peñuelas, delegan en Hostos, Rafael del Valle, Julio J. Henna y Manuel Zeno Gandía, para que representen sus intereses ante el Gobierno de la Unión. Henna está en Nueva York. La Comisión se prepara a salir, cuando llegan las noticias de haberse celebrado el Tratado de París. Aunque en su manifiesto de hace apenas tres meses se adelantara a evitar la desgracia, los puertorriqueños no han sido tratados como hombres, si no como cosas; han pasado de manos igual que animales o esclavos. Nadie los ha consultado. Duro golpe. Pero todavía falta la aprobación del Congreso.

El día 21 de diciembre, a bordo del *Philadelphia*, sale de Ponce la Comisión de Puerto Rico. Sensible ya al ambiente, Hostos va entrando en la zona fría con cierto recelo por su salud. No se siente entusiasta. Como en el viaje que hacía del Brasil a Nueva York muchos años antes, sólo por deber no se rinde. Cuando llega, el 27 de diciembre, resuelve no estar mucho tiempo. A Inda le escribe, con una desesperanza dolorosa: “¿Por qué habré yo tenido la debilidad de aceptar esta comisión?”

Completada con Henna, la Comisión se pone a trabajar de inmediato, y prepara los alegatos de reformas que piensa entregar a Mac Kinley. De estos alegatos, ocho son escritos por Hostos, así como el Mensaje que ha de presidirlos. Se discuten, se mejoran. Zeno y Henna escriben los referentes a concesiones económicas. Los últimos días del año y los primeros del 99

transcurren entre discusiones, que a veces son borrascosas. Henna va traduciendo los documentos aceptados. Mientras tanto, Hostos sufre la ausencia de los suyos; y se dice que jamás volverá a separarse del hogar.

No está él ya en condiciones de soportar la dura vida del hombre sin familia. Trabajando en las redacciones, le sorprende el día 11, cuando cumple sesenta años. Ha encanecido casi del todo; y sus ojos azules se han tornado grises. La edad le hace preocupado y menos susceptible. Ha aprendido a disfrutar los dulces placeres que se hallan en torno nuestro, y le emociona la belleza de las calles nevadas o le apena el espectáculo de los niños alegres, que le recuerdan a los suyos. Dondequiera tiene razones para sentir la ausencia; y, al escribirles, como le parece hablar con ellos, se deja llevar por una cálida, chispeante alegría.

El día 17, la Comisión decide trasladarse a Washington. Hostos ha estado reseñando para *El Correo* de Puerto Rico todos los pasos de la Comisión, a fin de que el país sepa qué se hace en su favor.

Ya en Washington, entre consultas, correcciones de conceptos que le tuercen el pensamiento a la hora de las traducciones, y disgustos porque en declaraciones que Zeno ha dado a los periódicos en nombre de Hostos hace decir a éste que se halla muy contento de la cesión de Puerto Rico a Estados Unidos —cuando lo cierto es que él anda librando su última batalla para que eso no ocurra—, se le pasan tres días. El 21 de enero, la Comisión es recibida por Mac Kinley.

Tras más de media hora de antesala, un ujier llama:

—¡La Comisión de Puerto Rico!

A Hostos le halaga que reconozcan el derecho de su isla a enviar delegados que traten, de poder a poder, con los conquistadores. Es la fuerza del derecho, que en esta tierra norteña tiene raíces profundas.

Mac Kinley les recibe con afabilidad. Es un hombre de mediana estatura, de tez rosada y muy limpia, de carnes regulares. De natural cortesía y muy cordial, a Hostos le hace buena impresión. El Presidente invita a los puertorriqueños a sentarse. Hostos cede la silla más cercana a Henna, que ha de ser intérprete. Mesuradamente, Henna empieza a hablar. Expone, en breves palabras, el caso de Puerto Rico tal como la Comisión lo entiende: país explotado por España, abandonado a su suerte, tiranizado, necesita ahora ayuda inmediata para nacer a la vida y para aceptar, sin que sufran daños, las instituciones y costumbres democráticas americanas. En el Mensaje de Hostos se dice claramente: “Cuando el 18 de octubre de 1898 quedó izada en la Fortaleza de San Juan la bandera americana, quedó ante el mundo proclamado que un pueblo esclavo había sido libertado y elevado a la categoría de pueblo libre; que nosotros quedamos en perfecto pie de igualdad con el pueblo americano como hermanos y compañeros suyos”. Puerto Rico, pues, había sido, según la Comisión, libertado; y no conquistado. Como pueblo libre necesita desenvolver su vida, lo cual no es fácil mientras el Congreso no se reúna y normalice las relaciones entre Estados Unidos y la isla. Es urgente proveer a las necesidades de Puerto Rico, que está al borde de la ruina. En esa virtud, la Comisión reclama: el nombramiento de un gobernador civil; instalación de un consejo electivo, especie de Cámara legislativa, y la supresión del Consejo de Secretarios; autonomía municipal absoluta; aplicación de los derechos individuales reconocidos por la Constitución americana; aplicación de las diez primeras enmiendas de la Constitución; reducción del Ejército de Ocupación, y creación de la milicia puertorriqueña; libre cambio con Estados Unidos; telegrafía postal; cajas de ahorro postales y franqueo de tipo interior para los Estados Unidos; conversión de la moneda puertorriqueña a un cambio razonable; extensión a la isla de la ley bancaria americana; reconocimiento de

derechos de autores e inventores; oficinas de mensura y catastro; fundación de un archivo central.

En términos generales Mac Kinley acepta ese plan y promete estudiarlo. Hostos saca en conclusión que está impresionado por la campaña antianexionista que hace la Prensa, y que no es, en realidad, otra cosa que un arma de oposición. Con notoria habilidad, el Presidente consulta a la Comisión sobre el problema de la moneda puertorriqueña, y dice que ha detenido la firma de un decreto relativo a la misma hasta que la Comisión le aconseje. Los delegados hallan razonable el descuento, y Mac Kinley firma en su presencia.

Ya al irse, Hostos recuerda el caso de Luis Guzmán Rodríguez, periodista preso por las fuerzas de ocupación. Alega que en los Estados Unidos no habría poder capaz de prender a un periodista porque diga lo que le parezca justo. Pide a Henna que traduzca, pero, al fin, habla él mismo su no muy buen inglés. Mac Kinley, entregándole su lápiz de bolsillo, le pide que escriba el nombre y la dirección del perseguido.

Cuando salen de allí, Hostos dice, frente al contento de sus compañeros, que nada se ha sacado de la entrevista. Un poco apesarado, Henna aprueba.

Ya en Nueva York, al tiempo de embarcar hacia su isla, Hostos escribe a Mac Kinley: "...las cartas llegadas ayer de Puerto Rico condenan como una gran arbitrariedad la prisión del Dr. Guzmán Rodríguez y otros periodistas de Mayagüez, y... mientras el Poder Ejecutivo que hoy lo puede todo en Puerto Rico no adopte las medidas que le ha propuesto la Comisión de Puerto Rico, los puertorriqueños tendrán razón para creer que el régimen americano no es en Puerto Rico lo que es en los Estados Unidos".

Antes de salir, deja la Comisión repartida: Henna se quedará en Washington, y se procederá según las instrucciones escritas de Hostos. Los propósitos que perseguirá Henna son:

conquistar la simpatía de representantes y de senadores para que traten el problema de Puerto Rico, y negociar sobre las bases del derecho de Puerto Rico a expresar, plebiscitariamente, su deseo de gobernarse o de entrar en la Unión como Estado.

Ésta es la trinchera que Hostos defiende: el plebiscito. Reconoce que si dejan la isla a su suerte aquello se tornará un caos; porque el puertorriqueño no tiene noción de lo que es libertad, ni ha demostrado deseos de disfrutarla. Pero con el uso de las instituciones democráticas americanas, con la implantación de escuelas y la explotación industrial, la civilización pondrá rápidamente a la isla en condiciones de vivir su vida; y, entonces, sino hace reserva de su derecho al plebiscito, se encontrará impedida de imponer su criterio. Los viejos políticos combaten esa línea de conducta. Hostos, estadista, pero no político, no concibe que nadie persiga, frente a las necesidades de todo un pueblo, la satisfacción de las personales. Y como no comprende eso, padece y siembra en mármol.

De retorno se une al yugo de la brega. Escribe, atiende al Instituto de Juana Díaz, a la propaganda de los principios de La Liga. Pero la vida se hace cada vez más dura; y, en Juana Díaz apenas alcanza a mantener la familia. Su hermana Rosita le escribe desde Mayagüez, pidiéndole que vaya. Él contesta: "Mis deberes para con la patria (tal es ella) empiezan a ser incompatibles con mis deberes de hombre de familia... En Ponce quieren que yo me vaya para allá; pero no hacen nada para facilitarme la ida. En Mayagüez me llaman; pero los que más me prometen, sólo me dicen que puedo contar con todo". Le pide que hable con los miembros del Ayuntamiento para que éste disponga subvencionar un instituto de enseñanza primaria y secundaria; que mueva a los amigos.

En abril, tras los infructuosos esfuerzos que hace por el país, se va a Mayagüez. Funda el Instituto, inicia una vigorosa propaganda. Escribe a Henna y a Zeno pidiéndoles ayudar

desde el Norte a varios perseguidos; a Máximo Gómez, rogándole que interceda por Puerto Rico. Máximo Gómez contesta que cuente con su espada, “puesta siempre al servicio del derecho”. La respuesta, que se divulga en los Estados Unidos, acarrea una gran expectación. El *New York Journal* hace entrevistar al viejo general, para que le informe si es auténtica la carta. Gómez responde: “Es mía la carta, y en ella asiento una vez más mi doctrina política de toda la vida: la libertad y la independencia absoluta de los pueblos...”.

En la hora de la enorme tristeza, la vieja voz amiga hace fondo heroico a la suya. Él clama, desesperado. Ve que no hay remedio ya, y, junto con el dolor de perder a su patria, siente el innumerable de que rueden, hechos míseras astillas, los principios sagrados de la federación y de la democracia, que le sostuvieron en tantos años de afán y de tormento.

¿Cómo es posible que Estados Unidos, la patria del derecho, atropelle así los ajenos, los de un pueblo débil, que confió en ellos y que recibió a las tropas americanas como a hermanos libertadores?

Hay que apelar a todos los resortes, porque no es posible que el corazón americano se haya dejado corromper de tal modo por el mefítico ambiente imperialista. Hay que trabajar. Piensa que lo mejor es enseñar el arma del derecho a los puertorriqueños, ponerla en sus manos, para que puedan reclamar los que les atañen, y decide entonces ilustrar al pueblo sobre los principios democráticos. Así, inicia una serie de conferencias semanales en las que tratará todos los temas relacionados con esa idea: el derecho al plebiscito, con el respaldo de todas las autoridades en la materia; el *habeas corpus*; el Derecho Público americano aplicado a Puerto Rico, con las ventajas implantadas en el Continente, desde las escuelas hasta los *homestead*.

Las conferencias, que celebra de noche en el local del Ayuntamiento, y tras la faena del día en el Instituto, son más bien

lecciones de ciudadanía y de libertad. Dichas con un estilo sobrio, sencillo, tienen calurosa acogida en la heterogénea masa que asiste los primeros días. El mismo Hostos hace un resumen para la Prensa, a la vez que atiende, en agotadora labor, a la propaganda de los principios de La Liga, y colabora en una gran parte con los periódicos de la isla.

Pero, atraídos por la política tradicional, en la que aparece un nuevo elemento —el Partido Revolucionario, naciente entonces, que apoya la anexión, frente al viejo Partido Liberal, sin línea de conducta fija, aunque con la promesa de luchar por la libertad de Puerto Rico—, los simples hombres del pueblo, que acuden a oír la voz generosa de Hostos, empiezan a desertar poco a poco de las conferencias.

Él siente que lucha en vano. Su deber es seguir allí, sin desmayos; pero su escepticismo va cada vez en aumento. El ciclón de San Ciriaco azota a la isla; arrebatada al mísero campesino la esperanza de su cosecha, como el aluvión de los acontecimientos seca la fe en el corazón del viejo luchador. Vueltos con los espeques al aire, los bohíos destrozados son viva expresión del estado material y moral de Puerto Rico. Agobiado, Hostos puede darse a comparar su vida y la de su tierra. Por muy hombre no se rinde.

Pero, de pronto, ocurre algo insólito: Florece en alguna parte una de las muchas semillas sembradas por el labriego infatigable: la juventud dominicana, harta de la tiranía, la descabeza a tiros. En Moca cae, bañado en su sangre, el dictador de trece años. Hostos se emociona profundamente, y se reanima.

¡Todavía hay esperanzas de lograr la huidiza cosecha!

5

Con la muerte de Ulises Heureaux, la República Dominicana abre una nueva era, y los que la encabezan son los antiguos discípulos de la Normal. No importa que las posiciones más

destacadas las ocupen otros: desde la Prensa, desde la tribuna, la muchachada que creció al amparo moral e intelectual de Hostos, reclama vida de civilización, derroteros de progreso, estado social de derecho. Hasta al Presidente provisional, Horacio Vázquez, que desde la conjuración de Moca llega a la jefatura del Gobierno, se eleva el juvenil clamor del país. Los normalistas rigen la conciencia nacional. Sólo ellos tienen cultura y visión del porvenir. Caída la dictadura, en el país no hay partidos, no hay hacienda, no hay industrias. Perseguidos hasta entonces, los discípulos de Hostos ven abierta la brecha para forjar una patria acorde con las enseñanzas del nunca olvidado maestro, y se agrupan para luchar.

Desde Mayagüez, orgulloso de esos retoños de su estirpe moral, Hostos los alecciona y los estimula. A las gozosas cartas que recibe contesta, aconsejando la implantación de los principios democráticos que aprendieron en la Normal. Ve formarse en Santo Domingo agrupaciones similares a su Liga de Patriotas, y sueña con extenderlas a Cuba. De la vieja ciudad primada, le piden que vaya y le reconocen la paternidad espiritual del movimiento renovador. Él sonríe y aconseja.

En septiembre, le cablegrafía el Presidente provisional: “País, discípulos reclámanlo”. Hondamente emocionado, Hostos responde: “La satisfacción de ser lógico no se adquiere sin sacrificio; y los que impone, a veces pueden llegar a ser tan efectivos como el que ahora tengo yo que hacer, resignándome a desoír por el instante al bondadosísimo llamamiento que usted, en nombre del país y de mis discípulos, me hace en el cablegrama que mis hijos conservarán como prueba de que no todo ha sido en vano en la vida bien intencionada de su padre”. Explica que no puede ir, porque todavía debe luchar por su isla. “La patria se me escapa de las manos —dice lleno de dolor—. Siendo vanos mis esfuerzos de un año entero por detenerla, el mejor modo de seguir amándola y sirviéndola es

seguir trabajando por el ideal...". No puede ir, por Puerto Rico y porque "esta es la hora de los que fueron perseguidos; y... yo no debo consentir en que por mí se distraiga una sola de las aclamaciones que deben acogerles".

A los jóvenes que fundan La Liga de Ciudadanos, les escribe diciéndoles: "Si yo no fuera tan incompatible con el anexionismo aquí imperante, de aquí no saldría en el resto de mi vida; porque, para ese resto y para mucho más de la obra de La Liga de Patriotas hay trabajo. Pero el propósito civilizador que La Liga tiene a su cargo implica la independencia asegurada; y, no teniéndola, Puerto Rico no puede querer y no quiere la organización de La Liga".

Esa es su pena; esa, su tortura: Puerto Rico no quiere la independencia. Si la quisiera la reclamaría; puesto que el pueblo, único dueño de su destino, ha pasado a manos americanas sin que se le haya consultado. Tiene derecho a pedir el manejo de sus intereses, y no lo hace. Se abandona a la suerte que le impongan, y ya ni caso pone en la angustiada voz del maestro, venido desde tan lejos a padecer tal abandono.

Las autoridades americanas no se diferencian de ningunas otras que entren a fuego en países conquistados. Adiós principios; adiós al profundo respeto por el derecho, que hizo posible la formación de los Estados Unidos y que los llevó, en un vuelo, a la posición de potencia civilizadora de primer orden. Puertorriqueño que, por ignorancia, viole las enredadas disposiciones de las fuerzas de ocupación, da en la cárcel. Cientos llenan las celdas. Hostos escribe a Zeno y a Henna: "...podrán ustedes influir para que indulten a más de un centenar de puertorriqueños bien intencionados, que no han hecho ni la millonésima parte de lo que ahí, principalmente en las dos Carolinas y en Georgia, hicieron los independientes contra los *tories* o ainglesados, ni la cienmillonésima parte de lo que hicieron contra los sudistas los *carpetbaggers*". Aconseja a

sus compañeros de Comisión que busquen sus argumentos en Hayes, Fiske, Stone y Mac Kinley, porque, aunque le diga lo contrario la dura verdad, él no ha perdido del todo la fe en la fuerza incontrastable del derecho. Caso de derecho es para él el de Puerto Rico, y por eso querría que sus compatriotas lo ejercieran.

Entre el dolor y la lucha se malgastan los días. Mientras en la República Dominicana se celebran elecciones, ha de combatir en Puerto Rico la imposición de condenas basadas en leyes americanas, que el pueblo de la isla desconoce y que, por tanto, burla inconscientemente. Los periodistas son juzgados bajo jurisdicciones que no les corresponden. Acaso pueda hacerse algo para enviar a Washington una delegación que encamine gestiones en el Congreso en favor del derecho de plebiscito. No importa que los americanos se queden por más o menos años en Puerto Rico; lo que interesa es hacer saber a Estados Unidos, a los puertorriqueños y al mundo todo, que Puerto Rico tiene derecho a disponer de su destino, y que la nación conquistadora debe reconocer ese derecho.

Las elecciones dominicanas transcurren ordenadamente. Juan Isidro Jimenes, jefe de la más poderosa casa comercial del país, es electo presidente; Horacio Vázquez, que presidía el Gobierno provisional, vicepresidente. Jimenes es hombre de vasta capacidad para empresas, que ha logrado levantar una gran fortuna y establecer sucursales de su firma en varias capitales europeas. Incapaz de abandonarse a las complacencias de su riqueza, empleó los recursos económicos y su enorme prestigio dentro y fuera del país en combatir la tiranía. Poco tiempo antes del tiranicidio llegó al frente de una expedición armada al puerto de Monte Cristy, de donde salieron Martí y Gómez hacia la epopeya libertadora de Cuba. Derrotado, tras haber ocupado por algunas horas la población, Jimenes se internó, con su barco *El Fanita*, en una de las islas de las Bahamas,

donde lo hicieron preso las autoridades inglesas. Hasta allí fue Heureaux. Hizo toda suerte de gestiones para conseguir que lo expatriaran; como no lo lograra, pidió ver al vencido enemigo. Con sus ojos de fija y fulgurante mirada, estuvo contemplando al probo anciano.

Horacio Vásquez, hacendado de las inmediaciones de Moca, tomó parte directa en la conspiración. Su honradez le había ganado amplio prestigio en toda la región; y, después entró, por matrimonio, en la limpia y querida familia de los Moya. Esta familia encabezó la revolución llamada de los *moyistas*, que, en 1886, cuando Hostos bregaba por extender la cultura desde su vieja Normal, había puesto en armas a la población de La Vega contra las maquinaciones de Lilís, que forzaba, por esa época, la renuncia del presidente Billini. Derrotadas las fuerzas revolucionarias, los Moya vagaron por el destierro; pero su nombre era símbolo de dignidad y de entereza, de oposición encarnizada a la dictadura. Al aliarse con los Moya, Horacio Vásquez se vio hecho la esperanza de los moyistas; y, con su participación en la conjura de Moca, su nombre se hizo nacional.

Las dos figuras más destacadas sobre el mar revuelto que dejaba la liquidación de la tiranía, se unen en una boleta electoral. En su rincón mayagüezano, Hostos ve complacido tal unión. Piensa, como muchos dominicanos, que tal vez Máximo Gómez acepte gobernar el país de su nacimiento. Desde Cuba aconseja la voz procerá; y pide unidad, medida, civilidad.

Parece que, en efecto, habrá cordura. Las elecciones transcurren sin disturbios; y Juan Isidro Jimenes empieza su obra de gobierno entre la esperanza de todo un pueblo que aspira a progresar. Los mejores ideales parecen ser flores que se aclimatarán en la tierra dominicana; la juventud entusiasta pone su fe en el porvenir. Ávida de superación, mira por encima del mar y busca la agobiada figura del incansable luchador. Hostos empieza a ceder a tales demandas. A la vez que reconoce su

falta al frente de las huestes que él preparó para el combate, se duele de tener que abandonar a Puerto Rico. A Federico Henríquez y Carvajal le escribe: "...es mi desesperación no poder consagrar lo que me queda de vida a hacer triunfar el derecho y la civilización, que hoy están próximos a ser sacrificados en Puerto Rico, por el Gobierno de quien menos podría esperarse el sacrificio de una personalidad nacional y el debilitamiento de la civilización".

El golpe es demasiado duro para él, porque no sólo pierde a Puerto Rico, "que se le va de las manos", sino que se le consume la fe de una vida entera consagrada a esperar de la democracia el mejoramiento de la vida privada y colectiva, y se le rebaja la alta medida de la humanidad que ha estado alimentando por sesenta años. La falta de conciencia de Puerto Rico le hace sufrir. "Lo que yo puedo aconsejar a mis compatriotas en general, a mis amigos en particular, a los hombres en masa, a cada hombre en persona, es que tengan un solo juicio para cada necesidad de decidirse, y no una triple serie de razones para inclinarse a tres distintas determinaciones". A un joven le aconseja: "...decídase a una de las dos únicas cosas que puede y debe hacer hoy un puertorriqueño de bien: o trabaje por conseguir que Puerto Rico tenga en los Estados Unidos quien declare de continuo que quiere el gobierno temporal, o trabaje por la más pronta declaración de Estado". Le desespera que los puertorriqueños no quieran una cosa, una sola, sea patria libre o Estado de la Unión. Él quiere lo primero; lo ha dicho ya; pero comprende que, si depende de la voluntad de Puerto Rico, no es indigno entrar a formar parte de cualquier país; lo malo está en aceptar lo que se le imponga. "Lo primero —dice— es lo más digno, lo más previsor y lo más humano, porque a la vez salva la personalidad de un pueblo, hoy; la riqueza y la independencia comercial, mañana; la paz, siempre".

Pero su voz apenas flota sobre la algarada de los políticos. La oyen, entre sonrisas escépticas, y la dejan perderse en un agobiador vacío. Él no es político; no lo es: se lo dijo a Betances y a Basora cuando llegó a Nueva York, hace justamente treinta años. Pero es estadista. También se lo dijo a Betances, hace ahora veintitrés años: "Puerto Rico no podrá ser libre un día después que Cuba". Y lo está viendo. Da dolor, porque la bella isla bien que podría ser la patria de un pueblo feliz.

Da dolor; pero hay que irse. Fina el siglo, y con él las esperanzas de la prometida cosecha. Pero otro siglo sigue al que muere; y otro pueblo ofrece al labriego incansable sus amplios barbechos. El luchador recoge sus armas, y abandona el amado lar de los mayores. La casa de Hostos luce triste. Sólo Rosita se queda allí, para cuidar la tumba del padre, sobre la que crece una palmera de vidriosas pencas.

El día 6 de enero de 1900, mientras la muchachada de Santo Domingo celebra los Reyes Magos con estruendos de triquitraques y sonoras risas, una multitud heterogénea y alegre llena la ribera del Ozama. Las manos agitan blancos pañuelos, y los rostros se adelantan a la satisfacción de todos. Inda y sus hijos sonrían, complacidos. Cuando el viajero ilustre, ansiosamente esperado, desciende con lento paso la escalerilla del barco, antiguos discípulos ven una figura consumida, una gris cabeza, una barba cana, y sólo en la fina nariz encuentran la antigua energía. No está triste, pero las huellas de los desengaños han dejado en sus mejillas cierto leve aire de dolor. Uno de sus discípulos se adelanta. Su voz emocionada saluda, en nombre de todos, al férreo paladín. Es Emilio Prud' Homme, autor de la letra del himno dominicano; y Hostos puede ver en su enérgico rostro oscuro, en su pelo que blanquea, el paso de los años y la preocupación de los deberes. El viejo maestro responde. A pesar del tiempo que ha transcurrido con fría indiferencia, como las aguas

bajo el arco del puente que las cruza, vuelve a hablar a los mismos que aprendieron de sus labios la doctrina de la dignidad y del deber; y sus palabras, un tanto marchitas por el dolor de la patria perdida, resuenan con poderoso acento. Igual que el vetusto Alcázar de los Colón, que a pocos pasos del grupo levanta sus maltrechas paredes, como en arrogante desafío a los años y a los hombres, así su voz desafía la inconsciente torpeza de los hechos, y sigue alimentando la llama sagrada del ideal. La Confederación de las Antillas será realidad algún día: son cimientos suyos estos corazones honrados que lamentan con el maestro el temporal eclipse de la estrella puertorriqueña.

Rodeado de sus discípulos, en un emocionante desfile que evoca los mejores días de todos, recorre las calles de la cuatro veces centenaria ciudad. Va en pos del local donde estuvo la Escuela Normal. Recoleta sitio en el cual forjó un gran iluso los más felices sueños, surco donde sembró las más queridas semillas, el antiguo hogar recibe al maestro y a sus discípulos. Hora realmente emocionante es ésta. El himno nacional y el himno de los normalistas llenan las blancas habitaciones de un aire solemne. Crece el recuerdo, crece y gana los espíritus. La comitiva se recoge en fecundo silencio. Federico Henríquez y Carvajal, de vibrantes voz y sobrios ademanes, saluda al sembrador que retorna. Es la misma palabra que discurrió por estos sitios, cuando, de Inspector de Enseñanza, se acercaba, discípulo, compañero y amigo a un tiempo, a los graves alumnos. También él ha cambiado, y su larga cabellera toma ya el gris color de la plata. Pero su corazón, como antaño, es cálido y alberga iguales sueños e iguales esperanzas. Tras él se levanta su hermano Francisco. Reposado, envuelto en un aura de inexpresable bondad y nobleza, da al maestro la bienvenida en nombre del Gobierno de la República. Víctima de la tiranía, como todos los que allí se reúnen, fue

el compañero amado de la mujer excepcional que se llamó Salomé Ureña de Henríquez. Ella falta, ella, la que rechazó el descanso merecido, la que no se conformó con los aplausos que recibía como poetisa; y se puso, hombro a hombro con el maestro, a forjar las mujeres del porvenir, todas esas que ahora disimulan el dolor de su falta en esta recepción solemne y cordial a un tiempo.

Tras la emocionante llegada, la familia puede ir a ver su amado hogar de San Carlos, como antes batido por la brisa del mar que se muestra abajo, difusa mancha azul tocada por el cielo. Los hijos acaso se dediquen a recorrer los sitios de su infancia, y doña Inda recibe con amable complacencia a las amigas de otros días.

La ciudad se ha expandido. Hendiendo las añosas murallas, ha buscado las orillas del mar, los greñales circunvecinos, y empieza a ganar para el progreso las tierras aledañas a la Puerta del Conde. Hostos puede ver ahora en los rostros cierta complacencia, y oír los chispeantes relatos de los días que siguieron a la muerte de Lilís. Lo mismo que en todos, su esperanza se aviva; y viendo en su torno la señal de una cosecha probable y cercana, él, el sembrador desafortunado, empieza a organizar en su mente los recursos de la próxima lucha.

La vieja Normal ha sido abatida. Con sañuda persecución, la dictadura fue dispersando a los normalistas; y unos tenían que acogerse a la seguridad del destierro, mientras otros —como Francisco J. Peynado y Federico Henríquez y Carvajal— pagaban en la cárcel la osadía de combatir a Lilís. Nada quedó del severo hogar de la enseñanza: una ley hoy, otra mañana, lo fueron despojando de sus atributos, de su autoridad. Acabaron quitándole el nombre, que era símbolo de dignidad.

Pero, dispersos y todo, los miembros de la escuela se han mantenido fieles al espíritu que les formara el maestro. Con

ellos hay que iniciar una lenta obra de restauración. El entusiasmo nacional parece propicio a esa obra.

Los meses transcurren en la elaboración de planes, en la atención al Colegio Central, en la preocupación de los problemas nacionales, que salen todos a la superficie, tras la lúgubre sumersión. Como antaño, las conferencias, las clases en el Instituto Profesional —donde su hijo mayor ingresa a estudiar Leyes—, las reuniones con maestros, la formación de sociedades, la publicación de artículos, toman a darle la dirección espiritual del país. El Gobierno le nombra Inspector General de Enseñanza, para que pueda llevar a cabo las reformas necesarias en el sistema escolar; y se entrega a la redacción del proyecto de Ley General de Enseñanza Pública, que ha de presentar al Congreso en la legislatura de 1901.

Mientras tanto, no descuida a Puerto Rico. El Congreso de la Unión legisla para Borinquen. Se aprueba el *Bill Foraker*, que, según Hostos, producirá “un orden delusivo y una paz falsa”. Muchos puertorriqueños ven ahora, con dolor, que acaso tuviera razón aquel maestro que tanto batalló por lograr que sus compatriotas exigieran sus derechos y no dejaran a la voluntad de los dominadores la solución de sus problemas. Vuelven hacia él sus suplicantes voces. Él responde: “Puerto Rico no puede ser incorporado al sistema federal de la Unión. Tan patente es la incongruencia, que es preciso salvar para extender el principio federativo a una isla que ni geográficamente, ni étnica, ni histórica, ni etimológicamente corresponde al sistema natural de la Federación Americana; que ni aun sabiéndose por todos en los Estados Unidos, que no se trata de principios doctrinales, sino de intrigas políticas, no se han atrevido a incorporar la isla a la Unión de Estados”. Dice que el *Bill Foraker* es un arma de dos filos que los puertorriqueños deben aprender a usar, porque si con un filo “es capaz de cortar casi todos los nudos que ligan con las

tradiciones coloniales... con el otro puede cortar algún día el lazo forzado con que la guerra y el Tratado de París han enlazado a los Estados Unidos y a Borinquen”. Quiere que los puertorriqueños se aprovechen del *Bill* para realizar sus convicciones. Y esas convicciones deben ser: acordar la temporalidad del gobierno americano en la isla; hacerse sus propias leyes sin intervención alguna; crear la ciudadanía puertorriqueña, exclusiva de los hijos del país y de los residentes que la adquieran; que ningún poder de la Unión pueda vetar leyes o resoluciones acordadas por los legisladores de Puerto Rico. Es la independencia completa lo que pide, salvo una especie de protectorado, mientras sus compatriotas aprenden a utilizar las instituciones democráticas. Exige que “en caso de guerra de los Estados Unidos con cualquiera otra nación, el ejercicio del derecho de neutralidad será absoluto para Puerto Rico”; que todos los servicios públicos estén en manos puertorriqueñas, sin derecho a supervisión ninguna, salvo a iniciativa y ejemplo de parte de los americanos; que Puerto Rico goce siempre de su derecho de plebiscito, cuya fecha fija para el primero de noviembre de 1925.

El mismo día que termina el último de una serie de artículos que escribe a quienes le consultan desde Puerto Rico, sale en viaje de inspección para el interior del país. Pasa por Macorís del Este, por Sánchez, y llega a La Vega a mediados de julio. Con él viajaban sus hijos Adolfo y Filipo, a quienes quiere dar el espectáculo agreste y el aire sano y el sol puro del interior; el mayor se queda en la Capital, para atender a las obligaciones paternas, para estudiar y para cuidar de Inda y de las dos niñas.

En La Vega tiene discípulos. La recia lluvia tropical ahoga la mañana. Bajo el aguacero inclemente, una multitud silenciosa espera al viajero. Rostros cordiales se agrupan en la estación, y el viejo maestro tiene que padecer la emoción de una

recepción inesperada, que le ablanda todo el ser. Dice algunas palabras, aturdido; pero cuando entre dos ráfagas se tiende una calma, y los directores de la comitiva deciden salir, Hostos advierte un arco de triunfo cerrando la entrada de la ciudad. Corrido, ni acierta a ver qué dicen las letras que lo adornan, ni sabe qué hacer cuando busca un senderillo para esquivar el arco. Sabe sólo que va, entre gente de generosa expresión, salvando los arroyuelos veloces que serpean por las calles; que siente un agobio que no conocía, y que la tristeza que le fluye desde lo hondo es tristeza única, acaso producto de una alegría insólita.

En la casa que le han preparado le esperan tres niñas: una se envuelve en la bandera de Cuba, la otra, en la de Puerto Rico; la última, en la dominicana. Las estrellas y la cruz se abruman entre rojos y azules. Él ya no puede más. Debajo del pecho, el corazón se cansa. Busca con abrumados ojos un rincón tranquilo; y, sin saber por qué, se mete en un aposento donde manos gentiles de mujeres arreglan el lecho que le han reservado. Se confunde todavía más, y no sabe cómo salir airoso.

—¿Quién me presenta a estas damas? —pregunta.

Jamás soñó esto. Hubo un tiempo en que los aplausos le hacían revolverse airado, como en la conferencia sobre Plácido, treinta años atrás, o en el banquete que le dio Mitre en Buenos Aires. Pero ahora le sale al paso el amor de un pueblo: ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? ¿Es esto acaso la ansiada cosecha?

Sale, entontecido, para dar frente a comisiones de escuelas, de gremios, de sociedades, del Ayuntamiento. Hablan palabras sinceras y emocionadas. Él contesta a una, a otra, a otra; pero alguna llega a sembrar tan hondo la emoción, que no puede hablar. Imposible hablar. Todo el ser se le hiela, y sufre.

Las niñas de una escuela le han traído flores y tarjetas. Filipo se hace cargo de las flores, y Hostos las ve caer de las manos del

hijo, emocionado también. Después, cuando la concurrencia empieza a desfilar, uno de los antiguos discípulos se lamenta:

—El agua ha echado a perder la recepción. Hubiera sido algo espléndido.

6

En las poblaciones del trayecto, las multitudes salen a recibirle con igual calor. En Moca, en Santiago, en Puerto Plata, en Tamboril; dondequiera le halagan, le hacen promesas y ruegos de que se quede a vivir. En todas partes, igual trabajo, igual lucha e igual entusiasmo.

Es una grata y magnífica siembra la que hace. En La Vega funda la Escuela de Maestros, la de Agricultura Práctica y Colonias Agrícolas; en Moca, dos suplementarias; en Santiago, una de Comercio; otra de Comercio en Puerto Plata. Asambleas de padres de familias, reuniones de maestros y de autoridades escolares; reuniones de Ayuntamientos; consultas, búsqueda de fuentes de recursos... Es fecundo el viaje. Sus dos hijos ganan salud y él gana fe.

Desde Puerto Rico le llegan cartas de maestros pidiendo cargos. Duele decirles que no. Las Colonias Agrícolas que crea tienen la mira de aliviar a muchos compatriotas, que acaso hallen el bienestar en esta tierra dominicana, pródiga y despoblada.

De vuelta a La Vega, tras casi dos meses de recorrido, recibe carta de San Francisco de Macorís, donde su hijo Bayoán ha enfermado y anuncia que va a reunirse con el padre. Pálido, delgado, triste, llega el hijo. El doctor teme: sospecha una tifoidea. Velándole, Hostos pasa horas abrumadoras. En los limoneros cercanos cantan a toda voz los ruiseñores. El acongojado padre despierta en la alta noche, para observar la fatigosa respiración del hijo y para arreglar la ropa de cama del enfermo.

Malos días. También él enferma. Es de forúnculos, y los dolores no le dejan dormir. Aunque solícitas damas le atiendan, y aunque ruegos encarecidos le pidan quedarse a vivir en La Vega, está triste. Lleva ya más de dos meses fuera de su familia, y siente la falta. Querría, sí, fijar su vida en esta población amable, tan llena de sol y de aire, que se tiende con gracioso recogimiento entre la soberana loma y el bravío Camú. Pero no puede: esas cosas las resuelve Inda. Inda es quien debe decir si quiere o no dejar la casa de San Carlos.

Se va de La Vega, con una leve nostalgia por el cariñoso trato, por los riscosos y altivos paisajes de Jarabacoa, por el ambiente diáfano. En Sánchez embarca en el *New York*, y en Macorís del Este trasborda al crucero nacional *Presidente*, que envía en su busca el Gobierno.

Tan pronto llega, torna a la brega. Escribe, aconseja, dirige. El Colegio Central vuelve a ser Escuela Normal, bajo la dirección de Federico Henríquez y Carvajal; deja terminado el proyecto de Ley General de Enseñanza Pública; se ocupa en atender a Puerto Rico, desde donde llegan noticias cada vez más penosas. En carta al Director de *La Correspondencia de Puerto Rico*, echa todo su dolor, toda su amargura: “Ya sé que a los puertorriqueños les escandaliza que haya quien pida a los americanos la independencia de su patria —dice—; y por lo tanto, ya sé que hay una masa difícil de mover que es necesario poner en movimiento. Pero es tan absolutamente necesario empezar por ahí la obra con que Puerto Rico puede, desde su Asamblea Legislativa, justificarse de su indolencia, de su incapacidad de dolerse de su esclavitud, que no hay justicia para ella, si no empieza por pedir lo que es suyo. Hay que insistir todos los días en decir y repetir que Puerto Rico ha sido robada de lo suyo, de su libertad nacional; de su dignidad nacional; de su independencia nacional, que ni los españoles ni los americanos podrán ni

han podido poner en mercedería”. Alega que “si los americanos pretenden quedarse con la isla, claro les dice su Constitución cómo hacerlo: primero, contar con la voluntad de los puertorriqueños; segundo, dándoles un gobierno de Territorio para llamarla después a la dignidad de Estado de la Unión”. No es malo ser Estado de la Unión, pero eso sólo puede hacerse después de obtener la independencia, “para poder, usando a conciencia de su soberanía absoluta, trocarse plebiscitariamente, por medio y en ejercicio del derecho de plebiscito, por la soberanía limitada de que goza un Estado Federal”. Sabe que no hay una conciencia nacional en Puerto Rico, y que a eso se debe que el país no sepa qué le conviene hacer ni qué desea hacer. “Aquellos de entre los puertorriqueños que vean más a fondo el porvenir, seguirán queriendo que Puerto Rico sea un Estado confederado de las Antillas unidas en un todo político y nacional, y esos puertorriqueños saben ya que ni hoy ni mañana ni nunca, mientras quede un vislumbre de derecho en la vida norteamericana, está perdido para nosotros el derecho de reclamar la independencia, porque ni hoy ni mañana ni nunca dejará nuestra patria de ser nuestra”, afirma.

Con esta última serie de artículos, cierra su actuación pública en favor de Puerto Rico. El problema de la educación es arduo en la República Dominicana, y a él debe dedicarse. Cree firmemente que Borinquen no se perderá. Tardará acaso muchos años, más de los que él espera; pero un día la isla será libre, y aunque él esté ya confundido con la tierra que reciba sus despojos, su sueño de la Confederación Antillana será un hecho. No puede abandonar la fe de ese ideal, porque el día que la perdiera dejaría de vivir. Se ha consustanciado con su ser; es parte suya, como su sangre, como el aire que respira. Lo que haga por la superación dominicana, obra será en beneficio de ese acariciado porvenir.

Y el país responde: de aquí, de allá, de las remotas poblaciones le llegan prendas de estimación: diplomas, nombramientos de socio honorario de tal o cual grupo, cartas alentadoras.

El proyecto de ley General de Enseñanza Pública empieza al fin a ser discutido en el Congreso, tras mucha brega. Pero Hostos debe hacer otro viaje de inspección por el interior, y deja los ánimos en lucha.

Los días primaverales llenan de luz las provincias del norte; la fiera vegetación agobia de aire al viajero. Le hace bien a Hostos el recorrido. En Monte Cristy visita la casa de Máximo Gómez y ve la mesa tosca en la que escribió Martí el manifiesto del 95. También ese manifiesto fue parte de su soñada confederación. De allí brotó la chispa gloriosa que recorrió, entre el resplandor del epopéyico incendio, toda la tierra cubana, de Oriente hasta Occidente, del mar Caribe hasta el Atlántico.

De Monte Cristy va a Puerto Plata; de la riente y grácil ciudad de San Felipe, a Santiago de los Caballeros; más tarde, a La Vega; y de ahí, otra vez a Santo Domingo. Como en su viaje anterior, éste de ahora es de siembra fecunda, aunque él albergue un poco de temor.

¿Temor? Sí. Acaso insensiblemente, el país ha ido dividiéndose. Las dos figuras más altas que dio la lucha contra la tiranía, Jimenes y Vásquez, que fueron en una boleta electoral al gobierno, se han distanciado lentamente en el sentimiento del pueblo, y se ven ya definirse como dos jefes de partidos opuestos. Es peligroso, porque en países pobres —y, por pobres, incultos—, no hay sentimientos, sino pasiones; las pasiones tienden a arrollar, y no es difícil que un vicepresidente, natural heredero de la primera magistratura, la desee, sobre todo si se siente apoyado por una parte del pueblo. Por eso teme Hostos.

De vuelta a Santo Domingo, tiene que prepararse a defender su obra. Como en cuanto ha hecho, Hostos ha puesto en

el proyecto de Ley todo el corazón. Su único propósito es hacer de la tierra de sus hijos mayores un lugar privilegiado por la cultura. Nada que no sea en provecho del país ha podido pensar. Incluso no concibe que ese proyecto sea reformado en parte, porque él mira hacia el porvenir, y sabe que es de hombres prudentes oponerse a los males que puedan arraigar algún día.

Pero por exceso de corazón, su obra flaquea. Otra vez, la prioridad del estadista sobre el político y la costumbre de preferir lo mejor a lo bueno, le han hecho olvidar la naturaleza humana. A impulsos de intereses se mueve el hombre, no a impulso de ideales. ¿Él? Pero él es distinto, como si no perteneciera a la estirpe. Él no es el hombre, sino lo que debería el hombre ser.

Aquellos que ven sus intereses amenazados —un sueldo, tal vez la esperanza de un sueldo—, empiezan a remover las pasiones y desentierran el viejo lema con que se le combatió en los tiempos de la primera Normal: “Escuela sin Dios”. La beatería se enfila tras ese lema. Un polemista brillante, audaz, peligroso, que lleva sobre Hostos la ventaja de tener menos escrúpulos y la de combatir por algo sólido —una cátedra en el Instituto Profesional, que teme perder si se aprueba el proyecto— abre la enconada batalla de artículos, de conferencias, de voces puestas a rodar de oído en oído. Hostos responde organizando la propaganda: se funda El *Normalismo*, que dirige Federico Henríquez y Carvajal; se crean las Asociaciones del Normalismo en todo el país; se forman los cuadros para la lucha.

La República entera se apasiona, se engresca. Con seguro pulso de esgrimista, el contrincante va manejando las palabras y llevándolas hacia terrenos que nada tienen que ver con la escuela dominicana y su porvenir. Es hábil, astuto y desenvuelto. Aprovecha el soberano desdén con que trata Hostos a

los que todavía se aferran al lilisismo, restos de la tiranía, y los pone contra el maestro. Poco a poco, sin que Hostos se dé cuenta, los principios del normalismo pasan a ser banderín político. Nada importa que su voz limpia llame al verdadero terreno de la lucha; que haya destrozado, uno por uno, todos los incontables obstáculos opuestos; que los normalistas aclamen como el salvador de la República a su maestro; que hombres como Federico Henríquez y Carvajal, el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, Eugenio Deschamps —figuras de la mayor solvencia moral y mental—, defiendan como suya la doctrina hostosiana: “¡Escuela sin Dios!”, vociferan los rivales, asustando al pobre pueblo incauto.

Las pasiones llegan a extremos tales, que un discípulo de la Normal es herido; y el propio Hostos tiene que amenazar con su paraguas a un vehemente opositor. Lo que no entiende Hostos es por qué su doctrina ha llegado a ser utilizada, sin que nadie se atreva a decirlo abiertamente, como instrumento de lucha política.

Él mismo cree, en medio de la amargura del momento, que el país camina hacia su salvación. No puede esperarse otra cosa de un pueblo que llega a enardecerse por principios al parecer tan abstractos como los de si debe ser ésta o aquélla la instrucción. Parece, en verdad, espectáculo de una tierra vieja, culta y de hombres generosos. En el Instituto Profesional, donde enseña Derecho Constitucional, Economía Política, Sociología; en la Normal, donde da clases de Lógica, de Historia de la Pedagogía, de Historia de la Civilización, de Geografía Política, sus alumnos van conservando las lecciones que él dicta, porque todavía hay que seguir creando textos y útiles, a la vez que conciencias, como si los largos años transcurridos desde la vieja Normal hubieran pasado en vano.

Corrigiendo muchos de esos textos, que espera publicar pronto, y escribiendo en dos o tres periódicos a la vez, para

atender sin desmayos a la propaganda necesaria y a la réplica que destruya los argumentos enemigos, consume sus días como una vela que el fuego gasta: el trabajo no le deja sentir el tiempo. Tiene esperanza, aunque ya no sea la misma ingenua esperanza de otros días. Siembra, y no tardará en cosechar.

Pero el huracán del trópico acecha en su desconocida madriguera. Que no se llene de optimismo el corazón del labriego. ¿Ignora acaso la dura ley de estas tierras? Está entregado a la amorosa fe; y, de improviso el viento llega, con un atronador bramido; se revuelve, se sacude; y cuando pasa, deja al aire la raíz del ceibo potente; en el lodo, la fruta del cafeto; en tierra, los tiernos tallos y los espeques del bohío.

En la primavera de 1902, el vicepresidente Vázquez se subleva contra el presidente Jimenes. El anciano de blanca cabeza sale hacia el destierro. Son las primeras rachas del huracán que asoma de nuevo.

Con tristes ojos, Hostos ve la amenaza. Ha puesto a producir los amplios barbechos; y, cuando sobre la negruzca tierra empiezan a brillar las hojas primerizas, el viento pasa bramando.

Al empezar el siglo, él avanzó su fecunda palabra. Había oteado el horizonte, y llevaba en la entraña la dura lección: ¿no se había perdido Puerto Rico? Lo dijo entonces, y planteó el terrible dilema: "Civilización o muerte". O se civilizaban los pueblos que dormían en la zona de absorción del imperialismo norteamericano, o morirían. Fue simple el remedio que propuso: ordenarse para manejar los propios destinos económicos y políticos. De no hacerlo, los yanquis lo harían. Pero, de nuevo, su voz pareció lejana, remoto cantar de soñador. Y aquí está ahora la amenaza, porque el movimiento que ha derrocado a Jimenes es la primera pieza que, en el ajedrez de la política nacional, juegan los intereses americanos. Se hace pasar la asonada como un movimiento popular, originado por

la falta de castigo en que tiene el Gobierno de Jimenes a los responsabilizados con la tiranía. Falso: la verdad es que se trata, simplemente, de llevar al poder una situación que favorezca la conversión de la deuda, que de manos europeas ha pasado, por arte de birlibirloque, a Wall Street. Las apariencias se cumplen, desde luego; y los partidarios de Lilís empiezan a llenar las cárceles.

El desencanto se va colando gota a gota hasta el corazón del luchador. Las voces enemigas hacen circular la nueva consigna: "Extranjero". Un tanto cansado, apenas pone oído en ella. Aprueban una ley de enseñanza que es remiendo inútil, y le nombran Director General de Enseñanza, en vez de Inspector. Como tal, es de hecho también Director de la Escuela Normal.

Sin duda, las esperanzas de la ansiada cosecha se van secando. Son estériles, por lo visto, estas tierras de América. Vuelve los ojos hacia su atormentada etapa del 74 en Nueva York, y recuerda la carta en que les decía a los hermanos Matta que acaso se fuera a Europa a formular un sistema de pensamiento y a vivir en la paz necesaria a una creación de cultura. Debió hacerlo. Lo sabe ahora: hasta el nacimiento de Cuba le halla receloso; y, cuando le llega una edición especial de *El Fígaro*, destinada a conmemorar la aparición de la estrella solitaria en el cielo libre de América, él, que sudó sangre por tal día, busca en las páginas el nombre de Francisco Vicente Aguilera, y no lo ve. Se entristece, y escribe reclamando, en nombre del viejo amigo muerto, el lugar que merece. ¿Será Cuba también, como sus hermanas, un peñón de mármol, donde el grano amorosamente sembrado se pierde podrido o se deja arrebatado por el huracán? A Estrada Palma le ha escrito pidiéndole trabajo para sus hijos. "Hasta yo mismo —le dice— ofrecería mis servicios a Cuba". Pero Estrada Palma no contesta.

En estos días angustiosos, cuando siente crecer en su torno la desgracia, vuelve los ojos a todos lados y no ve señal de esperanzas ni para sí ni para los suyos ni para sus pueblos. Acaso piense con frecuencia en la muerte. Su hermana Rosita no está contenta, porque él le habló, meses atrás, de escoger un rincón en el cementerio de Mayagüez, para recogerse junto al padre en el largo sueño. No sabe a las claras qué hacer, porque no querría salir de Santo Domingo. Su vida se hace opaca, simple: se levanta temprano; baja a la ciudad en coche, acompañado por sus hijos; atiende a sus deberes. De tarde en tarde escribe en francés algún artículo para la *Ilustración Belga*.

Así, en el ambiente triste de la ciudad, que con el otoño se hace tímida, recoleta, va discurriendo su vida. Antes de que termine el año se inicia, por el norte, otra revolución*. Los días cansados son interminables. Pasan, pasan. Rumores y boletines sobre la revolución corren por la ciudad. Se va el año, se inicia el 1903. Habla la gente de un golpe que se prepara. El Presidente sale hacia la región en guerra.

Enfermo, Hostos tiene que irse a la orilla del mar, a la estancia Las Marías, que, rodeada de mangos y de cocoteros, se esconde, apacible, al fondo de un camino de viejos troncos. Se va reponiendo, alentado por el sol alegre de la primavera que se inicia. Pero se desata la tragedia: el 23 de marzo, los presos políticos se sublevan en la vieja Fortaleza Ozama, y la ciudad cae en sus manos. El cochero se lo dice a Hostos, al tiempo que va a hacer su viaje diario a la escuela. Agigantados por el eco le llegan los primeros cañonazos. El cochero es incapaz de saber que están haciendo blanco en el corazón del viejo maestro.

¡Triste destino el de estos pueblos! Las sociedades incultas no albergan sentimientos, sino pasiones, y la pasión sólo sabe

* Movimiento que a fines de 1903 depuso el gobierno de Horacio Vázquez, quien a su vez, como vicepresidente, había depuesto al presidente Juan Isidro Jimenes, contra quien se levantó en armas el 26 de abril de 1902 (N. del E.).

encaminarse a la sangre o a la vileza. Así, ahora: viene el presidente Vázquez, sitia la ciudad; y los cadáveres empiezan a pudrirse, macabras jalonaduras, entre los breñales de San Carlos. Barcos de guerra alemanes, americanos, franceses, pasean por la bahía su insultante recelo. Wall Street parece apoyar ahora a los del golpe. Hostos escribe en su diario, el 6 de abril: "Otro afecto que me domina es la pena de ver cómo el crucero nacional que está al servicio del Gobierno da pasos en vago y en vano, sujeto, según parece, a la voluntad que aparentemente le dictó el otro día el *Atlanta*. Ya, ni independencia para moverse en su propia casa tienen estas buenas gentes". En la sombra, él ve los ojos fosforescentes del imperialismo americano.

La situación se agrava cuando fuerzas gobiernistas rodean la ciudad por la parte que da al mar. Las noches se desgarran a tiros. Los rumores angustian, y él ya no tiene fuerzas para oírlos ni para negarlos. Uno de sus hijos, Adolfo, convence a Inda de que deben pedir amparo al *Atlanta*, porque están expuestos a ser cogidos entre dos fuegos. El muchacho se trepa por los arrecifes, con una bandera americana que nadie sabe de dónde ha sacado, y la remueve una, dos, tres veces. Del *Atlanta* mandan un bote; y, pese a la mar que se enfurece, la familia embarca. Desde el *Atlanta* pueden ver la empecinada lucha que siega vidas en la ciudad. ¡El huracán! Es el maldito huracán antillano, ahora desatado en cada pecho. Todo es confuso, sangriento, fiero. Decide volver a la ciudad, con la familia, y se aloja en el edificio del *Weather Bureau* de los Estados Unidos. Por todo el cinturón de breñas y de murallas que envuelven a la vieja primada, bocas de fuego incendian las entrañas del país. San Carlos arde. Es una tea gigantesca, de la que huyen, abigarrados, trémulos, empobrecidos, centenares de infelices. El Cónsul americano molesta a la familia y Hostos se la lleva al edificio de la Normal. No sabe cómo vive, porque la angustia por sus hijos, por Inda, por el pobre pueblo al cual

dio la esperanza de su mejor cosecha, le deprime y le traba. Torna a arder San Carlos. La casa donde nacieron sus retoños, el hogar levantado con tanto esfuerzo, tan profundamente amado, se desmorona lamido por las llamas. La gente de San Carlos se acoge a las iglesias, y un aire de pavor y de desconsuelo abate a toda la ciudad, mientras los disparos se multiplican, pertinaces. ¡Doloroso final para una vida tan llena de ilusiones! Está desorientado, viejo, amargado. Si torna la vista a su pasado, se le encoge el corazón de tristeza: he aquí el producto; si la torna al porvenir, no ve sino una niebla espesa cubriendo el horizonte. Bajo el fragor de los tiros escribe a su hermana: “La situación de este pobre queridísimo país es de las que aconsejan la emigración, y hasta yo mismo he pensado en ella; pero cuando me pongo a pensar en lo mucho que lo quiero y que lo quieren mis dominicanitos, así como en la posibilidad de que aún me sea dado prestarle algún gran servicio, desisto de toda idea de emigrar”. ¿Es que no ha perdido la esperanza? Sí, la ha perdido; pero un espíritu como el suyo no puede rendirse mientras viva. Además, sobre no hallarse con fuerzas para arrancarle a su corazón otra despedida, no sabe adónde iría, ni cómo: no tiene dinero, no le pagan —desde hace algún tiempo—, sus haberes, a pesar de que se los han rebajado. Y, en medio de esta tempestad, ¿quién encontraría el camino?

Las alternaciones de las armas se suceden con pasmosa rapidez. En horas cambian de manos los fuertes que rodean la ciudad. Sin fuerzas materiales, los sublevados han resistido. De noche truenan los cañones gobiernistas. Se habla de que le llegan refuerzos al Presidente; y se dice que Aquiles Álvarez*, gallardo como un joven héroe de leyenda, comenta,

* Partidario de Horacio Vázquez, cuyo gobierno vino a defender del levantamiento de jimenistas y lilisistas, muriendo en la acción en 1903. Había nacido en La Vega, en 1869 (N. del E.).

a los disparos de cañón con que los sublevados tratan de impedir su entrada:

“Mis enemigos me saludan, porque saben que ya ha llegado un hombre”.

Por la ciudad corre la voz de que el ataque definitivo lo darán Aquiles Álvarez y Corderito. El último ha enviado un propio a la ciudad, para encargarle a la novia que le guarde el café del triunfo.

Hostos se apena. Corderito fue su discípulo. Las lecciones de Sociología con que pretendió reformar la conciencia de este pueblo infeliz fueron semilla estéril en el corazón del joven. En su pupitre de la Normal parecía atender, y ahora se vuelve contra cuanto oyó. ¡Triste símbolo en verdad!

La madrugada del 18 es horrisona. Los fusiles corroen, incansables, la tenue sombra. Gritan como salvajes los hombres, y el cielo se desgaja a ruidos. Aquiles Álvarez cae del bastión del Conde con el pecho trizado; Corderito entrega a las balas su descarriada juventud. Un desastre. Centenares de infelices dejan su sangre, que busca en lento desnivel las cunetas. En pos de heridos, una turba feroz clama venganza. Hostos ve la fila interminable de muertos. Le atormenta la visión de un hombre del pueblo, cuya cabeza, fuera de la camilla de madera que le sirvió de lecho mortuario, tenía un macabro balanceo. Jamás soñó golpe más duro: la barbarie que ha vivido combatiendo sin tregua, ha hecho de esta tierra su ambiente natural. Amargado hasta no poder más, el viejo luchador se desconsuela.

El 19 se retiran las fuerzas gobiernistas. La ciudad se echa afuera, jubilosa por la paz. San Carlos muestra en la altura sus paredes ennegrecidas, los solares llenos de troncos quemados, las casas derruidas a cañón. En las callejas, en los breñales, los cadáveres insepultos se hinchan. Hostos se siente deprimido, y piensa que la sociedad padece una enfermedad mortal. “Todos

los días, a todas horas —escribe—, desde que llegué en mal hora a perder los tres años perdidos en contemplar cómo se viene al suelo el edificio que yo quise construir con tales hombres por cimiento, todos los días me los pasé diciendo a todo el mundo, especialísimamente al grupo de que formaba parte ese pobre Cordero, que el ensayo del Gobierno civil era la única garantía que les quedaba en la República”. “...Hondosísimamente convencido —termina— de que es completamente inútil intentar ningún bien en un país dominado por el mal, todo el día lo pasé ayer dando oídos a las persuasiones de mi familia, que a toda costa, especialmente el alma de ella, quiere salir del país”.

Sí, quiere irse la familia, y hasta él acaso lo desee. Pero no puede; está cansado; se siente incapaz de reemprender la lucha y de seguir su sino de sembrador. Además, ama a este triste pueblo, aunque no lo merezca; y comprende que hasta él entra, paso a paso, en el mal colectivo: se apasiona, como todos, y discute y pregunta. La imagen de su discípulo, muerto en la vorágine de la barbarie, le obsesiona y le hace daño.

Se forma un Gobierno provisional, encabezado por Woss y Gil, testigo de su angustia en Washington cuando perdía a Puerto Rico. Uno de sus antiguos discípulos, que ha participado en el complot, ve a Hostos en la Normal y le propone, para el hijo mayor —Eugenio Carlos—, el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

—Mi hijo no puede ser ministro en tal Gobierno —corta Hostos.

Está realmente desengañado. Ha sido muy duro golpe el que le ha dado la realidad. Vuelve a vivir en Las Marías, de donde salió para el *Atlanta*. Entre los cocoteros, frente al mar, medita y sufre. Le aseguran que habrá paz y elecciones libres. Con amarga ironía comenta: “Verdad es: ¿por

qué no ha de haber elecciones libres, como no sea porque ni los convocadores ni los electores saben lo que son esa clase de elecciones?”

7

Por la ciudad se ha esparcido la noticia de que se va. Voces apesadumbradas le piden que no lo haga. Enternece, porque en esta brega no andan sólo los enviados del Gobierno, los amigos de años, las madres conscientes: hasta algunos jovenzuelos, acaso ilusamente enamorados del porvenir de su pueblo, le ruegan que se quede. Él responde a todos que no puede vivir en un país al cual le es imposible ser útil. La verdad es que no sabe cómo se irá: no tiene un centavo; ha perdido la casa de San Carlos, hecha cenizas, como todos sus sueños; y, sobre todo, le duele, le entristece hasta la entraña la idea de abandonar una tierra de la que tanto esperó.

—Si pudiera sentirme extranjero, como dicen los enemigos de la Normal que soy, y encaminara una reclamación... —se queja.

Sufre. Los rumores que desorientan al pueblo le tienen en perpetua agonía, y sólo la esperanza de que sea cierto el que asegura que llamarán al poder a Francisco Henríquez y Carvajal, le hace pensar con leve optimismo en el porvenir. Duda, vacila. A su hijo Bayoán le hacen tres disparos de revólver, y Hostos piensa si no será un aviso para que acabe de irse. Al Presidente de la República, que le visita en la Normal, le asegura que no se queda. No es sólo por la desesperanza en que lo ha dejado la revolución; no es sólo porque lo quiera Inda: es también porque no puede vivir con el rebajado sueldo. El Presidente trata de convencerlo. Hostos le dice que le mande su Ministro de Instrucción Pública. Piensa pedirle el pago de los pasajes.

Uno de esos días, ve con tristeza que ni el cumplimiento del deber le gobierna, como antes. Llueve, y deja de ir a la escuela. “Ya no me parece falta el dejar vacío mi puesto: lo he dejado por una lluvia y un malestar que antes no me habrían arredrado”.

El Presidente se vale de cuantas argucias puede para evitar que abandone el país. Sabe qué desgracia y qué descrédito significaría eso para su Gobierno. Así, inutilizado por el medio, ni aquí ni en otro lado poder servir. Mientras tanto, los días pasan; y sobre la ruina moral de la sociedad dominicana sólo la tristeza y el escepticismo crecen. Por momentos brota su antigua energía: son retornos fugaces, que apenas le duran; es la antigua condición del luchador, que no ha cedido del todo. Uno de sus discípulos le propone un plan de reformas sociales, y Hostos habla de ponerlo en manos del pueblo. Tal vez este pueblo pueda adquirir todavía conciencia: lo forman hombres, y el hombre es susceptible de superación. Cuando Day, el Secretario de Estado de Mac Kinley, le oyó hablar, le dijo: “Bien; pero no todos los puertorriqueños son como usted”.

Y ahí ha estado su mal: en creer, de buena fe, que los demás prefieren, como él, lo mejor. Todavía ahora es capaz de sentirlo. Olvida por un instante la realidad, e incluso olvida que su propia carne esté casi vencida por los años.

Enferma de gripe. Los días se le pasan en recorrer su vida. Busca en hechos pasados lecciones que le sirvan para hoy. Como en su juventud, aspira a corregirse. Es entonces, en la desesperanza de la convalecencia, cuando comprende toda la verdad, la imposibilidad de su inútil empeño: “A los ojos de la conciencia de acero que yo he querido fabricarme, lo que más me abate y me inutiliza para las luchas con los hombres y las sociedades —dice—, es que yo cometo una injusticia a cada paso, cada vez que pretendo de los otros lo que he vivido pretendiendo de mí mismo”.

Pero es demasiado tarde para el arrepentimiento. Va de caída la recia naturaleza. Le abandona la fe, y sin fe sobra en el mundo aquel que vivió para servir.

Se queja de que no le pagan; y, como no tiene dinero debe andar a pie, sin poder hacerlo. Escribe: "A consecuencia de los cuatro viajes, dos de ida y dos de vuelta, desde mi casa a la escuela y desde mi escuela a mi casa, hace ya más de un año que experimento dolores vivos en las ingles". Con todo, atiende a la Normal. Hay exámenes; y, tras ellos, en las horas largas de las vacaciones, el viejo maestro, que ya no sabe en qué emplear su capacidad de observación, se entrega al gozo de ver el paisaje circundante, el mar solemne, las innumerables mariposas de verano, que llenan, materialmente, la atmósfera, y son tantas, tantas, que parecen nacer del aire mismo.

El día primero de agosto se instala el Gobierno definitivo. Lo preside Woss y Gil; el vicepresidente es Eugenio Deschamps, amigo entrañable, campeón de la Liga de Patriotas por los días en que, combatiendo a Lilís, se hallaba exilado en Puerto Rico. Hostos ve la instalación de ese Gobierno con impasibilidad de escéptico. Nada espera ya. Sin fe, sin salud, deja fluir la vida en su torno con la insensible actitud del árbol que ve correr a su frente el arroyo. Se queja de que muera cerca de su casa una pobre tísica desamparada. La falta de recursos en que le tienen no le permite ayudarla.

El día 6 de agosto se siente enfermo. Una sombra triste, de ojos grises, apesadumbrada, le sale al encuentro. La conoce bien. Hace sesenta y cuatro años y casi siete meses que la ve. A menudo habla con ella. Él la llama Sócrates, porque bebió la cicuta. Los demás no saben quién es esa sombra, pero a su original le dicen "señor Hostos". Está abatido Sócrates. Le apena a Hostos verlo así.

—¿Cómo va, señor? —le pregunta.

—Arrastrándome —responde la doliente voz.

Hostos nota que, en realidad, arrastra las piernas.

—Hace días —explica la sombra— siento calambres que a veces son fortísimos al despertarme y que después se convierten en un cansancio de piernas adoloridas. Aún más fastidioso que ese achaque de casa vieja, es la cantidad de sedimento de estómago que se ha depositado en la lengua y que ya parece que no cede a los purgantes. Mientras tanto, trabajando, a pesar de que me prescriben el descanso completo. Pero el trabajo es hasta un entretenimiento indispensable en mi mal.

—Pero en suma, ¿qué mal es?

—¿Mi verdadero mal? —pregunta atolondrado Sócrates— ¿El verdadero?

—Ése.

—Mi mal verdadero...

No lo dice la sombra. Pretende simular que lo ignora. Su mal es su falta de fe, su dolor por tanto empeño fallido. No lo dice, y sólo el eco de su voz vencida se queda allí, temblando, mientras el fantasma se va perdiendo poco a poco.

“No había en su voz amenaza de suicidio” —explica Hostos en su diario—; pero la verdad es que sudaba dolor y fastidio de vivir. La sombra y el original se confunden en uno mismo”. “Repercutió hondamente en mi cerebro, tan poseído ya también del fastidio de la vida”, escribe.

Es su último diario. Ese día tiene que recogerse. La enfermedad se inicia lenta, maliciosa, y cava con disimulo en la carne rendida. No hay deseo de vivir. ¿Para qué? Cumplido el ideal hubiera sobrado; sobra también ya, porque no puede cumplirlo. El día 8 empeora; empeora más el 9. El 10, la familia teme. Antiguos discípulos de la primera Normal, ahora médicos, le atienden y velan. El enfermo sonrío de cuando en cuando.

El 11 cumple sesenta y cuatro años y siete meses de haber nacido. Como en el remoto Mayagüez de aquel 11 de enero de 1839, un viento aciclonado amenaza desatarse. Buen símbolo: nació entre vientos huracanados, vivió entre ellos, acaso también muera en otro. Vida de una sola pieza, hasta la naturaleza se presta a que así sea. Pobre sembrador antillano, semilla y flor él mismo, el ciclón no le ha dejado recoger su cosecha.

De la cercana ciudad llega gente, gente, gente. No hablan. En la puerta preguntan:

—¿Cómo sigue el señor Hostos?

Los hijos, Inda, los discípulos, demandan silencio para el maestro que dormita. Cuando la tarde empieza a caer, el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, que espera lo peor, recurre, para animarlo, a un medio raro. Crece el ciclón afuera. Él sabe que Hostos disfruta, como nadie, las soberbias de la naturaleza. Han sido los otros, los meteoros sociales, los que le han consumido; no los del aire. En Mayagüez, mientras San Ciriaco arrancaba árboles y casas, él miraba emocionado la majestad furiosa del viento y, a Inda, que le pedía entrar, porque era peligroso estar en descubierto, le rogaba que no fuera buena. La primera impresión de su vida "grandiosa y aterradora" —dice— se la dio el mar. El médico piensa que acaso también le dé la última.

—El mar está enfurecido, señor Hostos —asegura.

El enfermo levanta la cabeza. Parece venir de un sueño, de algún país remoto. Los grises ojos se animan un tanto. Inicia una sonrisa.

—Déjeme verlo —casi suplica.

El doctor Henríquez y Carvajal pide que abran las puertas, las ventanas. Al fondo se ve la masa iracunda de agua. El enfermo trata de incorporarse. Le sube al rostro una especie de emoción extraordinaria, que le llena de luz. Es un momento rauda. Goza en lo hondo. Pero deja caer la cabeza de golpe, y

ya no vuelve a alzarla. Los circunstantes ven cómo las facciones se abultan lentamente, al tiempo que un tono oscuro, morado, las va cubriendo.

Entra del todo la noche. Arrecia el viento afuera, y crece adentro el desesperado silencio. Los hijos rondan el lecho. Muda, Inda trata de secarse las lágrimas.

No terminan las horas. Nueve, diez, once. El tiempo se torna plomo. Cada minuto pesa como una eternidad. La luz y la angustia desfiguran los rostros. El huracán ruge afuera. Deshoja los mangos; hace silbar las pencas de los cocoteros. Es el mal viento, de saña implacable; el que malogra la cosecha esperada, el que desarraiga los troncos y vuelca los bohíos, el castigo de las islas. Se le siente enfurecer. Busca, colérico, una ventana mal cerrada, una rendija. Logra paso, al fin, y entra de golpe, en danza frenética. La tenue luz que brilla en el fondo de los grises ojos, tiembla, disminuye, vacila y se apaga.

Son las once y treinta y cinco minutos. El viento sigue bramando entre los cocoteros y sobre el mar.

BOLÍVAR Y LA GUERRA SOCIAL

AL LECTOR

Este libro ha sido escrito sin tener a mano las obras necesarias para ampliar a sus últimas posibilidades la tesis que en él se expone. Por ausencia de esas obras el autor no ha podido señalar la fuente bibliográfica de cada cita; éstas se han reproducido copiando las notas que el autor había tomado durante su estancia en Venezuela, especialmente para escribir una biografía del Libertador,¹ y en esas notas no figuran las fuentes bibliográficas.

El autor pide excusas al lector por esa falta, pero puede asegurar que el hecho de que cada cita haya sido tomada, y escrupulosamente copiada, de la correspondencia y de otros papeles de Bolívar, así como el hecho de que en cada cita se mencione la fecha de la carta, la proclama o el discurso del Libertador en que figuran sus palabras, permite hallar con facilidad la fuente.

En tres libros aparecen esas cartas, proclamas, discursos y hasta recuerdos: *Simón Bolívar, Obras Completas*, Editorial Lex, La Habana, 1947, 2 Vol.; Fundación John Boulton, *Cartas del Libertador*, Tomo XII (1803-1830), Caracas, 1959, y Biblioteca Venezolana de Cultura, Colección Andrés Bello, *Diario de Bucaramanga*, por L. Perú de Lacroix, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1949.

¹ *Simón Bolívar: Biografía para escolares*. Distribuidora Escolar, S. A., Caracas, 1960.

Desde luego, esas obras no bastan para cubrir el tema en toda su extensión, pues ellas no dan ni el panorama de la evolución económica y social de España, América y Venezuela en el siglo XVIII ni el curso de la vida de Bolívar ni detalles sobre Boves. Acerca de Boves, el personaje más destacado de la guerra social venezolana de 1812, conocemos un solo libro: *José Tomás Boves*, de A. Valdivieso Montano, Editorial González, Caracas, 1955.

Venezuela es un país de abundante bibliografía histórica, que en los últimos años ha estado siendo ampliada con estudios de especialistas en el aspecto económico y social del pasado venezolano; pero no es fácil hallar fuera de Venezuela obras nacionales debido a que la mayoría de los libros de historia del país es para consumo interno y de escasa circulación en el exterior. Por otra parte, el autor de este libro no pensó que iba a escribirlo en circunstancias un poco azarosas, en un nuevo exilio, de manera que el lector debe perdonarle, entre otras fallas, la ausencia de fuentes bibliográficas.

Ojalá que a pesar de esa falta el lector encuentre en él algo de interés.

Juan Bosch

Aguas Buenas, Puerto Rico,
abril de 1964.

PRIMERA PARTE:
LOS ANTECEDENTES

I

LAS GUERRAS AMERICANAS

Los hijos de América conocemos cuatro tipos de guerra: las coloniales, las de independencia, las internacionales y las civiles.

Las coloniales fueron cortas o limitadas a pequeños espacios, pero en términos generales crueles y costosas, especialmente en bienes; y entre ellas las hubo desde los ataques de piratas a ciudades marítimas o de tierra adentro, hasta las que se llevaron a cabo para reconquistar colonias tomadas por ejércitos de naciones enemigas de España. Las primeras alcanzaron un número alto y cubrieron de hecho tres siglos —el XVI, el XVII y buena parte del XVIII—; en cuanto a las segundas, dos ejemplos son las reconquistas de Buenos Aires y de la colonia de Santo Domingo, hechas a principios del siglo XIX por fuerzas coloniales en lucha contra ingleses y franceses respectivamente.

Las guerras de independencia tuvieron diferentes aspectos antes de que se perfilaran como guerras nacionales contra los poderes metropolitanos. Casi todos los países de América conquistaron su independencia con las armas, pero es muy difícil hacer una clasificación de conjunto de esas guerras, porque algunas se definieron desde el primer momento como luchas para lograr la independencia, otras comenzaron como movimientos defensivos contra la agresión napoleónica, otras se iniciaron como guerras civiles, en alguno o algunos de los

variados matices que presentan las contiendas civiles. Sin embargo, dado que esas guerras se distinguen en la historia de cada país porque terminaron produciendo el establecimiento de un nuevo Estado, se conocen con el nombre de guerras de independencia.

Las internacionales han sido entre dos países, como la de Estados Unidos contra México en el siglo XIX y la de Bolivia y Paraguay en el siglo XX; han sido de varios países contra uno, como la de Brasil, Uruguay y Argentina contra Paraguay; o de un país contra varios como la de Chile contra Perú y Bolivia, ambas en el siglo pasado. Entre ellas hay casos peculiares, como el de la guerra centroamericana contra los filibusteros, que participó a la vez de características de guerra civil entre nicaragüenses y de guerra centroamericana contra extranjeros que no eran fuerzas de un Estado enemigo; y el de la guerra mexicano-francesa, que era al mismo tiempo una guerra internacional y una contienda civil.

Las guerras más frecuentes en el mundo americano han sido las civiles, al grado que pueblos que no tuvieron guerra de independencia propiamente dicha, como algunos de la América Central, han conocido numerosas guerras civiles.

En América se han producido muchos tipos de guerras civiles, y en ocasiones se han mezclado varios tipos en una sola guerra. Es en ese campo de las guerras civiles donde nuestros pueblos tienen, al mismo tiempo, el renombre más penoso y el terreno de estudios sociales y políticos más rico y más sorprendente.

Las guerras civiles han sido simples, ideológicas y sociales.

Las guerras civiles simples, llevadas a cabo por dos facciones caudillistas que se disputan el poder, han sido las más abundantes y son las que menos deben llamarnos la atención.

A las simples han seguido en número las de cierto contenido ideológico, con una alta proporción de caudillaje en busca

del poder, como las de liberales y conservadores, no tan simples como las de facciones caudillistas pero no tan complejas como las guerras sociales, si se exceptúan la revolución liberal mexicana que acabó llevando al poder a Benito Juárez y a la liberal de Venezuela que se llamó Guerra Federal. Además de guerras civiles hechas por los partidos liberales de ambos países, estas dos fueron guerras sociales.

La guerras sociales fueron las provocadas por antagonismos raciales, económicos y sociales que no tenían solución pacífica. En número han sido las menos; pero en intensidad y en resultados han sido las más importantes.

De las guerras sociales americanas, la más compleja fue la de Haití —a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX—, porque tuvo todas estas características: guerra social, de esclavos contra amos; guerra racial, de negros contra blancos; guerra de independencia, de haitianos contra franceses; guerra colonial ofensiva, de haitianos contra la colonia española de Santo Domingo; guerra colonial defensiva, de haitianos contra ingleses; y guerra civil entre facciones caudillistas, la de Toussaint contra Rigaud.

Entre las llamadas guerras de independencia, la que más ha atraído la atención de los historiadores es la de Venezuela. Hay varias causas para que cautivara la imaginación de escritores, pintores, poetas; una de ellas es la presencia de Simón Bolívar a la cabeza de la facción americana; otra es la participación, en las filas de los libertadores, de figuras militares tan atractivas como el mariscal Sucre y el general Páez —para mencionar sólo dos de la legión de jefes que tomaron parte en la guerra—; otra es el amplio escenario en que se libró la larga campaña militar, y otra es el fruto que dio: cinco repúblicas libres por acción directa y varias más por acción indirecta.

Pero sucede que esa guerra, que cubrió costas de tres mares, llanuras inmensas y montañas gigantes en varios millones

de kilómetros cuadrados, no fue una simple guerra de independencia. Pocos acontecimientos históricos, en el mundo americano, tienen causas tan diversas operando a la vez como esa guerra de trece años. Lo que comenzó siendo en 1810 una declaración de autonomía de la provincia de Venezuela y se convirtió en julio de 1811 en declaración de independencia y en establecimiento de un Estado federal —todo ello sin que apenas se derramara sangre—, pasó a ser en 1812 una guerra social que fue creciendo en intensidad, en crueldad y en capacidad destructora, hasta llegar a ser la razón oculta de la vasta acción libertadora de Simón Bolívar.

Los resultados de la guerra social venezolana de 1812-1814 fueron inmediatos y tardíos. Los primeros significaron la destrucción física de la nobleza criolla, los mantuanos que proclamaron la independencia; los segundos resultaron, desde el punto de vista de la lógica aparente de la historia, los más inesperados. Pues fueron los mismos hombres que aniquilaron a los independentistas de Venezuela los que hicieron bajo el mando de Bolívar la independencia de ese país y de varios más, y fue el miedo de Bolívar a que la guerra social venezolana se reprodujera en Venezuela lo que le llevó hasta el Potosí y lo que le hubiera llevado, de permitirlo la situación política internacional, hasta Cuba y Puerto Rico. Bolívar libertó media América porque les buscó ocupación en lugares lejanos a los hombres que podían resucitar en Venezuela la guerra social; esto es, convirtió en libertadores de Nueva Granada, de Ecuador, Perú y Bolivia a los llaneros de Boves y Morales, y faltó poco para que los llevara a las islas españolas del Mar Caribe, por miedo a que hicieran de nuevo lo que ya habían hecho una vez.

Simón Bolívar no hizo eso de manera inconsciente o por afán de gloria, aunque él amaba la gloria en forma casi desesperada. En muchos de sus manifiestos, en muchas de sus

cartas, dejó dichas cuáles fueron las razones que lo llevaron a derramar ejércitos libertadores por lugares lejanos; y no lo dice de manera confusa o sibilina, sino en forma que no deja lugar a dudas.

El país que Bolívar quiso verdaderamente, con pasión casi primitiva, fue el suyo, Venezuela, “Caracas”, como le llamaba él en las horas en que se quedaba a solas con los recuerdos de su infancia; y esa Caracas, desorganizada primero por Monteverde y destruida después por Boves, fue la imagen que tuvo siempre en el corazón. Bolívar llegó como Libertador hasta los Andes del Sur porque necesitaba alejar de Venezuela a los que podían reiniciar en cualquier momento la obra de Boves. Vano intento el suyo, pues, como las condiciones sociales que hicieron posible la aparición de Boves permanecieron sin transformación, a mitad del siglo XIX, cuando todavía no habían comenzado a pudrirse los huesos del Libertador, Venezuela volvió a ser el escenario de otra guerra social de poder destructor parecido al de la primera.

Esta fue la llamada Guerra Federal. Su jefe no era el asturiano José Tomás Boves sino el venezolano Ezequiel Zamora; su bandera no era la del absolutismo de Fernando Séptimo sino la del liberalismo que predicó Antonio Leocadio Guzmán; sin embargo, a pesar de las diferencias entre las nacionalidades, las ideas y las banderas de sus jefes, la Guerra Federal fue una segunda parte de la Guerra Social, ni más ni menos. De manera que el miedo de Bolívar había tenido razón de ser, y la historia lo justificó.

La segunda parte de la guerra social venezolana hubiera podido evitarse únicamente mediante la transformación de las condiciones sociales y económicas del país; no como lo pretendió Bolívar, sacando de Venezuela a los que podían hacerla. Esos no la hicieron, pero la hicieron los que eran o podían ser sus hijos. Ahora bien, el genio de Bolívar produjo

resultados de gran utilidad a la historia americana, pues con los llaneros que sacó de Venezuela libertó a Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia. Otro con menos categoría que él hubiera pretendido resolver el problema llevando al patíbulo a los jefes de los posibles revolucionarios —y de hecho, él comenzó a actuar así cuando fusiló a Piar—. A su claro juicio político, pues, hay que atribuir la desviación de la guerra social venezolana hacia una guerra libertadora americana, y no a falta de condiciones para imponer el terror.

Bolívar fue el hombre de la guerra a muerte, el que ordenó los fusilamientos de La Guaira. No le temía a la sangre derramada. De manera que si hubiera creído que con el uso de terror podía evitar el renacimiento de la guerra social en su país, lo habría hecho sin la menor duda. Pero el Libertador sabía que los alcances del terror tienen un límite. El terror puede evitar un levantamiento caudillista, paralizar ambiciones pequeñas, contener durante cierto tiempo una fuerza social. Pero es incapaz de detener para siempre una verdadera revolución.

Ahora bien, en el punto en que se hallaban los conocimientos de la época, hubiera sido imposible que Bolívar tuviera idea de cómo podía evitarse, en forma radical, el renuevo de la guerra social venezolana. La guerra social que inició Monteverde y que encarnó Boves había tenido el propósito inconsciente de igualar a los de abajo con los de arriba mediante la destrucción de los de arriba. Para hacer iguales al llanero sin más amparo que su lanza y su caballo y al mantuano dueño de tierras, esclavos, casas y oro, el camino más corto era hacer desaparecer a los mantuanos; y eso hicieron los soldados de Boves. La igualación no se buscó mediante la creación de un Estado que la garantizara y la mantuviera con la autoridad de la ley; se buscó mediante la destrucción del mantuanismo. La guerra social venezolana

de 1812 a 1814 fue, pues, destructora, no creadora. Sólo Bolívar trató de buscarles, y les ofreció, una salida creadora a los que la habían hecho.

Desde el punto de vista del historiador que busque un ejemplo puro de fenómeno histórico, la guerra social de Haití tiene más definiciones categóricas que la de Venezuela. En Haití hubo la lucha de los esclavos contra los amos, y en Venezuela no sucedió eso, aunque con Boves pelearon esclavos fugitivos. La libertad de los esclavos vino a alcanzarse en Venezuela en 1854, es decir, cuarenta años después de haber terminado la primera guerra social. En Haití, además, hubo la guerra racial, de negros contra blancos; y si bien en las filas de Monteverde y Boves abundaban los negros, los zambos, los mulatos y hasta los indios —y sin duda el factor racial fue un ingrediente de mucha importancia en la lucha—, la verdad es que también había blancos, y la lista de estos puede ser encabezada por los jefes, los propios Monteverde y Boves. La guerra social haitiana fue llevada a cabo por negros de Haití contra blancos franceses —si se exceptúa aquella parte de la guerra en que combatieron haitianos contra haitianos bajo el mando de Toussaint L'Ouverture de un lado y Rigaud del otro—, mientras que en la de Venezuela pelearon de un lado españoles y venezolanos contra los venezolanos de todas las razas que estaban con Miranda, primero, y con Bolívar al final.

Para convertir esa guerra social en nacional libertadora —es decir, de independencia—, Bolívar decretó en 1813 la guerra a muerte. Mediante el debatido decreto de Trujillo, el joven general mantuano dividió a los combatientes de la guerra social en dos bandos: españoles y venezolanos. En ese momento, Bolívar pretendía separar a los jefes de la guerra social, que eran españoles, de los venezolanos que les seguían. Pero sucedía que en la lucha estaba presente, aunque en medida menos

importante, un factor que podríamos calificar como guerra civil entre españoles; había republicanos españoles combatiendo contra españoles realistas. Bolívar quiso preservar para Venezuela a esos españoles republicanos, y así se explica que en el decreto de Trujillo ofreciera garantías a los españoles y canarios que combatieran en las filas libertadoras. De todos modos, el esfuerzo que hizo Bolívar en 1813 estaba destinado a fracasar, porque había una guerra social en marcha y sólo la muerte de sus jefes la detendría. El decreto de guerra a muerte que Bolívar lanzó como un rayo en medio de la tormenta, no logró darle regularidad a la guerra a muerte que se llevaba a cabo en toda Venezuela desde hacía algún tiempo. Si el joven general venezolano hubiera dicho como el general haitiano Jean Jacques Dessalines, que debía desaparecer del país toda una raza, hubiera podido definir mejor la guerra social, como se definió en Haití.

La guerra social de Venezuela no tuvo definiciones tan categóricas como la de Haití; pero ofrece más material para el análisis. Un amasijo histórico tan complicado no se encuentra fácilmente en América, y para los fines de ver con claridad en el espejo del porvenir, la guerra social venezolana de 1812-1814 es ejemplar.

En la segunda mitad del siglo XX un alto número de americanos ven en cualquiera actividad subversiva, a lo largo de todo el Hemisferio, la mano comunista; pero cuando estallaron las guerras sociales de Haití y de Venezuela no había comunismo; y pasarían todavía muchos años antes de que Marx y Engels escribieran el manifiesto comunista. ¿Por qué, pues, se produjeron esas dos guerras sociales, tan feroces, relativamente, como la rusa de 1917?

Los acontecimientos de Venezuela fueron, desde luego, sólo una parte de los que se presentaron en toda América al comenzar el siglo XIX. La revolución estalló casi simultáneamente

en varios puntos; en La Paz, en Quito, en Caracas, en México, en Buenos Aires. Todos esos brotes eran hechos que obedecían a las mismas causas que habían provocado la revolución norteamericana y la francesa; esto es, el paso en la sociedad occidental, del sistema feudal al capitalista. Pero el movimiento venezolano tenía algunas de sus raíces bien cerca; pues, aunque la desigualdad social y las diferencias raciales venían desde los orígenes de la colonia, la desigualdad económica se había producido, por lo menos en sus aspectos más violentos, en el siglo XVIII.

Para comprender la trayectoria de esa revolución, que terminó con varios países libres en más de cinco millones de kilómetros cuadrados, tenemos que volver los ojos hacia el siglo XVIII en América, y ver después qué produjo ese siglo en Venezuela.

II EL SIGLO DE ORO AMERICANO

El XVIII fue el siglo fecundo de América. Todo lo que nuestros países acumularon en riqueza, cultura, organización civil y contradicciones sociales durante doscientos años, entró a florecer en esa centuria decimoctava.

En cierta medida, en el siglo XVIII retornaron a América los galeones que habían cruzado el Atlántico cargados de oro, plata y piedras preciosas. Las riquezas americanas habían tenido una participación notable en el desarrollo de la sociedad europea, y por tanto, habían contribuido en mucho a la formación de ese fenómeno social de fuerza arrolladora llamado capitalismo.

Aunque la América de origen español tuviera su manera peculiar de ir hacia su porvenir era una dependencia política de España; y a través del poder político, la metrópoli manejaba la vida económica y social de nuestros países. Un cambio en España no podía tardar en producir efectos en América. Y precisamente, al nacer el siglo XVIII, la casa real francesa de los Borbones —que en esos días reinaba en Francia con el Rey Sol, Luis XIV—, entró a gobernar en España con un nieto de Luis XIV, el Duque de Anjou, llamado a asumir el poder en el imperio español bajo el nombre de Felipe V.

Al iniciarse el siglo XVIII, Francia era el país europeo de cultura más desarrollada; lo que explica que Felipe V solicitara con frecuencia la ayuda de políticos, hacendistas y hasta

militares de otros países de Europa para organizar el imperio español, pues, siendo francés, daba importancia a la superioridad intelectual.

No conocemos un estudio en que se exponga la influencia de esos hombres —y de los que fueron llevados a España por los herederos de Felipe V— en la formación de la corriente de ideas que acabó transformando a España y su imperio; pero sabemos que esa corriente fue encabezada por un hijo de Felipe V y que culminó con el despotismo ilustrado de Carlos III.

Las medidas de tipo liberal que adoptaron los Borbones en España afectaron a América. Algunas fueron de carácter directo para una provincia americana; otras modificaron las relaciones comerciales de la metrópoli con las colonias, y por tanto tuvieron consecuencias inmediatas en el alza o la baja de precio en productos americanos; otras fueron impositivas y provocaron rebeliones en varias partes del Continente, lo que contribuyó a crear el espíritu de nacionalidad en nuestros países.

Ejemplo de una medida de carácter directo para una provincia americana fue la fundación de la Compañía Guipuzcoana en Venezuela, punto que se tratará en el próximo capítulo.

El hecho de que la dinastía borbónica española estuviera ligada a la dinastía borbónica francesa por lazos de sangre, influyó en la política europea de Felipe V y sus sucesores. Los reyes de Francia se mantenían mezclados en todas las intrigas europeas de la época, y, arrastrados por los franceses, los reyes Borbones españoles se vieron en el caso de tener que tomar parte en todas las guerras provocadas por sucesiones dinásticas que tenían lugar en Europa, y cada una de esas guerras producía consecuencias en América.

A veces, una provincia americana se hallaba de buenas a primeras autorizada a vender determinados productos a uno de los beligerantes, lo cual significaba casi siempre aumento

de la riqueza para algún sector de los colonos, y en consecuencia se producía el ascenso de ese sector en la escala social, puesto que los reyes Borbones vendían títulos de nobleza; a veces la marina española, ocupada en la acción militar, no podía atender las necesidades del comercio con América, y el resultado era que nuestros productos de exportación no tenían salida, y su precio era “abatido”, como se decía en los memoriales de la época. A veces las guerras provocaban cambios de soberanía, como sucedió con la ocupación de La Habana por los ingleses en 1762 o con las cesiones a Francia de la parte española de la Isla de Santo Domingo en 1795, y a Inglaterra de la Isla Trinidad en 1798.

Carlos II, el Hechizado, el último de los Austria, murió en 1700, al terminar el siglo XVII. La estirpe de Carlos V y de Felipe II se extinguió con él en España. Aprovechándose de que el Hechizado era un débil mental, años antes de que muriera había comenzado a tejerse alrededor suyo una red de intrigas que cubrió toda Europa. El fin de las intrigas era asegurar para una de las casas reinantes europeas la herencia del trono español, con su rico imperio ultramarino; pues en esa época todavía un rey testaba dejando el reino a favor de quien quisiera, como si el reino fuera una propiedad privada. Los enviados de Luis XIV, cuya mujer era tía de Carlos II, consiguieron que éste diera testamento a favor del Duque de Anjou, nieto, como hemos dicho, del rey francés.

El Duque de Anjou, convertido en Felipe V, tuvo que guerrear para que no le quitaran el trono, pues los Austria reclamaron sus derechos a cañonazos, y hallaron aliados que querían aprovechar la oportunidad para entrar a saco en el imperio español. Inglaterra, Holanda, Portugal, el imperio austroalemán y hasta Amadeo de Saboya, suegro del afortunado Duque de Anjou, se lanzaron a la guerra como aliados del pretendiente Carlos de Austria. Regiones importantes del

país, como Cataluña, Valencia y Aragón, dieron su apoyo a Carlos de Austria. Castilla, en cambio, peleó por Felipe V.

La guerra en territorio español duró hasta 1710, año en que tuvo lugar la batalla de Villaviciosa, en la cual las fuerzas invasoras quedaron decisivamente vencidas en el territorio de España. Pero fuera de España, en los territorios que tenía España en Europa, se siguió combatiendo hasta 1713, año en que la parte europea del imperio español quedó liquidada con el tratado de Utrecht.

En ese tratado se reconocía a Felipe V como heredero legítimo de Carlos II, el Hechizado; pero a cambio de ese reconocimiento, España tuvo que entregar a sus enemigos todos sus territorios europeos —Flandes, Nápoles, Cerdeña, La Toscana, el Milanesado, Sicilia— y partes del propio territorio español, como Gibraltar, Menorca, la Gueldres española; y tuvo además que reconocer el derecho de Inglaterra a comerciar con las colonias americanas.

Como se ve, el siglo XVIII entró en España y sus colonias con ímpetus renovadores.

En 1715 Felipe V firmó la paz con Portugal, y parecía que España iba a recogerse en sus posesiones de América y Asia para buscar en ellas lo que ya no podía hallar en Europa: medios con qué resucitar el poderío hispánico, dinero para sostener la economía nacional y el trono mismo, oro con que organizar una fuerza militar que hiciera al país respetable y una fuerza naval que le permitiera mantener libres de enemigos las líneas comerciales de la metrópoli con las colonias. Sin embargo, no sucedió así, y ya en 1717 las naves españolas estaban atacando a Cerdeña y Sicilia.

Esa guerra de 1717 terminó en 1720 con la Paz de Cambray. Felipe V, que comenzaba a dar señales de conducta extraña, abdicó la corona en favor de su hijo Luis I, el cual gobernó sólo un año, pues murió de viruelas en 1724.

Felipe V volvió al trono, que no abandonaría hasta su muerte, ocurrida en 1746.

En 1739, siete años antes de morir el rey, España se había enfrascado en otra guerra. Al principio el adversario fue Inglaterra, cuya flota atacó Cartagena de Indias y La Guaira en 1739 y en 1742. Poco a poco, el número de adversarios fue ampliándose; y en 1746, a la muerte de Felipe V, los españoles combatían otra vez en varios lugares de Europa: en Austria, en el Piamonte, en Cerdeña y en Milán.

Felipe V fue un hipocondriaco que a medida que envejecía iba abandonándose a sus manías, pero tuvo un mérito como rey: supo rodearse de buenos consejeros. A lo largo de sus cuarenticinco años de reinado gobernó con ministros franceses, italianos, españoles; y aunque entre ellos apareciera un aventurero como el barón de Ripperdá, la mayoría de sus colaboradores fue gente que acertó a dar salidas, con medidas de gobierno, a la inquietud que iba creando en los círculos directores de Europa el movimiento creciente del capitalismo.

Los consejeros y ministros del rey fueron hombres como Amelot, Orry, Alberoni, Orendain, Arriza, Grimaldi, el marqués de Castelar, Zabala, Patiño, y el autor del “Nuevo Sistema de Gobierno Económico para la América”, don José Campillo y Cosío, hombre capaz de decir en 1743 que el capital humano era el bien más importante de un país y que quien gobernara la vida económica de otro pueblo no necesitaba dominarlo ni militar ni políticamente.

Esos hombres no produjeron un cuerpo de doctrinas, pero formaron un conjunto de ideas avanzado para la época, ese conjunto que los historiadores calificarían más tarde con el nombre de “neo mercantilismo español”, con el de “liberalismo español del siglo XVIII”, o, al definirse y personalizarse en Carlos III, con el más conocido de “despotismo ilustrado”.

Al neo mercantilismo se debieron medidas como la reducción de los derechos de aduana para los artículos destinados a América y para algunos productos americanos cuyo mercado era España; la substitución de la Flota de Indias por los navíos de registro y la autorización para que ciertas regiones americanas comerciaran entre sí y dispusieran de espacio, para ese comercio, en los barcos imperiales; autorización, casi siempre por tiempo limitado, para que algunas provincias pudieran vender determinados artículos a países y colonias extranjeros; la formación de compañías comerciales, asociadas al Estado, como la de Filipinas y la Guipuzcoana; y por último, la libertad comercial de las provincias americanas.

Algunas medidas de otra índole, como el estancamiento del tabaco o la creación de impuestos para atender a gastos de guerra, provocaron reacciones y movimientos populares como las rebeliones de los cultivadores de tabaco de Cuba, en los años de 1717 y 1724; y la de Juan Santos en el Perú, en 1742.

Las guerras de Felipe V provocaron cambios importantes en las colonias americanas, bien porque los colonos se veían aislados de España y tenían que producir más para atender a muchas de las necesidades que antes satisfacía España —con lo cual se formaban nuevos grupos de poder económico—, bien porque los enemigos victoriosos del rey presionaban, a la hora de la paz, para obtener libertades comerciales que les permitieran negociar con las provincias de ultramar. En casi medio siglo de gobierno con Felipe V, los cambios fueron extraordinarios.

En lo que se refiere a Venezuela, esos cambios son notables en la historia del país, según veremos en el próximo capítulo, y es casi seguro que sin ellos no habría habido guerra social en 1812, y por tanto quizá no habría habido un ejército libertador venezolano que llegara hasta Potosí.

Fernando VI, el sucesor de Felipe V, se impuso la tarea de lograr la paz y de hacer de España un país neutral en las luchas

européas. Igual que su padre, tuvo a su lado ministros excelentes, entre los cuales descolló el marqués de la Ensenada, discípulo de Campillo y Cosío. El marqués de la Ensenada encabezó un movimiento organizador de la hacienda pública, de la producción agrícola e industrial de España y sus colonias y de relaciones más justas entre la metrópoli y sus dominios de ultramar, que dio en pocos años frutos notables. Durante los años de gobierno del marqués, la América española alcanzó el más alto grado de desarrollo económico conocido hasta entonces.

Ese alto grado de desarrollo económico se reflejaba, como es lógico, en formación de grupos de poder político en las provincias americanas; en formación de grupos de más cultura; en nuevos nobles, y por tanto en fortalecimiento de los sectores aristocráticos criollos.

Casi inmediatamente después de la formación de esos grupos iba a llegar una nueva etapa: la de una política más liberal para los sectores no oligárquicos. Esa política se produjo en el reinado de Carlos III, hijo de Felipe V y medio hermano de Fernando VI; a quien sucedió en el trono cuando Fernando VI murió en 1759. Ese Carlos III fue el jefe del movimiento bautizado por los historiadores con el mote de “despotismo ilustrado”, que en cierto sentido equivale a la aplicación de la fuerza para lograr el progreso. El mismo rey describía gráficamente y graciosamente esa política cuando decía: “Mis vasallos son como los niños; lloran cuando los lavan”.

Carlos III era rey de Nápoles cuando heredó la monarquía española. Al llegar a Madrid llevó con él refinamiento e ideas muy propias de la Italia del siglo XVIII. Rodeado durante sus veintinueve años de gobierno de ministros de gran capacidad, fue, en cierta medida, un rey revolucionario. Y en verdad, tenía que serlo, pues Europa se hallaba entonces en los umbrales de una gran revolución que iba a comenzar en territorio colonial inglés, es decir, en las colonias inglesas de América del Norte.

A pesar de su deseo de mantener a España neutral, Fernando VI se vio en el caso de entrar en la Guerra de los Siete Años del lado de Francia. La guerra iba avanzada cuando Carlos III heredó la corona. Francia negoció con su aliada España la devolución de Menorca, que estaba en manos inglesas, pero en cambio obtuvo la cesión de algunas de las Antillas menores. Inglaterra tomó La Habana en 1762 y sólo la abandonó en 1763 a cambio de la Florida y otros territorios españoles de la América del Norte.

La guerra terminó con la Paz de París, firmada en 1763; pero las consecuencias de esa guerra iban a ser largas y sorprendentes, para España y para todo el mundo occidental. Pues, la revolución norteamericana fue la hija legítima de esa guerra de siete años.

Mientras Inglaterra combatía en Europa y América contra Francia, España, Austria y Rusia, sus colonos americanos se vieron obligados a suplir el comercio inglés y a prepararse militarmente para hacer frente a una posible agresión de cualquiera de los países enemigos de Inglaterra; y en siete años las trece colonias inglesas alcanzaron tal grado de desarrollo económico y militar, que se habían convertido de hecho en un poder autónomo.

En realidad, la revolución norteamericana comenzó en 1765, dos años después de la Paz de París, y desde ese año de 1765 empezó España a intervenir en favor de los colonos ingleses de Norteamérica. Catorce años después, en 1779, cuando la guerra de los colonos del Norte contra Inglaterra se hallaba en su apogeo, Carlos III se lanzó abiertamente a la lucha, otra vez aliado a Francia. Las fuerzas españolas recapturaron Menorca —que los ingleses habían conquistado después que había vuelto a manos de España—, asediaron Gibraltar, reconquistaron la Florida y expulsaron a los ingleses de Honduras.

La guerra terminó con el Tratado de Versalles, firmado en 1783. España aparecía vencedora; pero sucedía que la expulsión de los ingleses de sus colonias americanas había dado lugar a un hecho de enorme importancia para todo imperio colonial: había nacido la primera república de los tiempos modernos, los Estados Unidos de América. España, imperio colonial, quedaba herida de muerte por ese hecho, pues el ejemplo norteamericano sería seguido más temprano o más tarde por las colonias españolas del Hemisferio. Carlos III y algunos de sus ministros lo sospecharon, a juzgar por la propuesta de uno de ellos para que se les diera autonomía política y económica a las colonias españolas de América.

De Nápoles había llegado a Madrid, en el séquito de Carlos III, el siciliano Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache. Esquilache fue el principal inductor de la política progresista que adoptó Carlos III. Fue él quien aconsejó derogar las medidas que impedían el desarrollo del comercio español —incluyendo en éste el colonial—; fue él quien llevó la voz cantante en las disposiciones contra los privilegios eclesiásticos y quien encabezó la conspiración contra la Orden de los Jesuitas, que fue expulsada de España y de todos los dominios españoles en 1767. Alrededor de Esquilache se formó un grupo de prohombres activos en la creación y la propaganda de ideas nuevas; entre ellos estaban el conde de Campomanes, el peruano Pablo de Olavide, Gaspar Jovellanos, el conde de Aranda, y José Miniño y Redonda, conde de Floridablanca.

Este grupo de consejeros y ministros, el más brillante que se reunió junto a un monarca español en toda la historia del imperio, sacudió a España y a América con sus reformas en la economía, en la administración, en el orden civil, en la enseñanza. A su acción se debieron cambios y renovaciones que causaron agitaciones serias en las colonias americanas.

Las rebeliones de Túpac Amaru y Túpac Catari en el Perú y lo que hoy es Bolivia, la de los Comuneros en Nueva Granada y los Andes venezolanos, fueron reflejos de esos cambios. La inercia social, económica y política de las colonias quedó rota, y tanto los aciertos como los errores de Carlos III y sus ministros contribuyeron a que así sucediera.

Carlos III murió en 1788, un año antes de que se iniciara la revolución en Francia. Su sucesor, Carlos IV, fue desde el primer momento un juguete de los acontecimientos que desató en el mundo la revolución francesa.

III

VENEZUELA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVIII

Al comenzar el siglo XVIII Venezuela era una tierra de gente pobre. Es muy importante tener en cuenta eso si se quiere comprender la evolución histórica venezolana, porque cincuenta años después en el país habría numerosas familias criollas enriquecidas, y ennoblecidas por haber comprado títulos de nobleza con la riqueza adquirida en tan cortos años; y ese paso tan rápido de una condición económica y social baja a una alta explica los sucesos que tuvieron lugar a principios del siglo XIX. Hombres que comenzaron compartiendo la pobreza con sus vecinos de las ciudades y las villas del país, o que llegaron de la Península con cargos medianos, pasaron a ser ricos, a tener carruajes y esclavos, a contraer matrimonio con mujeres que llevaban apellidos linajudos, a ennoblecerse con títulos comprados.

La situación del país era tal al iniciarse el siglo XVIII, que el duelo por la muerte de Carlos II, el Hechizado, no pudo manifestarse porque los vecinos de Caracas no podían comprar telas negras y por tanto no podían salir a la calle ni podían asistir a los funerales del difunto monarca. En Caracas no se conseguían telas, fueran o no negras, ni vinos ni aceite; las Cajas Reales no disponían de un céntimo para las necesidades de la defensa. En 1703 no había harina; en 1704 hubo que llevar maíz y casabe desde Santo Domingo.

En el año de 1704 sólo se exportaron 8.000 fanegas de cacao, el producto criollo de más salida en el exterior. Sin embargo, en los diez años transcurridos de 1720 a 1730 se exportaron 256.081 fanegas de cacao, es decir, treintidós veces lo que salió del país en 1704; y estas últimas cifras dan idea de cómo y con qué rapidez comenzó a desarrollarse el país bajo el gobierno de los Borbones y sirven para explicar, de paso, por qué el pueblo comenzó a llamar “grandes cacaos” a los nuevos ricos.

Al terminar en 1725 el primer cuarto del siglo, Venezuela estaba exportando cacao, tabaco, cueros, mulas, y produciendo azúcar, queso, maderas, algodón. A base del trabajo esclavo, los terratenientes se enriquecían de un año para otro, pero al mismo tiempo —como sucede siempre en momentos de cambios económicos beneficiosos para una minoría—, la moral pública se relajaba gracias al soborno. En un minucioso informe rendido en 1720 por don Pedro José Olavarriaga, juez de comisos y futuro primer presidente de la Compañía Guipuzcoana, se afirma que la moral de los funcionarios era baja, especialmente la de los encargados de evitar el comercio ilegal, tanto si era el de importación de contrabando como si era el de exportación sin autorización.

Los terratenientes esclavistas y los comerciantes prosperaban sin trabas, porque si había trabas, desaparecían mediante el soborno; y con el dinero que acumulaban compraban títulos de nobleza e iban formando una capa social que se aislaba del pueblo mediante un complicado sistema de prejuicios que llegó a ser de los más intolerantes de América. Cuanto más reciente era el título comprado, más se aferraba el propietario a ese sistema de prejuicios.

En 1728 se fundó la Compañía Guipuzcoana, con privilegios para monopolizar el comercio exterior de la provincia. La corona era accionista de la compañía, lo que indica

que el trono español había pasado a tener conciencia de que en la nueva era el Estado tenía un papel que jugar como socio en empresas comerciales. La explotación de una colonia no se basaba ya sólo en participar a través del cobro de impuestos en la explotación de la riqueza natural, sino que había que ir más allá y participar en lo que hoy se llama “promoción de la riqueza”.

La creación de la Compañía Guipuzcoana derogó, automáticamente, el papel monopolista de la Casa de Contratación; por tanto, Venezuela no seguiría dependiendo de la flota anual sino de su propio poder productor, y cuanto más produjera, más barcos viajarían a sus puertos en busca de sus frutos y más mercaderías llegarían para beneficio de sus mercaderes. Esto significaba un avance importante, pues bajo las condiciones anteriores, si había un año de alta producción de cacao, por ejemplo, y no llegaban barcos de la Casa de Contratación, el cacao no tenía salida hacia el exterior, con lo que se perjudicaban los productores, y si no llegaban buques con efectos de importación, el comercio se arruinaba.

La oposición a la compañía fue viva desde el primer momento. Las naves de la empresa comenzaron a llegar a Venezuela en 1730, y en 1732 se produjo la primera sublevación, la del zambo Andresote, en el Yaracuy. El zambo Andresote pretendía defender el derecho de los venezolanos a comerciar libremente con las Antillas holandesas. La compañía tenía fuerza militar propia, dedicada a asegurar sus privilegios pero pagada por el Real Tesoro, y con esas fuerzas la compañía se enfrentó al zambo Andresote. Los criollos protegieron a Andresote, y entre esos criollos abundaron los grandes terratenientes de Yaracuy y hasta de Caracas, que no estaban a gusto con la aparición de un poder nuevo que llegaba a competir con ellos en la posición dominante que tenían en la vida económica de la provincia.

En 1736 hubo una sublevación de funcionarios de la compañía contra el vecindario de Carora y las autoridades de la Santa Hermandad; en 1741 hubo en San Felipe motines que tuvieron como resultado la rebaja de categoría de la ciudad, cuyos habitantes se rebelaron debido a que un funcionario de la compañía había sido designado teniente y justicia mayor de San Felipe; en 1745 se descubrió un complot en que figuraban nobles de Caracas, muchos canarios y algunos clérigos que se habían confabulado para evitar que el cabildo de la capital siguiera en manos de funcionarios de la compañía. Por último, en 1749 estalló la sublevación de Juan Francisco León, la más importante de cuantas había conocido el país hasta entonces.

Visto que la compañía y el trono eran asociados, los funcionarios públicos tenían órdenes de dar protección a la compañía; ésta, a su vez, realizaba ciertos trabajos públicos, como la vigilancia de las costas. En cierto sentido, el gobernador, representante de Su Majestad, era un miembro de la compañía; pero cuando el gobernador era más adicto a actuar como funcionario real que como agente comercial de Su Majestad, se presentaban conflictos, que generalmente eran resueltos a favor de la compañía mediante la compra de la buena voluntad del funcionario con influencias en Madrid o con regalías en dinero.

La compañía procuraba que los delegados reales en ramos del gobierno conectados con el comercio fueran hombres suyos, de preferencia vizcaínos. En abril de 1749, el vizcaíno Martín de Echevarría se presentó en el pueblo de Panaquire a hacerse cargo del puesto de juez de comisos, que le había sido asignado por el gobernador Luis Francisco Castellanos. El juez de comisos de Panaquire era el canario Juan Francisco León, que desempeñaba también el cargo de teniente cabo de guerra. La población de Panaquire se negó a aceptar

la sustitución del canario Juan Francisco León por el vizcaíno Martín de Echevarría, y reclamaba que si León había de ser sustituido, que no lo fuera por un vizcaíno.

Este incidente, ocurrido en un pequeño pueblo del interior, provocó la rebelión. Acompañado de gente de Panaquire, León salió hacia Caracas; en el trayecto se le unió gente de Caucagua, Guatire, Guarenas, y al llegar a Chacao —que hoy es parte de la ciudad de Caracas—, el 19 de abril, era ya la cabeza de una poblada en que participaban, según afirmaba el mismo León, “la nobleza y la plebe”. Al escribir al gobernador explicándole las causas del movimiento, León dijo que su intención “es la destrucción de la Compañía Guipuzcoana”, no únicamente como empresa comercial sino además como centro de un grupo racial, política y económicamente privilegiado, pues pedía que “la gente vizcaína. . . no ejerza. . . los empleos de tenientes o ministros de justicia que actualmente ejercen”, y además reclamaba que “en toda la provincia no han de quedar de esta raza persona alguna, que todas se han de embarcar en el primer bajel o nao que se hallare en la bahía y en defecto se aprontará, a costa de dicha gente vizcaína, nao para el asunto”.

Juan Francisco León hacía saber claramente que era leal al rey, pero que pedía “en nombre del común” —esto es, de toda la población de la provincia— una nueva política económica. Con notable visión de lo que significaba la opinión pública se dirigió a los cabildos pidiéndoles que declararan si la compañía había sido o no había sido conveniente al desarrollo del país; explicaba que no debía expulsarse a los vizcaínos que trabajaban por cuenta propia sino sólo a los funcionarios de la compañía. El cabildo de Caracas, que desde el movimiento de 1745 estaba compuesto por los oligarcas esclavistas dueños de cacao y de ganado, expuso sus quejas contra la compañía. El gobernador Castellanos parecía acceder a todo.

Pero el gobernador estaba ganando tiempo. Cuando advirtió que el cabildo de Caracas apoyaba a León, Castellanos abandonó la capital de la provincia y se hizo fuerte en La Guaira. León marchó sobre Caracas al frente de una tropa de ocho mil hombres, entró en la ciudad el 1 de agosto y siguió hacia La Guaira. El gobernador ordenó que fueran enviados a Macuto, para embarcarlos hacia España, todos los funcionarios de la compañía, con lo cual León se tuvo por satisfecho y dispersó su ejército.

Tres semanas después llegaba a Venezuela un oidor de la Audiencia de Santo Domingo. Todavía para esa época Santo Domingo era la cabeza judicial de la provincia venezolana, a pesar de que Venezuela había alcanzado para entonces un desarrollo económico, político y cultural mucho más alto que la vieja colonia de Santo Domingo. El oidor abrió juicio sobre la rebelión. Juan Francisco León presentó informes de los ayuntamientos, de las personas más notables, así religiosas como seglares, y testimonios de todas las actuaciones violentas o perjudiciales al pueblo que había realizado la compañía.

En noviembre de ese año de 1749 —es decir, casi ocho meses después de haberse iniciado la revuelta— llegó a Venezuela don Julián de Arriaga y Rivero para sustituir al gobernador Castellanos. Habiendo estudiado el juicio que se seguía, comprendió que la mayoría de los habitantes de la provincia que tenían negocios de alguna índole habían participado, en una o en otra forma, en los hechos capitaneados por Juan Francisco León; y por tal razón concedió un indulto y prometió tomar medidas que mejoraran la situación de agricultores y comerciantes.

En enero de 1750, León dirigió a Arriaga un memorial notable, por cuanto es todo un tratado de política económica avanzada, muy parecido al que preconizaban, justamente por esos años, los neomercantilistas como don José Campillo y

Cosío, el autor del ya mencionado “Nuevo Sistema de Gobierno Económico para la América”.

Resulta notable también que ese movimiento de rebeldía, expresión pública de un estado social injusto, estuviera encabezado por un canario y que en la lista de los implicados abundaran los canarios. En la composición social de la Venezuela del siglo XVIII, los canarios tenían una situación ingrata. Ni la nobleza criolla, ni los latifundistas, ni los altos comerciantes españoles, les daban a los canarios categoría de peninsulares. En cierta medida, eran considerados raza inferior, al extremo de que los matrimonios de canarios con las jóvenes de familias criollas distinguidas se consideraban atentados imperdonables contra la dignidad del grupo oligárquico. Precisamente por canario fue vejado el padre de Francisco de Miranda, y por ser éste hijo de canario nunca sería aceptado por los “grandes cacaos” caraqueños. Es una curiosa coincidencia que ese año del memorial de León al gobernador Arriaga naciera en Caracas Francisco de Miranda, el precursor de la independencia venezolana, y no es coincidencia que los canarios comenzaran la guerra social de 1812 bajo la jefatura del también canario, Domingo Monteverde.

Juan Francisco León conocía la situación de la provincia. Los tenientes justicias monopolizaban el pequeño comercio en los valles de Aragua, que eran las tierras más ricas en las vecindades de Caracas; a la vez que funcionarios públicos, los tenientes justicias eran negociantes y empleados de la Compañía Guipuzcoana y exigían derechos ilegales por el transporte del ganado de un pueblo a otro; a los peones agrícolas que cobraban su trabajo en productos, no en dinero, se les prohibía sacar esos productos de los pueblos si no pagaban derecho de salida que la ley no establecía; los comerciantes que traficaban entre pueblos con mercancías tenían que pagarles mesadas ilegales.

Por otra parte, la compañía pagaba los productos agrícolas a precios tan bajos que los pequeños agricultores se arruinaban, y no había otro comprador a quien venderle; a la vez, la compañía pagaba los frutos que adquiriría con mercancías llevadas de España y obligaba a los agricultores a aceptar en pago muchos productos que ellos no necesitaban. A menudo la compañía se negaba a recibir tabaco porque decía que era de mala calidad, pero no lo devolvía a sus dueños sino que lo tiraba al mar.

Venezuela era víctima de un monopolio férreo que atacaba a todas las clases sociales, pero sobre todo a las más débiles, debido a que los funcionarios de ese monopolio se corrompían con facilidad y rapidez, y los productores más débiles no tenían con qué sobornarlos; los productores más fuertes, los “grandes cacaos”, conseguían privilegios porque tenían medios para sobornar a los funcionarios. Como jefe del movimiento contra el monopolio, Juan Francisco León presentó una lista de las medidas que el país reclamaba para que la situación mejorara. El historiador venezolano Eduardo Arcilla Farías ha resumido esas medidas en trece puntos:

Que se permitiera la fluctuación de precios según la oferta y la demanda; que se garantizara la libre conducción del cacao desde los campos de producción hasta los puertos de embarque; que el cacao pudiera venderse libremente al mejor comprador; que hubiera libertad de exportación del cacao a otros lugares del imperio, sobre todo a Veracruz, y que se ampliara el cupo fijado al cacao en los barcos que viajaban a México; exclusión del comerciante de la ciudad en la venta de cacao para el exterior y eliminación del padrón por el cual se repartía la tercera parte de cada buque de Nueva España (México) entre todos los cosecheros de la provincia (venezolana); eliminación del impuesto de un peso por cada carga de cacao que se conducía desde el interior hasta los puertos de embarque;

prohibición de permuta obligatoria, y por tanto libertad para comprar y vender por plata o por frutos, según convinieran los contrayentes; libertad de navegación; eliminación de las restricciones que afectaban al tabaco; prohibición absoluta de que los funcionarios administradores de justicia ejercieran el comercio; que se prohibiera usar la caña en fabricar aguardiente para que no se encareciera el dulce (azúcar); que el contrabando se combatiera con la importación de todos los géneros indispensables; y por último, que la compañía indemnizara a todos los perjudicados y que restituyera a la provincia “todo aquello que por su causa ha perdido y dejado de aprovechar en el precio del cacao, en los embarques de este fruto y en las compras de los efectos que han venido de fuera”.

Es casi seguro que ese memorial fue escrito con la colaboración de personas que procedían de muchos círculos sociales, de casi todos los círculos sociales productores de riqueza. En él se defendían los intereses de los poderosos latifundistas que deseaban vender libremente su cacao en el exterior, el de los comerciantes canarios, el de los productores de caña y tabaco y hasta el del arriero que llevaba mercancías de pueblo en pueblo en función de buhonero. El memorial unificaba a muchos sectores sociales y, además, fue redactado con el criterio económico más moderno a la fecha, el mismo que exponían en Madrid los hombres más avanzados. En medio siglo, la provincia venezolana había pasado de la miseria, la ignorancia y la timidez política, a ser campo donde se debatían y se presentaban con firmeza intereses importantes e ideas atrevidas.

El año de 1750 resultó así decisivo en la historia de Venezuela. Si no se atendían las peticiones de la provincia, los colonos se llenarían de peligrosos resentimientos; si se atendían, llegarían a ser pronto más ricos, más ambiciosos, menos dóciles. El destino de Venezuela quedó trazado en esos días, y con

el destino de Venezuela, como sabe todo el que tiene alguna noticia sobre la historia de América, quedó trazado también el del Continente.

A comienzos de 1751 llegó a Caracas un nuevo gobernador, el brigadier Felipe Ricardos. Llegaba a imponer la autoridad real, que había salido maltrecha de los sucesos de 1749. Ricardos restableció la Compañía Guipuzcoana y se dispuso a castigar sin contemplación a los revoltosos.

Al iniciarse la prisión de muchos de sus partidarios, León respondió con una sublevación armada. Convocó a gente de Barlovento, de la costa y de Aragua. Su hijo atacó y tomó Caucagua el 15 de agosto, pero tuvo que abandonar la plaza cinco días después. Mientras tanto, el nombre de León era aclamado por partidas que se alzaban en Maracay, Guacara, San Diego, Los Guayos y Cagua.

El gobernador Ricardos actuó con energía; apresó, desterró, mantuvo la persecución de Juan Francisco León con tanta tenacidad, que el rebelde se vio forzado a entregarse. Sus bienes y los de sus hijos fueron confiscados; su casa quedó arrasada y se sembró sal en los cimientos.

Pero en su nueva etapa, lentamente, la Real Compañía Guipuzcoana fue satisfaciendo, en su mayor parte, las reclamaciones que figuraban en el memorial de Juan Francisco León.

IV UNA CARTA EXPRESIVA

La política de los Borbones españoles fue una sola a través de Felipe V, de Fernando VI y de Carlos III; y nada lo demuestra mejor que el caso de la Compañía Guipuzcoana. La compañía fue establecida bajo el reinado de Felipe V; la rebelión de Juan Francisco León y su castigo se produjeron bajo el de Fernando VI. Sin embargo, bajo este mismo rey, comenzaron a tomarse las medidas que liberalizaron el sistema monopolista, y bajo Carlos III esas medidas liberales llegaron a su plenitud.

La casa de Juan Francisco León fue destruida —y el solar sembrado de sal— en agosto de 1751; pero un año después, en 1752, se admitió a los criollos como accionistas de la compañía, y dos años más tarde, en 1754, se amplió la capacidad de bodega que en cada barco podían usar los productores de la provincia y se incluyó Maracaibo entre los puertos de operación de las naves.

La libertad económica creciente estimuló a los productores a tal punto que entre 1760 —cuando ya estaba en el trono Carlos III— y 1764 se embarcaron hacia España más de 305 mil fanegas de cacao. La situación económica mejoraba en Europa. En 1764 el precio del cacao había subido casi al doble y a más del doble en 1769. Además de cacao, Venezuela exportaba tabaco y algodón. El aumento de la producción y de la exportación favorecía a los productores grandes, pero la política de la monarquía era favorecer también los intereses

de los pequeños agricultores y de los comerciantes grandes y pequeños. Hasta el artesano resultaba tomado en cuenta. Hubo, pues, un desarrollo armónico en los sectores de la sociedad colonial que se hallaban sobre el nivel de los esclavos, los indios encomendados y los peones.

Desde luego, a medida que los estratos libres mejoraban, aumentaba la distancia entre ellos y los estratos sometidos. Los latifundistas que se enriquecían compraban títulos de nobleza; los comerciantes que se enriquecían compraban derogaciones de medidas humillantes; los tenderos de las villas que se enriquecían iban formando centros de poder en el interior del país; hasta los artesanos pardos compraban privilegios. Pero los esclavos, los libertos, los zambos, los mulatos, seguían humillados, cada vez más, debido a que la nobleza de nuevo cuño era tanto más altanera cuanto más reciente había sido su ingreso en los altos círculos, y cuanto más le había costado la adquisición de los títulos. Las contradicciones que se acumulaban en la base de la sociedad colonial se agravaban, pues, al mismo ritmo a que se desarrollaban los sectores más altos.

El imperio español era tan grande, y resultaba tan complicado y difícil mantener a un mismo tiempo una política para el imperio y otra para la metrópoli, que tenían que producirse medidas contradictorias. Así, entre 1777 y 1780 se ordenó para América, a la vez, la introducción de negros esclavos y la libertad comercial, dos disposiciones que eran en esencia opuestas entre sí; se estableció el estanco —o monopolio estatal— del tabaco y la desintegración de la Real Compañía Guipuzcoana; se crearon impuestos a causa de la guerra de 1779 declarada por España y Francia a Inglaterra y volvieron a ordenarse restricciones de tipo económico. Para la provincia de Venezuela se destinó al contador Ábalos como Intendente de la Real Hacienda con instrucciones de ser rígido en la cobranza de impuestos.

Al declarar la guerra de 1779, España necesitó fondos y trató de sacarlos de sus colonias americanas. Éstas se hallaban en una era de bienestar como no lo habían conocido nunca, ni aún en los años de las grandes riquezas minerales. El desarrollo de Venezuela, que hemos descrito en forma sucinta, es sólo un reflejo de lo que pasaba en toda América. En poco más de medio siglo, la porción española del Nuevo Mundo se había transformado, y agricultores, mineros, mercaderes —todos los productores, en fin— habían alcanzado un nivel de riqueza como no lo hubieran soñado, siquiera, sus abuelos de 1701. La política liberal de los Borbones había desatado en las provincias americanas el poder creador del capitalismo, y la América española sembraba, vendía, cobraba y laboraba las minas libremente, o casi libremente. Y de súbito llegaron las restricciones, comenzaron los delegados de Su Majestad Carlos III a mostrarse demasiado enérgicos en el mantenimiento de los estancos de tabaco y en el cobro de nuevos atributos.

Como ha sucedido siempre en los primeros tiempos de una guerra, la de España y Francia contra Inglaterra de 1779, produjo una paralización en las actividades económicas de los países beligerantes. En las colonias americanas de España que vendían minerales los efectos fueron inmediatos, pues los metales perdieron precio, con lo que se arruinaron casi todos los criollos dueños de minas, y con ellos fueron lanzados al hambre los negros y los indios que trabajaban las minas de Chile, Perú y Alto Perú. Los impuestos creados para mantener armadas de guerra resultaron muy altos para los pequeños productores y los comerciantes de Buenos Aires, Quito, Nueva Granada y la parte occidental de Venezuela. Los pequeños agricultores que percibían entradas del tabaco en casi toda América se hallaron perjudicados con el estanco de la hoja.

Los pueblos que han ido acostumbrándose a manejar sus bienes con libertad no toleran las restricciones que de buenas a primeras coartan esa libertad; y cuando en esos pueblos hay grandes masas sometidas a un nivel de vida ínfimo y además a malos tratos, como sucedía en América con los esclavos negros e indios, con los zambos, los mulatos y los libertos, el germen de las revoluciones comienza a desarrollarse en forma casi incontenible. La guerra social venezolana de 1812, como otras que se produjeron en América en los primeros años del siglo XIX, empezó a tomar cuerpo en 1780 y 1781 debido a las restricciones inesperadas que impuso la monarquía española por causa de la guerra de 1779.

Las primeras manifestaciones de una guerra social americana se dieron entre 1780 y 1781. Inicialmente fueron rebeliones de indios en el Perú, organizadas y comandadas por un descendiente de Incas, Túpac Amaru, y su teniente Túpac Catari; pero a poco esos movimientos se extendieron a criollos y españoles afectados por la baja de los minerales, por el estanco del tabaco y por los impuestos de guerra. En Nueva Granada y en las secciones andinas de Venezuela, el movimiento se llamó de "los comuneros" y tuvo caracteres impresionantes. Fue ahogado en sangre sin pérdida de tiempo, especialmente en Nueva Granada, antes de que presentara consecuencias políticas.

Pero en la provincia de Caracas había factores que daban a la situación matices de carácter especial; y entre ellos se destacaban los siguientes: presencia de una clase criolla, aristocrática, latifundista y esclavista, que dominaba la vida económica de la colonia; cohesión férrea de esa clase frente a todas las demás y frente a los españoles peninsulares; apreciable grado de desarrollo cultural y político de los dirigentes de esa clase, a juzgar, por lo que escribieron sobre ideas políticas y la forma que usaron para escribirlo; y, por último, voluntad de poder político en el grupo.

Esa clase social era conocida del pueblo con el nombre de los mantuanos debido a las mantas que usaban sus mujeres. Sus figuras más destacadas procedían de familias asentadas en el país desde los días de la Conquista, de manera que en el sentir de los colonos tenían el prestigio del linaje colonial. Generalmente habían heredado de sus antepasados grandes extensiones de tierras, de las habidas por los conquistadores como mercedes de guerra, si bien esas tierras sólo tuvieron valor cuando hubo esclavos para explotarlas y mercado exterior para sus frutos. Muchas de las familias linajudas fueron en sus orígenes encomenderos de indios; después adquirieron esclavos y se dedicaron a la siembra de la caña, de algodón, de cacao. Hacia la época de que estamos tratando, esto es, por el 1780, eran los potentados criollos, los dueños de la mayor fuente de riqueza de la provincia, y además dominaban la vida política de Caracas a través de las posiciones que ocupaban en el Cabildo desde mediados del siglo.

En el año de 1781, la nobleza criolla de Caracas estaba pensando ya en la independencia de la provincia. La independencia venezolana se declaró treinta años después, en julio de 1811; pero no hay la menor duda de que en 1781, la oligarquía aristocrática, latifundista y esclavista de Caracas, la deseaba y estaba dispuesta a luchar por ella. El 24 de febrero de 1782, tres de los personajes más destacados de ese grupo social escribieron a Francisco de Miranda una carta en la cual mencionan otra que le habían enviado en julio de 1781. La de 1781 se ha perdido, pero la de 1782 es un documento notable, que hacemos figurar inmediatamente sin restarle una palabra. En ella no se pierde una sílaba. Todo lo que se dice en esa carta tiene valor político. Es especialmente digna de recomendación para los historiadores y sociólogos que se empeñan en clasificar la lucha de la independencia de América entre los acontecimientos desatados por la revolución francesa, pues esa carta se

escribió siete años antes de que estallara la revolución en Francia. La carta fue escrita por don Juan Vicente de Bolívar, don Martín Tovar y el marqués de Mijares, típicos representantes de su clase, actuaran o no en nombre de otros como ellos; y a nuestro juicio, es un documento que revela en todos sus alcances el estado de ánimo de los grupos dominantes de la América colonial en su época y una excelente demostración de que las revoluciones de Francia y de América —las dos Américas— tienen un mismo origen; y por tanto, una no es fruto de otra sino que ambas fueron provocadas por un mismo fenómeno: la aparición del capitalismo occidental.

He aquí la carta:

“Amado paisano nuestro: Ya informamos a usted plenamente, por cartas que le enviamos en el mes de julio pasado de 81, el lamentable estado de esta provincia toda, y la desesperación general en que nos han puesto las tiránicas providencias de este Intendente, que no parece ha venido aquí, sino para nuestro tormento, como un nuevo Lucifer, ultrajando él y todos sus secuaces personalmente a todo el mundo, y a su ejemplo todo pícaro goda hace lo mismo; y lo peor es que el maldito señor ministro Gálvez (más cruel que Nerón y Felipe II juntos) lo aprueba todo y sigue tratando a los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles; y acaba de enviar una orden a todos los gobernadores para que ningún Caballero Americano se pueda ausentar a país ninguno extranjero sin licencia del Rey. Que es menester se pida por su mano a Madrid, conque véanos usted aquí ya reducidos a una prisión desdolorosa y tratados peor que muchos negros esclavos, de quienes sus amos hacen mayor confianza.

‘Y así, no nos queda más recursos que en la repulsa de una insoportable e infame opresión (como usted dice en su carta a don Francisco Arrieta). Usted es el hijo primogénito de quien

la madre patria aguarda este servicio importante, y nosotros los hermanos menores que, con los brazos abiertos y puestos de rodillas, se lo pedimos también por el amor de Dios; y a la menor señal nos encontrará prontos para seguirle como nuestro caudillo hasta el fin, y derramar hasta la última gota de nuestra sangre en cosas hermosas y grandes. Bien sabemos lo que ha pasado por nuestro vecindario, en Santa Fe y en el Cuzco; pero no nos agrada el resultado, y, temiendo iguales consecuencias (y con la experiencia, además, en casa de la de León), no hemos querido dar un paso, ni le daremos, sin su consejo de usted, en cuya prudencia tenemos puesta toda nuestra esperanza.

‘Allá enviamos a usted con el hijo de ... firmas y noticias que hemos creído necesarias para que, en nombre nuestro y de toda la provincia, pacte y contrate, con nuestro poder y consentimiento, y aún más allá, si lo tuviera usted por conveniente, con potencias extranjeras, a fin de conseguir el rescate de tan maldito cautiverio.

‘Ésta la fiamos al padre Cárdenas, religioso de la Merced, que va a La Habana, y es sujeto de quien se puede usted fiar y muy de su hermano de usted Arrieta, quien le contará a usted todo a boca muy pormenor, y nos promete traer la respuesta de ésta personalmente, para nuestro alivio: por Dios, que no deje usted de enviárnosla sin falta. Dios le guarde su importante vida muchos años.

‘B. L. M. de usted sus fieles y amantes paisanos, etc.’”.

La carta pudo haber sido solicitada por Miranda, a través de su agente Arrieta, para mostrarla en Inglaterra a fin de negociar ayuda para su empresa, y eso explicaría los plenos poderes que se le dan al Precursor para pactar y contratar, “y aún más allá, si lo tuviera usted por conveniente, con potencias extranjeras”. Pero fuera o no solicitada por Miranda, no hay duda de que en toda ella se ve la voluntad de independencia y

de que expresa un sentimiento no privado. Se habla en esa carta de que se envían “firmas”, es decir, peticiones de otros que no son los tres autores del documento; se habla de “la madre patria” refiriéndose a Venezuela, aunque no se mencione ese nombre, y no a España.

Es de notar que el odio que rezuma la carta al Intendente de la Real Hacienda, el contador Ábalos, alcanzaba también a todos los españoles, llamados “pícaros godos” por los firmantes, pues el Intendente, “nuevo Lucifer”, ultrajaba a todo el mundo —es decir, a todos los nobles criollos, pues para ellos un esclavo o un tendero canario no tenían categoría de personas—, cosa que también hacían “sus secuaces”, “y a su ejemplo, todo pícaro godo hace lo mismo”. Ese calificativo de “godo” es expresivo de que ya había un sentimiento de nacionalidad, una conciencia de que los caballeros venezolanos no sólo eran diferentes de los no caballeros de la provincia, sino además diferentes de los españoles, a los cuales tenían tan a menos que ni siquiera les llamaban españoles o peninsulares, sino godos. Por otra parte, comparar a Nerón —universalmente odiado por todo católico— con un rey tan católico como Felipe II indicaba que los sentimientos hacia la institución monárquica no eran de lealtad.

Detalles de mucha significación son las mayúsculas al hablar de los señores distinguidos de América —“ningún Caballero Americano”, dicen— así como la mención de lo que pasaba “por nuestro vecindario, en Santa Fe y en el Cuzco”. Santa Fe era la capital de Nueva Granada, donde veinticuatro días antes de ser escrita esa carta era descuartizado el jefe de los comuneros, José Antonio Galán —y su descendencia declarada infame y su casa demolida y el solar sembrado de sal—; el Cuzco era la antigua capital de los Incas y había sido sitiada un año antes por Túpac Amaru. El final de las rebeliones de Perú y Nueva Granada les hacía pensar a los firmantes de la

carta en el final de la que encabezó en Caracas Juan Francisco León, y “no nos agrada el resultado”, decían. Por último, la carta fue enviada con un religioso de la Merced, lo que indica que el sentimiento anti español había alcanzado para esos días a miembros de la Iglesia.

Tómese nota del cuidado con que está escrita la carta. No se habla en ella del rey ni se menciona para nada la posibilidad de hacer a Venezuela independiente de la metrópoli, pero la independencia está ahí palabra por palabra. Desde el punto de vista de las formas, hubiera sido difícil hallar en ella la prueba de que los autores conspiraban contra el rey, y sin embargo, eso era lo que estaban haciendo.

Entre los mantuanos que firmaban la carta había alguno de nobleza más o menos dudosa o reciente, pero todos tenían verdadero poderío económico. Juan Vicente de Bolívar, el primero de los firmantes, por ejemplo, murió cuatro años después, en 1786, y al morir dejó a sus herederos una fortuna cuantiosa: más de mil esclavos, dos trapiches de caña en los valles de Aragua y dos fincas de cacao en esos mismos valles; 258.000 pesos en efectivo y 46.000 en joyas; cuatro casas amobladas y con sus sirvientes esclavos en Caracas, nueve casas en La Guaira; fincas de ganado y de añil; minas; y en camino hacia México y España, más de 800 fanegas de cacao y más de 3.500 libras de añil.

Diecisiete meses después de haber firmado la carta a Miranda, a don Juan Vicente de Bolívar le nació un hijo; fue el 24 de julio de 1783, para ser más precisos. Al niño se le bautizó con los nombres de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, pero la historia le llamaría simplemente Simón... Simón Bolívar. A los treinta años de edad, Simón Bolívar sería el Libertador.

La carta de los mantuanos caraqueños a Miranda era el producto de ochenta años de desarrollo colonial y era a la vez

el anuncio de una nueva época. Hay pocos documentos tan expresivos de lo que había sucedido y de lo que iba a suceder en las provincias americanas de España.

V FIN DEL SIGLO XVIII EN ESPAÑA Y VENEZUELA

Don Francisco de Goya y Luciente nos ha dejado numerosos retratos de la pareja real formada por Carlos IV y María Luisa de Parma.

En el rostro de la señora no hay inteligencia ni bondad. La nariz ganchuda, los ojillos hoscos y la pequeña boca de labios finos se distribuyen en una cara más bien desagradable. El rey sale del mágico pincel de Goya con aire de pobre hombre. Se parece enormemente a su mujer, lo que se explica porque los cónyuges eran primos; pero de los rasgos de Carlos IV se desprende cierta bonhomía, aunque no carácter.

Este matrimonio sin verdadera aura de majestad heredó el trono español en 1788, un año antes de que comenzara la revolución en Francia, e iba a ver la disolución del imperio, su prisión y la de su hijo, y a un corso sin historia sentado en el trono de sus mayores.

La decapitación de Luis XVI fue una fatalidad histórica que nadie pudo evitar. Las cortes europeas, sin faltar una, hicieron cuanto estuvo a su alcance para salvar la vida del nieto de Luis XIV, y necesariamente debían colocarse, y se colocaron, contra la revolución. Cuando el Borbón francés entregó su cabeza al verdugo, el Borbón español se vio empujado a la guerra.

Los vaivenes de la política española frente a la revolución francesa determinaron la liquidación política de hombres eminentes, que seguían la tradición liberal de sus antecesores

—todos los del siglo XVIII español— y se hallaban, por tanto, más cerca de los liberales franceses que de los monárquicos austriacos o ingleses. Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, tuvieron que abandonar sus cargos de ministros del rey; y en su lugar, acabó gobernando casi por sí solo Manuel Godoy. Manuel Godoy había pasado de guardia de corps a amante de María Luisa, cuando ésta era princesa. Al comenzar la guerra contra Francia, Godoy, de apenas veinticinco años y ya Grande de España, entró a gobernar como ministro de Su Majestad. El oportunismo, explicable en un favorito tan rápida e insólitamente encumbrado, la posición antifrancesa del príncipe heredero —el que después iba a ser Fernando VII— enemigo jurado de Godoy, y el hecho mismo de que éste no fuera de origen noble y por tanto no se sintiera obligado con la aristocracia oligárquica, harían después de Godoy un partidario de Napoleón.

La guerra comenzó en 1793. Los ejércitos franceses entraron en España y ocuparon ciudades tan importantes como San Sebastián y Bilbao. Pero en verdad, el peligro mayor no se hallaba en los soldados franceses si no en las ideas que ellos representaban y propagaban. Muchos españoles empezaron a conspirar contra la monarquía, y algunos de ellos fueron enviados en calidad de presos a La Guaira y allí tomaron parte en el complot llamado de “Gual y España”, descubierto en 1797 y ahogado en sangre.

Las ideas de la revolución llegaban a América, pues, desde la misma España, pero también por otros caminos. Los acontecimientos de Francia habían tenido repercusiones tremendas en Haití, la colonia francesa situada en la orilla opuesta del mismo mar que bañaba las costas de Venezuela. Los esclavos de Haití se habían sublevado y habían dado figuras notables que se presentaban ante el mundo como adalides de una raza hasta entonces despreciada.

La guerra entre la Francia revolucionaria y la España borbónica terminó en 1795, con la Paz de Basilea. El acuerdo se llevó a cabo sobre una permuta: a cambio de que los franceses evacuaran las ciudades españolas que habían tomado, España cedía a Francia la parte española de la isla de Santo Domingo; así, los franceses tendrían la mejor base posible para luchar contra los negros rebeldes de Haití.

La esclavitud había sido abolida en Haití desde 1793; pero los antiguos esclavos no se conformaban con la simple abolición de su estado social, y querían, además, dejar de ser colonos franceses, convertir la tierra en que habían sido esclavos en una república de hombres libres. Como es de suponer, esa actitud tenía que producir sus efectos en los negros esclavos de las colonias españolas, y también en los amos de esos negros. Los primeros se sentían estimulados a la lucha por la libertad, y los segundos llenos de miedo y al mismo tiempo de odio contra la revolución francesa y las ideas que ella propagaba.

No sabemos cuántos esclavos había en Venezuela hacia 1795. Por los estimados hechos en 1810 podemos pensar que en 1795 debió haber unos 50.000, cifra que no era alta si se comparaba con los que había en Haití, pero que era suficiente para justificar el miedo de los amos blancos al contagio haitiano. Por otra parte, los esclavos venezolanos no habían sido ejemplo de sumisión. En el informe que rindió en 1720 don Pedro José Olavarriaga se hablaba de 20.000 esclavos prófugos que atacaban poblados aislados. Sin duda el número es alto, pero algún fondo de verdad habría en cuanto al ataque a poblaciones por parte de esclavos prófugos. Se sabe que a causa de las prisiones y muertes ordenadas con motivo de las sublevaciones habidas contra la Compañía Guipuzcoana hacia 1732 en Yaracuy, los negros de la región trataron de rescatar a sus compañeros en acciones armadas. Antes aún, en el

siglo XVI, había habido la insurrección negra que capitaneó el llamado Rey Miguel. Pero sublevación de esclavos con carácter de guerra social, ayudada por negros y pardos libres, no la había conocido Venezuela. La conoció, aunque en pequeña escala, en 1795, como efecto directo de la rebelión haitiana.

Hacia 1795 había en la jurisdicción de Coro más de tres mil esclavos, pero la población negra y parda llegaba a doce mil personas. Los blancos no pasaban de cuatro mil, y entre ellos, los mantuanos, según Pedro M. Arcaya, “no llegaban a formar más de una octava o décima parte”; esto es, tal vez cuatrocientos, lo que para aquel tiempo significaba unas ochenta familias.

Entre los negros de Coro circulaba hacía tiempo la creencia de que el rey había ordenado la libertad de los esclavos, pero estos no podían disfrutarla porque el cabildo de Caracas se oponía y había pedido al monarca la revisión de la cédula real en que se les declaraba emancipados. Se decía que un negro loango vecino de Coro, que había estado en España, había visto la cédula. Esa creencia, y el exceso de rigor en el cobro de tributos de alcabala, mantenía cierta levadura de rebeldía en los negros de la región. De ahí que cuando llegaron las noticias de las sublevaciones de Haití y los esclavos oyeron a algunos de sus amos hablar de las ideas que esparcía la revolución francesa, muchos negros decidieron alzarse proclamando “la ley de los franceses, la república, la libertad de los esclavos y la supresión de impuestos de alcabala y demás que se cobraban a la sazón”.

Los esclavos se sublevaron en mayo de 1795. Los blancos muertos fueron pocos; los negros, bastantes más, y de manera expeditiva. “He degollado nueve de los aprehendidos, sin más procesos que el de la voz”, decía uno de los jefes españoles en nota al gobernador; y el mismo jefe, hablando de veintitrés negros heridos en un combate en que ya habían

muerto veinticinco, explicaba que los decapitó “el mismo día por la tarde, por no tener forma de mantenerlos con guardias en la cárcel”. Treinticinco más fueron ajusticiados “a golpe de pistola”, cinco decapitados, otros tres lo fueron en un lugar cercano; y, a cuchillo, murieron cinco. El jefezuelo español hablaba de ciento cinco negros muertos como si hubieran sido reses sacrificadas para el consumo.

Allí mismo, en Coro, al seguirse el proceso por la sublevación, hicieron acto de presencia las rivalidades de los blancos. Esas rivalidades dividían a los criollos entre nobles y plebeyos, a todos los criollos de los peninsulares, a los peninsulares entre canarios y españoles. Azuzando todas estas divisiones estaban los prejuicios raciales. Las propias autoridades reales se mantenían divididas, intrigando unas contra otras, en la corte y en la colonia. La férrea unidad de la oligarquía criolla que podía apreciarse hacia el 1780, había desaparecido en 1795 destruida por el miedo a la revolución francesa. La revolución norteamericana no había tocado la imagen del orden social que tenían los mantuanos de Venezuela; no había estimulado la libertad de los esclavos ni la desaparición, con esa libertad, de los latifundios. La revolución norteamericana, pues, no había asustado a los mantuanos, pero la francesa sí, y al asustarlos los paralizó y los hizo incapaces para actuar, por lo menos en esos años finales del siglo XVIII, y con ello se agravaron las contradicciones del país. Con su organización social basada en el latifundio y en la esclavitud, en la división del pueblo en clases, y aun en razas, y aun en españoles y canarios y criollos, la provincia venezolana era, para decirlo con una imagen usada por el Dr. Jiménez de Asúa, una pistola cargada. Cualquier dedo podía halar el gatillo y producir una matanza como la de Coro.

Los altos funcionarios españoles en Venezuela procedían de los medios liberales, lo que se explica porque muchos de

ellos habían llegado a la provincia antes de que comenzara la revolución francesa y con ella el cambio de política en España, y porque a pesar de ese cambio los liberales tenían casi un siglo gobernando, y el elemento humano del cual podían escogerse los funcionarios no podía cambiar de mentalidad de un día para otro. Esos funcionarios se escandalizaban cuando llegaban a Caracas. El español no conocía en la Península los prejuicios de raza. El antijudaísmo español había sido religioso, no racial, al grado que los judíos cristianizados siguieron viviendo en España a docenas de millares. Los funcionarios que llegaban de la metrópoli no tenían inconvenientes en codearse con pardos y mulatos y hasta en recomendarlos al trono alegando que merecían mejor trato del que estaban recibiendo.

Para los nobles de Caracas, ese era un crimen imperdonable, y se quejaban de la conducta de tales funcionarios. La nobleza caraqueña era tan altiva que, como hemos dicho, se oponía a los matrimonios de los canarios con muchachas de buenas familias criollas, y se oponía también a esos matrimonios cuando los aspirantes a maridos eran españoles del común, sin títulos de nobleza; esos nobles americanos se oponían a que por la vía del matrimonio entrara en su grupo un comerciante peninsular, porque el comercio era “oficio baxo e impropio de personas blancas”.

Los negros de Coro creían que los mantuanos de Caracas se habían opuesto a la cédula real que los declaraba libres, y aunque esa cédula no había existido, no había propiamente calumnia en el rumor, pues la verdad es que los mantuanos se oponían a todo cuanto pudiera beneficiar en el orden social no sólo a los negros, sino a todos los demás grupos.

Lo que había entre los mantuanos y todos esos otros sectores sociales era un estado de enemistad violenta, algo más que una simple división de clases; y como el pueblo sabía que los

funcionarios españoles no compartían la actitud del mantuanismo, la masa del pueblo se sentía cada vez más cerca de España que de los criollos poderosos.

No sabemos en qué medida se sintieron alarmados o agraviados los mantuanos por la sublevación negra de Coro, pero un año después, es decir en 1796, se dirigían al rey protestando de los funcionarios españoles “por la abierta protección que escandalosamente prestan a los mulatos o pardos y toda la gente vil para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas”; decían que esos funcionarios “pintan muy distinto de lo que es en realidad el estado de la provincia, el modo de pensar de las familias distinguidas y limpias, su total separación en el trato y comercio con los mulatos o pardos, olvidando la gravedad de la injuria que concibe una persona blanca en que sólo se diga que se roza con ellos o entre en sus casas, y la imposibilidad de que ese concepto se borre aunque se interponga la ley, el privilegio o la gracia”.

Su Majestad desató la cólera santa de los mantuanos cuando promulgó su célebre real cédula de “gracias al sacar”, que permitía a un pardo quedar limpio de sangre —es decir, blanco y puro y sin traza de infieles en sus antepasados— pagando 700 reales de vellón, y a un quinterón, pagando 1.000; concedía privilegios de hidalguía a quien pudiera pagar 107.000, y estado de hijo legítimo a los bastardos mediante pagos de cantidades estipuladas según cada caso; en esos casos se incluían hijos de clérigos e hijos de ambos padres solteros.

Para lo mantuanos, esa real cédula desconocía sus privilegios y dislocaba el orden social en que ellos vivían, un orden social que para ellos era cosa sagrada; se volvieron airados contra esa medida del rey, la consideraron como la mejor prueba del despotismo español que ellos estaban sufriendo y profetizaron que su resultado sería la guerra social, una guerra que

convertiría “a esta preciosa parte del universo en un conjunto asqueroso de pecados, delitos y maldades”, seguramente ejecutados por los “pardos, quinterones, mestizos, blancos de orilla, curanderos, comerciantes” —a todos los cuales despreciaban por igual— que tuvieran dinero con que comprar las dispensas establecidas en la real cédula de marras.

Los mantuanos, que odiaban a los “blancos de orilla”, a los pardos, a los mulatos, a los negros libres, a los zambos, y explotaban a los esclavos, iban divorciándose del poder real. Pero como hallaban que los comerciantes eran sus enemigos, porque los comerciantes ganaban con cierta facilidad dinero con el que compraban privilegios que los igualaban a ellos, tan pronto como se descubrió el complot de Gual y España en La Guaira, se pusieron de parte del rey, pues la de Gual y España era una conspiración de comerciantes, no de nobles terratenientes. Precisamente en esos días, los mantuanos de Caracas tenían disputa con los comerciantes de la capital por problemas de competencia en negocios. Olvidándose momentáneamente de su actitud frente al rey, los mantuanos más linajudos de Caracas enviaron a Su Majestad un memorial ofreciéndole hacer todo lo que se necesitara para aniquilar la conjura de La Guaira, y ponían a disposición del rey “sus fondos, los de cada uno de sus individuos y los de la nobleza y gente principal y decente de la capital y formar de ésta una o más compañías para la defensa y guarda de su persona”.

Por su propia organización social y por presiones de la política exterior española, el imperio americano de España estaba dividido, y de mala manera. En ese imperio, la provincia de Caracas —es decir, Venezuela— se hallaba en estado de peligrosa agitación. Los mantuanos tenían una salida para el fermento que se acumulaba, y era conquistar el poder político mediante la independencia. Pero el miedo al ejemplo de la revolución francesa y a sus resultados en Haití les impedía

actuar, y su propio poder inactivo, que no se expresaba políticamente en una acción creadora, se corrompía y los corrompía a ellos como grupo social; en vez de luchar contra la metrópoli luchaban contra los que compartían con ellos la misma tierra y el destino de la provincia. Así, la energía de su grupo, que era mucha, fue dedicada a propagar el chisme, a alimentar odios de clase, a dividir. Cultivaron con verdadera pasión no el arte, sino el fanatismo de la división. Odiaban con el mismo ardor al trono y al pueblo, y el odio los envenenaba a tal grado que vivían para alimentarlo.

La conspiración de Gual y España, encabezada por comerciantes y descubierta en julio de 1797, fue francamente independentista. En ella aparecían mezclados curas, comerciantes, abogados y hasta españoles de los que habían sido enviados presos desde España por haber conspirado para establecer una república española.

Clases sociales de menos fuerza y capacidad que la suya parecían a punto de arrebatarse a los mantuanos la dirección de los acontecimientos. El país se conmovía. Curas predicantes proclamaban el derecho a la libertad; los pardos de Maracaibo conspiraban; los negros de Cariaco se agrupaban para repetir en su jurisdicción lo que habían hecho los negros de Coro dos años antes. El siglo fecundo de América iba terminando y su final hallaba a Venezuela dividida y conmovida. Los pueblos divididos son pueblos débiles, en los que la guerra intestina encuentra materia inflamable. Ya estaban vivos y algunos bien crecidos, los que iban a hacer la guerra social de 1812.

En mayo de 1799, don José María España, el rebelde de La Guaira, era ajusticiado. Su cuerpo fue cortado en piezas y las diferentes partes se colocaron en los lugares donde había estado conspirando. Era la víctima más prestigiosa de una revolución que estaba ya en marcha.

Todavía pendía España de la horca cuando oyó la voz de un sacerdote que clamaba: “¿Qué importa la manera con que murió el que está en el cielo? Quizás, aun a los ojos del mundo, en estos malos días en que la sangre de los reyes mancha las manos del verdugo, el patíbulo venga a ser un título de gloria”.

El ministro del Señor no andaba errado.

VI LA ROTURA DE LOS VÍNCULOS

Los siglos políticos, como las edades geológicas, no se cuentan por años. En el orden político, el siglo XIX del Hemisferio occidental nació con el establecimiento de la República Federal norteamericana, y el de Europa, con la destrucción de la monarquía francesa. En España y sus dominios, sin embargo, la nueva centuria nació en 1808.

Si algún hecho marca el inicio de la revolución que convirtió en repúblicas las colonias españolas de América, ése fue la prisión de la casa real de España, acaecida en Bayona, al comenzar el mes de mayo de 1808; pues la metrópoli y las provincias de ultramar se quedaron sin el centro de su vida administrativa y política, que era el rey, y en el proceso de hallar una fórmula que mantuviera el imperio funcionando, los vínculos legales e históricos se rompieron, las partes quedaron al garete, y con ello sobrevino la conmoción revolucionaria que trastornó el orden antiguo y dio nacimiento al orden nuevo.

La prisión de los Borbones de España fue obra de Napoleón, el hacedor y deshacedor de reyes; pero también fue obra de la corrupción de la corte hispánica; de la liviandad de María Luisa, la reina; de la debilidad de Carlos IV, el rey; de la cobardía de Fernando VII, el hijo de la liviana y el débil; de la ambición de Manuel Godoy, el antiguo sargento de la guardia real, cuyos amoríos con María Luisa lo llevaron a ministro, a duque de Alcudía, a Príncipe de la Paz, a jefe del gabinete

y al tratamiento de Alteza Serenísimas; y en fin de cuentas fue la obra de la revolución que estaba trastocando todo el orden conocido y tenía que trastornar, por lo tanto, el orden imperial en España y sus colonias americanas.

España había tenido que acabar atándose al carro francés, pero Napoleón era tan peligroso para sus enemigos como para sus aliados. La historia de las concesiones españolas a Napoleón es larga, y no es del caso enumerarlas ahora. La alianza hispano-francesa tuvo efectos desastrosos para España, como por ejemplo, la pérdida de la Isla Trinidad, cedida a Inglaterra en 1798, y la pérdida de la flota de guerra y de sus mejores marinos en la batalla de Trafalgar, donde las escuadras de Francia y España fueron aniquiladas por los ingleses. La batalla de Trafalgar tuvo efecto en octubre de 1805.

Esos desastres fueron colocando al pueblo español en una posición cada vez más antifrancesa y por tanto cada vez más antiliberal, pues el pueblo entendía que el poder español estaba descalabrándose por haberse atado al francés; y poco a poco el pueblo fue personalizando en Manuel Godoy su odio a Napoleón y a las ideas de la revolución, y al mismo tiempo iba personalizando su creciente sentimiento conservador en el príncipe heredero, Fernando de Borbón Parma.

En junio de 1807, Bonaparte, que había resuelto tomar Portugal para cerrar la costa de ese país a los ingleses, negociaba con Godoy el libre paso de los ejércitos franceses por España. Los rumores de la negociación provocaron tanto malestar que la inquietud llegó al círculo real. En octubre, Napoleón y Godoy estaban listos para firmar un tratado —el de Fontainebleau— en que se convenían los detalles de la acción sobre Portugal, y Fernando y sus amigos de la corte se dispusieron a dar un golpe palaciego contra Godoy. Ésa fue la llamada conspiración del Escorial, descubierta en el mismo mes de octubre.

Acusado de querer destronar al padre y de haber organizado un complot para quitarle la vida a la reina, Fernando delató a sus compañeros de conjura y pidió perdón. Carlos IV comunicó la noticia a Napoleón, por cierto en una carta indigna, y el Emperador, ni corto ni perezoso, aprovechó la división de la casa real para aumentar su presión sobre el débil Carlos IV. España firmó el Tratado de Fontainebleau el 27 del propio mes de octubre de 1807.

Según ese tratado, España cedía su territorio para que las tropas de Napoleón operaran en él de paso hacia Portugal; a cambio de ese servicio, Godoy recibiría una porción de Portugal a título de reino, con monarquía hereditaria; otra parte se destinaría a ser cambiada por los territorios españoles que se hallaban en manos inglesas —como Gibraltar y la Isla de Trinidad—; otra se daría a los reyes de Etruria —la reina era hija de Carlos IV— que habían sido despojados de su reino por Napoleón; y por último, Carlos IV sería coronado Emperador de las Américas, un cambio de palabras que no hacía variar en lo más mínimo la situación del rey en relación con las colonias americanas.

En noviembre, Napoleón había barrido las fuerzas portuguesas, y el regente de Portugal, con toda la familia real, huía a Brasil. Sin embargo, ya en febrero de 1808, el impetuoso vencedor desconocía el tratado que él mismo había impuesto a España a través de Manuel Godoy, y en vez de un permiso para el paso ocasional de sus tropas hacia Portugal, pedía un camino permanente a través de España para enlazar Francia con Portugal; además, no esperó la concesión que solicitaba, sino que hizo que sus tropas avanzaran por España. Espantados por el nuevo giro que tomaban los acontecimientos, Carlos IV y Godoy decidieron que la familia real siguiera el ejemplo de la portuguesa y se trasladara a América.

Pero entonces entró en escena el pueblo español, cuyo fuerte sentimiento nacional lo había llevado ya a una posición radicalmente antifrancesa; y el pueblo no admitía que los reyes huyeran de la tierra de sus mayores. Sus Majestades debían luchar y morir con el pueblo. La noche del 17 de marzo de 1808, las multitudes asaltaron el palacio donde se alojaba Godoy en Aranjuez, y ése es el episodio conocido en la historia española como “el motín de Aranjuez”. El poderoso ministro pudo esconderse en los sótanos del palacio, entre rollos de alfombras y tapices, y allí estuvo treintiseis horas, sin comer y sin beber nada. Obligado por el hambre y la sed, resolvió salir, y la multitud, que no había abandonado la vigilancia del lugar, le golpeó y maltrató a tal grado que el resto de su vida llevó una cicatriz en la cara. Como desde la conspiración del Escorial el príncipe Fernando aparecía a los ojos del país como el jefe de los enemigos de Godoy, el motín de Aranjuez se convirtió en un movimiento en favor de Fernando, lo que determinó la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo. Así, el príncipe heredero pasó a ser Fernando VII, rey de España y de los dominios españoles de ultramar.

Mientras se producían esos hechos, las tropas napoleónicas, bajo el mando de Murat, avanzaban hacia el sur en dirección de Madrid, y entraron en la capital española el 23 de marzo. Un día después llegó a Madrid Fernando VII. Marchando lentamente tras sus tropas, Bonaparte se había quedado en Burgos, la vieja ciudad castellana, situada a corta distancia al norte de Madrid.

Murat pidió a Fernando que visitara a Napoleón en Burgos, pero el nuevo rey, que temía caer en una trampa, no quiso ir. Sin embargo, la situación de Fernando era débil, pues sus padres habían comenzado a conspirar para quitarle la corona un día después de habérsela cedido. Fernando supo que

sus padres organizaban viaje a Burgos para ver a Napoleón, y como Napoleón hacía y deshacía reyes, Fernando quiso adelantarse a los padres y salió en busca del Emperador.

Cuando el nuevo rey llegó a Burgos halló que Napoleón se había movido hacia Victoria, que quedaba al noreste, vecina a la frontera de Francia, y él se encaminó a Victoria. Al llegar allí encontró una carta de Bonaparte invitándole a seguir hacia Bayona, ciudad francesa que se halla en las inmediaciones de Biarritz. Cuando todavía no se había decidido a cruzar la frontera, Fernando supo que sus padres se dirigían a Bayona, y él partió para llegar antes que ellos. El hijo y los padres competían en una carrera de indignidades.

El pueblo español, con mejor instinto que su rey, no quería que Fernando entrara en territorio de Francia, y se agolpaba en los caminos cerrándole el paso, y llegó hasta cortar los correajes del coche para que no pudiera avanzar. Pero Fernando pensaba que su corona dependía de Napoleón, no del pueblo, y prosiguió su camino. Llegó a Bayona el 20 de abril, y a partir de ese momento sería durante cinco años prisionero del vencedor de Europa.

El episodio de Bayona es un capítulo triste en la historia de España. Bonaparte no quiso darle al joven rey trato de monarca y el pobre Fernando aceptó la humillación. El Emperador pidió que Fernando abdicara en favor de Carlos, y como Fernando se negara, se produjo una escena lastimosa, durante la cual Carlos y María Luisa insultaron al hijo, le gritaron como verduleros, y la madre llegó a llamarle bastardo. Por fin, abrumado y acobardado, Fernando aceptó volver a ser Príncipe de Asturias, denominación de los herederos de la corona española; el padre recuperó su título de Carlos IV, rey de España, y de inmediato abdicó sus derechos en favor de Napoleón. A cambio de la humillante sumisión, Fernando recibiría 400.000 francos de renta a cargo

del tesoro de Francia y el padre 30.000.000 de reales españoles para sostener su real figura y su corte de amigos. Carlos IV pasaría a vivir en Compiègne, cerca de Marsella, y Fernando sería alojado en Valency; es decir, los dos quedaban de rehenes, como prisioneros en jaulas doradas.

Cuando Fernando partía hacia Burgos en busca de Napoleón dejó en Madrid una junta de gobierno encabezada por su tío, el infante don Antonio. Durante la rebelión del pueblo madrileño contra las tropas de Murat, ocurrida el 2 de mayo —recuérdese que era el año 1808—, esa junta se puso del lado de los franceses con lo cual perdió toda autoridad sobre el pueblo. Para sustituirla, y de manera tan espontánea que sólo se explica como una emanación del genio popular español, comenzaron a brotar por toda España las “juntas de defensa de los derechos de Fernando VII”.

Los acontecimientos que se desarrollaron en España a partir de esa hora pertenecen a la historia de España, no a la de América, pues España y América tomaron cursos diferentes en esa encrucijada histórica.

Las “juntas de defensa de los derechos de Fernando VII” obedecían a un principio de conservación de la unidad nacional, pero su autoridad era local; ninguna tenía potestad más allá del lugar donde se establecía; ninguna, desde luego, podía tenerla en ultramar, y en ultramar estaban las colonias americanas. La prisión del rey en Bayona, su abdicación en favor del padre y la subsiguiente cesión de derechos de Carlos IV sobre América dejaron a las colonias sin vínculos políticos entre todas las provincias americanas.

(En diciembre de 1813, es decir, cinco años y nueve meses después del día en que comenzó el cautiverio del joven rey español, Napoleón, asediado por sus enemigos de toda Europa, reconocía a Fernando VII y sus herederos como reyes de España y de América. Pero en lo que se refería a

América, el reconocimiento era una ficción, porque de los que habían sido los vastos dominios americanos del prisionero de Bayona sólo quedaban territorios insulares: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo. Los demás o eran libres o se hallaban luchando por la libertad.).

Ahora volvamos un poco atrás para comprender lo que sucedía en Venezuela.

Cuando España perdió su flota de guerra en Trafalgar, Inglaterra tomó ventaja de la ocasión para atacarla en el flanco americano. En marzo de 1806, Francisco de Miranda, protegido por el gobierno inglés, se presentó en Puerto Cabello con tres barcos armados, de los cuales perdió dos. Algunos norteamericanos tomados en esos dos barcos fueron colgados y la cabeza de Miranda fue puesta a precio. En esa oportunidad, los mantuanos de Caracas ofrecieron sus bienes para perseguir al “traidor”. Miranda había participado en la revolución francesa, había alcanzado rango de general francés, lo que reforzaba el odio que originalmente le habían tenido los círculos mantuanos —a pesar de las cartas de 1781 y 1782— por el delito de ser hijo de un comerciante canario de Caracas.

En agosto del mismo año, Miranda desembarcó en Coro y estuvo en tierra diez días; durante esos días sólo dos esclavos prófugos y una negra presa se presentaron voluntarios ante el Precursor de la independencia americana. Coro había sido, once años atrás, escenario de la pequeña, pero intensa sublevación de los negros de 1795. En Coro, los negros recordaban la fiereza con que fue combatida aquella sublevación y los blancos recordaban la violencia con que se había iniciado. ¿Quién iba a levantarse en Coro contra el orden establecido?

La situación se había vuelto muy inestable y por tanto muy peligrosa, y la nobleza venezolana no había salido aún del estado de parálisis y de intoxicación psicológica en que la habían puesto la revolución francesa y sus reflejos en Haití.

Para los mantuanos de Caracas, el problema no era zafarse del poder español para caer en el inglés o para pasar a manos de Francia o, peor aún, de sus propios esclavos; el problema que tenían ellos que resolver era cómo conquistar el poder político de la colonia sin poner en peligro —sino todo lo contrario— el poder económico que tenían. Si iban a la lucha, lo harían para conservar y aumentar su poder, no para conquistar posiciones que ya dominaban ni para arriesgar lo que tenían. La coyuntura favorable que esperaban no se les presentaría sino en 1808, al quedar rotos, por la prisión de Fernando VII en Bayona, los vínculos que ataban a España y sus colonias de América.

A mediados de julio de 1808 llegó a La Guaira un bergantín con pliegos del Consejo de Indias —que era, como si dijéramos, el Ministerio de Colonias Americanas del Gobierno español— en que se reclamaba el reconocimiento de José Bonaparte como rey de España. Al saberse la noticia en la calle, el pueblo se amotinó dando vivas a Fernando VII y mueras a Napoleón. Claro, Napoleón había destruido en Europa a la antigua nobleza y la nobleza de Caracas se sentía amenazada. Ella encabezó el motín. Fueron jóvenes mantuanos, como Simón Bolívar y José Félix Ribas, los que encabezaron al pueblo ese día. El cabildo, compuesto por mantuanos, pidió al capitán general que jurara públicamente fidelidad al rey preso. El capitán general accedió, las autoridades sacaron a las calles el pendón real y el pueblo se pasó el día dando vivas a Fernando VII.

Diez días después de esos sucesos, los mantuanos estaban conspirando para crear una Junta Suprema Gubernativa que debía declarar la independencia de la provincia. La conspiración se fraguaba en reuniones que tenían lugar en una casa de Simón Bolívar. Vista la inestabilidad de la situación, las autoridades no actuaron contra los conjurados. En el mes

de noviembre, sin embargo, los mantuanos hicieron público su juego. En Sevilla se había formado una Junta Suprema que reclamaba obediencia de todas las juntas que se habían formado en España y solicitaba el establecimiento de juntas similares en América; y los mantuanos, sin esperar que las autoridades coloniales opinaran sobre el asunto, nombraron delegados suyos e invitaron al Ayuntamiento y a los altos funcionarios españoles a integrar la junta que debía funcionar en Caracas. Entre los ocho delegados del mantuanismo había dos marqueses y cinco condes criollos.

Había llegado el momento de actuar, el de expulsar del alma colectiva del grupo mantuano el veneno que lo paralizaba, pues en España había un rey llamado José Bonaparte, hermano del ogro que estaba diseminando por el mundo las ideas de la revolución francesa, y los mantuanos caraqueños intuían que bajo ese rey iban a quedar liquidados. La prisión de Fernando VII en Bayona había roto los vínculos de España con América, y la exaltación de José Bonaparte a rey de España había roto el hechizo que había mantenido a los mantuanos inactivos.

Los mantuanos se lanzaban a la lucha, pero como en la sociedad de la provincia había un fermento de odios que dividía a los grupos sociales y raciales, los pardos se asustaron y se movieron a la defensiva. Los pardos, pues, reclamaron que la situación se mantuviera sin cambios, y en su nombre hablaron los oficiales del Batallón de Pardos. Las autoridades coloniales tuvieron miedo del conflicto que se avecinaba y ordenaron la detención de todos los firmantes del documento mantuano; y unos fueron detenidos en sus hogares, otros en cuarteles, otros fueron confinados fuera de Caracas, y uno de los delegados escogidos por los firmantes fue enviado a España como reo de Estado, lo cual en el lenguaje de la época quería decir delincuente político.

Pero la marcha de los acontecimientos era inexorable y lo que parecía peligroso un día no lo era al día siguiente. Napoleón entró en Madrid en diciembre de ese año de 1808, y el año de 1809 comenzó con avances irresistibles de las tropas francesas por todos los rumbos de España. Nadie sabía lo que iba a pasar en la Península y no era político mantener detenidos a los hombres más prestigiosos de Caracas. Por otra parte, en el mes de mayo llegó a la provincia un nuevo capitán general, don Vicente Emparan, que traía ideas claras sobre la situación en España.

Puestos en libertad, los mantuanos se prepararon para el segundo golpe. En noviembre de 1808 habían fallado porque no tenían fuerzas militares que los apoyaran. Frente al Batallón de Pardos, esos mestizos de negros a quienes tanto despreciaban, ellos, los amos de Venezuela, no tenían autoridad efectiva. Para los grandes cambios históricos en pueblos que desconocen todavía el ejercicio de los derechos políticos, la palanca de Arquímedes es el fusil; en esa época, el trabuco, la lanza o el cañón de mecha. Con todo su poder económico y su soberbia de clase, los mantuanos sin armas eran débiles frente a los pardos organizados en milicias. La lección fue aprendida, y después del fracaso de noviembre de 1808, los señores de la oligarquía caraqueña se dedicaron a organizar milicias o a hacer valer los nombramientos de oficiales de las que existían, grados que muchos de ellos habían recibido del rey años antes y no los habían ejercido porque pensaban que ser capitanes o tenientes de milicias era indigno de sus altas posiciones. Algunos de los jóvenes mantuanos, los más radicales, se dedicaron a frecuentar el trato de pardos y mulatos de los barrios caraqueños.

Una vez seguros de que contaban con el apoyo del Batallón de Aragua y de que la gente del pueblo no se opondría a sus planes, los mantuanos prepararon el golpe del 19 de abril, día de Jueves Santo de 1810.

Ese golpe fue una obra maestra de habilidad política. Además de ganarse la adhesión del Batallón de Aragua y la de la gente de los barrios, los mantuanos habían reforzado su poder en el Ayuntamiento colocando en él a hombres jóvenes y radicales partidarios de la independencia, entre ellos el sacerdote chileno José Cortés de Madariaga, cuya actuación fue decisiva en el golpe.

Los mantuanos constituyeron el Ayuntamiento y enviaron una delegación al capitán general Emparan para invitarlo a ir junto con los representantes del pueblo a las ceremonias religiosas del día, que era de las más importantes en el ritual católico porque el Jueves Santo se conmemora la muerte de Jesús. Al mismo tiempo que enviaban su delegación al capitán general, los mantuanos se movían en las calles y colocaban en las vecindades del Ayuntamiento y de la iglesia, hombres y mujeres de los barrios, y entre ellos, capitaneándolos, algunos de los mantuanos más jóvenes y más enérgicos.

De buenas a primeras, en vez de salir hacia la iglesia, el cabildo decidió tratar la situación política en España y en Venezuela, pero el capitán general advirtió que ya era hora de asistir a los oficios religiosos, rompió la discusión y salió hacia la iglesia mayor. Pero los conjurados no le dejaban avanzar. Alegaban, en plena calle, que el problema que se discutía era más importante que la función religiosa, argumento en verdad osado y escandaloso para esos tiempos, y le invitaban a volver al Ayuntamiento. Don Vicente Emperan no quería ceder y hasta llegó a invocar su autoridad para imponerse a los revoltosos, pero en ese momento el jefe del Batallón de Aragua le empujó por un hombro en dirección al Ayuntamiento. Era la rebelión sin sangre.

Lo que vino después fue relativamente simple. Consultado el pueblo si quería que siguiera gobernándolo Emparan,

el pueblo gritó que no, a lo que el capitán general respondió con triste majestad: “Yo tampoco quiero mando”.

El Ayuntamiento de Caracas, que era el centro de poder del mantuanismo en la provincia, quedó como autoridad máxima en la capital; después pidió a los ayuntamientos del resto de la colonia que reconocieran su autoridad y se proclamó Junta Suprema de Gobierno.

Los mantuanos habían logrado lo que se habían propuesto, y lo hicieron con respaldo del pueblo de Caracas, pero las masas del país no tardarían en reaccionar. Si los zambos y los mulatos de la capital se dejaron engañar, los de las villas y aldeas del interior no caerían en la trampa. Para ellos el enemigo era el mantuano, no España.

SEGUNDA PARTE:
LA GUERRA SOCIAL

VII

LA GUERRA SOCIAL EN MARCHA

Hasta el 19 de abril de 1810, la organización social de la provincia venezolana había resultado en el mayor provecho de los mantuanos. Pero los mantuanos vivían con miedo de perder lo que tenían y querían ser los amos del poder político, para sentirse seguros de que su dominio sería estable. Sin embargo, he aquí que para tomar el poder político tenían que destruir en la cúspide esa organización social y poner en riesgo todo lo que habían acumulado en un siglo de desarrollo económico y cultural, y al destruir la organización en la cúspide estaban destruyendo el arco maestro que sostenía todo el edificio social.

Entre abril de 1810, cuando quedó instalada la Junta Suprema y desconocidas las autoridades españolas y marzo de 1811, cuando quedó instalado el Congreso de representantes del pueblo convocado por la Junta de Caracas, hubo numerosos levantamientos, varias conspiraciones y abundantes manifestaciones contra el nuevo régimen. Desde el primer momento, Maracaibo, Coro y Angostura se habían negado a cambiar el gobierno de la Regencia por el de la Junta —indicio de que en los propios círculos mantuanos faltaba unanimidad—, y en junio de 1810 se unió a esas ciudades la villa de Barcelona. En octubre se supo en Caracas que las autoridades españolas de Quito habían hecho una matanza de ciudadanos partidarios de la independencia, y el pueblo caraqueño se amotinó

reclamando que la Junta adoptara una política antiespañola definida, lo cual indica que los mantuanos de Caracas no se sentían seguros y actuaban con tibieza.

En diciembre de 1810 llegaban a Caracas don Francisco Miranda, el veterano luchador contra el poder de España, y el joven Simón Bolívar, que había sido enviado a Londres meses antes como representante de la Junta. Unidos a jóvenes radicales del mantuanismo, los recién llegados formaron una sociedad política al estilo francés que presionaría sobre el Congreso en favor de la independencia. Otro grupo formó la sociedad Club de los Sincamisa, “más demagógica que la anterior”, al decir de Juan Vicente González.

En la etapa del tránsito, mientras pasaba de colonia a república, la antigua provincia daba tumbos. Las contradicciones que se habían ido creando en su composición social se hacían cada vez más agudas, y ya no existía el poder monárquico —el arco maestro de la construcción—, que imponía a todos los sectores la convivencia dentro del orden tradicional.

La situación económica se hacía cada vez más difícil. Como había sucedido a lo largo de la historia en todas partes, los que disponían de dinero lo escondían, temerosos de lo que pudiera suceder, y el numerario se hacía cada vez más escaso a la vez que la producción agrícola disminuía debido a que el estado de agitación propio de un cambio político tan importante no favorecía el trabajo en los campos.

El 5 de julio de 1811, el Congreso acordó la independencia, que debía ser jurada el día 14. El día 11 hubo motines en Los Teques, villa cercana a Caracas, con vivas a Fernando VII y muertas a los “traidores, rebeldes y herejes”. Poco después se amotinaba también Valencia, al tiempo que entre los mantuanos de Caracas surgían conspiradores que se comunicaban con los realistas de Angostura, Coro y Maracaibo. El levantamiento de Valencia fue pronta y sangrientamente aplastado. Costó

más de 800 muertos y más de 1.500 heridos y muchos de los cabecillas murieron en la horca. En total, hubo ocho alzamientos y rebeliones entre abril de 1810 y julio de 1811. Ninguno de ellos daba señales, todavía, de que se iba a la guerra social; todos, sin embargo manifestaban el descontento general con el nuevo orden.

¿Se debía ese descontento a que el pueblo no quería la independencia? No. Se debía a que el pueblo no quería ser gobernado por los que habían tomado el poder debido a que los consideraba, y con razón, sus enemigos. Para la gran masa, el problema no estaba planteado en términos de colonia o independencia, sino en términos de gobierno del rey o gobierno de los mantuanos, y la gran masa prefería el gobierno del rey porque la monarquía con medidas procedentes de Madrid —pero sobre todo a través de sus funcionarios destacados en Venezuela— había probado ser más benévola con ella que los grandes señores criollos. El rey proporcionaba a los pardos y a los quinterones la manera de convertirse en blancos puros, a un pulpero canario la de tener privilegios de hidalgo, a un hijo bastardo la de pasar a hijo legítimo, y los mantuanos no reconocían esas medidas; por otra parte, ¿qué esclavo ponía en duda que los mantuanos habían pedido la derogatoria de la cédula real que los hacía libres, aquella que había visto el negro loango de Coro años atrás?

En marzo de 1812 el Congreso designó a Valencia capital del país y escogió un triunvirato de mantuanos para que gobernaran la flamante Unión Federal. A esa altura, la sociedad venezolana —todavía colonial en todos los órdenes y sólo republicana en las declaraciones del Congreso y en los discursos de los líderes— se hallaba en estado de creciente descomposición económica, política y social. Cualquier acto violento podía iniciar una guerra social. Y el acto violento se produjo con el desembarco en Coro del capitán de fragata Domingo

Monteverde, que llegaba de Puerto Rico al mando de un grupo de hombres, no de un ejército.

En su biografía de José Félix Ribas, Juan Vicente González afirma que Monteverde se internó en el país por Coro con doscientos treinta soldados “entre españoles y corianos, un cura de nombre Torellas, un cirujano, diez mil cartuchos, un obús de a cuatro y diez quintales de galletas”. Como se ve, la fuerza militar de Monteverde era ridícula. “La fortuna”, agrega González, “se encargó de tan vulgar personaje”.

Pero no fue la fortuna. Nada tuvo que ver la fortuna en la sublevación del indio Reyes Vargas contra el gobierno de Valencia y su adhesión a Monteverde, ni en la deserción masiva de la ciudad de Carora, que se pasó al bando del rey, ni en la entrega de Barquisimeto y San Carlos, que se rindieron a Monteverde, ni en el levantamiento de Puerto Cabello, que fue obra de criollos. Estaba sucediendo lo que lógicamente tenía que suceder, pues en dos años de gobierno el mantuanismo no había dado señales de que había cambiado o iba a cambiar de mentalidad y de actitud frente a las masas, y las masas se iban con Monteverde, que era el enemigo armado del mantuanismo. Los mantuanos seguían odiando a los “blancos de orilla”, a los mestizos de todas las razas y todos los grados, a los negros libres y esclavos; no habían abierto al pueblo la entrada en los pequeños círculos gobernantes; no habían ofrecido nada que las masas venezolanas hubieran podido tomar como programa liberal, tan liberal, por lo menos, como el de los Borbones.

La verdad es que el historiador Juan Vicente González, y casi todos los historiadores de los sucesos venezolanos de aquellos días, veían los acontecimientos con mirada superficial; creían que la revolución estaba encarnada por los prohombres venezolanos y la contrarrevolución por Monteverde y sus seguidores, y sucedía todo lo contrario; y el hecho de

que Monteverde encarnara la voluntad revolucionaria, igualitaria, de las masas, es lo que explica el buen éxito de su aventura militar.

Una expedición que el Congreso había enviado a la Guayana para someter a los rebeldes de Angostura terminó en un fracaso, y allí no estaba Monteverde y no estaba, por tanto, la buena fortuna del vencedor de San Carlos. Tampoco había estado Monteverde en el levantamiento venezolano del año anterior ni había participado en los otros siete alzamientos habidos entre abril de 1810 y julio de 1811. Monteverde no era portador de una varita mágica sino de la chispa que iba a prender fuego en el polvorín venezolano, y ese polvorín había sido acumulado por el mantuanismo con sus odios de clase y de raza.

Dos acuerdos tomó el ejecutivo designado por el Congreso para hacer frente a Monteverde, y los dos fueron impolíticos: uno, decretar medidas rigurosas contra los enemigos y desertores; otro, designar a Miranda generalísimo de los ejércitos de la república.

La primera medida no hacía sino confirmar las sospechas populares de que los mantuanos querían mantenerse en el poder por medio del terror; la segunda, colocaba la suerte de la guerra en las manos de un general que desconocía el fondo social de la crisis.

Miranda podía comandar ejércitos disciplinados. Tenía experiencia militar y valor; había combatido en Europa contra los enemigos de la Francia revolucionaria y en América a favor de los norteamericanos sublevados contra Inglaterra. Pero Miranda no podía comprender lo que estaba sucediendo en el país. Por otra parte, en su caso personal se daba una situación compleja: el pueblo, la masa del pueblo, compuesta de pulperos canarios, agricultores pobres, mulatos, pardos y negros analfabetos, no sabía quién era Miranda; y la oligarquía mantuana,

que le entregaba el poder militar, no confiaba en él. Para los oligarcas, Miranda era un advenedizo, hijo de un comerciante canario a quien los mantuanos habían humillado prohibiéndole ejercer el mando de un batallón, mando que le había sido conferido por el rey. Miranda había sido excomulgado por haber encabezado la fracasada invasión de 1806; su efigie se quemó en las plazas públicas y el mantuanismo de Caracas y de otras ciudades de la provincia había contribuido a calumniar su nombre. Se le acusó de ser agente de Inglaterra, y esa acusación, como la de enemigo de su religión, estaba agazapada en el fondo de la conciencia venezolana. A los primeros reveses, toda la campaña de descrédito que se había hecho contra Miranda tomaría cuerpo de nuevo.

Monteverde avanzaba con sus tropas de gente del pueblo. No hay que olvidar que la mayoría de sus hombres eran venezolanos. Monteverde había autorizado el saqueo; y los saqueados, ¿quiénes podían ser? Sólo los que tenían propiedades, fincas, bienes; es decir, los mantuanos. En nombre del rey, Monteverde autorizaba el saqueo de los poderosos criollos por parte de los que no tenían nada. Así, más que militar, la acción de Monteverde era política, y por razones políticas, no porque dispusiera de una fuerza militar incontrastable, iba arrollando a las bisoñas tropas republicanas. De esas tropas republicanas se pasaban a las de Monteverde centenares y centenares de soldados, lo cual se explica, en parte, por razones políticas, y en parte —quizá la mayor—, porque la tropa republicana no podía ser autorizada a saquear, visto que las propiedades que podían ser saqueadas eran las de sus jefes y esos jefes reclamaban todo lo contrario: que sus bienes fueran respetados y defendidos.

Desde el punto de vista de la posesión de bienes —tierras y esclavos, ropa, dinero, alhajas, vacas y caballos, muebles, comida y licores— la independencia no significaba un cambio

para los mantuanos ni para las masas. La independencia sólo significaba la consolidación del orden económico existente, pero con un cambio en el poder político; es decir, el mantuano retenía, y podía aumentar su propiedad, y con la conquista del poder político, cosa que le proporcionaba la independencia, estaba más seguro en la posesión de sus bienes y mucho más seguro todavía si vencía a Monteverde, pues con la victoria consolidaría su poder político. En cambio, un mulato o un zambo que combatiera en las filas de Monteverde podía salir de un combate con algún bien que no tenía antes: ropa, vajilla, muebles, caballo de buen paso. Ahí está el secreto de la victoria de Monteverde, no en favores de la fortuna.

Miranda no tenía bajo su mando un ejército verdadero que, la república no había tenido tiempo de formar, y el temor a las deserciones lo hizo cauto. Por eso no combatió en Valencia, que cayó en manos de Monteverde, y estableció su cuartel general en Maracay, más cerca de Caracas; y por eso no persiguió a los realistas cuando los derrotó en La Cabrera y en Guaira, y ni siquiera se mantuvo en Maracay sino que se retiró a La Victoria, más cerca todavía de Caracas. Miranda no se hallaba seguro porque él no mandaba un ejército sino un amontonamiento de hombres del pueblo que se sentían más atraídos por las banderas realistas de Monteverde que por las republicanas de los mantuanos caraqueños.

Desconfiando de la capacidad militar y sobre todo de la limpieza política de sus oficiales mantuanos, Miranda comenzó a usar oficiales extranjeros; disgustada por esa medida, la recalitrante oligarquía caraqueña comenzó a propagar la vieja calumnia de que el generalísimo era un agente inglés y actuaba como tal, y puso de moda la vieja conseja de que era un excomulgado y por tanto un enemigo de Dios. Entre sus oficiales mantuanos, Miranda descubrió conspiraciones que

no pudo aplastar porque su auditor de guerra se negó a firmar sentencias de muerte.

En La Victoria, Miranda guardaba el paso de Caracas. Los ricos valles de Aragua terminan allí, al pie de las montañas de La Victoria. El veterano luchador esperaba detener allí a Monteverde, pero de súbito recibió la noticia de que el castillo San Felipe de Puerto Cabello —que se hallaba bajo el mando de Simón Bolívar—, la única posición fuerte de la república que amenazaba a Monteverde por la espalda había caído en manos realistas por sublevación de la guarnición, que no estaba compuesta de españoles sino de venezolanos; y supo que en Barlovento, su propio flanco izquierdo, los negros libres y esclavos se levantaban dando vivas al rey. El generalísimo vio perdida la situación y solicitó capitular. Monteverde y sus huestes entraron en Caracas al comenzar el mes de agosto de 1812.

A pesar de los términos de la capitulación —que daban garantías a los vencidos, y que fueron violados—, los mantuanos y sus partidarios cayeron en prisión, eran enviados presos a España, huían o se escondían. Sin embargo, los vencidos no tuvieron una suerte tan dura como quieren dar a entender los historiadores. Si se compara su situación bajo Monteverde con la que sufrieron bajo Boves, se advierte que el capitán de fragata canario no fue realmente cruel. Algunos de los jefes de gavillas realistas en el interior del país lo fueron, sin duda, y muchos de ellos comenzaron por su cuenta, en esos días, una especie de guerra a muerte localizada en varios puntos aislados de Venezuela.

El regente Heredia escribía por entonces que contra los “apellidos más ilustres de la provincia... se había encarnizado más la persecución de la gente soez que formaba la mayoría del otro partido”. Ese “otro partido” era el realista. Cuenta también Heredia que con frecuencia veía a “niñas delicadas,

mujeres hermosísimas y matronas respetables solicitando protección hasta del zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde había escogido para que siempre le acompañase”.

En ese párrafo del regente Heredia está expresado el verdadero fondo de la lucha, que era social, no política. El zambo Palomo representaba a la gran masa del pueblo, con sus costumbres “despreciables” porque no había razones para que las tuviera mejores, y con el poder de las armas acampando en la altiva ciudad de los mantuanos; y las niñas delicadas y las mujeres hermosísimas encarnaban al mantuanismo vencido por la revolución social, que ya había empezado.

Las grandes guerras sociales se confunden fácilmente con la guerra de razas en países donde hay discriminación racial. Para la época de la entrada de Monteverde en Caracas, la población de la provincia venezolana se calculaba en 800.000; y se descomponía en 62.000 negros esclavos, 406.000 mestizos de varias razas, 120.000 indios y 212.000 blancos europeos y criollos, de los cuales 12.000 eran españoles y canarios.

Tenemos, pues, que de 800.000 habitantes, más de la mitad, 468.000, eran negros, mulatos, pardos, quinterones y zambos. Como el zambo Palomo había, pues, millares y millares en Venezuela. Por su raza y por su condición económica, la mayoría del pueblo era enemiga natural de los mantuanos; además, entre los 12.000 españoles y canarios, los más odiaban también a la nobleza criolla, porque la nobleza criolla despreciaba a los españoles y canarios que no eran aristócratas, y de esos había pocos en Venezuela; por último, no todos los 200.000 blancos criollos que quedaban eran partidarios de los mantuanos. Pero ateniéndonos a los 468.000 venezolanos de razas consideradas inferiores, tenemos que convenir en que la lucha contra la oligarquía del país se identificaba, en gran medida, con la guerra de razas.

El 26 de marzo —recordemos que estamos en 1812—, por los días en que Monteverde tomaba Barquisimeto, un terremoto había destruido varias ciudades de Venezuela y gran parte de la ciudad de Caracas, de manera que la capital estaba en ruinas cuando Monteverde y su corte de zambos tomaron posesión de ella. En noviembre se juró la nueva constitución española, que había sido elaborado por diputados de España y América en ausencia de Fernando VII, todavía preso en Bayona, y esa constitución era liberal. En los festejos de la juramentación participó con entusiasmo la gente de los barrios.

¿Por qué ese pueblo respaldaba a Monteverde? ¿Porque era el vencedor? ¿Y a qué se debió que hubiera conquistado la victoria tan rápidamente? ¿Por qué, habiendo desembarcado en Coro con menos de doscientos españoles, y habiendo avanzado hacia el interior con sólo doscientos treinta hombres entre españoles y corianos —es decir, vecinos de Coro—, ese canario audaz dominaba en pocos meses todo el país y echaba por tierra la república con tanta facilidad?

Porque la subversión política que habían producido los mantuanos provocó la subversión social de las masas contra ellos, y Monteverde capitaneó a las masas del pueblo en lucha contra los mantuanos.

Monteverde era arbitrario, violento; un canario con alma de conquistador, audaz, ejecutivo, pero no se impuso por el terror. La masa del pueblo lo siguió porque él encarnaba el poder enemigo de los mantuanos. Para los zambos como Palomo, Monteverde no era un monstruo sino un justiciero, que los colocaba a ellos a la altura de los mantuanos, o rebajaba a los mantuanos a la altura de los zambos. Lo que hubo de cruel en el gobierno de Monteverde no fue producto de ninguna maldad innata en el alma del capitán canario, sino fruto natural del odio que sentía el pueblo hacia el mantuanismo.

Desde el punto de vista de la moral social y de los deberes de un jefe militar en la época, el mayor mal de Monteverde estuvo en no hacer respetar su propia dignidad de jefe vencedor. Monteverde violó los términos de la capitulación que acordó a Miranda, y eso era inmoral. Además, estimuló el saqueo, la violación, el pillaje, pero no hay duda de que sin ese estímulo su acción militar no hubiera podido convertirse en una guerra social, y sin el carácter social de la guerra, él no hubiera podido penetrar mucha distancia tierra adentro con los doscientos y tantos hombres con que la inició.

Aunque había habido algunas señales, desde la sublevación de los negros de Coro en 1795, de que en Venezuela se preparaba una guerra social, no hay duda de que ella comenzó con el desembarco de Domingo Monteverde en la ciudad de Coro, en marzo de 1812.

VIII MIRANDA Y BOLÍVAR

Hasta ahora no ha habido una explicación satisfactoria para la prisión de Miranda y para la intervención en ella de Simón Bolívar, el futuro Libertador de media América; y nos parece que ésta es una buena oportunidad para tratar de dar alguna claridad a ese episodio, que tiene importancia histórica por la categoría de los dos personajes que intervinieron en él.

En la mañana del día 30 de julio de ese año de 1812, el generalísimo Francisco de Miranda, que había firmado el 24 la capitulación ante Monteverde, se dirigió a La Guaira para embarcar esa misma noche en el *Sapphire*, buque inglés a bordo del cual estaban ya sus archivos. A última hora el Precursor había decidido pasar la noche en tierra como huésped de un amigo, y sucedía que ese amigo se había puesto al servicio de Monteverde y estaba haciendo correr entre sus relacionados la especie de que el viejo luchador había enviado al *Sapphire* cajones llenos de monedas de oro, el oro —según el rumor que difundía el amigo— que Monteverde le había dado a cambio de su rendición.

Los planes de Miranda eran embarcar al amanecer del día 31. En la madrugada despertó al ruido de voces y halló que le rodeaban, espada en mano, Simón Bolívar y dos jóvenes caraqueños. Los tres le intimaban la rendición. Dirigiéndose a su ayudante, que había ido a despertarle y se encontró en medio

de la inesperada escena, Miranda comentó: “Bochinche, bochinche. Esta gente no sabe hacer sino bochinche”.

Esa prisión de Miranda fue la última de su vida, pues al tomar La Guaira, Monteverde no le devolvió la libertad y ya no saldría más de una mazmorra hasta su muerte, acaecida en la prisión de La Carraca, en Cádiz, España, cuatro años después, es decir, en julio de 1816.

¿Por qué actuó Bolívar así?

En su biografía de Miranda, Mariano Picón Salas se pregunta si no lo hizo “para recuperar su ímpetu y su alma, en un como acto desesperado de salvación psicológica”, para curarse “un poco del sentimiento de humillación e inferioridad que le produjera el desastre de Puerto Cabello”. Y puede ser que haya bastante de eso, pero nos parece que hubo mucho más.

Bolívar conoció personalmente a Miranda en Londres, a mediados de 1810; Bolívar estaba cumpliendo entonces veintisiete años y el Precursor sesenta. Éste no podía ignorar que su nuevo amigo procedía de una familia linajuda de Venezuela. Un año antes del nacimiento del joven delegado de la Junta caraqueña, Miranda había recibido una carta en que tres aristócratas de la provincia le aseguraban estar “presos para seguirlo como nuestro caudillo hasta el fin”, y la primera firma en esa carta era de don Juan Vicente de Bolívar padre de Simón.

Entre el conocimiento de ambos personajes en Londres y el episodio de la prisión de Miranda en La Guaira hubo dos años de amistad muy estrecha y de relación filial de parte de Bolívar hacia Miranda. Bolívar fue quien indujo a Miranda a volver a Venezuela, y, ya en Caracas, lo hospedó en su casa y actuó con él en la fundación y la actividad de la Sociedad Patriótica. Al ser designado general en jefe de los ejércitos republicanos, Miranda confió a Bolívar el mando de Puerto Cabello, que era el punto fuerte de la república en la línea de la costa del Caribe,

un importante depósito de pertrechos y a la vez el bastión del flanco derecho de las fuerzas republicanas.

Al mediodía del 30 de junio de ese año decisivo que fue el 1812, mientras el coronel Simón Bolívar se hallaba almorzando en la ciudad, el subteniente del batallón de milicias de Aragua, Francisco Fernández Vinoni, sublevó el Castillo de San Felipe y armó a los presos. A las dos de la tarde, Bolívar envió parte a Miranda relatando suscitadamente los hechos y pidiendo ayuda, cosa que repitió horas después, a las tres de la mañana del día 1° de julio.

La primera nota llegó a manos de Miranda el 5 de julio, “ya puesto el sol”, según comentó el generalísimo al recibirla. “Se me dice que ataque al enemigo; pero éste debe estar ya en posesión de todo”, agregó. Según dijo Bolívar, en el castillo San Felipe había 1.700 quintales de pólvora y casi toda la artillería y municiones de la plaza; y Miranda sabía que Monteverde estaba precisamente corto de pólvora, artillería y municiones. Con la caída de Puerto Cabello, pues, el enemigo se aviaba de lo que estaba necesitando. Impresionado por la noticia, Miranda comentó, hablando en francés: “Venezuela est blessé au coeur”; esto es: “Venezuela ha sido herida en el corazón”.

Bolívar combatió en Puerto Cabello hasta la mañana del día 6; después embarcó hacia La Guaira y de ahí pasó a Caracas, desde donde escribió a Miranda dos cartas y un parte. La primera carta, fechada el día 12, y la segunda, el día 14, son los primeros documentos del futuro Libertador que muestran su alma al desnudo: apasionada, profunda, tempestuosa y sin frenos para sufrir. Esas cartas tienen mucha importancia para desentrañar el misterio del episodio de La Guaira, tan rápido y tan dramático, que puso a Miranda en manos de los españoles por lo que le restaba de vida.

En el párrafo final de la carta del día 12, Bolívar decía: “Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me

siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a Vd., o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello; a esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos me hallo en una especie de enajenamiento mortal. Voy a comenzar inmediatamente el parte detallado de las operaciones de las tropas que mandaba y de las desgracias que han arruinado la ciudad de Puerto Cabello, para salvar en la opinión pública la elección de Vd. y mi honor. Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ése habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvaran la patria, pero ¡ah! ésta se ha perdido en mis manos”.

Debemos tomar nota de que cuando Bolívar dice que va a escribir el parte de las operaciones “para salvar en la opinión pública la elección de Vd.”, se refiere a la elección que de él, Bolívar, hizo Miranda como jefe de Puerto Cabello; y esa necesidad de “salvar en la opinión pública” su crédito —es decir, de justificar la designación que de él hizo el generalísimo— se relaciona muy estrechamente con esta frase: “... mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar”. Al final de la carta, Bolívar dice que la patria se ha perdido en sus manos.

La carta del día 14 es francamente patética. Descontando la despedida no llega a cien palabras y son éstas:

“Mi general: Lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a Vd. el adjunto parte, apenas es una sombra de lo que realmente ha sucedido. “Mi cabeza, mi

corazón no están para nada. Así suplico a Vd. me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario.

“Después de haber perdido la última y mejor plaza del estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general?”

“¡De gracia no me obligue Vd. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta”.

No se necesita ser un observador sagaz para apreciar en esas cartas el sufrimiento de Bolívar, pero a la vez el afecto y el respeto del autor para el destinatario. Sólo se escribe así a quien se admira mucho, a quien casi se venera. Con esas cartas, Bolívar desnudó su alma ante Miranda, lo cual era un acto de fe en la grandeza del jefe, pues sin esa fe Bolívar no hubiera mostrado su alma desnuda ante el generalísimo.

Cuando Bolívar escribía esas cartas ignoraba que Miranda estaba preparándose para acordar un armisticio con Monteverde. Entre el 17 y el 22 de julio, mientras sus comisionados negociaban con el jefe español, el generalísimo republicano hizo un viaje a Caracas. No hay constancia de que Bolívar lo viera en esa ocasión. Y de buenas a primeras corrió por Caracas y por La Guaira la especie de que Miranda había vendido la república por dinero y que estaba embarcando en un navío inglés el oro de la traición.

Las cartas de Bolívar a Miranda demuestran que a la caída de Puerto Cabello —y como resultado de esa caída— el joven mantuano había entrado en una seria crisis moral. No hay dudas, porque él mismo lo dice, que Bolívar había temido, antes de actuar como jefe de Puerto Cabello, no ser apto para una jefatura militar, y por lo que demostró con su vida, ser jefe militar era su ambición. La caída de la ciudad en manos enemigas parecía confirmar aquellas dudas. Bolívar entró en crisis personal porque no era lo que él deseaba ser; no tenía, a su juicio, las condiciones necesarias para ser

lo que deseaba ser. Puesto que no podía ser jefe, se humillaba y pedía que se le pusiera a servir a las órdenes del “más ínfimo oficial”. La carta del día 14, con su apasionado y doloroso final (“¡de gracia no me obligue Vd. a verle la cara!”), confirma el estado de crisis personal en que se debatía el joven y bisoño coronel.

A esa crisis personal se agregó, casi inmediatamente, la crisis nacional, que se hizo evidente con el acuerdo de armisticio entre Miranda y Monteverde y que se confirmó con la capitulación. Así, Bolívar debió sentir que no sólo había fracasado él como individuo, sino que su fracaso había provocado el de la república. Él mismo lo había dicho en su carta del día 12: “...pero ¡ah! ésta (la patria) se ha perdido en mis manos”. En el término de pocos días, el joven coronel había sido víctima de dos crisis muy serias: la de su ser individual y la de su ser colectivo.

En el centro de esas dos crisis estaba Miranda; en la personal, porque Bolívar había desnudado ante él su alma creyéndole un jefe digno de veneración, ante quien se era un traidor si no se era sincero, y sucedía que ese jefe no merecía el desgarramiento de pudor viril que él le había ofrendado puesto que pactó un armisticio sin luchar; y en la crisis nacional, porque los rumores que circulaban, confirmados por el dueño de la casa donde se hospedaba el generalísimo, acusaban a Miranda de haber entregado la república por dinero.

Dada la rapidez de los acontecimientos, las dos crisis que estaba padeciendo Bolívar podían confundirse en una sola. Bolívar ignoraba que el dueño de la casa donde se hospedaba Miranda se había puesto al servicio de Monteverde; no tenía, pues, por qué dudar de lo que decía. Ahora bien, si Bolívar no creía que el generalísimo se había vendido al enemigo, debía admitir, por lo menos, que el veterano luchador se había rendido sin luchar. Por dinero o por cobardía, Miranda, a

quien él había querido, respetado, admirado y venerado, se mostraba indigno del altar que le había levantado en su alma.

La simultaneidad de las dos crisis que agobiaban a Bolívar pudo haberse resuelto en una proyección de culpa hacia Miranda. De todo lo que le sucedía a él y de todo lo que le sucedía al país, el culpable era Miranda. Y como Bolívar era hombre de acción, actuó haciendo preso al generalísimo.

Creemos que sucedió algo más. Creemos que un psicólogo podría hallar que la doble crisis de que fue víctima Bolívar en el mes de julio de 1812 provocó la acción de fuerzas ocultas que se agitaban en el alma del joven coronel desde los primeros años de su vida.

Se sabe que Bolívar fue un niño díscolo, difícil. En *Las mocedades de Bolívar*, Rufino Blanco Fombona achaca esa conducta del futuro Libertador a ausencia de afectos en el hogar. En *La ciudad y su música*, José Antonio Calcaño relata la escena ocurrida cuando el niño Simón fue llevado a casa del que iba a ser su maestro, Simón Rodríguez, y refiere que los familiares no podían gobernarlo, que “vivía de manera independiente, y se la pasaba por las calles, a pie o a caballo, en compañía de varios otros muchachos que no eran de su condición social”, y que “se había convertido en un problema para sus familiares”.

Los estudiosos de la vida de Bolívar olvidan con frecuencia que éste perdió a su padre cuando tenía tres años de edad, y a la madre, a los nueve. A los tres años de edad, el niño Simón Bolívar no podía explicarse la ausencia de su padre y debió confundirla, de manera inconsciente, desde luego, con un abandono voluntario. Cuando más apasionado y sensible es un niño —y Bolívar lo era en sumo grado—, con más violencia reacciona contra el abandono por parte del padre. Las sensaciones que la ausencia del padre va provocando en su alma infantil forman un nudo de amarguras que se aloja en lo más

profundo de su ser. Bolívar no le perdonó nunca al padre su ausencia. Sólo una vez lo evocó, y fue para reprender en forma indirecta su falta. Esto sucedió en 1825, en carta escrita desde el Cuzco a su hermana María Antonieta. Hablando en esa ocasión de la negra Hipólita, que había sido su nodriza, decía: “Su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella”. Obsérvese que dijo “otro padre”, no “otra madre”.

Don Juan Vicente de Bolívar tenía sesenta años a la hora de su muerte, la misma edad que tenía Miranda cuando Bolívar le conoció en Londres. En veinticuatro años, las modas varoniles no habían cambiado gran cosa, y Miranda era de un porte digno, como lo había sido don Juan Vicente. Miranda y don Juan Vicente, pues, respondían a una misma imagen en edad, en apostura, en vestimenta. ¿No se produjo en el alma de Bolívar una sustitución de imágenes cuando conoció al Precursor? ¿No pasaría éste a sustituir a don Juan Vicente en los desconocidos y profundos fondos del alma de Bolívar? El veterano luchador era culto, prestigioso; sus cualidades públicas eran precisamente las que un joven como Simón Bolívar hubiera deseado ver en el padre, y además tenía una figura paternal.

El hecho de que Bolívar insistiera en el retorno de Miranda a Caracas y el hecho de que lo llevara a vivir en su propia casa de San Jacinto —la casa donde Bolívar había nacido y donde había muerto don Juan Vicente— parecen indicar que hubo esa sustitución de imágenes; esto es, que Miranda pasó a ocupar en el alma de Bolívar el lugar que su padre había dejado vacío.

Si esta suposición es buena, tenemos que aceptar que cuando a Bolívar se le presentaron, confundidas en una sola, la crisis personal y la crisis nacional, ambas originadas en la caída de Puerto Cabello, tuvo una conmoción psicológica que removió su subconsciente y lo llevó a castigar a don Juan

Vicente Bolívar, el que le había abandonado cuando él era un niño de tres años. Pero don Juan Vicente no existía; Miranda había ocupado su puesto. Así, en la madrugada del 31 de julio de 1812, Bolívar hizo preso a don Juan Vicente en el cuerpo del Precursor Francisco de Miranda.

Y eso era también parte de la guerra social iniciada ese año en Venezuela, pues en la guerra social las fuerzas ocultas en el fondo del alma son las que dirigen la acción de hombres y pueblos.

IX

JOSÉ TOMÁS BOVES

La acción contra Monteverde comenzó el 1° de enero de 1813. Fuerzas venezolanas al mando de Santiago Mariño atacaron por Oriente, desde el islote de Chacachacare, y tomaron el pequeño puerto de Guiria, donde no había guarnición realista. Algunos triunfos rápidos de Mariño en la zona determinaron el abandono de Maturín por los hombres de Monteverde, y como si sólo hubieran estado esperando un ataque republicano para desatar las iras contenidas, pequeños cabecillas de la región de Oriente comenzaron a actuar simultáneamente y empezaron a cometer los crímenes característicos de una guerra social hecha por el pueblo sin ningún concierto. Aparecieron nombres hasta entonces desconocidos que encabezaban partidas realistas dedicadas a degollar, desorejar, lancear a cuanto republicano caía en sus manos. En poco tiempo el terror hizo conocidos los nombres de los más crueles de esos cabecillas: Zuazola, Antoñanzas, Cervériz, Yáñez, Pascual Martínez. Generalmente, los jefes de las partidas eran españoles y los seguidores eran venezolanos.

La simultaneidad en la aparición de las partidas, la ferocidad pareja con que actuaban y la oportunidad en que surgieron parecen indicar que Monteverde tenía la guerra social contenida, si no conscientemente, por lo menos de manera inconsciente. Tal vez las masas de la región oriental se sentían protegidas por las autoridades realistas y debido a eso no

actuaban por su cuenta; pero una vez que se vieron enfrentadas a las pequeñas victorias de Mariño decidieron actuar por su cuenta.

A mediados de abril, el gobernador de Barcelona fracasó en un ataque dirigido a reconquistar Maturín. En mayo atacó el propio Monteverde y fue derrotado. Ya en ese mismo mes de mayo, la guerra social se había extendido por todo el país, y hasta en lugares tan alejados de Oriente, como los Llanos de Barinas, se degollaba a los blancos criollos.

El día 23 de ese mes de mayo de 1813 entró en Venezuela por los Andes, y tomó Mérida, el futuro Libertador, Simón Bolívar. Al finalizar mayo, pues, Monteverde se hallaba atacado por los dos extremos oriental y occidental del país, y habiendo fracasado en el extremo oriental volvió a Caracas para desde allí tomar las medidas que aconsejaran las circunstancias.

Bolívar había salido de Caracas con pasaporte de Monteverde y se había refugiado en Curazao; desde Curazao pasó a Cartagena, donde consiguió que le dieran el mando de una guarnición de sesenta hombres situada a orillas del río Magdalena. Lo que hoy es Colombia era entonces el antiguo Virreinato de la Nueva Granada, que se había declarado independiente de España y se hallaba dividido en dos gobiernos, el centralista, con asiento en Bogotá, y el federalista, con asiento en Cartagena. Actuando en nombre del gobierno de Cartagena, Bolívar comenzó a tomar pueblos, villas y ciudades, y ya en marzo se encontraba en la frontera de Venezuela listo a cruzarla, y la cruzó tan pronto recibió permiso para hacerlo. El 10 de junio, una de sus columnas tomó Trujillo, ciudad donde entró Bolívar el día 14. El día 15, desde Trujillo, proclamó la guerra a muerte.

En la vida de Bolívar hay cuatro puntos muy debatidos: la prisión de Miranda, la proclamación de la guerra a muerte,

los fusilamientos de La Guaira y el fusilamiento de Piar. Hemos tratado de explicar la prisión de Miranda a base de interpretación de la psiquis de Bolívar; en cuanto a los puntos restantes, creemos que el segundo y el cuarto —la proclamación de la guerra a muerte y el fusilamiento de Piar— obedecen al miedo de Bolívar a la guerra social; y creemos que en el tercero —los fusilamientos de La Guaira— están mezclados el miedo a la guerra social y el temor de que se repitiera en La Guaira la sublevación del castillo de San Felipe con resultados parecidos a los que sufrieron en aquellos días Bolívar y el país.

La proclamación de la guerra a muerte fue un esfuerzo del joven general para convertir la guerra social —la anarquía, como la llamaba él— en una guerra de independencia, en una lucha entre venezolanos de un lado y españoles del otro, si bien del lado de los primeros podía haber españoles republicanos. De acuerdo con la proclama, todo español que fuera cogido con las armas en la mano luchando contra la república sería fusilado; en cambio, los venezolanos que estuvieran en los ejércitos realistas serían perdonados. Si la proclama tenía buen éxito, los jefes españoles se quedarían sin soldados y sin oficiales, porque soldados y oficiales de las fuerzas realistas eran, casi en su totalidad, venezolanos.

La proclama de Trujillo no daría los frutos que esperaba Bolívar porque a mediados de junio de 1813, cuando fue lanzada en Trujillo, la guerra social estaba desatada en todo el país y había tomado ya tales proporciones que ningún poder era capaz de detenerla.

Preocupado por la presencia de Bolívar en los Andes, Monteverde estableció su cuartel general en Valencia, el punto de la llanura donde convergían los caminos de Barinas, de los Andes y de Maracaibo. Su flanco derecho estaba guarnecido por el castillo de Puerto Cabello, y su retaguardia se apoyaba

en Maracay y La Victoria. La posición militar de Monteverde era tan buena como había sido la de Miranda en 1812.

Pero la posición política del jefe español se parecía también a la de Miranda, aunque por otras razones. A Miranda no lo dejaron actuar los mantuanos y a Monteverde lo desbordó el pueblo. Ya el pueblo, las masas, no se conformaba, como se había conformado en 1812, con tener entrada en el palacio de Gobierno de Caracas, con los saqueos, con las apariencias de la victoria. En 1813, el pueblo quería la guerra social, y estaba haciéndola. El pueblo que había llevado a Monteverde de Coro a la Capital, lo había dejado solo frente a Mariño en Maturín y lo dejaba solo frente a Bolívar en Valencia, porque Monteverde no satisfacía en 1813 las aspiraciones de la masa.

En siete semanas, Bolívar hizo la llamada Campaña Admirable, que lo llevó de Trujillo a Caracas, ciudad de la que tomó posesión el 7 de agosto, mientras Monteverde se encerraba en Puerto Cabello.

Sin duda que el joven caudillo caraqueño había demostrado poseer cualidades excepcionales de jefe militar, sobre todo si se toma en cuenta la escasa experiencia que había podido adquirir en el arte de la guerra. Pero no todo el buen éxito de la marcha hacia Caracas se explica con el genio y el arrojo militar de Bolívar y sus tenientes. La verdad es que ante el joven general, que aparecía de improviso como el astro solar de la historia americana, había un vacío político que él iba llenando. Ese vacío político rodeaba a Monteverde y lo asfixiaba. Lo singular del caso es que aunque Bolívar iba ocupando el vacío con sus escuadrones, y avanzaba a través de él hacia la capital, el vacío persistía en torno suyo con igual intensidad que en torno de Monteverde, pues las masas que abandonaron a Monteverde no corrieron a rodear a Bolívar. A quien las masas iban a rodear, a aclamar como jefe y a seguir ciegamente era a José Tomás Boves, que por esos días de agosto

de 1813 iba de retirada hacia La Guayana, en la columna realista que comandaba el general Juan Manuel Cajigal.

Al entrar en Caracas, Bolívar quiso hacer buena su proclama de Trujillo por la cara española: los españoles y canarios que quisieran quedarse en el país podían hacerlo, y ser ciudadanos de la república, si ayudaban a la república; en cambio —y ésa era una demostración de que la guerra a muerte proclamada en Trujillo no había podido detener la guerra social brotada del seno de las masas—, visto que todavía había venezolanos que se esforzaban “en subvertir el orden, formando conventículos y protegiendo conmociones populares”, ordenaba que fueran pasados por las armas los venezolanos que lucharan contra la república, y “para aquellos que antes han sido traidores a su patria y a sus conciudadanos, y reincidiesen en ello, bastarán sospechas vehementes para ser ejecutados”.

Nada denuncia mejor el verdadero pensamiento de Bolívar —a veces cuidadosamente velado— que la lectura de sus cartas y proclamas. A pesar de su victoriosa Campaña Admirable, el joven general comprendía que las masas venezolanas no querían la libertad nacional sino la igualdad social, y como los Borbones de España habían favorecido la igualdad social, las masas de Venezuela peleaban bajo la bandera realista. Bolívar se empeñaba en convertir esta guerra social, a menudo también racial —“guerra de colores”, la llamó él algunas veces—, en una guerra de independencia; pero las masas no respondían a sus deseos.

La situación se había tornado tan peligrosa que el propio Bolívar se veía en el caso de ir igualando en el sentido profundo de la acción. Desde su entrada en Caracas, según dice Juan Vicente González, “impuso un donativo voluntario al que siguió otro forzoso. Dio una ley después, que obligaba a todos los que tuvieran una tienda, una labranza, una propiedad cualquiera a contribuir a la pre y paga del soldado, conminando

con quinientos pesos de multa al infractor, y facultando a las autoridades militares para embargar y rematar los bienes de los morosos. Otra ley en noviembre del mismo año, para que, sin perjuicio de la anterior, los hacendados destinasen la tercera parte de sus esclavitudes a sembrar maíz, arroz y otros frutos menores, para que no faltasen víveres para la guerra. En enero del año 14, un decreto prohibiendo a todo ciudadano el uso de los pesos fuertes, y ordenando presentarlos en la casa de moneda, para ser allí cambiados por macuquina o papel. El 25 de este mes y año Bolívar declara que toda propiedad pertenece al Estado”.

No podía darse una legislación más revolucionaria e igualadora. Ni siquiera Lenin, cien años después, se atrevió a declarar, al tomar el poder, que “toda propiedad pertenece al Estado”. Pero ésa no era la revolución que querían las masas. Las masas querían igualdad de razas y condición social, cosa que Bolívar, un mantuano, no haría aunque lo deseara. Así, pues, Bolívar no conquistó las masas, y resulta que debido a su radicalismo en el aspecto económico perdió el apoyo de los mantuanos y de todo el que tenía alguna propiedad, algún negocio; y como ya había perdido el apoyo de los españoles y canarios realistas, se encontró al cabo sin respaldo de ninguna facción.

La intranquilidad se adueñó también de Caracas. De noche como de día, las comisiones políticas se presentaban en los hogares a hacer registros, a apresar ciudadanos; los piquetes de fusilamientos actuaban bajo órdenes que se daban sin mandamiento judicial, por “sospechas vehementes”; grupos de soldados entraban en los comercios para confiscar artículos; una mujer llegaba con los ojos llenos de lágrimas a dar la noticia de que acababan de fusilar a su marido; una joven corría en busca de ayuda para salvar la vida de su hermano; un anciano comerciante informaba a sus hijos que le habían multado con una suma tan alta que no podría pagarla nunca.

Cuando el año de 1813 se acercaba a su fin, Monteverde fue depuesto por su propia gente en Puerto Cabello, y el general Cajigal, el jefe de Boves, asumió el mando como capitán general de España en Venezuela. Pero Cajigal recibió la representación del gobierno español; no había recibido la adhesión de las masas realistas venezolanas. Esa adhesión la tenía el que hasta poco antes había sido su subalterno, el asturiano José Tomás Boves, el hombre que iba a darle al 1814 el nombre de Año Terrible de Venezuela con que ha sido bautizado por los historiadores del país.

En realidad, Boves no se llamaba Boves. Adoptó ese apellido por gratitud hacia una familia de Puerto Cabello que le había salvado la vida. En los primeros meses de 1812 quiso combatir en las filas republicanas, pero los rebeldes dudaron de él y estuvieron a punto de darle muerte. Se dedicó a realista, pues, porque los republicanos no le dieron acogida.

Ya en octubre de 1813, Boves operaba en los Llanos de Guárico, y al mediar diciembre lograba su primera victoria importante en el Paso de San Marcos. Hombre de prodigiosa actividad, al comenzar el año de 1814 tenía 7.000 llaneros bajo sus órdenes, de ellos 5.000 jinetes. Y había que saber qué clase de jinetes eran esos llaneros...

Desde fines del siglo anterior, vagaban por los Llanos grupos de gente armada que no reconocía ley ni Dios. La mala situación económica de la provincia, debida sobre todo a las guerras de España en Europa, se sentía al finalizar el siglo XVIII más en los Llanos que en Caracas. El viajero Fernando de Pons dice:

“La falta de extracción y el régimen constantemente vicioso de las carnicerías hicieron insensiblemente perder desde 1799, al ganado vacuno, todo su precio; y los cueros tomaron desde esa misma época un aumento que sólo dexó ver al hatero en las res el valor del cuero. Vino la res a no valer en ható más

que dos pesos, y muchas veces costaba conducirla a las ciudades para conseguir tres pesos, que los gastos y eventos de la conducción reducían a uno.”

De Pons se preguntaba, para contestarse a seguidas:

“¿Qué partido quedaba al hatero en medio de sus animales? Aquel que tomó. Pues no había sino los cueros que tuviesen algún valor asegurado, debía matar y desollar sus vacas para vender sus cueros y su sebo.”

Según el viajero francés, la costumbre de matar animales a lanza “dio a unos fascinosos dedicados al vicio la idea de proporcionarse un oficio con la destrucción de las reses, al objeto de conseguir sus cueros. Los Llanos fueron luego infestados por aquellos hombres cuya vida es una plaga para la sociedad”.

Esos bandoleros de Los Llanos fueron los soldados de Boves, armados de lanzas que hacían de los hierros que arrancaban a las rejas de las ventanas, y cuando no había hierro, las hacían de simples palos “de corazón” cuyas puntas afilaban hasta que fueran penetrantes como cuchillos. En cuanto a los caballos, en los Llanos no había problema para hacerse de ellos, pues abundaban las manadas salvajes, ni lo había para conseguir carne —casi la única comida de los llaneros—, pues los hatos estaban repletos de reses.

Esos hombres odiaban naturalmente al blanco mantuano, y del odio a los mantuanos pasaban al odio a todos los blancos. Boves odiaba a los blancos tanto como el más sufrido de los esclavos negros. Según relata su capellán, el padre Ambrosio Llamozas, en memorial dirigido al rey en julio de 1815, Boves decía que “en los Llanos no debe quedar un blanco por dos razones: la primera, por tener destinado aquel territorio para los pardos, y la segunda, para asegurar su retirada en caso de una derrota, pues no se fiaba de los blancos, cuya compañía le desagradó siempre”.

La guerra social iniciada por Monteverde y desatada por partidas sin coordinación estaba esperando un jefe como Boves para convertirse en lo que fue: el espanto suelto sobre la tierra de Venezuela, una fuerza incontenible y cohesionada que destruía cuanto hallaba a su paso. Los hombres de Boves no esperaban, vivaqueando en los campamentos, la orden de atacar las posiciones enemigas, sino que se movían como legiones de demonios para cazar republicanos, sobre todo si eran blancos; para violar mujeres, degollar niños, quemar casas después de haberlas desvalijado. La horda de Boves no respetaba nada, pero el jefe, José Tomás Boves, era impasible; no se le conocían excesos ni en el fumar ni en el beber ni en el trato con mujeres; al morir no disponía sino de su caballo y de una acreencia de trescientos pesos sobre un amigo a quien le había prestado esa cantidad.

La crueldad no era para Boves nada alarmante. A dos hermanos que se pasaron de las filas republicanas a las suyas, en el último sitio de Valencia, les hizo colocar cuernos en la frente para que parecieran toros y ordenó a su caballería llanera que corriera en círculo alrededor de ellos, que los lanceara y que arrastrara sus cuerpos amarrados a las colas de los caballos. Después de la toma de Valencia reunió en un baile a todas las damas de la ciudad y las hizo bailar la noche entera a fuerza de latigazos mientras los maridos eran muertos a lanza, “como toros”, según dice el regente Heredia, a poca distancia del lugar del baile.

Para Boves no había lugar sagrado. En más de una ocasión metió su caballo hasta el altar de una iglesia y allí mismo, frente a los ídolos, hizo matar gente. A la hora de degollar, le daba lo mismo la tierra pelada que el piso de mármol de los templos.

Hubo pueblos, como San Joaquín y Santa Ana, donde todos los habitantes murieron degollados por órdenes de Boves.

En la capilla del Carmen, en Barcelona, y en presencia de Boves —sin que él demostrara la menor emoción—, uno de los oficiales llaneros despedazó a una señorita que se había refugiado en el altar. La misma noche de ese día, Boves hizo reunir en una fiesta a las mujeres distinguidas de Barcelona y a las que se habían refugiado allí y las hizo bailar con los llaneros, que tenían la ropa cubierta de la sangre de los maridos, hermanos, novios y hasta hijos de esas señoras. A lo largo del baile, los músicos iban siendo decapitados uno a uno, con intervalos para que la música no se acabara temprano; de manera que al amanecer sólo quedaba un violinista, entonando su propio funeral antes de morir. Las señoras fueron obligadas a presenciar ese frío, lento y masivo asesinato. Los músicos decapitados fueron treinta.

Sin embargo ese hombre era agradecido, y la gratitud es flor de virtudes que sólo se da donde hay otras virtudes. Al morir mandaba una horda de 19.000 llaneros, y todos lo respetaban y lo seguían ciegamente. De negros y zambos analfabetos hizo jefes. No toleraba la adulación ni la molicie. Uno de sus oficiales más distinguidos escribió de él que sus hombres “le adoraban y le temían, y entraban en las acciones con la confianza de que su valor y denuedo había de sacarlos victoriosos. Comía con ellos, dormía entre ellos, y ellos eran toda su diversión y entretenimiento”.

X EL AÑO TERRIBLE DE VENEZUELA

1814 fue el año en que la guerra social venezolana alcanzó su mayor profundidad de horror y destrucción, y por lo mismo es el año determinante en la vida de Simón Bolívar. Las huellas que dejó el 1814 en el ánimo del Libertador iban a producir varias repúblicas americanas. El recuerdo de la ferocidad desatada por los llaneros de Boves le empujó hasta las alturas de Potosí, en los Andes del Sur.

Simón Bolívar había recibido de la municipalidad de Caracas el título de Libertador y el de capitán general de los ejércitos republicanos en octubre de 1813, cuando acababa de cumplir treinta años; y en esos días comenzaba a destacarse en los Llanos como jefe de hombres del pueblo el asturiano José Tomás Boves, que también cumplía treinta años. Como Simón Bolívar, Boves había nacido en 1783.

Boves era el anti-Bolívar; no porque se enfrentara a éste en la guerra, ni porque él hubiera abrazado la bandera del rey mientras Bolívar abrazaba la de la república; no porque él fuera inculto y el otro cultísimo, él español y el otro criollo, él pobre y Bolívar rico; sino porque Bolívar pensaba y actuaba en términos de sociedad, y por eso su lucha se dirigía a la creación de un Estado, y Boves sentía y actuaba en términos de masa, y esa masa se hallaba en guerra contra la sociedad de la cual había sido parte.

La masa no es la sociedad; no lo es en ningún momento histórico. La masa está contenida en la sociedad, lo que quiere decir que es parte de ella; y nunca la parte es el todo. Puede suceder que la parte insurja y someta el todo a su dominio, pero en situaciones normales la parte no se rebela ante el todo. Si la parte —esto es, la masa— se rebeló en Venezuela contra el todo —es decir, la sociedad— se debió a que los tiempos no eran normales; y cuando lo fueron, antes de la rebelión de la masa, los que se beneficiaban eran una minoría que sostenía a hierro y sangre una organización social intolerable, que no permitía el menor cambio.

La época apropiada para sostener una organización social como la mantuana había pasado ya, y sin embargo los mantuanos se empeñaban en sostener sus privilegios y no alcanzaban a darse cuenta de que la masa del país se hallaba en insurgencia contra ellos, y cuanto más oposición encontrara la masa en su insurgencia, más dura sería en su decisión de destruir la sociedad mantuana.

En los regímenes clasistas la masa es siempre un enemigo oculto o abierto del Estado, es decir, de la sociedad organizada. Esto se debe a que la masa es la depositaria de los innumerables resentimientos que provoca el dominio de la sociedad por una clase. En una organización rígida y cerrada, como era la sociedad mantuana, donde el individuo sometido a las leyes de los privilegiados no podía hacer oír sus quejas o sus reclamaciones, por justas que fueran, en los centros directores de la sociedad, la masa se convierte fácilmente en un depósito de resentimientos que pueden hacer crisis ante cualquier provocación, y la provocación puede estar en agresiones exteriores —una guerra internacional, por ejemplo— o en conmociones políticas domésticas. El poder ofensivo de la masa venezolana de 1813 fue proporcionado a los resentimientos que esa masa había estado acumulando durante los años del predominio mantuano.

Si se le presenta una coyuntura que le permita usar su poder, la masa se vuelve contra la sociedad clasista, la desorganiza y la destruye, que es lo que en fin de cuentas ha sucedido en las pocas grandes revoluciones que conoce la historia. Dejada a su propio impulso, e independizada ya de la sociedad, la masa, como un satélite salido de su órbita que de pronto arremete contra el planeta madre, se lanza a chocar con la sociedad. La masa venezolana se hallaba saliendo del orden social mantuano cuando Monteverde la impulsó a la pelea contra ese orden social. Entre 1812 y 1813, la masa venezolana quedó disparada fuera de órbita y lista a arremeter contra el planeta madre a que había vivido sometida hasta entonces.

Al mismo tiempo sucedía que ya no existía el orden social mantuano —aunque seguían sobreviviéndole las familias mantuanas— porque de hecho la sociedad mantuana se había desintegrado al rebelársele la masa. Esto no lo sabía y quizá ni siquiera lo sospechaba Simón Bolívar cuando entraba en Caracas, vencedor de Monteverde. El joven caudillo bajaba de los Andes con la idea de un Estado fuerte, pero sucedía que unos pasos más allá de los cuarteles en que acampaba la tropa que había hecho bajo su mando la Campaña Admirable, había sólo un vacío político, y eso se debía a que ya no existía la sociedad que debía dar sustento al tipo de Estado que Bolívar pretendía edificar.

La sociedad venezolana se había desintegrado; por tanto, Bolívar era el jefe de las fuerzas armadas de un Estado que no podía organizarse, pues el Estado es la expresión jurídica y política de una sociedad organizada. Antes de la desintegración, es decir, antes de 1812, la parte más fuerte de la sociedad era el círculo mantuano; después de la desintegración, la parte más fuerte era la masa. La masa no estaba con Bolívar, sino con Boves; los restos del mantuanismo no apoyaban a Bolívar porque mal podían apoyar a quien había decretado

que todas las propiedades eran del Estado. La única fuerza en que podía apoyarse Bolívar era su ejército, y un ejército sin pueblo, en medio de una guerra, se mueve en el vacío; esto es, carece de poder aunque tenga fuerza en hombres y armas. Bolívar, pues, tenía que ser derrotado.

No siempre se ve a la masa en el momento en que se coordina para actuar contra la sociedad. Siendo, como es, un valor social permanente, en tiempos normales se halla como sumergida en el cuerpo social, y allí está, sumergida y sin que se note su presencia, hasta que se presenta la oportunidad para su acción propia. Hoy nos resulta difícil advertir esto debido a que tenemos conciencia diaria de la existencia de la masa; se halla organizada en partidos políticos, en sindicatos obreros y en otros grupos de actuación permanente. Pero al comenzar el siglo XIX —sobre todo en una América sin experiencia de vida política— la masa era una fuerza oculta aún a los ojos de los observadores más sagaces. En esos tiempos, para la gente culta la masa no era sino la chusma, y si se hallaba en rebeldía, había que someterla a hierro y fuego.

Entregado a su idea de un Estado nacional creado en lucha contra España, Bolívar no veía a la masa venezolana. Para él sólo había un enemigo al que combatir, y era Monteverde, representación oficial de España; y cuando Monteverde fue depuesto, el enemigo a derrotar era Cajigal, designado sucesor del capitán de fragata canario. Las partidas que andaban por los Llanos eran, a su juicio, bandoleros que se desbandarían con una operación de limpieza tan pronto quedara aniquilada la fuerza militar realista. Eso explica que Bolívar atendiera más al sitio de Puerto Cabello y a la concentración realista que destruyó en Araure, que al creciente poderío que iba tomando Boves en los Llanos de Apure. Tal vez por eso le resultó tan dura la lección que recibió cuando las masas venezolanas, comandadas por Boves, destruyeron su sueño de un Estado

nacional. Años después, en el conocido discurso con que abrió las actividades del Congreso de Angostura, diría que “el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad”; y autoridad, en este caso, significaba para Bolívar sociedad organizada civilmente en Estado, no simple mando de un hombre o de un grupo de hombres.

En los inicios del siglo XIX, la masa no tenía conciencia creadora en ninguna parte, menos aún en América. En esos años la masa sólo sabía qué cosa no quería, qué cosa odiaba, qué cosa deseaba destruir; y nada más. Lanzada a la lucha era un poder que destruía para igualar; pero no sabía cómo construir, ni qué construir, sobre los escombros de aquello que había destruido

José Tomás Boves o Tomás Rodríguez Boves —o Boves a secas— era el jefe de una masa americana en los primeros años del siglo XIX. A esa masa no podían pedírsele propósitos creadores; y así como ella, era su caudillo. Frente a Boves, Bolívar comandaba el instrumento armado de una sociedad que ya no existía. La lucha, pues, fue el encuentro de un ejército sin base social y una masa convertida en ejército. Años después, esa masa convertida en ejército se pasó a las filas republicanas, y entonces Bolívar la comandó y realizó la obra que había soñado, porque esa masa se integró en la sociedad nueva, que ya no podía ser la mantuana.

Si la masa es parte de la sociedad, es lógico admitir que ésta sólo puede organizarse en Estado en tanto contenga en su seno a la masa. La masa es parte del todo social, pero el todo pierde su razón de ser si le falta la parte. La integración de la masa en el Estado nacional que Bolívar deseaba crear sólo hubiera podido lograrse en 1813 si Bolívar se hubiera puesto al frente de la masa con un programa antimantuano; y eso no podía suceder debido a que la república había sido obra de los mantuanos, y debido también a que siendo él,

como lo era, mantuano por origen, posición y cultura, le hubiera sido casi imposible volverse de la noche a la mañana antimantuano. En 1813, Bolívar no estaba en condiciones de comprender que él estaba sirviendo a la idea de un Estado abstracto, que sólo existía en su mente y que no podía existir en los hechos porque una parte de la sociedad, la más fuerte en ese momento —es decir, la masa— había insurgido contra ella y estaba en lucha con la sociedad.

En 1813, Bolívar era un romántico que no comprendía la raíz de los sucesos en que él mismo era actor de primera categoría. Hasta el final del Año Terrible de 1814, el Libertador creía, con toda la vehemencia de su alma, en los conceptos abstractos de Nación, República, Libertad, todos escritos con mayúsculas en su corazón apasionado. En 1813, Boves, que era la encarnación de la guerra social y estaba a gran distancia de los románticos, afilaba la lanza con que iba a quedar destruido el sueño de Bolívar.

El 1° de junio de 1813, el duque de Wellington derrotó en Victoria al ejército francés que se hallaba en España. Ese ejército estaba bajo el mando de José Bonaparte, el rey que su hermano Napoleón impuso en el trono de Fernando de Aragón e Isabel la Católica. Después de la victoria de Wellington, fuerzas inglesas y españolas, aliadas contra Napoleón, avanzaron sobre Francia. Las noticias de esos acontecimientos llegaban a Venezuela y daban alientos a los partidarios de Fernando VII, es decir, a los caudillos de la guerra social. En diciembre, Napoleón comenzó a negociar con Fernando VII el retorno a España del monarca preso. Las fuerzas realistas de Europa, España y América, se reponían después de muchos años de luchas sin mayores esperanzas. Es posible que esa conjunción de fuerzas contribuyera a fortalecer en Bolívar la idea de que el verdadero enemigo a quien debía vencer era el ejército oficial realista, esto es, el comando por los jefes de tropas

regulares, y que en consecuencia prestara poca atención a las hordas de Boves.

Pero esas hordas de Boves eran ya una amenaza seria al comenzar el año de 1814. Bolívar se preocupó, al fin, y mandó al general Campo Elías a hacer frente a Boves en los Llanos mientras él se dirigía a Puerto Cabello para reforzar el sitio de esa plaza. La entrada de los Llanos a la parte norte de Venezuela —la parte poblada y rica donde se asientan Caracas, Valencia, Puerto Cabello, Maracay, La Victoria— es La Puerta, una verdadera puerta de montaña, paso estratégico de fácil defensa para quien lo ocupa. Pues bien, ahí, en La Puerta, destruyó Boves a Campo Elías en los primeros días de febrero del Año Terrible, a pesar de que Campo Elías era quien defendía la posición.

Con esa batalla Boves se abrió el camino hacia Valencia, lo que equivalía a decir hacia Puerto Cabello, donde podía reunirse con la guarnición sitiada por Bolívar; pero se abría también el camino de La Victoria y Caracas, si prefería marchar sobre la capital en vez de dirigirse a Valencia.

Temeroso de que Boves siguiera hacia Caracas y de que se rebelaran los prisioneros españoles de La Guaira para unírsele, como año y medio antes se habían rebelado los prisioneros realistas del castillo de San Felipe para unirse a Monteverde, Bolívar ordenó que se les pasara por las armas. Ochocientos españoles fueron ejecutados en pocos días. Y en verdad, tantos prisioneros situados a corta distancia de Caracas eran una amenaza para la república.

Bolívar no había calculado mal: la horda de Boves se dirigió a La Victoria, la antepuerta de Caracas, y estuvo combatiendo en La Victoria y San Mateo —la hacienda familiar de los Bolívar— hasta fines de marzo. En los últimos días de ese mes, Boves tuvo noticias de que Mariño se acercaba a San Mateo con el ejército de Oriente, y temeroso de ser cogido

entre Mariño y Bolívar —que se había puesto personalmente al frente de las fuerzas republicanas en San Mateo—, movió sus tropas hacia el sur, buscando cruzar La Puerta para internarse en los Llanos. Mariño cruzó La Puerta antes que Boves y le presentó batalla en la salida de la garganta por el lado norte, en el campo de Bocachica. El Libertador, que esperaba la derrota de Boves, se movió rápidamente hacia el oeste de Bocachica para taponar el único camino por el cual podía retirarse el jefe de la guerra social. Otra vez acertó Bolívar: Mariño derrotó a Boves, éste buscó retirarse por el camino de Valencia con la idea de unirse a las tropas realistas que sitiaban Valencia desde que Bolívar se movió hacia San Mateo; en el camino de Valencia los restos de la horda de Boves fueron dispersados por el Libertador y éste entró en Valencia el 3 de abril. A su llegada, los realistas levantaron el sitio. Parecía que la república de Bolívar se había impuesto a golpes de audacia militar.

Pero la guerra social es un fenómeno de caracteres peculiares. Recuerda a los volcanes activos en que su poder es permanente. Su fuerza no se agota mientras tiene razón de ser en los odios del pueblo, como no se agotan los volcanes mientras tengan lava en las entrañas.

Cuando Boves ordenó el ataque a La Victoria, en el mes de febrero, disponía de 7.000 hombres; cuando huyó hacia los Llanos la noche del 1º de abril, le quedaban sólo 400. Y sin embargo al comenzar el mes de junio reapareció en los Llanos a la cabeza de miles de seguidores, tan fieros como los que mandaba dos meses antes. El pueblo engrosaba las filas de Boves sin cesar, como aumenta la lluvia el agua de los ríos.

Entre abril y junio, mientras Boves se rehacía en los Llanos, Bolívar combatió sin descanso. Llevaba en la cabeza el sueño de su Estado nacional y tenía a sus órdenes el ejército de ese Estado abstracto, y con ese ejército combatía creyendo que

se trataba de la fuerza armada de una república verdadera. Si hay un momento en la historia americana en que la energía de un hombre se manifestó en todo su esplendor, al grado de que dio entonces, y por siglo y medio más, la idea de que tras él había todo un pueblo, fue durante esos dos meses. Pues Bolívar se movía, organizaba, combatía y vencía sólo merced a la monstruosa energía que desplegaba. Él arrastraba a jefes, soldados y ciudadanos a la lucha y a la muerte con la fuerza de un huracán histórico al que nada podía oponerse.

Unidos los ejércitos de Mariño y Bolívar, el Libertador dejó a Mariño en Valencia y marchó a Puerto Cabello, dispuesto a forzar la caída de esa plaza. El capitán general español operaba en Coro y Barquisimeto, mientras la columna de Ceballos —también realista— lo hacía al oeste de Valencia. Mariño salió a destruir esta última fuerza y quedó derrotado en el Arao. Bolívar abandonó el sitio de Puerto Cabello y retornó a Valencia. Ceballos y el capitán general Cajigal unieron sus ejércitos.

Esto sucedía a mediados de abril de ese Año Terrible de 1814. La victoria de Arao, y las noticias que llegaban de España —favorables a la restauración de Fernando VII, que volvió al trono, por fin, el 22 de marzo, aunque esto no se supo en Caracas sino en el mes de mayo— daban mayor impulso a las fuerzas realistas de Venezuela. Parecía que nada podía salvar la república.

Pero Bolívar no estaba dispuesto a ceder. Su voluntad, tensa e indomable, mantenía la guerra. No hay ejemplo de energía igual. El 28 de mayo, esa energía parecía a punto de ser premiada por el dios de la historia, pues ese día el Libertador se enfrentó a Cajigal y Ceballos juntos en la primera batalla de Carabobo; y él mismo dio la carga de caballería que desmoralizó el centro enemigo, donde estaba la artillería realista, con lo cual toda la línea realista perdió su orden, y con él la batalla.

¿De qué podía valer, sin embargo, una victoria tan brillante? Pues la guerra social estaba en marcha, y el 15 de junio —diecisiete días después— el Libertador fue destrozado por Boves en la segunda batalla de La Puerta.

El ejército vencedor de Carabobo quedó deshecho allí, y muchos mantuanos de campanillas murieron a lanzazos. Los caminos hacia Caracas se llenaron de fugitivos de todos los lugares de la zona central, y los llaneros de Boves los lanceaban sin piedad.

Boves, que no se distraía persiguiendo fugitivos, se lanzó sobre Valencia, la sitió durante tres semanas y la tomó el 10 de julio. Tres días antes, el Libertador salía de Caracas encabezando la doliente emigración a Oriente; muertos de sed, de hambre, de cansancio, miles de ancianos, mujeres y niños se abrían camino por la costa huyendo de las hordas llaneras.

Mientras tanto Boves desataba el terror en Valencia y después se dirigía a Caracas, donde entró el 16 de julio entre juegos de artificio, música, repique de campanas en todas las iglesias, y se le ofreció un Tedeum en acción de gracias por sus victorias, que cantó el arzobispo de la capital.

El jefe de las hordas llaneras, el que mató gente dentro de los templos, al pie de los altares, fue alojado con toda ceremonia en el palacio arzobispal.

Los esclavos y sus hijos, los libertos y los mulatos y los zambos de Venezuela, a quienes Boves comandaba y representaba, habían domado, al fin, a los altivos mantuanos que les habían sembrado en el alma la semilla del odio.

XI

EL FINAL DE LA GUERRA SOCIAL

Se equivocaría quien pensara que el Año Terrible de Venezuela fue terrible debido al número de batallas que tuvieron lugar en los doce meses de 1814 o porque el Libertador fue vencido y echado del país.

En verdad, hubo más bajas y más destrucción fuera de los campos de batalla que en las batallas mismas. Las dos acciones de la Puerta, las de La Victoria y San Mateo, las de Bocachica, Magdalena, el Arao, Carabobo, Barcelona, Maturín y Urica, los sitios de Puerto Cabello y Valencia, todos esos encuentros de las fuerzas de Boves con las republicanas son apenas los puntos salientes de una guerra que no era sólo entre ejércitos y que no se llevaba a cabo exclusivamente en los campos de batalla. La guerra era en todo el país, en todas partes, en las ciudades y en despoblado, en los puntos fuertes y en los caminos; una guerra que se libraba de la costa al confín de los Llanos, de las bocas del Orinoco a la cordillera de los Andes. Era la guerra a muerte de las que habían sido hasta entonces masas sometidas contra todo lo que olierá a mantuanismo.

Y sucedió lo que tenía que suceder; que cuando esa guerra a muerte se generalizó, a la matanza hecha por los realistas contestaron los republicanos matando con igual ferocidad; y en 1814 había matanzas en las ciudades que se hallaban bajo el mando de Bolívar como las había en las ciudades que caían en manos de Boves.

Los presos de ambos sexos eran lanceados en el punto mismo en que caían agotados por el cansancio. El país era recorrido por partidas que no respetaban ni mujeres ni niños ni ancianos. En los hogares divididos por la guerra, la madre lloraba al hijo que caía en el combate del lado republicano y a la vez rezaba a Dios para que le conservara la vida a otro hijo que se hallaba en las filas realistas. Como las ciudades de la cordillera de la costa norte, que eran los centros más poblados, se alimentaban con el producto de los pequeños valles, y en esos valles no quedó nada en pie ni se encontraba hombre dedicado a sembrar, el hambre se generalizó, y en Caracas las mujeres de familias linajudas recorrían los barrios buscando desperdicios para alimentar con ellos a sus deudos. Los niños tiernos morían de consunción, los ancianos enloquecían de hambre y miedo, los hombres lloraban de cólera.

Una idea de lo que sucedía en el país —de cómo no había garantías ni seguridades para nadie en ningún bando— puede verse en el siguiente episodio: Cuando Bolívar abandonó Caracas con la emigración a Oriente, los realistas de la ciudad despacharon una comisión para que se adelantara a recibir, en nombre de los habitantes de la capital, a las avanzadas de Boves. La comisión estaba compuesta por el conde de La Granja y don Manuel Marcano, buenos especímenes de aristócratas de la época. El conde y el señor Marcano se engalanaron con sus mejores ropas y sus insignias de nobleza, y se encaminaron al encuentro de las avanzadas del vencedor; pero al tropezar con ellos, una partida realista los mató a lanzadas. Viajar con vestiduras tan galanas era comprarse la muerte. Los hombres de Boves mataban a los mantuanos sin importarles, ni preguntarles, a qué partido pertenecían; los de Bolívar mataban españoles, canarios y a cualquier venezolano sospechoso de ser realista.

Casos como el del conde de La Granja y don Manuel Marcano se daban todos los días en cada una de las ciudades, las villas y las aldeas de Venezuela. El 18 de junio de 1814, cuando todavía Boves no había tomado Valencia ni había entrado en Caracas ni sus fuerzas habían asolado el Oriente —pues hacía sólo tres días que se había dado la segunda batalla de La Puerta—, el asesor de la Intendencia de Venezuela, doctor José Manuel Oropeza, escribió un informe de la situación en que se hallaba el país bajo la guerra social, cuyo resumen hizo con las siguientes palabras:

“No hay ya Provincias; las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas: unas, a centenas; otras, a docenas, y de otras no quedan más que los vestigios de que allí vivieron racionales... Arrasadas las poblaciones, familias enteras que no existen sino en la memoria, y tal vez sin más delito que haber tenido una rica fortuna de que vivir honradamente. La agricultura, enteramente abandonada, sin que se encuentren en las ciudades ni granos ni frutos de primera necesidad... Los templos, polutos y llenos de sangre y saqueados hasta los sagrarios”.

Ni los templos se salvaron. Hay descripciones de Boves entrando a caballo en las iglesias; las hay de degollaciones masivas frente a los altares mayores. En la capitulación de Valencia se garantizaba la vida de los vencidos, y Boves juró ante la hostia sagrada cumplir esa capitulación, y violó su juramento horas más tarde. El regente Heredia, realista, decía que Boves estaba exterminando la raza blanca en Venezuela. Blanco criollo, mantuano y republicano quería decir lo mismo para los hombres de Boves. Uno de ellos, su teniente Francisco Tomás Morales, que le sucedió en el mando como comandante general del ejército de Oriente cuando Boves murió en la batalla de Urica, escribía en febrero de 1815 que había exterminado a los republicanos. “... no han quedado ni

reliquias de esta inicua raza en toda Costa Firme”, aseguraba. Y era verdad hasta cierto punto, pues esa “raza” iba a resucitar en el alma de los propios hombres que él comandaba.

La llamada emigración a Oriente fue una página en verdad patética. Los enfermos morían por el camino sin que la marcha pudiera detenerse para que los deudos o los amigos les dieran sepultura; los ancianos y los debilitados por el hambre se rezagaban y se internaban después en los bosques, donde morían atacados por las fieras o por partidas de esclavos rebeldes. Todos sufrían de hambre, de sed, de miedo. Dormían en la tierra, bajo los árboles. Día y noche se oía el llanto de los niños, que no podían resistir aquella prueba, o los gritos de las mujeres agotadas por el sufrimiento. Ninguno de los emigrados sospechaba que al final de esa marcha estaban esperándoles Boves y sus hordas en Barcelona, en Cumaná, en Maturín. Huyeron de Caracas sólo para morir un poco después, quizá en peor forma que como hubieran muerto en la capital. Sólo se salvaron los pocos que pudieron huir a las islas antillanas.

La emigración a Oriente duró tres semanas —veintiún días infernales, para ser descritos por el Dante— y terminó en Barcelona. Pero como tras los fugitivos avanzaban las fuerzas de Boves comandadas por Morales, Bolívar y Bermúdez se hicieron fuertes en Aragua de Barcelona con tres mil hombres. Morales atacó y tomó la plaza el 17 de agosto. Bolívar se retiró a Barcelona y Bermúdez a Maturín. De Barcelona, Bolívar pasó a Cumaná, donde un consejo de oficiales, celebrado el 25 de agosto, lo desconoció como jefe de las fuerzas republicanas. El 8 de septiembre, Bermúdez vencía a Morales en Maturín, y ese mismo día Bolívar y Mariño salían hacia Cartagena. El Libertador había sido echado de su patria por la guerra social.

A partir de ese momento comenzaron a irse acumulando en el alma de Bolívar los hechos de esa guerra; los recuerdos

de las matanzas, de los incendios, de las violaciones. Él mismo salvó la vida de milagro. Hasta su propio tío, el general José Félix Ribas, un verdadero héroe mantuano, se volvió contra él y lo hizo preso.

No se sabe cuántos, pero tal vez más de cien mil muertos atestiguaban ante Bolívar la ferocidad de la rebelión. En mayo de 1815, desde Kingston —Jamaica—, el joven caudillo diría: “Yo vi, amigo y señor mío, la llama devoradora que consume rápidamente a mi desgraciado país”. Y en un resumen hecho con su lengua directa, describía los acontecimientos así:

“Provincias enteras están convertidas en desiertos; otras son teatros espantosos de una anarquía sanguinaria. Las pasiones se han excitado por todos los estímulos, el fanatismo ha volcanizado las cabezas, y el exterminio será el resultado de estos elementos desorganizadores”.

Temeroso de que la guerra social se extendiera a toda América —con un temor que ya no le abandonó más mientras vivió— anunciaba en esa misma carta que una parte de la humanidad iba a fenecer “y que la más bella mitad de la tierra será desolada”.

En el mes de agosto de 1815, al cumplirse un año del día en que tuvo que dejar su país, el Libertador relataba algunos de los crímenes que se habían cometido en Venezuela y en otras regiones americanas. Contaba las atrocidades de Antoñanzas en San Juan de los Morros, las de Zuazola en Aragua, las de Rosete en Ocumare, las de Ceballos en Valencia. Pero creía que la guerra social era de orden político. En el mes de septiembre de ese mismo año de 1815 afirmaba que “las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas; ellas han nacido de la divergencia de las opiniones políticas, y de la ambición particular de algunos hombres, como todas las que han afligido a las demás naciones”.

Tampoco creía entonces Bolívar que en Venezuela había habido guerra de razas, aunque podríamos pensar que simulaba no creerlo por conveniencia política. Pues a lo largo de los quince años que iba a vivir, a partir de 1815, Bolívar hablaría a menudo de la guerra social venezolana calificándola como una “guerra de colores”, es decir, de negros contra blancos.

De todas maneras —tal vez por razones políticas, como hemos dicho— en septiembre de 1815 Bolívar negaba la guerra de razas, y destinó la mayor parte de una larga carta que dirigió al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*, a probar que en Venezuela no había habido guerra de razas. En esa carta decía lo siguiente: “...los jefes españoles de Venezuela, Boves, Morales, Rosete, Calzada y otros, siguiendo el ejemplo de Santo Domingo, sin conocer las verdaderas causas de aquella revolución, se esforzaron en sublevar toda la gente de color, inclusive los esclavos, contra los blancos criollos, para establecer un sistema de desolación, bajo las banderas de Fernando VII. Todos fueron instados al pillaje, al asesinato de los blancos; les ofrecieron sus empleos y propiedades; los fascinaron con doctrinas supersticiosas en favor del partido español, y, a pesar de incentivos tan vehementes, aquellos incendiarios se vieron obligados a recurrir a la fuerza, estableciendo el principio, que los que no sirven en las armas del rey son traidores o desertores”.

Esa carta es el primer documento de Bolívar en que se menciona “el ejemplo de Santo Domingo”. Ese Santo Domingo era Haití; y, al mencionarlo, Bolívar se refería a la sublevación de los esclavos de Haití ocurrida a fines del siglo anterior; a la destrucción total de la raza blanca y a la de los mulatos acaudalados, a la destrucción casi total de la riqueza del país a causa de la guerra racial que, como dijimos en las primeras páginas de este libro, fue uno de los ingredientes de la guerra social haitiana.

En esa misma carta, Bolívar usa un argumento que aparentemente confirma su juicio sobre la inexistencia de causas raciales o de casta en la guerra social venezolana, pero que en realidad lo que hace es negarlo. Dice él que después de haber quedado destruida la república en Venezuela: "... por un suceso bien singular se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independientes, que no habían ofrecido libertad absoluta, como lo hicieron las guerrillas españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos...".

Eso era cierto, pero precisamente por las razones opuestas a las que creía Bolívar. Ya Boves había muerto y Venezuela estaba ocupada por los ejércitos de Morillo; y los llaneros de aquel feroz asturiano, que se habían ido tras él para conquistar algo —libertad, rangos militares, bienes—, no, como dice Bolívar "por fuerza", buscaron entre los jefes republicanos a aquellos que podían confirmarles lo que habían conquistado con Boves, a los que podían conceder rangos más altos que los que les dio Boves, o donarles tierras o pensiones. Los ejércitos de Morillo eran fuerzas militarmente organizadas, compuestas en su totalidad por españoles; y los antiguos soldados de Boves no iban a conseguir nada con Morillo, un desconocido que traía consigo el origen militar europeo y debía rechazar necesariamente las peticiones de esos llaneros analfabetos e indisciplinados que habían formado la horda de Boves. Por otra parte, para esos hombres la única garantía de que no serían juzgados alguna vez por sus crímenes era seguir peleando, mantenerse con el arma en la mano y hacerse indispensables en la lucha, y después del Año Terrible siguieron peleando bajo el mando de caudillos venezolanos con la misma fiereza con que antes lo habían hecho bajo el mando de

Boves. Fue precisamente uno de los mejores oficiales de Boves el que años después dio la carga decisiva en la batalla de Boyacá, con que Bolívar aseguró la libertad de Nueva Granada y con ella la creación de Colombia.

Boves no tuvo, en realidad, sustitutos españoles, aunque tuviera sucesores españoles. Los verdaderos sustitutos de Boves fueron venezolanos; fueron Páez y Monagas y Cedeño y Anzoátegui. Boves era asturiano de nacimiento y raza, pero era un llanero por sus hábitos y sus inclinaciones, y sólo jefes llaneros podían ser sustitutos suyos.

Como dijimos antes, Bolívar salía de Venezuela el mismo día que Bermúdez vencía a Morales en Maturín, el 8 de septiembre de 1814. Morales huyó hacia Urica con los restos de sus tropas, y allí en Urica trataría de reponerse. La intención de Boves, que seguía los pasos de Morales, fue dirigirse a Urica para completar su ejército con las tropas que le quedaban a Morales. Pero sucedió que el general Piar, puesto al frente de 800 hombres para que los trasladara a Maturín —donde los republicanos al mando de Ribas planeaban hacerse fuertes—, resolvió irse a Cumaná y esperar allí a Boves. Boves destruyó a Piar, entró en Cumaná y repitió en Cumaná los horrores de Barcelona, de Valencia, de todas las ciudades que había tomado. Las matanzas eran continuas, de día y de noche.

Sin embargo, Maturín quedaba como una isla de la república. En Maturín los republicanos eran fuertes, y si se movían con rapidez y con inteligencia podían atacar a Morales en Urica, acabar con él y lanzarse después sobre Boves y destruirlo. Pero hubo discordias en el campo republicano y debilitados por ella no pudieron usar su poder. En marcha hacia Maturín, Boves los destruyó en la batalla de los Magueyes, el día 9 de noviembre, y siguió a Urica donde, sumando a sus hombres los que tenía Morales, se halló con un ejército de

7.000 soldados, de ellos 4.000 jinetes llaneros que eran verdaderos demonios de la lanza.

Reuniendo sus restos, los republicanos tenían 4.000 hombres, que usados sin salir de la plaza de Maturín podían hacer frente a Boves; pero Ribas era partidario de que debían atacar a Boves en Urica, es decir, al tigre en su cueva, y Ribas impuso su criterio. Las fuerzas republicanas atacaron con tal ímpetu que llegaron al centro del poblado de Urica. Boves, el caudillo de los lanceros, fue lanceado y cayó de su potro alazán sin que los atacantes se dieran cuenta, pues José Tomás Boves peleaba entre sus llaneros como si fuera uno más. Boves, pues, murió en Urica; y sin embargo la batalla de Urica fue perdida por los republicanos.

Muerto el gran jefe de la guerra social sus tenientes designaron sucesor a Morales y declararon en una acta que Morales no estaba obligado a recibir órdenes del capitán general español. Siete capitanes se opusieron; los siete fueron fusilados en el acto y se enviaron sus cabezas a Caracas para que fueran colocadas en sitios públicos. Morales no iba a aceptar autoridad ninguna sobre la suya. Pero Morales no era Boves. Con el fin de Boves sobrevino el final de la guerra social.

Boves, el que violó templos y sagrarios, el que ordenó matanzas frente a los altares y juró en vano ante la hostia bendita, fue enterrado en el altar mayor de Urica; en todas las iglesias del país se le hicieron pomposas honras fúnebres y los sacerdotes predicaron desde los púlpitos la bondad del gran desalmado.

De él dijo Bolívar, el 18 de agosto de 1815:

“La pluma se resiste a describir las execrables atrocidades del archimonstruo Boves, el devastador de Venezuela; más de ochenta mil almas han bajado a la silenciosa tumba por su orden o por los medios y aun por las manos de este caníbal, y el bello sexo ha sido deshonrado y destruido por los medios

más abominables y de la manera más innatural y horrenda. Los ancianos y los niños han perecido al par de los combatientes. Nada se ha escapado a la furia despiadada de este tigre... Los llanos de Calabozo, los valles de Aragua, la ciudad de Valencia donde violó Boves una capitulación que había ofrecido cumplir bajo el más solemne y sagrado juramento, por los santos evangelios y en presencia de la Majestad Divina, la capital de Caracas, las provincias de Barcelona y Cumaná son monumentos eternos de la más espantosa carnicería. ¡De todas esas bellas ciudades, de todos esos campos risueños, apenas quedan vestigios, excepto escombros, esqueletos y ceniza! La memorable y desgraciada ciudad de Maturín, combatiendo valerosamente contra las armas españolas, tuvo al fin que rendirse rodeada por las llamas y la espada, y pronto quedó convertida en inmenso cementerio: ¡allí yacen los infortunados restos de Venezuela!”

Pero unos meses antes, el 17 de febrero, escribiendo desde Mompox, el Libertador decía: “La muerte de Boves es un gran mal para los españoles, porque difícilmente se encontrarán en otro las cualidades de aquel jefe”.

Y tenía razón. Con las “cualidades de aquel jefe” la masa del pueblo hizo la guerra social que dejó deshecho el poder mantuano, sobre cuya tumba cabían como epitafio las palabras del Libertador: “¡Allí yacen los infortunados restos de Venezuela!”. Pero de la Venezuela de los mantuanos, no la de los llaneros, los negros, los zambos, los mulatos.

TERCERA PARTE:
EFECTOS DE LA GUERRA SOCIAL
EN LA ACCIÓN LIBERTADORA DE BOLÍVAR

XII

EL TRÁNSITO DE LA GUERRA SOCIAL A LA INDEPENDENCIA

Aunque con la muerte de Boves terminaba la guerra social, no podemos pensar que Boves hizo toda la guerra social. En realidad, el gran jefe que fue Boves actuó como jefe sólo en el año 1814, y la guerra social había durado tres años, desde marzo de 1812. Boves fue el fruto de la guerra social; desde el punto de vista de las masas que hicieron esa guerra, el mejor fruto, el más sazonado y el más legítimo. Cuando la guerra social comenzó, ni los adivinos mejor dotados y más atrevidos hubieran podido anunciar la ascensión de Boves hacia la jefatura de las masas; como los adivinos más osados hubieran sido incapaces de profetizar en 1910 que Emiliano Zapata y Pancho Villa, dos desconocidos del pueblo, iban a ser los grandes jefes de la revolución mexicana.

A Boves lo produjo la guerra social, la movilidad tremenda que esa guerra determinó. El feroz asturiano estaba en Venezuela, y vivía del comercio ambulante en los Llanos de Guárico, cuando comenzó la guerra, y allí hubiera vivido hasta su muerte si no se hubiera dado la guerra social. Sus cualidades hubieran ido con él a la tumba o se hubieran manifestado en la actividad que había escogido como medio de vida, y por enérgico y conecedor de los hombres, hubiera llegado a ser un comerciante rico. Pero la guerra social fue la oportunidad para que sus condiciones de jefe se impusieran. Así, fue un fruto que maduró y realizó su destino a cabalidad.

Al proclamar la independencia de Venezuela, los nobles mantuanos que se habían propuesto organizar el país para gobernarlo ellos, en defensa de sus intereses, no sospechaban que el pueblo iba a rebelarse contra los que hasta ese momento habían sido sus jefes naturales. Con una ingenuidad suicida, que se ha producido muchas veces en la historia, creyeron que las masas no tenían ideas ni sentimientos ni fuerza; creyeron que las masas seguirían ciegamente lo que ellos dijeran. Hasta un líder tan excepcional como Simón Bolívar fue incapaz de atribuirle, en los primeros tiempos, capacidad de decisión a la masa, porque la capacidad de decisión de la masa reside en un caudillo, en el que la dirige, y Bolívar no alcanzó a ver ese caudillo sino después de la primera batalla de La Puerta. Fue esa batalla la que le hizo abrir los ojos y ver que Boves era el jefe de la guerra social, y que, a su lado, los jefes realistas con carácter oficial, como Cajigal y Ceballos, no representaban sino una abstracción.

Al comenzar la guerra social, los robos eran más que los crímenes; y el propio Bolívar, que necesariamente, por razones de utilidad política, debía exagerar la actuación de sus enemigos, habló poco de asesinatos y torturas y mucho de exacciones y despojos cuando escribió sobre los sucesos de 1812. En septiembre de 1813, cuando ya era Libertador de Venezuela, escribiendo desde Valencia —es decir, en el propio terreno de los hechos— sobre los días en que la capitulación de Miranda entregó el poder a Monteverde, decía que “partidas de isleños, catalanes y otros europeos” comenzaron a prender a los criollos. Refería:

“Viéronse los hombres más condecorados del tiempo de la República arrancados del seno de sus mujeres, hijos y familias en el silencio de la noche; atados a las colas de los caballos de los tenderos, bodegueros y gente de la más soez: conducidos con ignominia a las cárceles: llevados a pie unos y otros en

enjalmes amarrados de pies y manos hasta las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello: encerrados allí con grillos y cadenas y entregados a la inhumana vigilancia de hombres feroces, muchos de ellos perseguidos en el tiempo de la revolución...”.

(Nótese que Bolívar pensaba, como los antiguos mantuanos, que los tenderos y bodegueros —los pequeños comerciantes— estaban entre la “gente más soez”; pero esto era parte de los resabios de su grupo social, que no tardarían en desaparecer en Bolívar).

La nobleza criolla huyó de las ciudades, pero allí adonde fue a refugiarse, allí fue a buscarla la guerra social. Bolívar lo dice en esta forma:

“...huyeron a los montes a buscar seguridad entre las fieras, dejando desiertas las ciudades y los pueblos, en cuyas calles y caminos públicos no se veían sino europeos y canarios cargados de pistolas, sables y trabucos, echando fieros, vomitando venganzas, haciendo ultrajes sin distinción de sexos y cometiendo los más descarados robos, de tal manera, que no había oficial de Monteverde que no llevase puesta la camisa, casaca o calzones de algún americano a quien había despojado; y aun algunos oficiales que hacían de comandantes de las plazas como el de La Guaira, el atroz Cerveris, entraba en las bóvedas de aquel puerto con el objeto de cubrir de dicterios a las mismas víctimas de cuyos despojos se hallaba vestido de los pies a la cabeza”.

Bolívar no hablaba de crímenes, sino de robos, y los achaca a los españoles, a los jefezuelos de las tropas que comandaba Monteverde; pero la verdad es que tanto como esos jefezuelos españoles y canarios, robaban los venezolanos que iban con ellos. Dice Bolívar que esos de quien él habla “hiciéronse... dueños de todo”, que “ocuparon las haciendas y casas de los vecinos; y destrozaban lo que no podían poseer”. Como se advierte, la guerra social empezó por la igualación

de la propiedad, mediante la apropiación y la destrucción de lo que tenían los mantuanos.

Pero a medida que avanzaban los meses la situación se hacía grave y del robo se pasaba al crimen. Ya en diciembre de ese año de 1813, Bolívar reconocía que su proclama de guerra a muerte había fracasado, por lo menos en el propósito de llevar a los venezolanos al lado de la república. Decía: "... nuestros compatriotas... se han prestado a ser el instrumento odioso de los malvados españoles... y los unos entregados al robo han establecido en los desiertos su residencia, y los otros huyen por los montes, prefiriendo esta suerte desesperada a volver al seno de sus hermanos..." Y aseguraba el indulto a "todo americano que se presente al juez de su pueblo u otra cualquiera autoridad pública, en el término de un mes... y no se le perseguirá en manera alguna por haber servido en el ejército español o por haberse alistado en las cuadrillas de salteadores". Esas "cuadrillas de salteadores" eran los que estaban haciendo la guerra social.

El Año Terrible llegaba. En febrero de 1814 Bolívar lanzó una proclama que comenzaba así: "Un jefe de bandidos, conocido por su atrocidad, el perverso Boves, ha podido penetrar hasta la Villa de Cura, reuniendo esas cuadrillas de salteadores esparcidos en los caminos de los Llanos". Y en el mismo mes de febrero, el día 24, contaba cómo Zuazola había aniquilado a los pobladores de Aragua, cómo eran los hombres desollados de las plantas de los pies y obligados a caminar por caminos pedregosos después del desuello; cómo se les cortaba a los barbudos el cutis de la cara con barba y todo, cómo en Cumaná se desorejaba a vivos y muertos y se adornaban las casas realistas con esas orejas clavadas en las paredes. "Partidas de bandidos salen a ejecutar la ruina. El hierro mata a los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos juntos

los de ambos sexos; las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos”, dice, en lengua que parece bíblica.

Bolívar, pues, reconocía que la guerra social estaba desatada.

En la proclama del 24 de febrero pretendía justificar la muerte de los ochocientos prisioneros españoles que tenía la república en La Guaira diciendo que iban a sublevarse de acuerdo con las partidas de Rosete —jefezuelo realista— que merodeaban “distante de Caracas sólo el tránsito de siete horas”, por Ocumare, donde los partidarios de la república “son mutilados sin diferencia de sexo, ni edad: tres en el templo y sobre los altares; trescientos troncos de nuestros hermanos están esparcidos en la calles y cercanías del pequeño pueblo: en las ventanas y en las puertas clavan aquellas partes de sus cuerpos que el pudor prohíbe nombrar”.

La guerra social fue, pues, extendiéndose por todo el país y al mismo tiempo creciendo en intensidad, yendo del robo al crimen, y del crimen aislado al colectivo, hasta que el 24 de marzo del Año Terrible de 1814, Bolívar, en reconocimiento de que ya esa guerra era incontenible, confesaba: “Los bandidos han logrado lo que ejércitos disciplinados no habían obtenido”.

Con esa frase, Bolívar admitía que “los bandidos” eran ya una fuerza organizada; y lo eran, sin duda, puesto que habían hallado un jefe que decidía por ellos, que los unía, los conducía y los llevaba a matar y a morir. Boves, en fin, dio trama y dirección a la guerra social, y la muerte de Boves descabezó a las fuerzas que hacían la guerra social.

Pero no debe pensarse que la muerte de Boves produjo la paz. Después de Urica no hubo grandes batallas durante algún tiempo, pero no hubo una paz absoluta porque se siguió combatiendo, aunque en pequeña escala, en diversos puntos del país.

Puede decirse que entre el final de la guerra social capitaneada por Boves y el inicio de la verdadera guerra de

independencia, que iba a organizarse en 1817, hubo una especie de intermedio de guerra civil llevada a cabo en varios puntos del país; una guerra de guerrillas que hacían criollos partidarios de la república contra criollos partidarios del rey, con algunos españoles en ambos bandos, y que esa guerra de guerrillas comenzó a definirse en el sentido de una especie de pre-guerra de independencia a mediados de 1815, gracias a la expedición de Morillo.

El mariscal de campo don Pablo Morillo llegó a las costas de Venezuela a principios de abril de 1815, con un ejército español de más de diez mil hombres. Fernando VII, que se sentía seguro ya en su trono, quería paz en el imperio americano; pero una paz impuesta a cañonazos.

La expedición de Morillo marcó el punto de partida de la definición de la guerra debido a que le quitó el aspecto de contienda civil entre venezolanos y le dio el aspecto de lucha de venezolanos contra españoles. En buena cuenta, los hombres de Boves, sin Boves, no tenían por delante ya más venezolanos a quienes matar ni despojar, por lo menos venezolanos blancos y ricos, pues de hecho, no quedaban venezolanos de esa clase; y por otra parte sucedía que los soldados que Morillo llevaba a Venezuela no tenían nada que ver con los hombres de Boves; no eran sus amigos, no les ofrecían seguridad alguna. Los canarios, los catalanes, los asturianos y los vascos que vivían en el país desde los días de la colonia se habían mezclado con los criollos, y algunos de ellos se apegaron tanto a la gente venezolana que murieron combatiendo contra los realistas. Unos eran agricultores, otros eran pulperos, otros eran artesanos, otros eran pescadores; habían pasado parte de su vida en los Llanos, en La Guaira, en Valencia, en Caracas; el que más y el que menos tenía hijos mestizos o amigos mulatos o compadres zambos. Pero esos soldados de Morillo eran verdaderamente extranjeros, gente que no tenía ninguna

vinculación con el país; gente que llegaba desde España dispuesta a matar venezolanos, y desde el primer momento llegaba con una actitud de enemigo.

Ningún acontecimiento histórico se produce en cortes nítidos. Hubiera sido de tontos esperar que al pasar de guerra social a guerra de independencia, la lucha de Venezuela lo hubiera hecho de un día para otro y dejando de golpe en el pasado todas sus características de guerra social. Ésta iría reduciéndose gradualmente o iría tomando poco a poco su debida proporción, pero no desaparecería del todo. Iría en el morral de los soldados de la independencia, como una semilla siempre viva. Los llaneros, los libertos, los mulatos y los zambos, ascenderían de batalla en batalla, ganarían preeminencia según avanzara la marcha de la historia; pero entre ellos habría muchos que llegarían a los grados más altos sin dejar de ser díscolos, dañinos a la disciplina de los ejércitos republicanos e incapaces de adaptarse a ambientes de paz y orden.

Cuando Morillo estaba en Caracas, Bolívar estaba en Cartagena. Morillo se dio cuenta de que Nueva Granada y Venezuela formaban una unidad geográfica y militar, a pesar de la Cordillera de los Andes, y sin perder tiempo se dirigió de Venezuela a Nueva Granada, tomó Bogotá —donde fusiló a unos cientos de patriotas— y puso sitio a Cartagena. Con Cartagena en poder suyo, el general español dominaba toda la costa venezolana del Caribe. Bolívar había pasado a Jamaica y de esa isla se fue a Haití en diciembre de 1815.

Bolívar estuvo dos veces en Haití, ambas en 1816, además de los siete días finales de 1815. Pocos meses antes de su primer viaje se refirió a Haití, como dijimos en el capítulo XI, con las palabras de “el ejemplo de Santo Domingo”, de lo cual podría inferirse que había estado estudiando la situación haitiana desde antes de ir a ese país.

En Haití, el joven Libertador consiguió ayuda del presidente Alejandro Petión; y al comenzar el mes de mayo de 1816 llegaba a la isla Margarita al frente de una flotilla con unos doscientos cincuenta expedicionarios. En Margarita fue reconocido como jefe supremo de las fuerzas libertadoras de Venezuela, con Mariño como segundo jefe; e inmediatamente comenzó a actuar. El día 8 de mayo proclamó el final de la guerra a muerte, aunque condicionado, pues si los españoles seguían haciendo ese tipo de guerra, “tomaremos una justa represalia y seréis exterminados”. En Carúpano, el 2 de junio, decretó la libertad de los esclavos y al mismo tiempo ordenó la incorporación de todos ellos al ejército libertador, “desde la edad de catorce hasta los sesenta años”. En Ocumare, el 6 de julio, abolió otra vez, sin condiciones, la guerra a muerte y la esclavitud.

Bolívar, pues, reconocía a mediados de 1816 que ya no había guerra social y de manera implícita admitía que quedaban sus gérmenes y que había que evitar que esos gérmenes evolucionaran como lo habían hecho años antes. La guerra social se había producido porque había habido injusticia social; y aunque no hay duda de que al libertar a los esclavos Bolívar cumplía una promesa hecha a Petión, tampoco debe haber duda de que Bolívar había acabado dándose cuenta de que la guerra social había tenido su razón de ser, entre otras causas, en la esclavitud.

Después de su llegada a Carúpano en 1816, Bolívar despachó a Mariño a Guiria —hacia el este— y a Piar hacia Maturín, mientras él se dirigía por la vía de la costa al centro vital del país, que era Caracas. Su plan era tomar Ocumare de la Costa, entre La Guaira y Puerto Cabello, y lanzarse sobre Caracas, tal vez porque pensaba que si tomaba la capital mediante un golpe de audacia sería inmediatamente reconocido jefe del gobierno revolucionario por los jefes de las diversas

guerrillas que estaban operando en regiones apartadas de Venezuela. La operación fracasó y Bolívar se dirigió a Guiria, donde halló a Mariño y a Bermúdez rebelados contra él. De Guiria embarcó otra vez hacia Haití, y hasta Haití le llegó una solicitud de los jefes de las guerrillas venezolanas para que volviera a hacerse cargo del mando supremo. El presidente Petión volvió a ayudarlo, y al finalizar el mes de diciembre de 1816 el joven caudillo se encontraba en Margarita, y el primer día de 1817, en la tierra continental de la antigua Costa Firme.

En ese momento, agotada del todo la guerra social, iba a comenzar la verdadera guerra de independencia, hecha por los mismos soldados que con Boves habían destruido la república. Esos antiguos llaneros realistas, bajo el mando de jefes republicanos, iban a llegar hasta Potosí derrotando ejércitos realistas.

XIII

LA INFLUENCIA DE HAITÍ EN LA OBRA DE BOLÍVAR

En el capítulo XI de este libro dijimos que en una carta escrita para ser publicada en la Gaceta Real de Jamaica —septiembre de 1815— Bolívar se refirió por vez primera a la revolución haitiana mencionándola como “el ejemplo de Santo Domingo”.

Se sabe que, por los días de esa carta, el joven caudillo tenía una amante en Kingston. Algunos historiadores dicen de ella que era de Santo Domingo; pero Santo Domingo era entonces la traducción española de Saint-Domingue, y Saint-Domingue había sido el nombre colonial de Haití. La amante de Bolívar era, pues, una emigrada de Haití, ya que las familias emigradas de la parte española de Santo Domingo se fueron a Puerto Rico, a Cuba y a la misma Venezuela y no hay constancia de que ninguna de ellas fuera a dar a Jamaica.

Es posible que de su amante haitiana de Kingston recibiera el Libertador las noticias sobre la guerra social que había acabado con la riqueza haitiana. No nos referimos a las noticias de conjunto, puesto que éstas debía conocerlas Bolívar ya que la revolución haitiana había sido un acontecimiento demasiado importante para que un político de su categoría las ignorara; nos referimos a las noticias de detalles, a las que podía dar un testigo presencial de los acontecimientos; a las descripciones de cómo había sido Haití antes de 1790 y qué había quedado de su antiguo esplendor; de cuánta había sido

la crueldad desplegada en la revolución y de cómo morían las familias blancas propietarias de esclavos e ingenios de azúcar; de cómo los esclavos habían pasado a jefes militares y políticos, a emperadores y reyes.

Difícilmente nadie mejor que Bolívar podía hacerse cargo de lo que había sucedido en Haití, pues él había sido testigo, actor y víctima de la guerra social venezolana. Lo único que tenía que hacer el joven caudillo caraqueño para comprender a fondo a qué punto destructor y fiero había llegado la revolución haitiana, era comparar a los jefes de la revolución de Haití con Boves y Antoñanzas. Necesariamente, los haitianos, por razones de educación, hábitos y posición social, tenían que ser más crueles, puesto que habían sido esclavos y habían sufrido todo el rigor de su estado. Al fin y al cabo, Boves y Antoñanzas no habían sido esclavos como Dessalines y Cristóbal.

Por otra parte, la colonia francesa de Saint-Domingue, con todo y no sobrepasar los 15.000 kilómetros cuadrados, había sido más rica y más fastuosa que la Venezuela colonial con su 1.000.000 de kilómetros cuadrados y sus 800.000 habitantes. Haití tenía más de 500.000 esclavos trabajando para unos cuantos millares de franceses y para el rico mercado metropolitano de Francia. Al comenzar la guerra social venezolana, el país tenía 62.000 esclavos, esto es, ocho veces menos que Haití cuando Haití comenzó la suya, y un mercado comprador mucho más pobre que el de la antigua colonia francesa. A pesar de las divisiones de castas, tan marcadas en Haití como en Venezuela, en Haití había muchos mulatos ricos y blancos franceses cargados de oro que casaban con mulatas, y había mulatas amancebadas con blancos que derrochaban fortunas de sus amantes, cosa que no se había visto en Venezuela. El lujo, el refinamiento y la corrupción de los colonos franceses y de los mulatos ricos de Haití eran proverbiales y pocas veces vistos en otra parte. La revolución,

pues, tuvo en Haití más bienes para destruir que los que tuvo la revolución en Venezuela. Y por último, si Boves fue fiero, Dessalines no lo fue menos; si Morales degolló cientos de hombres y mujeres, Cristóbal convirtió en cenizas a la fastuosa ciudad de Cabo Haitiano.

La revolución haitiana había sido más radical porque había cumplido al mismo tiempo el doble papel de guerra social y guerra de independencia, cosa que no sucedió en Venezuela porque Boves era español y peleaba a nombre de España, de manera que no le interesaba hacer independiente al país. Dessalines, el antiguo esclavo, estableció la doctrina de que el mal de Haití estaba en el color blanco, y en consecuencia degolló a todos los blancos que se pusieron a su alcance, y como sucedía que en Haití no había haitianos blancos, blanco y francés quería decir lo mismo. En Haití, pues, la guerra de razas fue al mismo tiempo la guerra contra la metrópoli; y eso no sucedió en Venezuela, donde los ricos blancos criollos se habían declarado en lucha contra España. Boves, que era español, y cuyo ejército estaba compuesto en su casi totalidad por venezolanos, murió como jefe militar español; Dessalines murió como jefe del Estado haitiano, con el título de Emperador Jacques I.

Jacques I fue asesinado en octubre de 1806. Como no había dejado vivo un blanco francés, y como estos habían sido de hecho los amos de toda la tierra de Haití, al terminar la guerra la nación había quedado dueña de las tierras. Los dos sucesores de Dessalines usarían esa riqueza agraria en dos formas distintas.

Esos sucesores fueron Cristóbal, delegado del emperador en el Norte con su asiento en Cabo Haitiano, y Alejandro Petión, delegado en el Sur con su sede en Puerto Príncipe.

A la muerte de Jacques I, una convención constituyente transformó el imperio en república y designó presidente a Cristóbal. Pero Cristóbal temía que Puerto Príncipe —donde el

prestigio de Petión era dominante— no lo aceptaría como presidente, y marchó hacia esa ciudad al frente del ejército del Norte. El general negro no pudo tomar Puerto Príncipe y la asamblea constituyente lo declaró fuera de la ley. De vuelta a Cabo Haitiano, Cristóbal estableció la república del Norte, presidida por él. (Más tarde, en junio de 1811, la república del Norte fue convertida en monarquía y su presidente en Su Majestad Henri Cristophe I; y fue monarquía hasta la trágica muerte del rey, ocurrida en octubre de 1820).

A principios de marzo de 1807 la convención constituyente eligió a Alejandro Petión presidente de Haití, pero en verdad sólo lo fue de la república del Sur, pues las dos porciones de la antigua colonia francesa de Saint-Domingue no volverían a unirse sino después de la muerte de Henri Cristophe, y para entonces ya Petión había muerto. Alejandro Petión gobernó, pues, desde su capital de Puerto Príncipe en un territorio que no podía tener más de 8.000 kilómetros cuadrados. Petión murió el 29 de marzo de 1818, al cumplir diecisiete años en el ejercicio del poder.

Henri Cristophe I y Alejandro Petión usaron de manera muy distinta las tierras de la nación. El rey volvió al latifundio colonial, para beneficio suyo y de la nobleza que él había formado, y con el latifundio resucitó la esclavitud de hecho, aunque no de derecho. El fruto lógico de una monarquía latifundista tenía que ser, y eso fue, la tiranía política, basada en un ejército que el rey mantenía reclutando campesinos sin tierra. Petión, en cambio, distribuyó entre los campesinos del Sur muchas de las tierras del Estado, y a menudo él mismo hacía los repartos. Con una población de vida frugal, en la que todos los adultos habían nacido esclavos o a lo sumo negros y esclavos libertos, la república agraria de Petión vivió de manera sencilla y pacífica en una especie de democracia patriarcal, a la vez nacionalista y sosegada.

Así la conoció Bolívar cuando llegó a Los Cayos, primero, y a Puerto Príncipe después, a fines de 1815; y estaba en Haití del Sur de nuevo en 1816, en su segundo viaje, cuando Alejandro Petión fue exaltado a la presidencia vitalicia con derecho a nombrar sucesor. A principios de octubre de 1816, hallándose en Puerto Príncipe, el Libertador escribió felicitándole por haber sido declarado presidente de por vida; y no lo hizo para halagar al gobernante o para ganarse su simpatía, pues contaba con ésta; y además, Petión era un hombre austero, a quien no le gustaban los halagos. Bolívar lo hizo porque sabía que el pueblo haitiano le había pedido a su gobernante que fuera presidente vitalicio sin que mediaran presiones oficiales. Diez años después, Bolívar recordaría esos días y usaría sus recuerdos de Haití a la hora de escribir la constitución política de Bolivia; pero Bolivia era tierra de latifundistas y señores con siervos indios, no la república agraria y democrática de Alejandro Petión, lo cual explica el fracaso de la presidencia vitalicia de Sucre en el antiguo Alto Perú.

A pesar de la paz, de la vida casi arcádica que vio el Libertador en Haití del Sur, también vio los efectos de la guerra social. Esa guerra había terminado hacía años, y sin embargo Haití no era la tierra fabulosa que había sido en 1790. No conocemos una descripción de Haití del Sur en 1816, pero sabemos que a las grandes plantaciones trabajadas por esclavos habían sucedido los pequeños fundos de producción primitiva, familiar y pobre; y podemos imaginarnos, porque lo hemos visto en nuestros días en diversos países de la América Latina, que al lado de las viejas casonas de piedras de los días coloniales, y aun dentro de ellas mismas, debían estar viviendo los antiguos esclavos con los mismos hábitos que habían tenido antes de ser libertados por la revolución; que los baños de piscina de los grandes patios arbolados estarían convertidos en depósitos de basura, que en vez de los carruajes dorados que

transitaron años antes por las calles empedradas, llevando caballeros empolvados y mulatas cubiertas de sedas y joyas, se verían los enanos borricos cargados de plátanos y yuca caminando despaciosamente por callejuelas de tierra. En 1816 Haití del Sur era feliz pero pobre, y ya nunca más volvería a ser la tierra espléndida de otros tiempos; Haití del Norte era una tiranía de espanto. Ante ese espectáculo, Bolívar debía pensar necesariamente que lo que la guerra social había hecho de Haití lo haría de Venezuela.

La influencia de Haití en la vida de Bolívar, y por tanto en la historia americana, tuvo varias manifestaciones: gracias a la ayuda de Petión, el Libertador pudo terminar la obra que había iniciado a orillas del río Magdalena en 1813; basado en el recuerdo de la república de Petión concibió la constitución boliviana. Sin embargo lo más importante de esa influencia fue lo que Bolívar no quiso decir de manera abierta, aunque lo dejó dicho en varias formas: había que evitar que la guerra social produjera en Venezuela las consecuencias que produjo en Haití. La espina dorsal oculta de la obra de Bolívar sería ésa: impedir que la guerra social resucitara en Venezuela.

Desde luego, el Libertador no llegó a esa conclusión por sorpresa, sólo a la vista del estancamiento haitiano. Ya antes había intuido los resultados de la guerra social. En 1812 no aceptaba que la lucha era sólo una guerra social; pero al terminar ese año decía en Cartagena que en Venezuela había una “subversión de principios y cosas”, y que con tal subversión “el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada”; y en septiembre de 1813, al hacer historia de los acontecimientos de 1812, dice claramente: “Tal era el infeliz estado de Caracas cuando reventó en los valles de la costa del Este, la revolución de los negros, libres y esclavos, provocada, auxiliada

y sostenida por los emisarios de Monteverde”; y a seguidas hace una larga descripción de lo que ya era la guerra social, aunque él no la calificaba así.

A pesar de que rehusaba llamar a la guerra social por su nombre, Bolívar tuvo que admitir que era una guerra social. En febrero de 1814, en pleno Año Terrible, recordaba que “dos años han pasado, y se ven aún en las empalizadas de San Juan de los Morros los esqueletos humanos”; relata escenas de exterminio verdaderamente espantosos, pero afirma que fueron obra de los españoles. Se pregunta: “¿Cuál ha sido el blanco de tantas traiciones, crueldades, conspiraciones, perfidias, transgresiones repetidas de las leyes, de los pactos, del derecho de las naciones, y de esa devastación de Venezuela, que nunca la pluma podrá describir?” Y se contesta: “No aspiran a establecer un imperio: es su objeto arruinarlo todo. La tiranía misma, para que pueda existir, está obligada a conservar. Las plantaciones, los ganados, las obras de arte, las preciosidades del lujo, la opulencia de las ciudades son el incentivo de los conquistadores. Los españoles no son ni estos conquistadores: son las bandas de tártaros que quieren borrar los rasgos de la civilización, echar por tierra con su hacha salvaje los monumentos de las artes, sofocar la industria, las mismas materias de primera necesidad”. ¿No es eso lo que hacen los hombres lanzados a la guerra social, destruirlo todo? Y por otra parte, ¿no sabía Bolívar que aunque unos pocos españoles mandaran las fuerzas destructoras, éstas eran de venezolanos? Según dijo en esa misma ocasión, Venezuela había sido destruida: “La agricultura, la industria y el movimiento del comercio no se percibían más, en un país muerto bajo la esclavitud. Las máquinas eran inutilizadas, los almacenes pillados; quedaban sólo vestigios de la antigua grandeza; en las ciudades casi desiertas, no se veían más que algunos burros pastando...”. (Debemos aclarar que al decir “en un país muerto bajo

la esclavitud”, Bolívar se refería a la esclavitud impuesta por la tiranía de las armas, no a la de los esclavos negros).

Todo lo que Bolívar había visto y conocido en Venezuela entre 1812 y 1814 tenía que cristalizar en su inteligencia y en su imaginación ante el espectáculo que le presentó Haití. Haití del Sur era el mejor ejemplo de lo que podía producir la guerra social, pues esa república de Petión era feliz. ¿Cómo sería, pues, un país en el que la guerra social lo destruyera todo y no pudiera disfrutar de un gobierno como el de Petión?

La guerra social no había sido en Venezuela, como hemos dicho antes, la suma de las batallas que ganó o perdió Boves. La guerra social venezolana había sido la devastación y el crimen extendidos por todo el país; había sido las partidas innumerables actuando en cada lugarejo, matando, violando, quemando, robando, torturando. Bolívar la había visto en todo su horror; y en algún momento había pensado que la manera de evitarla en lo sucesivo era conseguir que los hombres que la hacían se dedicaran a combatir por la libertad. El 13 de enero de 1815 había terminado un discurso en Bogotá con estas palabras: “Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisferio de Colón, y que el odio, la venganza y la guerra se alejen de nuestro seno y se lleven a las fronteras a emplearlos contra quienes únicamente son justos, a saber, contra los tiranos”. En el lenguaje de Bolívar, “tiranos” eran los españoles.

Pero fue después de haber estado en Haití cuando Bolívar se resolvió a actuar en el sentido de destruir en Venezuela los gérmenes de la guerra social. Así, a la vuelta de su primer viaje a Haití declaró la libertad de los esclavos y su incorporación al ejército libertador (en Carúpano, el 2 de junio de 1816), como ya dijimos, y siguió preocupado durante toda la campaña que llevó a cabo más tarde, hasta culminar en el armisticio de Morillo, por mantener a los esclavos bajo la disciplina militar.

Esto se prueba con sus medidas y sus palabras. El 11 de marzo de 1818 insistía, con un decreto, en la abolición de la esclavitud y en que “todos los hombres que antes eran esclavos se presentarán al servicio para defender su libertad”; ese mismo mes, en La Victoria y en el Consejo —villa cercana a Caracas— repetía lo mismo; en julio, de vuelta a Angostura, le comunicaba a la Alta Corte de Justicia que la esclavitud había sido abolida, y ante el Congreso de Angostura, el día de su instalación —15 de febrero de 1819— en el célebre discurso que lleva el nombre de la ciudad, afirmaba que las bases de la república debían ser “la división de los Poderes, la Libertad civil, la proscripción de la Esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios”. Allí dijo: “La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro Cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego”. “...vosotros sabéis la historia de los Helotas, de Espartaco y de Haití”. Y tanto valor daba él a ese temor que le hacía recordar ante el Congreso los sucesos de Haití, que dejaba en libertad a los congresistas de aceptar o no sus decretos, pero reclamaba que se aprobaran los que habían dado libertad a los esclavos. Dijo: “Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis Estados y Decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República”.

Si Bolívar comenzó liberando esclavos en 1816 para satisfacer un compromiso hecho con el presidente Petión, no hay duda de que siguió libertándolos para evitar la guerra social. A lo largo de su lucha, y cuando Petión ya no existía, se mantuvo preocupado por el problema de la esclavitud como razón de ser, o parte de la razón de ser, de la guerra social; y más adelante veremos pruebas de esta afirmación. En cuanto

al ejemplo de Haití, ése estuvo presente en sus preocupaciones durante muchos años. El 30 de mayo de 1820, en carta a Santander, escribía algo verdaderamente revelador. Decía:

“Lo de los esclavos, si andan alborotando el avispero, resultará lo que en Haití: la avaricia de los colonos hizo la revolución, porque la república francesa decretó la libertad, y ellos la rehusaron, y a fuerza de resistencia y oposiciones irritaron los partidos naturalmente enemigos”.

Lo que Bolívar quería decir con esos párrafos un tanto confusos era que Francia había decretado la libertad de los esclavos, a lo cual se opusieron los amos (colonos) de Haití, y con su oposición provocaron las sublevaciones negras. “El impulso de esta revolución”, seguía diciendo Bolívar, refiriéndose a la que él encabezaba, “está dado, ya nadie lo puede detener y lo más que se podrá conseguir es darle buena dirección... Debemos triunfar por el camino de la revolución, y no por otro. Los españoles no matarán (a) los esclavos, pero matarán (a) los amos y entonces se perderá todo”. Eso, matar a los amos era lo que habían hecho las hordas de Boves en 1814.

Entre los diez puntos por los cuales el Libertador consideraba que debía celebrarse el Congreso de Panamá y debía llegarse a un anficionado americano, había uno —el noveno— dictado por el recuerdo de la revolución haitiana. Por lo menos, así lo dijo Bolívar mismo en el borrador que hizo en 1826 con el objeto de organizar sus ideas sobre el congreso de Panamá; y éstas son las palabras que usó:

“La América no temerá más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo; ni tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitantes”.

En el punto octavo de ese borrador había aludido a la guerra social venezolana con esta frase: “La diferencia de origen y colores perdería su influencia y poder”; pero en el noveno habló directamente de Haití. Pues allí donde él escribía “isla

de Santo Domingo” —ya lo hemos dicho— se refería a Haití, la antigua Saint-Domingue de los franceses.

Por último, el 9 de noviembre de 1830, cinco semanas antes de morir, en carta al general Juan José Flores, insistía en que la guerra social destruiría a América; afirmaba que Colombia caería “infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas”; aseguraba que “si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de América”, y recordaba a Haití con esta alusión: “La primera revolución francesa hizo degollar las Antillas...”.

“Las Antillas” era Haití, pues sólo Haití, en las tierras antillanas, había sido el teatro de la guerra social.

XIV

EL FUSILAMIENTO DE PIAR

La guerra venezolana de la independencia comenzó verdaderamente en 1817. Los mantuanos creyeron que la habían hecho en 1811, Bolívar pretendió que la había realizado en 1813 y 1814. Pero ni la de 1811 ni la de 1813-14 fueron guerras de independencia. La de 1811 fue sólo el prólogo de la guerra social, y ésta se prolongó hasta el final de 1814, y después fue diluyéndose en 1815 y 1816 en guerritas locales, en parte sociales, en parte de independencia. Pero al comenzar el año de 1817 ya no había guerra social en Venezuela y las fuerzas nacionales estaban, arma en ristre, listas para comenzar la de independencia.

La muerte de Boves había dejado a las hordas llaneras sin jefe; entonces estas hordas se agruparon alrededor de pequeños jefes que aparecían en lugares distantes, algunos mestizos como José Antonio Páez o Manuel Cedeño, otros blancos como los hermanos Monagas. Los hombres de Boves, que se habían acostumbrado a vivir en la guerra —y de ella— no podían volver a sus hábitos anteriores y menos aún a la sumisión en que habían nacido; y buscaron jefes que no eran realistas porque ya los realistas no tenían jefes como Boves. Así fue como la parte más agresiva de la masa fue conducida por la guerra social del realismo al republicanismo, de la colonia a la independencia, en un proceso similar al que se había dado en Haití veintitantos años antes. Tal vez la personificación más nítida de ese proceso fue

Negro Primero, que murió en la última batalla de Carabobo con el grado de ayudante de Páez, el Aquiles de Venezuela: la primera vez que participó en una acción de armas, Negro Primero fue con un amigo a pelear para conseguir despojos de los vencidos, ropa y aperos para su caballo.

De ese proceso se había dado cuenta Bolívar ya en 1815, es decir, antes de que se manifestara abiertamente. En el capítulo XI copiamos los párrafos de su carta de Kingston donde describía el pase de los llaneros a las filas independientes. “Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos”, decía. Y apenas hacía ocho meses que Boves había muerto.

En esos días de 1815, para la generalidad de los venezolanos la guerra social sólo había dejado tras sí la muerte, la destrucción, el terror, y a Venezuela bajo el dominio español, al parecer de modo absoluto. Esa creencia era fruto de una perspectiva demasiado corta, pues la guerra social había sacudido de tal manera, y con tanta violencia, las entrañas de la sociedad venezolana, que por el momento nada podía ser estable en el país, ni siquiera el poder español.

Pero pronto iban a verse los resultados profundos de la guerra social. Hombres nuevos habían sucedido a Boves. Boves —ya lo hemos dicho— no tuvo sustitutos españoles, pero los tuvo venezolanos. Páez, Cedeño, Anzoátegui, los Monagas, eran tan excelentes guerreros como el terrible asturiano, e igual que él, supieron ganarse la confianza de los llaneros.

Al comenzar el año de 1817, todos esos jefes juntos formaban un Boves, pero no eran Boves porque tenían limitaciones. Tras Boves se hallaba el poder español, con el prestigio secular de la monarquía; tras sus herederos venezolanos no había nadie, no había tradición de poder nacional. Esos nuevos jefes venezolanos eran algo parecido a señores feudales de las armas republicanas, y les hacía falta un rey que los

unificara. Bolívar era ese rey, el que los respaldaría, el que les reconocería rangos y autoridad.

En el terreno político Bolívar era el llamado a ser jefe natural de una especie de ejército disperso que se movía en varias regiones del país, pero un ejército que no se asfixiaba en un vacío como aquel que él había comandado en 1813. En 1813 no existía la sociedad que podía y debía darle base y sustancia civil y política a aquel ejército, y en 1817, destruida del todo la sociedad mantuana a los golpes de la guerra social, la población venezolana, igualada por la fuerza, estaba lista para integrarse en una nueva sociedad de la que el nuevo ejército sería un instrumento natural.

Bolívar, sin embargo, no estaba seguro de que la guerra social hubiera terminado, y quería tomar Caracas sin perder tiempo. Desde Caracas él se impondría al teniente o a los tenientes que manifestaran resabios de guerra social; así, se internó en dirección de la zona montañosa y rica de Ocumare del Tuy, buscando tomar Caracas por sorpresa. Pero fue derrotado el 9 de enero en Clarines y tuvo que retroceder a Barcelona, donde resistió un sitio por mar y tierra de casi tres meses.

A fines de marzo (1817), el joven caudillo se dirigió hacia el Sur, en busca de la Guayana, donde algunos de los jefes que le habían reconocido como comandante supremo estaban sitiando la ciudad de Angosturas —hoy Ciudad Bolívar—, en la orilla del Orinoco. Allí estaba Manuel Piar, el general que poco antes había tenido dos victorias importantes contra las fuerzas españolas; y Manuel Piar era un caudillo en potencia de la guerra social, el hombre que podía renovar en 1817 el tipo de guerra que había hecho Boves. Bolívar, que comprendió inmediatamente el peligro en que se hallaba la lucha por la independencia de volver a empantanarse en una guerra social, tomó la decisión de impedir la rebelión del general Piar a cualquier precio.

La generalidad de los historiadores cree que la actitud de Bolívar frente a Piar —y de Piar frente a Bolívar— fue una mera batalla de dos hombres por la preeminencia militar. Sin embargo Bolívar fue explícito en el punto y dijo con toda claridad que fusiló a Piar porque éste quiso resucitar la guerra social; y Bolívar fue hombre de honestidad intelectual poco común, que podía callar la verdad, o decirla a medias, si decirla por entero perjudicaba sus planes políticos, pero que era completamente incapaz de una mentira. Por honestidad intelectual y además porque era una naturaleza viril en la plena acepción del término, Bolívar no mentía.

El Libertador relevó a Piar y a Cedeño del mando en el sitio de Angostura y en su lugar designó a Bermúdez, y él mismo se puso al frente del ataque a Guayana la Vieja, un puerto del Orinoco que estaba al oriente de Angostura.

Aunque no hay documentos que lo indiquen, es casi seguro que Bolívar notó desde el primer momento de su llegada a La Guayana que Piar maquinaba algo peligroso. Por esos días se produjo un episodio que ha sido muy celebrado por los historiadores, el llamado Delirio de Casacoima; y consistió en que una noche de lluvia, sorprendido por el enemigo, Bolívar se lanzó a la laguna de Casacoima, que estaba infestada de cocodrilos y culebras venenosas, y cuando logró reunirse con sus hombres, ya tarde, mientras se calentaba ante una hoguera y esperaba que el calor del fuego secara sus ropas mojadas, comenzó a hablar de lo que haría el ejército libertador: cruzaría los Andes, libertaría Nueva Granada, pasaría después a Quito y al Perú y acabaría echando a los españoles de toda América. Uno de los que le oía, creyendo que Bolívar deliraba, comentó que el Libertador se había vuelto loco.

Pero sucedía que el 13 de enero de 1815 él había dicho en Bogotá que “el odio, la venganza y la guerra” debían

alejarse de “nuestro seno” y debían ser llevados “a las fronteras a emplearlos” contra los españoles; y ahí, en Casacoima, él simplemente expresaba en una forma detallada y vívida aquella idea dicha en Bogotá dos años y medio antes; y si la idea apenas esbozada en Bogotá resultaba ampliada esa noche en Casacoima, era porque algún estímulo la había actualizado. ¿Cuál podía ser este estímulo? El temor a que Manuel Piar, un general brillante, joven, aguerrido y de naturaleza díscola, pudiera resucitar la guerra social.

No hay duda de que a partir de su choque con Piar —en que éste fue fulminado de manera terrible—, Bolívar comenzó a desenvolver toda una política llamada a secar la raíz de la guerra social; de manera que si no fuera suficiente lo que el mismo Bolívar dijo para llegar a la conclusión de que la lucha entre él y Piar no fue una simple disputa sangrienta por el poder, lo que Bolívar hizo después para extender lo que hoy llamamos justicia social en favor de la gente más humilde del ejército libertador —por lo general, negros y mestizos— es un argumento de peso en la dilucidación del problema.

La importancia que Bolívar concedió al caso de Piar indica que el Libertador no se había asustado con un fantasma; pues si el general Piar hubiera sido un simple soñador o un hombre solitario con la idea de hacer una “guerra de colores” —como le llamaba Bolívar a la guerra social—, sin masa que pudiera seguirle, es probable que Bolívar no le hubiera perseguido con la fiereza con que lo hizo. Pero en toda Venezuela había negros, pardos, mulatos, zambos y hasta indios que podían responder a la llamada de un Boves criollo. Desde que se fugó de Angostura el 25 de julio hasta que cayó fusilado el 16 de octubre (1817), Piar representó un serio peligro de reinicio de la guerra social, y durante todo ese tiempo Bolívar estuvo tomando medidas que lo evitaran; pero además, las siguió tomando después.

Al mismo tiempo que Piar, estaba rebelado contra Bolívar el general Mariño, pero Bolívar apenas se preocupó por la actitud del que había sido su segundo en mando en el Año Terrible, porque Mariño, un mantuano, no iba a hacer la guerra social. En cambio, preparó cuidadosamente la captura de Piar, su juicio y su muerte.

Piar era hijo de una mulata de Curazao y de un canario avecindado en Caracas. Podía pasar por blanco, pero él sabía que no lo era y tal vez eso le hizo crecer amargado contra la sociedad mantuana, tan puntillosa en materia de limpieza racial. Parece que Piar trató de esconder su origen, seguramente para no ser infamado por mestizo. Bolívar, que temió a la guerra social por su poder destructor pero que nunca fue racista, se indignaba ante esa cobardía moral. En el manifiesto que escribió el 5 de agosto para explicar la conducta del fugitivo, decía:

“Engreído el general Piar de pertenecer a una familia noble de Tenerife, negaba desde sus primeros años, ¡¡¡qué horrible escándalo!!! (sic) negaba conocer el infeliz seno que había llevado este aborto en sus entrañas. Tan nefando en su desnaturalizada ingratitud ultrajaba a la misma madre de quien había recibido la vida por el solo motivo de no ser aquella respetable mujer del color claro que él había heredado de su padre. Quien no supo amar, respetar y servir a los autores de sus días no podía someterse al deber de ciudadano y menos aún al más riguroso de todos, el militar”.

En otro párrafo decía que: “el general Piar ha tenido como un timbre la genealogía de su padre y ha llegado su impudencia hasta el punto de pretender no sólo ser noble, sino aun descendiente de un príncipe de Portugal (entre sus papeles existe este documento)”.

Desde luego, en la proclama del 5 de agosto hay muchos párrafos de propaganda política, destinados a presentar a Piar

como el peor de los oficiales del ejército libertador; y había razones para inculparlo de numerosas rebeldías, pues Piar era díscolo sin el menor asomo de duda. Pero las partes importantes de la proclama, las que en verdad demuestran la causa real de la preocupación de Bolívar, son las que se refieren a la amenaza de guerra social encarnada en Manuel Piar.

Piar se había rebelado antes contra la autoridad de Bolívar y éste no había pretendido fusilarlo. En esos mismos días estaba rebelado Mariño; antes se habían rebelado Bermúdez y Ribas y después se rebelarían Arismendi y Páez, y Bolívar no llegó con ninguno de ellos a los extremos a que llegó con Piar en 1817. ¿Por qué? Porque sólo Piar, entre todos ellos, amenazó con la guerra social; y después de haberla vivido en Venezuela y de haber visto sus resultados en Haití, Bolívar tuvo ante sí todo el tiempo, hasta su muerte, el fantasma de esa guerra como un engendro de los infiernos.

Decía él que:

“Calumniar al gobierno de pretender cambiar la forma republicana en la tiránica; proclamar los principios odiosos de la guerra de colores para destruir así la igualdad que desde el día glorioso de nuestra insurrección hasta este momento ha sido base fundamental; instigar a la guerra civil; convidar a la anarquía, aconsejar el asesinato, el robo y el desorden, es en sustancia lo que ha hecho Piar desde que obtuvo licencia de retirarse del ejército...”.

Y más adelante:

“El general Piar con su insensata y abominable conspiración sólo ha pretendido una guerra de hermanos en que crueles asesinos degollasen al inocente niño, a la débil mujer, al trémulo anciano, por la inevitable causa de haber nacido de un color más o menos claro. Venezolanos, ¿No os horrorizáis del cuadro sanguinario que os ofrece el nefando proyecto de Piar? Calificar de un delito el accidente casual que no puede

borrar ni evitar. El rostro según Piar es un delito y lleva consigo el decreto de vida o de muerte. Así ninguno sería inocente, pues que todos tienen un color que no se puede arrancar para substraerse de la mutua persecución. Si jamás la guerra fratricida como lo desea Piar llegase a tener lugar en Venezuela, esta infeliz región no sería más que un vasto sepulcro donde irían a enterrarse en todas partes la virtud, la inocencia y el valor...”.

Bolívar parecía temer que esas enérgicas frases acerca de la guerra social no fueran suficientes para convencer a los posibles seguidores de Piar, y mezcladas con ellas escribió algunas más destinadas a demostrar que la guerra social era ya innecesaria porque la república no establecía diferencias de clases ni de color, pues Bolívar tuvo siempre la tendencia a considerar la guerra social como una guerra de razas. Así, decía el Libertador en la proclama del 5 de agosto:

“El general Piar no desea la preponderancia de un color que él aborrece y que siempre ha despreciado como es constante por su conducta y documentos ... La imparcialidad del gobierno de Venezuela ha sido siempre tal, desde que se estableció la República, que ningún ciudadano ha llegado a quejarse por injusticia hecha a él por el accidente de su cutis. Por el contrario. ¿Cuáles han sido los principios del Congreso? Cuáles las leyes que ha publicado?... Antes de la revolución los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía, lograban la eminente dignidad de ministros del rey, y aun de grandes de España... Los pardos degradados hasta la condición más humillante estaban privados de todo. El estado santo del sacerdocio les era prohibido; se podría decir que los españoles les habían cerrado las puertas del cielo...”

En los dos meses y diez días transcurridos entre esa proclama y el fusilamiento de Piar —condenado por un tribunal militar, con todas las de la ley—, Bolívar ordenó la confiscación

de los bienes enemigos y su repartición entre los soldados del ejército libertador; hizo publicar boletines de varias victorias para dar sensación de poder. Estaba, a su juicio, descabezando la guerra social y lo hacía cuidadosamente.

El 16 de octubre, Piar pagó con su vida tres años de guerra social en cuyos horrores no había tomado parte. El 17, Bolívar escribía una nueva proclama. “Ayer ha sido un día de dolor para mi corazón”, decía. “El general Piar fue ejecutado por sus crímenes de lesa patria, conspiración y desertión”. Y más adelante: “El general Piar, a la verdad, había hecho servicios importantes a la República...”. Afirmaba que Piar iba a ser designado segundo jefe cuando desertó; y de pronto comienza a preguntarle a los soldados:

“¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y de colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no han sido repartidos entre vosotros?”

Todo lo cual, en resumen, quería decir que ni Piar ni nadie tenía que hacer la guerra social porque ya era innecesaria, pues la república había aprendido la lección del Año Terrible y era y seguiría siendo una sociedad sin los irritantes privilegios mantuanos. Pero también quería decir que Bolívar temía a la guerra social; que la temía más que a todo el poder español.

Años después, el 25 de mayo de 1828, Perú de la Croix y el comandante Wilson le oyeron decir en Bucaramanga que: “...la muerte del general Piar fue entonces de necesidad política y salvadora del país, porque sin ella iba a empezar la guerra de los hombres de color contra los blancos, el exterminio de todos ellos y por consiguiente el triunfo de los españoles: que el general Mariño merecía la muerte como Piar, por motivos de su disidencia, pero que su vida no presentaba la mismos peligros y por esto mismo la política pudo

ceder a los sentimientos de humanidad y aun de amistad por un antiguo compañero”.

A seguidas, el autor del *Diario de Bucaramanga* pone en boca del Libertador estas palabras: “...la ejecución del general Piar. . . aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país, me permitió proyectar y efectuar la expedición a la Nueva Granada y crear después la República de Colombia: nunca ha habido una muerte más útil, más política y, por otra parte, más merecida”.

Si uno pone atención en lo que decía Bolívar en esos días, a casi once años de distancia de la muerte de Piar, advierte que en 1828 el Libertador seguía preocupado por las amenazas de que la guerra social se renovara. El día 12 de mayo, esto es, dos semanas antes de su declaración sobre Piar, le había dicho a Perú de la Croix lo siguiente:

“El general Páez, mi amigo, es el hombre más ambicioso y más vano del mundo: no quiere obedecer, si no mandar: sufre de verme más arriba que él en la escala política de Colombia: no conoce su nulidad; el orgullo de su ignorancia lo ciega. Siempre será una máquina de sus consejeros y las voces de mando sólo pasarán por su boca, pues vendrán de otra voluntad que la suya: yo lo conceptúo como el hombre más peligroso para Colombia, porque tiene medios de ejecución, tiene resolución, prestigio entre los llaneros que son nuestros cosacos, y puede, el día que quisiere, apoderarse del apoyo de la plebe y de las castas negras y zambas. Éste es mi temor, que he confesado a muy pocos y que reconozco muy reservadamente”.

A pesar de ese “muy reservadamente”, dos años antes, el 23 de junio de 1826, escribiendo desde Magdalena al general Santander, Bolívar decía: “...con Páez no se debe usar de este lenguaje, porque el día que se le encienda la sangre, su sangre le sirve de mucho”; y subrayaba la primera “sangre” para que

no hubiera duda de que se refería a que Páez tenía autoridad sobre la masa porque era mestizo.

Así, pues, cuando habló sobre Piar, el 25 de mayo de 1828, lo hizo porque en esos días tenía presente la lección del Año Terrible, que a su juicio podía repetirse de momento.

XV

“POR SALVAR A CARACAS...”

En 1820, creada Colombia, con la paz a la vista porque desde enero había en España un gobierno liberal que necesariamente tendría que hacer la paz con las provincias americanas rebeladas, comienzan a aparecer en el ánimo de Bolívar señales de preocupación.

Al finalizar el mes de mayo le habla a Santander de los esclavos y de la responsabilidad que tuvieron los amos de esclavos en los sucesos de Haití; le recuerda que “el impulso de esta revolución está dado, ya nadie lo puede contener y lo más que se podrá conseguir es darle buena dirección”; entiende que “se debe escribir tanto a los jefes como a los magnates lo que conviene que sepan, para recomendarles lo que afectan ignorar”, con lo cual indica que se debe decir a los amos de esclavos que los hagan libres si no quieren correr la suerte de los esclavistas haitianos.

En esa misma carta —fechada en el Rosario de Cúcuta el 30 de mayo de 1820— dice: “La ley de repartición de bienes es para toda Colombia, y ahora, bien y mal, es para todos. Mas han hecho cierta reforma en la ley, según se asegura, aunque no he visto la ley. Se mandan entregar vales de bienes nacionales a los militares, para que los compren en remate en el mejor postor”.

Esa ley era la que Bolívar había redactado para que se dieran a los soldados del ejército libertador las tierras confiscadas a los realistas, y como la mayoría de los soldados era gente de

pueblo, negros libres y antiguos esclavos, pardos y zambos, al hacerlos propietarios se les daba seguridad. Pero la reforma a la ley trastornaba todos los planes de Bolívar, pues la reformada creaba una nueva oligarquía terrateniente que llegaría a ocupar en la sociedad republicana el lugar que habían ocupado los mantuanos en la sociedad colonial.

Mediante la reforma hecha a la ley, algunos generales y comerciantes no tenían ni siquiera que comprar las propiedades, sino los vales de propiedad que el gobierno daba a los soldados. En una época de gran necesidad, los soldados vendían sus vales por bagatelas. Páez mismo acabó siendo un gran terrateniente gracias a ese subterfugio. Y sucedía que sobre la base del latifundio se mantenía la esclavitud, de manera que todos los decretos de Bolívar liberando a los esclavos carecían de fuerza real. A pesar de esos decretos, la esclavitud duró en Venezuela hasta 1854.

Eso explica que en esos meses de 1820, mientras iba negociando la paz con Morillo, Bolívar se refiriera con frecuencia a la necesidad de enrolar esclavos y libertos en el ejército libertador, pues haciéndolos soldados podía lograrse que no se rebelaran. El 8 de junio le escribía al coronel Justo Briceño: "...sobre todo mátese Vd. en que los libertos del Sur se instruyan de preferencia a todo. Estos son hombres seguros"; el 25 del mismo mes le decía a Santander: "Los libertos que vengan derecho aquí, porque si yo no los hago disciplinar no se disciplinan nunca"; el 11 de julio, al mismo Santander: "Pida Vd. esclavos al Sur y vuelva a pedir... Cuantos esclavos vengan, mándelos Vd. a Málaga al comandante Lugo; y hasta que no pasen 4.000 por Bogotá siga Vd. pidiendo para poder sostener la independencia y la guerra. A Montilla le he mandado que tome esclavos para el servicio".

Bolívar pedía libertos y esclavos para el ejército —"para el servicio"— porque pensaba que así podría evitar que los

esclavos y los libertos de Nueva Granada hicieran lo que habían hecho los de Venezuela bajo el mando de Boves. A la revolución que él estaba haciendo había que “darle buena dirección” porque nadie podía contener su impulso. “Buena dirección” significaba evitar que se desbordara en guerra social, y para lograr eso lo mejor era acabar con las causas de la guerra social antes de que se iniciara. Si los amos no aceptaban la libertad de los esclavos, él haría a los esclavos libres mediante el expediente de convertirlos en soldados, y disciplinaría a los libertos inculcándoles la disciplina de los cuarteles.

El 10 de junio de 1820, el Libertador entreabría su alma a Santander. Le decía: “...las discordias que nacen de la unión que yo he procurado formar, me hacen sufrir las agonías del suplicio. Haré otra confesión: la causa única, por decirlo así, que me ha animado a proponer la creación de Colombia ha sido la idea de destruir para siempre los motivos de odio, de discordancia y de disolución. ¡Si estos se aumentan que chasco horroroso!” Y en la mente de Bolívar —especialmente por esos días—, la palabra “unión” no se refería a la unión de venezolanos y neo-granadinos, a la simple suma del antiguo virreinato de Santa Fe con la antigua capitanía general de Venezuela; se refería a la unión de las partes que componían la sociedad de Colombia. Adviértase que desde fines de mayo hasta mediados de julio, es decir, por los días en que escribió el párrafo a que estamos refiriéndonos, habló repetidamente del problema de los esclavos y los libertos.

Pero lo que no le confesaba todavía ni a Santander ni a nadie era que la causa de su preocupación tenía un nombre: se llamaba Venezuela, y cuando profundizaba más en su alma se llamaba Caracas. Venezuela había estado compuesta por varias provincias, y de ellas la mayor era Caracas, y el amor de Bolívar a Venezuela se concentraba, en horas de angustia, en ésa que había sido la antigua provincia de Caracas, y a menudo

llamaba Caracas a toda Venezuela, pero tenía horas en que definía en sus sentimientos nítidamente a Caracas y entonces decía que Caracas era su tierra natal, la que mandaba en el fondo de su corazón.

Es fácil darse cuenta de esto que decimos leyendo al Libertador. Así, el 23 de diciembre de 1822 escribía a Santander: “Anoche leí a Rousseau, hablando de la pequeña república de Ginebra, que la mole de un grande estado se conserva y marcha por sí misma, y que la menor falta en uno pequeño lo arruina. Al instante eché la vista sobre la historia y encontré que los grandes imperios se han conservado indestructibles a pesar de las muchas guerras y sacudimientos, y que las pequeñas naciones, como Caracas, han sido sumidas en la nada por un conquistador, un mal ciudadano o un terremoto”. Dos años después, desde Lima, decía al mismo Santander: “Veo la guerra civil y los desórdenes volar por todas partes, de un país a otro, mis dioses patrios devorados por el incendio doméstico. Hablo de Venezuela, mi querido país. Esta consideración me ocupa noche y día; porque contemplo que el primer desorden que allí nazca destruye para siempre hasta la esperanza, porque allí el mal será radical y penetra luego a la sangre”. Y esto último, que aparecía en carta del 6 de enero de 1825, aparecía reforzado por un párrafo de otra carta, también dirigida a Santander, fechada el 23 de febrero (1825), el cual decía: “Decir a Vd. que las revoluciones populares son contagiosas en grado superlativo es decir una pamplina que todo el mundo sabe. De Buenos Aires viene la revolución al Perú en triunfo y pasa hasta el Janumbú en medio de aclamaciones. Es inútil decir a Vd. lo que es Venezuela y lo que puede hacer”.

A medida que pasaban los días de ese año de 1825, más se preocupaba Bolívar por Venezuela. El 8 de mayo, desde Ocaña, volvía a escribir a Santander sobre “las intrigas y las ingratiitudes de los señores venezolanos, que, a la verdad, son como Vd.

dice, locos e ingratos en sus pretensiones de separarse de la unión, pues a ellos solos es a quien conviene; y si en algo conviene a la Nueva Granada es en evitar el peligro del incendio de Venezuela, que necesariamente va a arder el día después que se haga independiente. Juro a Vd. con la mayor sinceridad que más miedo le tengo a mi querida patria que a toda la América entera. Soy capaz de encargarme con más facilidad de la dirección de todo el Nuevo Mundo, más bien que de Venezuela. Los porteños y los caraqueños que se encuentran en los extremos de la América Meridional son, por desgracia, los más turbulentos y sediciosos de cuantos hombres tiene la América entera”. Y para que no haya duda de que el miedo que manifestaba era miedo a que los venezolanos volvieran a desatar la guerra social, pedía en la misma carta que se le diera a Páez poder y confianza para que actuara enérgicamente contra “esos malvados, que, por una estúpida ambición, nos van a sepultar en una guerra de colores, o más bien van a destruir nuestra miserable especie”. Al final de la carta, molesto, decía: “No debo, no puedo ni quiero más gobiernos y el que menos quiero es el de Colombia a causa de mis queridos compatriotas de Venezuela. Si la Nueva Granada estuviera aislada de Venezuela no se llenaría con esos abominables soldados de Boves; con esos infames aduladores de Morillo; con esos esclavos de Morales y Calzada”.

Esa cólera, ese desprecio, esa indignación eran manifestaciones del amor desesperado, pues Bolívar sufría por Venezuela debido a que la amaba. Desde el Cuzco, el 10 de julio de ese mismo año de 1825, escribiendo a su tío Esteban Palacios, el alma apasionada del Libertador se desbordaba en emociones y sentimientos generosos y finos por Caracas. El mismo día, en carta al general Santander, volvía sobre el tema y decía que “más miedo le tengo a Colombia que a la misma España”, y en Colombia, a lo que temía era a Venezuela, puesto que anunciaba que se iría a Venezuela, “por supuesto,

con muchas fuerzas y muchas facultades”, porque su objeto “por ahora no es más que poner orden en Venezuela”.

En el mes de septiembre —el día 2—, Bolívar escribía al general Salom diciéndole que “lo más importante en el día es no desprendernos de nuestros colombianos absolutamente, y sin embargo, mandar a Colombia 3.000 hombres para que mantengan en Venezuela el orden”; pero a Unanué, que no era ni militar ni venezolano —como lo era Salom—, podía explicarle su desconfianza, y lo hacía con estas palabras, del todo claras:

“Ya le he dicho a Vd. que no irá otra expedición a Colombia este año, sino la que debe embarcarse después de la toma del Callao en ese puerto; con la mira de llevar a Colombia alguna tropa que no pertenezca a Venezuela ni a Colombia tampoco, a fin de evitar cualquier desorden de parte de aquellos hombres de color, que no dejan de tener aspiraciones muy fuertes”.

Para Bolívar, la guerra social era la guerra de razas, y en este mismo capítulo volvemos sobre ese punto; al hablar, pues, de las “aspiraciones muy fuertes” de “aquellos hombres de color” que podían producir “cualquier desorden”, estaba manifestando sus temores de que volviera la guerra social a sacudir a Venezuela; y eso lo temía en 1825, casi al cumplirse once años de la muerte de Boves.

Sus temores provenían de que por entonces vivía pensando en Caracas, nostálgico de su tierra. A finales del mismo mes de septiembre —1825— escribía a Santander: “Probablemente yo quedaré un año en este país formando la creación de la república Bolivia. Pero después nada me detendrá más en el Sur. Yo voy a consolar a mis parientes y amigos de Caracas y también a descansar un poco en la vida campestre sin dejar de promover mil mejoras al hermoso país que Dios me dio”; y al general Francisco Rodríguez del Toro, familiar de su esposa muerta, le decía el mismo día: “Yo, ciertamente ansío por saber de su salud, la de su familia que amo como la

mía misma y también la de mi querida Venezuela que adoro sobre todas las cosas”. Al día siguiente le escribía a Páez anunciándole que mandaría al general Lara a Venezuela con 3.000 hombres “a fin de poner ese país a cubierto de toda tentativa anárquica”; y terminaba diciéndole: “Mil leguas ocuparán mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas: allí recibí la vida, allí debo rendirla: y mis caraqueños serán siempre mis primeros compatriotas. Este sentimiento no me abandonará sino después de la muerte”. Ese día, el Libertador dictó varias cartas con párrafos semejantes. Al coronel Diego Ibarra le decía: “...estoy mandando tropas de las que tenemos en el Perú, que tú bien conoces... porque estoy determinado a irme para Colombia a fines del año entrante, llevando 7 u 8.000 hombres, para fijarlos en Venezuela. Con estos buenos soldados podremos asegurar la tranquilidad de nuestra querida patria, cuidar nuestras familias y vivir en paz y sosiego”.

De golpe, toda esa preocupación, todo ese miedo a la guerra social venezolana pareció desvanecerse, y durante meses—casi ocho— el alma del Libertador estuvo tranquila. Pero al finalizar mayo de 1826, cuando empezaron a llegarle noticias de la rebelión de Páez contra el congreso de Colombia, su preocupación resurgió con más fuerza que antes. Así, el 7 de junio, desde Magdalena, le decía a Santander:

“Si a Páez lo quieren estrechar los señores del Congreso para que vaya a Bogotá y él desobedeciere, yo no tengo la culpa de semejante desatino... Si la gente de color se levanta y acaba con todo, porque el gobierno no es fuerte, y la locura de todos los convida a tomar su puesto, yo no tengo la culpa. Si a Páez y a Padilla los quieren tratar mal sin emplear una fuerza capaz de contenerlos, yo no tengo la culpa. Estos dos hombres tienen en su sangre los elementos de su poder y, por consiguiente, es inútil que yo me les oponga, porque la mía no vale nada para el pueblo”.

Días después —el 23 del mismo mes de junio— le aseguraba a Santander que si a Páez “se le enciende la sangre, su sangre le sirve de mucho”. “La plata y la sangre son los enemigos natos de Colombia”, afirmaba. “Vd. duda una destrucción en aquella capital (Caracas), porque la masa del pueblo es buena y amiga del orden. Mi hermana me dice lo contrario, y piensa irse del país por temores que no serán infundados, puesto que tiene que perderlo todo y nada tiene que llevar”. Y ya casi terminando esa carta:

“Me alegro mucho de lo que Vd. me dice de Bermúdez. Ojalá que conserve su buena fama para que nos sirva en Venezuela del modo que lo ha hecho hasta ahora. No le hace falta más que una cualidad para ser perfecto, la sangre: quiero decir, que fuera como Padilla para que lo quisiese el pueblo”.

¿Qué querían decir todas esas menciones de la sangre, con la palabra a menudo subrayada por el propio Bolívar?

Pues querían decir la raza. El Libertador se refería a que Páez, Padilla y otros muchos líderes militares eran pardos, zambos, mestizos, y por ser así, igual que la mayoría del pueblo, Bolívar entendía que el pueblo podría seguirlos si iniciaban una “guerra de colores”. En cambio, Bermúdez tenía un defecto: no era pardo ni zambo; era blanco, y Bolívar entendía que la masa no seguiría a un blanco. A Santander le decía el 8 de julio —1826—: “...el que escape con su cara blanca será bien afortunado”; y a Sucre, casi tres años después —por lo que se ve que sus ideas no cambiaban en ese punto—, el día 28 de septiembre de 1829: “Siempre seremos de nacimiento punible: blancos y venezolanos. Con esos delitos no se puede mandar por estas regiones”.

La tendencia del Libertador a ver la guerra de razas como causa fundamental, si no única, de la guerra social, le llevaba a olvidar que Boves y Morales, blancos puros, habían sido jefes de los ejércitos que hicieron la guerra social; que

Antoñanzas, Cervériz, Calzada, Monteverde, españoles y canarios, no eran mestizos, aunque los mantuanos no consideraban a los canarios blancos de buena ley. En su discurso de Angostura, Bolívar había hecho mención de los ilotas de Esparta, pero no recordaba que esos siervos no habían sido ni negros ni mestizos. El hecho de que la guerra social de Haití y Venezuela hubiera sido hecha por negros y mestizos confundía a Bolívar, de juicio siempre tan objetivo, pues en la historia había habido muchas guerras sociales que no tuvieron en su seno el ingrediente de las guerras de razas; la más cercana de todas había sido la de Francia, que no fue menos sangrienta que la de Venezuela porque hubiera sido hecha por blancos del pueblo contra blancos de la aristocracia, sino porque rápidamente encontró su cauce y pasó a convertirse en la guerra de la nación francesa contra los países feudales de Europa.

Bolívar tenía razón en un punto: la guerra social se produciría de nuevo en Venezuela. Pero no era necesario ser pardo o zambo para encabezarla; podía hacerlo también un blanco y la prueba era que Boves, asturiano, no tenía una gota de la sangre de Páez ni de Padilla, y había sido el jefe de la guerra social que tan profundas huellas dejó en Bolívar.

Si nos dedicáramos a recoger todas las menciones, las alusiones y las disquisiciones del Libertador sobre la posibilidad de que Venezuela volviera a ser la víctima de una guerra social, llenaríamos página tras página con ellas. Leyendo lo que él mismo dijo, no puede quedarle a nadie la menor duda de que durante todo lo que le quedó de vida, Bolívar tuvo miedo de que la guerra social se renovara. Pero tampoco debe haber dudas de que el origen de ese miedo estaba más allá de las experiencias que vivió en los años de 1812 a 1814. El origen estaba en su amor a Venezuela, y más que a Venezuela toda, a Caracas. No quería ver a Caracas bajo el terror de las hordas porque la amaba con pasión.

El general Andrés de Santa Cruz no era venezolano; ni siquiera conocía Venezuela, de manera que si Bolívar se desahogaba con él exponiéndole sus sentimientos para Venezuela no lo hacía con fines políticos. El 26 de octubre de 1826 el Libertador le escribía a Santa Cruz y le decía:

“Yo tengo demasiadas atenciones en mi suelo nativo, que he descuidado largo tiempo por otros países de América: ahora que veo que los males han llegado a su exceso, y que Venezuela es la víctima de mis propios sucesos [*éxitos*, nota de JB], no quiero más merecer el vituperio de ingrato a mi primitiva tierra... Yo voy a hacer todo el bien que pueda a Venezuela sin atender nada más... Primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. ¿Qué títulos más sagrados al amor y a la consagración? Sí general, sirvamos la patria nativa, y después de este deber coloquemos los demás”.

Por fin, su corazón estalla, y el 15 de noviembre (1826) le dice a Páez:

“Ya estoy en la capital de la república y lleno de celo por salvar a Venezuela y a Vd. He sabido todos los males que padece mi país nativo, los peligros que corren mis primeros y más queridos amigos y compañeros de armas, los que me han dado gloria y me han llevado hasta el Potosí, los hijos de Venezuela, aquellos que han formado montones de cadáveres en sus propios cuerpos para elevarme sobre América. ¿Podría yo ser insensible a sus dolores? ¿Podría yo dejar de aliviarlos hasta con mi sangre?”

Y casi inmediatamente confiesa, a medias, la razón de ser de todas sus luchas fuera de Venezuela: ha ido hasta los Andes del Sur libertando pueblos para salvar a Caracas, para evitarle el mal que él ha visto siempre agazapado en sus entrañas. Y dice:

“En el día no tengo más mira que servir a Venezuela; demasiado he servido a la América; ya es tiempo, pues, de dedicar a Caracas todo mi conato [*atención*, nota de JB], toda mi solicitud; por Caracas he servido al Perú; por Caracas he servido a Venezuela; por Caracas he servido a Colombia; por Caracas he servido a Bolivia; por Caracas he servido al Nuevo Mundo y a la libertad, pues debía destruir a todos sus enemigos para que pudiera ser dichosa: mi primer deber es hacia ese suelo que ha compuesto mi cuerpo y mi alma de sus propios elementos, y en calidad de hijo debo dar mi vida y mi alma misma por mi madre”.

Seguramente hubiera sido más explícito si le hubiera estado escribiendo a otra persona. Pero a Páez no podía decirle que había luchado para salvar a Caracas de la guerra social, de la “guerra de colores”, pues Páez llevaba el color de la sangre, “en su sangre”. Como decía en esa misma carta, “he sido largo en esta carta y quizá demasiado libre y más que franco, pues nadie debe decirlo todo de una vez”.

Él no lo dijo todo de una vez. Por ejemplo, no podía decir en esa carta que estaba escribiéndola precisamente por miedo a que el propio Páez usara su prestigio de caudillo mestizo para levantar bandera de guerra contra Colombia, que era decir contra Bolívar, y se llevara tras sí a los llaneros de Boves, a quienes el Libertador consideraba ávidos de botín e impacientes por destruir lo poco que había quedado en pie al paso del feroz jefe asturiano.

El amor a Caracas mantenía en Bolívar el miedo a la guerra social.

XVI

LA CORZA HERIDA

La idea de enviar expediciones libertadoras a Cuba y a Puerto Rico comenzó a producirse en Bolívar de manera extraña, sin duda estimulada por algunos cubanos que estaban pensando en la libertad de su isla y al mismo tiempo por razones de utilidad política, pero la idea estaba al mismo tiempo frenada por los arraigados temores del caudillo caraqueño a la guerra social. Esto último era sobre todo en relación con Cuba, debido al alto número de esclavos que había allí.

El Libertador escribió desde Pativilca a Santander el 25 de febrero de 1824 esta simple recomendación: “Vea Vd. si se puede hacer algo contra La Habana”; y no volvió a ocuparse más del asunto sino diez meses después, el 20 de diciembre, cuando le dijo al mismo Santander, escribiendo desde Lima:

“Me parecía bien que el gobierno de Colombia, por los medios que juzgue a propósito, intimase a la España que si en tanto tiempo no reconocía la independencia de Colombia y hacía la paz, estas mismas tropas irían inmediatamente a la Habana y Puerto Rico”.

En ese párrafo se advierte que Bolívar pensaba amenazar a España con llevar la guerra a Cuba y Puerto Rico, no que estuviera dispuesto a hacerlo. Y a seguidas explica las razones, aunque en forma velada:

“Más cuenta nos tiene la paz que libertar esas dos islas: J'ai ma politique à moi. La Habana independiente nos daría mucho

que hacer, la amenaza nos valdrá más que la insurrección. *Yo tengo mi política*. Este negocio bien conducido puede producir un grande efecto”.

Dentro de un momento vamos a analizar los párrafos que acabamos de copiar; ahora debemos ocuparnos del último, en el cual se nota una inclinación de Bolívar a pasar de la amenaza con fines políticos a la acción con otros fines si la amenaza no surte efecto. Dice él a seguidas del último párrafo copiado:

“Si los españoles se obstinaren, Sucre puede ir a una parte, y Páez a otra, porque ambos están animados del mismo deseo”.

Volvamos atrás. ¿Qué quiso decir Bolívar con eso de que “La Habana independiente nos daría mucho que hacer”; con ese “*J’ai ma politique à moi*” y su inmediata traducción al español, “Yo tengo mi política”, ambas expresiones subrayadas por él mismo? ¿Qué quiere decir al escribir que “este negocio bien conducido puede producir un grande efecto?”

La frase “*J’ai ma politique à moi*” será usada otra vez por Bolívar en la misma carta al decir que “las tropas del Magdalena y de Venezuela no deben volver allá” sino que “deben quedarse en el Sur”; es decir, que tiene las mismas razones políticas para no devolver a Venezuela las tropas venezolanas que las que tiene para no libertar a Cuba. Y esas razones quedaron ampliamente explicadas en la carta que envió a Santander desde Arequipa el 20 de mayo de 1825. Son éstas:

“No se olvide Vd. jamás de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle: primera, que no nos conviene admitir en la liga al Río de la Plata; segunda, a los Estados Unidos, y tercera no libertar a La Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar a los extremos del Sur y del Norte; y sin el establecimiento de una nueva república de Haití. Los españoles, para nosotros, ya no son

peligrosos, en tanto que los ingleses lo son mucho, porque son omnipotentes; y, por lo mismo, terribles. Con respecto a la Habana, nos conviene decir a España, que si no hace la paz, pronto estará privada de sus dos grandes islas. Ya he dicho a Vd. antes esto mismo; y lo repito por si acaso no ha llegado a manos de Vd. mi carta. El general Sucre tiene muchas ganas de que se verifique la expedición; pero yo no he podido verlo aún para explicarle mis ideas”.

Esas ideas que el Libertador no había podido explicarle a Sucre eran una sola: que Cuba podía convertirse en una nueva Haití; por eso, a pesar del entusiasmo de Sucre, Bolívar no era partidario de que la expedición se llevara a cabo, y por eso la tercera advertencia que le hacía a Santander era “no libertar La Habana”, y la primera “que no nos conviene admitir en la liga al Río de la Plata”.

Para comprender esa mención del Río de la Plata debemos volver al Capítulo XV de este libro y releer los párrafos que copiamos en ese capítulo de las cartas que envió el Libertador a Santander el 23 de febrero y el 8 de mayo de 1825. En uno de la primera carta dice que de “Buenos Aires viene la revolución al Perú en triunfo”; en uno de la segunda asegura que los “porteños y los caraqueños que se encuentran en los extremos de la América Meridional son, por desgracia, los más turbulentos y sediciosos de cuantos hombres tiene la América entera”. En las provincias del Río de la Plata —hoy Argentina— estaba entonces en marcha la guerra social, una guerra social tan cruel como la de Venezuela, ésa que Sarmiento describió después tan estupendamente en su *Facundo*; y si se organizaba la Liga o Anficciónía americana con que soñaba Bolívar, éste no podía pensar siquiera que entrara en ella un pueblo que estaba haciendo la guerra social. Por lo demás, en los papeles de Bolívar abundan los párrafos en que compara la situación del Río de la Plata con Venezuela.

En relación con el envío de tropas a Cuba, el 21 de octubre de 1825 el Libertador le recordaba a Santander que la liberación de la hermosa isla del Caribe no convenía “por las razones de marras”, es decir, las ya expuestas; y el 11 de noviembre, a las noticias de que había ejércitos españoles en Cuba listos para ser lanzados sobre México, decía que en caso de necesidad él llevaría 6.000 colombianos y 4.000 peruanos a combatir, “...pero entienda Vd. que yo prefiero ir a México a La Habana por las razones de marras”.

Bolívar mantuvo esa actitud algún tiempo, a pesar de que por los informes que le llegaban parecía que España estaba organizando un ataque a Colombia desde Cuba y a pesar de que las divisiones entre el Congreso colombiano y Páez podían facilitar el ataque de la antigua metrópoli. Y de pronto, en enero de 1827 —el día 25—, estando en Caracas, le escribe al general Pedro Briceño Méndez la siguiente larga postdata:

“La noticia que acabo de recibir de la guerra entre la Inglaterra y el Portugal me ha determinado a llevar a efecto la resolución de expedicionar sobre Puerto Rico y ya comienzo a tomar mis medidas para llevar a cabo esta empresa útil al país y gloriosa para nuestras armas. Así, Vd. no debe disponer de la ‘Ceres’ como digo arriba, sino ponerla inmediatamente en carena para que pueda servir en la expedición. El batallón Granaderos debe también ponerse en el mejor pie posible; aumentarse y disciplinarse. Éste es uno de los cuerpos con que yo cuento y tal vez el primero para llenar esta empresa; empresa que nos va a asegurar la estabilidad interior, y adquiriremos un renombre inmortal. Esta expedición nos va a dar la ventaja de hacer más fuerte y duradera la reconciliación en que trabajamos. Aun cuando no podamos tomar a Cuba, una expedición a Puerto Rico puede y debe hacerse fácilmente. Sacaremos amigos y enemigos mutuos, y allá se hacen amigos tiernos en el seno de la guerra y de los peligros”.

Lo primero que se nota en esas palabras de Bolívar es que su sentido de la oportunidad política lo lleva a sacar provecho de una guerra internacional; lo segundo es que se prepara para llevar sus fuerzas a Puerto Rico, no a Cuba. Dice que aun “cuando no podamos tomar a Cuba, una expedición a Puerto Rico puede y debe hacerse fácilmente”, y antes ha dicho que está “determinado a llevar a efecto la resolución de expedicionar sobre Puerto Rico”. En las tres advertencias hechas a Santander en mayo de 1825, la tercera era “no libertar a la Habana” para no contribuir al “establecimiento de una nueva república de Haití”, y en 1827 se prepara para enviar sus soldados a Puerto Rico pero no a Cuba.

La explicación es simple: en Puerto Rico no había una proporción tan alta de esclavos como en Cuba; en Puerto Rico no había peligro de que se desatara una guerra social.

Cuando conocemos la permanente angustia de Bolívar por su temor al resurgimiento de la guerra social en Venezuela, comprendemos sin dificultad el sentido de muchas frases que figuran en la postdata de la carta al general Briceño Méndez; entendemos por qué la expedición sobre Puerto Rico “va a asegurar la estabilidad interior”, va “a hacer más fuerte y duradera la reconciliación en que trabajamos”; se sacarán de Venezuela “amigos y enemigos *mutuos*” [itálicas de Bolívar], que allá —en Puerto Rico—, “en el seno de la guerra y de los peligros” se harán “amigos tiernos”. Todas esas frases querían decir que el Libertador pensaba aprovechar la oportunidad de una expedición sobre Puerto Rico para sacar de Venezuela a los generales que tenían posibilidades de encabezar una nueva guerra social.

En los días siguientes al 25 de enero de 1827 —fecha de la carta a Briceño Méndez— Bolívar escribió varias a distintas personas tratando el punto, pero es en la que dirigió el 5 de febrero a Sucre donde se encuentra la clave de lo que acabamos

de decir. En esa carta, el Libertador anunciaba a Sucre que la expedición a Puerto Rico iba a constar “de 5 a 6.000 hombres, todos veteranos y mandados por el general Páez. Padilla mandará la marina”. Páez y Padilla eran, en opinión de Bolívar, los dos hombres llamados a ser jefes de una guerra social.

En cuanto a Cuba, Bolívar seguía viendo su liberación como asunto de peligro y le decía a Sucre que después “veremos qué es lo que se puede hacer sobre la Habana”. Sus recelos acerca de Cuba no amenguaban. En todo lo que podía significar una amenaza de guerra social, Bolívar fue invariable después de la experiencia que tuvo en Venezuela y de lo que vio en Haití,

El mismo día que le escribía a Sucre le escribía a Santa Cruz en términos iguales; sin embargo, al general Urdaneta le decía otra cosa; le decía que el día anterior habían llegado noticias de Europa, que “no había guerra entre Inglaterra y Portugal” y, por lo mismo, tampoco tendría lugar la expedición a Puerto Rico. “Suspenda Vd. todos los preparativos hasta otra orden”.

Poco a poco, a partir de esa carta a Urdaneta, van alejándose las posibilidades de enviar una expedición a las Antillas españolas, y por tanto poco a poco va alejándose de la mente del Libertador la idea de librarse de los probables caudillos de la guerra social venezolana sacándolos de Venezuela. Como un último resplandor de las esperanzas que había tenido de usar el pretexto de una expedición a las islas españolas para librar a Venezuela de peligros, el 28 de febrero escribía a Sucre diciéndole que si la guerra entre Inglaterra y Portugal se producía: “mi objeto es mandar una expedición a La Habana, que nos dará la ventaja de descargarnos de los gastos que nos causan en este país las tropas que lo guarnecen y darles abundancia por miseria, gloria por ocio. Si no tiene lugar la guerra, entonces pienso licenciar a todos los cuerpos y dejarlos en cuadro”.

En esa carta hablaba de “expedición a La Habana”, pero ya él sabía que no había guerra, la guerra que él consideraba necesaria para actuar. La contienda entre Inglaterra y Portugal no se había producido, y la noticia de la expedición había provocado algunos desórdenes entre soldados que temían ser enviados a Puerto Rico. Ya los soldados del ejército libertador no querían seguir liberando países; querían el premio de sus hazañas, y a eso era a lo que temía Bolívar, a que buscaran el premio por sí mismos y dentro de Venezuela. “Estas tropas están corrompidas por la guerra y la revolución”, decía a Páez el 16 de marzo.

En esos días, preocupado seriamente por la indisciplina militar, Bolívar estuvo moviendo tropas de un sitio a otro de Venezuela; mandó a Mariño a Carúpano “a reprimir los desórdenes del batallón Reformador, que está compuesto por unos verdaderos bandoleros”; y mientras Mariño iba a Carúpano, “pidió Monagas auxilios contra unos pueblos que se le habían rebelado, y el general Rojas no los pudo mandar de ‘Boyacá’ [*otro batallón*, nota de JB], porque temía lo mismo en aquellos cantones, por lo que he tenido que mandarle refuerzo de tres compañías del Callao y Anzoátegui”.

El Libertador pidió a Páez que castigara “severamente a los facciosos y rebeldes”. Decía: “Yo me acuerdo que Boves hizo godos a todos los patriotas y también me acuerdo que el terror ha hecho a los godos patriotas; porque los malvados no tienen honor ni gratitud, y no saben agradecer, sino temer. Los que se han criado en la esclavitud, como hemos sido todos los americanos, no sabemos vivir con simples leyes bajo la autoridad de los principios liberales. Yo estoy resuelto a todo: por libertar a mi patria declaré la guerra a muerte, sometién dome, por consiguiente, a todo su rigor: por salvar este mismo país estoy resuelto a hacer la guerra a los rebeldes aunque caiga en medio de sus puñales. Yo no puedo abandonar a

Venezuela al cuchillo de la anarquía. Debo sacrificarme por impedir su ruina. No hay otro partido”.

Hasta el final de sus días, Simón Bolívar tuvo esa preocupación. En las vísperas de su muerte profetizaba que “este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos imperceptibles de todos colores y razas”.

El 10 de noviembre de 1824 lo dijo con hermosa lengua en carta escrita a don Fernando Peñalver: “Semejante a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio”.

La flecha era la suma de elementos anárquicos y de injusticia que harían estallar de nuevo la guerra social. Y la guerra social estalló de nuevo, tal como lo temía Bolívar, aunque no en vida suya. Fue el 23 de febrero de 1859, cuando vivían aún Páez y los Monagas y muchos de los capitanes que hicieron con él la guerra de la libertad.

La llamada Guerra Federal duró cinco años y costó casi tantas vidas y tanta destrucción como la de 1812-1814. Su gran jefe no fue José Tomás Boves, el asturiano, sino Ezequiel Zamora, venezolano. Bolívar, pues, había estado en lo cierto.

La guerra social venezolana de 1812-1814, que Bolívar logró convertir, con enormes esfuerzos y gracias a su capacidad y persistencia, en guerra de independencia, fue destructora en alto grado; y hay que achacar a la destrucción de esa guerra una parte importante en el fracaso de Colombia, pues una república tan vasta como la que quiso organizar el Libertador demandaba esfuerzos y capacidades que el país no podía proporcionar después de tanta devastación y tanta muerte. En cuanto a Venezuela, escenario de la guerra social, quedó sin medios humanos y sin capitales para desarrollarse, y esa falta de desarrollo se prolongó durante más de un siglo después de la muerte de Bolívar.

Tal como lo había previsto Bolívar, Venezuela cayó en manos de la multitud desenfrenada —pues eso fue, en verdad, la llamada Guerra Federal— y en las de tiranos de todas las categorías. Primero fueron los Monagas, capitanes de la independencia; luego fue Guzmán Blanco, fruto de la Guerra Federal; después fue Cipriano Castro, a quien alguien llamó “el mono lúbrico”; tras él llegó Juan Vicente Gómez, un iletrado de los Andes, y por fin Marcos Pérez Jiménez, un general que en los ejércitos de Bolívar apenas hubiera pasado de teniente. Más de sesenta años de vida de Venezuela estuvieron dominados por esos tiranos a quienes el Libertador describió vívidamente mucho antes de que apareciera el primero.

En verdad, semejante a la corza herida, Venezuela llevaba en el seno una flecha emponzoñada. Si esa flecha no la mató se debió a que los pueblos no perecen fácilmente, sobre todo cuando tienen padres como Simón Bolívar, cuyo recuerdo les ayuda a vivir en medio de los mayores infortunios.

CONCLUSIONES

XVII RESUMEN

La llamada guerra de independencia de Venezuela, que terminó con el establecimiento de la República de Colombia —formada con los territorios de lo que hoy son Venezuela, Colombia y Ecuador— comenzó siendo y fue, durante casi tres años, una guerra social de características peculiares y de poder destructor pocas veces visto.

En la guerra social venezolana las masas no luchaban por la independencia del país sino para vengar agravios que habían estado padeciendo durante veintenas de años a manos de los nobles terratenientes blancos, en su mayoría criollos, quienes habían iniciado la lucha por la independencia con el propósito de conquistar el poder político para asegurarse los privilegios que habían alcanzado en la colonia. Esos nobles criollos eran llamados por el pueblo los mantuanos.

En los tiempos anteriores a la proclamación de la independencia de Venezuela, los monarcas Borbones españoles habían ofrecido oportunidades de ascenso en la escala social a ciertos sectores que sufrían de parte de la aristocracia venezolana persecuciones de índole racial, social y económica. Por esa razón esos sectores eran enemigos a muerte de la nobleza del país, y cuando ésta proclamó la independencia encabezaron a las masas de esclavos, negros libres y mestizos en una guerra en que tomaron el lado de España. Fue el apoyo de esas masas lo que le permitió al capitán de fragata Domingo

Monteverde destruir en una campaña de pocos meses la primera república de Venezuela, establecida por el mantuanismo en el mes de julio de 1811.

El jefe español logró la victoria sobre los republicanos en julio de 1812, pero las medidas que Monteverde tomó contra los mantuanos de Caracas no fueron tan enérgicas como lo esperaban las masas, y, en consecuencia, esas masas le retiraron su apoyo. Colocado en un vacío político, Monteverde tuvo que retirarse ante Santiago Mariño, que había invadido Venezuela por el este en el mes de enero de 1813, y no pudo hacer frente a Simón Bolívar, que a mediados del mismo año atacó por el oeste.

Tanto Mariño como Bolívar guerreaban para establecer de nuevo la república y los dos eran mantuanos de origen.

Las masas del país, que le hicieron el vacío a Monteverde, se lo hicieron también a los dos generales republicanos y se organizaron bajo el mando de José Tomás Boves, el gran caudillo de esa primera guerra social venezolana. Con Boves a su frente, negros esclavos y negros libres, pardos, indios y zampos y “blancos de orilla” devastaron el país y exterminaron a la nobleza criolla, en una orgía de sangre, lanza y fuego que se conoce en la historia como el Año Terrible de Venezuela. Esa guerra social terminó con la muerte de Boves, ocurrida a fines de 1814 en la batalla de Urica.

Entre los años de 1815 y 1816, los hombres de Boves, dispersados por la falta de su caudillo fueron agrupándose en torno a pequeños jefes republicanos, y cuando esos capitanes reconocieron a Bolívar como su jefe superior —lo cual sucedió de manera definitiva al finalizar el año 1816—, comenzó la verdadera guerra de independencia de Venezuela. Fue el apoyo de las masas guerreras que habían seguido a Boves, conferido ahora a través de los nuevos caudillos regionales, lo que le permitió a Bolívar dar a la guerra que él

quería hacer el sentido nacional que había tratado de darle, en vano, desde 1813.

La guerra social de Venezuela impresionó a Bolívar en tal forma que en los diecisiete años de vida que le quedaron a partir de 1813 tuvo presente cada día la terrible lección que había recibido de ella, y en todo momento actuó con su portentosa energía para evitar que la guerra social venezolana tuviera un resurgimiento.

La ejecución de Piar se debió a que el general Piar amenazaba comenzar una segunda parte del Año Terrible; los ejércitos libertadores de Venezuela fueron llevados a Nueva Granada, a Quito, al Perú y al Alto Perú, porque lejos del país que habían devastado bajo el mando de Boves no podrían repetir la hecatombe de la guerra social en Venezuela. Cuando ya no había tierras continentales donde enviar esos ejércitos, Bolívar pensó mandarlos a Puerto Rico y quizá a Cuba para mantenerlos ocupados lejos de Venezuela. En cartas, proclamas y discursos del Libertador abundan las pruebas encubiertas o explícitas de lo que aquí se afirma.

Como los complejos móviles de esa primera guerra social venezolana no podrían apreciarse si no se conocieran las causas que originaron el distanciamiento entre la nobleza y las masas del país, hay que estudiar la evolución económica y social de la provincia venezolana a partir de principios del siglo XVIII, que fue cuando Venezuela comenzó a desarrollarse como una sociedad de tipo oligárquico, terrateniente y esclavista, en la que la minoría dominante estableció normas rígidas de intolerancia fanática. Por eso, la primera parte de este libro está dedicada a reseñar la evolución venezolana a partir de los inicios del siglo XVIII.

El rebrote de la guerra social de 1812-1814, que Bolívar alcanzó a evitar mientras vivió, se produjo veintiocho años y dos meses después de su muerte, a fines de febrero de 1859, y

duró más de cuatro años, hasta junio de 1863. Esa segunda guerra social —llamada en la historia de Venezuela Guerra Federal— fue de consecuencias tan desastrosas como la primera. Muchos de los soldados de Boves participaron en ella, en el bando revolucionario o en el opuesto.

La Guerra Federal no fue hecha por los mismos hombres que hicieron la de 1812-1814, pero como se debió a las mismas causas que provocaron la anterior, es, en cierta medida, una continuación de aquella. El Libertador quiso eliminar sus causas, y no pudo hacerlo debido a que se lo impidieron las circunstancias políticas y económicas de su época.

En esa imposibilidad de Bolívar para evitar en el porvenir de Venezuela una nueva guerra social es donde quizá esté la explicación de la terrible soledad en que vivió, y vive aún, como personaje histórico.

La conclusión final de este libro es que el establecimiento de la República de Colombia y la libertad del Perú y del Alto Perú —hoy Bolivia— son el resultado de la guerra social venezolana de 1812-1814. Por miedo a que esa guerra, de ferocidad suma, pudiera reproducirse en Venezuela, Bolívar sacó de su país a los soldados del ejército libertador y los llevó a combatir hasta los Andes del Sur.

Fueron, pues, presiones políticas más que concepciones estratégicas de mero tipo militar lo que hicieron de Bolívar, Libertador de Venezuela, un fundador de repúblicas americanas.

Aguas Buenas, Puerto Rico,
abril de 1964.

JUAN VICENTE GÓMEZ,
CAMINO HACIA EL PODER

JUAN VICENTE GÓMEZ:
RETRATO DE UN ASPIRANTE A TIRANO

¿Cómo era Juan Vicente Gómez antes de tomar el poder?

Muchos de los escritores militares y políticos que ofrecieron testimonio sobre el tirano en los años de su señorío en Venezuela fueron demasiado subjetivos al juzgarle. Opinaban de acuerdo con la imagen que se habían hecho del hombre de “La Mulera”; según ellos querían que fuera y no según realmente era él. Esta actitud restó eficacia a la lucha contra Gómez.

En primer lugar, esos juicios partían de un error; tomaban a Gómez por político, y el tirano no era político, sino un negociante y un latifundista que aspiraba a ser propietario de todas las tierras de Venezuela, aun de las más pobres, y a participar como socio en los beneficios de todas las fuentes de producción del país.

Los fines de Gómez eran diferentes a los de Cipriano Castro, su compadre y jefe. El llamado “Héroe del Zumbador” era un político que no hallaba impropio enriquecerse a la sombra del poder, hacerse de algunas haciendas y de acciones de empresas que agregaban entradas a las que percibía como gobernante. Especie de edición a la rústica —y andina— de Guzmán Blanco, Castro resultaba uno más entre los innumerables dictadores latinoamericanos para quienes la política era una profesión que debía rendir algunos millones de regalías. Pero como político al fin, el interés primordial de Castro era

el poder sobre fuerzas militares y humanas, no el control de la economía nacional.

Para Gómez, en cambio, lo primero era el negocio, y si en sus planes entraba alguna que otra vez cierta dosis necesaria de política, se trataba de la política del negocio, no la del país. Tomaba las decisiones políticas que debían resultar en provecho de sus negocios, no las que en un sentido o en otro beneficiaran al país sin beneficiar a sus empresas privadas. En caso de contradicción entre el país y esas empresas, Gómez no titubeaba: actuaba en favor de sus empresas.

En ese sentido, Gómez ha sido probablemente el tirano americano con menos sentido de la nacionalidad. Como lo que le importaba era cuánto habría de ganar él en cada caso, no qué ventaja sacaría Venezuela, se entregó siempre sin la menor reserva a los intereses enemigos de su país si en la entrega había algún provecho para él. Los explotadores extranjeros de todas las razas encontraron en Gómez el servidor más obsecuente que hayan tenido jamás en América.

Para alcanzar el poder —esa fuerza incontrastable que le permitía hacerse el amo de las tierras de Venezuela y el socio de todos los productores de riqueza nacional y de todos los explotadores del país—, Juan Vicente Gómez actuó durante años con cautela y disimulo. Resulta curioso observar hoy, leyendo los testimonios de la época, que sus enemigos no acertaron a descubrir su juego.

Gómez conquistó el poder en los siete días que corrieron entre el 13 y el 19 de diciembre de 1908. Se había preparado larga y lentamente para ese momento. Sin embargo, sus adversarios no parecen haberlo apreciado así. Más aún, los que estuvieron más cerca de él en esos días —y luego lo combatieron— vivieron y acaso murieron creyendo que ellos habían lanzado al señor de Maracay a la aventura de gobernar.

La primera vez que Gómez desempeñó funciones de Presidente de la República fue a mediados de 1902, mientras Castro viajaba por el interior para hacer frente a la llamada “Revolución liberadora”. En esos días, al dejarle encargado del poder, Castro dijo que Gómez “es la personificación de todas las virtudes públicas y privadas y representa legítimamente en el poder, la tradición de la causa que servimos y la lealtad a los principios y sus hombres”.

Este lenguaje del caudillo de Capacho resulta hoy sibilino; entonces no lo era. “La causa” significaba “la revolución restauradora”, empresa política privada de don Cipriano; “la lealtad a los principios y sus hombres” quería decir la lealtad al caudillo, esto es, a don Cipriano. En suma, con esas palabras Castro afirmaba ante el país que su compadre don Juan era incapaz de alzarse con el santo y la limosna.

Cuatro años más tarde, cuando don Cipriano —ya aquejado por la enfermedad que acabaría llevándoselo a Europa— se vio forzado a tomar un descanso en Los Teques, Gómez volvió a funciones presidenciales. También entonces dijo Castro que su compadre era un “meritísimo ciudadano, de virtudes cívicas conocidas, que en mi ausencia llevará a cabalidad todos los deberes de mi cargo”.

Esto lo dijo el caudillo el 9 de abril de 1906, al iniciar su descanso. De Los Teques, don Cipriano pasó a La Victoria, y estando allí comenzó a darse cuenta de que el “meritísimo ciudadano, de virtudes cívicas conocidas” tan leal a “los principios y sus hombres”, estaba formando en torno suyo un núcleo de poder sospechosamente personal.

Castro se alarmó, y su temor a perder el predominio de la situación política fue lo que dio origen a los movimientos conocidos como Aclamación —producido ese mismo año de 1906— y Conjura, éste último realizado en 1907, como consecuencia del primero. La Aclamación tuvo por objeto barrer

con el incipiente gomecismo como fuerza en el poder y llevar a Castro otra vez a la presidencia; la Conjura consistió en la formación de una logia militar castrista para oponerse al bien disimulado pero creciente número militar gomecista.

La Aclamación y la Conjura demuestran que Gómez no perdió su tiempo en los días de poder de su compadre don Cipriano. Esos movimientos no se hubieran organizado de no haberse presentado una amenaza cierta aunque inasible, para el predominio del caudillo de Capacho. Algunos —aunque muy pocos— jefes militares castristas de los que participaron en la Aclamación y en la Conjura sabían debido a qué se habían producido una y otra, pero es probable que la mayoría creyera que don Cipriano inventaba un peligro para justificar su vanidad y el empeño de verse aclamado por el país. Quizá sólo los políticos del bando gomecista —si es que los había entonces— sabían que don Cipriano no inventaba. La verdad es que Gómez se había convertido en una sombra ominosa para su compadre y jefe.

Gómez no conspiraba contra Castro porque la conspiración no entraba en sus planes. Lo que pretendía era convertirse ineludiblemente en el sucesor del caudillo cuando éste tuviera que abandonar el poder; y con astucia admirable comenzó a organizar el esqueleto de fuerza que habría de permitirle gobernar al llegarle su turno.

El esqueleto de fuerza que Gómez organizaba no era preponderantemente político, y tal vez debido a que no se movía en su terreno, los políticos de esos días no apreciaron con realismo al futuro tirano. Ese esqueleto era sobre todo económico y después militar, pero en este orden, de carácter regional y hasta familiar.

En los nueve años transcurridos desde que bajó de los Andes con su compadre hasta que tomó definitivamente el poder, el comerciante campesino de “La Mulera” se había convertido

en uno de los hombres más ricos de Venezuela. Mientras don Cipriano pronunciaba discursos patrióticos, luchaba contra los intrigantes nacionales y extranjeros, satisfacía su vanidad haciéndose elogiar como el Napoleón de América, o malgastaba su salud con amigos y mujeres, Gómez iba adueñándose de tierras y ganados, monopolizando negocios como el de la venta de carne en Caracas, y al frente de esos negocios iba colocando familiares suyos y oficiales andinos resentidos con Castro por haber sido puestos a un lado después de haber hecho la campaña de “la restauradora”.

Si nos atenemos a los testimonios de sus enemigos, todavía en 1908, a punto de tomar el poder, Juan Vicente Gómez era casi femeninamente leal a Castro. José Rafael Pocaterra hace figurar en la segunda edición de *Memorias de un venezolano de la decadencia* (Tomo I, Editorial Elite, Caracas, 1937), la *petite-histoire* que sobre los sucesos del 13 de diciembre de ese año de 1908 le contó el doctor y general Leopoldo Baptista en 1928.

Según Baptista, “el 13 de diciembre, bajando al Paraíso en el coche del general Gómez, éste se manifestó disgustado y preocupado por la actitud del pueblo saqueando a “Cosmos” por ante cuyas puertas pasaban... Luego se le llamó de urgencia a Baptista porque los comprometidos vieron un Gómez dispuesto a echarse a los pies de Castro y arrojarle en prenda de arrepentimiento la vida y la hacienda de los hombres que según él le estaban empujando a hacerle eso a don Cipriano... Cuando Baptista llegó, Galavís, afligido, hasta con lágrimas en los ojos, y otros más salieron al encuentro: —Entre, doctor. Vea usted al general Gómez... ¡Estamos perdidos!; dice que él no tira la palabra...”

Pocaterra creyó a pies juntillas esa versión de los sucesos del 13 de diciembre de 1908, con los cuales comenzó el derrumbe del poder de Castro, que por esos días estaba llegando a París.

Pocaterra creyó la descripción de Gómez de esos momentos que hizo Baptista: “un Gómez espantosamente cambiado... Se había arrancado el cuello de la camisa, sudaba, se paseaba agitado y al verme me gritó exasperado: Pues, no señor, pues no señor. ¡No haré lo que quiere hacer con don Cipriano! ¡Le voy a contar todo a él!”

Sucede sin embargo que ese Gómez descrito por el doctor Baptista no fue nunca así, ni antes ni después. Ese día 13 de diciembre de 1908, don Cipriano estaba en Europa. Hacía dos años y medio, en mayo de 1906, don Cipriano se hallaba en La Victoria, a pocas horas de los jefes de cuarteles que le eran adictos en Caracas, Maracay, Valencia, Puerto Cabello.

Desafiar entonces al dictador era arriesgado. Es cierto que Gómez no lo desafió entonces abiertamente, pero probó sus fuerzas, lo cual era amenazante para Castro, y cuando supo que su compadre estaba al tanto de todos sus pasos y se preparaba a aplastarlo con las armas, no se arrancó el cuello de la camisa ni se expresó en forma femenina: se fue a La Victoria y se presentó de sopetón en la casa de don Cipriano, a quien saludó con estas palabras: “General, le sorprendí el campamento”. “Con este paso que usted acaba de dar ha sorprendido al país”, le contestó Castro. Y los dos hombres se entendieron.

El General Francisco Linares Alcántara, castrista convencido, fue jefe visible de la Aclamación y de la Conjura, y su hijo Francisco Segundo Alcántara cuenta (en *Aclamación, conjura, reacción*, Ediciones Librería Europa, sin data) que Castro consideraba que Gómez era lerdo. Por eso el autor del libro se asombra —y sin duda el suyo es un reflejo del asombro de su padre, el general Alcántara— de que al designar el Gabinete con que debía gobernar mientras Castro se hallaba descansando en La Victoria, Gómez hubiera escogido para la cartera de Fomento a un enemigo de Castro.

Fue, dice Alcántara: “una cosa inaudita, que hace que cualquiera se confunda tratando de explicarse qué clase de hombre era Juan Vicente Gómez; o era muy lerdo o era que se sentía hipnotizado o aturdido en presencia del tremendo jefe”.

¿Lerdo Juan Vicente Gómez? ¿Hipnotizado por Castro? No; demasiado astuto.

El futuro tirano de Venezuela no nombró al general Arístides Tellería Ministro de Fomento porque fuera lerdo, ni a los restantes miembros del Gabinete, amigos de Castro, porque estuviera hipnotizado por éste. Metió al primero entre los demás para probar su fuerza ante don Cipriano. Quería saber hasta dónde podía avanzar sin el amén del caudillo “restaurador”.

Gómez sabía cuánto arriesgaba. Durante la crisis de la Aclamación, que duró dos meses, se mantuvo enterado al minuto de todas las medidas que iba tomando don Cipriano con ánimo de aplastarlo; y si Castro lo aniquilaba entonces, la carrera de Juan Vicente quedaba terminada. En el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores* (Núm. 3, Caracas noviembre-diciembre de 1959, Año I, págs. 79 a 123), el coronel Ramón Párraga afirma que: “el general Gómez venía enterándose de todos los movimientos bélicos del general Castro...”

Y asegura que: “el General Gómez, que conocía el carácter violento y belicoso del general Castro, sabía que Castro, organizado su ejército y listo para actuar, rápidamente marcharía sobre Caracas”.

He aquí una prueba de cómo se preparaba Castro para aplastar a Gómez si éste decidía alzarse con el poder en esos meses de 1906. Cuenta Párraga: “En las medidas tomadas por el general Castro ordenándome estar alerta me había comunicado por conducto del jefe de la División Castro, general Eliseo Sarmiento, que para Altamira habían pasado unas cajas conteniendo tuberías para un acueducto, en la hacienda

de don Antonio Pimentel, que no era tal tubería, que era un parque que mandaba Gómez y que ahí tenía unos 800 hombres y una oficialidad adiestrándolos, que estuviera alerta, que cualquier noche podrían atacarme sorpresivamente, que ordenara recorridas de noche cerca del cuartel, que inutilizara la pieza de artillería que tenía, que si me atacaban tal vez no podría hacer uso de ella, ni llevármela, y podría cogerla el enemigo; que organizado y en orden los peleara en retirada hacia La Victoria [*desde Maracay, donde se hallaba Párraga, mientras la División Castro estaba en Valencia, lo que explica el plan adoptado*, nota de JB], sin detenerme a presentar batalla y que en la retirada procurara atraerlos obligándolos a perseguirme; que por tren me llegaría refuerzo, con órdenes precisas de atacarlos por retaguardia, así que cuando oyera fuego en la retaguardia del enemigo, los contraatacara con bríos hasta exterminarlos”.

El coronel Párraga se aprestó a cumplir órdenes y entre otras cosas que hizo inutilizó el cañón “quitándole al cierre la pieza que estaba incrustada en dicho cierre y se la había mandado al general Sarmiento, jefe de la división Castro, a Valencia”.

Castro no dormía. Desde su retiro de Valencia vigilaba, con ojos de buitre, al peligroso compadre, que no era lerdo como él decía. Castro era el típico hombre de acción, que cree en los hechos y nada más que en los hechos, condición muy adecuada a su naturaleza de guerrero. Por eso se preparaba con hechos para enfrentarse a Gómez.

Pero Gómez también era hombre de acción, sólo que su constitución psicológica difería de la de Castro. Igual que el buitre, Castro descendía sobre la presa con el pico y las garras abiertos, listo para el ataque mucho antes de atacar. Semejante al caimán Gómez disimulaba y mantenía los ojos cerrados del que duerme, la cola tranquila del que confía, las patas

abiertas del que descansa, hasta un segundo antes de lanzarse sobre el enemigo. Más que en su propia fuerza, Gómez confiaba en el descuido del adversario. Preparaba el ataque en su mente sin dejar traslucir lo que planeaba, y su mente era rigurosamente realista. Se dice que Castro creía en su estrella; parece que Gómez creía sobre todo en su instinto.

Gómez también estaba enterado de cuanto hacía Castro, y es muy probable que tuviera informadores en las propias barbas del dictador. En este asunto de las instrucciones al coronel Párraga, Juan Vicente se hallaba al día, tanto tal vez como Sarmiento y Párraga. Era formalmente Presidente de la República, de manera que al llegar a Maracay —hacia donde iba cuando visitó a Castro en La Victoria, pues ya desde entonces Maracay era su centro de actividad latifundista—, Párraga, obedeciendo órdenes de Castro, le hizo honores presidenciales, pero no disparó las salvas de rigor porque ya se sabe que el cañón de que disponía se hallaba inutilizado.

Al día siguiente, cuando el coronel Párraga fue a visitarle, Gómez le reclamó la falta de las salvas. Cuenta Párraga: “Le contesté: Mi general, en la fiesta nacional del 23 de mayo [*aniversario de la invasión de Castro*, nota de JB], haciendo la salva de rigor, se rompió una pieza del cierre del cañón y pedí el repuesto de la pieza rota a la Comandancia de Armas en Valencia y aún no me la han mandado. Me contestó: Ajá, ¿y por qué no diste esa novedad al ministro de Guerra? Has de saber que el señor ministro pasó una orden circular a todos los jefes de tropa para que dieran la más insignificante novedad de todo lo que ocurriera en sus comandos. Estoy seguro de que esa novedad no me la dio el señor ministro...”

¿Qué tal? ¿Lerdo el negociante de “La Muleta”? ¿Hipnotizado por Castro el hombre que se las había arreglado para conocer oficialmente “la más insignificante novedad de todo lo que ocurriera en sus comandos”?

Cuando Párraga le explicó a Gómez que a quien él tenía que comunicarle “la novedad” no era al ministro de la Guerra, sino a su jefe inmediato, el comandante de la División de Castro, Gómez admitió que tenía razón, y dijo que iba “a averiguar por qué no fue esa novedad a Caracas y cuál fue el motivo”. Párraga se comunicó inmediatamente con el general Sarmiento para enterarle de “la malicia sospechosa de Gómez, que nada se le iba por alto”. Párraga tenía una prosa difícil, pero era un sagaz observador de los hombres.

Parece que en la entrevista de La Victoria Castro exigió a su compadre Juan Vicente doblegarse ante la Aclamación. La Aclamación consistía en un movimiento nacional para que Castro volviera al poder legal. Tal movimiento comenzó en La Victoria el día 23 de mayo de ese año de 1906 y a poco se extendía a todo el país. Se siguió el plan de realizar en La Victoria una especie de congreso nacional de aclamadores, y en *Los días de Cipriano Castro* de Mariano Picón Salas (Ediciones Garrido, Caracas, 1953) hay una vivísima descripción de lo que fue ese congreso sui géneris.

A su llegada a Caracas Gómez planteó ante el Gabinete la situación que se presentaba: don Cipriano exigía que el gobierno reconociera la legitimidad de la Aclamación. Dos ministros se opusieron, renunciaron y se fueron del país. Uno de ellos era el general Arístides Tellería, aquel enemigo de Castro cuya presencia en el gabinete como ministro de Fomento había provocado la tensión de relaciones entre Castro y Gómez.

La renuncia de Tellería, y su salida de Venezuela, demuestran que seguía siendo enemigo de Castro. Y sin duda Gómez lo sabía, lo que prueba que éste ni era lerdo ni estaba hipnotizado por su compadre. Al contrario, era tan avisado y tan independiente, que tenía y mantenía sus propios planes dentro de los planes del caudillo de Capacho.

El camino hacia el poder

En el mundillo político e intelectual de Venezuela se forjó la leyenda de que Juan Vicente Gómez había logrado reconquistar la confianza de don Cipriano a través de doña Zoila de Castro. Según eso, doña Zoila fue la vestal que alimentó durante años el fuego de la amistad y de la fe entre su marido y Gómez.

Esa es una explicación simplista de un hecho que tuvo serias repercusiones en la historia de Venezuela. Sin duda Gómez usó a doña Zoila como testigo excepcional de su lealtad a don Cipriano, como es seguro que usó a mucha otra gente. Pero en el delicadísimo trabajo psicológico de reconquistar la confianza del jefe en su fidelidad, Gómez no podía atenerse sólo a influencias de terceros. El hombre de "La Mulera" era demasiado astuto para dejar su destino en manos ajenas, y lo que se jugaba en esa tarea era su destino.

En los primeros años de su poder, Gómez fue juzgado a la ligera por hombres que se consideraban con más títulos que él a llenar el primer lugar en la vida del país, y que no podían explicarse el desplazamiento que habían sufrido si no era falseando ante sí mismos los hechos. Para adormecer su amor propio herido y explicar su derrota en la lucha por el poder, esos hombres se explicaron la ascensión de Gómez en la política nacional como resultado de su amistad con doña Zoila; y esa explicación ha quedado hasta hoy como legítima.

Pero la verdad fue otra. Durante años, Gómez, el imperturbable, estuvo tejiendo su red de poder, y al mismo tiempo se mantuvo aparentemente adicto a Castro. No hay ser humano capaz de resistir una paciente y constante demostración de afecto humilde, de atención solícita, sin que acabe acostumbrándose a ver un amigo en el que la hace. Fue así, con afecto, humildad y atenciones como Gómez venció la desconfianza de Castro. De paso se ganó el cariño de doña Zoila,

pues hubiera sido tontería insigne conquistar la fe del caudillo y perder la de su mujer; y con toda seguridad se ganó también el de toda la gente que habitaba bajo el mismo techo que don Cipriano.

Pero al mismo tiempo Gómez mantenía y aumentaba su propio poder. En los largos meses de cama que sufrió don Cipriano antes de ser operado por el doctor Revenga, su compadre obtuvo el monopolio de la venta de ganado en pie y sacrificado a las Antillas; el número de jefezuelos andinos que trabajaba en sus empresas había crecido, y era mayor el de oficiales con mando que se vincularon a su destino. Mientras tanto, Castro había ido dispersando la logia militar castrista formada en la Conjura, tal vez por miedo a que esa logia acabara tomando más fuerza de la que aconsejaban las necesidades del régimen.

Cuando, a mediados de 1908 don Cipriano aceptó la idea de que para conservar la vida tenía que salir de Venezuela, el análisis de la situación militar y política del país tuvo que llevarle necesariamente a la convicción de que su sucesor debía ser su compadre Juan Vicente Gómez. O era éste o el régimen castrista quedaría expuesto a graves convulsiones. El núcleo de poder de Gómez era ya el más fuerte del castrismo. Y el jefe de ese núcleo, su compadre y amigo, le había demostrado durante más de dos años una fidelidad ejemplar, completa ausencia de ambiciones políticas, humildad extrema. En su propio ambiente familiar, don Cipriano podía ver que todos sentían afecto por ese hombre seguro de sí mismo, sólido, inmovible, que no hacía ostentación de su poder.

Si el caudillo salía hacia Europa dejando como sucesor suyo a uno de los del llamado “grupo de doctores valencianos” o a un militar de los que formaron la Conjura, ¿cómo reaccionaría Gómez? ¿Qué podría suceder en Venezuela, estando ausente el jefe de la “restauración”, si el núcleo an-

dino, bajo el mando de Gómez, y quizá con la dirección intelectual de ciertos “doctores” caraqueños, provocaba la división del castrismo?

No hay que achacar una decisión tan importante como la que tomó entonces don Cipriano a la influencia de su mujer. Los fenómenos políticos no tienen orígenes tan simples. Si Gómez no hubiera tenido poder por sí mismo, y si no hubiera demostrado con mil actos, muchos de ellos de carácter doméstico, que jamás usaría ese poder contra Castro, éste habría escogido otro sucesor aunque con ello hubiera contrariado a doña Zoila. Pues ya había puesto en duda la lealtad de su compadre, en mayo de 1906, y en el mundo de los hombres pocas cosas son tan difíciles de superar como la duda de un jefe político en la fidelidad de un subalterno.

Con hechos pequeños, cotidianos y domésticos, Gómez demostró no sólo que nunca usaría el poder contra su compadre, sino que lo usaría para sostener su jefatura, aun en la ausencia. Hombre taimado, Gómez sabía ocultar sus designios. De sus pequeños ojos asiáticos no salía reflejo que denunciara lo que estaba sintiendo, ni de su boca palabra que expresara ambición ni de todo su cuerpo movimiento que no estuviera regido por una vigilante decisión de pasar por hombre simple, bondadoso, de inteligencia escasa y de aspiraciones llanas. Era imperturbable porque se dominaba a cabalidad; y ese dominio propio le permitía dominar a los demás, comenzando por Castro.

El caso es que no fue doña Zoila la artífice del poder de Gómez, aunque le ayudara en conquistarlo. La señora de Castro resultaba una más entre las personas engañadas. Quizá don Cipriano no estaba engañado, pero sucedía que no tenía donde escoger: o Gómez o la división del castrismo. Así, al final de la tragicomedia que representan ante el país —preludio de un drama prolongado—, el hipnotizado no era Gómez

sino Castro. De ahí que con su claro instinto, el pueblo viera en Gómez un brujo, y ciertamente, en capacidad para desenmarañar el misterio del poder, el hombre de “La Mulera” era un brujo, un piache andino que conjuraba en su provecho las fuerzas del porvenir.

El fondo de esa tragicomedia en que don Cipriano y su compadre jugaban papeles de primera magnitud era complicado como todo fondo social en que fluyen las corrientes visibles y ocultas de la vida de un pueblo; y en fin de cuentas, eran esas corrientes las que en verdad señalaban el curso de los acontecimientos. Pero los “doctores” de la época, hechos a ver la historia como obra de algunos hombres, no acertaban a descifrar el mensaje de la tierra.

Una de las fuerzas determinantes en esos días en la historia de Venezuela era el caudillaje. El país había sido un vivero de caudillos desde las guerras de independencia. Después de la guerra federal, el caudillaje ganó extensión en número de caudillos pero perdió intensidad en cuanto al poder de cada uno. A fines del siglo XIX no había ya en Venezuela caudillos regionales, como lo fueron los Monagas en los llanos orientales o como lo fue Venancio Pulgar en el Zulia; sino que el país estaba plagado de caudillejos locales. Parodiando a Mariano Picón Salas podemos decir que cada “general capaz de parar cincuenta hombres” se convertía en un jefe político.

En los Andes, el proceso había sido en sentido contrario. Desde los días de la independencia los Andes tuvieron caudillos locales, pero nunca uno regional. Cuando entró al país con sus sesenta andinos, don Cipriano pareció ser ese gran caudillo de las montañas que los Andes no habían tenido. Don Cipriano, sin embargo, no fue regionalista; y si algo le cargaban en cuenta sus coterráneos era que se había entregado a los “doctores valencianos” con olvido de la gente

que le dio su lealtad, sus esperanzas y su sangre para que venciera al enemigo en el camino hacia el Capitolio Federal como llamaba don Cipriano, en su lenguaje rimbombante, al sillón presidencial.

Pacientemente, sin alharacas, Gómez fue convirtiéndose poco a poco en el caudillo de los Andes; y en las vísperas de tomar el poder que sostendría en sus manos durante veintisiete años, el hombre de “La Mulera” era ya el único gran caudillo regional que había en Venezuela. Solo él, en todo el país, contaba con el pueblo de una región vasta como fuerza política en la que apoyarse. Desde las sacristías hasta los pegujales, los andinos de todas las clases sociales y de todos los rincones de los Andes sabían que tenían en Caracas a alguien de quien solicitar un favor, alguien a quien escribirle para recomendarle un primo o un sobrino; que contaban con un hombre casi todopoderoso, que se había hecho de tierras y ganados y negocios en el centro del país, que era ya más rico que todos los ricos de los Andes, que había sido dos veces Presidente de la República —aunque en forma provisional— y que seguía sin embargo hablando en andino, comiendo en andino, viviendo llanamente, con las puertas abiertas para sus coterráneos, a quienes proporcionaba trabajo en sus haciendas o en la administración pública.

El compadre a quien don Cipriano llamó lerdo no era lerdo, sino lento. Acarreaba despaciosamente, pero sin cesar, los materiales con que iba construyendo día tras día la mansión de su poder. Pero eso no quiere decir que no hallara obstáculos que vencer. Ramón Párraga cuenta en el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores* (Núm. 2 Caracas, noviembre-diciembre de 1959. Año I, págs. 84-85), que Gómez, “[...] hombre astuto y peligroso, tampoco se dormía pues venía preparado silenciosamente para hacerles frente a las circunstancias en aquellos momentos cruciales de la historia.

‘Muy discretamente venía Gómez celebrando conferencias en altas horas de la noche con sus amigos y oficiales retirados del Ejército en distintos sitios sospechosos de Caracas.

‘Aquellos conciliábulos se hacían peligrosos, pues el General Gómez contaba con una parte de las tropas de la Guarnición de Caracas. Ante aquella expectativa, el Gobernador del Distrito Federal, hombre recio y de acción que no vacilaba para actuar, citó policialmente a la Gobernación a todos los amigos y militares retirados que eran adictos a Gómez y les puso un plazo de sólo 24 horas para que salieran del Distrito Federal. Aquel hombre macho y de tan recia envergadura fue el doctor y General Ángel Carnevali Monreal.

‘Ante aquella medida drástica, Gómez no se creyó seguro en Caracas y se fue para Macuto donde Castro estaba grave. Días después, en Macuto, Gómez logró que el General Ángel Carnevali Monreal fuera reemplazado de la Gobernación por el doctor y General Luis Mata Illas”’.

Con los párrafos transcritos, Párraga ilumina la verdadera entraña de las pugnas de esos días: los castristas luchaban contra Gómez, pero no podían vencerlo porque Gómez contaba con el apoyo del caudillo ante quien todos se rendían.

A causa de esas pugnas, Caracas vivió horas de angustias cuando ellas produjeron el asesinato del gobernador Mata Illas a manos de Eustoquio Gómez, primo de Juan Vicente, y las heridas que se propinaron mutuamente esa misma noche los generales Olegario Salas y Avelino Uzcátegui, gomecista el primero y castrista el segundo. Esos sucesos fueron tan alarmantes que los generales Francisco Linares Alcántara, Román Delgado Chalbaud y Eliseo Sarmiento —los hombres de la Conjura— movilizaron fuerzas militares en La Victoria, Valencia y Puerto Cabello con el propósito de marchar sobre la capital y exterminar el gomecismo.

Aun en esa crisis, Castro apoyó a su compadre. Tratando de explicar lo que para él era inexplicable, el coronel Párraga dice que don Cipriano, “en su gravedad, fue aislado en Matuto por sus familiares que le rodeaban, de todo contacto con su Gabinete, con sus amigos y militares que siempre fuimos leales. Aislamiento en favor de Gómez y que él supo aprovechar ganándose la confianza del General Castro, apoyándolo en aquella maniobra una parte mínima pero la más íntima de sus familiares”.

A seguidas, Párraga comenta: “Se engañaban cándidamente cuando buscaban aquel acercamiento imposible y tan sólo contribuyeron, desgraciadamente, a su propio derrocamiento”.

Así parecía ser, que Castro y sus familiares estaban engañados; pero en realidad don Cipriano no tenía otra salida: o permitía que estando él todavía al frente del país las fuerzas de “la restauradora” se mataran entre sí, o daba paso a la facción más fuerte. Por eso, según Párraga: “antes de [*Castro*] salir para Europa, a operarse un riñón afectado, nos destituyó de los comandos de tropas a todos los militares que siempre fuimos leales y habíamos peleado con él en dos guerras, contra el General José Manuel Hernández (El Mocho) y contra la Revolución Liberadora. Luego le entregó el poder a Gómez. Así que al final, Castro mismo se hizo arquitecto de su propia ruina”.

Pero no había sucedido lo que creyó Párraga; no ocurrió que don Cipriano forjó su ruina sino que Gómez había forjado cuidadosamente su fortuna, un sólo hecho que podía ser tomado en un sentido o en otro, si bien los resultados iban a ser incontrovertibles y desdichados para Venezuela.

Francisco Segundo Alcántara ofrece en unos cuantos párrafos de su pequeño pero interesante libro *Aclamación, conjura, reacción* (págs. 50-51) el meollo de la situación. Dice él —y debía saberlo por boca de su padre, que fue el jefe de la Conjura— que, “cuando el general Castro, ya restablecido

[de la operación en un riñón que le hizo el doctor Revenga en Macuto, en febrero de 1907, nota de JB] se vino a Caracas, empezaron las intrigas contra el presidente de Aragua, en las que nunca creyó el general Castro, pero que fingió creer por necesidad política”.

¿Cuál era esa necesidad política? Pues el peso del sector gomecista en el castrismo. En la obra citada (pág. 52) encontramos la explicación: al referirse al nombre de su padre como presidente del estado Bolívar, Alcántara dice que, “fue para Bolívar debido a que al general Castro ya no le era dado zafarse de las garras de la camarilla gomecista”.

Lo que hubo en el fondo del proceso al cabo del cual Juan Vicente Gómez apareció ante el país como sucesor de don Cipriano Castro fue una obra lenta, taimada y hábil del hombre de “La Mulera”: la elaboración despaciosa pero segura de una red de fuerzas políticas, cada una de ellas muy pequeña, y todas en conjunto muy fuertes, con la que el compadre del caudillo le fue apretando hasta dejarle sin movimiento.

A mediados de 1908 don Cipriano, cuya enfermedad no cedía a pesar de la operación que se le había hecho el año anterior, viajó a Barquisimeto para recibir homenajes de “su pueblo”. La enfermedad se agravó y hubo que pensar en médicos mejores de los que había en Venezuela. El especialista de más renombre en cirugía renal, por esos días, era el doctor Israel establecido en Berlín. Se le ofreció lo que pidiera para que se trasladara a Venezuela, pero el eminente cirujano, con el orgullo profesional que tenían los grandes médicos de la época, respondió que si querían sus servicios debían llevarle el paciente a Berlín.

Don Cipriano dobló la altiva cabeza ante lo inexorable, organizó la sucesión en cabeza de su compadre Juan Vicente Gómez y dictó su despedida al país, que hizo publicar en el Boletín Oficial. En ella pedía a sus amigos y subalternos

obediencia a Gómez: “Rodeadlo y prestadle vuestra cooperación como si fuera a mí mismo, y habréis cumplido vuestro deber”, decía. Antes, sin embargo, presionado por su compadre había destituido a los militares antigomecistas como lo era Linares Alcántara, o los había enviado a posiciones en que resultaban inofensivos para el sucesor.

El 24 de noviembre de 1908, a bordo del *Guadalupe*, que iba en ruta hacia Burdeos, don Cipriano Castro se alejaba de la tierra donde había sido caudillo indiscutido. Durante nueve años Venezuela estuvo en su puño andino, nervioso y duro, y barrida por el torrente de su oratoria rimbombante. Pero el fin de su reinado había llegado. Nunca más volvería a pisar el solar de su poder y de su efímera gloria.

Gómez le vio alejarse pensando tal vez que ya se encontraba al final del penoso camino hacia el poder que había emprendido, como subalterno de don Cipriano, el 23 de mayo de 1899. Don Cipriano se alejaba de Venezuela y él se acercaba al dominio del país.

Quince días después de haberse iniciado el viaje del caudillo de Capacho, Juan Vicente Gómez tenía listos todos los detalles para saltar sobre el país como sobre una mula andina.

Cómo tomó el poder

Juan Vicente Gómez —encargado de la Presidencia de la República en virtud de su posición constitucional de primer Vicepresidente— se dispuso a sustituir a don Cipriano, en forma real, efectiva y total en todo el país y en cada hombre, como amo de la vida nacional; y se dedicó a esa tarea inmediatamente después de haberle dado a su jefe político el abrazo de despedida, el 24 de noviembre de 1908.

Don Cipriano navegaba hacia Burdeos; mientras tanto su compadre hacía llamar a los antiguos miembros de la Conjura

y se entendía con ellos. Con una sola entrevista puso de su parte al general Delgado Chalbaud, y a través de éste conquistó al general Eliseo Sarmiento. Delgado Chalbaud y Sarmiento le sirvieron para atraerse al que había sido el jefe de la Conjura, el general Francisco Linares Alcántara.

En las vísperas de su asalto definitivo sobre el poder, para Gómez era de suma importancia tener de su lado al ex-jefe de la logia militar castrista, pues Linares Alcántara era acaso el general de más prestigio político y social entre los adictos a Castro. Su padre, del mismo nombre, había sido Presidente de la República al terminar el septenio guzmancista, y debido a que su gobierno dio libertad a los presos políticos y garantías a los desterrados de Guzmán Blanco, fue llamado “el gran demócrata” y dejó un recuerdo grato en la juventud liberal. Ese recuerdo se reflejaba sobre su hijo.

Por otra parte, don Cipriano había dejado en Caracas un centro de fuerzas políticas y militares que hasta cierto punto constreñían a Gómez a ser cuidadoso de sus actos. El general Alcántara era caraqueño, factor que Gómez apreciaba en su justo valor. Le hacía falta, pues, tenerlo a su lado.

Linares Alcántara llegó a Caracas el 12 de diciembre; es decir dieciocho días después de haber iniciado don Cipriano su viaje y uno antes de que comenzaran los motines anticastristas que Gómez preparaba con gran sigilo y mano segura. Para Gómez, la presencia de Linares Alcántara en Caracas, al lado suyo, en medio de los motines, tenía doble propósito: mostraría públicamente su alianza con el general castrista de más arraigo popular y a la vez dejaría a Alcántara convencido de que Castro no era querido por el pueblo.

Todo esto parecía ser innecesario, pues si Gómez tenía fuerzas propias antes del viaje de don Cipriano, y a esas fuerzas se había sumado la logia militar castrista, ¿no tenía a su mano poder bastante para dominar cualquiera situación, sobre todo

si tomamos en cuenta que desempeñaba legalmente la presidencia de la República y que don Cipriano no se hallaba en el país ni tenía manera de retornar rápidamente?

La explicación está en la psique de Gómez. Dado su afán de poder absoluto, para Juan Vicente Gómez las fuerzas de que disponía no eran suficientes. Tal vez se daba cuenta de que él, negociante campesino de las montañas, sin cultura, sin prestigio de caudillo, sin el verbo de Castro, hallaría grandes obstáculos en su camino. La llamada “buena sociedad” caraqueña, los doctores, los banqueros y comerciantes de apellidos ilustres, se doblaron al empuje armado de “la restauradora” y a la agresividad de su jefe don Cipriano; pero no se doblarían fácilmente ante él, en quien se habían acostumbrado a ver un segundón complaciente. Necesitaba, pues, la mayor suma de fuerzas de servicio. Así, su decisión y su cautela se completaban para dar el fruto sazonado del poder.

Siguiendo ese plan, Gómez había entablado desde antes del viaje de don Cipriano negociaciones con los enemigos de Castro que se hallaban en el exilio o presos. Pocaterra afirma que tenía en su poder “la nómina de cuantos desterrados en Nueva York y en las Antillas, en las cárceles de Venezuela o fuera de ellas habían contraído compromisos con el vicepresidente Gómez para cuando se resolviera a la evolución, es decir, la traición que este eufemismo descubría”.

Por el propio Pocaterra sabemos que el 9 de diciembre —año de 1908— habían llegado a manos de Gómez cartas en que se le ofrecía el respaldo del Mocho Hernández, de Rolando y de Tellería, generales sonados, y sabemos que esas cartas fueron contestadas en el acto, aceptando la ayuda. Quiere decir que cuando Linares Alcántara llegó el día 12 de ese mes a la residencia del general Gómez y se entendió con éste, el sucesor de don Cipriano podía esperar con

seguridad los acontecimientos: además de sus millones de bolívares, de sus propiedades y negocios, de la lealtad de sus andinos, de los militares con mando vinculados a su destino desde hacía tiempo, de los anticastristas presos y desterrados, contaba con los generales castristas más leales. Le faltaba el apoyo popular, pero el pueblo, debido al anticastrismo imperante, iría por sus propios pasos a aclamarle. Y eso iba a suceder inmediatamente, veinticuatro horas después, el 13 de diciembre.

Desde hacía algunos días el crucero holandés *Gerderland* merodeaba por las costas venezolanas apresando botes y barquichuelos. Sin duda Gómez estaba al tanto de eso, pero no decía nada, quizá esperando que a la postre le sería provechosa la piratería del *Gerderland*. La conducta del navío holandés tenía su origen en la ruptura de relaciones entre Holanda y Venezuela a causa de una de esas reacciones nacionalistas irreductibles de don Cipriano. Los atropellos del *Gerderland* eran, pues, producto del castrismo.

El día 12 de diciembre el crucero holandés se presentó frente a La Guaira. El día 12 Caracas amaneció perturbada según se afirma, gracias a las hábiles gestiones de enviados secretos de Gómez que organizaron a la sombra una “manifestación patriótica”. La manifestación degeneró en motines anticastristas, con asalto y saqueo al diario *El Constitucional* —órgano al servicio de don Cipriano— y una farmacia de cierto ciudadano holandés que era pariente político de un conocido castrista.

A esos acontecimientos es a los que se refiere el doctor Leopoldo Baptista —según relata Pocaterra— cuando afirma que al visitar a Gómez lo halló “espantosamente cambiado y gritando que no le haría eso a don Cipriano”. Si fue Gómez quien preparó en la sombra los motines, ¿cómo explicarnos lo que cuenta el doctor Baptista?

En ese momento actuó la fuerza política y militar que había dejado Castro organizada en Caracas. Su jefe era el gobernador de la capital, el general Pedro María Cárdenas. Cárdenas tenía bajo su mando a la policía de Caracas, no tan castrista como parecía, y a los dos únicos batallones cuyos jefes eran castristas cabales: el del cuartel Mamey, comandado por un hermano natural de don Cipriano, y el del cuartel San Carlos, comandado por el general Maximiano Casanova. El gabinete de Gómez, designado por Castro, obedecía órdenes en cuanto a posición política se refiere, y Cárdenas era hombre de pelo en pecho, capaz de hacer frente a la situación más dura.

El General Cárdenas sofocó con toda prontitud los motines del día 13 de diciembre. Los atropellos que se produjeron —hubo un muerto y varios heridos— contribuyeron a convertir la “manifestación patriótica” en una reacción popular anticastrista, y debilitaron, por tanto, la posición de Cárdenas ante la ciudadanía.

“Reacción”, precisamente, se llamó en la historia de esos días al movimiento dirigido a eliminar a don Cipriano Castro de la vida política venezolana. Gómez sabía que la reacción iba a producirse, y para dejar fe de que él no era culpable de los atropellos que podía sufrir el pueblo, recorrió en coche, y acompañado por el general Linares Alcántara varios sitios de la ciudad. Incluso se asomó a los balcones de la Casa Amarilla a la hora en que la multitud se hallaba reunida en la Plaza Bolívar.

Pocaterra cuenta que algunos amigos empujaron a Gómez al balcón, como a “un Polichinela todo atribulado, que movía las quijadas de una manera falsa y mecánica”, con lo cual quiere dejar la impresión de que Gómez era un instrumento, sin voluntad, de los políticos del momento. Pero olvida que poco antes nos dijo que Gómez tenía entendimiento con los presos

y los desterrados de Castro, y que según sus propias palabras “los hombres que entre bastidores manejaban los hilos [*de los acontecimientos de ese día*, nota de JB], eran Aquiles Iturbe, de gran confianza entonces para el general Gómez, el doctor García (don José del Rosario, colombiano, tío de Gómez)”; es decir, servidores del aspirante a tirano. Es también Pocaterra quien nos informa que cuando Gómez llegó a la Casa Amarilla, “ya le acompañaban algunos de sus ministros —los que Castro le dejara— y fue recibido por la multitud con aclamaciones de entusiasmo y gritos de “¡muera Castro!”.

Los saqueos se produjeron después que Gómez “fue recibido por la multitud con aclamaciones de entusiasmo”, de manera que cuando Gómez retornó a su casa ya conocía el sabor de la popularidad y ya sabía que don Cipriano era repudiado en Caracas. Si aceptamos la crisis de lealtad a Castro que relata Baptista, debemos interpretarla como una simulación de Gómez, tal vez dirigida a engañar al gobernador Cárdenas y al círculo castrista que le rodeaba.

Pues Gómez iba a esperar que los sentimientos puestos en acción súbitamente el día 13 se afirmaran un poco. No actuaría inmediatamente, sino que daría “tiempo al tiempo”, según el sabio decir del pueblo. Todavía durante cinco días no pasaría nada; pero al cumplirse ese lapso comenzó la etapa final del asalto al poder por parte de Juan Vicente Gómez.

El coronel Ramón Párraga cuenta que él al llegar a su hotel la noche del 18 halló una tarjeta del general Graciano Jaime en la que pedía ir a verlo inmediatamente. “Cuando llegué a su casa”, escribe Prárraga, “me dijo: ‘Las cosas como que están no muy buenas. El General Gómez ha pasado este domingo de conferencias. Me ordenó que te dijera que a las cinco de la mañana, hora fija, debes estar en su quinta, que tengas un coche listo para que te lleve a la hora indicada con

exactitud. También me ordenó que te diera este revólver y estas dos cajas de cápsulas”.

Párraga halló la casa de Gómez: “Llena de militares y políticos. Como a las seis y media sonó el teléfono; fue a cogerlo el general Leopoldo Baptista, que quedaba más cerca: el general Gómez le dice: “Permítame, doctor, ésa es la llamada que he estado esperando”. Cogió la bocina y sólo se oyó decir: “Ajá, muy bueno, perfectamente. Así lo esperaba”. Soltó la bocina diciendo: “Señores, ha llegado la hora, todos a los coches. Pancho, Román y Galavís, ustedes se van conmigo”, refiriéndose a los dos primeros, los generales Alcántara y Delgado Chalbaud. Llegamos al cuartel de El Mamey, no hubo toque de corneta ni ninguna clase de honores. Un edecán anticipado lo había impedido. Noté, con mucha extrañeza, que no estaba ni el primero ni el segundo jefe del batallón en el cuartel, un caso rarísimo. Al momento calculé: “Este fue el telefonazo”. El General Gómez tenía que saber la mínima irregularidad de los cuarteles”.

En el relato de Párraga hay un punto que resulta contradictorio por el testimonio del hijo del general Alcántara. Este refiere que al amanecer del día 19 “se hallaba el general Alcántara afeitándose cuando recibió la visita del general Rafael María Carabaño, quien trajo noticias de que en la calle había un movimiento de sagrados inusitado. Cuando estaba en conversación sonó el teléfono de parte del general Gómez para que fuera inmediatamente a la Casa Amarilla. Saltó Alcántara seguido de Carabaño, y en llegando al sitio hallaron que Manuel Jove y Américo Spinetti [*edecanes de Gómez*, nota de JB] traían preso al doctor Barbiras Guzmán”.

La lógica de los acontecimientos señala hacia el testimonio del hijo de Alcántara como el más correcto. Párraga parece tener una memoria muy buena, pero es posible que confundiera ciertos detalles de los sucesos de esa histórica mañana

con los del día 13, ocasión en la que el general Alcántara estaba con Gómez cuando éste salió de su casa hacia el centro de Caracas.

En el cuartel del Mamey, Gómez impuso jefes suyos y desconoció a los antiguos, que no pudieron entrar después a recuperar sus mandos; a seguidas el aspirante a tirano se dirigió a la Casa Amarilla. Desde el día anterior él mismo había estado citando para la Casa Amarilla y fijando la cita “a las ocho de la mañana”, y como hemos visto en lo que refiere Francisco Segundo Alcántara, desde el propio lugar citó al general Alcántara.

La entrada de Gómez a la Casa Amarilla no pudo ser más espectacular. Ya estaban allí todos sus ministros —los del gabinete de Castro— y el gobernador Cárdenas, miembro del gabinete. Personalmente, Gómez los hizo presos a todos. El general Cárdenas quiso agredir a Gómez, pero fue desarmado por Delgado Chalbaud y Galavís, y a seguidas recibió del propio Gómez un golpe de bastón.

Francisco Segundo Alcántara cuenta que cuando su padre llegó, “ya habían puesto presos a los ministros de Castro y a Pedro María Cárdenas. Se ha hablado de un puñetazo que propinó a éste Félix Galavís, pero de eso no ha tenido ninguna confirmación el que esto escribe. En cambio, es muy cierto el vejamen que el mismo Gómez le hizo al doctor López Baralt [*ministro de lo Interior*, nota de JB], pues cuando éste, asustado al ver poner preso a sus colegas, se escondió entre unas cortinas, Gómez se le acercó y con el bastón lo puyó por el estómago, diciéndole que saliera”.

Como se ve, en las primeras horas del 19 de diciembre sólo quedaba en Caracas un centro militar con jefe castrista. Era el cuartel San Carlos. Según Párraga, Gómez llamó personalmente a ese jefe, el general Maximiano Casanova, “diciéndole que viniera rápidamente a la Casa Amarilla, que

tenía un asunto muy importante que deseaba tratarle y que a él sólo se lo podía confiar, y al llegar lo hicieron preso”.

Así, comenta Párraga, “se dio el golpe de Estado del 19 de diciembre de 1908. Con un plan muy concebido y ejecutado por su autor en persona que fue el General Juan Vicente Gómez. No hubo sangre ni se oyó disparo”.

“No hubo sangre ni se oyó disparo”, tan segura era la red que Gómez había estado tejiendo durante años. Hasta ese momento había actuado con disimulo. Como era socarrón, mostraba el lado chistoso de su personalidad, la fachada del hombre tranquilo, humilde, sin pretensiones ni violencias. Pero el 19 de diciembre se presentó sin tapujos, rápido en la acción, seguro de su poder; tal como realmente era y como había de ser en el porvenir, durante el resto de su vida.

En medio de los sucesos de la Casa Amarilla llegó Alcántara. Al verle, Gómez le entregó un sobre diciéndole:

“—Tome, general: ahí está su nombramiento.

‘—Pero general, ya le he dicho que para eso tenemos que esperar.

‘—No, señor; cójalo, que ya eso está en los papeles —respondió.

‘Los papeles eran los periódicos”.

Esto cuenta el hijo de Alcántara. La frase del general Alcántara (“ya le he dicho que para eso tenemos que esperar”) se refería a conversaciones que habían tenido él y Gómez en los días anteriores al golpe. Gómez le había ofrecido una cartera, y Alcántara supo por la propia boca de Gómez que su designación para el Ministerio de Interior estaba ya “en los papeles”.

Algo más sucedió ese día. Al comentar la forma desusada en que resultaba nombrado ministro de Interior, Alcántara se enteró de que sus compañeros del gabinete, designados esa misma mañana, habían aceptado servir en los cargos debido a

que Gómez les había asegurado que él, Alcántara, había aceptado la cartera de lo Interior. Gómez, pues, los había engañado a todos. Como conocía a los hombres que iba a manejar, los citó, sin decirles para qué, a la Casa Amarilla; y allí los hizo involuntarios testigos de los acontecimientos de esa mañana y luego les fue entregando sus nombramientos de ministros ofreciendo como garantía de la categoría del gabinete el nombre del general Alcántara, a quien llamó después por teléfono para que se presentara en la casa de Gobierno.

El futuro tirano llevó sin duda los nombramientos encima cuando salió, en la fría mañana de diciembre, a tomar personalmente el cuartel del Mamey; los tenía consigo cuando hizo presos a los miembros castristas de su gabinete y cuando llamó, para detenerlo, al general Casanova. Había planeado los actos de ese día, tan importante para él y tan histórico para Venezuela, hasta en sus menores detalles.

Refiere el hijo de Alcántara que éste sin duda debía aceptar la situación cuando “se oyó la voz del doctor Baptista, que decía: —A reunirse los nuevos ministros para la primera sesión de gabinete”.

Los ministros, pues, habían sido convocados para aprobar lo que Gómez había hecho, no para discutir lo que debería hacerse. En el primer minuto de ejercicio de “su” poder, Gómez anunciaba cuál sería su estilo de gobierno.

El dueño de las tierras y de los negocios es el dueño de los hombres. Juan Vicente Gómez se había adueñado de las tierras, de los negocios y de Venezuela. A partir del 19 de diciembre de 1908 no aceptaría deliberaciones ni opiniones que pudieran contradecir las suyas. Pues él era el amo del país y lo sería hasta el día de su muerte, veintisiete años después.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

ÁBALOS 336
ABELARDO 35
ACOSTA 128-131
AGÜERO, Joaquín 200
AGUIAR, Mercedes Laura 227
AGUILERA, Francisco Vicente 188,
190-192, 194-197, 199-201,
206, 212, 280
AGUSTÍN 116
ALBERONI 313
ALCÁNTARA, Francisco Segundo 486,
487, 497, 498, 500, 505, 506,
507, 508
ALDAMA 189, 196, 199
ALONSO 117-119, 160
ÁLVAREZ, Aquiles 283, 284
AMELOT 313
AMY, Francisco 248
ANASTASIO 8
ANDRESOTE 321
ANTOÑANZAS 385, 409, 459
APPLETON 205
ARCAYA, PEDRO M. 342
ARISMENDI 445
ARMAS 198
ARRIAGA Y RIVERO, Julián de 324,
325
ARRIETA, Francisco 334, 335
ARRIZA 313
AUDINOT 130, 131
AUSTRIA, Carlos de 311, 312

AYALA, Belinda Otilia (Inda) 5, 12,
19, 34-39, 42-44, 209-219, 221,
222, 229, 233, 241, 242, 249,
255, 269, 274, 282
AYALA, Carlos Filipo 36, 208, 209,
211, 212, 222, 271, 272
AYALA, María Guadalupe de 36, 40,
41, 209
AZCÁRATE 110

B

BÁEZ, Buenaventura 15, 203, 204
BALDRICH 106
BALMACEDA, José Manuel 228, 230,
233
BALTA 161, 164, 166
BAPTISTA, Leopoldo 485, 486, 502,
504, 505, 508
BARBIERI 55
BARBIRAS GUZMÁN 505
BARÓN DE RIPPERDÁ 313
BASORA 13, 15, 67, 68, 133, 134,
137, 138, 187, 188, 267
BEDFORD 8, 102
BENOT 122
BERMÚDEZ 408, 412, 425, 442, 445,
458
BETANCES 13, 15, 62-68, 105, 134,
135, 137, 139, 140, 187, 205,
232, 247, 267
BILLINI, [Francisco Xavier] 224,
227, 265
BLANCO 127, 130, 131, 214, 215, 217

- BLANCO FOMBONA, Rufino 381
 BOLÍVAR, Juan Vicente de 334, 337, 376, 382
 BOLÍVAR, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad 20, 151, 293, 295, 296, 301-306, 337, 356, 364, 370, 375-383, 386-390, 395, 397-403, 405, 406, 408-413, 415, 418-421, 423-425, 427, 428, 431-436, 439-448, 451-456, 458-461, 463-471, 476-478, 498, 503, 512
 BONAPARTE, José 357, 400
 BONAPARTE, Napoleón 229, 340, 349-354, 356, 358, 400
 BONILLA DE HOSTOS, Hilaria 6, 11, 34, 65, 69, 70, 113, 129, 148, 215, 218
 BORBÓN PARMA, Fernando de 350
 BOVES, José Tomás 296, 302-305, 370, 385, 388, 391-395, 397-402, 404-408, 410-414, 417, 420-422, 425, 428, 429, 434, 436, 439-441, 443, 453, 455, 456, 458, 459, 461, 469, 470, 476-478
 BRAGANZA 186
 BRICEÑO MÉNDEZ, Pedro 466
 BRICEÑO, Justo 452
C
 CAJIGAL, Juan Manuel 389, 391, 398, 403, 418
 CALCAÑO, José Antonio 381
 CALZADA 410, 455, 459
 CAMPILO Y COSÍO, José 313, 315, 324
 CAMPO ELÍAS 401
 CAMPOMANES, (Conde de) 317, 340
 CANDORINA 17-21, 23, 24, 146, 149-154, 156, 157, 164, 165, 173-175, 191
 CARA 16-19, 21, 32, 146, 147, 150, 152, 153
 CARABAÑO, Rafael María 505
 CÁRDENAS, Padre 335
 CÁRDENAS, Pedro María 503, 504, 506
 CARIDAD 6, 7, 54
 CARLOS 69, 110, 353
 CARLOS II 311, 312, 319
 CARLOS III 310, 313, 315-318, 329, 331
 CARLOS IV 318, 339, 349, 351-354
 CARLOS V 311
 CARMELA 31, 32, 44, 172-174, 176-178, 184, 188, 191
 CARMEN 29-31, 175-177, 179, 180
 CARNEVALI MONREAL, Ángel 496
 CARO 146
 CAROLINA 16, 19, 21, 145, 146, 148, 149, 152, 162
 CARRASCO ALBANO 185
 CARREÑO, Teresita 55
 CASANOVA, Maximiano 503, 506, 508
 CASTELAR, Marqués de 64, 67, 88, 90, 103, 104, 106, 122, 313
 CASTELLANOS, Luis Francisco 322-324
 CASTRO, Cipriano 471, 481, 483-504, 506
 CASTRO, Zoila de 491, 493
 CAVAINO 166
 CEBALLOS 403, 409, 418
 CEDEÑO, Manuel 439, 440, 442
 CERVÉRIZ 385, 419, 459
 CÉSPEDES 63, 136, 173, 194, 195
 CESTERO, Rafael 253, 254
 CISNEROS 250
 CLARA 162
 CLARK, Juan 31
 COLL 123
 COLÓN 35, 37, 38, 49, 56, 434
 CONDE DE ARANDA 317
 CONDORINA 152
 CORCHADO 123
 CORDERITO 284
 CORDERO 285
 CORTÉS DE MADARIAGA, José 359
 CRISTÓBAL 428-430
 CRISTOPHE, Henri 430
 CROIX, Perú de la 447, 448
D
 DANTE 408
 DARRYPLE, Sir James 36, 209
 DAY 248, 287
 DE LA BARRA, Eduardo 174, 176-178
 DE PONS 392

- DELGADO CHALBAUD, Román 496,
 500, 505, 506
 DESCHAMPS, Eugenio 278, 288
 DESSALINES, Jean Jacques 306, 428,
 429
 DUPERRON (ver Luperón)
 DUQUE DE ALCUDIA 349
 DUQUE DE ANJOU 309, 311
 DUQUE DE WELLINGTON 400
 DURÁN 96
- E**
- ELADIA 164
 EMPARAN, Vicente 358, 359
 ENGELS 306
 ENGRACIA 6, 8, 9, 163, 164, 190
 ESENADA, Marqués de la 315
 ESPAÑA, José María 347
 ESPINOSA 162
 ESTRADA PALMA, [Tomás] 250, 252,
 280
 ESTRADA, José María 181, 182
 ESTRADA, Santiago 171, 180-182, 193
 EVA 31
- F**
- FELIPE II 311, 334, 336
 FELIPE V 309-315, 329
 FELTZ, Leonor M. 227
 FERNÁNDEZ VINONI, Francisco 377
 FERNANDO 350-354
 FERNANDO VI 314-316, 329
 FERNANDO VII 303, 340, 349, 352,
 354, 356, 357, 364, 372, 400,
 403, 410, 422
 FILITA 33
 FISKE 264
 FLORES, Juan José 437
 FLORIDABLANCA 340
- G**
- GALÁN, José Antonio 336
 GALAVÍS, Félix 485, 505, 506
 GÁLVEZ 334
 GARCÍA, José del Rosario 504
 GARCÍA, Vicente 38, 217
 GODOY, Manuel 173, 178, 340,
 349-352
- GOETHE 24
 GOICURIA 146
 GÓMEZ, Eustoquio 496
 GÓMEZ, Juan Vicente 234, 264,
 382, 383, 471, 481-508, 512
 GÓMEZ, Máximo 53, 226, 236, 260,
 265, 276
 GONZÁLEZ, Juan Vicente 364, 366,
 389
 GOVANTES 196
 GOYA 339
 GRACIANO, Jaime 504
 GRANT [Ulises] 15
 GREGORIO, Leopoldo de 317
 GRIMALDI 313
 GUTENBERG 35
 GUZMÁN BLANCO, [Antonio] 207,
 208, 471, 481, 500
 GUZMÁN RODRÍGUEZ, Luis 258
 GUZMÁN, Antonio Leocadio 303
- H**
- HALL, Irving 143
 HAYES 264
 HENNA, Julio J. 244-246, 255,
 257-259, 263
 HENRI Christophe I 430
 HENRÍQUEZ, Altagracia 227
 HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Federico
 222, 231, 266, 268, 269, 274,
 277, 278
 HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Francisco 44,
 222, 268, 278, 286, 290
 HEREDIA 370, 371, 393, 407
 HERNÁNDEZ, José Manuel 497
 HERNÁNDEZ, Mocho 501
 HEUREAUX, Ulises (Lilís) 40, 41,
 224-227, 229, 236, 261, 265,
 269, 280, 288
 HOLLEY-VIDAURRE 177
 HOMERO 35
 HOSTOS, Adolfo José de 61, 116,
 227, 228, 271, 282
 HOSTOS, Bayoán Lautaro de 10, 12,
 31, 34, 225, 273, 286
 HOSTOS, Don Eugenio de 218, 240
 HOSTOS, Eugenio Carlos de 285

- HOSTOS, Eugenio María de 1, 3-47, 49-52, 58-62, 64-123, 125, 126, 130, 131, 133-145, 147-161, 163, 164, 166, 170-173, 175-178, 180-186, 188, 191, 192, 194-197, 199-202, 204-214, 216-223, 225-231, 233, 234, 238, 239, 241-245, 247-250, 252, 254-259, 261-263, 265, 267, 269, 270, 272, 273, 276-279, 281, 282, 284-290,
- HOSTOS, Filipino Luis Duarte de 231
- HOSTOS, Luisa Amelia de (Todaños) 221
- HOSTOS, María Angelina de 232
- HOSTOS, Rosa Inda de 222, 224, 230
- HOSTOS, Rosita de 259
- I**
- IBARRA, Diego 457
- INFANTE DON ANTONIO 354
- IRVING, Washington 37
- ISABEL II 75, 80, 203, 224
- ISABEL la Católica 400
- ISRAEL, (Doctor) 498
- ITURBE, Aquiles 504
- J**
- JACINTO, (SAN) 382
- JACQUES I 429
- JESÚS 35, 359
- JIMENES, Juan Isidro 264, 265, 279-281
- JIMÉNEZ DE ASÚA 343
- JOSÉ 115
- JOVE, Manuel 505
- JOVELLANOS, Gaspar 317, 340
- JUAN 483
- JUÁREZ, Benito 301
- L**
- LARA 457
- LASTARRIA (Familia) 30, 172, 177
- LASTARRIA, Carmen 28, 30
- LATORRE, (General) 107
- LENÍN 390
- LEÓN, Juan Francisco 322-326, 328, 329, 335, 337
- LEVEL, Hilarión (ver Heureaux, Ulises)
- LIMARDO 104
- LINARES ALCÁNTARA, Francisco 486, 496, 499-501, 503
- LINCOLN, Abraham 61, 81
- LLAMOZAS, Ambrosio 392
- LOLA 32, 125, 128, 190, 211
- LÓPEZ BARALT 506
- LOUVERTURE, Toussaint 301, 305
- LOZADA, María 9
- LUCIENTE, Francisco de 339
- LUGO 452
- LUIS I 312
- LUIS XIV 309, 311, 339
- LUIS XVI 339
- LUPERÓN, Gregorio 38, 205, 207, 214, 215, 217, 218, 224-226, 236, 247
- M**
- MABINA 53
- MACEO, Antonio 234
- MAC KINLEY, [William] 241, 242, 245, 254-258, 264, 287
- MAGDALENA 457
- MANGUAL, Cipriana 10
- MANOLITA (Manolina o Nolina) 22-27, 31, 32, 44, 164-169, 173, 175, 178, 188, 191, 233
- MANUELA 23
- MARCANO, Manuel 406, 407
- MARÍA 70
- MARÍA ANTONIETA 382
- MARIÉN 10, 12-15, 34, 79, 178
- MARIÑO, Santiago 385, 386, 388, 401-403, 408, 424, 444, 445, 447, 469, 476
- MARQUÉS DE MIJARES 334
- MARTÍ, José 22, 234, 243, 264, 276
- MARTÍN DE ECHEVARRÍA 322, 323
- MARTÍNEZ, Pascual 385
- MARX [Carlos] 306
- MASPONS 101
- MATA ILLAS, Luis 496
- MATILDE 13
- MATINGO 129, 130
- MATTA, (Hermanos) 280

MATTA, Guillermo 169, 178, 189,
239
MATTA, Manuel Antonio 189, 232,
239
MEIGGS, Enrique 161, 165
MEMÉ 16, 139
MÉNDEZ CAPOTE 245
MÉNDEZ, Briceño 467
MERIÑO, [Fernando Arturo de] 221,
225
MESTRE 13, 192, 198
MIGUEL, Rey 342
MILES 245, 251
MILLARES 85
MIMA 33
MINIÑO Y REDONDA, José 317
MIRANDA, Francisco de 305, 325, 333,
335, 337, 355, 364, 367-370,
373, 375-383, 387, 388, 418,
512
MITRE, Bartolomé 31, 180, 183,
185, 272
MOLINA, Antonio 187, 191, 193,
198, 244, 247
MONAGAS 439, 440, 469-471, 494
MONROE 80
MONTEVERDE, Domingo 303-305, 325,
366-373, 376, 377, 380, 386,
388, 391, 393, 397, 398, 401,
418, 419, 433, 459, 475, 476
MONTILLA 452
MONTT, Ambrosio 246
MORALES, Francisco Tomás 302,
407, 408, 410, 412, 413, 429,
455, 458
MORALES LEMUS 143, 146
MORENO NIETO, José 112
MORET 122
MORILLO, Pablo 411, 422, 423, 434,
452, 455
MOYA 93, 265
MURAT 352, 354

N
NAPOLEÓN III 80, 107
NARVÁEZ 86, 96, 100
NEGRO PRIMERO 440
NERÓN 334, 336

O
O'DONNELL 86, 95-97, 100
OLANO, Ros de 85, 86, 103
OLAVARRIAGA, Pedro José 320, 341
OLAVIDE, Pablo de 317
OLÓZAGA 106
OPPENHEIMER 117, 118
ORENDAIN 313
OROPEZA, José Manuel 407
ORRY 313
ORTEGA 8

P
PADILLA 457-459, 468
PÁEZ, José Antonio 301, 439, 440,
445, 448, 449, 452, 455, 457,
458-461, 464, 466, 468-470
PALACIOS, Esteban 455
PALOMO 371, 372
PANCHO 505
PANCHO VILLA 417
PARDO, Manuel 164, 181, 190
PARMA, María Luisa de 339, 349, 353
PÁRRAGA, Ramón 487-490, 495-497,
504-507
PASCAL 104
PATIÑO 313
PELLERANO, Luisa Ozema 227
PEÑALVER, Fernando 470
PEÑEIRO 138
PEPE 8, 9, 69
PÉREZ JIMÉNEZ, Marcos 471
PETIÓN, Alejandro 424, 425, 429-432,
434, 435
PEYNADO, Francisco J. 269
PI Y MARGALL 122
PIAR, Manuel 304, 412, 424,
441-449, 477, 512
PICHARDO, Bernardo 226
PICHARDO, José Francisco 228
PICÓN SALAS, Mariano 376, 490, 494
PIERRAD 96, 106-108
PIMENTEL, Antonio 488
PIÑEIRO 13, 138, 140-142, 192
PIÑEIRO, Enrique 133
PIÓ ROSADO 197
PLÁCIDO 86, 139, 141, 171, 272
PO, Fernando 41, 208

POCATERRA, José Rafael 485, 486,
501, 502, 504
PONCE DE LEÓN 137
PONS, Fernando de 391
PONTE, (Monseñor) 213
POU, Catalina F. 227
PRADO 171, 178, 190
PRIM 93, 95, 97, 100, 104, 105
PROUDHON 96
PRUD' HOMME, Emilio 267
PUELLO, Ana Josefa 227
PULGAR, Venancio 494

Q

QUESADA, Manuel 143, 144, 187
QUIJANO 9

R

RADA 77-80, 85
RAMOS, Matías 65, 86, 87, 97, 99,
100-102, 105, 108, 145
RAWSON 180
REVENGA 492, 498
REYES VARGAS 366
RIBAS, José Félix 356, 366, 409,
412, 413, 445
RICARDOS, Felipe 328
RICHTER 35
RIGAUD 301, 305
RÍOS (Conde de) 106
RÍOS, Giner de los 87
ROBINET 178
RODRÍGUEZ, Domingo A. 226
RODRÍGUEZ, Simón 381
RODRÍGUEZ DE TIÓ, Lola 34
RODRÍGUEZ DEL TORO, Francisco 456
ROJAS 469
ROLANDO 501
ROOSEVELT 245
ROSA 238
ROSETE 409, 410, 421
ROSITA 15, 190, 216, 218, 253,
267, 281
ROUSSEAU 454
RUIZ BELVIS 62
RUIZ ZORRILLA 103-105
RUIZ, Lola 10
RUZ 140

S

SABOYA, Amadeo de 311
SAGASTA 93, 94, 103
SAINT-VICTOR 96
SALAS, Olegario 496
SALMERÓN 88
SALOM 456
SAN MARTÍN 171, 181
SANGUILY, Manuel 246
SANTA CRUZ, Andrés de 460, 468
SANTANA, Pedro 75, 203, 204
SANTANDER 448, 451-458, 463-467
SANTOS, Juan 314
SANZ DEL RÍO 88
SARMIENTO [Domingo Faustino] 31,
180, 465, 487-490, 496
SARMIENTO, Eliseo 500
SERRANO 66, 96, 108-110, 117-121
SHAKESPEARE 49, 123
SIMPLICIA 64
SÓCRATES 35, 288, 289
SOTELDO 208, 210
SPANO, Guido 31
SPENCER 82
SPINETTI, Américo 505
STONE 264
SUCRE 301, 431, 458, 464, 465,
467, 468
SUMNER 15

T

TAYLLERAND 229
TELLERÍA, Arístides 487, 490, 501
TERESA 102, 105, 108, 145
TIÓ, Bonocio 244
TIÓ, Lola 211, 213
TODD, Roberto H. 245-248
TORELLAS 366
TORRES, Isabel de 207
TOVAR, Martín 334
TÚPAC AMARU 336
TÚPAC CATARI 318

U

UNANUÉ 456
URDANETA 468
UREÑA DE HENRÍQUEZ, Salomé 222,
227, 240, 269
UZCÁTEGUI, Avelino 496

V

VALDIVIESO MONTANO, A. 296

VALLE, Rafael del 255

VÁZQUEZ, Horacio 262, 264, 265,
279, 281, 283

VELÁSQUEZ LEVEL 36

VICO 104

VICUÑA MACKENNA, Benjamín 169, 171

VIJIL, Padre 162, 164

W

WELLINGTON 400

WILDE 180

WILSON 447

WOSS Y GIL, Alejandro 248, 249,
285, 288**Y**

YÁÑEZ 385

Z

ZABALA 313

ZAMORA, Ezequiel 303, 470

ZAPATA, Emiliano 417

ZENA 139, 140, 144

ZENO GANDÍA, Manuel 255, 256,
259, 263

ZUAZOLA 385, 409, 420

EL TOMO VI (BIOGRAFÍAS), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE
JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS
MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.